VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA

HISTORIA DE LA CASA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

(1934-1996)

cfe

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos y no comerciales

HISTORIA DE LA CASA

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA

HISTORIA DE LA CASA

Fondo de Cultura Económica, 1934-1996

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1994
Segunda edición, 1996

D. R. © 1994, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-5011-5 (segunda edición)
ISBN 968-16-4525-1 (primera edición)

Impreso en México

PREFACIO

La trascendencia cultural del Fondo de Cultura Económica es razón suficiente para explicar la existencia de esta historia. Su importancia radica en la concurrencia de varias características cuya identificación y ponderación, no obstante han sido poco valoradas, en especial dentro de las historias culturales de México. Por esto, y hasta donde las limitaciones propias del tema lo permiten, el propósito de esta investigación es mostrar la historia del FCE dentro de una historia cultural de México.

En las historias de la cultura la labor de una editorial es fundamental y compleja por su doble función de actora y receptora de las actividades culturales. La conjunción es complicada. Pretender cualquier tipo de deslinde llevaría a forzar unas características individualizadas inexistentes en la realidad. A pesar de ello, en el caso del Fondo de Cultura Económica consideré el riesgo y la conveniencia de centrar la sección más amplia de mi investigación en las cualidades intrínsecas —técnicas y administrativas— de la empresa; y en la sección más reducida, rebasar el marco institucional para analizar los vínculos recíprocos entre el FCE y las sociedades mexicana e hispanoamericana a las que se debe.

Tras concluir la investigación y luego de haber estado indagando dentro de la historia cultural mexicana, reconozco que el de las casas o empresas editoriales es un tema pobremente documentado y escasamente estudiado. Los pocos analistas e historiadores que han acudido a él invariablemente lo han hecho de manera tangencial. Con igual sentido, en los estudios y reflexiones (comúnmente breves) abundan las alusiones en las que se reconoce su valor como preponderante para el "progreso", "mejoramiento" o "desarrollo" de la cultura. En sentido inverso, es frecuente encontrar referencias a casas o empresas editoriales y número de publicaciones con un sentido sociológico y político: se refieren como "indicios", "varia-

bles", "categorías" y demás "indicadores del desarrollo" de un país. Parece contradictorio, pero las editoriales se valoran más por sus rasgos cuantitativos (tirajes, ventas y número de títulos) que por su función cualitativa dentro del quehacer cultural de un país.

Aunque parezca verdad de Perogrullo, las editoriales y publicaciones periódicas concurren sobre los lectores; sin éstos, aquéllas no tendrían razón de existir ni de ser. Sin embargo, en el común de las historias suele pasarse por alto, como si se sobrentendiera, la importancia de las empresas encargadas de publicar libros, revistas y periódicos concebidos y destinados a los lectores. Igualmente se da por sentado que esas empresas cumplen una función o un propósito (suele distinguirse entre cultural, político, social y/o mercantil) y que, pasado el tiempo y reconocida su importancia —nunca antes—, se analizan en sí mismas, en lo que son y en lo que aportaron cualitativamente, como en los casos de *Regeneración* o *Contemporáneos*, por citar dos ejemplos conocidos. En otras palabras, mientras una empresa editorial o una revista no ha llegado a ocupar un lugar en los nichos establecidos de la historia, esa empresa editorial o revista no es digna de una investigación sistemática.

Con respecto al Fondo de Cultura Económica, el cúmulo de lugares comunes y referencias ya canonizadas en la historia cultural mexicana no desmerece ante el torrente de anécdotas evocadas por los trabajadores de la editorial. En las setentaitantas conversaciones formales que sostuve con igual número de trabajadores (desde los directores hasta los encargados de intendencia y bodega) y colaboradores (miembros de los Consejos Editoriales, traductores, editores, dictaminadores y autores) resultaba difícil separar el grano de la vaina. El bagazo que reuní es abundante, rico para un anecdotario poco trascendente y pobre para una historia cultural. Sin embargo, debo reconocer que gracias a ese anecdotario obtuve una mejor apreciación de las cualidades humanas que cimentan, estructuran y proyectan orgánicamente a una institución como el Fondo de Cultura Económica.

Si el anecdotario se asemejaba a una cadena montañosa sobre la que debía trazar un camino, los documentos del archivo

de la editorial representaban una cordillera que sólo podría escalar un equipo altamente experimentado, con recursos técnicos y materiales considerables, y en plazos largos. Luego de unas cuantas y parciales acometidas —en las que el auxilio de César Arístides fue valioso—, desistí. Las cumbres de la contabilidad, las finanzas y del trato particular entre las autoridades de la editorial y los autores y colaboradores —en donde el tema de las regalías ocupa la casi totalidad de los expedientes— me resultaban inalcanzables. Ante preguntas en apariencia simples —como el cálculo del costo de un libro de 300 cuartillas o del tiraje de una reimpresión— encontraba respuestas económicas muy complejas; ante las hojas de presupuestos anualizados reconocía que mi elemental conocimiento de la aritmética era más que insuficiente. Admito que con tan pobres prendas no se pueden alcanzar cimas tan elevadas.

Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1996 pretende, en líneas generales, hacer una propuesta de historia cultural a través de una historia institucional y, en particular, mostrar los pormenores de una organización editorial que durante 60 años ha buscado corresponder a una sociedad, ya sea adelantándose a sus necesidades de lectura o bien satisfaciéndolas. Para lo primero, el lapso de 60 años resulta generoso, pues permite reconsideraciones sobre la continuidad de una tarea institucional, un trabajo técnico y un proyecto cultural a través de una actividad editorial (véase la cuarta parte: "Una línea en el tiempo"). Asimismo, la distancia temporal facilita la ponderación del proyecto original y de la concurrencia de otro que lo enriquece y que proviene del proyecto intelectual de los republicanos españoles refugiados en México (véase la primera parte: "Bases para un proyecto"). En ambas partes, el lector podrá observar que las fechas y periodos administrativos no son preponderantes. Por el contrario, hasta donde fue posible, procuré dar relieve a las líneas abstractas y simbólicas con que se teje una historia cultural y las cuales se desprenden de los catálogos generales de la empresa y de otras fuentes informativas.

En sentido inverso, para abordar los pormenores de la organización editorial resultó indispensable seguir la secuencia de los periodos de cada administración y de sus respectivas

características (véanse la segunda y tercera partes: "Proximidad con la utopía" y "Consolidación de un horizonte", respectivamente). Aquí resultaron fundamentales las actas de la Junta de Gobierno o de la Administración del Fondo de Cultura Económica, en donde se consignan *casi* todas las decisiones acordadas por la dirección —la más alta autoridad de la empresa—. El casi obedece a una característica: en las actas no se registran los criterios que condujeron a la publicación de un título determinado —los cuales son importantes para una consideración en la historia cultural—. No obstante, en sentido opuesto es abundante la cantidad de información sobre pormenores administrativos, financieros, contables, comerciales y de producción y planeación editoriales. En otras palabras, las actas se convirtieron en la columna vertebral de esta parte de la investigación.

Para contrarrestar las referencias canónicas o lugares comunes de la historia cultural mexicana y para ponderar las anécdotas entreveradas en las conversaciones de los trabajadores y colaboradores, procuré acudir a la información. En algunos casos, la muestro y registro su origen al calce o dentro del texto; en otros —la mayoría de las ocasiones, cabe aclarar—, la uso como apoyo indirecto para integrar descripciones, análisis e incluso interpretaciones, por lo tanto su registro sólo aparece al calce y una sola vez al principio de los capítulos. No obstante la información proveniente de fuentes directas y testimonios vivos, reconozco que muchos de los lugares comunes y referencias canónicas existentes en la historia cultural mexicana no se moverán. No era mi intención directa, aunque sí indirecta, en la medida que intenté proporcionar nuevas versiones apoyadas en fuentes informativas. Es decir, en los capítulos dedicados al análisis de los aspectos administrativos de la editorial, procuré evitar mi opinión personal en beneficio de la información. En sentido relativamente inverso, en los capítulos dedicados al análisis de la relación entre la editorial y el medio cultural en el que ocupa un lugar, admito que mi opinión personal se alcanza a transparentar. De igual manera procedí con los testimonios de viva voz por mí recogidos, no obstante que el juicio subjetivo resultó en extremo valioso para ponderar la información.

Con esto quiero decir que las setentaitantas entrevistas resultaron tanto o más importantes que las actas referidas. El apoyo explícito en esas decenas de horas de conversación resultaron el mejor estímulo a este trabajo. Sin sus voces, la mía carecería de sentido. Por ello expreso mi más cumplido agradecimiento a esos hombres y mujeres que tanto me dieron de sí mismos y a quienes espero no haber tergiversado en mi transcripción. Sin embargo, como indiqué líneas arriba, con excepción de unos cuantos fragmentos aislados, ninguna de esas charlas está consignada en el cuerpo de la investigación. Sí lo están al inicio de los capítulos y junto a la bibliografía registrada al final de la investigación. En las notas registré sólo las fuentes empleadas en forma directa y omití todas las referencias indirectas; las notas no pretenden alardes de erudición, ni despliegue de anécdotas más o menos pertinentes u ocurrentes, sino constancia probatoria.

También estoy agradecido a quienes me ofrecieron su testimonio y valoración, y a quienes me entregaron su apoyo permanente mediante el comentario de viva voz, la documentación de toda índole, los recursos materiales y técnicos y, sobre todo, el apoyo humano y anecdótico indispensables. Dentro de la editorial: Alfonso Ruelas, Socorro Cano, Juan José Utrilla, Jorge Farías, Gerardo Cabello, Alejandro Ramírez, Alejandro Valles, César Arístides, Ángeles Suárez, los encargados de la biblioteca y, por supuesto, Alí Chumacero. En este punto quiero agradecer en forma especial a José Antonio García Rosas, quien leyó atentamente la última versión y corrigió los tropiezos sintácticos que cometí. Afuera de la editorial, me ayudaron a reconsiderar la historia como tal: Elías Trabulse, Álvaro Matute, Jorge Ruedas de la Serna, Andrés Lira y, de manera particular, a Arnaldo Orfila y a José Luis Martínez debo agradecer su memoria, claridad, paciencia y ponderación. Además de ellos, en el FCE estoy en particular deuda de gratitud con Miguel de la Madrid y Adolfo Castañón, quienes me otorgaron su confianza; y con la Universidad Nacional Autónoma de México, que me otorgó el grado académico de historiador por la segunda versión de esta investigación; agradezco también al Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, que me permitió

hacer la investigación como parte de mis tareas académicas y, sobre todo, a Georgina Naufal, quien puso su amor a prueba ante mis recurrencias monotemáticas, y a Nicolás, a quien le regateé atención por causa de este trabajo.

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA
Septiembre de 1994

Primera Parte
BASES PARA UN PROYECTO

I. CIMIENTOS PARA LA UTOPÍA

1. Uno de los orígenes

del Fondo de Cultura Económica se remonta a 1921, cuando un grupo de jóvenes inquietos, emprendedores, se echaron a cuestas la organización de un primer Congreso Internacional de Estudiantes. Debido a los buenos resultados, su entusiasmo creció tanto como su ambición, al punto de que la Federación de Estudiantes de México pronto les quedó chica. Se propusieron una nueva meta, ahora continental: reunir en una sola federación de estudiantes a todos los países de *nuestra* América, sin ocultar aquí el designio de Martí o Rodó, como los más prominentes dentro de una pléyade de hombres entonces influyentes.

El presidente de la Federación, Daniel Cosío Villegas —quien contaba 23 años—, hizo la propuesta del Congreso a la persona y en el momento indicados: al presidente Álvaro Obregón meses antes de celebrarse el centenario de la consumación de la Independencia. El secretario de Educación, José Vasconcelos, no sólo fue el enlace idóneo, sino el principal apoyo de la idea juvenil. Todas las condiciones eran propicias, más cuando en nuestros países se percibía una inquietud estudiantil deseosa de la renovación y el cambio, tal como ilustran las reformas universitarias de Córdoba, Argentina, en 1918, y la secuela que de aquí se desprendió.

Más aún, y esto se debe subrayar, el Congreso no se produjo como un acto aislado sino como parte de un gran renacimiento cultural y educativo promovido por el secretario Vasconcelos, cuya proyección era, primerísimamente, crear y fortalecer el sentimiento de comunión nacional y, en forma natural, cristalizar el sueño de Bolívar: unificar a todos los países hispanoamericanos. Durante los años que abarcó la administración de Vasconcelos (1920-1924), la concepción de "revolucionario" llegó a desligarse de la pretérita violencia y caudillaje protagonizados por Villa y Zapata, por ejemplo; en el nuevo concepto, asumido

hasta por los más escépticos jóvenes, se materializaban las mesiánicas tareas promovidas por Vasconcelos: campañas alfabetizadoras en las barriadas, maestros rurales que recorrían el país, bibliotecas que a lomo de mula llegaban a apartadas rancherías; becas a estudiantes hispanoamericanos que venían a México a observar su renacimiento; desayunos escolares, escuelas técnicas, ediciones masivas de obras y autores clásicos obsequiados al pueblo; métodos "revolucionarios" en el aprendizaje del dibujo, proliferación de pinturas murales en los edificios de la Universidad y de la Secretaría —recién construida—, orfeones y grupos de baile, para sólo referir la parte más visible y heroica de unas transformaciones que —como analiza Claude Fell— abarcaban muchos aspectos técnicos y administrativos, indispensables para la mejor organización y desempeño de las actividades educativas y culturales.[1]

Muchos años después, al final de su vida, Cosío seguiría recordando este grande y emotivo escenario de su primera juventud:

> Entonces sí que hubo un ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron a millares, y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar en donde descansar y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos carnerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro propio estímulo y nuestro propio deleite. Entonces el teatro fue popular, de libre sátira política, pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones.[2]

[1] Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, México: UNAM, 1989.

[2] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México: Joaquín Mortiz, 1976.

Dentro de este gran crisol, y quizá sin pretenderlo, algunos de los jóvenes que entonces contaban entre los 20 y los 30 años de edad se identificaron en un *esprit de corps* fundamental para su porvenir. De hecho, la lectura del recién publicado libro *El tema de nuestro tiempo* (1923), de José Ortega y Gasset, ejerció una influencia decisiva sobre ellos, ya que los identificaba con la noción de "generación" —entre otros conceptos que tomaron del autor como punto de partida, como referencia y guía para sus análisis y reflexiones—; Ortega hacía la distinción entre "la masa mayoritaria de los que insisten en la ideología establecida" y "una escasa minoría de corazones de vanguardia", así como entre secuencias generacionales, en las que se reconocían "épocas acumulativas" y "épocas eliminatorias y polémicas". Esto era, "*cada generación representa una cierta actitud vital" [sic]* que se distinguía "por recibir lo vivido por la antecedente" o por "dejar fluir su propia espontaneidad". Ortega sintetizaba la noción de futuro en una fórmula: "de lo que se empieza a pensar depende lo que mañana se vivirá en las plazuelas", la cual no se entendía cabalmente sin su referente: la contraposición entre el relativismo y el racionalismo, de donde saldría el "orden social definitivo":

> El futuro ideal constituido por el intelecto puro debe suplantar al pasado y al presente —escribe Ortega y Gasset—. Éste es el temperamento que lleva a las revoluciones. El racionalismo aplicado a la política es revolucionarismo y, viceversa, no es revolucionaria una época si no es racionalista. No se puede ser revolucionario sino en la medida en que se es incapaz de sentir la historia, de percibir en el pasado y en el presente la otra especie de razón, que no es pura, sino vital.

Ortega daba primacía al concepto de *vital*, en un sentido biológico, contrapuesto a *espiritual*, en un sentido "transvital" —cita a Séneca: *Vivir militare est*—. Empleaba ambos conceptos, siempre en relación de contrarios-complementarios, para analizar la dualidad vida-cultura, y concluía: "No hay cultura sin vida, no hay espiritualidad sin vitalidad, en el sentido más *terre à terre* que se quiera dar a esta palabra. Lo espiritual no es menos vida ni es más vida que lo espiritual." Tal distinción lo llevaba a un "doble imperativo": "La cultura no puede ser

regida exclusivamente por sus leyes objetivas o transvitales, sino que a la vez está sometida a las leyes de la vida." Eran dos "instancias" que "mutuamente se regulan y corrigen": "La vida inculta es barbarie; la cultura desvitalizada es bizantinismo." Por lo tanto, estaba en contra del *"utopismo cultural"* porque está alejado de la vida.

De hecho, "el culturalismo" era una forma de "cristianismo sin Dios" o, en otro sentido, la "vida de cultura" que es la "vida espiritual" es una forma de *"vita beata"*. Por eso, "en las épocas de reforma, como la nuestra [en la primera posguerra], es preciso desconfiar de la cultura ya hecha y fomentar la cultura emergente —o, lo que es lo mismo, quedan en suspenso los imperativos culturales y cobran inminencia los vitales—. Contracultura, lealtad, espontaneidad, vitalidad". Su conclusión era rotunda: *"El tema de nuestro tiempo* consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supeditarla a lo espontáneo. Dentro de pocos años parecerá absurdo que se haya exigido a la vida ponerse al servicio de la cultura. La misión del tiempo nuevo es precisamente convertir la relación y mostrar que es la cultura, la razón, el arte, la ética quienes han de servir a la vida."

No está de más reiterarlo: la influencia del filósofo español fue decisiva porque ayudó a los lectores mexicanos, jóvenes —en su mayoría— ávidos de ideas nuevas, a pensarse a sí mismos y a la realidad que los circundaba. *El tema de nuestro tiempo* fue determinante (y en esta palabra no eludo el riesgo de la invocación positivista, pues para aquellos jóvenes la realidad se debía cifrar en resultados tangibles, objetivos): en él se cifraban los análisis y reflexiones de los temas que más preocupaban, como la identidad personal y generacional, la relación con la realidad inmediata y con el porvenir, la apreciación de la vida y de la cultura. En otras palabras: los síntomas de valores vitales que percibían en sí mismos eran equivalentes a los que Ortega percibía en el mundo.[3]

[3] Cf. Víctor Díaz Arciniega [en las notas abreviaré: VDA], *Querella por la cultura "revolucionaria"*, México: FCE, 1989.

2. Poco a poco

disminuyó el murmullo. Los invitados y asistentes tomaron su lugar. Pronto, como cómplices de la expectación, todos escucharon al secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, en el momento de inaugurar los trabajos del Primer Congreso Internacional de Estudiantes. Sus palabras no eran una simple bienvenida. Tampoco una arenga política. Eran la exaltación de la "responsabilidad" que habían de asumir los estudiantes en la edificación de una sociedad más pacífica y más justa:

> Creo que en nuestro tiempo, y hablo del mundo entero, y no sólo de México, se han resuelto por lo menos teóricamente los problemas sociales que han impedido hacer de este mundo una morada de paz y bienandanza; y creo que estas soluciones, aunque todavía sujetas a rectificaciones de detalle, hacen de nuestra época una edad comparable solamente a la de los primeros siglos del cristianismo, cuando se resolvieron los problemas del alma y se dejaron sentadas las bases de una justicia social verdadera.[4]

Su exordio estaba dirigido a los universitarios de 1921, que pronto serían los ciudadanos encargados de poner a prueba y aplicar los principios de organización colectiva y proyección cultural descubiertos por la generación precedente, la del Ateneo de la Juventud para México o la generación de 1900 para el resto de Hispanoamérica; era un exordio inmerso en su época y atento, con serenidad, sin envidias ni nostalgias, de los jóvenes que preparaban su futura acción. Vasconcelos ilustró con pasajes de la historia mexicana inmediata e invitó a una reflexión: "Pensad en el más alto ideal político teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de clericalismo siempre al acecho, y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas frente a crímenes horrendos, noches sombrías y auroras de gloria y redención." En su conclusión hizo un voto: que el Congreso fuera sitio de intercambio entre los estudiantes mexicanos y sus congéneres venidos de países adelantados o de naciones aplastadas por feroces despotismos; que los hispanoamericanos se

[4] Fell, *op. cit.*

constituyeran en bloque para así dar ejemplo a los distintos gobiernos del subcontinente, "que hasta ahora no ha procurado lograr igual uniformidad de acción".

Durante dos semanas —entre el 20 de septiembre y el 8 de octubre de 1921, un total de 40 delegados y 30 "adherentes" de 14 países, todos reunidos en el Salón del Generalito de la Escuela Nacional Preparatoria o, según el caso, en la Sala de Actos de la Facultad de Jurisprudencia, ambos de la Universidad Nacional de México—, los congresistas expusieron varios temas: la función social del estudiante, el mejor método para ejercer tal función, el objetivo y valor de las asociaciones estudiantiles y la conveniencia de organizar una federación internacional de estudiantes, bases sobre las que deberían fundamentarse las relaciones internacionales y la ejecución de las resoluciones del Congreso, de las cuales algunos puntos serán significativos para la historia del Fondo de Cultura Económica: los que apuntaban hacia propuestas para alcanzar el deseado "advenimiento de una nueva humanidad" y la "integración de los pueblos en una comunidad universal". Es decir, según las resoluciones, mediante la escuela, "base y garantía del programa acción social", se "lucharía" por lograr "la coordinación armónica del pensar, el sentir y el querer"; con la extensión universitaria se podría difundir la cultura; mediante la solidaridad se impulsaría "el pensamiento y la acción"; se procuraría que las "universidades populares" estuvieran libres de "todo espíritu dogmático y partidista"; se buscaría "la comunidad de los pueblos en una comunidad universal" por medio de la abolición del "actual concepto de relaciones internacionales", para no centrarlas entre los gobiernos sino entre los pueblos. De esta manera se lograría "una mejor comprensión del espíritu, cultura e ideales".[5]

Si se hace caso a la memoria de algunos de los mexicanos participantes en el Congreso y que años más tarde fundarían el FCE —Cosío y Villaseñor, por ejemplo—, se puede observar que para ellos el Congreso parece no tener importancia. Caso contrario es el de Arnaldo Orfila Reynal, asistente al Congreso en representación de su natal Argentina, quien ha evocado

[5] Cf. Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México: Siglo XXI, 1987.

con entusiasmo esas semanas, significativas en su memoria por varias circunstancias: es su primer viaje intercontinental, es su primer contacto vivo con un interés juvenil compartido continentalmente, es su primer encuentro con una visión distinta de la actividad universitaria, y es su primer diálogo con inteligencias tan sobresalientes como la de Pedro Henríquez Ureña, a quien prácticamente todos los congresistas ofrecen su admiración y respeto.

> Fue ése un foro americano en el que se expresaron con claridad las corrientes más avanzadas de las juventudes del mundo que se orientaban hacia una concepción socialista bien clara con afirmación de ideales internacionalistas definidos —indicó Orfila en 1980, al recibir la más alta condecoración mexicana, el "Águila Azteca"—. Fueron momentos en que se consideraba —era la primera posguerra que vivíamos— la posibilidad de grandes transformaciones, y el Congreso creyó oportuna y necesaria la fundación de la I Internacional de Estudiantes en la que, confiábamos, podría concentrarse una fuerza que debería actuar por líneas paralelas aunque no coincidentes con las de las internacionales obreras [...].
>
> Quedó en nosotros el impacto del impulso revolucionario del movimiento político y cultural de México por esos años, en un auténtico despertar abierto al ritmo de la lucha social. Este despertar, esta conjunción de la política transformadora y la cultura extendida más allá de los muros universitarios abrió nuevas perspectivas de acción internacional y estrechó los vínculos de las juventudes americanas que se amplían después, también desde México, con la creación del Fondo de Cultura Económica.[6]

A la vuelta de los años José Carlos Portantiero —a diferencia de los propios protagonistas— ha hecho ver la importancia de la reunión estudiantil: en el Congreso, por primera ocasión, los diferentes movimientos reformistas surgidos en Hispanoamérica adquirieron su consagración definitiva y, más y mejor aún, transformaron las banderas de Córdoba, Lima y Santiago en reclamos de la juventud hispanoamericana que ya se concebía a sí misma como integrante más vasta que las fronteras de sus naciones.

[6] Varios, *Arnaldo Orfila Reynal. La Pasión por los libros*. México: Universidad de Guadalajara, 1993.

A todo esto se debe sumar una larga serie de antecedentes culturales, cuya base se podría situar en la propuesta poética en lengua española del modernismo rubendariano; la inquietud continental y cosmopolita de la generación de 1900, tal como la concibe Manuel Ugarte; los afanes universales y clásicos del Ateneo; las preocupaciones antiimperialistas de José Enrique Rodó y, por si fuera poco nutrida esta serie, las consecuencias acarreadas por la Gran Guerra, que mostró una "fractura ética de Europa" y por lo tanto la necesidad de crear una "nueva civilización" en un "continente joven". Sobre estas bases habrán de darse las reformas universitarias, síntoma de una sociedad emergente que buscaba incorporarse a la vida pública con los bríos del grande y utópico proyecto de producir una "reforma intelectual y moral" abarcadora de toda Hispanoamérica.[7]

En la concurrencia de estos antecedentes los jóvenes observaban un resultado fundamental: la convocatoria para que los universitarios, la generación emergente, asumiera el liderazgo que condujera al porvenir. Las palabras del argentino Alfredo L. Palacios, quien viajó a México en 1925 para asistir al Segundo Congreso Nacional de Jóvenes y para recibir la distinción de Maestro de la Juventud, integraban sintética y puntualmente las inquietudes de la época y la visión de una realidad inmediata:

> Nuestra América, hasta hoy, ha vivido en Europa, teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba las luchas del hombre contra el hombre. Ciencia sin espíritu, sin alma, ciega y fatal como las leyes naturales, instrumento inconsciente de la fuerza, que no escuchaba los lamentos del débil y el humilde; que da más a los que tienen, y remacha las cadenas del menesteroso; que desata en la especie los instintos primarios contra los más altos fines de la humanidad. Tal nos aparece hoy la cultura europea, que amenaza desencadenar una guerra interminable, capaz de hundir en el caos la civilización de Occidente.

[7] Alfredo L. Palacios, *Nuestra América y el Imperialismo*, Argentina: Palestra, 1961, y cf. Anónimo, "Ha muerto Alfredo L. Palacios, un gran americano", *La Gaceta*, 127 (abril de 1965), 2.

¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos, a sabiendas, un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? ¿Imitaremos a Norte América que, como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder, degenerando en la plutocracia?

Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores.

Somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de raza. No podemos, por tanto, alimentar los viejos odios raciales, fruto de parcialidad y limitación. Conservamos, además, la herencia pura de San Martín y Bolívar, dos de los héroes más generosos que ha producido la historia. Tenemos que concebir una nueva humanidad dotada de una más alta conciencia. La dilatada extensión de nuestros países, casi despoblados, hace absurda la lucha de los pueblos por la tierra. No necesitamos disputárnosla, ni regarla con sangre fratricida, sino dividirla entre los hombres, haciéndola fecunda por el esfuerzo, en beneficio de todos.

No necesitamos, como Europa, alimentar el odio implacable, sino tender a su desaparición; borrar las diferencias exteriores que separan a los hombres y substituir la concurrencia y los antagonismos con la cooperación y la ayuda mutua. Utilizar para el bien social todos los esfuerzos y poner al alcance de cada uno todas las posibilidades. Debemos libertar a la mujer y hacerla nuestra igual en los derechos, en lugar de mantenerla sometida a perpetuo y odioso tutelaje. Es indispensable la colaboración del alma femenina en nuestra obra civilizadora.

Y tenemos, ante todo, que exaltar la personalidad humana. Darle al hombre conciencia de su fuerza; forjar su voluntad y el carácter. Hacerle apto para dominar los tesoros que ha creado en vez de constituirse, como ahora, en siervo de ellos. Para lograr esto, habremos de realizar una incruenta revolución: la revolución del pensamiento, la reforma educativa para transformar al hombre.[8]

[8] Alfredo L. Palacios, "A la juventud universitaria de Iberoamérica", *La Antorcha,* I, 15 (9 de enero de 1925).

3. Bajo el magisterio

de hombres de Hispanoamérica, jóvenes como los congresistas Daniel Cosío Villegas, Arnaldo Orfila Reynal, Eduardo Villaseñor y Manuel Gómez Morín —entre los que años más tarde serán los fundadores del FCE— tendrían presente la palabra y la acción de varios hombres ciertamente ejemplares. El primero de ellos es José Vasconcelos, cuyas tareas en la Secretaría de Educación serían determinantes; en él se cristalizó la inteligencia puesta al servicio de la acción, la cultura y los pueblos; su viaje por Hispanoamérica en 1922 sería, si no el primero entre los viajes de los grandes hombres del continente, sí uno de los de mayor trascendencia. En su peregrinar lo siguió Antonio Caso, quien en Lima exaltó repetidamente la unidad de la cultura hispanoamericana, la homogeneidad de su historia y los antecedentes étnicos y sociales comunes de los distintos países del subcontinente.

Durante esos años veinte también destacaron voces individuales que venían expresándose desde mucho tiempo atrás, pero es hasta entonces cuando fueron consideradas como conjunto unitario. Así, pues, entre éstas destacaban: *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, cuyo eco resonaba en obras como *Horas de lucha* (1908) de Manuel González Prada, *Nuestra América* (1919) de Waldo Frank, *Destino de un continente* (1923) de Manuel Ugarte, *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) de Pedro Henríquez Ureña, o *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) de José Carlos Mariátegui.

En todos ellos el centro rector era producto de la amenaza imperial norteamericana, del fracaso del panamericanismo y, sobre todo, de una convicción: "Por encima de los errores —escribía Ugarte— el destino de nuestra América tiene que ser grandioso. Lo que surge en [...] nuestras tierras es una nueva humanidad." Y añadía: "Conviene tener en conjunto una política latinoamericana a la cual se subordinen o se ajusten los intereses locales." En otro momento decía: "Tenemos fe en la juventud de América Latina; tenemos confianza en que las nuevas generaciones se esforzarán por realizar la vida nueva, acelerando la depuración y el progreso de cada república, y

preparando la conjunción de propósitos y el itinerario común." Y más adelante insiste en que "nuestra América" no debe dejarse separar de Europa, porque ella es "su único punto de apoyo en los conflictos que se anuncian".[9]

La conferencia *La utopía de América* (1925), la cual Pedro Henríquez Ureña pronunció en La Plata en 1923, contiene a modo de síntesis lo que surgía en Rodó, reformulaba Ugarte, acogía el Ateneo y que bien podría tomarse como la meta para la reivindicación y unificación espiritual de Hispanoamérica.

Las palabras de la conferencia no sólo miraban la realidad inmediata sino, sobre todo, estimulaban la búsqueda de un horizonte y un porvenir:

> Si en nuestra América el espíritu ha triunfado sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de fuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: démos el alfabeto a todos los hombres; démos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.
>
> ¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. [...] Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías [...].
>
> Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu [...].
>
> El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena [...]. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias del carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combi-

[9] Manuel Ugarte, *El destino de un continente*, Madrid: Mundo Latino, 1923.

> narse con matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.

Pedro Henríquez Ureña era reiterativo: en "Patria de la justicia" —también en La Plata— sintetiza una aspiración y programa político:

> Debemos llegar a la unidad de la magna patria [y] deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable.[10]

Cosío y Orfila volverían a escuchar estos conceptos, con muchos y variados matices y con diferentes bases argumentales, en la larga serie de conversaciones que sostuvieran con Henríquez Ureña en Argentina. En estas conversaciones, verdaderos diálogos socráticos, también participaban otros cercanos amigos del FCE: Alfonso Reyes y Francisco Romero, principalmente durante los años que el primero fue embajador de México en Argentina. En otro sitio, con otro grupo de amigos, Orfila enriqueció su palabra con las ideas de Alejandro Korn, tan socrático y filosófico como los referidos y tan beligerante y atrevido como Vasconcelos o Palacios.

Korn y Romero no son sólo dos pensadores emparentados —según analiza Juan Carlos Torchia Estrada—; representan una actitud ante la filosofía y ante la sociedad en que el filósofo vive. Ambos se esforzaron por elevar el nivel de la labor filosófica entre nosotros, los hispanoamericanos; Korn desde su tertulia en La Plata, sin sospechar su póstuma dimensión hispanoamericana; Romero, conscientemente, moviendo los hilos de una urdimbre de relaciones filosóficas en toda Hispanoamérica. También, ambos tuvieron sensibilidad para los problemas de su mundo y de su hora. La reforma universita-

[10] Pedro Henríquez Ureña, "El amigo argentino", *Obra crítica*, México: FCE, 1960, y *La utopía de América*, Caracas: Ayacucho, 1978.

ria, el socialismo, la historia de las ideas en su país, fueron temas caros a Korn, quien, en la mejor tradición alberdiana, llegó a concebir una filosofía nacional como la búsqueda de solución a los problemas nacionales. Romero, por su parte, dio mucho de lo mejor de su tiempo a la acción magisterial, al empuje de proyectos culturales en su medio, robándolo a lo que el creador estima más caro: su propia obra. Incluso, cuando lo juzgó necesario, llegó a rozar la acción política, con la orientación que en su momento le dictó su conciencia. Así, vemos a algunos filósofos olvidar su obligación de rigor intelectual y convertirse en propagandistas de una causa política, decían ellos mismos. Vemos también a otros salvaguardar el rigor de su disciplina haciendo de los muros académicos las fronteras finales —y excluyentes— del mundo. No hay, desde luego, nada malo en vivir con intensidad la hora propia ni en preservar el rigor del pensamiento. El problema comienza cuando cualquiera de las dos legítimas actitudes daña a sus complementarias. Alejandro Korn y Francisco Romero son paradigmáticos, porque no descuidaron ninguna de las dos.[11]

Si se evocan aquí los magisterios de Pedro Henríquez Ureña, Alejandro Korn y Francisco Romero es por el hecho de que su simbólica presencia en el Fondo de Cultura Económica es fundamental; porque ellos, durante muchos años, estuvieron cerca de los fundadores y, en particular, de los dos primeros directores, a saber, Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal, quienes reconocían en los tres una amistad socrática. Más aún, entre ellos se teje una urdimbre cultural y política en la que no se oculta una base utópica, pues el simple hecho de pensar con las categorías de la "gran patria" para referirse a Hispanoamérica, de "nuestra lengua" para referirse al conjunto de hispanoparlantes y de poseer una arraigada convicción social y ética era, como un todo unitario, un sueño que los fundadores compartieron y que incluso en varios momentos de su vida desearon cristalizar. Por lo tanto, su evocación, más que un gesto sentimental, es la asunción de los vértices simbólicos en los que se

[11] Juan Carlos Torchia Estrada, *Alejandro Korn. Profesión y vocación*, México: UNAM, 1986.

cifra la propuesta más ambiciosa de la nueva editorial: la nación, el continente, la lengua y sobre éstos el bienestar cultural de su población.

4. Entre la vocación y la profesión

es el dilema que enfrentaban los jóvenes en aquellos años veinte. En 1924 Daniel Cosío Villegas indicaba que los oficios se dividían en las tres categorías de ideal, útil y erróneo. El primero era el que el hombre deseaba "como última realización" de sus propósitos; el segundo el que se desempeñaba de manera perfecta, aunque no gustaba del todo, y el tercero el que asignaba la vida. Dentro de estas tres categorías, y para sí mismo, Cosío admitía: "Creo tener facultades para la música, desearía ser editor y soy profesor de universidad."[12]

La de Cosío no era una situación excepcional. Por el contrario, gran parte de los jóvenes podrían adoptar disyuntivas similares, aunque debido a las condiciones económicas, políticas, sociales, educativas y culturales de la época en México, había en realidad pocas opciones: empleado gubernamental, colaborador de un periódico, profesor, abogado litigante dentro de un despacho privado, comerciante y alguna otra. De hecho, el horizonte profesional era tan limitado, que la mayoría debía ocuparse en varias actividades para resolver su propia subsistencia. Por lo tanto, en la casi totalidad de los casos, la primera de las categorías referidas, el "oficio ideal", quedaba arrumbado; se recordaría tras la bruma de cierta nostalgia, tal como observamos en el comentario de Eduardo Villaseñor: "Tuve que sacrificar mis aficiones literarias a mis funciones oficiales en los varios puestos que he desempeñado."[13]

Es en este punto donde coincidían con mayor intensidad y afinidad quienes años después fundarían el FCE. En forma dispersa y quizá sin tener noticias los unos de los otros, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Jesús Silva Herzog, Gonzalo

[12] Daniel Cosío Villegas, "Dos ensayos", *La Pajarita de papel*, México: INBA, 1965, y cf. Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, México: Joaquín Mortiz, 1980.

[13] Eduardo Villaseñor, *Memorias-Testimonio*, México: FCE, 1974.

Robles y Manuel Gómez Morín, por sólo referir a los más destacados miembros dentro de la primera Junta de Gobierno, deambulaban por caminos similares hacia rumbos equivalentes; con el tiempo, todos estarían sentados a la misma mesa. En algún momento de esos años, todos ellos compartieron experiencias similares: escribieron literatura y publicaron en periódicos y revistas, incluso como editores; asistieron a los cursos y conferencias de la Universidad: todos escucharon con admiración a Caso; leyeron los artículos y libros de Vasconcelos y Reyes con interés y afán crítico y reprobaron los análisis económicos y políticos de Carlos Díaz Dufoo o Querido Moheno; impartieron cátedra en Chapingo y la Universidad y visitaron a Diego Rivera o a José Clemente Orozco mientras pintaban sus murales; colaboraron en la Secretaría de Hacienda, el Banco de México o alguna otra institución gubernamental en donde realizaron los primeros estudios económicos, organizaron las primeras bibliotecas especializadas y serían los primeros en pugnar por la creación de un centro de estudios e investigación de los problemas económicos nacionales; por último, viajaron al extranjero para realizar cursos de especialización o como parte de una representación diplomática, o ambas. Más aún: concluyeron la década de los veinte con una serie de hechos relevantes y significativos; vivieron el año decisivo de 1929 en que la economía mundial sufrió un severo golpe, la democracia en México vivió el primer proceso electoral sujeto a normas institucionales, y la Universidad de México luchó por su más caro anhelo: la autonomía. Dentro de este crisol general, virtieron la suma de inquietudes que, amalgamadas, fraguaron dos grandes proyectos intelectuales que ocuparían lugares preponderantes tanto en su memoria personal como, sobre todo, en la historia de instituciones culturales mexicanas: la Escuela Nacional de Economía dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica.[14]

El escenario de 1929 exigió de ellos, en forma súbita e impostergable, la reconsideración del estudio atento y riguroso de las condiciones económicas mundiales y su repercusión en

[14] Cf. Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México: Siglo XXI, 1972.

México; asimismo, del encauzamiento de la participación colectiva, democrática, a través de vías alternas a las propiamente políticas y hacia rumbos de mayor alcance. Ante tal escenario y de manera consecuente, sintieron la necesidad de crear una doble obra esencialmente cultural: por una parte, el estudio y la divulgación de la economía, ciencia que hasta entonces había dado frutos aislados y dispersos en la historia nacional; por la otra, reconocían la conveniencia de emprender obras públicas permanentes, no por la vía política, sino por el cauce de empresas institucionales públicas con repercusión social.

Esas experiencias comunes mostraban una natural resonancia de los conceptos que José Ortega y Gasset expuso en *El tema de nuestro tiempo*, como ya se ha referido; mostraban resonancia de las inquietudes de los universitarios interesados en proyecciones y realizaciones continentales, tal como quedaron cifradas en la demanda de Alfredo L. Palacios; mostraban resonancia de la voluntad de emprender la asimilación y difusión de la cultura universal, indispensable para el bienestar de "nuestros pueblos" y, sobre todo, mostraban la resonancia de una carencia compartida por todos con cierta aflicción: no contaban con los medios adecuados para expresarse ni para difundir sus conocimientos e investigaciones, ya que los periódicos estaban saturados y eran dirigidos por mercaderes, la oratoria en boga sólo permitía efectos inmediatos, transitorios e inconsistentes, y los libros importados eran escasos mientras que los nacionales inexistentes. Respecto de este último renglón, su coetáneo y luego cercano colaborador del FCE, Francisco Monterde, describió el vacío que en 1925 —y que se prolongó durante muchos años más— se vivía en los ambientes literarios y científicos:

> Hablando de un modo general, en México el mismo autor tiene que ser editor de sus obras. No existe una editorial fundada en bases firmes —excepción hecha de la que se especializa en los libros de texto— que vea, como un negocio, la publicación de un libro. Hay libreros que editan por amistad o por conveniencia propia, pero no sobre las bases de un mutuo negocio, ventajoso para el escritor y para ellos. De ahí que los libros que se publiquen sean casi siempre pequeños —folletos y *plaquettes* con preten-

siones de libro, en su mayoría—, porque el autor prefiere imprimir obras que le cuesten menos. Cuando se trata de una novela grande, en dos o tres volúmenes, se ve obligado a imprimirla en papel de ínfima clase o a buscar editores fuera de la República, en los países en donde ya existe cimentado el negocio editorial.[15]

En suma, a modo de conclusión, se puede observar que a lo largo de la década de 1920 —simbólicamente enmarcada por el exitoso arribo de José Vasconcelos a la Rectoría de la Universidad Nacional y por su sonado fracaso en la candidatura a la presidencia de la República o, en otro renglón, por el triunfo en el poder político nacional del grupo sonorense y su consolidación en él dentro de una versión de partido político institucionalizado— los jóvenes atravesaron de los 20 a los 30 años de edad y vivieron con particular intensidad, debido a que la aceptaron como propia, la denominada "reconstrucción nacional", la cual abarca los siguientes aspectos en sus características generales:

1) Como base y antecedente, a través de Henríquez Ureña y Vasconcelos —los más preponderantes—, la recuperación del proyecto cultural del Ateneo de la Juventud y del concebido para la Universidad Nacional por Justo Sierra: encauzar el ejercicio crítico y constructor según paradigmas de orden, rigor, disciplina, universalidad y el fortalecimiento de la armonía civil; elaborar una obra propia, "como un servicio público y un deber civilizador". Más aún, casi todos los ateneístas se distinguían por una cualidad que describe Luis Leal y que aquellos jóvenes percibían con lucidez:

Contaban con un programa de acción bien articulado; primero, conocer la realidad mexicana; luego, crear una cultura mexicana y, por último, dar a conocer esa cultura, con el objeto de elevar el nivel cultural.

La destrucción del positivismo es la contribución de mayor importancia de la generación del Centenario [como también se conoce a la generación del Ateneo y que equivaldrá a la generación de 1900 identificada por Ugarte]; mas no es la única. De gran valor también, sobre todo para las generaciones que le siguieron, fue el haber iniciado en la juventud mexicana el sentido de la aus-

[15] *Apud*, VDA (1989), *op. cit.*

> teridad intelectual, sentido que había faltado a los modernistas, dados a la bohemia. La generación del Centenario se impuso una rígida disciplina mental y moral. Todos ellos estaban de acuerdo en que la juventud mexicana necesitaba disciplina mental. Y, por último, la generación del Centenario asentó las bases sobre las cuales se había de levantar la revolución social que cambió el derrotero del hombre y la vida en México.[16]

José Emilio Pacheco concluiría el análisis diciendo que los del Ateneo "fueron los primeros que se consideraron a sí mismos intelectuales y ya no 'letrados', 'bohemios' ni 'pensadores'; los primeros que son en conjunto e individualmente producto de la universidad; que se vieron como una generación con una tarea común y una personal; que, sin prescindir de la indispensable lengua francesa, supieron inglés... Fueron también los primeros 'latinoamericanos' ".[17] En suma, ellos, los del Ateneo, son los principales agentes transformadores de las nociones y prácticas culturales —en el sentido más generoso de la palabra— mexicanas en el cambio de siglo. José Luis Martínez indicaba para Reyes, como podría hacerlo para muchos de los ateneístas: "Él no fue ni un rebelde ni un revolucionario; fue otra cosa igualmente importante, un civilizador, que buscó otro camino para lograr el mejoramiento humano."[18]

2) Como producto del *esprit de corps* referido, los entonces jóvenes pertenecientes a la generación de 1915 realizaban una serie de tareas cuyas características generales identifica Carlos Monsiváis en estos términos:

> Para ellos el servicio público lo es todo. La técnica lo es todo. Las generaciones encuentran una síntesis: la política lo es todo. De allí lo dudoso de la tesis que les adjudica un "sacrificio intelectual", una renuncia a la obra personal. Para ellos —no otro es el sentido global de su trabajo—, la obra más personal es la creación de instituciones, la coordinación de fuerzas, la aplicación de soluciones

[16] Luis Leal, "La generación del Centenario", en Alfonso Rangel Guerra y José Ángel Rendón, *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey: Universidad de Nuevo León, 2 vols., 1955 y 1957.

[17] José Emilio Pacheco, "Cinco puntos de partida para AR", *La Jornada Semanal*, 247 (11 de junio de 1989).

[18] José Luis Martínez, "En el centenario de AR", *La Jornada Semanal*, 247 (11 de junio de 1989).

> técnicas y científicas correctas. De algún modo, siempre persiste en la mayoría de estos hombres la identificación del destino individual con el destino del país. Si su drama es la incapacidad de acceder al Poder, su ventaja es la cercanía psicológica con la idea de la Historia. Aun fracasando o frustrándose, siguen siendo Historia. Y siguen leales al apotegma de la institucionalidad: el equivalente político del mestizaje es la unidad nacional.[19]

A este concepto generacional se sumaba otro más cifrado en la idea de revolución, la cual los permeaba como individuos atentos a y participantes en la vida civil, pues el ambiente político en que velaban sus primeras armas será el que la identificará, a partir de entonces y durante varias décadas; idea de revolución que durante los veinte la mayoría creaba y hacía propia y sobre la que se tejía una gran urdimbre política, contra la cual —años más tarde, en los cuarenta— algunos de los fundadores de la Casa enderezarían sus críticas por su "agotamiento", "crisis" y "burocratización"; idea de revolución que ya no remitía a la lucha armada, a *una* revolución, sino que remitía a la revolución en sí misma, es decir, a *la* revolución; idea de revolución que en un principio servía como guía conductora y luego como referencia distante, pues las nociones de universalidad e hispanoamericanismo que adoptaron los fundadores para la Casa provocaba ciertas e innecesarias fricciones con el ambiente político y partidista en general.[20]

Por último, Ortega y Gasset es importante no sólo porque ayudó a identificar un *esprit de corps* como concepto y como vivencia entre los jóvenes, sino también como persona, pues era un hecho que, por encima de su valía como pensador, entre algunos representaba al sagaz empresario cultural de una propuesta política. Este detalle fue fundamental para algunos de los jóvenes de la generación de 1915, pues eso no lo observaban en sus antecesores; de hecho, ni los del Ateneo —incluido el propio Vasconcelos, cuyas ligas y afanes políticos inmediatos lo llevaron al fracaso, asunto que perciben con claridad—, ni los de la generación de 1900, ni nadie en lo individual de

[19] Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana del siglo XX", *Historia general de México*, México: El Colegio de México, vol. V, 1977.

[20] Cf. Guillermo Palacios, "Calles y la idea oficial de la Revolución", *Historia mexicana*, XXII, 3 (1973), 261-278.

los hispanoamericanos que tanto admiraban, había logrado una proyección cultural a través de empresas editoriales, periodísticas o culturales, en un sentido más abarcador. Por lo tanto, y a manera de síntesis, en Ortega reconocían una dimensión y proyecto de reflexión filosófica, mientras que en los hispanoamericanos veían un contenido y propuesta de análisis y actividad cultural. Entre el primero y los segundos era indispensable una fusión, la cual se propusieron encarnar.[21]

[21] Cf. Alfonso García Morales, *El Ateneo de la Juventud (1906-1914)*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1992; VDA (1989).

II. PIEDRA DE FUNDACIÓN

1. Lejos de circunstancias

y ocasiones celebratorias, Eduardo Villaseñor evocaba una larga serie de antecedentes ligados al doble hilo conductor de la especialización y la vida moderna; en su "Apología del *dilettante*" (1924) puntualizaba: "La vida moderna —ya lo decía Comte— exige especialistas. Entre éstos, también, al especialista en generalidades."[1] Lo primero, la especialización, era un medio para encarar más directamente y con mejor dominio los problemas de México, realidad que, en forma súbita y tumultuosa, la Revolución reveló a los jóvenes. Lo segundo, la vida moderna, debía ser un fin cuando el tiempo no sólo apremiaba sino aun urgía soluciones como meritorias improvisaciones para sacar adelante a México. En ambos casos había una meta: los jóvenes como él creían en la necesidad de una base cultural indispensable para el porvenir de México. Villaseñor añadía a esto que la sed de cultura esencial en el *dilettante* se contrapone a los afanes de políticos. En 1924 era implacable su deslinde: "Pero por grande que sea el amor de la cultura, por infinita la sed, por grande la curiosidad, el tiempo no ha corrido en balde y, por mirar las piedras del camino, esta juventud, curiosa y desconcertada, se ha quedado perdida a la vera o asoma entre los breñales de la política y en algunos casos altozanos. No alcanzan a diez los que han llegado, o cuando menos han seguido su camino..." Durante muchos años, toda su vida, él procuró conservar para sí esa separación entre la vida cultural y la vida política —en el sentido más convencional y desprestigiado del concepto—. Como él, algunos más de su injusta escasa decena referida hicieron propio ese deslinde, hasta donde las circunstancias del servicio público en el que participaban lo permitió. De hecho, la fundación del Fondo de Cultura Económica descansa sobre este punto.

[1] Eduardo Villaseñor, "Apología del *dilettante*" [1924], en José Luis Martínez, *Ensayo mexicano moderno*, vol. 1, México: FCE, 1971.

2. La especialización y el rigor

científicos marcaban una pauta de conducta ciertamente provocativa al chocar contra la oratoria profesoral y la pasividad receptiva del alumnado. El encuentro fue inesperado: en 1929 y en la Facultad de Jurisprudencia, la decisión de establecer exámenes periódicos y escritos de evaluación provocó una violenta respuesta estudiantil que, a la postre, fue encauzada hacia fines nobles y resultados positivos, entre los que cabe destacar la obtención de la autonomía de la Universidad Nacional de México. La historia es bien conocida, no obstante conviene recordar que lo que decidió la batalla por una demanda por largo tiempo insatisfecha muestra el otro punto sobre el que descansa el origen de la Casa: el rigor y la especialización.

Los fundadores del FCE llegaron a ese rigor y especialización por diferentes caminos luego de varios años; casi todos concurían en temas similares: problemas agrarios, monetarios, sociológicos, demográficos... En suma, y como concepto general, problemas económicos e históricos ineludibles para los que en México sólo se habían encontrado respuestas provisionales, improvisadas las más de las veces sobre la marcha de los acontecimientos. Sin embargo, lo peor no eran los problemas y sus paliativos, o la ignorancia de unos y otros, sino la carencia de recursos formales —centros de estudios (escuelas), de instrumentos (libros, revistas, estadísticas) y de maestros (profesionalizados)— sobre los cuales apoyar un trabajo científico.[2]

La carencia llevó a que un grupo reducido de estudiantes de derecho —mexicanos deseosos de especializarse en ciencias económicas, entre los que se encontraba Daniel Cosío Villegas— marchara al extranjero a estudiar cuanto la especialización requería. Otro grupo, que por diversas causas no pudo viajar a tierras extranjeras, se hizo especialista de modo autodidacto y sobre el curso de las necesidades laborales, como Jesús Silva Herzog. A la vuelta del tiempo, unos con ideas y teorías de avanzada y otros con experiencia práctica y vínculos estrechos con la realidad, volvieron a coincidir y en forma

[2] Cf. Eduardo Villaseñor, "Orígenes de *El Trimestre*", *El Trimestre Económico,* XX, 80 (1954).

por demás natural sintieron la necesidad de organizar formalmente un Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas y una Sociedad Económica Mexicana, ambos con un casi idéntico cuerpo de fundadores; ambas entidades eran entonces comunidades reducidas, pero con orientaciones teóricas y prácticas distintas y definidas: el Instituto hacia la noción militante e internacionalista (la sombra de Alfonso Goldsmith sobre Silva era importante) y la Sociedad hacia una práctica profesionalizada (en el sentido de un trabajo más técnico que político).[3]

Para dar este primer paso Silva fue determinante, pues cuando trabajaba en el recién creado por él Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos —el primero en su tipo, es decir, especializado, en todo México— de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, en mayo de 1928 convocó a una reunión con el solo propósito de integrar a los interesados en los estudios económicos dentro del referido Instituto. En el primer número de la *Revista Mexicana de Economía,* su director fundador Jesús Silva Herzog explicó los propósitos que animaban al Instituto, cuyo centro rector puntualizó en una frase: nos "inquieta el presente y porvenir de México", la cual englobaba todo un programa de acción científica y política, en el más amplio, serio y ponderado sentido. Sus palabras siguen siendo elocuentes:

> El Instituto de Investigaciones Económicas ha sido formado por un grupo de hombres a quienes inquieta el presente y el porvenir de México y quienes, al mismo tiempo, están convencidos de que hay que comenzar por hacer labor constructiva, seria y ponderada. Su primer esfuerzo se traduce en la publicación de esta revista *[Revista Mexicana de Economía]* y se tiene el propósito de publicar también una serie de estudios sobre problemas económicos que exigen en México más urgente resolución. Además se harán investigaciones de primera mano [...].
>
> Por otra parte, los miembros del Instituto están convencidos de que en México hacen falta técnicos capaces de enfrentarse victoriosamente con el estudio de nuestros problemas. Creen que es urgente estimular y provocar la formación de otros nuevos. De lo

[3] Cf. Anónimo, "El FCE en el XV aniversario", *Noticiero Bibliográfico,* 6 (septiembre de 1949).

> contrario nos veríamos en la situación penosa de tener que llamar a técnicos de Norteamérica o de Europa para que vinieran a resolver algunos de nuestros problemas. Casos concretos hay en que los expertos extranjeros conocen mejor que nosotros las condiciones económico-sociales de México. Será una vergüenza, una vergüenza sin posibilidad de disculpa si no hiciéramos algún esfuerzo para evitar que esto continúe sucediendo indefinidamente. Necesitamos competencia, honestidad y buena fe, si queremos asegurar el porvenir de la República.[4]

En los estatutos del Instituto se establecía la creación de un órgano de difusión, la *Revista Mexicana de Economía* (costeada por los propios —y siempre escasos— recursos de los miembros del Instituto y por los que pudieron conseguir en la Secretaría de Hacienda, gracias a la generosidad de Luis Montes de Oca, su titular y simpatizante de las tareas promotoras de la nueva ciencia), que entre 1928 y 1929 apareció cuatro veces y hoy día es fundamental por ser la primera que integra, en forma seria y rigurosa, una colección de reflexiones y análisis científicos de la realidad económica mexicana; la primera que hace una propuesta académica para abordar los problemas de México, y la primera que convoca a los pocos especialistas en los asuntos económicos de México a que hagan públicos sus estudios y análisis, tal como lo ejemplifica —entre otros varios autores— Daniel Cosío Villegas con su artículo "La rebelión agraria mexicana de 1920".

La vida de la *Revista Mexicana de Economía* fue breve debido a la carencia de recursos y las ausencias (de origen diplomático) del director del número 1, Silva (quien viajó a la URSS para encargarse de la embajada), y del director del número 2, Villaseñor (quien viajó a Londres como encargado de negocios de la representación). Con esfuerzos, Jesús S. Soto dirigió los siguientes dos números. Un último detalle que será significativo más adelante es que los tres primeros números los administró y comercializó la agencia de Alberto Misrachi, dueño de la Compañía Central de Publicaciones.

Paralelamente aparecieron otras dos revistas consagradas

[4] Jesús Silva Herzog, *Revista Mexicana de Economía*, I, 1 (septiembre de 1928), pp. 1-4, y cf. "Breve historia del FCE", *Mis últimas andanzas*, México: Siglo XXI, 1973.

a problemas similares: *El Economista* (1928), dirigida por Francisco Borja Bolado, enfocada a asuntos financieros y hacendarios, publicada por editorial Cvltvra; y *Economía* (1929-1930), patrocinada por la Asociación de Banqueros y dirigida por don Miguel Palacios Macedo durante el primer año y por Cosío durante el segundo. La revista de Cosío era muy distinta de la de Silva, ya que publicaba artículos breves, más de opinión que de investigación y análisis, de circunstancia, ante lo cual llama la atención que un artículo de Silva, "México y el crédito agrícola" (1930), necesitó de cuatro entregas para completarse. En sentido inverso, el artículo de Cosío —tres veces más extenso— se publicó en una sola entrega. Con todo esto, el primer paso estaba dado.[5]

El segundo paso fue mucho más difícil. La carencia de instituciones de enseñanza y de maestros llevaba, por una parte, a fortalecer los estudios de economía —que en forma fragmentada y desde hacía poco más de un lustro se impartían dentro de la Facultad de Jurisprudencia— hasta el punto de hacerlos independientes; por la otra, llevaba a ejecutar las tareas magisteriales con apoyo tanto en los estudios realizados en el extranjero o de manera autodidacta, como en los pocos instrumentos bibliográficos y documentales disponibles. Corría 1929 cuando dentro de la citada Facultad se creó la "Sección" de estudios económicos —aunque sin el *status* ni mucho menos el plan de estudios autónomo de una licenciatura—. Surgieron innumerables obstáculos que la pusieron al borde del fracaso en 1932. Tras largos debates y negociaciones, en 1934 se aprobó el proyecto de una licenciatura propiamente dicha —con programa autónomo— que incluso conllevó la creación de la Escuela Nacional de Economía. Aquí, una vez más, Jesús Silva Herzog, junto con Antonio Espinosa de los Monteros, desempeñó un papel protagónico fundamental.[6]

Cabe señalar que hay una circunstancia histórica cuya importancia no se puede eludir:

[5] Cf. Georgina Naufal Tuena, *Jesús Silva Herzog. Años de formación*. [En prensa en el Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.]

[6] Francisco Javier Rodríguez Garza, *La enseñanza de la economía en México durante el periodo de entreguerras* (estudio en proceso de elaboración).

> México y el mundo venían saliendo de los últimos sacudimientos de la crisis económica más vasta y profunda: la del año 29 —escribe Emigdio Martínez Adame—. La crisis puso a prueba la eficacia del sistema social que vivimos y dio origen a una inquietud de amplios horizontes. No sólo el intelectual se preocupó por profundizar en el estudio de las causas de estas ondulaciones y fluctuaciones que periódicamente alteran la vida normal del ciudadano. Los banqueros, los industriales, los agricultores y hasta el hombre de la calle se tuvieron que preguntar por qué a veces el sistema parece detener su marcha y, otras, acelerarla.

La realidad de aquellos años para los estudios económicos era, según recordaba el mismo Emigdio Martínez Adame, la siguiente: "Hasta entonces, es preciso reconocerlo, en México el estudio de las disciplinas económicas no había sido sistemático. La ciencia económica era, si se me permite expresarlo así, una actividad lateral, subsidiaria de otras ocupaciones, particularmente las del abogado." Recién creada la Escuela, "acudieron prontamente las personas del más diverso origen y actividad; los había abogados, maestros normalistas, agrónomos, preparatorianos recién salidos de San Ildefonso y hasta militares".[7]

Sin embargo, entre 1929 y 1934, entre la Sección y la Escuela, los economistas convertidos en profesores padecían los obstáculos adicionales de que casi ningún estudiante lo era de "tiempo completo" (lo que significaba para Cosío una grave limitación según sus rigores sajones) y casi nadie conocía "ningún idioma extranjero, sobre todo el inglés, éste en que estaba escrito no menos del 80% de la literatura económica". Ante lo primero, los profesores estaban atados de manos y no podían subsanar las carencias materiales de los estudiantes. Ante lo segundo, algunos maestros y autoridades universitarias —Manuel Gómez Morín, Antonio Castro Leal, Villaseñor, Miguel Palacios Macedo, Gonzalo Robles y Cosío— y alumnos —como Emigdio Martínez Adame— conversaban sobre la conveniencia de publicar en español los libros indispensables para la Escuela.[8]

[7] Emigdio Martínez Adame [Discurso], *Libro conmemorativo del 45 aniversario*, México: FCE, 1980.

[8] Cf. Krauze (1980), *op. cit.*; Cosío Villegas (1976), *op. cit.*; Silva Herzog (1972), *op. cit.*

3. *Las conversaciones germinaron*

entre aquellos amigos que acariciaban la idea de una editorial, y Cosío tuvo la iniciativa de acercarse al representante de la editorial Espasa-Calpe en México, Francisco Rubio, para presentarle "un documento en el que explicaba las ventajas comerciales, antes que culturales, de publicar obras de economía —explica Enrique Krauze a partir de la memoria del propio Cosío—. Completaba su memoranda con la reciente empresa del rival más próximo de España, la editorial Aguilar, que acababa de publicar con éxito una nueva versión de *El capital*, libro que se había agotado —argüía Cosío— a pesar de ser abstruso y extensísimo, a pesar también de la paternidad de la traducción y de presentarse en un formato imposible tanto en el peso como en el tamaño. Su documento iba acompañado de 50 títulos posibles, clasificados por secciones: manuales introductorios, cursos medios para estudiantes, etcétera".

En éstas estaba Cosío cuando Julio Álvarez del Vayo, embajador de la República Española en México, lo invitó a España a impartir una serie de conferencias sobre la Reforma Agraria. En realidad, la invitación la hacía el ministro de Instrucción, Fernando de los Ríos, quien deseaba establecer contactos intelectuales entre la Segunda República Española y México. El curso fue un fracaso: el tema no fue del todo atractivo para el público y, para colmo, le asignaron un horario idéntico a otro que impartía el taquillero José Ortega y Gasset. Asimismo se vieron frustrados sus intentos de convencer a Espasa-Calpe de que se hiciera cargo del proyecto editorial que habían venido acariciando.

> Esto no me impidió, por supuesto, conocer y tratar a muchos intelectuales españoles, tarea que inició don Enrique Díez-Canedo, con quien había hecho yo el viaje de Veracruz a Santander —apuntó Cosío en sus *Memorias*—. Pero mi preocupación principal era ver a Genaro Estrada [embajador de México en España] y averiguar qué había pasado con nuestro plan de publicaciones económicas. Me dijo que al recibo de mi carta [envió copias de los documentos presentados a Francisco Rubio y una multitud de nuevos argumentos] se puso en movimiento acudiendo a don Fernando de los Ríos, por ser amigo suyo, por constarle que don Fernando estaba hacien-

do un esfuerzo serio de propagar en las universidades todas el estudio de las ciencias sociales, y muy particularmente porque a don Fernando le había encomendado la sección de estas disciplinas el Consejo de Administración de Espasa-Calpe. Don Fernando acogió con verdadero calor la idea, al grado de provocar una reunión extraordinaria de ese Consejo. Hizo delante de él una exposición larga, que apoyó, además, en la opinión de algunos economistas españoles a quienes don Fernando había consultado, y cuando creía haber convencido al Consejo, Ortega y Gasset pidió la palabra para oponerse, alegando como única razón que el día que los latinoamericanos tuvieran que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española "se volvería una cena de negros". La idea fue desechada, pues Ortega era el consejero mayor de Espasa. Cuando Genaro acabó su relato, conservé el bastante buen humor para comentar que hasta en eso se había equivocado Ortega, pues debía haber dicho cena de indios y no de negros.

El humor aquel debió haber sido muy liviano, pues dos días después volqué toda mi amargura con Alberto Jiménez Frau, con quien hablé no sólo porque con alguien necesitaba yo desahogarme, sino porque, como director de la Residencia de Estudiantes, conocía como pocos el medio intelectual madrileño, y porque él mismo había comenzado a editar una serie preciosa de libritos bajo el rubro de "Colección Granada". Alberto consideró inútil replantear el asunto en Espasa-Calpe, porque la opinión de Ortega prevalecería por largo tiempo. Entonces se me ocurrió sugerir a Aguilar, apoyándome en que poco tiempo antes había editado *El capital* de Marx [...]. Alberto organizó entonces un almuerzo en su casa, al que fuimos invitados de honor Aguilar y yo. Incidentalmente debo decir que aun en esto se distinguía Jiménez, pues era entonces el único español civilizado que invitaba a su casa, pues los otros, sin excepción, lo llevaban a uno al restaurante, y sin señoras. Hablé largamente con Aguilar, y con una copia del plan de publicaciones al frente le expliqué sección por sección y título por título. Me dijo que el plan era de gran envergadura y por eso no podía anticipar una opinión. Se llevaría el plan, lo estudiaría y tan pronto como le fuera posible me daría a conocer su respuesta. No pasó mucho tiempo sin que lo hiciera a través de Alberto Jiménez, y fue rotundamente negativa. Pero conservó la copia del plan, y a los pocos años comenzó a publicar más de uno de sus títulos.

Regresé bien alicaído a México, en parte porque no pude quedarme en España más tiempo, pues el país, su gente, fueron una

> gratísima revelación, y en otra parte por el poco éxito de mi curso y de mis gestiones editoriales. Pero mi alivio fue instantáneo, pues al relatar a mis amigos mi fracaso, de todos ellos brotó la resolución de que si los españoles se negaban a embarcarse en una empresa, nosotros lo haríamos. ¿En qué forma? ¿Con qué recursos? ¡Ya veríamos!, dijimos sin vacilar.[9]

Cosío regresó a México en junio de 1933 y, entre sus cercanos amigos, volvió a encontrase con Villaseñor, con quien no había coincidido en México desde hacía muchos años —el primero había salido a los Estados Unidos y Europa a especializarse y el segundo a Londres como representante diplomático, tiempo que aprovechó para hacer algunos cursos en la London School of Economics y afianzar, así, su vocación por la carrera de economista—. El rencuentro pronto fructificaría en experiencias e intereses comunes: ambos habían editado, cada uno por su parte, una revista especializada, habían deseado fortalecer e impulsar los estudios económicos, habían buscado un foro en donde exponer sus reflexiones y estudios, amén de reunir los que hicieran sus amigos, habían observado la carencia de una publicación de esa naturaleza en México y ambos compartían su admiración por la muy inglesa *Economic Quarterly*.

Durante varios meses, los dos amigos planearon su futura revista y pensaron en un patrocinador que les ofreciera la seguridad de cierta permanencia, pues deseaban superar la posibilidad de estar sujetos a la siempre provisional simpatía de un funcionario gubernamental. La solución no tardó en llegar. Primero, sobre el modelo de la revista inglesa (tanto que el título de allí lo tomaron: *El Trimestre Económico*) estructuraron sus propias ideas. Después, expusieron el proyecto a su viejo amigo Alberto Misrachi, quien inmediatamente aceptó costear los primeros números ("...y buscamos —dice Villaseñor— algunos anuncios de favor para tratar de costear las ediciones"). En abril de 1934 apareció el primer número, dirigido por ambos, Villaseñor y Cosío.[10]

[9] Cosío Villegas (1976), *op. cit*.
[10] Eduardo Villaseñor (1954), art. cit.

Vale la pena hojear ese número: noventa y cinco páginas —analiza Óscar Soberón, quien más tarde y durante más de veinte años sería el director de la revista—; una lista de sesenta colaboradores entre los que destacan varios españoles (Julio Álvarez del Vayo, en Madrid; Ramón Carande, en Sevilla; Gabriel Franco, en Salamanca; Luis Olariaga, en Madrid; Fernado de los Ríos, también en Madrid; Esteban Terradas, en Barcelona y Agustín Viñuales, en Granada). Entre los residentes de los Estados Unidos aparecen Fernando González Roa y Frank Tannembaum; el primero en Cambridge y el segundo en Washington. En México aparecen como colaboradores, entre otros, Luis Cabrera, Manuel Gamio, Manuel Gómez Morín, Enrique González Aparicio, Vicente Lombardo Toledano, Miguel O. Mendizábal, Víctor Manuel Villaseñor y Ricardo J. Zevada. Ese *Trimestre* se inicia con un editorial sobre "Los caminos internacionales de México", escrito por don Daniel hace cincuenta años [en 1934], que podría reproducirse de principio a fin para ilustrar nuestra situación actual. Continúa con el trabajo, firmado por Manuel Gómez Morín, "La organización económica de la Sociedad de las Naciones", con el que don Daniel "castiga" a Manuel, como lo llama [porque lo escribió el propio Cosío y se lo atribuyó a Gómez Morín, quien se lo ofreció, pero nunca lo entregó]. Sigue una colaboración de don Roberto López, "Un órgano eficaz para intervenir la economía", y se cierra el número con una traducción del trabajo de Irving Fisher, "Teoría de la deflación de la deuda de las grandes depresiones". Se apuntaba ya la primera división de la revista en secciones, con una "Crítica de libros" y de "Libros recientes de economía". Se incluyó un anuncio "de favor" y en la cuarta de forros se inserta la lista de las publicaciones de la Liga de las Naciones.

El *Trimestre* se inició, así, con las colaboraciones de los "abogados economistas" y de los economistas agrícolas más distinguidos en esa época, entre ellos Alfonso González Gallardo, Moisés T. de la Peña, Emilio Alanís Patiño, Gilberto Fabila; pero a medida que el tiempo avanzó tuvo que dedicar gran parte de sus páginas a reproducir en español los mejores artículos publicados en el extranjero, llevando a cabo una cuidadosa política de traducciones. Podríamos afirmar que, hasta la mitad de su existencia, la revista se alimentó traduciendo los trabajos de los economistas extranjeros que ya hemos mencionado, editados en *The American Economic Review*, *The Economic Journal*, *The Quarterly Journal of Economics*, *Economie Appliqueé* (también de fecha más reciente), de *Kyklos*, *The Journal of Economics Literature* y aun de otras muchas revistas, para mantener informados a sus lectores sobre las

corrientes del pensamiento económico y de las aportaciones técnicas de mayor significación.[11]

4. La solución editorial

deseada seguía pendiente: *El Trimestre Económico* no resolvía, ni podría, ni pretendería hacerlo, las necesidades pedagógicas inmediatas que demandaba la Escuela Nacional de Economía. Por lo tanto, las conversaciones que sobre el tema se sostenían desde tiempo atrás volvían una y otra vez. Sin embargo, en 1934 resultó alentador que el nuevo rector de la Universidad fuera el viejo amigo Manuel Gómez Morín y que la vieja Sección de estudios económicos se convirtiera en una flamante Escuela. Los vientos parecían propicios. Ante esto y en forma de "conciliábulo" —dice Cosío—, se reunieron Miguel Palacios Macedo, Villaseñor y Cosío con Gómez Morín para formularle el plan, que acogió "con verdadero interés". A este grupo se incorporaría Emigdio Martínez Adame, miembro de la Sociedad de Alumnos.

El plan editorial que Cosío se había llevado a España seguía vigente y lo consideraban, una y otra vez, como el más viable, a pesar de que carecían de recursos. La Universidad Nacional, aun con la simpatía del rector Gómez Morín, no contaba con fondos para tales planes; además, por una parte, políticamente era inviable, pues esos recursos hubieran sido destinados a la recién creada Escuela y, por la otra, Cosío y Villaseñor consideraban más sano no depender presupuestalmente de *una* institución. La propuesta de Martínez Adame, reunir fondos entre los estudiantes, era bondadosa, pero...

Su perseverancia como individuos y la generosidad del plan editorial fructificaron entre sus amigos quienes, en nombre de las instituciones en donde laboraban, podrían hacer algunas aportaciones valiosas aunque no suficientes. Faltaba un detonador. Éste llegó un día, cuando Martínez Adame —entonces director de Egresos de la Secretaría de Hacienda— llegó a un acuerdo con el secretario Marte R. Gómez y presentó para su autorización una orden de pago por 5 000 pesos,

[11] Óscar Soberón, "Volumen 50 de *El Trimestre Económico*", *El Trimestre Económico,* L, 197 (1984).

como aportación de la Secretaría a la empresa editorial en cierne:

> —Y dígame, licenciado Martínez, ¿de veras cree que el proyecto editorial que se traen entre manos Cosío y Villaseñor va a funcionar?

Marte R. Gómez no esperó la respuesta. Asentó su firma en el documento y miró cómo se fue dibujando la sonrisa del entonces joven Emigdio. Desahogaron los asuntos pendientes del acuerdo y éste salió del despacho. Afuera, se precipitó hacia las oficinas de Cosío Villegas, también en el Palacio Nacional. Emocionado, refirió lo acontecido:

> —Mire, don Daniel —dijo extendiendo ante sus ojos el documento—, para que vea que no me engaña la emoción.

Salieron del Palacio Nacional en busca de los otros amigos, aquellos que habían hecho ofrecimientos aislados e insuficientes. Comentaron la decisión y comenzaron a sumar las aportaciones prometidas con las que contaban; el total era significativo: 22 000 pesos. Pese a la autorización del secretario de Hacienda —que de alguna manera permitía columbrar cierta perspectiva a futuro—, justo es reconocer que el apoyo más significativo —mas no el de mayor monto— y decidido fue el del querido amigo, colaborador y fundador del Fondo de Cultura Económica, Gonzalo Robles, quien entonces fungía como director del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas —donde Villaseñor era Secretario y Gómez Morín consejero—.

Los donativos fueron los siguientes: 5 000 de la Secretaría de Hacienda; 10 000 del Banco de México; 4 000 del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas; 2 000 del Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ganadero y 1 000 del Banco Nacional de México (gracias a los buenos oficios de Villaseñor ante Luis Legorreta, quien posteriormente y en nombre del Banco Nacional cedió sus derechos de fideicomiso en la persona de Eduardo Villaseñor). Con estos 22 000 pesos, ellos podían echar a andar un proyecto editorial ciertamente minúsculo frente al original de 50 títulos presentado a Espasa-Calpe.[12]

[12] Cf. Eduardo Villaseñor (1954), art. cit., y Emigdio Martínez Adame (1980), art. cit.

5. *La organización jurídica*

indispensable para la empresa fue un tema que los fundadores de la Casa estudiaron con cuidado, pues de eso dependía su solidez y flexibilidad, amén de su independencia.[13] Todos coincidían en crear una empresa no lucrativa, puesto que el empeño era educativo. No obstante, reconocían que los libros debían producirse comercialmente, sólo que al más bajo costo posible, y debían venderse en forma comercial dentro de un margen de utilidad razonable a fin de cubrir los gastos de producción y distribución y de contar con una ganancia mínima, pero indispensable no para el bolsillo de un particular sino para una reinversión íntegra fundamental con objeto de aumentar el capital de la propia empresa. Ésta era la clave del proyecto y del escollo jurídico, pues debía considerar la posibilidad de recibir e incorporar nuevas aportaciones, públicas y privadas.

Manuel Gómez Morín y Gonzalo Robles ofrecieron la solución a eso que Cosío y Villaseñor identificaban como *trust*, la institución sajona. En el transcurso de 1931 y 1932 ambos participaron directamente en la elaboración de la Ley General de Títulos y Operaciones de Crédito, aprobada y publicada en 1932, cuyo capítulo V, Del Fideicomiso, contenía la respuesta buscada. Desde el primero de los artículos, el número 346, más todos los subsiguientes, la ley encerraba el espíritu general que demandaban para la seguridad de su proyecto.[14]

Resuelto este primer paso, procedieron a dar el segundo: formalizar un contrato de fideicomiso. Para éste, Robles, como director general del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, ofreció las mayores garantías institucionales, pues era uno de los dos únicos bancos —el otro era el de Londres y México— que contaban con la concesión otorgada por la Secretaría de Hacienda para establecer este tipo de contratos, que aquí se reproduce por su valor histórico:

[13] Agradezco a Jesús Flores Tavares su detallada explicación y documentación sobre las características jurídicas del FCE tanto para estos años treinta como para todos los restantes; los documentos citados provienen del archivo del Departamento Jurídico del FCE.

[14] Cf. Eduardo Villaseñor (1954), art. cit.

Contrato de Fideicomiso que celebran, por una parte, el Banco Nacional Urbano y de Obras Públicas, S. A., representado por los señores Ingeniero Don Gonzalo Robles como Fiduciario Delegado que es de dicho Banco, y señor Licenciado Don Ricardo J. Zevada, y, por otra, los señores Ingeniero Don Marte R. Gómez en representación de la Secretaría de Hacienda; señor Don Agustín Rodríguez y Rafael B. Tello en representación del Banco de México, S. A.; los señores Ingeniero Don Bartolomé Vargas Lugo y Don Salvador Vázquez Gómez en representación del Banco Nacional de Crédito Agrícola, S. A.; y los señores Don Luis Legorreta y Don Gabriel Monterrubio en representación del Banco Nacional de México, S. A., todos ellos en su calidad de fideicomitentes.

I. Los fideicomitentes constituyen en fideicomiso, en el Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, S. A., un fondo inicial de $ 22 000.00 (veintidós mil pesos); que se denominará "Fondo de Cultura Económica", en la siguiente forma: Secretaría de Hacienda, $ 5 000.00 (cinco mil pesos); Banco de México, S. A., $ 10 000.00 (diez mil pesos); Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, S. A., $ 4 000.00 (cuatro mil pesos); Banco Nacional de Crédito Agrícola, S. A., $ 2 000.00 (dos mil pesos); y Banco Nacional de México, S. A., $ 1 000.00 (mil pesos).

II. El Fondo de que habla la cláusula anterior podrá incrementarse en todo momento por instituciones o particulares que deseen hacerlo, adhiriéndose a las bases Constitutivas aquí consignadas y destinando al fin de este fideicomiso, las sumas, bienes y derechos que determinen.

III. El fin del fideicomiso será publicar obras de economistas mexicanos y extranjeros y celebrar arreglos con editores y libreros para adquirir de ellos y vender obras sobre problemas económicos cuya difusión se considere útil.

IV. Para el mejor cumplimiento de los fines del fideicomiso, el fiduciario necesariamente oirá el parecer de una Junta compuesta por los señores Licenciado Manuel Gómez Morín, Ingeniero Gonzalo Robles, señor Adolfo Prieto, Licenciado Daniel Cosío Villegas, señor Don Eduardo Villaseñor y Licenciado Emigdio Martínez Adame, sobre todo respecto a los puntos siguientes:

a) Trazar en líneas generales el programa a seguir, tanto en cuanto a la labor de publicación de libros como a la de arreglos con libreros y editores para la venta de obras económicas.

b) Determinar concretamente las obras a publicar, las mejores condiciones para su impresión y distribución, elección

de traductores, remuneración a éstos y a los autores, elección de obras extranjeras o mexicanas de cuya compra y distribución deba encargarse al Fondo.

V. La Junta, de común acuerdo, designará a las personas que de una manera temporal o permanente deban sustituir a los miembros por cualquier razón.

VI. El fiduciario tendrá, además, las funciones siguientes:

a) Guardar el Fondo.

b) Invertir el Fondo en valores de inmediata realización partiéndolo en cada ocasión a la Junta, la que podrá verter las inversiones propuestas. En este caso el fiduciario propondrá otras.

c) Pagar con cargo al Fondo los gastos que demande el cumplimiento del objeto del fideicomiso, de acuerdo con las indicaciones que por escrito le manifieste la Junta.

d) Celebrar arreglos de distribución, compra o venta, etcétera, de las obras que se publiquen por cuenta del Fondo y, en general, realizar todos los actos que demande el programa de trabajos acordados por la Junta.

VII. En caso de que el fideicomiso se extinga por cualquier causa, el Fondo o sus remanentes serán entregados por el fiduciario a la Universidad Nacional de México, para que éste los destine a fines semejantes a los que este fideicomiso tiene.

México, D. F., a 3 de septiembre de 1934.

Quedaba pendiente un punto fundamental sobre el que Villaseñor y Cosío insistían permanentemente: bajo qué normas técnicas se regiría la editorial, pues si bien el *trust* o la "fundación" sajona seguía métodos comerciales para administrar fondos puestos al servicio de fines desinteresados, el fideicomiso de la editorial también debería ceñirse a una pauta similar. Sin embargo, según recuerda Cosío, cometió un doble "disparate": tradujo *Trust Fund for Economic Learning* por Fondo de Cultura Económica, como nombre comercial para la empresa editorial, y para el órgano de administración de ella pensó en el *governing board*, que tradujo por Junta de Gobierno.

De hecho, el concepto de empresa editorial que Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor habían venido pensando, formalmente, comenzó a perfilarse cuando empezaron a elaborar

el Reglamento que regiría a la Junta de Gobierno, es decir, a la editorial. Antes de este momento, su deseo de convertirse en editores era ciertamente amorfo; era pura buena voluntad limitada a satisfacer necesidades inmediatas. A partir de discutir el Reglamento, base esencial del Fideicomiso, Cosío y Villaseñor se percataron de que sus ideas, enriquecidas por Gómez Morín, Robles, Martínez Adame y Adolfo Prieto, adquirían una dimensión más amplia y una perspectiva a largo plazo.

Con objeto de recuperar el testimonio, se transcribe el Reglamento de la Junta, vigente a lo largo de tres décadas:

1. La Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica estará compuesta de seis miembros, que en la actualidad son: Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Daniel Cosío Villegas, Manuel Gómez Morín y Adolfo Prieto [estos dos últimos renunciaron en 1935 y fueron remplazados por Jesús Silva Herzog y Enrique Sarro].

2. Las faltas temporales o definitivas de uno o varios de sus miembros estarán cubiertas por las personas que designen los miembros restantes por mayoría de votos. La Junta de Gobierno podrá separar de ella a uno de sus miembros, pero su acuerdo para hacerlo deberá ser votado por lo menos por cinco miembros.

3. En la primera reunión de cada año se designará un Presidente, que será el director de debates, y un Secretario encargado de levantar las actas de las reuniones y guardar el archivo de la Junta.

4. La Junta se reunirá en sesión ordinaria por lo menos una vez al mes, o extraordinaria cuando convoque el Presidente por iniciativa propia o a petición de cualquiera de los miembros o la institución fiduciaria por medio de su Fiduciario-Delegado [Plácido García Reynoso entre 1950 y 1970]. La presencia de cuatro miembros formará quórum legal.

5. La asistencia de los miembros a las reuniones ordinarias o extraordinarias jamás será remunerada.

6. El Fiduciario-Delegado de la institución fiduciaria concurrirá con voz, pero sin voto, a las reuniones ordinarias y extraordinarias de la Junta; informará a ésta de todos los asuntos del Fondo que a ella interese conocer y tomará nota en las reuniones mismas de todos los acuerdos a que la Junta llegue. En caso de no asistir, el Secretario le dará a conocer por escrito esos acuerdos.

7. La Junta de Gobierno comunicará al Fiduciario-Delegado, dentro de los primeros quince días del mes de diciembre de cada

año, el programa general editorial que se propone seguir y el Fiduciario-Delegado con base en ese programa presentará a la Junta de Gobierno, dentro de la segunda quincena del mismo mes, un proyecto de presupuesto de gastos ordinarios para el año siguiente, que la Junta estudiará, modificará o aprobará.

8. El Fiduciario-Delegado presentará para el estudio y aprobación de la Junta balances anuales, uno al 30 de junio y el otro al 31 de diciembre: el primero en la reunión ordinaria de julio y el segundo en la de enero.

9. Son facultades de la Junta de Gobierno conceder el Contrato original del fideicomiso del 3 de septiembre de 1934, a saber:

a) Trazar en líneas generales el programa a seguir, tanto en cuanto a labor de publicaciones de libros como a la de arreglos con libreros, editores, impresores, autores y traductores. Al efecto, en su reunión mensual correspondiente a diciembre de cada año, la Junta aprobará el programa editorial del año siguiente, programa que podrá variarse cuando así lo acuerde ella.

b) Retirar el Fondo de la institución fiduciaria en que se encuentre para llevarlo a otra legalmente capacitada para desempeñarlo.

c) Reformar el Contrato Constitutivo de Fideicomiso, el Convenio Reformatorio y este mismo Reglamento, para introducir modificaciones que demande el funcionamiento más eficaz del Fondo. Las modificaciones que apruebe así la Junta serán dadas a conocer precisamente por escrito o a la institución fiduciaria y al Fiduciario-Delegado especial de ésta.

d) Tomar acuerdos que se ocupen de cualquier asunto relacionado con los fines para los que se constituyó el fideicomiso, y comunicarlos a la institución fiduciaria o a su Fiduciario-Delegado para los efectos del artículo I del Convenio Reformatorio.

e) Las demás que señale el Contrato de Fideicomiso.

10. Este Reglamento forma parte del Contrato de Fideicomiso al cual se anexa. Cualquier reforma que a él se haga, será comunicada por escrito al Fiduciario para su conocimiento y aprobación en su caso.

La redacción final del Reglamento de la Junta de Gobierno fue aprobada antes del 3 de septiembre de 1934, día en que todos concurrieron a las oficinas del Banco Nacional Hipote-

cario Urbano y de Obras Públicas a firmar el contrato constitutivo del fideicomiso que dio origen al Fondo de Cultura Económica. Esta fecha es fundamental para la editorial, pero dentro de la historia cultural, intelectual o política de México no, pues sólo fue la formalización protocolaria de un contrato. Por eso ningún calendario, almanaque o efemérides notables de la época la registra. No podía ser de otra manera. Tampoco ellos, los fundadores, hicieron alardes de ningún tipo. Después de la firma salieron a la calle y comieron en un restaurante cercano. No hicieron ninguna celebración. Inmediatamente después comenzaron a trabajar. A los pocos meses, el 1º de enero de 1935, Antonio Martínez Báez fue nombrado jefe del Departamento Jurídico del Banco y, consecuentemente y hasta 1942, se ocupó del fideicomiso:

> Participé con el celoso cuidado de mantener el funcionamiento de la entidad fideicometida sin los estorbos y las cargas inherentes a una personalidad jurídica propia y con finalidades económicas y de lucro, de una parte y de otra, sin las intromisiones internas de la institución fiduciaria y las externas provenientes de la administración pública; perturbaciones que pudieran desviar el logro del destino propio y autónomo del altísimo valor señalado al Fondo.[15]

6. Por aquellos años treinta

hasta enero de 1937, la primera etapa, y la segunda hasta mediados de 1940, y gracias a la generosa deferencia de Gonzalo Robles, la Casa estuvo alojada en un par de oficinas situadas en el edificio del propio Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas. Así, en la calle de Madero número 32 se apiñaban las escasas siete personas que constituían el FCE: las secretarias, las dos María de la Luz y Vita, el contador Rivera, el editor José C. Vázquez, quien desde entonces y hasta 1991 estuvo en la editorial, y Cosío, quien desde principios de 1937 estuvo directamente encargado de todo: de las cuentas administrativas, los informes editoriales y de las imprentas.

[15] Antonio Martínez Báez, "Semblanza de dos padres fundadores", *La Gaceta*, 226 (octubre de 1989), y VDA/Antonio Martínez Báez.

—Mire usted, cuando yo llegaba con un libro de los recién editados —refiere el maestro Vázquez—, don Daniel hacía mucha bulla, una especie de pequeño festejo. Era un hombre alegre. Aunque, en sentido opuesto, también era muy estricto: para que no perdiéramos el tiempo decidió que todos comiéramos en las oficinas.

Al mismo tiempo, pero en algún lugar aparte —en el Club de Banqueros las más de las veces, algún restaurante o la casa de alguno de ellos—, las reuniones de la Junta de Gobierno se realizaban con regularidad mensual, aunque hasta antes del 19 de julio de 1936 no se elaboraron las actas correspondientes —o, por lo menos, no se conservan—; a partir de dicha fecha, Antonio Castro Leal —quien trabajaba en el Banco y había estado cerca del Fondo de Cultura Económica desde las primeras conversaciones sobre el proyecto editorial— se ocupó de la secretaría técnica de la Junta, por la que percibía un pago de 150 pesos, pero renunció a ella en febrero de 1937 —a partir de entonces Eduardo Villaseñor se ocupó de esa tarea sin percibir ningún pago—. De hecho, como se indica en el Reglamento, todos los de la Junta desempeñaban sus labores de manera honoraria.[16]

En 1935 Manuel Gómez Morín presentó su renuncia a la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica. Ante esto, se pensó que la persona idónea para ocupar su lugar sería el viejo amigo y colega —tanto en profesión como en intereses culturales— Jesús Silva Herzog. Por estas mismas fechas, también Adolfo Prieto presentó su dimisión a la Junta. Para sustituirlo se decidió que Enrique Sarro sería el indicado, pues reforzaría la representación estudiantil. Sin embargo, por razones que se ignoran —pero se sospecha que por incompatibilidad de caracteres con los miembros originales de la Junta y ante las perspectivas de una auditoría interna para conocer el estado financiero y contable de la Casa—, días antes al 19 de julio de 1936 Sarro y Silva presentaron a la Junta sus respectivas renuncias, las cuales, a invitación expresa y ponderada de Robles, fueron retiradas.

[16] José C. Vázquez, "La vida entre libros", y Emma Cosío Villegas, "Presencia de una ausencia" [entrevistas], en Cristina Pacheco, *Testimonios y conversaciones*, México: FCE, 1984, y VDA/José C. Vázquez; cf. Cosío Villegas (1976), *op. cit*., y Silva Herzog (1973), *op. cit*.

De manera casi simultánea a los cambios anteriores, se decidió nombrar miembro de la Junta a Eduardo Suárez, designado por el presidente Cárdenas secretario de Hacienda. (Con esta innovación, se estableció para la Junta una pauta que no se había previsto en el Reglamento: invitar al secretario de Hacienda en turno a formar parte *honoraria* de la Junta.) Esto se decidió porque desde hacía varios años Cosío Villegas y Suárez eran buenos amigos, y éste veía con simpatía los proyectos editoriales, así que era la oportunidad del FCE para aprovechar la situación; por un lado, se trataría de conseguir recursos públicos y, por el otro, se valdría de la posición de Suárez para obtener donativos de empresarios privados. La historia la recuerda Daniel Cosío Villegas en sus *Memorias*:

> En el Fondo de Cultura Económica [...] llegamos a organizar y practicar todo un sistema [para] sacarle dinero a nuestros ricachones. Consistía en una invitación del secretario de Hacienda Eduardo Suárez a un grupo de seis u ocho banqueros, industriales, mineros o comerciantes, a almorzar al Club de Banqueros. Tras una comida encargada especialmente, y de beber vinos y licores de las mejores marcas, Suárez decía haberlos convocado para escucharme. Como de rayo, un mozo del Fondo muy bien adiestrado ponía frente a cada uno una pila de diez o quince volúmenes editados recientemente, y yo hacía una breve historia del Fondo, de los fines que perseguía, y de la necesidad de allegarse recursos adicionales, sea para iniciar una nueva sección de publicaciones, sea para emprender reediciones de títulos agotados, etcétera. Al acabar mi exposición, Eduardo Suárez, afable, pero directamente, decía: "queda abierta la lista de contribuciones". Llegamos a perfeccionar tanto este sistema "extractivo", que logramos que Aarón Sáenz nos sirviera de "palero", pues desde la primera comida advertimos, por una parte, que se producía un silencio embarazoso, y por otro, al invitar Suárez a declarar las posibles contribuciones, los invitados ofrecían un donativo claramente inferior a lo que nosotros estimábamos que podían dar. Con Aarón Sáenz a nuestro lado, en primer lugar rompía en seguida ese silencio embarazoso, y en segundo, a nombre de sus empresas ofrecía una suma bastante alta, que ponía en aprietos a los invitados que representaban a negociaciones cuyo capital era visiblemente inferior al que podía representar Sáenz.

Cuatro de estas comidas se celebraron entre julio y agosto de 1937. Se consideraba que luego de arrastrar déficit financieros y adeudos, de estar atados de manos por carencia de recursos para proseguir con la labor editorial (los gastos en 1936 ascendieron a 35 000 pesos y se necesitaban 20 000 más para comprar papel) y de estar acariciando la idea de adquirir un terreno para fincar el edificio, se llegaba el momento de grandes proyectos basados en la estabilidad del régimen gubernamental. Por lo tanto, todo parecía propicio para soñar en una meta ambiciosa: recaudar un millón de pesos por medio de esas "extracciones". El resultado fue alentador: en cuatro comidas se juntaron ¡769 000 pesos! Este dinero, como los remanentes que se llegaban a tener, se invirtieron en cédulas hipotecarias o cualquier otro instrumento financiero que dejaba algún rédito. Durante muchos años más, aunque ya sin resultados tan espectaculares, la Junta o algunos de sus miembros en lo individual siguieron apelando al "sablazo" —como recuerda Jesús Silva Herzog, verdadero artífice en estos menesteres—. En el Acta de la Junta de Gobierno del 31 de agosto de 1937 se registra a los participantes de esas comidas —no sin antes indicar que 11 compañías norteamericanas hicieron ofrecimientos que nunca llegaron a ser contantes ni sonantes—; se citan ahora como reconocimiento a esos hombres y empresas:[17]

Banco de México	100 000
Junta de Admistración y Vigilancia	100 000
Banco Nacional de Comercio Exterior	100 000
Sr. W. O. Jenkins	100 000
Don Manuel Suárez	20 000
Don Carlos Prieto	10 000
Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey	10 000
Don Carlos Gómez	10 000
Don Samuel Rosoff	10 000
Don Antonio Ruiz Galindo	10 000
Don Raúl Balleres	10 000
Don Ángel Urraza	10 000
Don Pablo Díez	10 000
Banco Cinematográfico	10 000
Don Roberto García	10 000

[17] Cf. Actas de la Junta de Gobierno correspondientes a 1937.

Sr. Erich Koenig	10 000
Don Enrique Anisz	10 000
Don Victoriano Olazábal	10 000
Don Jorge Enríquez	7 000
Don Lorenzo Cué	5 000
Don Carlos Truyet	5 000
Don Martín Oyamburu	5 000
Don Luis G. Aguilar	5 000
Don Manuel Muñoz Castillo	5 000
Don Salvador Ugarte	5 000
Altos Hornos de México	5 000
Gral. Abelardo L. Rodríguez	10 000
La Consolidada	10 000
J. Lacaud y Cía.	5 000
Banco Aboumrad	10 000
Banco Nacional de México	20 000
Don José S. Trápaga	3 000
Santiago Galas	5 000
The Cananea Consolidated Copper Co.	12 000
Maquinaria y Refacciones Textiles	2 000
Nacional Financiera	100 000
TOTAL:	$769 000

En la Casa se llegó al "sablazo" debido, principalmente, a la mala administración de los recursos financieros, lo que a su vez provenía de la mala organización de la empresa. De hecho, entre el 3 de septiembre de 1934, cuando se firmó el contrato del fideicomiso, y el 19 de julio de 1936, cuando se analizó la auditoría que a solicitud de Cosío se hizo en el Banco Nacional Hipotecario, la editorial operó con pérdidas, que se explican de tres maneras:

Durante esos 30 meses no se tuvo director; la Junta de Gobierno se encargaba de las diversas tareas. En lo particular, Silva y Villaseñor de los libros que comercializaba el FCE, Sarro de lo que se publicaba y Martínez Adame de la labor editorial; Robles de lo administrativo y Cosío (cuando estaba en México) mucho de todo. Aparte, todos ellos atendían sus propias tareas profesionales en distintas instituciones gubernamentales. La Casa no estaba bien atendida. Hasta mediados de 1937, ante el caos que se estaba provocando, a sugerencia del Banco Nacional Hipotecario, la Junta y Silva en particular, se conminó a Co-

sío a que expresamente se hiciera cargo de la dirección del FCE —su sueldo sería de 500 pesos mensuales y lo cubrirían los bancos Nacional Hipotecario y el de Crédito Ejidal—. Aceptó y su primera decisión fue ordenar una nueva auditoría, ahora a un despacho particular, el de los contadores Mancera Hermanos.

Las actividades de la editorial habían sido esencialmente de comercialización de libros y no de editora —se habían publicado sólo dos libros en 1935 y tres en 1937 y los varios números de *El Trimestre Económico*—. La compra-venta de libros tenía muchos tropiezos: ocupaba como 25 000 pesos, de los cuales 9 000 estaban en *stock* y 9 000 en deudas de clientes, que aumentaban apresuradamente en cantidad y en costo de cobranza. De hecho, el Banco de México y la Secretaría de Hacienda eran los únicos que compraban de contado para sus bibliotecas y trabajadores; el Banco Nacional Hipotecario (que se ocupaba de la cobranza), el de Crédito Ejidal y los estudiantes compraban, todos, a crédito.

Los costos de los libros y sus ventas estaban mal encaminados, tanto que los editores mostraban una franca inexperiencia en el medio. En otras palabras, se anunciaban obras que nunca se publicaban y aparecían otras que nunca se habían anunciado; se pagaban traducciones que no se aprovechaban, incluso a costos altos, o se hacían dos veces pues la corrección se convertía en una nueva traducción; se editaban los libros y se almacenaban porque se carecía de distribución y ventas y se obsequiaban muchos ejemplares; el cálculo de los costos y de su recuperación era caótico: derechos, traducción, producción, impresión y papel no estaban sujetos a una norma regular.

Ante esto, el delegado fiduciario del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, José Méndez Velázquez, procuraba hacer caso omiso y reconocer las siempre refrendadas buenas intenciones de la Junta, traducidas en remiendos como reducir el *stock* de la librería, en particular de los libros extranjeros —y más de los que no correspondían a ciencias afines a la economía—; solicitar a la Secretaría de Hacienda y al Banco de México un incremento en sus compras de libros; restringir hasta casi suprimir las ventas a crédito; crear un mecanismo de distribución y ventas amplio y expedito.[18]

[18] Cf. Actas de la Junta de Gobierno.

7. Durante los primeros cinco años de operaciones propiamente editoriales del Fondo de Cultura Económica, se enfrentaron situaciones complicadas; no se logró cristalizar el deseo original que los fundadores habían acariciado en aquellas conversaciones y que Cosío puso por escrito y presentó a los editores españoles; prácticamente nada de esos 50 títulos —de los que no hay registro— se pudo editar. La condición económica era restringidísima y, por lo tanto, en forma inmediata lo más que se pudo hacer como editores, en sentido estricto, fue continuar con la publicación de *El Trimestre Económico*, que hasta febrero de 1937 conservó Alberto Misrachi; entonces, con 1 000 pesos se le compraron todos los números atrasados —del 1 al 11—, el que estaba en prensa —12— y los derechos; Villaseñor fue el encargado de hacer el trámite que alivió a Misrachi.[19]

Así, mediante *El Trimestre,* Cosío y Villaseñor —sus directores— se fueron adentrando en los aspectos técnicos de la producción editorial y de su comercialización, aparte de cuidar todo lo relacionado con el contenido. Fue debido a esas tareas que se conocieron Cosío y José C. Vázquez, entonces regente de la Imprenta Mundial, situada en Miravalle número 13, cuyo propietario era Rafael Quintero —uno de los fundadores de la Casa del Obrero Mundial—. Cosío llegó a la Imprenta Mundial a solicitar los servicios para los libros del FCE; antes hacía *El Trimestre* en los Talleres Gráficos de la Nación, hasta que dejó de interesarles. De aquí se pasó a la imprenta Artes Gráficas Comerciales, por el rumbo de Lecumberri, a la que el FCE había prestado muchos tipos móviles y de linotipo para hacer la revista, así que necesitaba de alguien que se encargara de cuidar todo. Después de un intercambio de ideas, desde entonces el maestro Vázquez se hizo cargo de la impresión de la revista y de otras muchas actividades relacionadas con los talleres gráficos. Poco más tarde, desde diciembre de 1936, todos los trabajos los pasaron a la Imprenta Mundial.[20]

Hasta enero de 1938, el número 16 de *El Trimestre* —del

[19] Cf. Eduardo Villaseñor (1954), art. cit.

[20] Cf. VDA/José C. Vázquez; José C. Vázquez, "La vida entre libros", Cristina Pacheco (1984), *op. cit*.

que se ocupó enteramente Cosío—, la revista venía mostrando tropiezos significativos: tenía sólo 29 suscriptores, 14 en canje y 24 obsequios; muy pocos anunciantes que, para colmo, tardaban mucho en pagar; costos altos en producción, impresión y papel; y competencia ante otras revistas especializadas que reducían sensiblemente el mercado. Era conveniente modificar *El Trimestre* con más pliegos, mayor extensión y profundidad de las colaboraciones y amplitud en las reseñas.

En medio de circunstancias similares, entre septiembre de 1934 y principios de 1937, la Casa fue tomando forma conforme avanzaban las tareas, siempre sujetas a la estrechez económica. Por ejemplo, el primer libro que se hizo, *El dólar plata* (1935) de William P. Shea, se eligió no sólo por su contenido (abordaba el candente tema del papel moneda), sino también por varias razones: era un volumen pequeño sin demasiados términos técnicos, cosa que agradó mucho a Salvador Novo, su traductor. La producción se hizo en la Casa; Cosío se improvisó como editor, su esposa Emma como correctora y en los Talleres Gráficos de la Nación se hicieron cargo de la producción e impresión. Algo similar ocurrió con el segundo libro, el *Karl Marx* (1935) de Harold Laski, traducido por Antonio Castro Leal.

Circunstancial y aun sorpresivamente, el libro de Laski enfrentó al FCE a una realidad entonces insospechada y que, durante muchos años, ha padecido: la "piratería" editorial, pues en 1936 y en las lejanas tierras de Santiago de Chile apareció una edición fraudulenta del libro. ¡Qué extraño! ¡Se habían publicado dos libros, cuyos tirajes estaban prácticamente en el almacén, y uno de ellos lo "piratearon"! Quería decir que el libro era bueno y que el tema interesaba. Ante el hecho, se procedió con los trámites jurídicos de rigor. Pero queda la sospecha de no haber obtenido nada, porque desde siempre la "piratería" editorial ha sido un asunto delicado, costoso, complejo y frustráneo.

A partir del nombramiento de Cosío Villegas como director, en la Casa comenzó a haber orden; la Junta se guiaba por un protocolo —de algún modo hay que designar sus normas— elaborado por Cosío. Así, abolida la desorganización de los primeros 20 meses del FCE, el director llevaba la voz

cantante ante la Junta; solicitaba a sus miembros propuestas y dictámenes de libros, traducciones, traductores, prólogos y prologuistas; sometía a su consideración los planes editoriales del año venidero: obras, autores y temas, y la propuesta específica de libros, como los poemas *El payaso de las bofetadas* y *El pescador de caña* (1938) de León Felipe, o el par de conferencias de Aníbal Ponce, *Dos hombres: Marx y Fourier* (1938), prologadas por Silva Herzog; proponía la compra de, por ejemplo, tipos, papel, derechos de autor y el establecimiento de, también como ejemplo, convenios para la venta de libros y revistas, distribución nacional e internacional; sugería planes de actividad cultural y promocional, como el establecimiento de un ciclo de conferencias para divulgar conocimientos y tratar de captar originales susceptibles de publicación; exponía los resultados de una encuesta entre 10 especialistas a los que se les preguntaba sobre qué obra de Marx y sobre su filosofía sería conveniente publicar.[21]

Asimismo, Cosío puso en orden el almacén —se hizo un inventario— y la producción —se establecieron cuotas fijas en los costos de traducción, revisión, corrección, edición—. A esto se debe sumar su cuidadoso cumplimiento de los horarios de trabajo y de los calendarios de producción; para 1938 se propuso la meta de producir un libro al mes, aunque tropezó con que el traductor, o el prologuista, o el impresor, o todos juntos se retrasaban. Hacia abril de 1938 esto se agudizó más, debido a que Rafael Quintero vendió la Imprenta Mundial a sus trabajadores, los cuales se organizaron en algo así como una cooperativa. El caos no se hizo esperar: las pasiones suscitadas por la Guerra Civil en España se expresaban en prolongadas, aguerridas y bizantinas discusiones. La Imprenta Mundial pronto comenzó a venir a menos, como se referirá más adelante.

El núcleo y centro rector de todas estas actividades serían los propósitos culturales y de difusión de la ciencia económica, lo que se traslapaba con aspectos sociales, políticos e históricos que no se dejaban de considerar. Así lo demostraba el plan editorial para 1938. Mas los propósitos se fueron ensan-

[21] Coincidieron en *La ideología alemana*, que no pudo aceptarse por su extensión y porque en esos meses aparecieron tres ediciones en otros tantos países.

chando. Por ejemplo, con motivo de la publicación de las conferencias de Aníbal Ponce, surgió de la Junta la propuesta de crear una serie editorial dedicada a biografías de sociólogos; también hubo ofrecimientos, como el de Silva Herzog, para coordinar un libro colectivo sobre la situación económica mexicana de los últimos 10 años, que cristalizaría en su *Historia del pensamiento económico-social* (1939). De esta manera, el proyecto original adquiría un nuevo perfil y se orientaba hacia horizontes más amplios.[22]

[22] Cf. Actas de la Junta de Gobierno.

III. ¡YUNQUES, SONAD; ENMUDECED, CAMPANAS!

1. Los tiempos en México

eran propicios: el impulso de la "reconstrucción nacional" de los años veinte comenzó a fructificar en obras, instituciones y estabilidad de todo tipo durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, y en forma más notoria durante el bienio comprendido entre mediados de 1936 y mediados de 1938. Es un hecho conocido que la crisis económica de 1929 se prolongó durante casi cuatro años, los cuales coincidieron con la inestabilidad gubernamental, política, económica e intelectual del "maximato".

También es conocido el paradójicamente favorable efecto de dicha crisis: estimuló el estudio de la economía y de la política nacionales, tan frágiles y vulnerables; estimuló el fortalecimiento de una participación colectiva, en diversos órdenes y estratos, indispensable para el mejoramiento de la vida social, y estimuló las concepciones institucionales y empresariales fundamentales para el crecimiento de México. En sentido opuesto, la prolongada crisis igualmente alentó escisiones políticas, presiones económicas internacionales, y dejó al descubierto el desaliento moral e intelectual provocado por la conflictiva y entonces considerada dentro de una parte de la población —la juvenil en particular— fraudulenta sucesión presidencial de 1929.

¿En qué se creía? ¿En quién se confiaba? ¿En dónde se participaba? ¿Hacia qué porvenir se avanzaba? Como respuesta persistía la incertidumbre y lo provisional. Se vivía el desánimo provocado por la frustración; durante la década de los veinte se empeñó casi todo en aras de un porvenir, de una creencia: la Revolución podía, debía y muchos estaban seguros de que había demostrado su avance, sólida en sí misma y por cauces democráticos. Pero en 1929 irrumpieron las preguntas. A lo largo de los siguientes y conflictivos años de una realidad en

vilo, se intentaron respuestas, pero todas parecían, dijimos, provisionales.

Si bien la candidatura y elección de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República alentó a muchos, fue hasta abril de 1936, fecha en que éste marcó una distancia radical del ex presidente Plutarco Elías Calles y algunos de sus cercanos colaboradores, cuando todo lo que parecían sospechas cristalizó en que Cárdenas rompió el esterilizante binomio del poder político, y ofreció y garantizó un porvenir. Más aún, su oferta era la de un porvenir concordante con los principios consecuentes de la Revolución mexicana y también concordante con el ambiente internacional. Pronto se consolidó la relación entre el Partido Nacional Revolucionario y el gobierno; asimismo, pronto se logró una coalición nacional entre individuos, facciones y clases. Con igual ritmo de aceleración, el Estado mexicano tomó un papel activo en la promoción del desarrollo económico, en el fortalecimiento de la clase empresarial y en el impulso de instituciones gubernamentales indispensables para el desarrollo, la salud y la educación, en ese orden. De hecho, la gran tarea conjunta tenía el objetivo de revertir la crisis de confianza mediante la creencia en un porvenir, en que México tenía futuro. Había que construirlo entre todos.[1]

2. Los fundadores

del FCE tenían sus ideas. Cada cual en lo suyo, todos eran dueños de concepciones políticas, intelectuales y culturales que, amalgamadas, confluían en un proyecto que intentaron hacer cristalizar dentro de la editorial. Sin embargo, justo es reconocerlo, entre los fundadores destacaban dos personas por lo arraigado de sus convicciones y lo recio de su personalidad: Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas. Las de Enrique Sarro, Eduardo Villaseñor y Emigdio Martínez Adame no eran menos consistentes aunque, se debe

[1] Cf. Lorenzo Meyer, "La encrucijada" y "El primer tramo del camino", y Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", *Historia general de México*, vol. IV, México: El Colegio de México, 1976; y Varios, *Historia de la Revolución mexicana*, vols. 12-18, México: El Colegio de México, 1979.

admitir, su empuje, proyección, incluso repercusión eran menos notorios. Junto a ellos, el ingeniero Gonzalo Robles ocupaba un lugar especial; debido a su también recia personalidad, amplia cultura económica (fue uno de los principales promotores de la industrialización en México) y, sobre todo, ponderación intelectual, era el único que podía mediar entre Silva y Cosío y, más aún, fue el único a lo largo de 30 años que pudo desempeñar la función de fiel de la balanza cuando se trataba de decidir algo dentro de la Junta de Gobierno.

En todo caso, y sin que esto vaya en desdoro de la inteligencia, conocimientos, sensibilidades, intereses culturales y políticos de ninguno de los fundadores del FCE en lo individual, entre 1929 y 1937 todos ellos estuvieron desempeñando tareas de alta responsabilidad y jerarquía dentro del gobierno mexicano; eran servidores públicos —como a don Jesús gustaba decir— y cumplían tareas de directores, subdirectores, asesores, representantes diplomáticos y aun embajadores. Se encontraban ligados a los bancos de México, Nacional Hipotecario Urbano y Nacional de Crédito Ejidal; a la Nacional Financiera; a las secretarías de Hacienda y Crédito Público y de Relaciones Exteriores, y por supuesto, a la Sección y luego Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (salvo durante los periodos en que permanecían en el extranjero).

Esto *no* significa que, a partir de la creación del FCE, ellos dejaran sus tareas y responsabilidades para dedicarse enteramente a la editorial. Por el contrario, entre la fundación en septiembre de 1934 y mediados de 1937, la Casa fue gobernada por una Junta cuyos miembros, cuando no estaban fuera de México, se hallaban ocupados en todo... incluso en las tareas del Fondo. Este tipo de gobierno concluyó cuando Cosío regresó al país, luego de que se vio obligado a dejar (en abril de 1937) la Secretaría de Relaciones Exteriores y se reintegró al Fondo para ocuparse de la editorial en calidad de director.[2]

No obstante las múltiples ocupaciones de todos ellos, entre 1930 y 1936 los fundadores del FCE y miembros de su Junta

[2] Como ejemplo de estas actividades múltiples es conveniente recordar lo que indican Silva Herzog y Cosío Villegas en sus respectivas memorias.

de Gobierno siguieron con atención e interés las transformaciones políticas y culturales españolas de la Segunda República encabezada por Manuel Azaña. Las comparaciones que hacían eran inevitables, más cuando entre las trayectorias políticas y culturales de México y España había enormes paralelismos. Los fundadores *creían* en las bondades políticas y culturales de la Segunda República, sobre todo cuando en México observaban ciertos tropiezos que impedían el fortalecimiento de esos aspectos indispensables para el sano crecimiento de las sociedades. De hecho, los miembros de la Junta de Gobierno miraron, entre el asombro y el desconcierto, cómo en 1936 la Guerra Civil frustraba el complejo, contradictorio y ambicioso proyecto político de la Segunda República que, en algunas de sus fases, deseaban para México; miraron cómo la violencia truncaba y hacía retrogradar una historia para el porvenir, tal como lo indica José Peña González:

> [Manuel Azaña, en quien se personalizó e identificó la Segunda República] realizó en 1931 una dignificación del poder como hasta entonces no se había conocido en España. Incorporó al poder, o lo hizo posible, fuerzas y sectores que hasta entonces habían estado ausentes de la toma de decisiones. Creyó en la soberanía del sufragio y lo aceptó con todas sus consecuencias. Puso la fórmula de gobierno de coalición republicano-socialista, que permitía el juego equilibrado en el poder de la ideología liberal y la ideología socialista, en una fórmula política que empieza a ponerse de moda en Europa a partir de 1945. Creyó en España y en los españoles y explicitó a lo largo de sus discursos por la geografía española toda una serie de valores que hoy están incorporados al acervo común de las democracias. Éste fue su gran triunfo.[3]

También aplaudían un tipo de *modernización* como la que los republicanos impulsaban en España. Cada uno de los integrantes de la Junta de Gobierno, según se alcanza a percibir en las tareas que desempeñaban en las diferentes instancias gubernamentales con las que colaboraban, mostraba una fran-

[3] José Peña González, *Manuel Azaña. El hombre, el intelectual y el político*, Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 1991, pp. 294-297. Véase también José Ma. Marco, *La inteligencia republicana. Manuel Azaña 1897-1930*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1988.

ca inclinación hacia un tipo de gobierno y de política en buena medida similar al concepto de política y de gobierno impulsado por Azaña. Asimismo, mostraban cómo la inestabilidad del "maximato" podría subsanarse con una propuesta política equiparable a la Segunda República. Sin embargo, la ambición tropezaba con obstáculos. Quizá no fuera el momento. Por lo tanto, era necesario esperar a decisiones como la del presidente Lázaro Cárdenas en 1936, que abrían los diques de una transformación política virtualmente realizada durante los años veinte, pero que las crisis de gobierno y económica de 1929 habían sumido en algo como un *impasse*.

Como quiera que sea, los hombres que fundaron el FCE estaban al tanto de los sucesos españoles y sabían que el ejemplo de Azaña podía cristalizar en México. Tan es así, que en sentido inverso —y sin que los mexicanos lo supieran en forma cabal— en España se observaba con atención el "caso mejicano" de la Revolución, tanto en los hechos de armas como en la construcción del gobierno, sus instituciones y su lucha contra el poder político de la Iglesia. De aquí que el paralelismo y la reciprocidad fueran sorprendentes, aunque ocurrían en tiempos distintos y en direcciones encontradas. Así había sido siempre y no podía ser de otra manera, por eso el análisis de Raúl Modoro del proyecto político de Manuel Azaña tiene mucho del proyecto de Lázaro Cárdenas, y viceversa:

> Azaña es, ante todo, no sólo la modernidad, sino la *modernidad viable* —explica Raúl Morodo—. En el enfrentamiento global, de modernidad y tradición, que lleva a polarizaciones sin aceptar posiciones neutrales o posiciones de centro, y que en nuestra Segunda República se manifestará dramáticamente (como, antes, en Weimar: *¡Ay de los neutrales!*, diría perversamente Carl Schmitt), Azaña, en efecto, representa una opción política que *podía ser posible*: superar el tradicionalismo reaccionario e instalar, en conjunción con el socialismo democrático, a la sociedad civil española en la modernidad europea. Rechazar la tradición —en su contenido de subdesarrollo político, cultural y económico— no significa propugnar la revolución social: Azaña se mantendrá siempre en el marco de un liberalismo social y progresista. Develar la tradición —el oscurantismo religioso, el casticismo nacionalista y populista, el centralismo burocrático, la militarización de la so-

ciedad— es, de esta manera, adentrarse en una modernidad que, gradual y pacíficamente, pudiese resolver los seculares problemas españoles: crear y reforzar un Estado integral (en términos actuales, un Estado autonómico y democrático), dentro de una sociedad abierta, tolerante y participativa. El antitradicionalismo de Azaña es, pues, el intento de racionalizar la utopía.[4]

A esta empatía entre México y España debe sumarse una circunstancia fundamental para el inicio de un largo, complicado y doloroso proceso de forzada inmigración provocada por la Guerra Civil: durante los meses de julio y agosto de 1936, Daniel Cosío Villegas se desempeñaba como representante diplomático (encargado de negocios) de México en Portugal. Desde Lisboa y en compañía del historiador Claudio Sánchez Albornoz —embajador de España—, Cosío observaba el derrumbe de la Segunda República y el avance de la guerra.

Cosío concibió la idea de invitar a México a algunos de los más eminentes españoles que, como consecuencia del triunfo militar, no podrían hacer su vida científica o literaria en su país. El 30 de septiembre de 1936, antes que a nadie —hasta donde se sabe—, Cosío escribió a su amigo el general Francisco J. Mújica para que, como secretario de Comunicaciones y como amigo cercano del presidente Cárdenas, hablara con éste y le formulara la propuesta. Dos semanas más tarde —el 20 de octubre— insistió sobre el tema y el procedimiento con su también amigo Luis Montes de Oca, director del Banco de México.[5] Así comenzó la historia de una inmigración masiva que, desde entonces, tanto ha favorecido a México. José Moreno Villa, estrechamente ligado al FCE, lo dijo así:

> No venimos acá, nos trajeron las ondas.
> Confusa marejada, con un sentido arcano,
> impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.

[4] Raúl Morodo, "La diabolización de Azaña", *La Jornada* (4 de noviembre de 1990).

[5] Mucho se ha escrito sobre esta parte de la historia de la inmigración. Como ejemplo véanse: Clara E. Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México* y *El Colegio de México: Una hazaña cultural, 1949-1962*, México: El Colegio de México, 1988 y 1990; Krauze (1980), *op. cit.*; Cosío Villegas (1976), *op. cit*.

Nos trajeron las ondas que viven en misterio.
Las fuerzas ondulantes que animan el destino.
Los poderes ocultos en el manto celeste.

Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.

El corazón estaba aferrado a lo suyo,
alimentándose de sus memorias dormidas,
emborrachándose de sus eternos latidos.

Era dulce vivir en lo amoldado y cierto,
con su vino seguro y su manjar caliente,
con su sábana fresca y su baño templado.

El libro iba saliendo, el cuadro iba pintándose,
el intercambio entre nosotros y el ambiente
verificábase como función del organismo.

Era normal la vida: el panadero, al horno,
el guardián, en su puesto; en su hato, el pastor,
en su barca el marino, y el pintor en su estudio.

¿Por qué fue roto aquello? ¿Quién hizo capitán
al mozo tabernero y juez al hortelano?
¿Quién hizo embajador al pobre analfabeto
y conductor de almas a quien no se conduce?

Fue la borrasca humana, sin duda, pero tú,
que buscas lo más hondo, sabes que por debajo
mandaban esas fuerzas, ondulantes y oscuras,
que te piden un hilo donde no lo soñabas,
que es pedirte los huesos para futuros hombres.[6]

Sin una historia tan espectacular ni conocida, aunque con un conocimiento de causa más profundo y personal, desde Argentina el embajador Alfonso Reyes tuvo la misma idea que Cosío, pero dentro de un ámbito privado y sin dimensiones políticas; en forma confidencial solicitó a Francisco Castillo Nájera, embajador en Estados Unidos, que hiciera las gestiones

[6] José Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía*, México: FCE, 1976, pp. 258-259.

correspondientes para que el gobierno mexicano "invitara" a México a Enrique Díez-Canedo, embajador español en Argentina y su íntimo amigo; sus argumentos eran casi idénticos a los de Cosío, aunque carecían del matiz político de éste.[7] En igual sentido, Héctor Perea ha recordado que Reyes, ante la inminencia de la Guerra Civil, *motu proprio* ofreció su casa en México a José Ortega y Gasset y a Juan Ramón Jiménez, así como procuró un apoyo editorial a Ramón Gómez de la Serna.[8] Tan reservada y discreta como la de Reyes, la participación de Genaro Estrada en pro de la inmigración de los republicanos españoles fue significativa y, hasta ahora, nunca ha sido ponderada.[9]

Toda esta dilatada explicación de antecedentes y características de la España republicana vienen a cuento por el hecho de que a partir de mediados de 1938, luego de un año de fatigosas y complejas tareas indispensables para establecer el puente del exilio español hacia México, los primeros refugiados comenzaron a colaborar con el Fondo de Cultura Económica de manera indirecta, informal; esto, porque sus tareas y compromisos eran con la Casa de España, de la cual Daniel Cosío Villegas era el secretario —pero a falta de presidente del Patronato, prácticamente desempeñaba esa función—.[10]

Los frutos de tal colaboración informal tardaron un año en madurar. Mientras tanto, algunos de los miembros de la Junta de Gobierno y el director debieron realizar otras actividades urgentes. En el caso de Jesús Silva Herzog, desde mediados de

[7] Cf. VDA, *Reyes y Don Alfonso*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (en prensa).

[8] Héctor Perea, "Prólogo", *Nuestras naves. Imagen de México en España*. México: UAM, 1994; y "Las dos orillas del exilio hispanoamericano: anticipos y olvidos", en Varios, *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, El Escorial: Universidad Complutense, 1989.

[9] De manera tangencial y soslayada se alcanza a percibir en el epistolario de Alfonso Reyes y Genaro Estrada, *Con leal franqueza*, vol. III, comp. y notas de Serge I. Saïtzeff, México: El Colegio Nacional, 1995.

[10] Es importante no perder de vista que en los primeros arribos de exiliados hubo un particular cuidado para hacer selectiva la inmigración; las preferencias estaban subrayadas hacia cualidades intelectuales, políticas, económicas, educativas. Véase el estudio de Dolores Pla Brugart, "El exilio español en México: una inmigración selectiva", ponencia presentada en el coloquio *Águila o Sol. Historia de la inmigración en México. Siglos XIX y XX*, que en breve publicará el INAH con igual título.

1937 estuvo muy atareado en la dirección de la comisión de la Secretaría de Hacienda encargada del estudio sobre compañías petroleras extranjeras, el cual sirvió de base para que, el 18 de marzo de 1938, el presidente Lázaro Cárdenas tomara la delicada e histórica decisión de la expropiación petrolera; durante los meses restantes del año y durante todo 1939 y 1940, Silva siguió envuelto en el asunto, aunque no en el renglón de la comercialización internacional del petróleo, tarea que llevó a Reyes a Brasil en 1938.

La expropiación petrolera también exigió que Eduardo Villaseñor, Gonzalo Robles, Emigdio Martínez Adame y Enrique Sarro —debido a sus altas responsabilidades dentro de las instituciones bancarias y financieras del gobierno mexicano— estuvieran ocupados en tareas relacionadas con la expropiación misma, la comercialización del petróleo o el financiamiento de la naciente empresa Petróleos Nacionales. Observamos, y no con el afán de justificar a los miembros de la Junta sino de explicar el origen de su distanciamiento respecto a sus compromisos con el FCE, que sus intereses hacia la editorial estuvieron obstaculizados por tareas que exigían soluciones apremiantes.

Por su parte y durante el mismo lapso, Cosío también estuvo atareado en, primero, conseguir del gobierno mexicano la invitación a los primeros exiliados republicanos y, segundo, en crear la Casa de España en México. A eso se añadían las tareas del propio Fondo de Cultura Económica, entre las cuales la relacionada con la Imprenta Mundial provocó conflictos importantes, ya que su prolongada crisis administrativa y laboral culminó con su quiebra en septiembre de 1937. De inmediato se contrataron otras imprentas —entre ellas la Imprenta Universitaria y la Cooperativa de Artes Gráficas— para recuperar el programa editorial de un libro mensual durante 1938, pero el resultado fue desastroso. Por consecuencia, la producción editorial del FCE se debió suspender entre octubre de 1938 y marzo de 1939. Como se referirá más adelante, esos contratiempos tardarían en resolverse.

Los cambios más profundos que sufrió el FCE comenzaron a manifestarse a partir del acuerdo presidencial para la creación de la Casa de España en México, que se dio el 1º de julio

de 1938, pero que se hizo público el 20 de agosto. Las actividades de la Casa de España se inauguraron con cursillos y conferencias impartidos por los profesores invitados en instituciones académicas de provincia, preferentemente; pero, sobre todo, ellos prosiguieron con las investigaciones que habían empezado en España y traído a su exilio. Por eso, en el cercano 17 de febrero de 1939, el director del FCE y secretario de la Casa de España informó a los miembros de la Junta de Gobierno que ésta en breve comenzaría una serie de ediciones, cuya impresión y distribución aceptó la editorial.[11]

A lo largo de 1940, durante el conflictivo periodo de sucesión presidencial, el director del FCE, Daniel Cosío Villegas, el presidente de la Casa de España, Alfonso Reyes —quien regresó a México en febrero de 1939 y ocupó el cargo referido a partir de mayo—, los miembros de la Junta de Gobierno del Fondo y los integrantes del Patronato de la Casa se percataron de que, ante el inminente inicio del nuevo gobierno, resultaba indispensable hacer una serie de cambios dentro de ambas instituciones con el propósito de garantizar su permanencia autosuficiente, sin las dependencias presupuestarias gubernamentales directas, las cuales estaban ciertamente vinculadas a la simpatía del presidente Cárdenas y de algunos de sus cercanos colaboradores —simpatía y apoyo no garantizados dentro de la nueva administración—. De hecho, preveían que el "poder e influencia" de los que gozaban —según Silva— corrían el riesgo de desvanecerse.

Entre las medidas preventivas destacan: *1)* el FCE consolidaría sus colecciones editoriales; impulsaría una mayor promoción, distribución y ventas, y emprendería la consecución de sus metas editoriales dentro de una libertad económica que le permitiera la suficiente autonomía —garantizada por el fondo económico producto de las cenas de aportación referidas en el capítulo anterior y que la editorial administraba como una gran reserva—; *2)* el FCE y la Casa de España buscarían en arrendamiento un local propio (Río Pánuco número 63)

[11] Cf. Lida y Matesanz (1988 y 1990), *op. cit.*, y expediente FCE dentro del Archivo Histórico de El Colegio de México y expediente El Colegio de México dentro del Archivo Histórico del FCE. En las Actas de la Junta de Gobierno también se da cuenta de esta relación.

para instalarse según sus necesidades y planes de expansión; y *3)* la Casa de España buscaría contrarrestar las críticas adversas que sobre ella se vertían mediante la sustitución del nombre original de la institución por el de El Colegio de México, con todo lo que esto conllevaba en muy variados aspectos internos y administrativos.[12]

3. No obstante la abundancia

bibliográfica,[13] no deja de sorprender un hecho sobre el que poco se ha escrito: la incorporación de los "transterrados" españoles a México ocurrió dentro de un lapso relativamente breve, lo cual resulta asombroso cuando se tiene en cuenta que fueron de enormes proporciones tanto la cantidad de exiliados (20 000 aproximadamente) como la profundidad del drama histórico y político en el que se vieron envueltos. ¿Cómo es que algo tan complejo se realizó de manera tan rápida? Una primera respuesta se encuentra en la calidad intelectual, moral y política de los exiliados, cuya disposición al obligado cambio fue definitiva para la incorporación a la vida civil mexicana. Pero hay otras respuestas que no se pueden omitir, como la de Arturo Souto:

> Las corrientes literarias que existían en España en vísperas de la guerra fueron, como todo, inevitablemente afectadas por el curso del conflicto. La Guerra Civil fue, en gran parte, la culminación de una lucha entre dos ideologías opuestas que dividía a España desde tiempos de la independencia. Las famosas dos Españas de Larra ahondaron cada vez más sus diferencias hasta desembocar en el doble horror de la Guerra Civil. En esa lucha, los intelectuales tuvieron un papel preponderante si no decisivo. Sería ingenuo

[12] Cf. Actas de la Junta de Gobierno.

[13] Cf. Carlos Martínez, *Crónica de una emigración*, México: Libro Mex, 1959; Varios, *El exilio español en México, 1939-1982*, México: Salvat-FCE, 1982; José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939,* 6 vols., Madrid: Taurus, 1976-1984; Elsa Cecilia Frost, "Los filósofos de la UNAM", en José Luis Abellán y Antonio Monclús (coords.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América,* vol. II, *El pensamiento en el exilio,* Barcelona: Anthropos, 1989; *Boletín Editorial* de *El Colegio de México,* núms. 20 y 22, dedicados a los "50 años de La Casa de España en México" (julio-agosto y noviembre-diciembre de 1988).

> creer que un hecho histórico de tal magnitud haya estado determinado por las polémicas entre pensadores, pero es indudable que éstos reflejaron, día a día, las tensiones sociopolíticas en conflicto, que también, a veces muy lúcidamente, las habían anticipado en los libros, y desde fechas tan lejanas como la de 1898. La dictadura de Primo de Rivera, por ejemplo, politizó a muchos escritores que, sin ella, habrían permanecido distantes de las cuestiones ideológicas. Era la época de la poesía pura, del teatro experimental, de la novela casi abstracta; en todos los campos de la cultura —desde la poesía hasta la erudición filológica— se reaccionaba en contra del modernismo y el realismo (o vino a coincidir con la influencia del surrealismo y en general de las escuelas de vanguardia, que, como la bengala, que canta Apollinaire, fragmentaba la cultura burguesa en Europa después de la desilusión de la primera Guerra Mundial.[14]

Héctor Perea también ha reformulado y precisado varias hipótesis: indicó que desde varias décadas antes de la llegada del buque *Sinaia* a Veracruz en 1939, habían venido ocurriendo una larga serie de acercamientos culturales que favorecieron el mutuo conocimiento entre ambos países y que abonaron el terreno para hacer más propicia la incorporación. Entre sus señalamientos, muestra una línea de continuidad y recíproca coincidencia en un proyecto político-cultural cuyo origen más cercano parece remontarse a los años setenta y ochenta del siglo pasado, cuando para España Francisco Giner de los Ríos creó la Institución Libre de Enseñanza (1876), antecedente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907), y cuando para México Ignacio Manuel Altamirano editó *El Renacimiento* (1869) y Vicente Riva Palacio, junto con otras personas, creó el Ateneo de Ciencias y Artes (1882). La secuencia pasó por los siguientes peldaños: en España, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos, el Ateneo Científico y Literario y el Círculo de Bellas Artes; en México: la Sociedad de Conferencias y su continuador, el Ateneo de la Juventud, la Universidad Popular, y la confluencia entre éstos y la Revolución, es decir, el proyecto vasconcelista de difusión masiva de la cultura, a lo que debe sumarse la crea-

[14] "Literatura", en Varios (1982), *op. cit.*, pp. 369-370.

ción de la Universidad Nacional en 1910 y la lucha por su autonomía en 1929.[15]

Como ya indicó Arturo Souto, en el centro de toda la gran transformación cultural e intelectual españolas estaba Francisco Giner de los Ríos, a quien se rindieron tributos de muy variada índole y entre los que destaca el de Antonio Machado, cuyo poema —escrito con motivo de su fallecimiento— muchos años después se seguiría recordando, particularmente su último verso:

> ¿Murió?... Sólo sabemos
> que se nos fue por una senda clara,
> diciéndonos: Hacedme
> un duelo de labores y esperanzas.
> Sed buenos y no más, sed lo que he sido
> entre vosotros: alma.
> Vivid, la vida sigue,
> los muertos mueren y las sombras pasan;
> lleva quien deja y vive el que ha vivido.
> ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas![16]

A lo anterior falta sumar otros dos factores no menos importantes. Por una parte, la concurrencia generacional: la generación del 98 y la del Ateneo de la Juventud fueron las que crearon la base conceptual de un gran proyecto cultural para el siglo XX; las generaciones de 1914 en España y de 1915 en México otorgaron el impulso vital, político e institucional a ese proyecto cultural cuyo origen era esencialmente abstracto; las generaciones de 1927 allá y de 1925 acá permitieron conformar e impulsar una dimensión universal del conocimiento y de la expresión estética asentada sobre un concepto de nación tomado en forma autocrítica, revalorativa.

El segundo de los factores que suele omitirse en las reflexiones sobre el exilio español en México es más complejo y difícil de documentar. De hecho, los hilos de interacción son confusos y aun contradictorios, pues a partir de 1923 en España y de 1924 en México ambos países sufrieron una transforma-

[15] Cf. Perea (1989), *op. cit.*

[16] Citado por Rubén Landa, *Sobre don Francisco Giner*, México: Cuadernos Americanos, 1966, p. 21.

ción política que directa y activamente propiciaría un porvenir que, en forma comparativa, avanzó en sentido opuesto: la dictadura del general Primo de Rivera hostilizó tanto a la vida civil y republicana, que ésta buscó sus propios cauces en 1930; en cambio, la "reconstrucción nacional" encabezada por el general Calles buscó una mecánica institucionalizada indispensable para eliminar las fuentes de conflicto político en la cosa pública, como ilustra la creación del Partido Nacional Revolucionario (1929).

De manera simultánea y consecuente, dentro de las actividades culturales que tan directamente incumben al Fondo de Cultura Económica, la primera mitad de los años treinta muestra un paralelismo similar al referido: mientras en España la Segunda República no sólo propició sino aun alentó el ensanchamiento de los cauces para la participación de los ciudadanos en las actividades públicas, inevitablemente sesgadas por intereses políticos y partidistas, en México ocurrió lo contrario: durante el "maximato" la participación ciudadana en actividades públicas, más si correspondía a tareas políticas y de partido, fue desalentada y aun inhibida.

Este cruce de caminos fue fundamental, e incluso determinante para la convergencia de los afluentes mexicano y español en 1939; del encuentro fructificaron los hombres de ambos países, pues sus tareas, obras y realizaciones estaban impulsadas, por una parte, por el esfuerzo de un espíritu combativo, militante, confiado en su propia razón y aun porfiado en un porvenir cuya fortaleza estaba basada en la voluntad de un cambio de la sociedad, como lo proponían la Revolución mexicana o la transformación republicana y, por la otra, estaban impulsados por una noción de responsabilidad compartida: los mexicanos —directa o indirectamente ligados con todo el proceso del exilio republicano español— estaban en disposición de facilitar las condiciones de vida y de trabajo a unos hombres que vivían entre los mexicanos no por una elección libremente asumida; en cuanto a los españoles, ofrecían un rasgo de dignidad admirable, ya que con rigor explicaban que no eran los *gachupines* que venían a "hacer la América" sino los *republicanos* que deseaban ser dignos de una hospitalidad. En este sentido, las palabras de Adolfo Sánchez Vázquez son elocuentes:

Con la serenidad que da la distancia en el tiempo, podemos destacar [en la travesía del *Sinaia*] algunos rasgos que habrán de mantenerse en el exilio, al ser compartidos por la emigración entera.

Primero: su superioridad moral en la adversidad. No se trataba de una comunidad de vencidos o derrotados, aunque atravesaban el océano derrotados material, militarmente. No obstante ésta y otras circunstancias adversas, se sentían fuertes moralmente y, sobre todo, superiores a sus vencedores en el campo de batalla. Se sentían, ciertamente, con la misma fuerza moral que había animado al pueblo del que eran parte, a resistir en las condiciones más duras y desfavorables.

Segundo: su espíritu colectivo y de cooperación por encima de las tentaciones egoístas y de los intereses personales. Manuel Andújar lo hace constar en su testimonio con estas palabras: "A pesar del llamado individualismo español hubo una coordinación y un sentido colectivo que nos mantuvo unidos; los del *Sinaia* éramos una comunidad."

Tercero: la superación de los exclusivismos ideológicos y políticos y del espíritu de facción. Aun con los antecedentes del divisionismo que tanto daño nos hizo en la guerra y que, en cierto modo, reaparecería en la inmigración, los hombres del *Sinaia* tuvieron conciencia de que España y la noble causa defendida en sus tierras estaba en ello y de que esto los obliga a ser muy responsables de sus actos. Y de esta conciencia se hace eco el periódico del barco cuando dice: "Hay que elevar, pues, el tono de nuestra vida a bordo, como el de nuestra vida en tierra firme, puesto que estamos sirviendo de espectáculo. *Estamos representando a España* (y estas palabras aparecen subrayadas)."

Y *cuatro*: vinculación responsable, ya desde antes de pisar su suelo, con el gobierno y el pueblo que los acoge. No van a "hacer la América" sino a trabajar en un país al que llegan desterrados y a vincularse con su pueblo, con la esperanza de la tierra perdida, y con ella de la libertad y de la democracia. Y mientras llega ese día, que ni los más pesimistas imaginaron que duraría tanto, responder espiritual y materialmente a la generosa hospitalidad que el pueblo y el gobierno, encabezados por Cárdenas, les brindaba. Y de eso también se hace eco el periódico de a bordo cuando escribe ya en vísperas del arribo a tierras mexicanas: "En México nos aguarda un régimen progresivo, unas instituciones populares que garantizan a los republicanos españoles, desde el momento mismo de su llegada, un trato de ciudadanos libres. ¡Seamos dignos de esta ayuda generosa de México, apoyando la política democrática del presidente Cárdenas!"

> Se trataba, pues, de una actitud hacia el general Cárdenas y a lo que él representaba, que se mantiene viva hasta nuestros días en cada uno de nosotros, y de corresponder a la generosa hospitalidad mexicana con el esfuerzo de cada uno en el campo de actividad que le era propio o en el que las vicisitudes del exilio le imponían. O como se agregaba en el mismo texto: "México ha de ser la demostración, en el frente del trabajo, de cuanto supimos mantener con honor en los frentes de combate."
>
> Había, pues, un sentido de responsabilidad ante el gobierno y el pueblo mexicanos que prolongaba, en nuevas condiciones, la responsabilidad combativa que se había mostrado luchando en España. Pero este último rasgo de la comunidad del *Sinaia* podemos extenderlo a las posteriores expediciones colectivas, y en general, al conjunto de los exiliados en México.[17]

También resultan significativas las reconsideraciones que una veintena de autores han hecho en libros como *La otra cara del exilio: la diáspora del 39* (1989), *El exilio español en México* (1982), *Transterrados y ciudadanos* (1975) o los seis volúmenes de *El exilio español de 1939* (1976-1985), por sólo citar los más amplios y recientes, y en los que se consigna la profunda y profusa actividad de los republicanos españoles en México, principalmente. Sin embargo, en ese mar de análisis, reflexiones y evocaciones en donde con justa razón el Fondo de Cultura Económica ocupa un lugar privilegiado, hay detalles en algunos aspectos incluso familiares, que pueden considerarse significativos para la historia de la editorial y que casi sistemáticamente se han omitido.

Mucho se ha subrayado el mérito de la iniciativa y esfuerzos de Daniel Cosío Villegas en el origen del vasto exilio español en México. También se ha indicado que uno de los más activos miembros de su patronato fundador fue el Fondo de Cultura Económica y que el primer lugar donde se alojó la Casa de España en México fueron, precisamente, las oficinas de la editorial, aquel reducido espacio que generosamente facilitaba el Banco Nacional Hipotecario —otro de los integrantes del Patronato—. En igual sentido, se ha señalado que el

[17] *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, ed. facsimilar, presentación y epílogo de Adolfo Sánchez Vázquez, México: UNAM, UAM, La Oca, Redacta, 1989.

primerísimo y muy selecto grupo de exiliados se dedicó, por un lado, a realizar las tareas de la Casa de España (cursillos y conferencias que ofrecían principalmente en instituciones académicas de la provincia, pues el local de Madero 32 era excesivamente reducido), y, por el otro, se incorporó a las actividades editoriales del FCE, como se describirá más adelante.

Algo que no se ha indicado, y que a la postre resultó fundamental para la consolidación del FCE, es el *esprit de corps* que se llegó a crear dentro de la editorial, el cual coincidió con el que identificaba a la Junta de Gobierno. Según los recuerdos de Max Aub —los más puntuales, amplios y generosos que sobre el particular se tiene noticia—, entre los exiliados que se incorporaron al FCE dentro de una especie de consejo editorial estaban José Gaos, Ramón Iglesia, José Medina Echavarría y Manuel Pedroso; dentro de un cuerpo técnico se contaban Sindulfo de la Fuente, Luis Alaminos, Vicente Herrero, Joaquín Díez-Canedo, Francisco Giner de los Ríos; dentro de un cuerpo de mando —subdirector— Javier Márquez, y en un puesto intermedio entre traductor, editor y consejero Eugenio Ímaz; dentro del trabajo de impresión en la Gráfica Panamericana Vicente Polo, Javier Márquez y el mexicano Raúl Fernando Cárdenas. A este grupo deberá agregarse un nutridísimo número de traductores, colaboradores, autores y, por si esto fuera poco, un sólido grupo de amigos que acudían al FCE sólo a conversar, a intercambiar ideas, a refrendar la amistad y a ampliar la inteligencia (esto fue frecuente durante los años cuarenta).[18]

Entre todos ellos se estableció una notabilísima cohesión, ya por las similitudes en sus orígenes y tareas académicas (la gran mayoría ligados a las instituciones creadas por Francisco Giner de los Ríos y estimuladas por Fernando de los Ríos), ya por pertenecer a las mismas generaciones (a la de 1914 los mayores o a la de 1936 los menores), ya por haber coincidido en alguna representación diplomática española en Europa (Alemania, Unión Soviética o Inglaterra, para más señas), ya por haber estado cerca de Azaña, Ortega y Gasset, De los Ríos y/o de Enrique Díez-Canedo (o de todos juntos), ya por haber colaborado

[18] Cf. Max Aub, "Los españoles en el Fondo", *La Gaceta*, 6 (junio de 1971), reproducido en *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica*, México: FCE, 1980, pp. 189-195.

activamente en las tareas culturales de la Segunda República (desde la rectoría de la Universidad Central hasta la redacción de la revista *Cruz y Raya* o la colaboración en la editorial Cenit) o, incluso, por formar parte de la familia Díez-Canedo.

Tampoco suele decirse puntualmente, aunque siempre se hace la sugerencia, que fue Alfonso Reyes, desde la presidencia de La Casa de España en México, quien propició la amistosa cohesión; su don de gentes, su conocimiento y amor por España y su vieja, estrecha amistad con algunos de los exiliados son los ingredientes que sólo él poseía en México —y en esta afirmación no pierdo de vista a Martín Luis Guzmán, cuyo vínculo con Manuel Azaña fue estrechísimo y cuya relación con el exilio republicano tuvo características diferentes de las de Reyes—. Don Alfonso fue muy claro: procuró techo, recursos y amistad a sus "hermanos de otro tiempo", "aquellos compañeros" que "pertenecían a nuestra familia" y "no a los profesionales de la pasión pública", según confesó en privado a José Ortega y Gasset.[19] En carta privada a Fernando de los Ríos, Reyes subraya ese aglutinador calor familiar:

> Amigo querido [escribe Fernando de los Ríos en nota manuscrita]: terminada la tragedia de la guerra principia la gran gesta del dolor familiar. Ahí va, portador de esta carta, una de las más exquisitas creaciones de mi familia: mi sobrino Francisco Giner de los Ríos en quien tantas y tan enormes ilusiones tenemos cifradas padres y tíos; va a México, a llevarle su alma, su ilusión de muchacho de 21 años, su nombre glorioso. Que la tierra mexicana le sea fecunda y lo acoja con generosidad. Usted que sabe tanto de la vida y tanto conoce el alma de España y del español acójalo paternalmente y reciba mi gratitud anticipada. Mil [gracias] para su esposa y un abrazo estrecho a usted muy lleno de emoción de [Rúbrica: Fernando de los Ríos].
>
> [Don Alfonso responde también en nota manuscrita:] Su sobrino Francisco no necesitaba ante mí mayor presentación que la de su nombre, pero las líneas de Ud. contribuyeron a que ponga yo todavía mayor empeño en atenderlo debidamente. Él sabe que cuenta conmigo como con persona de su propia familia. [Rúbrica: Alfonso Reyes.] [20]

[19] Cf. exp. "José Ortega y Gasset", Capilla Alfonsina.
[20] Exp. "Alfonso Reyes", Archivo Histórico de El Colegio de México.

Después de todo esto es conveniente atar uno más de los cabos que han permanecido sueltos: a diferencia de la Casa de España (luego El Colegio de México), a la que se incorporó un grupo de republicanos más homogéneo en sus ideas, convicciones políticas, culturales y edades —más alejados de la "pasión pública"—, en el Fondo de Cultura Económica concurrió un grupo heterogéneo y beligerante en todos los sentidos; su número y variedad eran tales que hoy resulta imposible y aun inútil pretender *una* caracterización (¿cuál podría ser entre la revista *Cruz y Raya* y la editorial Cenit o entre Ímaz y Roces?). Por el contrario, como recuerda Arturo Souto, su identidad radica en su heterogeneidad y, en forma consecuente, en el eclecticismo resultante, siempre encauzado por la Junta de Gobierno y la Dirección, que ayudaban a limar las aristas y a matizar las "pasiones públicas", tan vivas y enardecidas casi siempre.[21]

Por su parte, dentro de una dimensión más abarcadora, el exilio republicano español, organizado y financiado a través del SERE (Servicio de Emigración de la República Española) y la JARE (Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles) principalmente, se incorporó pronto a la vida cultural e intelectual mexicana. Por sólo citar tres ejemplos de reconocida importancia y trascendencia en el terreno educativo, en 1939 los exiliados fundaron el Instituto Luis Vives, un año después el Colegio Madrid —entre cuyos fundadores se encontraba Silva Herzog— y el frustrado Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón. En el terreno editorial fundaron Costa Amic y Séneca —dirigida por el infatigable José Bergamín—. Aquí el nombre de Rafael Giménez Siles es fundamental para entender la propuesta original de EDIAPSA, transformación de la española CIAP (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones).[22] En el campo librero, Librerías de Cristal, la Juárez y la Madero; en revistas, dos retoman el proyecto de *Hora de España* y en México resultan básicas como propuesta intelectual y realización editorial: *Romance* (1940-1941) y *España Peregrina* (1940) —de

[21] Cf. José Bergamín (pról. y selec.), *Cruz y raya. Antología*, Madrid: Turner, 1974.

[22] Cf. Rafael Giménez Siles, *Retazos de vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor*, México: s. p. i, 1984.

la cual se desprenderá una gran revista continental: *Cuadernos Americanos*, fundada y dirigida por Jesús Silva Herzog en 1941 y en sus primeros años apoyada, entre otros, por el beligerante Juan Larrea—.

En todas estas instituciones y empresas se percibía un fin común: el espíritu combativo y aun militante de esa "nueva izquierda" y ese "liberalismo democrático" prohijados por la Segunda República, que poseía entre sus convicciones "democratizadoras" la de "avivar la cultura". O, como dice Enrique Montero a propósito de la revista *Romance*:

> Es el resultado de una compleja empresa editorial autóctona [española] y, por otro, trasplanta a Latinoamérica la cultura progresista y agresiva que se ha venido fraguando en España durante décadas y que ha tenido su culminación durante la Guerra Civil. Aparece *Romance* en el momento clave en que Europa está siendo bombardeada por la propaganda fascista. Su espíritu beligerante ya está patente en la frase de Malraux que preside el primer número: "La cultura no se hereda ni se transmite: se conquista."[23]

También en ellos se vislumbraban ecos de la gran propuesta renovadora hecha por Fernando de los Ríos en su libro *El sentido humanista del socialismo* en el que, entre otros aspectos, "veía en el progreso de la conciencia moral humana una línea de avance destinada en un determinado momento histórico a conquistar la libertad y en otro a hacer desaparecer los vicios del capitalismo. Si el capitalismo era rechazable, lo era por su condición antihumana y no por las concepciones marxistas —según refirió Genoveva García Queipo de Llano—". Así pues, según la tesis de De los Ríos, el humanismo y el socialismo son una sola y misma cosa.[24]

[23] Francisco Caudet, *Romance (1940-1941). Una revista del exilio*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1975.

[24] Cf. Francisco Giner de los Ríos, *Ensayos y cartas*, México: Tezontle, 1965, y Genoveva García Queipo de Llano, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid: Alianza Universidad, 1988.

4. La semilla comenzaba a crecer,

la tierra estaba abonada, las condiciones eran propicias y los miembros de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica y su director supieron hacer concurrir toda la pasión, la inteligencia, la fuerza y el saber de los mexicanos y de los exiliados de la Segunda República española en la meta común de avivar la cultura de una gran república, la república de la lengua española. Sin figuras retóricas, ambos grupos de inteligencias y sensibilidades hicieron confluir sus intereses culturales hacia la reivindicación de los valores humanos de la gran comunidad hispanoparlante, que en los sentidos clásico y metafórico de la palabra significa *res-pública*. No era otro el significado de las palabras que José Gaos expresara hacia 1946:

> No nos sentíamos desterrados, sino simplemente "transterrados…" Los españoles hicimos un nuevo descubrimiento de América. "Sabíamos" de la América española, pero qué diferente "vivir" su vastedad y diversidad en el presente, su profundidad y complejidad por el pasado y a una juventud, su fermentar en formación, y por las tres cosas su plétora de posibilidades de futuro. Pero nosotros habíamos iniciado ya en España la actividad de que estoy tratando [el estudio de la filosofía]. Es que la reivindicación de los valores españoles había empezado en España, movilizada justamente por la conciencia de su valer. Esta conciencia era parte para que nos previésemos otra vida preferible y la posibilidad de dejar la que vivíamos, posibilidad en que pensamos, hubiese de realizarse sólo como se realizó, por la violencia. Por fortuna, lo que hay de español en esta América nos ha permitido la reivindicación de los valores españoles y la fidelidad a ellos con la adhesión a los americanos.[25]

Tal "fidelidad" y "adhesión" de una "reivindicación" de valores coincidieron con el propósito que dio origen al Fondo de Cultura Económica, a saber, encauzar adecuada y útilmente la enseñanza especializada y la amplia difusión del conocimiento económico, entendido éste dentro de un amplio es-

[25] Citado por José Luis Abellán, "Hacia la otra cara del exilio: análisis de un fenómeno histórico", en Varios, *La otra cara del exilio: la diáspora del 39* (El Escorial, 1989), *op. cit*., pp. 14-15.

pectro del conocimiento social, político e histórico. Por eso, no está de más reiterar que el proyecto cultural que sustentó el origen del FCE en 1934 y el proyecto cultural de la Segunda República coincidieron y se fundieron en uno solo, más amplio, ecuménico, cosmopolita y, sobre todo, volcado hacia un propósito humanista identificable en una fórmula que Alfonso Reyes —fundamental sombra tutelar en el FCE— expresó así: "Entre todos lo conocemos todo", y en la editorial se tradujo como la asimilación crítica de otras culturas y la recreación crítica de la cultura propia.

Sobre esta sólida y a la vez flexible columna vertebral recaía el vigoroso y cohesionado impulso de un grupo de hombres fervientemente convencidos de que la cultura era, sigue y seguirá siendo el único medio que tienen los hombres para su acceso a una mejor convivencia entre ellos mismos. Sin la cultura, valioso instrumento en el que se acumula la inteligencia humana, los hombres se encuentran más vulnerables, frágiles, insustanciales. Esto, ante la Guerra Civil y ante la segunda Guerra Mundial, que amenazaba a la especie, era más evidente, y aquellos hombres se sentían propensos a ser víctimas de la irracionalidad.

De hecho, entonces y ahora ha resultado imposible ocultar una cualidad ciertamente contradictoria y paradójica de mística laica y de militancia apolítica que ha permeado, alentado y estructurado tanto a los mexicanos como a los exiliados republicanos vinculados a eso que —por comodidad un poco esquemática— puede calificarse como proyecto cultural del Fondo de Cultura Económica, pues como tal, como *proyecto*, resalta la cualidad de inacabado, de proceso continuo, de avance hacia las mismas y nuevas metas de hacer el bien a los hombres.

La mística y la militancia culturales fueron tan consistentes en su origen que hoy, a casi 60 años de distancia, siguen siendo el centro medular, esencial de la editorial. Más aún, y esto se podrá observar más claramente con el paso de los años, la estructura básica del FCE está asentada en la virtual confluencia de dos historias y propósitos convergentes, pese a sus orígenes y dimensiones: la Revolución mexicana y la República española o, si se quiere, en una sola tarea común, clásica, humanística.

Las apabullantes condiciones históricas —provocadas por la Guerra Civil y por la segunda Guerra Mundial— hacían obvio que el principio ecuménico enunciado estaba y estaría sujeto a la "pasión pública", como eufemísticamente la refirió Reyes. Sin embargo, es aquí, en la "pasión pública", donde la editorial ha buscado ese frágil, peligroso, inexistente equilibrio entre la actualidad inmediata y la universalidad perenne. Siempre lo ha procurado y, por lo mismo, se mueve en pos de él.

Segunda Parte

PROXIMIDAD CON LA UTOPÍA

IV. LOS DOS HORIZONTES

1. El perfil como casa editorial

del Fondo de Cultura Económica se comenzó a delinear propiamente en el segundo semestre de 1938, justo cuando más ocupaciones debía atender el director, Daniel Cosío Villegas. Surgieron innumerables contratiempos con las imprentas, las obras que estaban en proceso de traducción y producción se retrasaron, algunos de los miembros de la Junta estaban muy atareados en asuntos del gobierno federal y las actividades para echar a andar La Casa de España en México resultaban absorbentes.[1]

El trabajo intenso y bajo presión generó en el director del FCE nuevas inquietudes cristalizables mediante la editorial. El plan era ambicioso: sin que las instituciones perdieran su carácter autónomo, fundir La Casa de España y el FCE en una sola entidad que realizara el ciclo completo de la producción cultural. Pronto se percató de las limitaciones, ya que carecía de recursos económicos, intelectuales y técnicos, los cuales se tuvieron que improvisar dentro de un lapso mayor del previsto, y carecía también del tiempo mínimo indispensable dentro de la administración del presidente Lázaro Cárdenas, cuyo apoyo era fundamental.

Obligado a reconsiderar sus ambiciones, Cosío se ajustó a los recursos disponibles para articular una nueva propuesta editorial para el FCE, sujeta a varias y favorables circunstancias: en 1938 y en la Argentina se fundó la editorial Losada y se estableció Espasa-Calpe, ambas con pretensiones continentales —lo que incluía México—; hacia octubre del mismo año

[1] Las fuentes informativas en las que basaré todo este capítulo son, esencialmente, las Actas de la Junta de Gobierno correspondientes al periodo comprendido, los catálogos editoriales, la colección completa del *Noticiario Bibliográfico* (1939-1942), conversaciones con: Víctor L. Urquidi, Joaquín Díez-Canedo, Antonio Alatorre y José C. Vázquez, y los libros de Krauze (1980), *op. cit.* y Cosío Villegas (1976), *op. cit*. En su oportunidad referiré otras fuentes específicas.

ya se encontraban en México algunos de los primeros "transterrados" fundadores de La Casa de España, quienes dialogaban con el director y con los miembros de la Junta de Gobierno, de donde surgieron propuestas; en febrero de 1939 la Casa de España propuso al FCE que se ocupara de la edición, distribución y comercialización de los libros escritos por sus investigadores. Pocos meses más tarde, en la reunión del 15 de agosto de 1939, el director consultó a la Junta respecto a la posibilidad de ampliar la oferta editorial del FCE. Argumentó que ante la inminencia de que las editoriales argentinas invadieran el campo cultivado por el FCE, quedaban dos posibles soluciones: "reiterar todos los esfuerzos en la misma dirección" o ampliar las actividades mediante nuevas secciones afines a la economía. Su propuesta fue crear las secciones de Sociología, dirigida por José Medina Echavarría; la de Ciencia Política, dirigida por Manuel Pedroso, y la de Historia, entonces aún sin candidato para su dirección —poco después se ocuparían de ella, aunque no en calidad de "directores", Silvio Zavala y Ramón Iglesia—. Asimismo, el director propuso el fortalecimiento de la sección de Economía a través de designar a Javier Márquez director de la colección —de la que se ocuparía poco después y durante varios años Víctor L. Urquidi— y dentro de ella crear la serie de Clásicos. Estas primeras secciones pronto se convirtieron en colecciones, a las que se sumarían otras más.

El director consideraba que entre mayor fuera la oferta editorial del FCE, tanto en cantidad como en variedad, mayores serían los resultados en ventas y prestigio. Dentro de esta consideración había un punto significativo: Cosío restringía la oferta al campo de las ciencias sociales y —a partir de 1942— de la filosofía, porque en él no había competencia, pues las editoriales argentinas y chilenas (las españolas que inundaban el mercado casi desaparecieron a partir de 1938) se ocupaban de literatura, de la que había "cierto hastío", según el director. Un punto más a favor: ante la competencia, la calidad de papel e impresión de los libros del FCE no tenía rival.

Hacia mediados de 1941 ingresó Eugenio Ímaz al FCE y con él llegaron nuevos y vigorosos impulsos; logró hacer cristalizar lo que la Junta, el director y José Gaos habían venido con-

versando: la conveniencia de crear una colección de Filosofía, pues los libros ya editados al respecto se habían publicado "a caballo" entre las otras colecciones. Gaos se ocuparía de su planeación y dirección, y la presencia de Ímaz sería fundamental no sólo para la colección de Filosofía, sino para muchas otras actividades. En 1943 aparecieron los primeros títulos.

Meses antes, dentro del mismo afán de diversificación editorial, y con los mismos inocultables propósitos políticos —en el sentido lato del término— y comerciales, el director acordó con la Junta de Gobierno la conveniencia de explorar un nuevo mercado: Hispanoamérica, con una colección de obras originales sobre temas históricos, políticos, sociales y económicos del continente escritas a solicitud expresa de la editorial, "libros cortos, claros, fáciles, de no más de 250 páginas". La colección se denominó Tierra Firme, sus primeros títulos aparecieron en 1945, y en su propósito original se manifestaban las resonancias de los objetivos que animaban a los jóvenes reunidos en 1921 en el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, como ilustran las palabras de Cosío expresadas a un reportero en Buenos Aires, aquí reproducidas en toda su extensión:

> *El distinguido viajero accede gentilmente al inevitable reportaje periodístico y empieza por decirnos que es espantoso, no cabe otro término, el desconocimiento en que viven todos los países de América con respecto a sus hermanos de raza.*
>
> —Llevo recorrido el continente en varias ocasiones y siempre en desempeño de importantes funciones, lo que no me ha permitido conocer bien a fondo los países visitados por la brevedad de mis estadas y el trabajo que me absorbía todo el tiempo; sin embargo, estoy en condiciones de asegurar que no nos conocemos, y de ese desconocimiento nace la indiferencia con que miramos las naturales inquietudes de expansión cultural, intelectual y literaria que tímidamente apuntan en todos los pueblos americanos, prescindiendo del tutelaje europeo.
>
> *—¿Cree usted que América puede aspirar a poseer una cultura propia?*
>
> —La América Latina integra un continente de magníficas posibilidades y de grandes reservas espirituales; no estamos gastados, en cambio poseemos marcada tendencia a dejarnos dominar por la influencia extranjera, y esto es lo que debemos combatir, no desdeñando, por supuesto, esa cultura de carácter universal que

tiene un valor único, sino dando forma concreta a nuestras legítimas aspiraciones de llegar a poseer un plantel de intelectuales que ahonden en la psicología americana, tan rica en matices, y vuelquen en el libro los contornos precisos de nuestra verdadera personalidad latinoamericana.

—¿Es oportuno el momento para llevar a efecto una obra de tanta envergadura?

—No es que sea oportuno, sino que es único. Europa nos brinda con su situación la oportunidad de realizar lo que desde hace muchos años no es más que un proyecto. Todos hemos oído decir que los escritores americanos, en virtud de la preferencia que se daba al libro extranjero, no podían arriesgarse a llevar a la práctica empresas que exigen solvencia económica; es decir, que lo que podríamos llamar la materia prima, la cultura y capacidad de concepción literaria, existe, lo que falta es la seguridad de que toda esa obra, una vez realizada, no resulte un esfuerzo estéril. Éste es el momento de demostrar lo que somos capaces de hacer y si realmente existe una cultura propia de América: si dejamos pasar la oportunidad, que no volverá a presentarse, entonces tendremos que reconocer que vivíamos engañados o sugestionados por un falso espejismo y que nuestra misión debe concretarse a seguir de cerca los pasos de la vieja Europa, por lo menos en el terreno intelectual.

—¿Mira con optimismo tan magna empresa?

—Confío en que la idea que traigo habrá de germinar generosamente, aunque no se me escapa que se trata de una labor que exige un gran esfuerzo para vencer enormes dificultades. Queremos formar una biblioteca integrada por quinientos volúmenes que traten de todos los asuntos americanos…

—¿Literatura clásica y moderna?

—Literatura inédita… si nos dedicásemos a reproducir los temas clásicos desvirtuaríamos nuestra verdadera finalidad; se trata de estimular la producción originaria, de ofrecer a los hombres de talento y animados de nobles ambiciones la posibilidad de realizar una gran obra, pero fíjese bien, que esto no tiene el carácter de un concurso: debemos buscar entre todos los intelectuales cuál es el hombre capacitado para desarrollar determinado tema, político, geográfico, histórico, folklórico, etcétera, y como nos conocemos tan poco, ese conocimiento que asegure el éxito de nuestra labor es otra de las dificultades que debemos solventar.

—¿Confían en que la Argentina les secunde eficazmente en ese proyecto?

—La idea nació en México; pero se apoya firmemente en este país; sinceramente les digo que si no tuviéramos esperanzas en la colaboración argentina, hubiésemos desechado la idea por irrealizable, y no lo tomen ustedes como un cumplido. La República Argentina es de todos los países de América el que en mejores condiciones está para dar amplio impulso a nuestro proyecto. Y una última palabra, los primeros pasos que en este sentido he dado en este país confirman mi optimismo: son muchos los intelectuales argentinos que han captado sin deformaciones la idea original y que se aprestan a colaborar con nosotros; a todos nos mueve un mismo ideal: demostrar al mundo que América posee eso que llamaríamos alma propia y que solamente puede concretarse en el amplio campo de la cultura nacional.

—¿Qué relación puede tener esta política editorial con la política de acercamiento y colaboración panamericana que la democracia reclama en estos momentos?

—La relación es estrecha pero es indirecta e importante. Sería estrecha si, como nos lo proponemos, comenzáramos a trabajar en obras de América hechas por americanos. Y eso es muy necesario. Los editores caen fácilmente en ese error: dar al público de América producciones extrañas a lo que es fundamentalmente su espíritu o su auténtica orientación cultural. Por otra parte, lo mismo sucedía con las editoriales españolas. Si bien es cierto que los editores podríamos hacer mucho para mejorar este estado de cosas, la culpa no es totalmente nuestra. La comparte en gran medida el librero. Pero el mayor responsable es el lector. El lector americano es lo que yo llamaría un lector lunático. Cuando América ha conquistado su independencia política y económica descubre que aún le falta la independencia intelectual. Se vive en este aspecto en una actitud de coloniaje. Dependencia espiritual que en tanto mantiene una constante expectativa por lo que puede llegar de Europa, desdeña sistemáticamente en todos los órdenes lo que se produce en América. Mientras encontraría usted incontables lectores para un libro que tratara sobre la flora de Finlandia, no conseguiría ubicar ninguno para la mejor obra que tratara de la flora americana. Esto que acabo de decirle, que pueda parecer antojadizo o teórico, tiene constantes confirmaciones prácticas. Entre otras, pongo por ejemplo, el caso de un librero de Colombia que nos rechazara los ejemplares de la magnífica obra de Justo Sierra *Evolución política del pueblo mexicano*, uno de los estudios más interesantes de síntesis histórica que se haya escrito en América, alegando que las obras "de interés local" no tienen salida.

Los cuatro grandes protagonistas en la vida editorial: autor, editor, librero y lector, deben proponerse seriamente modificar tal estado de cosas. Ha llegado el momento de la rebelión espiritual. La coyuntura es favorable, muy favorable, para intentarlo. Después de esta guerra la metrópoli intelectual europea quedará destruida. Cuando menos todo lo que de ella venga deberá inspirar una profunda desconfianza. Ahora es, pues, el momento de que América diga algo original en todos los órdenes; si no lo hace será porque nada original tiene que decir. Resultará el caso del niño prodigio de quien esperamos ver surgir el genio de la juventud o de la madurez, nacimiento que raras veces se produce.

El editor debe prestarse totalmente a facilitar esa producción, nosotros estamos dispuestos a hacerlo. El autor tiene que entregarse íntegramente a las cosas de América. No digo que debe despreciar el pensamiento europeo sino que debe tomarlo tan sólo como referencia en cuanto puede tener aplicación a nuestras cosas. Debe desechar el hábito, cuando se trata de obras especializadas en determinados órdenes, de copiar malamente ideas que mal entiende. Debe valorizar las cosas americanas porque son las que le pertenecen. Yo tengo que ocuparme de mis hijos aunque no sean genios. Sería absurdo que fuera a buscar niños mejores para educar, lejos de mi hogar. Todos comprenden que un padre debe cuidar de sus hijos. Pocos comprenden en América que debemos cuidar de nuestras cosas, sea cual fuere el valor que ellas tengan. De todos modos nosotros tenemos que descubrir y registrar ese valor. La originalidad de América está de sobra comprobada en la obra puramente literaria. Asimismo, en las disciplinas históricas, si bien no ha sido superado el tipo de obra analítica, todos los países americanos cuentan ya con una producción sumamente interesante. Pues bien, esa misma originalidad debe ser infundida en los otros órdenes de la cultura que no puede ni debe estar circunscrita únicamente a la literatura y al análisis histórico. Todo lo demás debe tener lugar en la producción libresca americana.

El librero deberá modificar su actitud y actuar efectivamente sobre la masa del público lector, en tanto que ésta debe hacer efectiva la posición de lucha en que hoy se encuentra ante la crisis espiritual de occidente y adoptar el lema de rebeldía de los criollos de 1810 que rompieron los vínculos del coloniaje.

De este modo América logrará expresar su más profundo y auténtico pensamiento y todos los problemas de la vida literaria encontrarán solución adecuada y natural.[2]

[2] Citado en Krauze (1980), *op. cit.*, pp. 127-130.

Motivados por un impulso similar al de Tierra Firme, Cosío Villegas y la Junta decidieron la creación de una nueva colección enfocada hacia un carácter general e histórico, Biblioteca Americana, desde cuyo origen solicitaron a Pedro Henríquez Ureña que la concibiera, organizara y dirigiera. Lamentablemente, su vida acabó antes de que apareciera *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, escrita por su hijo Don Hernando* (1947), primer volumen de la colección. No obstante, ésta continuó durante muchos años sujeta a su propuesta original, con un contenido que abarca los siguientes grandes temas: *1)* Literatura indígena, *2)* Cronistas, *3)* Literatura colonial —poesía, teatro y prosa—, *4)* Literatura moderna —historia y biografía, vida y ficción, pensamiento y acción, poesía, teatro—, y *5)* Viajeros. El temario publicado por el FCE está enunciado en un folleto que lleva el nombre de la colección y, en una versión ampliamente detallada y comentada, se describe en sus libros *Historia de la cultura en América hispánica* (1947) y *Las corrientes literarias de la América hispánica* (1949).

Lugar aparte de estas colecciones merecen las ediciones Tezontle, que aparecieron desde 1939 y cuya peculiaridad consistía en que esos volúmenes se hacían en el FCE pero no llevaban su pie de imprenta debido a que el autor o algún particular financiaba gran parte o la totalidad de la edición, la cual quedaba a disposición del autor o del FCE para su distribución y comercialización. Además, es obligatorio señalar que los libros de Tezontle eran principalmente de creación literaria, ámbito en el que el FCE no comenzaría a trabajar más directamente sino hasta 1952. Francisco Giner de los Ríos recuerda:

> Hacia 1939 comencé a asistir a la tertulia del Hotel Imperial, en la esquina de Reforma y Morelos, a la que asistían principalmente médicos mexicanos. Luego, cuando se incorporaron a ella los españoles, la tertulia se hizo más literaria. Fue aquí donde Juan José Domenchina, que conocía mi libro de poesía *La rama viva* (1940), convocó a una colecta entre los contertulios para publicar el librito, que sería el primer título de Tezontle —aunque antes habían publicado uno de León Felipe, pero sin ese pie de imprenta—. Después vendrían: de León Felipe, *El gran responsable* (1940), de Pedro Garfias, *Primavera en Eaton Hastings* (1940), y de Carlos Pellicer, *Recinto* (1941), todos financiados con recursos

propios y todos precedidos por una sencilla viñeta de José Moreno Villa. Era un primer intento de serie poética al margen de las labores del Fondo…[3]

Dentro de esta esquemática enumeración es conveniente subrayar una característica del conjunto de las colecciones editoriales: en ningún caso pueden considerarse como un compartimento estanco. Por el contrario, el nombre de las colecciones servía y aún sirve para identificar disciplinas genéricas, mas no limitaciones estrictas. De aquí que, por ejemplo, durante algunos años entraron a la colección de Sociología obras que, de suyo, pertenecían a la antropología; con el tiempo ésta demandó su propia colección, a la que se han incorporado además obras propiamente de arqueología.

2. *El verdadero cuerpo*

del Fondo de Cultura Económica como editorial se encuentra, en primerísimo término, en las obras que conforman las colecciones y, en un segundo —y no siempre visible—, en el equipo humano, técnico, encargado de la producción editorial. Como se ha indicado en páginas anteriores, durante los primeros años del FCE las tareas de la producción editorial (preparación y marcaje de originales, revisión y cotejo, corrección de pruebas, preparación de maquetas y supervisión de los trabajos de impresión) se hacían sobre la marcha, en forma improvisada y sin contar con un espacio físicamente apropiado para ello. De hecho, las oficinas de Madero eran del todo insuficientes, tanto que gran parte de la producción (desde la traducción hasta la corrección de últimas pruebas) la hacían los miembros de la Junta, el director y algunos de sus familiares en sus oficinas o domicilios particulares.

Hacia mediados de 1939, tras el arribo del buque *Sinaia* a costas veracruzanas y con ello el inicio del nutrido éxodo de refugiados republicanos, y luego de que el director del FCE comenzara a recuperar para la editorial el ritmo de producción trazado en 1938, se hizo evidente la necesidad de crear lo que meses más tarde se denominaría Departamento Técni-

[3] *Catálogo General. FCE* (1955), p. 387.

co. Es decir, ante el volumen de producción editorial en curso y ante el proyectado para un futuro inmediato, el director y la Junta de Gobierno del FCE consideraron conveniente la contratación del personal "especializado" en la producción.

Sin embargo, ni entre los mexicanos ni entre los refugiados republicanos existía tal personal "especializado" —en términos que respondiera a los niveles de exigencia y tolerancia demandados por el implacable Cosío—, salvo los muy pocos polarizados por José Bergamín hacia *España Peregrina* y luego hacia la editorial Séneca (entre los que destacaban Juan Larrea y Eugenio Ímaz, antiguo jefe de redacción de *Cruz y Raya* y cercano colaborador de Ortega y Gasset en su *Revista de Occidente*) y por Rafael Giménez Siles hacia *Romance* y luego EDIAPSA (entre los que sobresalía el diseñador Miguel Prieto). Una vez más era necesario improvisar sobre la marcha de las necesidades.

A mediados de 1939, entre los primeros refugiados que se incorporaron al FCE para trabajar exclusivamente allí destacaba Javier Márquez —yerno de don Enrique Díez-Canedo y colega de Cosío y Eduardo Villaseñor, tanto que como ellos también estudió economía en la London School of Economics—. Entre sus tareas, la más importante fue la de ocuparse de la producción editorial, ocupación que evidentemente era para más de una persona, pues si bien el maestro José C. Vázquez lo auxiliaba, éste también estaba muy atareado con las imprentas. Por ello, Márquez comenzó a delegar responsabilidades en nuevas personas contratadas para trabajos específicos que realizaban en sus domicilios particulares.

Durante el primer semestre de 1940 las limitaciones del espacio físico de trabajo se volvieron abrumadoras y provocaban un notable grado de ineficiencia; la gente, tanto los colaboradores externos como los de Casa, se concentraba sobre un escritorio y se disputaba la palabra casi a gritos, con lo que esto acarreaba. A eso se debe añadir el amontonamiento de paquetes con libros, papel y tanto más que convertían en minúsculas las que de por sí eran unas estrechas oficinas, para colmo compartidas con La Casa de España en México. El director y la Junta, más las circunstancias de inestabilidad provocadas por el periodo de sucesión presidencial, coincidieron en la ur-

gencia de realizar un cambio de domicilio. La solución llegó pronto.

A mediados de 1940 se estacionó un camión de mudanzas en la calle de Río Pánuco número 63, frente a una vieja, típica residencia de dos pisos de familia acaudalada durante el gobierno de Porfirio Díaz; era una casona con superficies notables, varias alcobas, salas, comedor, desayunador, cocina, patio y cochera grandes. ¡Qué diferencia! Era tan amplia que en su interior sus nuevos moradores se perdían. Pero esto sólo fue la primera impresión. Conforme se fue vaciando la mudanza la casona se llenó; las oficinas del director del FCE y del presidente de la Casa de España estaban casi contiguas; las administrativas en lo que había sido el comedor; el Departamento Técnico en el primer piso, y así hasta ir ocupando cada uno de los espacios disponibles.

A partir del cambio de domicilio o, mejor dicho, de la ya formal instalación del FCE en sus propias oficinas, la Casa comenzó a tomar cuerpo en todos sentidos. Javier Márquez puso gran entusiasmo en sus abundantes tareas, incrementadas con las traducciones que durante las noches realizaba —junto con su esposa— en su domicilio. Era tal su dinamismo, versatilidad y entrega, que rápidamente se ganó la confianza de Cosío y llegó a ocuparse de la subdirección del FCE. Así siguió hasta principios de 1946, cuando, después de pequeñas, frecuentes y comunes fricciones con el director, Márquez aceptó un ofrecimiento para incorporarse a la recién creada CEPAL.

Entre los primeros que conformaron al Departamento Técnico estaban Vicente Herrero —ocupado, entre otras muchas más en las tareas que le asignaba Manuel Pedroso—, Julián Calvo —atareado en *El Trimestre Económico* y en la Colección de Economía, principalmente—, José Medina Echavarría y Ramón Iglesia —ambos repartidos entre sus ocupaciones en El Colegio de México y el FCE—. En la segunda mitad de 1941 ingresó al Departamento Técnico Eugenio Ímaz quien, según palabras de Francisco Giner de los Ríos —entonces *Paco* Giner, por ser el más joven—:

> Fue el verdadero artífice del departamento […]. Tenía mucha experiencia como traductor y como editor. Además, en el terreno in-

> telectual fue la persona clave de ese equipo editorial […]. ¡Cómo sabía Ímaz sacar sus propias y universales deducciones con aquella sencillez y verdad evidentes, apabullantes por esa falta de pedantería con que nos daba, como sin saberlo, cotidiana lección![4]

En enero de 1942, Joaquín Díez-Canedo —cuñado de *Paco* y de Javier— se incorporó al FCE como atendedor; tres años después, Márquez se ocupaba sólo de la subdirección y Díez-Canedo del Departamento Técnico —después, a lo largo de 20 años, ascendió a gerente de Producción, cargo que conservó hasta que renunció en 1962—. En algún mes de 1945 se incorporaron al "técnico" don Sindulfo de la Fuente y Luis Alaminos, casi al mismo tiempo que Vicente Herrero, Francisco Giner de los Ríos y Javier Márquez dejaban el Fondo de Cultura Económica. Hasta aquí, como recuerda *Paco* Giner,

> éramos una isla española en aquel viejo palacete de Pánuco 63 en que hervían las discusiones no siempre del todo técnicas. […] Los "técnicos" comíamos en la editorial —estupenda iniciación para los españoles en las enchiladas mexicanas— y antes de reanudar el trabajo teníamos en el despacho de Cosío Villegas unas reuniones de sobremesa en que se discutía de todo lo humano y lo divino. De ellas fueron saliendo colecciones y proyectos editoriales nuevos, propuestas de libros importantes y hasta elaboramos una especie de manual para uniformar las traducciones y textos que dieran su propio estilo a la que ya considerábamos nuestra casa.[5]

En 1946 se incorporó al "técnico" el primer mexicano dentro de ese grupo, Antonio Alatorre; tres meses después el segundo, Juan José Arreola. Sus recuerdos —que se citarán con largueza— de un par de años en el FCE son más que ilustrativos de la riqueza humana e intelectual que distinguía al Departamento Técnico.

> *Antonio Alatorre*: […] esa gran escuela que tuvimos: el departamento técnico del Fondo de Cultura Económica, en Pánuco 63;

[4] Francisco Giner de los Ríos, "Mis recuerdos mexicanos de Eugenio Ímaz", en José Ángel Ascune (comp.), *Eugenio Ímaz: hombre, obra y pensamiento*, Madrid: FCE, 1990, p. 30.

[5] *Ibid*., p. 33.

ese chapuzón que nos dimos en la cultura del libro; ese contacto con los transterrados españoles, Joaquín Díez-Canedo, Julián Calvo, don Sindulfo de la Fuente, Luis Alaminos […].

Juan José Arreola: ¡Y los poemas que ahí se escribían! De pronto irrumpía Díez-Canedo en el departamento técnico y nos decía: "Arrojen ustedes los instrumentos de trabajo, los lápices, las plumas, las galeras, las cuartillas. Empuñen la lira porque ahora vamos a celebrar…", y nunca faltaban motivos de celebración. Tú te acordarás de la décima que hizo Díez-Canedo cuando Medina Echavarría se fue a Chile:

¡Presta tu lira, Apolo!
Préstala y dime luego
cómo encender tu fuego
para cantar yo solo,
porque este trance no lo
puedo perder. ¿Podría
sin harta mengua mía…

Se me escapa algo, pero terminaba: "…decir adiós / a la sociología". Una décima de lo más trabajoso, y además en heptasílabos.

A. A.: Aquí pondré yo mi granito de arena. Cuando despedimos a Eugenio Ímaz…

J. J. A.: Eugenio Ímaz, ¡qué hombre!

A. A.: Sí, ¡qué personaje! Bueno, cuando Ímaz se fue a Venezuela hubo naturalmente banquete y poesías. Y Juan José hizo una décima, emulando la décima de Joaquín Díez-Canedo. Una señora décima, bien trabajada. Y a mí se me ocurrió hacer una letra de corrido. Estaba muy de moda un corrido que se llama "La feria de las flores", muy populachero, con una música pegajosa. Yo le puse letra y, como en esos casos había vino, todo el mundo se puso a cantar. Fue un exitazo tremendo. A mí me dieron, por aclamación popular, el primer premio. La décima primorosa quedó absolutamente ofuscada por el aluvión de la chabacanería y Juan José estaba muy enojado.

J. J. A.: Bueno sí, porque era una fiesta ateneísta, un banquete platónico y musagético y de pronto Antonio con el alarido y el "ay Jalisco no te rajes", y todo eso. Creo que hasta nos pusimos a bailar todos ahí un jarabe. Pero eran todavía los tiempos inmediatos de posguerra y don Daniel Cosío Villegas tuvo la maravillosa ocurrencia de invitarnos a comer fundando un restaurante ahí. Y a eso se agregó, no sé por iniciativa de qué amigo y compañero, de los españoles, que jugáramos dominó después de comer para hacer

un lapso, una pequeña siesta divertida. Me acuerdo de las leyes que se trataron de implantar cuando don Daniel Cosío Villegas llamaba a Joaquín o a don Sindulfo, y les decía: "Vamos a hacer algo, vamos a hacer una cuota de galera o de páginas." Me acuerdo de un momento en que se conformaban con que uno corrigiera tres galeras. Claro que Antonio era un ejemplo muy difícil de emular, con 50 cuartillas. Orfila Reynal, sucesor de Cosío Villegas, nos puso a todos a trabajar, y como nos puso a trabajar en serio, pues a los pocos días, semanas o meses yo salí del Fondo, disparado. Me llamó una vez a la dirección y me dijo: "Usted dirá lo que quiera, que aquí todos flojean, pero su voz es la única que se oye desde aquí donde estamos; si los demás platican yo no sé." Pero no vamos a desacreditar aquí al Fondo de Cultura.

A. A.: Creo que lo estás desacreditando. Dices: "Me propongo entonar un cántico al Fondo de Cultura" y luego lo hundes. Creo que estás generalizando. Había *dos* personas que no rendían mucho: una era Juan José porque siempre se levantaba y hacía cosas o bromas o versos y distraía; el otro que no trabajaba era don Sindulfo de la Fuente, porque era muy ancianito. Era un hombre solo y tenía que seguir trabajando. A veces se dormía y bueno, a veces de pronto se acordaba de algo: "Me acuerdo de una vez en Madrid, estaba Rosario Pino (que fue una actriz de farándula) y llegó Valle Inclán…" y comienza una anécdota y, claro, nos deteníamos. Pero yo creo que sí se trabajaba mucho en el Fondo.

J. J. A.: Sí, mira, yo me dejé llevar por esa índole personal. Bueno, es una denuncia que hago para las personas que pudieran suponer que yo he trabajado alguna vez. Yo he trabajado mucho de niño, de adolescente y de primer joven, ya en el Fondo de Cultura supe lo que era la protección de un hombre como don Daniel Cosío Villegas. Bueno, abrevio, vuelvo de Francia prematuramente, otra beca sietemesina, y me encuentro a Antonio Alatorre no sólo instalado, sino convertido ya en celebridad en Pánuco 63. Don Daniel Cosío Villegas estaba de cabeza con Antonio Alatorre, les había caído ahí el niño prodigio auténtico. También recibí como enseñanza de él la facultad de corregir traducciones de lenguas que por entonces ignorábamos.

A. A.: Bueno, no exageres.

J. J. A.: No, no exagero. Yo te vi corregirle la página a José Gaos.

A. A.: Realmente yo gocé con la corrección de pruebas del *Aristóteles* de Werner Jaeger, que es un libro maravilloso. La traducción es muy bonita. A mí siempre me llamó la atención, porque Gaos en muchos de sus textos era medio torpe, y en cambio esa traducción del alemán es…

J. J. A.: Es una maravilla.

A. A.: Yo, si acaso, era detallitos, pequeños detalles, lo que corregía.

[…]

J. J. A.: Más que Antonio Alatorre, la única universidad que yo tuve en la vida fueron los años de trabajo en el Fondo, corrigiendo traducciones, pruebas de imprenta y luego hasta originales. Yo aprendí a corregir junto con Antonio Alatorre: siendo tan joven como todos y más joven que muchos, él pudo ejercer desde el principio la docencia entre nosotros. Pero termina tú este coloquio, porque ya he metido otra vez mi desorden y no te he dejado ser formal. […][6]

Dentro de otra secuencia de evocaciones, tan ricas, cálidas y personales como las referidas, Joaquín Díez-Canedo subrayaba las características formales de aquellos libros:

Antes de llegar a México, en España y por razones familiares había tenido cierta cercanía con el mundo editorial. Las revistas y publicaciones periódicas de Juan Ramón Jiménez las tenía en muy alta estima; su gusto por la composición tipográfica era muy refinado. Después, los trabajos editoriales de José Bergamín también me mostraban un gusto similar, primero en la revista *Cruz y Raya* y, después en México, en la editorial Séneca.

Todavía no entraba al Fondo, pero el trabajo que hacían Eugenio Ímaz, Juan Larrea y José Bergamín para la Junta de Cultura Española, sobre todo para la revista *España Peregrina*, me parecían ejemplares. También por los años de mi llegada a México, el trabajo de diseño gráfico que hacía Miguel Prieto para *Romance* y, sobre todo, el que había hecho para *Hora de España*, me parecían muy atractivos.

Hasta donde recuerdo, en México no se hacían trabajos editoriales con estas características. Por el contrario, pienso en los libros que en los años treinta hacían Editorial Botas o Porrúa, por sólo citar dos ejemplos, y francamente […]. Tengo noticia de que Justino Fernández y Edmundo O´Gorman hacían algunos libritos y una revista —recientemente reeditadas por el Fondo—, cuyas cualidades tipográficas son estimables, pero creo nunca hicieron este trabajo en serio, comercialmente hablando. También sé que Miguel N. Lira hacía buenas ediciones, sabía de imprentas y esas

[6] Juan José Arreola y Antonio Alatorre, "Un diálogo", *La Gaceta,* 242 (febrero de 1991), 19-24.

cosas, pero reconozco que su gusto editorial era un poco payo, provinciano.

Por todo esto, creo que es aquí, en estas revistas y editoriales, donde podría encontrar una posible influencia en mis gustos por la composición tipográfica, sobre todo porque los libros que se hacían en otros países (España, Inglaterra, Francia, Italia, Argentina y Estados Unidos) y en México eran feos, realmente feos. Los del Fondo también eran así de feos, con sus portadas verdes, azules, naranjas y de otros colores; pero esto ya estaba establecido como norma por Cosío Villegas y no había modo de cambiar.

El tipo de composición editorial que a mí de veras me gustaba aparece en el libro que hice de mi padre: *Epigramas americanos* (1945), con pie de imprenta de Joaquín Mortiz, Editor, lo que sería como una premonición de la editorial que fundaría años después. Ahí, en ese libro ilustrado con viñetas y dibujos de Ricardo Martínez que hizo expresamente, creo que es evidente mi gusto por los espacios blancos de los grandes márgenes, la composición centrada, el manejo de tipos e interlineados, y mucho más que no dejan de ser ideas más o menos conservadoras.

Este libro, frente a los de la colección Tierra Firme, notoriamente feos, modelo de lo que no se debe hacer, sirve para ilustrar los dos extremos en los que me movía dentro del diseño editorial. Pero no todos los libros del Fondo eran como los de Tierra Firme, aunque sí se caracterizaban por la austeridad, sin nunca perder una noción de decoro bastante respetable. Años después —1948 y 1950— hicimos la colección de los Breviarios y la de Letras Mexicanas, entonces sin comparación en México ni en muchas otras partes; estas dos colecciones tenían un diseño más moderno.[7]

En el mismo hilo conductor, es conveniente recordar a un apreciado y cercano amigo y autor del FCE, José Moreno Villa, quien durante todos los años que vivió en México estuvo ligado a la editorial. Se evoca ahora no sólo por el aspecto afectivo, intelectual —era uno de los más asiduos e inteligentes de la "peña" referida por *Paco* Giner—, o por ser autor de algunos libros publicados por la Casa, sino por un detalle poco conocido y que está en todos los libros del FCE: *Pepe* Moreno Villa fue el diseñador del anagrama (emblema o logotipo) que identifica a la editorial; suya es la cruz, suyo es el cuadrante,

[7] VDA, "Don Joaquín en primera persona", *La Gaceta,* 270 (junio de 1993), 45-49.

suya es la *f* centrada y diagonal, suya es la aplicación en la portada de los libros, suyos son los fondos e interlineados, suya es la grafía. En ese anagrama está una parte de la identidad del Fondo de Cultura Económica.

Junto a este reducido número de trabajadores del FCE sería injusto no referir a la anónima infantería que también cargó con responsabilidades: innumerables correcciones de galeras, de traducciones; miles de páginas de mecanografía y tipografía; fatigosas relecturas con que estaban esclavizados los "galeotes". Sí, merecido homenaje se les debe a los que entonces y ahora se han ocupado de ese poco prestigiado, siempre mal pagado e indispensable oficio editorial. Mariano Ruiz-Funes, el afamado criminalista y penalista que la Guerra Civil arrojó hasta las costas mexicanas, en aquellos años escribió un artículo periodístico, "Esos obscuros hombres", que hasta entrados los años noventa algunos exiliados todavía recordaban; Ruiz-Funes agradecía a los hombres anónimos su fundamental esfuerzo en la construcción de las grandes obras de beneficio colectivo. Hoy, en 1994, esas palabras siguen siendo vigentes.

En esta serie de actividades editoriales hay un punto que por explicable razón suele omitirse en los trabajos escritos, aunque en los recuerdos de viva voz suele ocupar un lugar considerable: el maltrato y aun abuso que los inmigrantes padecían en el medio editorial, tanto el dirigido por mexicanos como el dirigido por refugiados; es penoso reconocerlo, pero es una verdad que Gerardo Deniz (o Juan Almela, como indica su pasaporte) describe con implacable exactitud y conocimiento, debido a poco más de 15 años de trabajar en el Fondo de Cultura Económica y muchos más en otras empresas editoriales:

> Casi todos [los refugiados] tenían una gravosa familia que sostener. Es deplorable reconstruirlo, pero ellos no querían percatarse. Fingían hallarse encantados (¿o lo estaban?). Nunca fueron "refugiados de café": ¿a qué hora lo hubieran sido? Clavados 24 horas al día ante la máquina de escribir, repetían una catastrófica profesión de fe: "Queremos demostrarle a México cuántas ganas tenemos de trabajar; nos contentamos con pagar el alquiler y el colegio de los chicos." Con frecuencia desconcertante pasaban por alto que quienes les asignaban salarios risibles, ofensivos, insultantes, eran también españoles. Cierto es que cualquier cosa podía esperar-

se de los "antiguos residentes" —los auténticos "gachupines", según los refugiados—; pero, a decir verdad, en nada difería de ellos uno que otro marxista-leninista inexplicablemente rico. Al traductor, atea alma de Dios, le bastaba su oportunidad de mostrar agradecimiento a México.[8]

Elsa Cecilia Frost, también integrante del Departamento Técnico y traductora del FCE durante 15 años, matiza la versión y abunda en detalles:

Es claro que Gaos y Roces realizaban en el Fondo de Cultura Económica algo que nos inculcaban en la Facultad [de Filosofía y Letras]: la profesionalización. Parece muy fácil decirlo, pero era muy complejo y se manifestaba de varias maneras. Por una parte, en clase a los dos les gustaba acudir a las fuentes originales y nos exigían que nosotros lo hiciéramos; pero se tropezaban con la limitación de la carencia de idiomas: prácticamente nadie leía griego como para acercarse a Aristóteles (de aquí surgió una *Antología griega*, recientemente reeditada por la UNAM) y muy pocos alemán (de aquí la necesidad de traducir y prologar al español *El ser y el tiempo* de Heidegger, primera lengua a la que se tradujo); igual ocurría con Roces, quien se vio obligado a trasladar a Marx, Engels, Luckács y muchos otros que eran indispensables en sus cursos.

Este hecho desmiente una versión que circula por ahí: que los inmigrantes españoles hacían esos trabajos sólo por necesidad, por hambre. Falso. Si así hubiera sido, nunca se hubieran ensartado en traducciones tan complejas y esmeradas: Dilthey, Heidegger, Marx, etc. Más aún, Roces, cuando tenía que traducir algo que no le parecía de su gusto, optaba por firmar con seudónimo. Si a esto le sumamos que el Fondo de Cultura Económica pagaba muy bajo la cuartilla de traducción, resulta más meritorio el trabajo que se tomaban.

De esta manera, Gaos, Ímaz, Roces y muchos más de los colaboradores cercanos del Fondo de Cultura Económica realizaban para la editorial actividades que satisfacían las necesidades escolares que tenían sus alumnos. Tenían una muy clara conciencia de la profesionalización que demandaban; ellos eran los primeros en demostrarla. Aquí creo conveniente una precisión: todos ellos habían estado muy cerca de José Ortega y Gasset; habían sido sus discípulos. Por esto y por su formación filosófica, creo

[8] Gerardo Deniz, "Los refugiados funestos en las editoriales incautas", *El Semanario Cultural de Novedades* (20 de octubre de 1991), 2.

> que ellos —como muchos otros refugiados— tenían para sí y para el Fondo de Cultura Económica un proyecto cultural similar al que se percibía en la *Revista de Occidente*.[9]

Ambos tienen razón y ambos, por discreción, omiten un detalle también ampliamente conocido: el director del FCE, Daniel Cosío Villegas, en cosas de trabajo era un hombre de carácter duro, austero hasta el rigor y la severidad, directo en sus juicios y críticas, las cuales muchas veces llegaban a ser dolorosamente ciertas o, incluso, impertinentes. Esto último provocó que algunos colaboradores del FCE y de El Colegio de México pusieran distancia de por medio, como Gaos o Roces, y otros optaron por el distanciamiento, como Medina Echavarría, Márquez, Herrero o Ímaz. Según algunos testimonios, don Daniel no era una persona de fácil trato y por asuntos menores —como el pago de una traducción, como ocurrió con Edmundo O'Gorman—, podía provocar largas, lastimosas y hondas enemistades.

3. *La Gráfica Panamericana*

vino a resolver los innumerables contratiempos que con las imprentas tenía el FCE, pero esto tomó su tiempo. Ya se han referido los tropiezos que tuvo la editorial en 1937 y la necesidad de suspender la producción en 1938, situación que continuó durante todo 1939, parte de 1940 y principios de 1941. Se tuvo tratos con los talleres Aldina, Talleres Gráficos de la Nación, Tipográficos Modelo, Artes Gráficas Comerciales, los Veracruz, los de Manuel León Sánchez y el remate, una vez más, fue la quiebra de Acción Moderna Mercantil que impidió sacar tres libros. En esas imprentas había dos rasgos crónicos: impuntualidad exasperante y carencia de tipos, al punto que el FCE contaba con los suyos propios para prestarlos.

Cuando sobrevino la quiebra de Acción Moderna Mercantil, una persona cercana a Cosío, el penalista Raúl Fernando Cárdenas, le propuso comprar la maquinaria de la Cooperativa

[9] VDA, "Conversaciones con Elsa Cecilia Frost", *La Gaceta,* 260 (agosto de 1992), 51-55.

de Artes Gráficas para que la editorial contara con su propia imprenta. Cosío escuchó con atención, mandó llamar al maestro Vázquez, explicó la propuesta y agregó: "Si acepta usted ser el regente del taller acepto que se monte la imprenta, si no, no." Vázquez, por supuesto, aceptó.

El siguiente paso lo dio el licenciado Cárdenas con Javier Márquez, al ofrecerle la creación de una sociedad. Éste consintió de inmediato pero consideró la conveniencia de que un tercero se ocupara de la imprenta, dado que ninguno de los dos tendría tiempo para ello. Sugirió que el encargado fuera Vicente Polo —quien era su padrino de bodas y con quien coincidió en el barco que los conducía de Nueva York a México—, a quien poco después expondría el asunto. Polo recordó con Elena Aub aquel diálogo:

> —Oye, vamos a hacer algo en serio —dijo Javier—. ¿Por qué no nos dedicamos hacer los libros del Fondo?
>
> —No, cómo crees —respondió Vicente—. Aquí, en los abarrotes, ya demostré que soy malo, malo, malo como comerciante. No. Imposible. Yo no sé de eso. Te puedo ayudar con traducciones, pero ¿a imprimir libros? No.
>
> —Mira, es una buena oportunidad. La imprenta que trabaja para el Fondo está en quiebra; se convirtió en cooperativa y nadie mete el hombro; todos quieren ser dirigentes pero nadie quiere trabajar. Es una buena oportunidad. La venden en ochenta mil pesos y con buenas condiciones —concluyó Javier.[10]

De esta manera, los refugiados españoles Javier Márquez y Vicente Polo junto con el mexicano Raúl Fernando Cárdenas, se asociaron para, a plazos, comprar las máquinas —dos Miller, una Optimus y una Chandler de pie para imprimir las portadas—, contratar a algunos de los operarios y crear así la Gráfica Panamericana, que trabajaría casi exclusivamente para el Fondo de Cultura Económica durante cerca de cuatro décadas.

Más aún, el patio y algunos de los cuartos de la planta baja

[10] Resultan particularmente ricas en función del exilio español, la participación en la vida cultural mexicana y en el FCE las entrevistas que Elena Aub realizó en España a Francisco Giner de los Ríos, Julián Calvo, Vicente Polo, Ernestina Champourcín y Manuel Andújar (todas de 1979) y que se encuentran en Archivo de la Palabra, Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

de Pánuco 63 se habilitaron expresamente para la Panamericana, que con el paso del tiempo adquirió más equipo, contrató más personal y se conformó como una imprenta de medianas proporciones y depurada calidad; una imprenta que se fundó como Sociedad Anónima, que trabajaba para el FCE sin que esto significara propiedad o sociedad alguna, al punto que la Gráfica Panamericana pagaba al FCE una renta por el local que usaba para sus instalaciones tanto en Pánuco 63 como en el que sería a partir de 1954 su nuevo edificio en la calle de Parroquia, contiguo al de la editorial en avenida de la Universidad número 975.

La importancia tanto de la Gráfica Panamericana como de su cercanía con el FCE radicaba en que hacía más expedita la producción editorial y permitía acceso inmediato para un mejor control de la impresión, tanto como el que recuerda *Paco* Giner:

> Había yo dado el "tírese" a un pliego de cierta obra que venía prácticamente limpio. Como Eugenio [Ímaz] estaba interesado en ella, le pasé la segunda prueba y él se puso a leerla. De repente saltó de su silla, soltando un taco tan fuerte como justo, y bajó a la imprenta para detener la prensa. Había descubierto un "toro unigénito" que se nos había escapado a todos, en lugar de la famosa "bula (*bull*) unigénita" denunciada por Voltaire siglos atrás.[11]

Otro detalle más lo refiere Joaquín Díez-Canedo y concierne tanto a la Gráfica como a los estilos de trabajar de dos de los directores del FCE:

> Cosío Villegas personalmente se encargaba de casi todo lo concerniente a la Gráfica Panamericana; el maestro José C. Vázquez, quien era el regente de la Panamericana, le servía de enlace. En cambio, semanalmente don Arnaldo Orfila procuraba reunirnos con él a mí y a Vicente Polo —el director de la Gráfica— para analizar las hojas de producción: qué libro estaba en qué etapa del proceso de producción o de impresión; no perdía detalle de nada.[12]

Por último, es conveniente indicar que Vicente Polo estuvo al frente de la Gráfica Panamericana hasta mediados de 1966.

[11] Giner de los Ríos (1990), *op. cit.*, p. 33.
[12] VDA (1993), art. cit.

4. La distribución y venta de los libros cierra el circuito de la empresa editorial, que empezó en la selección de la obra —solicitada de manera expresa a los autores, como algunas de Tierra Firme, o solicitada como "opción" a los autores o editoriales extranjeras para verterla al español—. Además, sin una correcta distribución y venta la editorial hubiera carecido de ingresos económicos y, por lo tanto, hubiera sido imposible su subsistencia, no obstante las aportaciones regulares que los bancos de México, Nacional Hipotecario y Nacional de Comercio Exterior, Nacional Financiera, así como Petróleos Mexicanos, La Casa de España, Compañía Mexicana de Caminos entre los más importantes y, sobre todo, la Secretaría de Hacienda hacían al Fondo de Cultura Económica, cuyo monto en conjunto durante aquellos años nunca alcanzó la tercera parte de los gastos de operación de la editorial. Así, pues, era indispensable atender con cuidado la distribución y venta de libros, y la administración general.

Como ya se indicó, desde que Daniel Cosío Villegas asumió el cargo de director del FCE a mediados de 1937, la editorial comenzó a definirse como tal. Sin embargo, tardó casi un año en establecer un orden elemental en el conjunto de la empresa y otro más en conseguir una precaria proyección nacional e internacional. Esto último, la proyección, fue un punto en que Cosío puso particular interés, y la canalizó por una única vía: la distribución. Con los escasos recursos financieros y administrativos disponibles, estableció contactos directos entre el Fondo y las librerías; para abril de 1938 había 17 en el Distrito Federal, 16 en la provincia mexicana y 19 en el extranjero, lo que provocaba una enormísima carga de trabajo administrativo para colocar (a consignación muchas veces) 547 ejemplares. En cuanto a *El Trimestre Económico,* se contaba con mejores condiciones debido a los suscriptores, pero la venta en librerías era igualmente raquítica.

Poco menos de un año después, en febrero de 1939, las condiciones cambiaron sustancialmente: hubo más ventas, pero casi todas a consignación —especialmente en el extranjero—. Para agosto del mismo año el incremento de ventas era significativo, tanto que la comercialización de libros que el FCE re-

cibía a consignación o compraba para su distribución comenzaba a ser costosa: los libros del Banco de Crédito Agrícola y del de Comercio Exterior, de la Liga de Agrónomos Socialistas y de la Orquesta Sinfónica Nacional no sólo creaban problemas engorrosos sino que incluso no compensaban económicamente ni aportaban ningún prestigio al FCE, salvo los de La Casa de España —después El Colegio de México—. En julio de 1940 dijo Cosío ante los miembros de la Junta: "Creo que el Fondo requiere los servicios de un genio comercial." El resultado no se hizo esperar; se cambió totalmente la estrategia. Para México se contrataron vendedores; para Hispanoamérica se otorgaron representaciones exclusivas y se instaló una sucursal, con lo que disminuyó el trabajo administrativo y se incrementó el volumen de ventas. Pero el problema vino después con la cobranza, obstaculizada por el control de cambios impuesto en algunos países (sobre esto y para más detalles véase el capítulo IX).

Se hizo también el *Noticiero Bibliográfico*, que alcanzó 46 números en su primera época (agosto de 1939-diciembre de 1942) y fue de gran valor para dar a conocer las novedades editoriales, casi siempre, reseñadas por los traductores, los miembros del Departamento Técnico y por amigos y colaboradores del FCE. No era una revista propiamente dicha, sino un boletín informativo en el que se esconden, bajo el rubro de "reseña", ensayos analíticos de Bosch Gimpera, Gaos, Giner de los Ríos, Henestrosa, Iglesia, Ímaz, Larrea, Martínez Báez, Millares Carlo, Reyes, Roura-Parella, Urquidi, Zavala o Zea, por sólo referir a algunos de los colaboradores, y también se esconde el primer catálogo general de "obras editadas, publicadas y distribuidas" por la editorial (febrero de 1941). Así, con estas hojitas o cuadernillos que se distribuían por cientos, comenzó una incipiente promoción editorial con resultados favorables, aunque limitados.

No obstante lo alentador de los resultados —se incrementaron las ventas—, es un hecho que el FCE, después del primer impulso, no había puesto un interés particular en la promoción de sus libros, más allá de anuncios en la prensa especializada y en la de circulación diaria. Vista a distancia, tal promoción era incipiente, convencional, sobre todo si se veía a contraluz

del empuje que ya mostraba la editorial en otros aspectos. Faltaba la búsqueda de lectores potenciales, la motivación e incluso la persuasión; faltaban las técnicas modernas al uso de entonces de promoción y ventas.

El segundo Catálogo General (1945) muestra una característica similar a la referida para la promoción: cumplía bien sus funciones, pero ciertos rasgos lo colocaban en un rango de instrumento informativo convencional. Sin afán de restarle méritos, quizá ese Catálogo General se encontraba atado a una tradición editorial más artesanal que industrial, y no mostraba la solidez del cuerpo cultural que ya se perfilaba en las colecciones, más próximas a la concepción de una industria editorial moderna.

V. RESALTAR LA LÍNEA

1. Un nuevo rumbo

se anunció a la Junta de Gobierno a principios de enero de 1947, cuando Daniel Cosío Villegas presentó su solicitud para dejar la dirección del Fondo de Cultura Económica; argumentó sus muchos años al frente de la editorial y, por lo tanto, la conveniencia de un cambio. Lo que no dijo entonces era algo personal: deseaba el cambio para sí mismo, que había empezado a gestar mediante la elaboración de algunos artículos; quería volver a investigar, a reflexionar y a escribir como actividad primordial, casi única, y no permanecer en la dispersión que hasta entonces vivía: director del FCE, secretario de El Colegio de México, asesor en la Secretaría de Hacienda y todo lo que esto conllevaba en una multitud de tareas administrativas y de gestión.[1]

En esa reunión, Cosío tampoco dijo algo fundamental: no deseaba comprometer al FCE ante el gobierno mexicano por un artículo que escribió en noviembre y envió a *Cuadernos Americanos*, "La crisis de México", el cual sabía que suscitaría una polvareda de opiniones encontradas debido a que hacía una severísima crítica al gobierno encabezado por Miguel Alemán, quien el 1º de diciembre de 1946 había protestado ante el Congreso de la Unión como presidente de la República; de hecho, era una requisitoria que, en palabras de Marte R. Gómez, tenía "principio de catilinaria y final de pastorela" y, sobre todo —de

[1] Las fuentes informativas en las que basaré todo este capítulo son, esencialmente, las Actas de la Junta de Gobierno correspondientes al periodo comprendido, el expediente "Daniel Cosío Villegas" del Archivo Histórico del FCE, los catálogos editoriales, la colección completa del *Noticierio Bibliográfico* (1939-1942 y 1948-1954), conversaciones con: Víctor L. Urquidi, Joaquín Díez-Canedo, Antonio Alatorre, José C. Vázquez, Elsa Cecilia Frost, Plácido García Reynoso y muy especialmente con Arnaldo Orfila Reynal, y los libros de Silva Herzog (1986), *op. cit*.; Cosío Villegas (1976), *op. cit*.; Krauze (1980), *op. cit*., y como referencia los de Blanca Torres y Luis Medina, *Historia de la Revolución mexicana*, vols. 19-21, México: El Colegio de México, 1979. En su oportunidad referiré otras fuentes específicas.

aquí lo violento de los juicios—, formulaba un asunto esencial e irresoluble desde un punto de vista gubernamental: presentaba un "conflicto", "no de doctrinas", "sino de actitud frente a la vida" —concluye Gómez—.[2]

Por tanto, su propuesta de separarse de la Dirección obedecía, primero, a su voluntad de dejar sus múltiples ocupaciones a cambio de dedicarse al solo estudio de la historia moderna mexicana, para lo que en mayo de 1947 solicitó a la Fundación Rockefeller una beca (el proyecto lo aprobaron tres meses después, se la otorgaron en febrero de 1948 y la conservó durante varios años, previas sistemáticas renovaciones); y, segundo, a su deseo de no comprometer a la editorial ante el gobierno por asuntos personales (pues es un hecho sabido que Cosío tenía un sensible enojo contra la generación de jóvenes que integraban el gabinete del presidente Alemán, y en particular contra el secretario de Hacienda, Ramón Beteta, con quien había tenido fricciones cuando éste había sido subsecretario de Relaciones Exteriores y quien ocupaba el cargo al que Cosío aspiraba).

Los efectos de "La crisis de México" no afectaron al FCE, aunque sí a su autor, quien fue dura y multitudinariamente refutado. La respuesta que provocó el artículo permitió a los miembros de la Junta ponderar la labor crítica dentro de la editorial; ésta podría publicar obras ciertamente críticas, mas no condicionadas por circunstancias inmediatas, personales y fundadas en opiniones y no en documentados análisis. De hecho, la labor de crítica frontal no fue en su origen, ni era entonces ni lo sería en ningún otro momento más, parte de la política editorial del Fondo de Cultura Económica; en la editorial, la noción de crítica estaba y lo ha seguido estando ceñida al concepto de criterio; crítica en el sentido de crear criterio, entendido dentro de márgenes amplios y estructurales de la sociedad, y no condicionada por circunstancias polémicas como las referidas.

En marzo de 1948, Cosío volvió ante la Junta sobre el asunto que se había postergado: dejar la Dirección, y esta vez puso como fecha límite el mes de julio. Entre los miembros de la

[2] Marte R. Gómez, *Vida política contemporánea. Cartas de Marte R. Gómez*, selec. de Emilio Alanís Patiño, México: FCE, 1978.

Junta no hubo candidato para sustituirlo y nadie aceptó el ofrecimiento; entonces se pensó en Javier Márquez, quien había dejado la editorial un par de años atrás y conocía bien el manejo del FCE, y en Arnaldo Orfila Reynal, quien se ocupaba de la gerencia de la sucursal argentina desde enero de 1944 y había demostrado un magnífico desempeño en todos los aspectos.

La deliberación fue breve; los méritos de Orfila eran de valor considerable, no obstante la liga afectiva que se tenía con Márquez, hombre de gran talento y proyección. Como director del FCE, Cosío se comunicó a La Plata, Argentina, con su viejo amigo e hizo la propuesta. Aceptó complacido. Entre mayo y junio Cosío viajó por varios países de Hispanoamérica para tratar asuntos administrativos, comerciales y editoriales del FCE y, en Buenos Aires, ultimó detalles del traslado a México con su viejo amigo, el "Che Orfila", como gustaba llamarlo.

> El 30 de junio de 1948 arribé al aeropuerto de la ciudad de México, en donde volví a encontrar a mi viejo amigo Raimundo Lida, que entonces trabajaba en El Colegio de México —recuerda Orfila—. Me llevó al Hotel Regina, donde conversamos hasta tarde en la noche. A la mañana siguiente llegué a las oficinas del Fondo en río Pánuco número 63 con Daniel, quien dio al personal una sorpresa: antes de entrar a la casa, pidió a Eligio Rodríguez (ocupado en el almacén) que todos se reunieran en alguna de las salas grandes; ya que estaban todos juntos, nos avisó y entramos. Así, sin previo aviso, me presentó con las escasas 30 personas en total que trabajaban tanto en el departamento técnico como en el administrativo. También por sorpresa, me presentó con la gente de la Gráfica Panamericana y, por supuesto, aunque un día después, con los miembros de la Junta de Gobierno, que conocían mi trabajo en la sucursal por la correspondencia que enviaba regularmente. A él le gustaban estas "sorpresas". Así, como Director interino durante los dos años que él tendría licencia por la beca, comencé mi nueva estancia en México, donde he permanecido desde entonces.[3]

[3] VDA, "Don Arnaldo Orfila Reynal: la huella indeleble", *La Gaceta,* 270 (junio de 1993), 40-44; la segunda parte de esta entrevista apareció con título similar en: *La Jornada Semanal,* 278 (9 de octubre de 1994), pp. 18-27.

2. No hubo paréntesis

en el cambio de administración: Arnaldo Orfila se incorporó inmediatamente a sus nuevas funciones dentro de la editorial, que de tiempo atrás conocía por el revés y el derecho, pues había comenzado a trabajar para el Fondo de Cultura Económica hacia mediados de 1943, cuando su viejo amigo Daniel Cosío Villegas, desde el Congreso Internacional de Estudiantes en 1921 le escribió a La Plata, Argentina, para proponerle la creación y gerencia de la sucursal de la editorial en Buenos Aires. El 2 de enero de 1944, luego de los trámites y trabajos correspondientes para la instalación, se abrieron las puertas de la librería que, al poco tiempo, los parroquianos denominarían La Casa de la Cultura de México.[4]

Durante sus dos primeros años como director del FCE, Orfila contó con el invaluable apoyo del propio Cosío, quien si bien estaba ocupado en sus investigaciones históricas y en la preparación de sus ensayos y artículos que cristalizaría en *Extremos de América* (1949), también lo estaba en algunas tareas que, como delegado fiduciario especial, le competían: administrativas y cobranza internacional del FCE, asuntos en que se había ocupado desde tiempo atrás y cuyos vericuetos conocía a la perfección; hacia mediados de 1950 Plácido García Reynoso descargaría de estos oficios a Cosío.

A los pocos días de asumir la dirección general del Fondo de Cultura Económica, la esposa de Eugenio Ímaz visitó a Orfila para solicitarle que invitara a Eugenio a reincorporarse a la editorial, pues debido a dificultades personales con Cosío —ambos eran de carácter muy recio—, dos años atrás se había marchado a Venezuela, donde impartía clases de filosofía. Orfila no lo pensó y de inmediato se comunicó con Ímaz, quien pronto regresó a México. Su reincorporación cristalizó a las pocas semanas en un proyecto que hacía tiempo se elaboraba en el FCE, una biblioteca básica con los temas universales fundamentales.

En noviembre de 1948 Orfila hizo su acto de presentación con dos publicaciones: por un lado, con una segunda época

[4] Algunas características y detalles se referirán en el capítulo XI, "La pica en Flandes".

del *Noticiero Bibliográfico* (noviembre de 1948-marzo de 1954), indispensable para la promoción de los libros de la editorial; por el otro, con la aparición de los dos primeros volúmenes de una colección ideada y proyectada durante la administración de Cosío sobre la base de la Home Library: los Breviarios —nombre que surgió de un concurso entre los miembros del Departamento Técnico y ganó Juan José Arreola, quien escribió la cuarta de forros que hasta la fecha sigue publicándose—, la *Historia de la literatura griega* de C. M. Bowra (traducido por A. Reyes) y *La Inquisición española* de A. S. Turberville (traducida por J. Malagón y H. Pereña). La presentación de la colección publicada en el *Noticiero Bibliográfico* era elocuente:

> La nueva iniciativa del Fondo de Cultura Económica responde a una idea ya antigua en esta Editorial de crear una biblioteca de cultura general dirigida al vasto público de todos aquellos que deseen adquirir —o ampliar— los conocimientos esenciales a nuestro tiempo, sin pasar necesariamente por el camino de una especialización universitaria. El propósito de los Breviarios es, precisamente, llevar la universidad al hogar mismo de quienes, por diferentes razones, no pueden asistir a sus aulas.
>
> Poco a poco, con la lentitud necesaria al mejor redondeamiento de un plan que es amplio y selectivo a la vez, ha ido tomando forma esta idea. El proyecto abarca los más diversos campos del conocimiento [….]. Cada volumen será un tratado breve y completo sobre la materia que anuncie su título. Escritores y especialistas autorizados […] han sido encargados de distintos volúmenes. Además de estos tomos originales, la nueva colección incluirá buen número de obras traducidas y que gozan ya de amplia difusión entre los públicos de habla española.

A lo largo de 1949, el director reconsideró la propuesta editorial que surgió en forma indirecta y dentro de largas conversaciones con Raimundo Lida: crear dentro del FCE una colección dedicada a estudios literarios. El argumento de Lida era claro: "Orientada de tal modo la serie de lengua y literatura, no hay peligro que degenere en archivo ilegible. Conversación viva es la que traen estos libros. Inútil señalar la importancia de tan cuidadosa siembra para países como los nuestros, gravemente necesitados de buena crítica. Cada libro enriquece

con una nueva voz el coro de la comprensión inteligente y cordial."[5] En 1950 apareció el primero de los libros de la serie Lengua y Estudios Literarios, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental* de Erich Auerbach (traducido por I. Villanueva y E. Ímaz).

También en 1950 se presentaron otras dos novedades: la creación de la serie de Administración dentro de las colecciones de Economía y de Política y Derecho, y una colección de literatura. Por primera ocasión el director presentó a la Junta de Gobierno una propuesta que había venido elaborando junto con el gerente de producción Joaquín Díez-Canedo, quien por su parte había comentado largamente con sus amigos de la Universidad Nacional, de las tertulias literarias —José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Alí Chumacero, por sólo citar a tres de los que desde entonces y hasta la fecha permanecerían vinculados a la editorial— y otros varios que, al igual que ellos y varias revistas y periódicos, reclamaban al FCE: la publicación de literatura, pues los pocos libros que aparecían en Tezontle ni eran todo lo que deseaba el común de los lectores ni circulaban con la profusión necesaria.

> Es un hecho que la publicación de libros en México ha aumentado considerablemente en los últimos años —se escribe en un editorial de la revista *El Hijo Pródigo* (1946)—. Las casas editoriales, heterogéneas y dispersas, se han multiplicado. Una tendencia se descubre en el confuso volumen de la producción editorial: el interés que, más o menos deliberado, más o menos consciente, hay en los editores de imprimir obras de autores mexicanos del pasado y aun del presente. Este interés se manifiesta, a veces, felizmente, en forma franca y abierta. Las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, las de la Universidad Nacional Autónoma de México y algunas colecciones de editores privados, están claramente dirigidas a enfatizar la importancia de la producción literaria mexicana. Ya es tiempo de que la producción nacional ocupe el plano y la altura que merece; de que el sentimiento de inferioridad, que también se ha manifestado en relación con nuestra producción literaria, se vea superado abierta, saludablemente, y para siempre.[6]

[5] *Catálogo General. FCE* (1955), p. 367.
[6] "La distribución del libro", *El Hijo Pródigo,* 42 (15 de septiembre de 1946),

En otras palabras, Orfila se hacía eco de un reclamo que buscaba satisfacer la necesidad de contar con libros de literatura, tema al que Cosío había rehuido desde tiempo atrás, al punto de sacar de la nómina (versión antigua de las becas) a los escritores y poetas que estaban en El Colegio de México, historia que no por harto conocida deja de ser penosa.

Durante dos años se estuvo elaborando el plan de la colección que, original y decimonónicamente, se llamaría Biblioteca de Autores Mexicanos. Luego de pulir y repulir el proyecto, con el que Cosío se mostraba poco más que renuente —listados iban y venían en la Junta hasta la depuración obsesiva—, devino en sólo Letras Mexicanas, cuyo primer anuncio se hizo en marzo de 1952 y cuyos primeros títulos aparecieron entre abril y noviembre: *Obra poética* de Alfonso Reyes, *Confabulario* de Juan José Arreola (cuya *Varia invención* [1949] había aparecido en Tezontle), *El nuevo Narciso y otros poemas* (póstumo) de Enrique González Martínez y *El diosero* de Francisco Rojas González. Se hizo una explicación de propósitos en el *Noticiero Bibliográfico*:

> Letras Mexicanas será una guía para el lector que desee saber qué es lo que se escribe en México y, también, será una biblioteca selecta de obras de autores desaparecidos, presentados por especialistas que conozcan a fondo el asunto o la obra de que se trate. De esta manera, nuestras tareas editoriales, que ya antes habían tenido contacto con la producción literaria del país, se amplían en una forma coherente y ordenada, con objeto de contribuir —en ediciones económicas y con gran calidad en la presentación— a un mayor conocimiento de la literatura mexicana.

Por último, la colección de Antropología cerró en 1952 el primer ciclo de innovaciones dentro de lo ya establecido, pues desde varios años antes el FCE había venido publicando obras de esta especialidad, aunque dentro de la colección de Sociología, la más cercana a aquélla. Así, con su propia casa, las obras de antropología —a las que se sumarían las de arqueología e historia del México prehispánico— conformarían un *corpus* intelectual sólido. Éste era el propósito, pues Alfonso Caso,

393-394. Reclamos equivalentes se pueden encontrar en *Letras de México* (1937-1947), *Taller* (1938-1941).

quien estaba al frente de la colección, tenía un concepto de cultura y nacionalidad abarcadores y, sobre todo, representativos de unas ideas comunes en el México de entonces:

> México es un laboratorio ideal en el que se ha forjado un espíritu nuevo y una sociedad nueva; país mestizo por la sangre y por la cultura, está situado en el centro del conflicto entre las viejas culturas indígenas, tradicionalmente apegadas a la exaltación de la comunidad, y la cultura occidental, que ha cargado el acento, quizá con demasiada energía, en la individualidad. Dos modos distintos de entender al hombre y su misión; pero ambos válidos y necesarios, indicó Caso en septiembre de 1954 cuando recibió el Premio "Manuel Ávila Camacho".
>
> Por eso, los mexicanos tenemos que arraigarnos cada vez más hondo en los antecedentes culturales que nos dieron ser; sentir cada vez más intensamente lo que fueron las viejas culturas indígenas, que florecieron en esta parte del Continente Americano desde hace tres años y, por otra parte, conocer también las fecundas ideas de la cultura europea, que trasplantó España a este Continente y que, en medio de los dolorosos choques que se produjeron al contacto de dos mundos tan diversos, engendró otro aspecto esencial de nuestra personalidad como pueblo […].
>
> No quiero decir, ni por un momento, que México se encierre en sus fronteras geográficas, y rechace cuanto no ha sido producido en su territorio por sus hombres de letras, por sus artistas o por sus sabios; no quiero decir que no debamos estar atentos y captando las ideas que vivifican ahora como siempre al mundo, y que no estamos dispuestos a sentir las inquietudes y los tormentos de esta hora amarga. Por el contrario, México debe captar con interés las nuevas corrientes científicas, filosóficas y políticas. Formamos parte del mundo, y nada de lo que ocurra en él nos es extraño.
>
> Necesitamos estar, cada vez más, en contacto con el desarrollo científico del mundo moderno […]. El adelanto del conocimiento científico tiene una importancia incalculable […]. Si no preparamos con la debida anticipación, en los laboratorios y en las bibliotecas, a los investigadores y a los descubridores, nuestro país tendrá que ser, a la larga, dependiente de los otros países que inventan y que descubren. […] La gran revolución […] ha consistido en poner las ciencias de la naturaleza al servicio del hombre, para el bien o para el mal. [Sin embargo] la ciencia no es, indudablemente, como creyó el viejo positivismo, la explicación de *toda* la reali-

dad; ni siquiera es la explicación de la realidad esencial. Más allá de la física, se encuentra el ser mismo del hombre y el mundo, que sólo percibimos por momentos cuando el poeta, el filósofo, en una intuición genial, logra iluminar con un destello el gran arcano […].

La ciencia no nos puede decir en qué debemos creer, pero sí nos puede decir en qué no debemos creer; no nos puede entregar la felicidad; pero sí puede destruir la miseria, la enfermedad y la ignorancia, que son las causas de la infelicidad de la gran mayoría de los hombres, y entre todas las ciencias, las que tratan de comprender la dinámica del desarrollo y la decadencia de las culturas y de las comunidades serán las que en un momento dado nos señalen los peligros que debemos evitar, y nos indiquen cuáles son los caminos, todavía no recorridos, todavía no explorados, que se abren ante nuestra vida y por los que podremos entrar en el futuro, si tenemos suficiente valor y fe en nosotros mismos y en el destino de México.[7]

3. *El Departamento Técnico*

de aquellos años (1948-1954) vivió una época de rica transición: dejaba de ser la "época de Oro" (1942-1947) y comenzaba una con personal nuevo, joven e hispanoamericano. Entonces se conformaba por el gerente de producción Joaquín Díez-Canedo y por los ya referidos editores Luis Alaminos, Sindulfo de la Fuente, Cristóbal Lara, Antonio Alatorre y Juan José Arreola (ambos dejaron la editorial en 1949), Julián Calvo y, en minúsculo cubículo aparte, Eugenio Ímaz (quien por designio propio murió en 1951).[8]

Junto a ellos, dentro de un natural, nunca planeado y paulatino cambio de estafeta, destacan Alí Chumacero (a partir de junio de 1951), Elsa Cecilia Frost (desde 1952) y Enrique González Pedrero (quien se hizo cargo de la redacción de *El Trimestre Económico* cuando Julián Calvo renunció en 1955), a los que se sumaron Carlos Villegas, Francisco González Aramburo, Juan Almela, Lauro J. Zavala y varios más que,

[7] "Alfonso Caso pronuncia su discurso", *La Gaceta,* 2 (octubre de 1955), 3.

[8] La información en que baso este apartado proviene de las conversaciones que sostuve con Joaquín Díez-Canedo, Lauro J. Zavala, Elsa Cecilia Frost, Enrique González Pedrero, Juan Almela, Carlos Villegas y Francisco González Aramburo, principalmente.

paulatinamente, se especializaron en temas (colecciones) de su preferencia o dominio, como Elsa en filosofía y religión o Lauro en antropología y arqueología.

A todos ellos debe añadirse un nutrido grupo de colaboradores externos,[9] aunque muchos de ellos, debido a la cantidad de trabajo y su constante presencia en Pánuco 63, eran prácticamente de planta tanto en las tertulias como en las reuniones ahora casi legendarias, y que se organizaban por el más variado motivo: hacer una despedida o bienvenida a un amigo, colaborador o autor, o la excepcional celebración de Alfonso Reyes por sus 60 años de edad o por los 70 de Enrique González Martínez —para los que imprimieron sendos cuadernillos con poemas laudatorios escritos expresamente por los del "técnico" o amigos cercanos; hoy esos cuadernillos son una rareza bibliográfica—, o asistir a fin de año a la posada que, con piñata, letanía y todo lo demás se realizaba invariablemente. Junto a estas reuniones había una más que con las del FCE tenía una natural contigüidad: la cena que todos los principios de año y desde 1942 realizaba Jesús Silva Herzog para celebrar los aniversarios de *Cuadernos Americanos*.

La celebración y el festejo eran resultado natural de la cordial relación existente dentro de los departamentos Técnico y Administrativo —que compartían el mismo techo, pero tenían dinámicas de relación muy distintas—. También se identificaban otras particularidades. En el medio editorial, sobre todo en las imprentas, más de uno de los editores era calificado de sabihondo, presumido, pedante, sabelotodo y tanto más que remitía a la distinción de que el nivel cultural de los editores era alto, debido a que contaban con estudios superiores o equivalentes, dominio de más de una lengua, conocimientos culturales de muy amplio horizonte y destreza para hacer investigaciones documentales; Carlos Villegas, por ejemplo, recuerda con satisfacción cómo pudo resolver los muchos pequeños problemas informativos sobre las obras de Juan Ruiz de Alarcón que le encargaba Agustín Millares Carlo.

Si la referida distinción era importante, lo era aún más otra que también identificaba al "técnico" del FCE: práctica-

[9] Desde siempre un verdadero ejército, tal como se referirá con detalle en el capítulo XII, "Oficio y beneficio".

mente sin excepción, todos los miembros del Departamento escribían cuanto hiciera falta dentro de los libros que se editaban: traducciones, addendas, introducciones, notas, solapas, los muy variados tipos de índices que tanto enriquecen a los libros, como los memorables, por su impecable calidad y enorme complejidad, preparados por Luis Alaminos para *El capital* de Karl Marx, y como las complejas reelaboraciones de obras, como recuerda Elsa Cecilia Frost:

> […] llegaron a mis manos las pruebas de la traducción hecha originalmente por Mateo Hernández Barroso del *Diccionario de religiones,* cuyo título original era otro. La traducción era tan mala que hubo necesidad de rehacerla. Pero esto fue sólo el principio. Los conceptos, las definiciones, etcétera, correspondían a las nociones de un autor anglicano que en nuestros países católicos no tenía nada que ver. Entonces comencé una adaptación: introduje voces —di cierto énfasis a los asuntos de América Latina—, adapté textos […]. Durante tres años me ocupé del *Diccionario* hasta que lo rehíce, todo dentro de mis horas normales de trabajo y sin remuneración extra. Es decir, ésta era una de las formas de profesionalización que respirábamos en el Fondo de Cultura Económica y la cual se procuraba crear, aunque sea dentro de un ámbito reducido, entre los lectores.[10]

Estos mismos "técnicos" realizaban otra labor hacia afuera de la editorial: no faltaban notas, reseñas, artículos y demás que se publicaban con cierta regularidad en revistas y periódicos; con el tiempo se ha visto que muchos de los editores por su propio interés han realizado un trabajo intelectual personal.

Falta una última nota que habla de la relación entre el Departamento Técnico y la Dirección: entre ambos existía una permanente comunicación. Ésta fructificaba, para la segunda, en un mejor conocimiento del avance de la producción dentro de sus variadas etapas y de las inquietudes y curiosidades culturales de los "técnicos", quienes ocasionalmente llegaban a sugerir obras para su publicación; para los "técnicos", tal comunicación permitía saberse reconocidos en sus tareas, lo cual resultaba estimulante. De hecho, como ya se ha referido,

[10] VDA, "Conversaciones con Elsa Cecilia Frost", *La Gaceta,* 260 (agosto de 1992).

la colección Letras Mexicanas provino de esta comunicación, pues Joaquín Díez-Canedo se hizo portavoz del reclamo de una comunidad intelectual. Pocos años más tarde, en 1956, y con base en similar afán de escuchar la opinión de amigos y colaboradores, es decir, de percibir las necesidades de un público lector, surgió la colección Vida y Pensamiento de México.

En igual sentido, el director hizo pequeñas renovaciones en las series ya establecidas; cambios que, en sí mismos, sólo se perciben en ligeras variantes en la orientación de las obras publicadas, pero que, en esencia, no alteran lo que estaba fincado. El origen de esta renovación radica en que algunas de las colecciones cambiaron de directores o, en su caso, se incorporaron consultores a los que el director acudía en busca de consejo, cuando éste no llegaba de forma natural y espontánea —en este aspecto algunos expedientes personales son elocuentes—. En Economía entraron Javier Márquez y Víctor L. Urquidi; en Lengua y Literatura, Raimundo Lida; en Tierra Firme, Biblioteca Americana y Breviarios, Mariano Picón Salas y Francisco Romero; en Letras Mexicanas, Joaquín Díez-Canedo, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Agustín Yáñez; en Historia, Marcel Bataillon, Alfonso Reyes, Silvio Zavala y Daniel Cosío Villegas; en Antropología, ciencias sociales y arqueología, Alfonso Caso y Laurette Séjourné, y en Filosofía, Eduardo Nicol y Eduardo García Máynez.

4. *El contraste*

entre las direcciones de Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal se vuelve más notorio cuando se analizan algunas características de la organización y administración internas. Como ya se ha indicado, durante sus dos licencias, el primero continuó colaborando estrechamente con el FCE; su labor dentro de la Junta y como delegado fiduciario fue muy útil, aunque ponía en ciertos aprietos al director interino, quien se sabía observado por un juez implacable.

Esto no impidió a Orfila la realización de ciertos reacomodos en apariencia menores, de detalle, según se desprende de datos aislados consignados en las Acta de la Junta de Gobierno. El primero se encuentra en un hecho del que existe poca

información: desde 1937, la Junta y el director comenzaron a pensar en la posibilidad de que el FCE contara con un edificio propio; el proyecto se fue diluyendo hasta desaparecer de las actas. Años después, en agosto de 1945 reapareció el tema con carácter ejecutivo, y se autorizaron 150 000 pesos para la adquisición de un terreno, lo que se justificaba porque el pago de rentas del edificio de Pánuco 63 y de tres bodegas para almacenar libros y papel resultaba muy alto, tanto que en un plazo de 10 años ese dinero podría alcanzar para amortizar la inversión.

Nadie pudo explicar a este redactor el porqué de la decisión de Cosío Villegas de ir hasta los entonces lejanos llanos de la ex Hacienda del Valle para adquirir el terreno, pero todos coincidieron en reconocer la virtud de la atinada elección: muy pocos años después, el costo del terreno se incrementó vertiginosamente; como inversión fue un gran acierto (cuando se trazó la avenida de la Universidad se cercenó un fragmento del frente, lo cual provocó una indemnización cuyo monto fue casi equivalente al costo original de todo el terreno).

> Aquella ocasión —recuerda el maestro José C. Vázquez cuando hacia 1948 llevó al doctor Orfila a conocer el terreno— había llovido, por lo que el recorrido fue penoso. Bajamos del tranvía poco adelante del multifamiliar Miguel Alemán, que todavía estaban construyendo, y caminamos. Era un lodazal. No había calle ni banqueta, sólo las guarniciones que indicaban por donde iban a estar aquéllas. Todo estaba despoblado. Eran llanos, milpas, tierra de pastoreo.
>
> En la esquina de lo que serían las calles de Parroquia y Universidad —prosigue don Arnaldo la descripción—, justo donde después se levantó la escultura de la Minerva [esculpida por Herbert Hofmann Ysenbourg], me tocó ver un lavadero colectivo de poco más de cinco metros de largo, y enfrente había pastizales donde pastaban vacas y borregos, y de los lodazales ni hablar.

Tampoco nadie ha podido explicar por qué Cosío, ya adquirido el terreno y encaminados en el plan de fincar el edificio, frenó todo, al punto que llegó a crear ciertos tropiezos cuando a partir de agosto de 1949 Orfila y la Junta retomaron el plan original mediante la convocatoria a un concurso, que

ganó (octubre de 1951) el arquitecto Enrique de la Mora. (La Asociación Hipotecaria Mexicana otorgó un crédito para la edificación y las empresas Fierro y Acero de Monterrey, Cementos Tolteca y Cementos Mixcoac hicieron donativos en especie.) El proyecto definitivo se aprobó en mayo de 1953 y en septiembre de 1954 se inauguró el nuevo edificio.

Otro reacomodo administrativo aparentemente menor introducido por Orfila también posee historia propia dentro de la editorial. Desde 1939 el FCE había mantenido una estrecha relación con la Casa de España, luego El Colegio de México. Durante 10 años la editorial se hizo cargo de los libros de aquélla; los editaba, distribuía y comercializaba, con una comisión de 60%. Sin embargo, se llegó a un punto de promiscuidad administrativa que obligó a que en mayo de 1949, sin aviso previo, la dirección de El Colegio de México suspendiera la producción total de sus libros en el FCE. Esto resultó más sorprendente porque tres meses antes se había firmado un acuerdo para producir un libro por mes al año promedio. La información disponible no ayuda a explicar el origen de la ruptura. Lo único que se sabe es que las cuentas estaban de cabeza y que Alfonso Reyes, como presidente de El Colegio de México, permanentemente insistía en la necesidad de puntualizarlas. No se sabe si hubo tal. Lo que sí se sabe es que cortaron por lo sano, aunque temporalmente, porque pocos años más tarde se reanudaron las relaciones.[11]

Este ejemplo no es un caso aislado, aunque sí el más representativo de una cualidad de la dirección de Cosío Villegas: su atención estaba depositada en las tareas intelectuales y editoriales del FCE, lo que acarreaba ciertos descuidos administrativos y financieros. En sentido contrario, desde su entrada a la dirección Orfila hizo algo poco lucidor pero indispensable para la salud financiera y administrativa de la empresa: escombró, barrió y puso orden en la Casa, para decirlo metafórica y atenuadamente. Sin embargo, aquí queda un pequeño ribete

[11] Cf. expedientes del FCE y de El Colegio de México en sus respectivos archivos históricos, así como los de Alfonso Reyes, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría, José Gaos y Agustín Millares Carlo dentro del AHCM, que no dejan de ser sugerentes en función de la doble y confusa relación editorial entre ambas instituciones.

un poco extraño: durante sus licencias en la dirección, Cosío estuvo encargado de las gestiones internacionales para cobrar adeudos en Hispanoamérica, tarea que realizó con notable eficacia, pese a que no le gustaba especialmente.

Junto a esos reacomodos, uno no menos delicado fue el restablecimiento de la amistad entre la Junta de Gobierno del FCE y los representantes en turno del gobierno mexicano, pues, aunque casi imperceptibles, sí se llegaron a resentir las consecuencias de la crítica de Daniel Cosío Villegas referidas al inicio del capítulo. Rebasar el simple, formal, frío protocolo llevó meses, hasta que el 18 de noviembre de 1949 el presidente Miguel Alemán y parte de sus cercanos colaboradores asistieron a una comida en que se celebraba el décimo quinto aniversario de la editorial. En la crónica aparecida en el *Noticierio Bibliográfico* se dice: "Cordialidad y sencillez fueron las notas distintivas de la comida con que el Fondo de Cultura Económica ha querido dar reconocimiento a los estrechos vínculos que lo unen con lo más granado del mundo intelectual, periodístico y financiero de México."

Durante la comida destacaron dos personas que hicieron uso de la palabra. Primero, Alfonso Reyes hizo una apología de la cultura y los libros; sus palabras finales nos son conocidas porque han sido reproducidas en varias partes: "Cuanto se haga en favor del libro se habrá hecho en favor del hombre. De aquí nuestro aplauso a la empresa editorial que mantiene entre nosotros, con los más claros timbres, esta tradición, este deber, este honor." Después, el secretario de Hacienda Ramón Beteta hizo una detallada y elogiosa descripción de la historia de la editorial, de sus avances, tropiezos (la cobranza en Hispanoamérica) y resultados; en su conclusión agradeció al FCE lo mucho que ha hecho en favor de la cultura en México e Hispanoamérica, por lo que —dijo— encontraría una "franca ayuda por parte del gobierno", de instituciones y personas. Terminado el acto, el presidente Miguel Alemán se trasladó a las oficinas de la editorial, hizo un recorrido y "mostró su complacencia por la importante labor cultural que ha sabido cumplir el FCE".[12]

[12] Cf. *Noticierio Bibliográfico,* 8 (diciembre de 1949). Número dedicado al XV aniversario de la editorial. Junto a la crónica de la celebración, se reco-

5. *Las actividades de Orfila*

dentro del Fondo de Cultura Económica se comenzaron a percibir en el interés puesto en resaltar la línea editorial establecida durante la dirección de Daniel Cosío Villegas y, segundo, en la creación de colecciones, el fortalecimiento del Departamento Técnico, el apuntalamiento de la promoción, indispensable para satisfacer las crecientes necesidades demandadas por el aumento de la producción y el reacomodo del aparato administrativo, fundamental para un mejor control de los recursos de la empresa.

Entre 1948 y 1949 la producción de nuevos títulos y de reediciones se mantuvo dentro de una curva ascendente, pese al leve decremento en el primero de los años —como se lee en gráficas estadísticas y explican los versados—. El cambio sustantivo apareció junto con la creación de los Breviarios: los hasta entonces convencionales tiros de 2 000 o 3 000 ejemplares se incrementaron a cuatro, ocho y hasta 10 000 ejemplares, lo que acarreó cambios en la forma de trabajo dentro de la editorial y exigió reconsiderar varios tipos de estrategias en la producción, distribución, comercialización, almacenamiento y, por supuesto, en la administración (entre éstos, hay uno que celebraron todos —menos Cosío, afecto a la austeridad—: los aumentos salariales en 1948 y en 1950).

Joaquín Díez-Canedo hizo a Cristina Pacheco una descripción sucinta y perspicaz de las diferencias en la dirección entre Cosío y Orfila:

> Tenían un estilo personal y un concepto de la dirección enteramente distintos: Cosío Villegas era más seco, menos comunicativo, más independiente en sus decisiones; Orfila, en cambio, siempre fue muy afecto a cambiar impresiones, a pedir pareceres. Creo que la diferencia entre ambos estilos de dirigir es la que existe entre la monarquía absoluta y la monarquía parlamentaria.[13]

A estas características debe sumarse otra: don Arnaldo estaba entregado a la editorial en forma abrumadoramente com-

gen los discursos de Alfonso Reyes [extrañamente no incluidos en sus Obras Completas] y de Ramón Beteta, entonces titular de la Secretaría de Hacienda.

[13] Cristina Pacheco, *Testimonios y conversaciones*, México: FCE, 1984.

pleta, tanto que —sin metáforas— vivía en la editorial, aunque en casa primero cercana y luego contigua al edificio del FCE.

En conjunto, esos cambios concurrieron en la cualidad ya enunciada de que dio decidida importancia a la línea editorial. Pero lo que en apariencia se podría resumir en una mera continuación de lo realizado hasta su arribo a México en 1948, en los hechos indica una suma de pequeñas transformaciones que en conjunto no se reducen a cambios de matices, como los observables en el cuidado administrativo (un ejemplo menor pero representativo se encuentra en las actas de la Junta de Gobierno; durante la dirección de Cosío no se tuvo la precaución de reunirlas; entre 1937 y 1945 se integró un delgado volumen en el que abundan las omisiones —y sospecho que el único volumen existente se encuadernó durante la administración posterior—, mientras que durante la dirección de Orfila se cuidaba hasta el último detalle, por ejemplo, el volumen de 1948-1949 es cuatro veces mayor al referido y en él se recogen cuadros estadísticos, hojas contables y administrativas, minutas de las reuniones y otras informaciones menores).

La conjunción de esas tres cualidades —cuidado administrativo, "afecto a cambiar impresiones" y abrumadora entrega a la empresa— cristalizó en una dirección que buscaba integrar todos los recursos humanos, materiales y económicos disponibles en la única meta de fortalecer el *corpus* editorial, cimentar materialmente la Casa y acentuar su alcance.

Estas conclusiones subyacen en las características ya descritas: *1)* el mejor trato con los trabajadores, colaboradores, autores y amigos, lo que redundó en provecho de una dinámica laboral más estimulante; *2)* el mejor control administrativo y financiero se hizo con objeto de alcanzar un doble y sano equilibrio: entre los ingresos y los egresos económicos de la editorial y entre los recursos humanos y la producción editorial para, de esta manera, procurar un desarrollo armónico; *3)* el mejoramiento en la estrategia promocional y de ventas obedecía al solo propósito de ampliar el radio de influencia y el grado de penetración en la población, asunto fundamental para garantizar la sobrevivencia de la editorial; *4)* la mejor instalación física de la empresa otorgaría un espacio amplio para el desempeño de las labores y una base material firme.

Estas conclusiones se engloban en una ya reiterada: el interés puesto en la línea editorial original del FCE. Los catálogos muestran una continuidad tanto en las colecciones establecidas durante la dirección de Cosío como en la creación de nuevas colecciones indispensables para satisfacer las crecientes demandas culturales de la sociedad. Esos mismos catálogos muestran también que dicho interés se amplió hacia, por una parte, obras de mayor actualidad —dominadas por su hora y tema, aunque realizadas con dimensiones de universalidad, como la colección Lengua y Literatura—, obras de reconocimiento propio y proyección universal —como Letras Mexicanas—, obras de alto riesgo comercial aunque de valor cultural inobjetable —como algunas de la colección de Filosofía e Historia—, y, por último, obras que no ocultan su matizada beligerancia cultural y, por lo tanto, con efectos políticos a mediano y largo plazo —como algunos títulos de Tierra Firme, de Economía y de Política y Derecho que, ante los regímenes militares de Hispanoamérica, no ocultaban su simpatía hacia los movimientos libertarios, sin que esto significara que fueran obras de partido o bandería—.

VI. CON TODO POR DELANTE

1. La Casa construyó casa

y Juan José Arreola registró la fiesta con que abrió sus puertas:

> Y aquí está ahora Adolfo Ruiz Cortines en la casa recién estrenada, sobre un fondo nacional de bandera tricolor, y con el aire lleno de estrofas que a todos nos han puesto de pie, porque México se ha dado cuenta de que el Fondo, como la pintura y las películas, lleva su nombre a todas partes del mundo en la etiqueta prestigiosa de los libros que se dividen ya en series numerosas […].

El acto inaugural tuvo varios momentos importantes, todos amistosos y sujetos a obligado protocolo. Luego de la recepción al presidente de la República, Adolfo Ruiz Cortines, vinieron los discursos: primero, Antonio Carrillo Flores —secretario de Hacienda y presidente de la Junta de Gobierno del Fondo—; segundo, Carolina Amor de Fournier —presidenta del Instituto Mexicano del Libro, quien informó que en el acto inaugural también se celebraría la entrega de los premios "Manuel Ávila Camacho"—; tercero, Alfonso Caso —uno de los galardonados y cuyas palabras sintetizaron una concepción de cultura nacional acorde con los criterios vigentes dentro de la editorial (y que fueron transcritas al final del capítulo IV)—; y cuarto, Alfonso Reyes —el otro de los galardonados—.[1] Posteriormente se entonó el Himno Nacional y se procedió a la develación de la placa alusiva:

ESTE EDIFICIO FUE INAUGURADO
POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
ADOLFO RUIZ CORTINES

[1] Juan José Arreola, "Veinte años del Fondo. Crónica", y Antonio Carrillo Flores, Alfonso Caso y Alfonso Reyes, "Discursos", *La Gaceta*, I, 2 (octubre de 1954), 1.

EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1954,
EN EL ACTO CELEBRADO AL CUMPLIRSE
EL XX ANIVERSARIO DEL
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA.

A este acto por demás político y protocolario debe sumarse otro de índole simbólica que sintetizó los 20 años de experiencia: la publicación del Catálogo General (1955). Si bien es cierto que ya existían dos catálogos previos, el escondido dentro de las páginas del *Noticiero Bibliográfico* (1941) y el elaborado expresamente como Catálogo General (1945) —ilustrado con viñetas de Elvira Gascón—, también lo es que, editorialmente, el de 1955 fue concebido con criterios mucho más modernos concernientes a la buena presentación física —con el formato, los forros y papel comunes en los Breviarios, más algunos pliegos con fotografías de autores, directivos y empleados—, la sinopsis de los libros y las presentaciones de las colecciones, los cuales lo convirtieron en un instrumento de trabajo ciertamente útil, con magnífica realización, tanto que la Asociación Mexicana de Publicistas lo distinguió con un diploma por ser "la mejor muestra de propaganda directa en 1955", y un anónimo lector le dedicó un poema:

Cual violento tropel de dromedarios
contra el cóncavo azul de la mañana,
veo la Biblioteca Americana
en carrera veloz tras los Breviarios,

cuando de pronto, en sus autores varios,
se oye tronar la Letra Mexicana…
Tiembla la Tierra Firme… Una lejana
canción brota, y un vaho de incenciarios.

¡Mirad! ¿Cóncavo azul? ¡Ya no! ¡Convexo!
Y en lenta procesión, camino al plexo
solar, al corazón del firmamento,

agítanse mil alas encendidas
¡Tezontles!… Y sus voces confundidas,
ruedan sonoras a través del viento.[2]

[2] "Balcón", *La Gaceta*, II, 7 (marzo de 1955), 3.

Como nota curiosa, señalemos que al elaborar el Catálogo, los editores tuvieron un desliz sobre el que la viuda de Ernst Cassirer llamó la atención:

> Me divierte ver que ahí han colocado a los dos adversarios de la filosofía moderna en una misma página: Heidegger, como siempre, cerrando los ojos ante el mundo y absorto en extremo en sus ideas filosóficas; y mi esposo viendo hacia adelante, tratando justamente de seguir la trayectoria de la luz que lo guió durante toda la vida [...].[3]

De esta manera, el porvenir encontró sus dos mejores cimientos: el edificio de hierro y cemento y el edificio de palabras y papel; uno material y el otro imaginario. Más aún —y el referido desliz es rescatable en el orden de lo simbólico—, se asentó el porvenir sobre un catálogo editorial en que las contraposiciones han sido bienvenidas, porque han sido inteligentes, creativas y ponderadas. Y, como no podía ser de otra manera, los dos edificios pronto sufrirían modificaciones sobre la misma base estructural. El arquitecto Enrique de la Mora fue llamado para ampliar su proyecto; la primera vez en marzo de 1957, luego de ocho meses de discusión en la Junta —como resultado se ampliaron varias áreas de trabajo, al punto que la instalación original creció en 30%, aproximadamente—;[4] la segunda se planeó en septiembre de 1965, pero se frustró por los cambios suscitados semanas más tarde y que al final del capítulo se referirán. A ambas ampliaciones del edificio, el director y la Junta asignaron características técnicas y presupuestales, previa consideración de la Secretaría de Hacienda y el Banco de México. Para la primera se contó con una partida económica especial otorgada por las dos dependencias; para la segunda y frustrada se realizaban las gestiones correspondendientes a fin de obtener los recursos de las mismas fuentes.[5]

Junto a esto, también conviene acotar que: *1)* la casa matriz se componía tanto de las oficinas administrativas y técnicas como de un gran almacén, con el que se eliminaban tres

[3] "Balcón", *La Gaceta*, II, 16 (diciembre de 1955), 1-3.

[4] Cf. "Balcón", *La Gaceta*, IV, 39 (noviembre de 1957), 3, y "Balcón", *La Gaceta*, V, 44 (abril de 1958), 2.

[5] Actas de la Junta de Gobierno.

de las cuatro bodegas que se arrendaban —la cuarta estaba en los Almacenes Nacionales de Depósito, en la terminal ferroviaria de Pantaco—; *2)* la ampliación se hizo para acoger con mayor holgura las áreas de administración, promoción y ventas, técnica, biblioteca y dirección, que crecieron a la par del aumento de la producción editorial; *3)* contigua a la matriz y en terreno propiedad de ésta, se instaló la Gráfica Panamericana, que contaba con puerta de acceso directo a la editorial; y *4)* como parte de las instalaciones de la casa matriz, pero en departamento contiguo y con entrada independiente, se encontraba la casa habitación del director Arnaldo Orfila, con lo que, ahora sí, literalmente vivía en, por y para la editorial.

Las modificaciones al edificio simbólico ocurrieron de manera paulatina, conforme se incorporaban nuevas obras y nuevas colecciones. Su nueva fisonomía aparecerá 10 años después, con la publicación del Catálogo General de 1965, cuyas cualidades son esencialmente las mismas de su antecesor, aunque dentro de un formato más amplio, pues la producción de esos 10 años duplicó con creces la de los 20 anteriores.[6]

2. *Resultaba más que natural*

que el director continuara la tarea de ampliación comenzada en 1948, como se refirió en el capítulo anterior. La base material otorgada por el edificio y el cimiento simbólico del Catálogo General obligaban a proseguir en la dinámica de crecimiento:

1) En 1955 un comité integrado por Jesús Silva Herzog, Guillermo Haro, José E. Iturriaga y Pablo González Casanova propuso a la Dirección una serie de estudios monográficos sobre aspectos económicos, políticos, sociales y culturales de México; el plan pretendía analizar los "problemas de la patria", pero éste nunca cristalizó tal como se formuló originalmente.[7] Un año más tarde, esas inquietudes compartidas por muchos otros mexicanos tomaron cuerpo en la colección Vida y Pensamiento de México, cuya presentación sigue vigente:

[6] Catálogos Generales del FCE; VDA/Eligio Ramírez, Cándido García, Francisco González Aramburo, José C. Vázquez y Arnaldo Orfila Reynal.

[7] Cf. s./f., "Problemas de la Patria", *La Gaceta*, II, 14 (octubre de 1955), 2.

> […] aspira a completar, por una parte, la difusión de la tarea que cumplen nuestros escritores, presentando los trabajos de investigación y, por la otra, su aspiración se sintetiza en el proceso que va de causas a efectos, de problemas a soluciones. Planear los más urgentes, inaplazables *problemas* y señalar las *soluciones* con el suave tono de la sugerencia o con el rotundo del "debe hacerse esto".

La colección se inicia con buenos augurios: *Las palabras perdidas* de Mauricio Magdaleno, y *Ki: el drama de un pueblo y de una planta* de Fernando Benítez.[8]

2) Con antecedentes aislados y distribuidos en varias colecciones, desde 1953 y a partir de la cercanía de Erich Fromm con el FCE se comenzó a gestar un proyecto que tomó cuerpo hacia fines de 1956 en la Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, dirigida por el propio Fromm, cuyo *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* abrió la colección. A fines de 1964, también por injerencia de Fromm, el FCE se asoció con la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis y el Instituto Mexicano de Psicoanálisis para hacer la *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología* (1965-1972), cuyos 22 números fueron dirigidos por Erich Fromm, editados por Ramón de la Fuente y coordinados por Jorge Derbez.

3) En septiembre de 1959, como parte de los festejos del XXV aniversario del FCE,[9] se hizo la presentación de la Colección Popular; su descripción y propósito están asentados en la contraportada de los volúmenes:

> La Colección Popular significa un esfuerzo editorial y social para difundir entre núcleos más amplios de lectores, de acuerdo con normas de calidad cultural y en libros de precio accesible y presentación sencilla pero digna, las modernas creaciones literarias de nuestro idioma, los aspectos más importantes del pensamiento contemporáneo y las obras de interés fundamental para nuestra América.

Los primeros 10 títulos son más que representativos de su enfoque y carácter: Rulfo, *El llano en llamas*; Dobb, *Introduc-*

[8] Cf. s./f., "Una nueva colección. Vida y pensamiento de México", *La Gaceta*, III, 27 (noviembre de 1956), 1.

[9] Cf. s./f., "Los que fundaron, trabajaron y trabajan en el FCE", *La Gaceta*, XI, 122 (octubre de 1964), 6.

ción a la economía; Yáñez, *La creación*; Pozas, *Juan Pérez Jolote*; Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en América hispánica*; Benítez, *El rey viejo*; Cole, *La organización política*; Valadés, *La muerte tiene permiso*; Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, y Fuentes, *Las buenas conciencias*. Como se podrá observar, algunos títulos ya habían aparecido con anterioridad en otras colecciones, otros son nuevos; se pretendía una labor de difusión del resto del catálogo con el que se entroncaba y, a su vez, se promovían obras nuevas acordes con el Tiempo Presente, uno de los grupos temáticos de ella. La idea era poner al alcance de un mayor número de lectores obras que permitieran desarrollar el conocimiento, la inteligencia y la capacidad crítica.

4) Durante los años cincuenta y sesenta, el FCE estableció un estrecho vínculo editorial e intelectual con el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México; de aquí prosperaron tanto el anuario como las obras de Diánoia, las dos coeditadas por ambas instituciones, amén de un significativo apoyo en la conducción de la colección de Filosofía. Con carácter menos institucional, el FCE sostenía una relación de apoyo recíproco (de algún modo se debe calificar la relación) con el CEMLA, la CEPAL, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Leopoldo Zea), el Instituto Latinoamericano de Planeación (Raúl Prebisch), el Patronato de la Historia de Sonora (Manuel González Ramírez), e incluso con algunos gobiernos a través de sus embajadas (Brasil, Ecuador, Estados Unidos, por ejemplo). Los acuerdos descansaban sobre la base de que la institución interesada compraba por anticipado y de contado 75% del tiraje de la edición, de la cual podía disponer o entregar a la editorial para que la comercializara.[10] También como propuesta de apoyo institucional, pero ahora con la Fundación Nobel, en 1965 se había formalizado el trato para que el FCE publicara los discursos de todos los galardonados en áreas científicas, pero el proyecto se frustró debido tanto a las dificultades técnicas de la traducción (en ciencias exactas y naturales en particular) como a las características del contrato establecido; del total sólo se publicó un pequeño volumen.[11]

[10] Cf. Actas de la Junta de Gobierno; VDA/Arnaldo Orfila.
[11] Catálogos Generales y VDA/Juan Almela.

5) Paralelamente a la creación de las nuevas colecciones, dentro de las ya existentes se ampliaron los grupos temáticos o secciones e, incluso, se establecieron formatos para jerarquizar el tipo de obra de que se tratara, como en Historia y Lecturas Mexicanas, cuyo formato normal era y es para obras individuales y relativamente breves y el gran formato para clásicos o compilaciones de obras completas, como las de Alfonso Reyes (a partir de 1955), Federico Gamboa, Mariano Azuela o Rodolfo Usigli (las tres de 1960).

Tales distinciones físicas y visuales en los libros eran ciertamente evidentes. Sin embargo, junto a ellas había otras, innumerables y minúsculas, que pasaban inadvertidas; eran ajustes que el diseñador, Alexander A. M. Stols, experto en artes gráficas y bibliólogo, introdujo en los formatos de los libros del FCE a mediados de los cincuenta. Él modificó las proporciones del logotipo; estableció formalmente las normas que de hecho se seguían en la elaboración técnica de los libros; precisó el uso de tipos, tamaños, cajas, formatos e interlineados según colecciones y obras; rediseñó las portadas según cada una de las colecciones para acentuar su propia identidad. Más aún, introdujo nuevas técnicas de impresión hasta entonces prácticamente no empleadas en México, como la del huecograbado en las ilustraciones de *El Renacimiento en Italia* (1957).

> Para hacer ese libro —recuerda el maestro José C. Vázquez, único interlocutor de altura para don "Alejandro" en lo que a imprentas y tipos se refiere—, el señor Stols y yo tuvimos que buscar entre muchas imprentas de México, pero sólo una, la litográfica de la fábrica de chocolates *La Cubana* (empleada para imprimir etiquetas, empaques y papelería), contaba con el sistema de huecograbado que necesitábamos. Pues hasta allá nos íbamos para imprimir las láminas. Creo que fue el primer libro que se hizo con esta técnica.[12]

Poco tiempo después del arribo de Stols llegó su discípulo, el joven diseñador holandés Boudewijn J. B. Letswaart, nombre que derivó en "Balduino". Así, entre ambos holandeses, a

[12] VDA/José C. Vázquez y Lauro J. Zavala. Cf. Lauro J. Zavala, "Alexandre A. M. Stols", *Mirador. Revista de Información Bibliográfica*, V, 18 (abril de 1959), pp. 19-20; s./f., "Bibliografía y tipografía. Entrevista con Alejandro A. M. Stols", *La Gaceta*, IV, 32 (abril de 1957), 1, 4.

los libros del FCE se les fueron introduciendo pequeñas pero significativas innovaciones en el diseño, tanto en lo interno de la composición como en lo externo de las portadas. Elsa Cecilia Frost recuerda algunos detalles de estos cambios:

> Balduino se hizo cargo de las portadas de la Colección Popular y de la Colección de Economía, a la que pronto y paulatinamente fue quitando su color naranja. De manera sutil redujo el color e introdujo otro; fue tanto el cambio que una vez ya sólo quedaba una letra capital anaranjada sobre un fondo blanco. Cuando el Director preguntó que de qué colección era el libro nos dimos cuenta de los cambios, cuyo origen eran uno: como buen holandés era hombre de pasiones, y una de ellas era ser opositor a la Casa del Orange, por lo tanto odiaba ese color. Esto muestra que en el Fondo teníamos un espíritu bastante conservador en el modo de hacer libros.[13]

Similares a estos ajustes formales, también dentro del Departamento Técnico se introdujeron una larga serie de cambios. El más notorio fue que el "Técnico" de la Época de Oro de la calle de Pánuco, el de la gran sala de trabajo en familiar convivencia, se trocó en una serie de cubículos individuales que condujeron a una relación profesionalizada. Conforme pasó el tiempo aumentaron la producción, ventas, administración y, por supuesto, el personal (de aproximados 30 trabajadores en total en 1948 se pasó a casi 80 en 1965 —sin contar a los de la Gráfica Panamericana, que era otra empresa—).[14]

En esta serie de reconocimientos, es imprescindible indicar dos cambios que fueron significativos y profundos. El primero ocurrió hacia finales de 1956, cuando Vicente Polo tuvo diferencias con los trabajadores en la Gráfica Panamericana y, consecuentemente, repercutieron en la producción del FCE, pues la Gráfica se ocupaba de casi 80% de la producción. Esto obligó a la editorial a contratar temporalmente los servicios de varias impresoras, como Edimex, Litoarte, Nuevo Mundo,

[13] VDA, "Conversaciones con Elsa Cecilia Frost", *La Gaceta,* 260 (agosto de 1992), 51-55.

[14] Entre los testimonios orales recogidos entre quienes trabajaron durante esos años, la totalidad coincide en el número aproximado referido; en las Actas consultadas no encontré un registro que me permitiera precisar el dato.

Unión Gráfica, Talleres Gráficos de la Librería Madero, Libros de México, Suari, y conservó relaciones con encuadernadoras como los Talleres Arte y las de los hermanos Villicaña. El segundo cambio ocurrió en 1961, cuando luego del aviso presentado meses antes a la Dirección y a la Junta de Gobierno, en diciembre se cumplió el plazo de la renuncia de Joaquín Díez-Canedo a la gerencia de producción del FCE, quien, después de 20 años de entrega, creaba la editorial Joaquín Mortiz y con ella daba renovado impulso a la literatura mexicana.[15] No sobra indicar que con él algunos de los colaboradores y autores del FCE pronto pasaron a formar parte de la desde entonces indispensable Serie del Volador, entre otras de sus colecciones. A partir de enero de 1962 Alí Chumacero se hizo cargo de la responsabilidad, por lo que el cambio no se resintió.

Por último, dentro del área de producción editorial es pertinente hacer una reconsideración conjunta respecto al concepto de catálogo entonces vigente. Es un hecho que por esos años Arnaldo Orfila, apoyado por la Junta de Gobierno y por sus colaboradores y amigos, alimentó y cristalizó una idea común entre los mejores editores europeos (como los famosos *clercs de l'Édition*, por ejemplo, los reunidos en torno al grupo Formentor: Ernst Rohwolt, Gaston y Claude Gallimard, George Weidenfeld, Alberto Mondadori y, sobre todo, Giulio Einaudi):[16] creaba un catálogo editorial como quien creaba un cuerpo vivo que compensaba sus errores mediante un equilibrio con sus hallazgos; una balanza que se inclinaba hacia los aciertos, pues los desaciertos terminan por desprenderse casi sin ayuda. Creaba un catálogo no sujeto a las leyes del mercado, sino a las simetrías y a las congruencias culturales del proyecto unitario de la editorial.

Manuel Sánchez Sarto, estrecho colaborador de la Casa desde 1940, complementaba estas ideas a partir de la disyuntiva entre lo clásico y lo moderno de las obras publicadas:

> Hace pocos años un joven y distinguido economista, bregado en las lides de la investigación y de la enseñanza, y bien capacitado

[15] Cf. s./f., "Díez-Canedo deja el Fondo", *La Gaceta*, IX, 90 (febrero de 1962), 2.

[16] Cf. Carlos Barral, *Los años sin excusa*, Madrid: Alianza Tres, 1982, y *Cuando las horas veloces*, Barcelona: Tusquets, 1988.

para obtener el título profesional, me planteó dos interesantes preguntas: "¿Por qué —decía— nuestras más prestigiosas editoriales de literatura económica insisten tanto en publicar los voluminosos textos de los clásicos, cuyas ideas ya no corresponden a las necesidades de nuestros tiempos? ¿No sería mejor, en cambio, multiplicar las ediciones de libros y ensayos de los economistas actuales, sobre todo de aquellos cuyas investigaciones, escritas en inaccesibles idiomas extranjeros, están inspiradas en los problemas contemporáneos y manejan el instrumental más moderno para resolverlos?"

Mi contestación fue bien sencilla: se trata de dos satisfactores, para una necesidad de cultura, que no son competitivos ni excluyentes entre sí, antes bien perfectamente complementarios. Además: lo que hoy es actualidad mañana será historia; muchas de las publicaciones recientes, alzadas —como en la cresta de una ola— por un pasajero afán de novedad o por un azar de la realidad histórica, mueren, a poco de nacer, en la arena del pasado, y pronto quedan cubiertas y olvidadas bajo otras nuevas capas igualmente inertes.

Las obras "clásicas" lo son —en Economía como en cualquier ciencia o arte— porque su estructura queda siempre enhiesta, y aun gana en firmeza con el tiempo. El mensaje por ellas lanzado en la época de su aparición sigue teniendo validez para las sucesivas, y todavía conmueve y estimula a los hombres de nuestros días, como seguirá haciéndolo en el futuro.[17]

3. Atrás de estas actividades

y de las que se referirán en el capítulo XIII, estaban las tareas administrativas y financieras por lo común poco lucidoras, enormemente complejas y sin duda fundamentales. Es de justicia reconocer el eficaz desempeño de dos gerentes administrativos, Manuel Muñoz de Cote, que estuvo en el FCE desde 1945 hasta 1956, y Fulvio Zama, de 1956 a 1964. A éstos debe sumarse un extenso listado de trabajadores administrativos y de servicios imposible de referir, pero que en el recuento y crónica que se hizo con motivo del XXX aniversario, *La Gaceta* (octubre de 1964) registró

[17] Manuel Sánchez Sarto, "Permanente mensaje de las obras clásicas", *La Gaceta*, 54 (febrero de 1959), 2.

prácticamente la nómina completa de quienes hasta entonces habían trabajado en la editorial desde su fundación.[18]

Como un mínimo homenaje a quienes han estado vinculados a la editorial durante muchos años se debe reconocer a Eligio Rodríguez en el almacén, Cándido García en la intendencia, Raquel Villarreal en el contable, Wilson Garay en ventas, Carmen Gutiérrez en la caja, Luz Alicia Palacio y Carlota Gordillo en la administración, Benjamín Ramiro Vega en el archivo y Alfonso Ruelas, quien empezó como adolescente mensajero del director y, tras larga trayectoria, hoy como subgerente editorial coordina a una muchedumbre de colaboradores externos, atiende autores, observa trámites de contratación y, sobre todo, es el celoso guardián de una memoria viva (a quien el redactor de estas páginas mucho debe y agradece).

Cabe sumar un segundo grupo, el del Departamento Técnico referido en el capítulo XII. En diagramación y dibujo: José Giménez Botey, Elvira Gascón, Vicente Rojo, Alberto Beltrán y otros; en las gerencias administrativa y de ventas: Jesús Miranda y Roberto Hinestrosa, con la colaboración de Mercedes de la Garza entre otros muchos; en promoción y publicidad: Tomás Mojarro, Rodrigo Asturias, Héctor Flores Aguilar y otros; en contabilidad José Navarro López, con un grupo de colaboradores; en la secretaría de la dirección: Concepción Zea A.

Hacia el XX aniversario, en 1954, se puso en marcha un programa de estímulos laborales consistente en la emisión de unos Bonos de Retribución Especial, como parte de un reconocimiento al ejercicio eficaz de las labores; eran como un "accionario obrero", pues los trabajadores participaban con beneficios fijos en una empresa que no tiene accionistas ni propietarios. También se implementó la aplicación de un porcentaje de las ventas producidas semestralmente, distribuido en forma proporcional en los sueldos de los trabajadores de todos los departamentos. Por último, poco después de ese año se otorgó el aval institucional para que quienes así lo desearan pudieran hacer uso de los servicios del Deportivo Chapulte-

[18] Cf. el número 122 de *La Gaceta* (octubre de 1964) y en particular el artículo s./f., "Los que fundaron, trabajaron y trabajan en el FCE" (p. 6).

pec.[19] Junto a todo esto se respetaban y aun mejoraban las prestaciones de la Ley Federal del Trabajo. No obstante, y sin desdoro de lo referido, el FCE se distinguía por su austeridad.

Por lo tanto, no sobra referir dos detalles que nunca se eluden en las evocaciones testimoniales: el severo rigor administrativo seguido por Fulvio Zama y el minucioso cuidado con que Arnaldo Orfila atendía los asuntos contables, en particular costes y ventas, ambos determinantes para establecer los precios de los libros y decidir sus reimpresiones. Sin ánimo de menoscabo de las cualidades de ambos, en esas evocaciones también se señala que los dos lindaban en la intransigencia, en el sentido de que por ningún motivo rebasaban normas por ellos creadas y que cumplían con una puntualidad extrema, cualidad extraña por su paradoja.

En un punto superior dentro del ámbito administrativo estaba la responsable última de la organización general de la editorial, la Junta de Gobierno, que cumplía sus funciones como ya se ha dicho: de manera honoraria, pues su única compensación era recibir como "obsequio" un ejemplar de cada uno de los libros que se editaban o reimprimían. Como autoridad máxima del FCE, sus integrantes supervisaban las actividades, informes, cuentas, propuestas y decisiones del director en todos los órdenes, más cuando se trataba de asuntos financieros, gestorías o relaciones gubernamentales; asimismo, aprobaban la publicación de las obras. En este último punto se presentaron pequeñas, muy ocasionales y salvables fricciones, pues no siempre había unanimidad en la valoración de algunas obras; por ejemplo, *Ki, el drama de un pueblo y una planta* de Fernando Benítez se publicó en contra de la opinión del ingeniero Gonzalo Robles y *La democracia en México* de Pablo González Casanova nunca consiguió el voto aprobatorio del licenciado Jesús Rodríguez y Rodríguez. Es decir, para la selección de obras la función de la Junta de Gobierno era la de ponderar las decisiones.[20] De hecho, como efecto de este pun-

[19] VDA/José C. Vázquez, Joaquín Díez-Canedo y Alfonso Ruelas.

[20] VDA/Arnaldo Orfila. En lo que se refiere a la selección de obras, es conveniente subrayar que la presencia de Jesús Silva Herzog y Gonzalo Robles fue determinante dentro de la Junta de Gobierno; don Jesús dejaba fluir sus pasiones y don Gonzalo se empeñaba en atemperar los entusiasmos. Ambos

to y tras las modificaciones que paulatinamente sufrió el Fideicomiso, el 27 de febrero de 1962 Jesús Silva Herzog presentó a la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica su renuncia. Su carácter no oculta la crítica:

> En vista de que estoy completamente inconforme con el acuerdo, inexplicable desde muchos puntos de vista, dictado por la Secretaría de Hacienda para modificar el contrato de Fideicomiso constituido por el Fondo de Cultura Económica en el Banco de México; y además porque tal acuerdo lesiona mi dignidad de hombre limpio, presento mi renuncia irrevocable como miembro de la Junta de Gobierno de la Institución mencionada, a la cual serví con lealtad y profundo interés desinteresado durante algo más de 27 años.

El cambio que reprobaba Silva Herzog consistía en el ingreso a la Junta de dos nuevos miembros, los secretarios de Hacienda y de Educación, ambos con igual derecho de voz y voto que los restantes miembros. En el capítulo correspondiente de sus memorias, *Mis últimas andanzas,* explicó y sugirió que el cambio se hacía para contrarrestar la beligerancia intelectual con que la editorial había venido actuando, como ilustra *Escucha yanqui* (1961) del estadunidense Wright Mills, que disgustó a la embajada norteamericana —según testimonio del entonces secretario de Industria y Comercio Raúl Salinas Lozano, referido por don Jesús—.[21]

También en ese capítulo, Silva indicó que sus cercanos y queridos amigos Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor y Emigdio Martínez Adame tacharon su conducta de "irreflexiva y violenta". Lo que él no refirió fue, por un lado, que la "influencia y poder" con la que habían contado los miembros de la Junta durante las décadas anteriores se había agotado, no así su prestigio —que se había incrementado, mas no era suficiente como para remplazar aquella fórmula—, y, por el otro, que el vínculo entre el intelectual y el gobierno había cambia-

representaban los extremos de un espectro político e intelectual que pretendía una visión universal del conocimiento.

[21] Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México: Siglo XXI, 1972; *Mis últimas andanzas*, México: Siglo XXI, 1973, y *De su archivo epistolar*, México: *Cuadernos Americanos,* 1981. Véase VDA, "Don Jesús: su sombra bienhechora", en Benito Rey Romay y Georgina Naufal Tuena (comps.), *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar,* México: FCE, IIEC-UNAM, 1994, pp. 88-101.

do sus normas. Tampoco refirió que su presencia en la Junta significaba para Arnaldo Orfila el más firme de sus apoyos y el más próximo a sus convicciones; con su ausencia, el director se quedaba solo, pues las muertes de Alfonso Reyes en México y Francisco Romero en Argentina, así como la renuncia de Joaquín Díez-Canedo repercutieron sensiblemente en él.

4. La reciprocidad

existente entre el edificio de la editorial y su Catálogo era estrecha e intensa. A la vuelta de los años, llegan a fundirse como una unidad. Ésta comenzó a tomar forma a partir de la convocatoria del concurso para la planeación del edificio de la Casa (1951) y de la creación y puesta en marcha de la colección Letras Mexicanas (1950). En la confluencia de ambos proyectos, donde surgió el enraizamiento de una editorial pronta a cumplir 20 años de fecunda actividad pero que, extraña y paradójicamente carecía de un fundamento material mayor, mucho mayor que el que representaba los cientos de títulos y millares de libros. Por esto, es un hecho que el 10 de septiembre de 1954 se celebraba, sí, la inauguración del edificio de la Casa Matriz, pero también se celebraba la certificación material de lo que hasta ese momento había venido siendo una construcción imaginaria que meses después tendría su propia casa: el Catálogo General.

Se ha querido subrayar esta cualidad porque a partir de aquí, de esa estrecha reciprocidad entre el edificio y el Catálogo, el FCE comenzó a tejer una compleja urdimbre y una dinámica profesional trazadas en la década anterior. En los capítulos precedentes se ha referido al Departamento Técnico con un tono en el que no se oculta —ni se pretende— el vínculo afectivo y aun familiar, referencia en la que el aspecto emocional ocupa un lugar preponderante, tanto que incluso se califica de Edad de Oro. No podría ser de otra manera, sobre todo cuando existía de por medio el gesto heroico de los que se sabían constructores de un porvenir.

Como en su tiempo Daniel Cosío Villegas, también Orfila Reynal tuvo la pretensión de proyectar continentalmente una empresa cultural a través de una casa editorial —y aquí, esti-

mado lector, el orden de los conceptos es muy importante—. Sin embargo, la forma para alcanzar tal objetivo era distinta: Cosío depositó lo mejor de su interés en los libros y dejó que éstos, por sí mismos, cumplieran su tarea cultural. En otro sentido, Orfila se apoyó en los libros para, a través de ellos, emprender una cruzada cultural. Para cristalizarla procuró un mejor equilibro entre los pasos y componentes de la producción editorial e incluso buscó los mecanismos para estimular el desempeño de los trabajadores, colaboradores y autores, y fortaleció particularmente la promoción y la venta.

Así, durante la dirección de Orfila se emprendió una tarea cultural de vanguardia en Hispanoamérica, al convertir al Fondo de Cultura Económica tanto en una empresa editorial (con todo lo que esto significa y arrastra en los aspectos de producción, administración, promoción, distribución y comercialización comunes en las grandes empresas europeas que comenzaban a recomponerse luego del largo y profundo vacío de la Guerra y la posguerra) como en una empresa cultural (con lo que esto conlleva y que Manuel Andújar —encargado de promoción y ventas— resumió en una expresión: "Nosotros no buscábamos vender libros sino crear lectores.")[22]

Esto, a su vez, implicaba el alto riesgo de ser vanguardia y estar en la hora presente, como ilustran las palabras de Manuel Sánchez Sarto ya referidas; también arrastraba costos ideológicos que Arnaldo Orfila y los miembros de la Junta de Gobierno conocían cabalmente. Los asumieron… y los padecieron. Entonces, dentro de su propia dinámica, transigir hubiera significado renunciar. Por eso no había marcha atrás. Orfila, desde los años treinta, había mostrado ser "simpatizante del viejo socialismo democrático de la República de Weimar y no un prosoviético"; en los mismos años, Andújar era más radical. Entre algunos de los miembros de la Junta existían inclinaciones similares, aunque veladas y contradictorias, matizadas, muy en el estilo de la original "ideología de la Revolución mexicana".

Todo esto se puso a prueba ante la Revolución en Cuba, que

[22] Cf. [Manuel Andújar] *Apuntes sobre el FCE y su producción editorial*, México: FCE [Mimeógrafo del Departamento de Promoción y Publicidad fuera de circulación comercial], 1964.

en Hispanoamérica se convirtió en un explosivo catalizador de opiniones y conductas. El FCE fue consecuente con lo que hasta esos años había mostrado: estaba en favor de los movimientos de emancipación y actuaba en defensa de la inteligencia crítica. Algunos pocos libros que publicó entre 1960 y 1963 responden a estos criterios y analizan la pobreza en Estados Unidos e Hispanoamérica, cuestionan el imperialismo en África, informan sobre las transformaciones en China y Yugoslavia, estudian las políticas económicas estadunidenses hacia Hispanoamérica. En suma, asumen un compromiso y una responsabilidad.

Sin embargo, había quienes estaban en contra de esta beligerancia, más porque en forma indirecta cuestionaba o presionaba la diplomacia mexicana ante asuntos que se habían vuelto delicados. A esto se sumaba el hecho de que, si el gobierno mexicano toleraba en las revistas *El Espectador, Política* y en el suplemento cultural *México en la Cultura* las críticas por su relación con la Revolución cubana, no podía actuar de igual modo con el Fondo de Cultura Económica, tanto por su prestigio mundial como por su vínculo con él. No obstante la encrucijada, durante el gobierno del presidente Adolfo López Mateos se procedió de manera discreta y nada se interpuso a la libertad de opinión y de expresión.

Pero esto cambió a partir del 1º de diciembre de 1964, cuando el licenciado Gustavo Díaz Ordaz asumió la Presidencia de la República. La libertad de expresión y, sobre todo, de opinión, comenzaron a sufrir tropiezos; las relaciones entre la inteligencia y la Presidencia comenzaron a mostrar fricciones. Los conflictos se manifestaban con gestos aislados e insignificantes que, súbitos, llegaban a adquirir proporciones y consecuencias insospechadas. Así ocurrió con la publicación de *Los hijos de Sánchez* (1964) de Oscar Lewis; una voz prácticamente anónima avalada por una institución antigua pero irrelevante,[23] ambos representativos de un nacionalismo gazmoño, mojigato y retrógrado, se escandalizaron ante un libro

[23] La voz: Luis Cataño Morlet; la institución: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Cf. la larga y documentada reseña del debate periodístico en "Denuncia contra un libro, un autor y una editorial: Los escritores y el periodismo defienden el derecho a la libertad de expresión", *La Gaceta,* 127 (marzo de 1965), 4-5 y 7.

que no ocultaba ni edulcoraba ninguna verdad sobre la sociedad mexicana que se mostraba con rigor científico y calidad literaria. Éste fue el principio del fin. La voz anónima hizo una demanda jurídica contra el autor y el editor por escribir y publicar un libro "obsceno" y "denigrante" contra México. Los alegatos fueron y vinieron, aunque la razón estaba de parte de la inteligencia; la hojarasca periodística, el escándalo, fueron mayúsculos. Al final el Fondo de Cultura Económica ganó la demanda… pero perdió a su director, Arnaldo Orfila.

Tercera Parte
CONSOLIDACIÓN DE UN HORIZONTE

VII. AJUSTES EN EL HORIZONTE

1. Un episodio

que divide en dos mitades la historia del Fondo de Cultura Económica ocurrió a partir del sábado 6 de noviembre de 1965[1] cuando, temprano por la mañana, el director general Arnaldo Orfila, recibió una llamada telefónica del representante de la Secretaría de Hacienda en la Junta de Gobierno, Jesús Rodríguez y Rodríguez:

> —Doctor Orfila: me gustaría que pasara por mi oficina. Tengo un asunto que tratar con Usted.

Don Arnaldo dijo que llegaría hacia las dos de la tarde, después de atender algunos asuntos en el Fondo. Mientras tanto se quedó pensando: "Seguramente quiere que analicemos el asunto del subsidio." Desde mediados de septiembre el director había propuesto a la Junta de Gobierno de la editorial la conveniencia de hacer algunas ampliaciones en el edificio de la casa matriz, por lo que era necesario contar con algún dinero extra. El asunto no era delicado ni novedoso, más cuando en el transcurso de 1964 se habían autorizado partidas especiales para la construcción o adquisición de locales para las sucursales en Santiago de Chile y en Buenos Aires.

Hacia la una de la tarde Orfila interrumpió una de las reuniones sabatinas de trabajo que solía tener con Alí Chumacero, con Vicente Polo o alguien más de la Gráfica Panamericana y con alguna otra persona sobre asuntos de la editorial. Salió

[1] Para la elaboración de todo el apartado resultaron fundamentales las conversaciones que el autor sostuvo con los protagonistas de los hechos, Arnaldo Orfila y Jesús Rodríguez y Rodríguez, quienes proporcionaron los detalles que no se registran en las fuentes impresas. Otras conversaciones igualmente útiles fueron las sostenidas con Alí Chumacero, Víctor L. Urquidi, Huberto Batis, Elsa Cecilia Frost, Martí Soler y Emmanuel Carballo. También he consultado otros testimonios, como las entrevistas que Javier Pradera (*El País* [Madrid], 15 de octubre de 1978) y David Huerta (*Proceso,* 388, 1984) hicieron al Dr. Orfila.

y se dirigió a las oficinas de la Secretaría, situadas en Palacio Nacional. Conocía bien el recorrido: tomó por avenida Universidad hasta Niño Perdido, que luego se convierte en San Juan de Letrán, siguió de frente y, en el crucero con Madero, viró a la derecha hasta el Zócalo. Dejó su auto en un estacionamiento de la calle de Moneda y caminó. Durante todo el trayecto no dejó de pensar en el asunto presentado a la Junta.

El licenciado Rodríguez y Rodríguez, a diferencia de otras ocasiones, no lo recibió en su despacho particular, sino en el Salón Blanco, situado justo entre las oficinas del secretario y del subsecretario de Hacienda. Lo que no cambió fue el protocolo. Sin embargo —según los recuerdos de don Arnaldo—, desde un principio la conversación fue un poco ambigua; él se extrañó: no sabía de qué le quería hablar el representante de Hacienda, pues el asunto que había venido pensando no aparecía por ninguna parte. De pronto, enmedio de esa ambigüedad, el representante de la Secretaría ante la Junta, comentó que él era argentino, que tenía diecisiete años en el Fondo, que sería bueno un cambio en la Dirección, que si renunciaba se le daría una indemnización, que…

Rodríguez y Rodríguez podría haber continuado con sus argumentaciones que, finalmente, remitían a un hecho: a don Arnaldo se solicitaba su renuncia a la dirección general del Fondo. Orfila se sintió profundamente incómodo y, ciertamente exaltado, preguntó con una voz fuerte en la que se acentuaba su tono natural y, en ese momento, marcadamente argentino:

—¿Pero luego de diecisiete años llegan a enterarse de mi situación? ¿Qué no sabía usted que yo soy argentino?

Casi de manera simultánea y en forma enérgicamente decidida se levantó de su asiento, tomó sus cosas y salió del Salón Blanco. Rodríguez y Rodríguez salió tras él e intentó explicar algo pero Orfila Reynal ya no escuchaba ni, en ese momento, estaba dispuesto a escuchar. El primero siguió al segundo por algunos metros a lo largo del pasillo. Don Arnaldo caminaba más aprisa. Salió de la Secretaría. Salió de Palacio Nacional. Y, con igual premura, siguió hasta el estacionamiento. Tomó su auto y regresó a su casa, contigua a la editorial en avenida Uni-

versidad. Consternado, refirió a su esposa, Laurette Séjourné, lo que había ocurrido. Pasaron el resto del sábado y todo el domingo juntos, sin hablar ni decir nada a nadie. El lunes 8 reanudó sus actividades dentro de la más absoluta reserva, hasta donde se lo permitieron las circunstancias, que referiremos de manera inmediata.

Con la sola excepción de las tres personas referidas y quizás algunos pocos más, prácticamente nadie, ni adentro ni afuera de la editorial, se enteró de la entrevista ni, menos aún, de su contenido. No obstante, según recuerda Emigdio Martínez Adame, hay un remoto antecedente a la referida entrevista:

> Pese al veredicto [sobre el asunto de *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis del Procurador General de la República, Antonio Rocha], el proceso tuvo consecuencias para el Fondo. Yo era director del Banco Ejidal y frecuentaba a Antonio Ortiz Mena, entonces secretario de Hacienda. Recuerdo que una mañana fui a verlo junto con Arnaldo Orfila Reynal, Plácido García Reynoso, Gonzalo Robles. Íbamos a pedirle el subsidio para el Fondo. Al despedirnos Ortiz Mena me dijo: "Quédate un momento: tenemos cosas que arreglar." Cuando nos quedamos solos me preguntó: "Oye, ¿no crees que haya un mexicano capaz de dirigir el Fondo?" En ese momento Orfila Reynal ganaba ocho mil pesos mensuales como director del Fondo, así que la única cosa que se me ocurrió decir fue: "No creo que por ocho mil pesos encontremos un mexicano, tan capaz como Arnaldo, para dirigir la editorial." Ortiz Mena no quedó convencido y antes de despedirnos insistió: "Bueno, de todas formas hay que ver eso…"
>
> A partir de ese momento [probablemente un año antes del cambio de gobierno, diciembre de 1964] Ortiz Mena ya no asistió a las reuniones de la Junta [de Gobierno del FCE]. Enviaba a Jesús Rodríguez y Rodríguez, entonces subsecretario de Hacienda.[2]

La mañana del lunes 8 de noviembre, el secretario de Hacienda y titular de la Junta de Gobierno, Antonio Ortiz Mena, convocó a una reunión urgente de la propia Junta para el medio día. Por encontrase fuera de México desempeñando labores diplomáticas, no pudieron asistir Antonio Carrillo Flores, Emigdio Martínez Adame, Eduardo Suárez, ni Plácido García Reynoso —delegado fiduciario del Banco de México—; tampo-

[2] Eduardo Villaseñor, *Memorias-Testimonio*, México: FCE, 1974.

co Ramón Beteta, quien había fallecido pocos días antes, por lo que sólo estuvieron presentes Agustín Yáñez —secretario de Educación Pública—, Gonzalo Robles y Eduardo Villaseñor. Por obvias razones no estuvo presente Arnaldo Orfila Reynal.

En la reunión de la Junta, su titular informó que el licenciado Jesús Rodríguez y Rodríguez dejaría de ser miembro suplente para ocupar el lugar de propietario que desempeñaba el viejo amigo de la editorial Ramón Beteta. Inmediatamente después comunicó la decisión del remplazo en la dirección general referida e informó que Salvador Azuela se ocuparía de ella. Don Gonzalo y don Eduardo, miembros de la Junta desde la fundación del Fondo en 1934, se quedaron consternados y confundidos ante lo precipitado de los acontecimientos. Así lo hicieron saber en el momento; Villaseñor hizo uso de la palabra:

> —Desde hace pocos años a la fecha se ha tenido la idea errónea de que el Fondo es un fideicomiso de Estado. No es cierto y, por lo tanto, sólo compete a la Junta la facultad de remover al director. Sin embargo, como miembros fundadores del Fondo, comprendemos las inquietudes del presidente de la República, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, y sentimos como un deber elemental atender como sugerencia suya y presentada como deseo por el secretario de Hacienda, licenciado Ortiz Mena, que el nombre del Fondo esté ligado a la dirección de un mexicano.[3]

Sin embargo, los argumentos de Villaseñor fueron rebatidos con la propia acta del Fideicomiso, en donde se asienta que el presidente de la Junta de Gobierno, el secretario de Hacienda, está en facultad de tomar y realizar una decisión como la que nos ocupa. De hecho, como presidente de la Junta, esa mañana del lunes 8 de noviembre estaba cumpliendo con una de las obligaciones indicadas en el Fideicomiso: informar sus decisiones a la Junta de Gobierno.

La reunión se desarrolló dentro de un clima de tensión y expectación, más porque, de manera inusitada hasta entonces dentro de la historia del Fondo, las juntas se realizaban de forma privada en lugares semipúblicos, como el restaurante del Club de Banqueros, o francamente públicos, como el res-

[3] Martínez Adame, "Todo empezó con diez mil pesos", en Cristina Pacheco, *Testimonios y conversaciones*, México: FCE, 1984, pp. 11-16.

taurante Sanborns, ambos en la calle de Madero. En cambio, el lunes 8 de noviembre se realizó en una sala de la secretaría de Hacienda y asistieron funcionarios y periodistas, además de los miembros ya referidos.

La mayoría de los trabajadores, colaboradores, autores y amigos de la editorial se enteraron del remplazo del director general hasta la primera hora del martes 9 de noviembre de 1965 y a través de una pequeñísima nota publicada en el centro inferior de la primera plana del periódico *Excélsior*, cuyo título era elocuente: "Salvador Azuela, Director del Fondo de Cultura." La nota, un convencional boletín de prensa, resumía algunos aspectos del currículum profesional del director entrante y algunas líneas de la historia de la editorial. Las especulaciones que comenzaron a circular la noche anterior no se hicieron esperar: las llamadas telefónicas se cruzaron insistentemente y nadie obtenía una respuesta que indicara los motivos de la decisión. Todo era conjetura, rumor.

El miércoles 10 de noviembre, hacia las 11:30 de la mañana y en una espontánea reunión celebrada en una sala de las oficinas de la editorial se realizó el cambio de director general. Estaban presentes la totalidad de los trabajadores de las tres áreas fundamentales: editorial, administración e intendencia; estaban los trabajadores de la Gráfica Panamericana; estaban muchos de los colaboradores, autores y amigos, y también algunos periodistas y curiosos. En total sumaban entre cien o ciento veinte personas apiñadas en una sala insuficiente.

El primero en hacer uso de la palabra fue Jesús Rodríguez y Rodríguez, quien agradeció la labor del director saliente, Arnaldo Orfila Reynal; subrayó su destacada tarea al frente de la editorial y elogió la situación económica de la empresa. Acto seguido, presentó al nuevo director general, Salvador Azuela, de quien subrayó sus capacidades intelectuales. El segundo de los oradores fue Eduardo Villaseñor, quien hizo un pormenorizado y sucinto relato de los logros de Orfila, se refirió a la historia del Fondo y citó el origen del capital inicial con que se estableció el fideicomismo fundador.

El tercero en el orden de intervenciones fue Orfila Reynal quien, tan visiblemente emocionado como la mayoría de los trabajadores del Fondo aunque sin perder la serenidad ni el

aplomo, habló de la labor cultural y humanística de la editorial y, particularmente, de su proyección internacional. Indicó el crecimiento material e intelectual —las colecciones creadas durante su administración— de la casa matriz, las sucursales y representaciones extranjeras. Refirió la traducción de obras mexicanas conseguidas por intermedio del Fondo y la apertura de nuevos sectores de difusión de las ideas de los escritores mexicanos en el extranjero. Y concluyó con estas palabras:

> —Ahora se ha pensado, seguramente, que 21 años de labor dedicada a una tarea como la que he cumplido, son suficientes para ser tolerados y considero explicable que se haya querido sustituirme para dar, tal vez, nuevas o mejores orientaciones a una empresa intelectual que tanto ha significado para la vida de la cultura en América. A los colaboradores de la Casa y de las sucursales y representaciones, a los escritores mexicanos, americanos y extranjeros; a los libreros y editores que tantos años me prestaron su colaboración amistosa y constante, expreso mis saludos y reconocimientos.[4]

Posteriormente intervino Azuela, quien agradeció la designación y prometió mantener la jerarquía intelectual de la editorial. Cuando el nuevo director general concluía sus palabras, de entre el público asistente se escuchó una voz que, de manera espontánea y estentórea, quería hablar a nombre de la comunidad intelectual mexicana para agradecer a Orfila varias de las colecciones editoriales por él creadas, en particular Letras Mexicanas y Popular, cuya importancia era significativa para nuestro país. Esta voz pronto, muy pronto tomó cuerpo: era Fernando Benítez.

Concluidas las intervenciones, en forma inmediata y a solicitud de Orfila, Azuela y él hicieron un recorrido por las instalaciones del Fondo. Visitaron una por una todas las oficinas, las salas, los talleres, el almacén y la librería; presentó a todos los empleados que trabajaban en la editorial. Regresaron a las oficinas de la dirección y acordaron un plazo para

[4] "Escribe el Doctor Arnaldo Orfila Reynal al abandonar la Dirección del FCE", *La Gaceta*, 134 (octubre de 1965), 8. Véase también: "Sorprende al mundo intelectual el cambio de Orfila por Salvador Azuela", *Excélsior*, 10 de noviembre de 1965.

que don Arnaldo entregara lo correspondiente y para que dejara el apartamento en el que vivía, el cual formaba parte del propio edificio.

A partir de aquí, la historia que se ha narrado se bifurca: una corresponde al Fondo de Cultura Económica y la otra a Siglo XXI Editores. En forma breve se enunciará el origen de ésta para, de manera inmediata, retomar la que nos ocupa.

La noche del mismo miércoles 10 de octubre, como a las ocho de la noche y sin aviso de ninguna índole, comenzaron a llegar al departamento de Orfila algunos amigos —que sumaron como cuarenta o cincuenta—. De entre los enojos y los entusiasmos surgió una propuesta: hacer una nueva editorial. Se sugirieron varios nombres y, finalmente, se aceptó uno que el propio don Arnaldo había concebido para una revista que pensaba publicar a partir de 1966: Siglo XXI.

Sin embargo, para llevar a cabo esta empresa se necesitaban recursos económicos, con los que no se contaba y aún se creía no iban a contar. No obstante, sobraba optimismo y entusiasmo. Así, para el 19 de noviembre se convocó a una cena en el Club Suizo para, en ese acto, hacer el anuncio formal de la creación de una nueva editorial, firmar su acta constitutiva y comenzar a recabar fondos. Originalmente se había pensado que asistirían como 300 personas, pero cuál no fue la sorpresa de los organizadores cuando vieron que las 500 que llegaron no cabían en las salas del Club. Muchos permanecieron de pie. Junto a estos asistentes reales estaban los virtuales, los que desde el extranjero o aun desde México habían enviado telegramas y cartas de adhesión; sumaban una centena.[5]

Durante la cena cinco personas hicieron uso de la palabra: Fernando Benítez: refirió, entre muchos de sus valiosos comentarios, la creación y rápido fortalecimiento del Fondo debido a que era una empresa no lucrativa, subrayó el crecimiento propiamente editorial mediante las colecciones e indicó una de las funciones que cumplido culturalmente: mostró la imagen de un México cosmopolita y universal y apuntaló la integración hispanoamericana.

En segundo lugar habló José Luis Romero, quien a nombre

[5] Cf. Jesús Silva Herzog, *Mis últimas andanzas*, México: Siglo XXI, 1973.

de la intelectualidad argentina viajó expresamente de Buenos Aires a México. Después Guillermo Haro —quien en todo esto desempeñó una función ejecutiva determinante—: anunció la creación de la nueva editorial. El cuarto fue Jesús Silva Herzog: contó la historia del Fondo, habló de su separación en 1962 de la Junta de Gobierno, subrayó el esfuerzo de los iniciadores y advirtió los problemas a los que se enfrentaba la editorial. Por último, Arnaldo Orfila: agradeció atenciones, subrayó que su labor en el Fondo había sido posible gracias al equipo ahí constituido y elogió a los fundadores, amén de referir algunas anécdotas juveniles, evocar sus tareas como químico y subrayar una característica de la nueva editorial: "Será un símbolo de la apertura sin más restricciones que contra la vulgaridad, el mal gusto, la estupidez y la ignorancia". Concluyó: "No creemos en la popularización de la cultura vulgar."[6]

Por último, simultáneo a los trámites administrativos y protocolarios de rigor, se instalaron en la casa de la mamá de Elena Poniatowska y se encontraba desocupada —ubicada en la calle de Gabriel Mancera núm. 65—. Huberto Batis concluye la relación de hechos:

> El 9 de marzo de 1966, se firmó por fin el acta constitutiva de la empresa y se reunió la primera asamblea de accionistas. De acuerdo con la autorización de la Secretaría de Relaciones Exteriores, se hizo saber que se había suscrito y pagado el capital inicial de tres millones de pesos, compuesto por acciones Serie A, nominativas y exclusivas para ciudadanos mexicanos (51% del capital), y Serie B, acciones al portador, cuyos poseedores podrían ser nacionales o extranjeros (casi dos millones y medio fueron pagados por mexicanos, trescientos mil por latinoamericanos, doscientos mil por europeos y veintiún mil por norteamericanos).
>
> Se eligió asimismo el Consejo de Administración: Director General-Gerente, Orfila. Presidente, G. Haro. Vicepresidentes: Carolina Amor y Enrique González Pedrero. Tesorero: Roberto López. Entre los vocales y suplentes, se leen los nombres de Manuel Barbachano Ponce, Fernando Solana, Víctor Flores Olea, Fernando Be-

[6] Véase el número 198 correspondiente al 1º de diciembre de 1965 del supl. *La Cultura en México* de la revista *Siempre!* que está dedicado a Arnaldo Orfila Reynal y en el que se recogen las intervenciones de los oradores más una crónica de la cena y notas sobre el editor. En el siguiente apartado lo refiero con detalle.

nítez, Elena Poniatowska, Sergio de la Peña y Jorge Cortés (suplente). Serie B: Francisco López Cámara y Manuel Casas (suplente).

El día 12, el Consejo acordó nombrar un comité asesor editoral, integrado por especialistas: Jesús Silva Herzog, Pablo González Casanova, Emilio Rosemblueth, Guillermo Soberón, Ifigenia Navarrete, Rosario Castellanos, Margo Glantz, Antonio Alatorre, Luis Villoro, Rodolfo Stavenhagen y Carlos Fuentes. Se aceptó también el ofrecimiento de un grupo de pintores que cedieron el producto de sus cuadros a vender en una exposición, a cambio de acciones de la empresa. Dicha exposición-venta fue inaugurada el 19 en el domicilio de Siglo XXI (Gabriel Mancera 65).

En un comunicado, Orfila declaró que había presentado su plan editorial inmediato, fundado en el acta de constitución de la sociedad que empieza: "Declaran los comparecientes que, con el propósito de impulsar la cultura a través de una labor editorial, han convenido en constituir una sociedad anónima que se inspirará en los principios de libertad de pensamiento y de expresión, y dentro de la máxima excelencia y calidad intelectuales acogerá las corrientes del pensamiento y las tendencias de carácter científico y social; pero sin tomar parte en las actividades de grupos militantes en política, aun cuando tales actividades se apoyen en aquellas corrientes o tendencias."

Se difundirá, pues, el pensamiento contemporáneo, centrándose "en los temas y en las formas de exponerlos que respondan a las inquietudes del hombre y del adolescente de nuestro mundo de habla hispánica".[7]

2. El cambio de mando

en el Fondo de Cultura Económica provino de la designación que el presidente Gustavo Díaz Ordaz —a través del secretario de Hacienda y Crédito Público y, por lo mismo, presidente de la Junta de Gobierno, Antonio Ortiz Mena— hizo del licenciado Salvador Azuela como director de la editorial, en sustitución del doctor Arnaldo Orfila. Según los documentos y testimonios de viva voz, la decisión del cambio obedeció principalmente a los hechos provocados por la publicación de *Los hijos de Sánchez* y a la identificación

[7] Huberto Batis, "La editorial Siglo XXI. Los planes del Dr. Orfila", *El Heraldo Cultural*, 21 (3 de abril de 1966), p. 14.

del FCE con una orientación cultural y política incómodas para el régimen.[8]

Sin embargo, el episodio provocado por el libro de Lewis tiene varios antecedentes que, en abril de 1964 y en una entrevista privada con James y Edna M. de Wilkie, Daniel Cosío Villegas los puntualiza en estos términos:

> […] del año de 1948 a esta parte […] el Fondo ha caído en manos […] de gentes que creen que deben aprovechar el Fondo para hacer una política suya propia. Le voy a citar a usted un simple ejemplo: en la vieja época del Fondo no se hubiera publicado el libro de Mills sobre Cuba, éste de *Escucha Yanqui —Listen Yanqui—*. ¿Por qué? No porque fuera un libro simpático o antipático a Castro, sino porque es uno de los libros más estúpidos que un profesor universitario haya escrito en su vida, simplemente por eso. Es decir, cuando usted sabe que este señor ha construido ese libro sobre la base de grabar en máquinas opiniones de cubanos y que este señor no sabía una palabra de español, y que en consecuencia no podía plantear preguntas ni saber lo que le constestaban, eso le da a usted una idea de la seriedad que puede tener este libro.
>
> De modo que es incuestionable que el Fondo se ha desviado y que tiene una situación un poco curiosa en el sentido de que el Fondo recibe subsidios del gobierno federal —en la Junta de Gobierno figuran personas prominentes del gobierno mexicano— y sin embargo las publicaciones muchas veces son en abierta contradicción con lo que usted puede llamar la política exterior del gobierno mexicano.[9]

La opinión de Cosío Villegas no era excepcional. Por el contrario, es representativa de una opinión medianamente generalizada en aquellos años. De hecho, en el remplazo de director y

[8] VDA/Arnaldo Orfila, Jesús Rodríguez y Rodríguez, Alí Chumacero, Víctor L. Urquidi, Martí Soler, Elsa Cecilia Frost, Francisco González Aramburo, Juan Almela, Carlos Villegas, Roberto Cabral del Hoyo, Roberto Kolb, Alicia Hammer, Huberto Batis, Emmanuel Carballo, Eligio Rodríguez y Arturo Azuela. Estos testimonios y las Actas de la Junta de Gobierno del periodo administrativo de Salvador Azuela serán las base documental de los apartados correspondientes a esa administración.

[9] James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie, *Frente a la revolución mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva.* Entrevistas de historia oral. Vol. 1. México: UAM (Col. Cultura Universitaria), p. 195. Las entrevistas con Cosío Villegas se realizaron en la ciudad de México en abril de 1964 y por disposición de él hasta ahora habían permanecido inéditas.

en forma implícita se reconocían las críticas hechas al FCE, como las de Luis Garrido o José Chávez Morado, por citar dos ejemplos también representativos.[10] Ambos subrayaban la conveniencia de orientar la producción editorial hacia distintas proposiciones analíticas (solicitaban menos profesores ingleses y socialismo), más énfasis en asuntos nacionales (en problemas de economía y sociología) y mayor amplitud en los criterios de selección de obras literarias (menos autores de la "mafia" y más de otros grupos literarios).

Ante esto, el presidente Díaz Ordaz consideró que Salvador Azuela —hijo primogénito del novelista Mariano Azuela—, a quien conocía desde los años cuarenta (cuando el primero era senador de la República y el segundo director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM) y con quien trató directamente durante los cincuenta (mientras el primero fue secretario de Gobernación y el segundo director del Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, del que fue fundador y en donde realizó una incipiente tarea editorial), podría ser la persona idónea para dirigir el FCE e impulsar en él una orientación cultural en la que no se relegaran los asuntos nacionales.[11] Azuela, al ser miembro del Seminario de Cultura Mexicana y de la Academia Mexicana de la Lengua, estaba identificado con los valores tradicionales de México, como lo ilustran sus artículos periodísticos.[12]

Ante estas circunstancias, dentro del ámbito de lo simbólico y siguiendo el análisis generacional propuesto por José Ortega y Gasset ya referido, la elección de Salvador Azuela al frente del Fondo de Cultura Económica se puede tomar como la designación no de una nueva generación de individuos distinta a la que dio origen a la editorial, en la medida en que las edades

[10] Luis Garrido, "Azuela en el FCE", *El Universal*, 19 de noviembre de 1965, y José Chávez Morado, "El FCE", *El Universal*, 15 de noviembre de 1965.

[11] Según testimonios de viva voz, uno de los dos nuevos miembros de la Junta de Gobierno y, por tanto, miembro del gabinete presidencial en la secretaría de Educación Pública, Agustín Yáñez, por iniciativa propia acudió al presidente Díaz Ordaz para solicitarle que la designación del nuevo director del FCE recayera sobre cualquiera, pero no en Salvador Azuela, a quien no reconocía méritos para el cargo. El presidente respondió que la decisión ya había sido tomada —aludiendo a Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda y miembro de la Junta de Gobierno del FCE—.

[12] Cf. Salvador Azuela, *Gente de letras,* Toluca: FONAPAS, 1979.

entre ambas es prácticamente la misma, sino como la decisión de otorgar la oportunidad para orientar la "república" cultural identificada en la editorial a un grupo de hombres formado en diferente fragua cultural. Este cambio deriva en que el *esprit de corps* que se identificaba entre la Dirección, la Junta de Gobierno y algunos de los viejos y cercanos trabajadores, colaboradores y autores del FCE tendía a su fin.

Se podría decir que, como principio o concepto abstracto, la designación de Salvador Azuela era plausible ya que garantizaba tanto la orientación editorial del FCE hacia ámbitos analíticos y creativos centrados en un eje rector esencialmente nacional, como un proceder institucional en sentido estricto. En su primera declaración a la prensa nacional, Azuela aseguró con honradez: "…seré un fiel y leal ejecutor de las decisiones de la Junta de Gobierno, que tiene atribuciones ejecutivas, y un coordinador del trabajo para cumplirlas…"[13]

3. Los obstáculos

surgieron desde la toma de posesión de Salvador Azuela como director del FCE, tal como se ha referido. A las pocas semanas de ésta, Salvador Azuela se percató de que, en lo externo, una parte de la comunidad intelectual mexicana —la de mayor presencia y beligerancia, vinculada o identificada con los suplementos periodísticos de Fernando Benítez y con las facultades de ciencias sociales, políticas y económicas de la UNAM— comenzó a hacer el vacío a la editorial y/o a criticar al licenciado Azuela en lo personal. En lo interno, el director evidenció su antipatía hacia la orientación cultural y política que tenía el FCE y hacia las personas que la representaban.[14]

[13] Alfredo Prats, "No habrá cambios en el FCE, dice Azuela", *Excélsior*, 12 de noviembre de 1965. Véase también: s./f., "Salvador Azuela, Director del Fondo de Cultura", *Excélsior*, 9 de noviembre de 1965; Editorial, *El Universal*, 12 de noviembre de 1965, y Baltasar Dromundo, "Azuela y el FCE", *El Heraldo de México*, 25 de noviembre de 1965.

[14] Véase el número 198 correspondiente al 1º de diciembre de 1965 del supl. *La Cultura en México* de la revista *Siempre!* que está dedicado a Arnaldo Orfila Reynal. En él se publican: Elena Poniatowska, "Logró en 17 años una de las grandes creaciones de la inteligencia contemporánea"; Fernando Benítez, "Los libros que editó Orfila unificaron una América aislada e hicieron ver a millares que México no es un país de charros sino de hombres capaces

Entre las primeras consecuencias de este desencuentro destacan dos. Por una parte, las fricciones entre la Dirección y el personal del Departamento Técnico y el de Promoción y Ventas fueron tan intensas que ambas partes, para solucionarlas, optaron por una liquidación laboral conforme a la Ley Federal del Trabajo; el desembolso del FCE por este concepto ascendió a una cuarta parte de su presupuesto anual. Con origen similar, en la Gráfica Panamericana también surgieron conflictos, aunque su solución fue distinta: el FCE le dejó de proporcionar trabajos de impresión.

Otra consecuencia se manifestó en la contratación de personal nuevo y de servicios de impresión. El nuevo personal técnico (editorial y de promoción) y los poco más de una docena de talleres (sin la capacidad cuantitativa ni la experiencia cualitativa en la impresión de libros como las requeridas por el FCE y, peor aún, distribuidos a lo largo y ancho de la ciudad, con lo que se entorpecía el control de producción y se alargaban los tiempos) provocaron trastornos que dificultaron alcanzar la media de producción precedente.

Junto a éstos, surgieron otros obstáculos que dejaban al descubierto los vericuetos de una empresa nacional y un medio editorial internacional ya para entonces muy complejo y competitivo. Lo más notorio de esto era la identificación, selección y contratación de obras dentro del mercado internacional, lo cual exigía una dinámica y habilidad que el director Azuela y sus colaboradores tardaron en conocer como para manejarlos con cierta naturalidad.[15] El menos visible fue la compra de

de interesarse en las ideas"; Luis Cardoza y Aragón, "Hizo, para México, la editorial más importante de nuestro idioma"; Pablo González Casanova, "Carta abierta al hispanoamericano Orfila Reynal"; Benjamín Carrión, "El pensamiento y la sensibilidad mexicana se difundieron por todas partes"; Juan García Ponce, "Nacionalismo y otros extremos"; Francisco Romero ["…dijo en 1947"]; Salvador Reyes Nevares, "Nunca una empresa mexicana había logrado llevar sus libros a todas las mesas de estudio", y Carlos Monsiváis, "De lo que nos salvó el Fondo".

[15] Las anécdotas que se cuentan son tantas y patéticas que casi se antojan inverosímiles. Una reiterada en varios testimonios: en los primeros meses de 1966 llegó *don* Salvador a la Librería Internacional acompañado por dos de sus colaboradores cercanos; revisó anaqueles y mesas con novedades editoriales y fue apilando libros de su interés publicados en otras lenguas. Momentos antes de pagar comentó en voz alta que ahora sí tendría libros para editar. "Cómo" —intervino Roberto Kolb, editor y propietario de la Librería adentrado en los

papel y cartulinas, cuyo mercado internacional desde siempre ha sido caprichoso. Por último, quedaban los delicados y resbalosos asuntos del cálculo de costos de los libros, en los que intervienen una serie de variables indirectamente cuantificables, y del establecimiento de un programa de reimpresiones, no sólo sujeto a los indicadores de ventas y del inventario en el almacén.

Las dificultades se prolongaron durante poco más del primer año de la administración de Salvador Azuela. No obstante, según los documentos y catálogos disponibles, en ese periodo la producción de títulos nuevos y de reimpresiones no disminuyó significativamente en *número* de obras —pero sí en su *calidad científica*—; en los tres años subsiguientes hubo incluso un ligero aumento respecto a la media anual de la administración anterior.

4. Las tareas

encabezadas por Salvador Azuela dentro del Fondo de Cultura Económica continuaron centradas en las tres áreas básicas de la editorial: la administración, la producción y la promoción y venta.

En el área de la administración, Azuela procedió al establecimiento de una relación más puntual y estrecha entre la editorial y el gobierno mexicano, debido a que por el contrato de Fideicomiso del FCE la relación entre éste y las instancias gubernamentales se prestó a varias interpretaciones, tanto las que indicaban que el FCE era una empresa privada (no obstante la cercana colaboración gubernamental en asuntos económicos y políticos) como las que sostenían su carácter estatal (pese a que su origen se encontraba en un grupo de individuos y no en instituciones).

Ante esto, Salvador Azuela como director del FCE y Jesús Rodríguez y Rodríguez como miembro de la Junta de Gobierno y representante de la Secretaría de Hacienda procedieron a formalizar la relación. El primer paso (octubre de 1966) se

menesteres de la compraventa de los derechos de autor—. "Sí —contestó Azuela—, los traduciremos y publicaremos en el Fondo". De aquí surgió una larga conversación en la que Kolb le explicó el procedimiento de la contratación internacional, tarea que pronto él realizó para el FCE a lo largo de varios años.

dio dentro de la Junta de Gobierno, a la que dejaron de pertenecer Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame y Gonzalo Robles. El segundo paso (diciembre de 1967) se centró en el contrato de fideicomiso y en el reglamento de la Junta de Gobierno, en el que se estipulaba que la Secretaría de Hacienda se haría cargo del FCE a través de un recién creado Comité Técnico (sustituto de la Junta de Gobierno y compuesto por Jesús Rodríguez y Rodríguez, Salvador Azuela, Francisco Monterde, Víctor L. Urquidi; como secretario Alfonso García Balanzarán y como prosecretario Ricardo Aguilera Ortiz).

En el área de producción es conveniente señalar varias modificaciones: *1)* en el Departamento Técnico hubo un recambio de personal —que se referirá en el capítulo XII—, que repercutió en los tiempos y la calidad de la producción —a la vuelta de casi 12 meses se restableció el orden—; *2)* en la oficina de contratación internacional fue necesario el doble de tiempo para retomar el cauce por el que avanzaba la editorial (el ingeniero Roberto Kolb —editor particular y propietario de la Librería Internacional, por lo que contaba con experiencia y relaciones— se hizo cargo de ello, y sus más significativos resultados se obtuvieron en la Feria Internacional de Frankfurt —agosto de 1969—, en la que se adquirieron los derechos de 77 obras); *3)* se analizó la posibilidad de publicar la Enciclopedia de México (agosto 1969) y la de hacer coediciones en Brasil (junio de 1968 a septiembre de 1969), pero las necesidades materiales para ambos proyectos lo impidieron; *4)* se propuso la creación de tres nuevas colecciones dentro del catálogo (Problemas de Juventud, Creación Poética y Presencia de México), pero sólo la última logró establecerse como tal (los primeros títulos aparecieron en septiembre de 1968) y la segunda como una semisección dentro de las colecciones Tezontle y Letras Mexicanas; y *5)* se continuó con la edición y publicación de la casi totalidad de las obras internacionales contratadas durante los últimos meses de la administración anterior, se desarrolló un amplio (en tiraje y en número de títulos) programa de reimpresiones, y, por último, se prepararon algunos volúmenes de la serie de los discursos de recepción de los Premios Nobel (pero por el tipo de contrato, calidad de las traducciones y costos sólo se publicó uno).

En el área de la promoción y ventas, Roberto Cabral del Hoyo encabezó las siguientes actividades: *1)* presentaciones de libros y lecturas en, por ejemplo, el Alcázar del Castillo de Chapultepec, en la Librería del Sótano (mayo de 1968) y en la Sala que se adaptó expresamente dentro de las instalaciones de la editorial (inaugurada el 4 de septiembre de 1969); *2)* participación en ferias nacionales de libros; *3)* promocionales en la radiodifusora XELA y Radio UNAM; *4)* vinculación con los colaboradores en los medios impresos para fomentar reseñas; y *5)* proseguir con la publicación de *La Gaceta*.

A nivel internacional, el director procuró mantener los vínculos ya establecidos con Hispanoamérica y con España; sin embargo, las condiciones económicas, políticas y de competencia editorial cambiaron sensiblemente entre octubre de 1965 y junio de 1968, entre su toma de posesión y su primer viaje a Sudamérica y España. De hecho, este periodo (que se amplía hasta 1975) es significativo en el medio editorial internacional debido a los profundos cambios que sufren las empresas nacionales dentro de un mercado mundial, pues la oferta del libro español se incrementó tanto como los costos de los derechos y, en sentido opuesto, la demanda hispanoamericana disminuyó.

Contra esos cambios en el mercado internacional se toparon Azuela, los gerentes de sucursales y los representantes de la editorial en Sudamérica y España. Para colmo de males, en la sucursal chilena se detectaron malos manejos administrativos (agosto de 1968) que obligaron un sucesivo cambio de gerentes y una auditoría; algo similar ocurrió en Lima (septiembre de 1970). En España las cosas no estuvieron mejor; en marzo de 1966 se modificó la ley de importaciones, lo que impidió a la editorial enviar directamente libros a su sucursal. Consecuentemente, se volvieron a contratar los servicios de EDHASA, que importaba los libros para la sucursal, que a su vez se encargaba de comercializarlos; pero la editorial debió prescindir (agosto de 1968) de EDHASA por incumplimiento de contrato; el gerente del FCE en España, Ciriaco Tazón, se tuvo que habilitar como persona física para realizar las importaciones.[16]

[16] En el capítulo XI refiero con detalle las características de la actividad internacional del FCE.

5. *El reacomodo*

del aparato administrativo, de las actividades editoriales y, sobre todo, del impulso a la función cultural de la editorial se comenzaron a acentuar con vías a una modernización empresarial y política a partir del 1º de diciembre de 1970, cuando Luis Echeverría Álvarez protestó como presidente de la República.[17] Nueve días más tarde, en sencilla ceremonia dentro de las oficinas de la dirección del Fondo de Cultura Económica, el secretario de Hacienda y presidente de la Junta de Gobierno del FCE, Hugo B. Margáin, dio posesión a Antonio Carrillo Flores como director general.

Las prendas personales de don Antonio eran de consideración, pues había desempeñado funciones gubernamentales de alta responsabilidad: director de Nacional Financiera (1945-1952), secretario de Hacienda (y por lo tanto presidente de la Junta de Gobierno del FCE entre 1952 y 1958), embajador de México en Washington (1958-1964) y secretario de Relaciones Exteriores (1964-1970). En este largo trayecto, demostró eficiencia y ponderación como servidor público, cualidades que caracterizarían su permanencia dentro de la editorial. En octubre de 1972 fue electo subsecretario de la Secretaría General de la Conferencia Mundial de Población de la Organización de las Naciones Unidas, y por tal motivo se vio precisado a renunciar a la dirección del FCE. No obstante la brevedad de su administración, Antonio Carrillo Flores mostró su voluntad por recuperar para la editorial el *esprit de corps* que tuvo durante sus primeros 30 años de vida, y con el cual estaba plenamente identificado porque en él se había formado.

Tras la renuncia de Carrillo Flores, el presidente Echeverría designó a Francisco Javier Alejo, quien el 17 de octubre de 1972 y a los 29 años de edad asumió el cargo. Sin embargo, dos años más tarde, en octubre de 1974, el presidente consideró conve-

[17] La base informativa de los siguientes apartados se encuentra en las Actas de la Junta de Gobierno, en las conversaciones sostenidas con Francisco Javier Alejo, Jaime García Terrés, Alí Chumacero, Alicia Martínez de Hammer, Alba C. de Rojo, Alfonso Ruelas, Carlos Villegas, Lauro J. Zavala, Víctor L. Urquidi, Manuel Soberón, Juan José Utrilla y Jorge Farías, y en los Catálogos Generales y colecciones completas de *La Gaceta*, *El Trimestre Económico*, *El Trimestre Político* y la *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, principalmente.

niente designarlo subsecretario de Ingresos de la Secretaría de Hacienda. Alejo, consecuentemente, presentó a la Junta de Gobierno del FCE su renuncia, pero ésta no la aceptó y, a cambio, le hizo una contrapropuesta: que siguiera al frente de la editorial a través de un director adjunto. Ante tal resolución, Guillermo Ramírez —tan joven y tan profesor universitario como Alejo— ocupó la Dirección adjunta desde el 30 de octubre de 1974 hasta el 17 de diciembre de 1976.

El impulso otorgado por Carrillo Flores a la editorial se intensificó notoriamente durante los años del binomio Alejo y Ramírez, quienes restituyeron e incrementaron al FCE su dinámica editorial, su presencia cultural y la cohesión interna indispensable para consolidar su proyección. Además, mostraron el primer apunte de un concepto de empresa cultural moderna en el momento de convertir a la editorial en el centro de un "sistema corporativo" de medios de comunicación. Así, la mesura y ponderación de la madurez de Carrillo Flores y la juventud y audacia de Alejo y Ramírez, más el decidido apoyo gubernamental y las condiciones políticas y económicas de México, España e Hispanoamérica concurrieron favorablemente sobre el Fondo de Cultura Económica.

La cohesión referida es un punto fundamental dentro de la historia del FCE. En capítulos anteriores se refirió el *esprit de corps* que la identificó a lo largo de 30 años y cuya repercusión se encuentra en la consistencia del proyecto cultural implícito en la tarea editorial. Durante la primera mitad de los años setenta y debido a que sus directores lo procuraron, el FCE recuperó para sí mismo el sentido de cohesión, si bien con matices y proyecciones distintos. Un rasgo sustancial, representativo de esta recuperación fue la incorporación de Jaime García Terrés al FCE en calidad de asesor técnico y, poco después, su ascenso a subdirector editorial. Con él, la Casa incorporaba la cabeza organizativa y promotora de todo un proyecto cultural que, a lo largo de poco más de dos décadas, había mostrado resultados de la más alta calidad y consistencia, pues como jefe de la sección de publicaciones del Instituto Nacional de Bellas Artes y como director de Difusión Cultural y de la *Revista de la Universidad* de la UNAM logró conformar una concepción de cultura tan sólida y universal como la que

se había consolidado en y por la editorial durante sus primeros 30 años.

Simultáneamente, Carrillo Flores, Alejo y Ramírez buscaron para el área administrativa, contable y financiera del FCE un equipo humano equivalente al que distinguía a las secciones propiamente editoriales. Para ello se creó una Subdirección Administrativa, en la cual Adolfo Hegewisch (diciembre de 1970 a septiembre de 1973) y José Merino Mañón (septiembre de 1973 a noviembre de 1976) se ocuparon de reconstituir la organización y estructura de las áreas y tareas correspondientes.

De esa manera, la combinación de todas estas personas, la suma de inquietudes y conocimientos por ellas representados, y el impulso que el gobierno mexicano otorgó a las instituciones de educación media y superior y a las de instituciones culturales de apoyo y servicios, como es la editorial, concurrieron en provecho del FCE, pues en muy poco tiempo recuperó su dinámica editorial, su presencia cultural y su beligerancia intelectual continental.

6. Lo editorial como centro

fue el criterio básico con que se pretendieron regir las actividades conjuntas realizadas durante los seis años de las administraciones ahora reseñadas, pero las necesidades políticas y culturales del momento llevaron a rebasar ese eje rector. De hecho, prácticamente todas las instituciones de educación media y superior y las instituciones de apoyo y servicio educativo, científico y cultural entre las que se contaba el Fondo de Cultura Económica, recibieron del gobierno federal un trato financiero preferencial, pues la política gubernamental en materia educativa y cultural ocupaba un lugar preponderante.

En el momento de asumir el cargo como director general, Francisco Javier Alejo expresó:

> El Fondo es actualmente un fideicomiso del Estado mexicano, cuyo propósito es la difusión de la ciencia y la cultura en México y América Latina. En este sentido, el Fondo tiene asignada una función de servicio público que consiste en poner al alcance del pueblo mexicano las obras fundamentales y las corrientes contem-

poráneas del pensamiento universal, así como servir de vehículo de expresión y preservación del pensamiento libre de México y América Latina […].

Además, explicó Alejo, como fideicomiso de Estado la editorial tiene un "carácter similar al de las universidades autónomas", en el sentido de su independencia para la "formulación y ejecución de sus programas editoriales" y, a diferencia de aquéllas, "aspira a la suficiencia financiera".

Apoyado sobre esta base, el director general formuló los siguientes objetivos para la editorial:

—Continuar la labor de la publicación de obras fundamentales en los diversos campos de las ciencias sociales, las humanidades, la divulgación científica y la cultural en general.

—Adoptar una política ágil de ediciones que permita ofrecer a los lectores de México y América Latina material teórico y de información relacionado con los acontecimientos económicos, políticos, sociales que en la actualidad se presentan en América Latina.

—Adoptar políticas de promoción, distribución y venta suficientemente ágiles y modernas a fin de fomentar los hábitos de lectura entre los mexicanos, haciendo llegar el libro a sectores de la población que hasta ahora no han disfrutado de esos beneficios.

—Colaborar con el resto de la industria editorial mexicana a fin de vencer los obstáculos que recientemente ha enfrentado la misma en los mercados internacionales de libros en español.

—Cooperar con el resto de la industria editorial del país a fin de intensificar la difusión del libro entre el público mexicano.[18]

Si bien Antonio Carrillo Flores no hizo una puntualización tan precisa, las actividades realizadas durante su administración se dirigían hacia iguales objetivos. Los hechos así lo muestran:

1) En ventas y promoción: *a)* se establecieron dos nuevas librerías, una en avenida Mariano Escobedo, contigua al Deportivo Chapultepec, y otra en el crucero de las calles de Reforma y Havre; *b)* coordinados por Alba C. de Rojo, se realizaron poco más de media centena de eventos culturales y exposiciones de libros; *c)* se rehizo *La Gaceta* con una nueva

[18] Francisco Javier Alejo, "Propósito", *La Gaceta,* 24 (diciembre de 1972), 2.

concepción en todos sus aspectos; *d*) se estableció el primer programa de ventas masivas a través de la cadena comercial de tiendas de autoservicio Gigante, una estrategia para abatir precios y convenios especiales con cadenas similares como Sanborns, Comercial Mexicana, Cemerca y otros; *e)* se hizo un despliegue publicitario y promocional en medios nunca explorados: anuncios en autobuses y promociones a través del Club de Discos Orfeón.

2) En producción: *a)* se establecieron convenios de coedición con el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, El Colegio de México y con el recién creado Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; *b)* se diseñó un programa de reimpresiones; *c)* se dio preferencia a obras en las que se analizaran los problemas económicos y sociales de México e Hispanoamérica, como se ilustra en la creación de la serie de Lecturas de *El Trimestre Económico* o en el doble concurso sobre las empresas multinacionales, sobre el que el subsecretario de Hacienda, Mario Ramón Beteta, explicó algo de lo que subyacía entonces bajo el proyecto cultural y empresarial de la editorial:

> El Fondo de Cultura Económica lanzó su convocatoria a fines de diciembre de 1970, apenas unas semanas después de que el señor presidente Echeverría, en su mensaje de toma de posesión, se refirió a la necesidad de articular en empresas multinacionales los recursos financieros, las energías humanas y el ingenio de los latinoamericanos, para así acelerar el progreso de nuestra área, vigorizar y acrecentar la industria, haciéndola más eficaz y productiva, y también con miras a una aspiración de la más alta jerarquía: que la integración no sirva sólo para que en nuestras tierras prosperen, bajo nombres o marcas escritos en castellano, las filiales de las grandes corporaciones que tienen su asiento y los núcleos de su autoridad en los países altamente desarrollados; pero queremos, como se proclamó en la declaración de los Presidentes de Punta del Este, de 1967, ampliar nuestros mercados sin merma de nuestra independencia y nuestra manera de ser.[19]

3) En administración: *a)* se restructuró el organigrama de la editorial; *b)* se establecieron nuevos tabuladores salariales

[19] "Palabras de Mario Ramón Beteta", *La Gaceta,* 18 (junio de 1972), 16-17.

y prestaciones laborales; *c)* se recuperó la figura de Junta de Gobierno con nuevos miembros y reglamentos; *d)* por intervención directa de Carrillo Flores con don Manuel Espinosa Iglesias, se recabó una donación de la Fundación Jenkins para copatrocinar el doble premio referido sobre las empresas multinacionales y para editar algunas investigaciones históricas sobre México localizadas en la Universidad de Texas, en Austin.

Sin embargo, debido a la brevedad del tiempo de su administración, Carrillo Flores se quedó con un incompleto borrador de un Consejo Nacional del Libro, dedicado a la promoción editorial mexicana dentro de un ámbito internacional, y cuyo modelo era el Book Development Council de la Gran Bretaña.[20] También se quedó con un primer análisis de la situación jurídica y económica de la sucursal en Madrid hecho con miras a su restructuración.

7. Un plan de trabajo

se desprendió de cada uno de los objetivos formulados por Francisco Javier Alejo. Dichos objetivos y la secuencia como los enunció se convirtieron en metas específicas:

1) El primero, la publicación de obras fundamentales dentro de las colecciones ya establecidas, se realizó dentro de un programa editorial en el que temas, enfoques y, en lo posible, autores fueran de México e Hispanoamérica, y se procuró la creación e investigación por encargo, como la totalidad de la serie Lecturas de *El Trimestre Económico* o las que alimentaron las dos nuevas colecciones, Testimonios (alcanzó 44 números, 40 títulos, entre enero de 1973 y octubre de 1976) y Archivos (llegó a 44 números, 60 títulos, entre enero de 1973 y noviembre de 1976).[21] Se podría decir que en conjunto el objetivo era mostrar una posición ante la actualidad, sin menoscabo de la dimensión universal ya entonces plenamente identificada en el Fondo de Cultura Económica.

Jaime García Terrés, auxiliado por Alicia Hammer en las

[20] Cf. exp. "Antonio Carrillo Flores" dentro del AHFCE.

[21] Cf. *Libro conmemorativo del 45 aniversario. FCE,* México: FCE, 1980, pp. 76 y 78.

tareas administrativas y de identificación y tramitación, se ocupó de proponer a la Dirección una serie de obras que consideraban pertinentes para ser publicadas por el FCE. Entre éstas hubo dos obras excepcionales, *Los reyes y reinos de la Mixteca* de Alfonso Caso, cuya complejidad (gráficas, grabados y nombres) significó un particular esfuerzo de producción editorial, y *La introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)* de Ibn Jaldún, que exigió a Elías Trabulse la realización tanto de pesquisas que lo llevaran a los deudos del traductor Juan Feres, quien entregó 20 años a su ingente labor, como de reconstrucción (y conclusión) de varias versiones de una traducción y edición por demás compleja. También excepcional fue la propuesta de elaborar un *Diccionario del español de México* que ideó Carrillo Flores. Durante muchos meses se reconsideró y analizó el proyecto, primero dentro de la Academia Mexicana de la Lengua y luego retomado, rediseñado e impulsado por El Colegio de México.

Paulatinamente y con objeto de hacer más amplia y sistemática la selección de obras, se crearon (mayo de 1974) consejos editoriales según las siguientes áreas de conocimiento: Economía, Sociología, Ciencia Política, Filosofía, Psicología, Ciencias, Historia, Antropología, Administración y Lingüística y Literatura. En todos ellos se invitó a participar a un grupo de tres a siete especialistas altamente reconocidos, como, por ejemplo, en el de Antropología, a Ignacio Bernal, Ángel Palerm y Guillermo Bonfil, quienes reconsideraban las propuestas de García Terrés y/o hacían las suyas propias. Lamentablemente, con excepción del especialista de Economía, los otros restantes no alcanzaron a realizar las funciones con que fueron concebidos.

2) El segundo de los objetivos, una política ágil de ediciones para México y para Hispanoamérica, estaba estrechamente vinculado con la meta precedente, en especial con el aspecto de la selección y edición de las obras. Respecto a la dinámica en la producción editorial, Alejo hizo un afortunado rescate: convenció a Alí Chumacero para que se ocupara de la Gerencia de Producción. El resultado fue inmediato tanto en tiempos como en calidad, pues Chumacero se había formado junto con los más exigentes y, más aún, su visión conjunta de los problemas

de la producción le permitía adelantarse a las posibles dificultades inherentes a la elaboración técnica de un libro.

Como acicate de todas las actividades del Fondo, pero en particular de las correspondientes a la selección de obras y a la oportunidad de su edición, estaban las sugerencias del presidente Echeverría, quien, por ejemplo, en septiembre de 1972 y en reunión expresa, comentó a Carrillo Flores su deseo de que el FCE incrementara el número de obras relacionadas con problemas económicos y políticos contemporáneos de México e Hispanoamérica, redujera los tiempos en la producción y ampliara el radio de acción de la editorial.[22] Francisco Javier Alejo refirió algo similar:

> […] el Presidente expresó su extrañeza porque el Fondo no publicaba suficientes libros sobre temas mexicanos del momento (alguien se lo había hecho ver como crítica a la dirección del Fondo). Tenía razón. Se hizo lo posible por corregir la falta, aunque no siempre con acierto. [23]

Como respuesta a este "extrañamiento" se crearon: *a)* la serie Lecturas de *El Trimestre Económico, b)* las colecciones Archivos y Testimonios, *c)* las revistas *El Trimestre Político* (dirigida por Fernando Pérez Correa; se publicaron cinco números entre 1975 y 1976; estaba basada en el mismo concepto y formato de su revista hermana dedicada a asuntos económicos) y *Otrocine* (dirigida por Jaime Augusto Shelley; se publicaron seis números entre 1975 y 1976); *d)* se hizo cargo de la distribución de la revista *Nueva Política* (dirigida por Javier Wimer; era trimestral y aparecieron cuatro números monográficos sobre *Fascismo en América, El sistema político mexicano*, *El Estado y la televisión* y *Nuevo orden internacional,* entre 1976 y 1977); y *e)* dentro de las colecciones establecidas, en particular las de Economía, Política y Derecho, Sociología, Vida y Pensamiento de México, se dio impulso a la consideración presidencial referida.

[22] Cf. [Antonio Carrillo Flores] "Palabras del Director", *La Gaceta,* 11 (noviembre de 1971), 23.

[23] Francisco Javier Alejo, "Correspondencia" [Carta al director del FCE Jaime García Terrés fechada el 13 de septiembre de 1984], *La Gaceta*, 166 (octubre de 1984), 20-21.

Para agilizar el trabajo de impresión, el director consideró conveniente adquirir (principios de 1973) para el FCE los talleres de Lito Ediciones Olimpia y de Encuadernadora Progreso, debido a tres razones: *a)* la Gráfica Panamericana había envejecido (máquinas antiguas, costosas e ineficientes) y su capacidad de producción había menguado (su sistema de impresión y producción impedían reducir tiempos), no obstante se ocupaba de gran parte de las primeras ediciones; *b)* Olimpia se encargaría de las reimpresiones; y *c)* Progreso sería la responsable de todas las encuadernaciones (de hecho así se había venido trabajando con Olimpia y Progreso desde los años cincuenta, tanto que para 1972 el 80% de su producción correspondía al FCE). No sobra indicar que las dos filiales contaban con un equipo instalado y en funciones que satisfacían las necesidades inmediatas de la editorial.

3) El tercero de los objetivos, el establecimiento de políticas de promoción, distribución y venta suficientemente ágiles y modernas a fin de fomentar los hábitos de lectura de la población, se llevó por varios cauces que corrían siempre dentro de una relación de recíproco apoyo.

El cauce de la promoción se orientó hacia la recuperación de la presencia del FCE dentro del ámbito intelectual mexicano, principalmente, e hispanoamericano (se subrayó la meta de la distribución y venta, como se indica más adelante), y hacia la creación de bibliotecas. Alba C. de Rojo, como coordinadora y propulsora de estas tareas, desplegó una estrategia promocional que atacaba varios frentes: exposición y venta de libros en lugares públicos (cines, teatros, escuelas, sindicatos, oficinas gubernamentales y privadas en la ciudad de México y en algunas ciudades de los estados); conferencias y mesas redondas con el más variado y amplio elenco de temas, participantes y recursos expositivos; exposiciones de arte que abarcaban desde la obra gráfica o pictórica de artistas famosos hasta la excepcional muestra de los poemas/objeto, "tipoemas" (tipografía + poesía), que había realizado Octavio Paz en colaboración con artistas gráficos; recitales de todo tipo de música y combinaciones con danza y lectura de poesía y, finalmente, la adquisición de obra gráfica para crear una colección propia del FCE susceptible de ser exhibida en su oportunidad. Para

gran parte de estas actividades se usaron los foros o escenarios instalados en las librerías del FCE (sobre todo en las de Reforma, Satélite, Nezahualcóyotl y Universidad), en los que semanalmente se realizaban programas con la única pretensión de crear o recuperar para los libros un público de lectores.

La promoción orientada hacia la creación de bibliotecas respondía a la política cultural del gobierno mexicano de poner los libros al alcance de la población de más escasos recursos o, en su defecto, poner los libros en un lugar cercano a su ámbito de vida o trabajo. De esta manera, se creó (noviembre de 1973) el programa Bibliotecas Presidenciales, consistente en un lote de aproximadamente mil títulos (con uno, dos o hasta tres ejemplares cada uno) del catálogo del FCE y otras obras más compradas a varias editoriales mexicanas. Cada lote se obsequiaba a escuelas e instituciones de educación media superior de toda la República, a asociaciones sindicales, civiles y culturales, a embajadas y representaciones diplomáticas mexicanas, a municipios, ejidos y bibliotecas públicas de poblaciones rurales, a dependencias gubernamentales y a la propia Presidencia, que disponía de ellas para entregarlas a países amigos o visitantes distinguidos, por ejemplo. A modo de ilustración, en 1974 se preparó un total de 691 Bibliotecas Presidenciales.

Como parte de las actividades de promoción, aunque más orientado hacia aspectos estrictamente culturales, el FCE tuvo la iniciativa para crear el Centro de Investigación y Docencia Económicas (1973); fue copatrocinador del Coloquio Internacional de Desarrollo Urbano (Guanajuato, 1974) y del The Interaction Between Mexican and United States Culture on the Border: a Bilingual Symposium (El Paso, Texas, 1975); organizador y patrocinador del Congreso Iberoamericano de Editores y de la reunión de intelectuales hispanoamericanos (Buenos Aires, 1976); apoyó al Instituto Cubano del Libro (de 1973 a 1976) y, por último, como capítulo aparte, estuvo muy estrechamente vinculado con la creación (hacia finales de 1973), operación y financiamiento de la Casa de Chile en México, apoyada directamente por el gobierno federal a través del Fondo de Cultura Económica, y destinada a ayudar a los refugiados políticos de aquel país, quienes debido al golpe

militar de Augusto Pinochet contra Salvador Allende se vieron precisados al exilio.[24]

En otro orden de actividades, todavía dentro del cauce de la promoción, se convocan dos concursos a nivel continental: uno de Primera Novela (noviembre de 1973) y otro de diseño de carteles para promover la editorial y el hábito de la lectura (1975). Ambos eran los primeros en su tipo que se realizaban en México y se procuraron hacer coincidir con el 40 aniversario del FCE y con la edición de un actualizado Catálogo General (1975).

El segundo cauce, la distribución, se realizó mediante el establecimiento de una cadena de librerías que enriqueció a la única de entonces, situada en avenida Universidad: Escobedo (1971), Reforma (1972), Cuauhtémoc (1973), Lindavista (1973), Satélite (1973), Nezahualcóyotl (1974), Cineteca Nacional (1974), INJUVE (1975) e Insurgentes Norte (1975). En provincia: Morelia (1975), Durango (1975) y Mexicali (1975). Como librerías y distribuidoras: Guadalajara (1973), Monterrey (1973), Puebla (1973), Jalapa (1973), León (1974), Guanajuato (1974) y Mérida (1975), a las que se sumaron tres unidades móviles propiedad de la editorial y varias del Desarrollo Integral de la Familia (DIF) —con el que se había establecido un convenio (1976)—, las cuales recorrían la capital de México y ciudades de los estados. En forma simultánea a la venta de mostrador con estantería abierta, todas estas librerías y unidades móviles se convirtieron en centros de distribución para librerías o instituciones.

En el ámbito internacional, el FCE puso especial interés en el fortalecimiento de sus sucursales y representaciones, tanto que la de Madrid adquirió el nuevo *status* de Fondo de Cultura Económica España (1973), filial con posibilidad de reimprimir obras del catálogo y editar obra nueva; las representaciones de Caracas y de Bogotá se convirtieron en sucursales (1974) y la de Perú reabrió sus puertas (enero de 1974) luego de padecer severas limitaciones por la restricción gubernamental para autorizar la importación de libros. Sin embargo, los problemas políticos y económicos de Argentina (1972 en adelante) y de Chile (1973 en adelante) repercutieron drásti-

[24] Cf. exps. "Francisco Javier Alejo", "Guillermo Ramírez", "Casa de Chile", "CIDE" dentro del AHFCE.

camente sobre las sucursales del FCE, al punto que la de Santiago se conservó sólo como un símbolo de resistencia política contra el gobierno de Pinochet y la de Buenos Aires como una esperanza de nuevos y buenos tiempos. Por último, se otorgaron representaciones en Brasil y Uruguay.[25]

El tercer cauce, la venta, exigió al Fondo de Cultura Económica una restructuración administrativa sustancial debido a las cantidades en las operaciones que se realizaban y al número de trabajadores. Así, entre 1974 y 1975, como empresas paralelas e independientes administrativamente (tanto que ambas contaron con edificio propio, una en la calle de Parroquia y la otra en avenida Coyoacán), se crearon Comercial Fondo de Cultura Económica y Fondo de Cultura Económica Internacional, dedicadas a la administración de las librerías y sucursales en México y en el extranjero.

Complementario a lo anterior, cabe recordar que dentro del plan de expansión se había previsto —diciembre de 1974— la compra de la editorial e impresora UTEHA, cuya red de distribución establecida, catálogo de obras técnicas y máquinas se complementarían significativamente con el FCE. Sin embargo, su propietario, José González Porto, falleció justo en el momento que los representantes del FCE estaban a punto de convencerlo de la recíproca conveniencia del trapaso.[26]

4) Los dos últimos objetivos, colaborar con el resto de la industria editorial mexicana a fin de vencer los obstáculos del mercado internacional y cooperar para intensificar la difusión del libro en el país, se concretaron mediante la creación de las dos empresas subsidiarias de la editorial, recién referidas. El FCE Internacional se propuso como respuesta a la expansión que hacia fines de 1973 emprendió el FCE y como principio de solución a los problemas que la industria editorial mexicana padecía ante el competido mercado mundial del libro en español. Uno de los resultados se encontró en la participación como expositor, por primera vez (octubre de 1975), en la Feria

[25] En el cap. XI se amplía la información sobre las actividades internacionales del FCE.

[26] En las Actas de Gobierno esta información queda apenas enunciada; sin embargo, Manuel Soberón, quien cumplió funciones de mediación, me confirmó las características y objetivos de la operación.

Internacional del Libro en Frankfurt, con inusitado éxito de prensa y mercado.

Por su parte, a mediados de 1974 se creó Comercial FCE, que fue una solución inmediata y tangible a uno de los problemas más arraigados en la industria editorial mexicana: la distribución y comercialización. Para realizarla, la subsidiaria compraba de contado (el problema del crédito y la consignación ha sido desde siempre un obstáculo peligroso) para su cadena de librerías y sucursales gran parte de la producción editorial de las empresas mexicanas más importantes y, simultáneamente, a través del FCE Internacional adquiría libros extranjeros y otros productos culturales que comercializaba en sus locales, como discos, revistas, carteles y así hasta sumar cerca de 200 proveedores.[27]

8. Crear un sistema corporativo

fue la meta que se persiguió con cada una de las tareas realizadas durante la administración de la dupla Alejo y Ramírez. En la reunión de la Junta de Gobierno del 8 de agosto de 1975, el director adjunto enumeró cada uno de los elementos del "sistema corporativo Fondo de Cultura Económica", a saber, como eje central del sistema: *1)* la editorial, dedicada a funciones técnicas de edición; como empresas filiales; *2)* Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia dedicadas a la producción editorial; *3)* Fondo de Cultura Económica Internacional dedicada a la comercialización en el mercado internacional; *4)* Comercial Fondo de Cultura Económica dedicada a la comercialización en el mercado nacional —incluía las librerías y sucursales—; *5)* sucursales del FCE en España, Argentina, Chile, Venezuela, Perú y Colombia, que operaban de manera independiente. A éstas se sumaron otras empresas filiales y asociaciones creadas o establecidas en 1976: *6)* Fondo de Información y Computación; *7)* Distribuidora Nacional FCE; *8)* Audiovisual Fondo de Cultura; *9)* Agencia Literaria FCE; *10)* Inmobiliaria FCE; *11)* Fondo de Ciencia y Cultura Audiovisual, A. C.,[28] y *12)* aso-

[27] VDA/Eligio Rodríguez, encargado del almacén.

[28] Creada en 1973 bajo un convenio con la Radio y Televisión de Francia,

ciación con la empresa Centro Interamericano de Libros Académicos.

Ante el conjunto de subsidiarias y asociaciones, el director adjunto, Guillermo Ramírez, el 8 de agosto de 1975 explicó a la Junta de Gobierno:

> Lo anterior ofrece la posibilidad de convertir a esta institución en el centro de un sistema corporativo que con el concurso y la operación coordinada de sus empresas filiales, cumpla con niveles mayores de eficiencia su función primordial de poner al alcance del mayor número de lectores los libros de su propio fondo editorial, así como los editados por otras empresas y que se consideren de interés científico y cultural.
>
> El sistema corporativo funcionaría con una empresa editorial como eje, que sería la que establecería las directrices generales acordes con las políticas que al efecto fijara su Junta de Gobierno, lográndose a través de empresas que conservan su personalidad, patrimonio y nombre, es decir, su autonomía jurídica y operativa, unificar los esfuerzos encaminados al objetivo fundamental del Fondo de Cultura Económica, sin descuidar sus servicios de apoyo y de carácter técnico que entre sí podrían prestarse las empresas filiales.
>
> En esta forma se lograría lo que técnicamente se conoce como el principio de ejecución descentralizada con control centralizado. Es decir, las diversas empresas filiales serían controladas por el Fondo de Cultura Económica, pero conservarían su margen adecuado de independencia en su operación normal.
>
> Se considera que en vista de las medidas de política económica, que han implementado diversas dependencias del Ejecutivo Federal, así como los estímulos que se establecen en el "Decreto por el que se crea un organismo consultivo que se denominará Comité para el Desarrollo de la Industria Editorial y Comercio del Libro", existen factores que serían benéficos para la operación de un consorcio de esta naturaleza que, además, contempla dentro de su integración una empresa que se dedica a la exportación de productos de la industria editorial.

Al mismo tiempo que se elaboraba y consolidaba esta propuesta de sistema corporativo, que se creaba en forma delibe-

al que luego se sumó el Conacyt, para la producción conjunta e intercambio de películas científicas y culturales —se adquirieron a Francia 35 películas para televisión en dos series, "La vida en movimiento" y "Los destinos del siglo", y se produjeron en México 10 películas para televisión—.

rada con el propósito de "no contaminar" financieramente a la editorial con sus filiales, se realizaron acelerados aumentos en la producción editorial (de 120 obras en 1971 se pasó a 365 en 1975), el volumen de ventas (propias y de comercialización de otras empresas) y la contratación de personal (de 120 empleados y trabajadores en 1971 se pasó a 550 en 1976).

Como consecuencia de esto último, hubo necesidad de responder ante una organización laboral hasta entonces desconocida dentro del FCE, el Sindicato Independiente de Trabajadores y Empleados del Fondo de Cultura Económica creado en junio de 1975. También, en forma consecuente a toda la serie de transformaciones implícitas en la concepción del sistema corporativo, se consideró la necesidad de restructurar jurídica y administrativamente a la editorial, pues su cualidad de fideicomiso la limitaba, incluso la imposibilitaba, para sus acciones y transacciones. Por tanto, el 10 de noviembre de 1976 el director adjunto propuso a la Junta de Gobierno la conveniencia de constituir al FCE en una empresa de participación estatal mayoritaria y como sociedad anónima de capital variable (lo que tardaría varios años en cristalizarse).

Por último, el resultado final de la expansión del FCE se simboliza a través de la Inmobiliaria Fondo de Cultura (constituida en octubre de 1976) que, primero, realizó la ampliación (entre julio y octubre de 1976) de 1 500 m^2 en el edificio de la casa matriz y, segundo, adquirió (noviembre de 1976, tras un año de analizar y decidir la forma de pago) un terreno de 30 802 m^2 ubicado en las faldas del Ajusco, donde se instalarían las oficinas de la editorial.[29]

[29] La ampliación de las instalaciones y adquisición del terreno provino de una necesidad: la casa matriz de avenida Universidad 975 resultaba insuficiente para dar cabida a la muchedumbre de trabajadores (de aproximados 80 en 1970 pasó a 550 en 1976, de los cuales más de la mitad eran exiliados sudamericanos), tanto que desde septiembre de 1974 comenzó un notorio proceso de expansión mediante el arrendamiento de dos edificios para oficinas de las subsidiarias en la calle de Parroquia, próximos a la casa matriz, y uno para aumentar el almacén. Sólo las rentas de estos inmuebles más las rentas de los locales donde estaban instaladas las librerías representaba una erogación sumamente considerable, por eso se pensó que todo el *sistema corporativo* podría estar integrado dentro de una sola unidad, lo que consecuentemente disminuiría gastos operativos.

VIII. VIGENCIA DE PROPÓSITOS

1. Para recuperar la continuidad

del proyecto original del FCE resultaba indispensable realizar una "cirugía mayor" dentro de la empresa.[1] Con este ánimo de transformación, a partir del 17 de diciembre de 1976 y por designación del presidente de la República, José López Portillo, José Luis Martínez se hizo cargo de la dirección general del Fondo de Cultura Económica. Al nuevo director lo impulsaba la voluntad de recuperar la tradición editorial del FCE que él había conocido desde los años cuarenta, cuando se encontraba cerca de la Casa, escribía crítica e historia literaria en las revistas más importantes de su época y colaboraba estrechamente con Alfonso Reyes y con Jaime Torres Bodet —el primero presidente de El Colegio de México y el segundo secretario de Educación Pública—.

A partir de esos años, José Luis Martínez había comenzado a consolidar los dos paradigmas que marcaron su administración del FCE: el interés por la cultura universal y la responsabilidad con México, los cuales a lo largo de sus actividades como servidor público —en Ferrocarriles Nacionales, el Congreso de la Unión, en el Servicio Exterior como embajador, en el Instituto Nacional de Bellas Artes y en los Talleres Gráficos de la Nación como director— y como investigador acucioso —sus obras sobre la historia cultural y literaria universales han merecido los más altos reconocimientos de la crítica especializada— lo han distinguido sobremanera.

Con tales cualidades resultaba natural que Martínez se propusiera recuperar, como hemos dicho, la tradición editorial

[1] Las fuentes informativas en las que basaré todo este capítulo son, esencialmente, las Actas de la Junta de Gobierno correspondientes al periodo comprendido, los catálogos editoriales, la colección completa de *La Gaceta* y conversaciones con: Víctor L. Urquidi, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Jorge Farías, Alicia Hammer, Socorro Cano, Manuel Soberón, Jesús Flores Tavares, Juan José Utrilla y algunos más que se referirán adelante. En su oportunidad se indicarán las referencias específicas.

del FCE, desfigurada por las pretensiones político-culturales de la administración anterior. Cuando el presidente de la Junta de Gobierno, Fernando Solana, entonces secretario de Educación Pública, expresó el concepto de "cirugía mayor" al referirse a la propuesta de Martínez, delineaba con precisión un complejo y delicado proceso de saneamiento empresarial que buscaba reconstituir a la editorial en sí misma, dentro de una dimensión en la que se correspondieran sus alcances culturales como editorial y sus limitaciones como empresa. Esto implicaba cancelar el concepto de sistema corporativo en que se había transformado y, por supuesto, cancelar también las funciones que se le habían asignado como parte de una política cultural gubernamental. La decisión era difícil de tomar.

El asunto fue llevado rápidamente al presidente de la República por la Junta de Gobierno y el director, quienes le expusieron pormenorizadamente los problemas financieros por los que atravesaba la editorial y las limitaciones con las que se enfrentaba debido al inevitable crecimiento para poder realizar las actividades político-culturales que se le habían encomendado. López Portillo, después de escucharlos, analizó, ponderó y aprobó la decisión de esa "cirugía mayor", consistente en una drástica contracción. La transformación exigía: *1)* la liquidación de las empresas subsidiarias; *2)* el saneamiento general de las finanzas y la economía; *3)* la restructuración general de la organización administrativa y financiera, y *4)* la reconsideración de la producción editorial dentro de una perspectiva en que se equilibraran los riesgos del mercado y la responsabilidad cultural. En suma, rehacer la editorial dentro del concepto de empresa sin perder la identidad de la Casa.

También era obligada una severa reconsideración de las tareas y alcances del FCE como empresa editorial y, simultáneamente, de las actividades del FCE como parte integral del gobierno federal, las cuales *no* competían a la Casa. El cuestionamiento culminó en la decisión de obtener independencia editorial y autonomía administrativa. Más aún, el gobierno federal realizó una recomposición general de la administración pública con la cual se reagruparon por sectores las entidades paraestatales.

Sin embargo, lo complejo y delicado de la restructuración

requería de un apoyo financiero y gubernamental indispensable para amortiguar los riesgos de una crisis interna (administrativa, financiera y laboral) y, sobre todo, para sostener la solidez de la responsabilidad cultural de la editorial. De hecho, cuando el presidente de la Junta de Gobierno calificó de "cirugía mayor" la transformación encabezada por José Luis Martínez, estaba reconociendo una operación reconstructiva que indirectamente repercutía sobre la Secretaría de Educación Pública y el gobierno federal, en la medida en que al FCE se le habían atribuido funciones propias de otras instancias gubernamentales.[2]

Para que el Fondo de Cultura Económica recuperara la continuidad editorial en sentido estricto, era indispensable el restablecimiento de una condición empresarial sana, en las áreas financiera y laboral; una actividad cultural equilibrada entre la política gubernamental y la autonomía de la empresa, y una proyección cultural independiente, sólo ceñida a la noción de responsabilidad que desde su origen había distinguido al Fondo. Las disposiciones orientadas a lo anterior fueron inmediatas.

En el *Diario Oficial* (29 de diciembre de 1976) se publicó la Ley Orgánica de la Administración Pública, con la cual se decretó la reagrupación por sectores de las entidades de la administración pública paraestatal. Este ordenamiento conducía a un cambio fundamental: a partir de ese momento correspondía a la Secretaría de Educación Pública la coordinación del fideicomiso del Fondo de Cultura Económica. Al mismo tiempo, se anunció una nueva composición de la Junta de Gobierno, cuyo presidente era el secretario de Educación Pública; los miembros restantes eran el secretario de Hacienda, el director del Banco de México y cuatro representantes de la comunidad intelectual, a saber, Antonio Martínez Báez, Emigdio Martínez Adame, Víctor L. Urquidi y Rubén Bonifaz Nuño. A éstos se sumaba la eventual participación de algunos colaboradores invitados de manera expresa para participar en asuntos específicos.

[2] Es conveniente indicar que años más tarde, por ejemplo, el Consejo y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, la Dirección General de Bibliotecas y el Consejo Nacional de Fomento Educativo vendrían a cumplir las tareas que parcial e incipientemente entonces realizaba el FCE.

En conclusión, era evidente que para recuperar el proyecto original y natural del FCE primero se debía proceder a restructurar las partes ocultas —administrativa, financiera y laboral— para después hacerlo con su cuerpo visible: las colecciones editoriales y sus actividades de difusión. Si se sigue la metáfora empleada por el presidente de la Junta de Gobierno, lo que resultó de la "cirugía mayor" fue el restablecimiento de la salud institucional.

2. La propuesta

de José Luis Martínez consistía en un largo y complejo plan de trabajo que abarcaba los siguientes problemas: la reconsideración de las empresas subsidiarias, el saneamiento de las finanzas y economía, la restructuración general y la revisión de la producción editorial. El origen del plan se encuentra en una auditoría practicada a la editorial y a sus subsidiarias y sucursales solicitada expresamente por la Dirección a oficinas especializadas del sector público y a despachos privados.

Luego de analizar los resultados de dicha auditoría, el 11 de abril de 1977 se decidieron las "incisiones quirúrgicas" y los tratamientos correctivos que permitieran el restablecimiento de la salud financiera y administrativa de la editorial. La primera de ellas fue la suspensión de las actividades de cuatro de las 11 filiales existentes: Audiovisual Fondo de Cultura, S. A. de C. V. (constituida el 3 de agosto de 1976), Agencia Literaria Cultural, S. A. (5 de agosto de 1976), Inmobiliaria Fondo de Cultura, S. A. (25 de octubre de 1976) y Fondo de Ciencia y Cultura Audiovisual, A. C. (convenio con el Conacyt, noviembre de 1974). La razón de esta determinación era que la tareas asignadas no competían directamente al FCE, aunque sí repercutían sobre él los gastos de operación de unas empresas cuyas utilidades eran reducidas o nulas incluso, la Agencia y la Audiovisual nunca llegaron a operar administrativamente.

Hacia principios de diciembre de 1977 se concluyó el proceso de liquidación de otras tres filiales: Comercial Fondo de Cultura Económica, S. A., Fondo de Información y Computación, S. A., el traspaso de la cadena de 18 librerías más una

unidad móvil y la disolución del fideicomiso del Centro Interamericano de Libros Académicos. Las causas fueron que el balance entre los ingresos y egresos de Comercial FCE arrojaba una considerable pérdida económica y que el número de empleados (186) y condiciones laborales (con contrato colectivo manejado por un sindicato) obligaban a la editorial a una serie de prestaciones imposibles de satisfacer. Con la liquidación de Comercial FCE desapareció automática y consecuentemente el Fondo de Información y Computación (encargado del manejo de compras, inventario y almacén), la cadena de librerías (que absorbió la SEP) y el sindicato (establecido jurídicamente en la subsidiaria, pues el FCE como fideicomiso estaba imposibilitado de contar con sindicato). El Centro Interamericano de Libros Académicos se disolvió porque las instituciones que integraban el fideicomiso (FCE, UNAM, SEP) consideraron que duplicaba funciones ya establecidas.

La tercera incisión exigió de tres años para prepararse y llevarse a cabo (noviembre de 1980). Consistió en la liquidación de las subsidiarias Distribuidora Nacional Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V. y Fondo de Cultura Internacional, S. A. de C. V. Ambas se habían conservado más tiempo porque con ellas se realizaba la comercialización nacional e internacional, más cuando las leyes de algunos países sudamericanos no reconocían la figura jurídica de fideicomiso. Sin embargo, las comisiones abonadas y las prestaciones del FCE Internacional significaban una pérdida para la editorial.

Consecuente al paulatino desmantelamiento del sistema corporativo, el Fondo de Cultura Económica comenzó a retomar su dimensión como casa editorial; disminuyeron sensiblemente los gastos de operación, se recuperaron para la casa matriz algunos de los mejores trabajadores de las subsidiarias (la mayoría fue liquidada con prestaciones superiores a las que marcaba la Ley Federal del Trabajo), se agilizó la dinámica general de operaciones comerciales, se consiguió un significativo e inmediato repunte en las ventas y, sobre todo, se volvió a un ámbito de trabajo más próximo a la proporción humana.

Estrechamente relacionado con la liquidación de las subsidiarias, el saneamiento general de las finanzas y economía de la editorial exigía una nueva negociación, luego de varias

anteriores, de créditos contraídos con el Banco Nacional de Comercio Exterior y con otras instituciones bancarias nacionales. En algún caso, la antigüedad de la deuda se remontaba a 1967 y provenía del descuento de facturas de cobranza internacional; en otros a 1975 y el adeudo se originaba en la falta de pago de derechos y regalías; algunos casos más eran de varios años acumulados y el débito provenía de la compra de libros cubanos para Comercial FCE. Como fuera, el conjunto repercutía sobre el pasivo financiero del Fondo de Cultura Económica, que demandaba urgentemente su consolidación a corto y mediano plazos.

Había otra deuda también apremiante que databa de 1976 por la inversión en maquinaria adquirida en Alemania para las plantas industriales subsidiarias Encuadernadora Progreso, S. A. y Lito Ediciones Olimpia, S. A., aparte de algunos adeudos bancarios de corto y largo plazos, impuestos y "otras cuentas" por pagar, cuya suma total hacía peligrar el presupuesto anual de la editorial. La magnitud obligó entre abril y septiembre de 1977 a un "Programa de emergencia" económico y de gestoría gubernamental para obtener la renovación de créditos vencidos, evitar el pago de intereses moratorios, negociar impuestos acumulados de varia índole y, por si fuera poco, conseguir los permisos de importación para rescatar alguna maquinaria detenida en la aduana del puerto de Veracruz.

La solución de los problemas de Encuadernadora Progreso y de Lito Ediciones Olimpia era compleja y costosa. Para restructurar ambas subsidiarias fue indispensable una serie de gastos mayores, más porque la recuperación de ese dinero por ingresos propios parecía imposible. Por lo menos ésa fue la opinión generalizada entre algunos de los miembros de la Junta de Gobierno, quienes parecían defender el precepto popular de "no invertir dinero bueno en el malo". El argumento era uno: "que no se distraiga al Fondo de Cultura Económica de lo que estrictamente es su función". En otras palabras, durante poco más de cuatro años se analizó, una y otra vez, siempre desde distintos ángulos, la conveniencia de vender las dos plantas industriales subsidiarias.

Sin embargo, José Luis Martínez y sus colaboradores reconocían la conveniencia de conservar Encuadernadora Progreso

y Lito Ediciones Olimpia, ya que eran fundamentales para el FCE; aunque admitían la imperiosa necesidad de su restructuración administrativa y su saneamiento financiero, negaban la pertinencia de su venta. La situación llegó a un punto en que el presidente de la Junta de Gobierno denunció "desobediencia manifiesta" de las autoridades del FCE por no respetar y cumplir los acuerdos de la Junta. La decisión se volvía cada vez más delicada.

La opinión de la Administración del FCE —indicó el gerente administrativo, Jorge Farías, ante la Junta el 14 de abril de 1980— era que la venta de Encuadernadora Progreso resultaba poco negociable: su pasivo era considerable, la liquidación de su personal costosa y su rendimiento insuficiente debido a las limitaciones del espacio físico; frente a esto, el FCE sólo recuperaría 5.4% de su inversión por la venta. En sentido inverso —prosiguió el gerente—, la Administración del FCE proponía mantener el control por lo menos cuatro años más; obtener un crédito en condiciones del mercado sobre el total de la inversión para hacer una nueva instalación física de la planta en una sola nave industrial de 7 000 m^2 (estaba repartida en cinco locales dispersos), incrementar el activo en 30% y liquidar el pasivo en moneda extranjera. Si se aprobaba la propuesta, a la vuelta de un año podría retirarse de caja una parte del pasivo contraído; en cuatro años estaría liquidado. Junto a Encuadernadora Progreso, la venta de Lito Ediciones Olimpia no representaba problemas porque la totalidad de la deuda y de conflictos no estaban registrados a su nombre.

Otro argumento era que si se hacía público el ofrecimiento de las plantas industriales se provocaría una inquietud entre los trabajadores, habría una baja en la productividad y deserción de trabajadores especializados —explicó el gerente general el 18 de noviembre de 1980 ante la Junta de Gobierno—. Además, Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia habían venido captando la confianza de grandes editoras mexicanas a las que hacían maquila, por lo que el anuncio de venta haría descender estos trabajos, con sus pequeños pero significativos ingresos propios. Por lo tanto, para realizar la venta solicitada era necesario proceder con excesiva cautela y en forma directa con los posibles compradores.

Más allá de estas razones, había una más que daba base, consistencia y seguridad a la solicitud de los directivos del FCE: la situación del mercado editorial mexicano había cambiado sustancialmente a partir de la devalución de nuestra moneda, lo cual colocaba a México 30% abajo respecto a España y 70% respecto a Argentina, sus dos más cercanos competidores. Asimismo, los costos de importación y transporte desde España y Argentina hasta México encarecían todavía más los libros; es decir, los editores españoles y argentinos pronto imprimirían en México, con lo que la posible recuperación de las plantas sería más rápida. En consecuencia, la propuesta de vender la encuadernadora e impresora era precipitada, sobre todo si las condiciones económicas no variaban dentro de un lapso indispensable (cuatro años) como para amortizar la deuda que se buscaba contraer a fin de sanear financieramente las dos subsidiarias.

El problema de Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia se resolvió según la propuesta de la Administración del FCE, aunque dentro de un plazo más largo del indicado y ya durante la administración de Jaime García Terrés. No obstante, cabe reconocer en la dirección de José Luis Martínez la defensa de esas plantas industriales como subsidiarias de la editorial, que remplazaron con creces los servicios que desde 1940 venía prestando la Gráfica Panamericana (la cual entró en una crisis económica y laboral en diciembre de 1975, a la que no había superado y por la que se fue hundiendo más. Además, la ayuda que le prestaba el FCE —le confiaba casi todas sus primeras ediciones, todos los números de *El Trimestre Económico*, la Serie de Lecturas, gran parte de los libros de la colección de Economía y un local de 800 metros por el que pagaba una renta simbólica— era casi lo único que la sostenía, pues ante las técnicas de fotocomposición y offset la composición tipográfica cayó en desuso y se volvió incosteable).

En el mismo renglón de la renegociación y liquidación del pasivo de la editorial, sin llegar a una situación como la referida, se presentó la dificultad del considerable déficit de las sucursales en el extranjero, que se había desfigurado debido a la intermediación de las subsidiarias Comercial FCE e Internacional FCE. Sin embargo, las auditorías practicadas en Colom-

bia, Perú, Chile y Argentina eran poco halagüeñas, pues si bien parte de ese déficit se recuperaría a mediano plazo con la venta de los libros almacenados, los cuatro casos tropezaban con obstáculos políticos y económicos locales que hacían difícil y lenta la recuperación. Durante dos años, el Fondo tuvo necesidad de contribuir a la capitalización de las sucursales en Bogotá (en donde se habían contraído créditos bancarios que exigieron una negociación más costosa), Perú (para la que se necesitó mudar las instalaciones y fortalecer sus recursos) y Santiago de Chile (cuyo gerente fue removido debido a su falta de iniciativa, más cuando el régimen militar exigía mayor cautela).

Ante el conjunto de deudas y dificultades, uno de los miembros de la Junta de Gobierno sugirió proceder como con las empresas subsidiarias: liquidarlas. José Luis Martínez respondió diplomático, pero enérgico:

> Las sucursales del Fondo en el extranjero no constituyen una pérdida material para la editorial, porque siempre hay vías alternas para recuperar esos recursos. Además, durante muchos años las sucursales en Madrid o Buenos Aires representaron una presencia cultural mexicana de simpatía con la sociedad y no con los gobiernos. Esto todavía ahora se tiene en muy alta estima. Por eso la presencia moral de México en Chile a través del Fondo de Cultura Económica es importante.[3]

Las sucursales en Venezuela y España mostraban condiciones diferentes. La primera tenía utilidades económicas inesperadamente altas. La segunda demandó una reorganización profunda: cambió de régimen administrativo y de local; redujo sus tareas editoriales, limitadas a reimpresiones de obras de extenso y seguro mercado local, ya que la producción resultaba incosteable ante el alza de los precios en España, y amplió la oferta de la librería con la distribución de otras editoriales.

Así, pues, la restructuración general de la organización administrativa y financiera del Fondo de Cultura Económica fue el resultado proveniente de la liquidación de las subsidiarias y del saneamiento económico. Cabe precisar que todo

[3] Sesión del 18 de noviembre de 1980.

este conjunto de medidas se realizaron de manera paulatina a lo largo de cuatro años. Es decir, lo hasta ahora indicado más las acciones reseñadas en las páginas siguientes se concretaron dentro de un lento proceso de reacomodo institucional, cuyo rasgo más externo y simbólico se podría identificar en un hecho menor, quizá poco importante para esta historia.

A lo largo de casi cuatro años, José Luis Martínez estuvo señalando a la Junta de Gobierno la conveniencia de hacer obras de mantenimiento al edificio de la casa matriz —que se había descuidado por cerca de 15 años—; la herrería de las ventanas estaba corroída por la intemperie, las azoteas necesitaban impermeabilizarse, algunas cañerías y tuberías estaban obstruidas y otras picadas, ciertos servicios habían desaparecido debido al deterioro, insuficiencia o remplazo de las instalaciones, las oficinas y salas anexas que se fueron añadiendo no se terminaban de incorporar y quedaban como adiposidades contrahechas, y así hasta sumar una cotización cercana a 15% del presupuesto anual de actividades. Evidentemente, los escasos recursos se canalizaban hacia asuntos prioritarios. Pero, debido a la falta de mantenimiento, el paulatino deterioro repercutía en todas las actividades.

Las tareas encaminadas a la restructuración financiera y administrativa no fueron simbólicas y provenían de poco más de 10 años de, ahora sí, una simbólica falta de mantenimiento. Esto se manifestaba en lo siguiente:

1) Tras la liquidación de las subsidiarias fue necesario el reacomodo y asimilación del personal, tanto del de las subsidiarias que se conservó por su alta calidad, como el de la editorial que transitoriamente desempeñó algunas funciones más, como ocurrió en los casos del almacén y de ventas nacionales e internacionales. La metamorfosis del organigrama fue profunda y el resultado mostró una jerarquización administrativa similar (aunque más ramificada y numerosa) a la que se tuvo durante los años de proyección.

2) La creación y liquidación de las empresas subsidiarias, la reagrupación por sectores de las entidades de la administración pública paraestatal y el no reconocimiento por parte de algunos gobiernos sudamericanos de la figura jurídica de fidei-

comiso llevó a reconsiderar la propuesta de convertir al Fondo de Cultura Económica en sociedad anónima (cuyo accionista sería el gobierno federal), tal como se formuló hacia fines de 1976. Sin embargo, los estudios realizados descubrieron varios obstáculos jurídicos, uno particularmente delicado: en una cláusula del contrato del fideicomiso se indicaba que si éste, sin importar los motivos, se llegaba a disolver, los bienes de la editorial pasarían a ser propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La razón para realizar ese cambio jurídico obedecía a que, según explicó el presidente de la Junta de Gobierno, en el momento de convertir al FCE en empresa del sector público sería propietaria de sus filiales sin que el gobierno federal, a través de la Secretaría de Educación Pública, limitara su autonomía ni su independencia. Esto último se garantizaría mayormente si los socios accionistas de la editorial fueran instituciones afines, como El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana y la Universidad Pedagógica de México, entre otras.

3) Hacia fines de 1979 y durante todo 1980, luego de rebasar el umbral de la crisis financiera interna, pero con ella a cuestas todavía y comenzando a padecer la reducción del presupuesto subsidiado por el gobierno que comenzaba un periodo de austeridad, se estudió la conveniencia de aceptar vender las propiedades inútiles del FCE en Madrid y Buenos Aires y una parte (10 000 m^2 aproximadamente) del terreno adquirido en 1976 en las faldas del Ajusco, para capitalizar a la editorial y para emprender la construcción de una nueva casa matriz. Sin embargo, las dificultades derivadas de la crisis financiera de México (1981-1982) imposibilitaron la obtención de un "crédito puente" (se liquidaría con la venta del edificio, bodega y local arrendado a la Gráfica Panamericana en avenida Universidad) indispensable para la edificación de las nuevas instalaciones.

4) Entre los últimos ajustes, uno particularmente sensible fue hacer un balance general de las existencias en el almacén de México y de las sucursales, analizar la dinámica del mercado según obras, autores y temporadas del año, y ajustar los precios de los libros en forma proporcional a la carestía general, sin por ello dejar de ser los libros de su tipo y calidad más

económicos en el mercado. El asunto era delicado, pues no se podía hacer un incremento general de 30% correspondiente a la carestía ni, menos aún, contrarrestar tal carestía con precios ficticios cuyo déficit fuera a cargo de la editorial.

El justo medio se encontró en una fórmula que la Administración del FCE explicaba a la Junta de Gobierno así: se "castigaba" el inventario a cambio de sostener el patrimonio; es decir, a los libros de poca o nula venta se les fijó un precio inferior al de producción y superior al pago de regalías; a los de venta segura a largo plazo uno ligeramente superior al índice de la inflación, y a los de venta inmediata y constante un incremento moderado. Hacia mediados de 1979 se llegó a un equilibrio relativo, el cual comenzó a inclinarse en favor de la editorial durante los meses y años subsecuentes. Sin embargo, pese a las pocas utilidades económicas, el FCE no podía darse el lujo de obsequiar libros de nulo movimiento comercial, porque eso acarrearía los costos del pago de regalías y la antipatía de los libreros. La alternativa era canalizar algunos de estos títulos a través de las Bibliotecas Presidenciales, de ferias en que se hacían ventas de saldos y promociones especiales. Aquí, cabe indicar, las ventas masivas a través de cadenas de autoservicios fueron tomadas con mucha cautela debido al monto en los descuentos y a los tipos de libros solicitados.[4] También es conveniente señalar que debido a la carencia de recursos el área de promoción resultó afectada, por lo que no se realizaron programas ni actividades especiales, con la sola excepción del Correo del Libro, promovido por la Secretaría de Educación Pública.

Aunque no faltó el calificativo de "tacaño", fue un hecho que el FCE redujo drásticamente sus gastos de operación, promoción e inversión al punto de sujetarse a sus naturales ingresos provenientes de la venta de sus libros. Simultáneamente,

[4] Durante la administración de la dupla de Alejo y Ramírez, la práctica de saldar a través de las cadenas de tiendas departamentales y de autoservicio (Gigante, principalmente) había resultado aparentemente benéfica: salían rápido los libros y entraba rápido el dinero, pero las condiciones de las operaciones eran positivas para las tiendas y no para la editorial, que prefería sacrificar utilidades a cambio de aligerar las bodegas. Aquí destaca una paradoja de la administración referida: cuando la editorial contaba con más librerías para venta directa, sus "mejores ventas" las hacía a través de una cadena de autoservicio.

su otro ingreso, el subsidio del gobierno federal, se canalizaba a las Bibliotecas Presidenciales —una manera de apoyo a las acciones de la Secretaría de Educación Pública a través del FCE— y hacia el pago de adeudos, al pasivo. En noviembre de 1980 la Administración del FCE recibió una puntual felicitación gubernamental a través de la Secretaría de Educación Pública por su excelente manejo de recursos. El 31 de agosto de 1981, uno de los miembros de la Junta de Gobierno hizo la siguiente observación:

> He revisado cuidadosamente los estados financieros de 1977 a 1980 del Fondo y reconozco que han descendido drásticamente los apoyos del Sector Público, en términos reales, desde 1977 hasta la fecha, y también en relación con el índice de precios para el consumidor —indicó Pedro Aspe—. Es un signo alentador de la buena marcha de la Institución, pues cada día representa menos la participación del Sector Público en el Fondo. Sin embargo, aunque considero conveniente la austeridad en el manejo de una empresa, reconozco que ésta no se justifica en la educación y en la cultura, ya que todo lo que en ellas se gaste es una forma de inversión y no un gasto corriente. Por lo tanto, si bien felicito el resultado de la política de austeridad, también recomiendo la conveniencia de voltear esa política del Sector Público para incrementar los recursos asignados al Fondo. En su caso, por sus actividades, está plenamente justificado el gasto de inversión.

3. La parte visible

de las actividades del Fondo de Cultura Económica durante la administración de José Luis Martínez se encuentra, por un lado, en la reconsideración de la producción editorial dentro de una perspectiva en que se equilibraran los riesgos del mercado y la responsabilidad cultural y, por el otro, en la recuperación de un ámbito de trabajo en el que se privilegiara la dimensión de una casa editorial, por su dinámica laboral próxima a la interrelación humana de tipo familiar.

Sobre esto último conviene una pequeña aclaración. La dinámica laboral de Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia, donde se realizaban los trabajos correspondientes a su especialización (maquinaria pesada y compleja,

dimensiones físicas de la nave industrial y volumen de papel, libros y paquetes considerablemente grande, por ejemplo), lleva a unas actividades propiamente industriales muy distintas a las que se realizan en la matriz, la *Casa*, como ya se ha descrito en los capítulos precedentes.

También es necesaria una descripción de la Casa, sobre todo porque durante muchos años había sido uno de los rasgos distintivos del FCE. Es cierto el apotegma: las circunstancias obligan. Las dificultades financieras y económicas condicionaron la "reconstrucción" de la Casa: la liquidación de las subsidiarias conllevó una natural selección, readecuación y asimilación del personal en todas las áreas del organigrama. La reducción del número permitió el incremento de relaciones más personalizadas, con todo lo que esto significó en simpatías y antipatías; la pasión, inteligencia, conocimientos y creatividad estaban (y siguen estando) en juego permanente, es el rasgo distintivo de una casa familiar. En palabras de Mary Bayona, secretaria del gerente editorial que lo ha vivido nueve años cotidianamente,

> [el Fondo] es y ha sido objeto de intrigas, odios, envidias, ha creado frustraciones e infortunios, pero también realizaciones, éxitos y satisfacciones. Se ha resquebrajado, ha tenido momentos críticos, cambios dolorosos, se le ha acusado y mancillado. Todo lo ha resistido. Tal parece que las pasiones humanas lo fortalecen; sigue y seguirá mientras haya seres de buena voluntad que amen los libros y se interesen en esta gran empresa cultural.[5]

En los testimonios de algunos trabajadores de la Gerencia de Producción,[6] la dimensión de la Casa permitía una dinámica profesional más informal y expedita; no había juntas, ni reuniones, ni acuerdos protocolarios sujetos a una regularidad estricta ni, menos aún, a la solemnidad —con la excepción de las de la Junta de Gobierno, dos veces al año—. Lo que sí había permanentemente era un trato amistoso que fructificaba en eficiencia laboral; en algún corredor o sala de la casa matriz o en una cafetería cercana se charlaba sobre diversos

[5] Mary Bayona, "El FCE, una historia sin fin", *Azteca,* 32 (febrero de 1993), 19.

[6] Por ejemplo Alicia Hammer, Socorro Cano, Felipe Garrido, Alba Rojo y Alfonso Ruelas, con quienes sostuve largas conversaciones.

asuntos —el amigo que sugería la conveniencia de una reimpresión, o que había identificado erratas o deficiencias en la traducción, o que indicaba la novedad editorial europea susceptible de publicarse en México—, que paulatinamente iban incrementando las notas de algún cuaderno, las cuales, poco después, se convertían en registros formales que se conducían hacia los ámbitos de decisión correspondiente.

En los dos apartados precedentes se han descrito las tareas y se han omitido a las personas que las realizaron. Como un gesto de reconocimiento se refieren ahora: en la subdirección Jaime García Terrés otorgó una continuidad editorial fundamental; en la administración, finanzas y auditoría es de justicia indicar que Jorge Farías Negrete, Georgina García González y Martín Miranda Zaragoza, respectivamente, ocuparon un lugar protagónico fundamental; que en programas y presupuestos, dirección comercial y coordinación administrativa Luz Alicia Palacio, Antonio Pérez y Cosme Olivares estuvieron muy atentos para corresponder y satisfacer las exigencias del momento; que en contabilidad, jurídico, biblioteca y almacén, Raquel Villarreal, Elizabeth Rojas, Graciela Bayúgar y Eligio Rodríguez recuperaron para la editorial una dinámica de trabajo que corría el riesgo de desaparecer; y que en Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia, pese a las adversas condiciones, Manuel Soberón y Tarcisio Villicaña tuvieron confianza en el director José Luis Martínez y sacaron adelante una empresa que otros consideraban sin salvación. Contiguo a ellos crece un listado de 160 personas en la casa matriz y poco más de 300 en las plantas industriales, sin las cuales sería imposible realizar nada de lo indicado.

Junto a estos protagonistas había otros sobre los que directamente recaía la mirada de los lectores y amigos de la editorial: Jaime García Terrés (subdirector general de la editorial y director de *La Gaceta*), Felipe Garrido (gerente de producción), José C. Vázquez (supervisor de talleres, revisores y correctores), Óscar Soberón (director de *El Trimestre Económico*), Alba C. de Rojo (relaciones públicas y publicidad) y Rafel López Castro (diseño), todos ellos, más un selecto grupo de colaboradores de planta y externos, eran los responsables de la parte visible de la Casa.

Dentro del conjunto de toda esta historia Alí Chumacero (coordinador general editorial) ocupa un lugar especial, ya que su entrega al Fondo de Cultura Económica ha sido fundamental para la prestigiada calidad de los libros de la editorial. Él, desde principios de los años cincuenta, ha procurado más que el simple decoro en la corrección tipográfica, que muchas veces ha conllevado la corrección estilística y la limpieza de la lengua española, tan proclive a neologismos simulados y malos préstamos de otras lenguas; el buen empleo de la proporción y distribución de la tipografía dentro de cajas adecuadas, para así ofrecer descanso y placer al lector y lucimiento a la obra; la atinada selección de obras, pues aunque es secreto, todo el mundo sabe que sus dictámenes han dado paso a la publicación de libros hoy fundamentales para la literatura y el ensayo literario mexicanos —por sólo indicar lo poco—; la rigurosa planeación y control de los programas de edición, reimpresión y reedición, más su perseverancia entre los impresores, traductores, correctores y aun autores para lograr que los libros se hagan bien; la exigente atención para que los trabajos de recopilación se ajusten al afán de que la obra de los autores se manifieste en su mejor expresión, como lo hizo con las ediciones de Mariano Azuela, Efrén Hernández o Xavier Villaurrutia; la discreta, sutil invitación a los lectores para que se acerquen a una obra: sus presentaciones y solapas son prodigiosamente ejemplares por su brevedad y acierto; y, por si todo esto fuera poco, queda la mejor de sus "tareas": su conversación, su siempre irónico y anecdótico magisterio, en la que se muestra como sabio, mundano y apasionado que es. David Huerta escribió lo que muchos podríamos suscribir a lo largo de 40 años:

> Alí Chumacero me enseñó los rudimentos del trabajo editorial. Me orientó, me prestó libros, me dijo lo que yo necesitaba escuchar en esos años de formación que eran, al mismo tiempo, los de los pasos primeros en el mundo del trabajo. Qué manera de trabajar como un endemoniado; con qué orden, limpieza, precisión pude ver manejar a Alí el tipómetro y examinar minuciosamente las pruebas de imprenta. Yo sabía qué clase de enorme poeta y de erudito era y es, ahora más, por supuesto, pero verlo trabajar en

el Fondo completó en mí la imagen que de él conservo y conservaré por el resto de mis días.[7]

José Luis Martínez recuperó una Gerencia de Producción compacta y unitaria (equivalente al antiguo Departamento Técnico). Esto fue posible debido, primero, a la sensible reducción de personal y, segundo, a una integración más homogénea entre los que venían trabajando en la editorial desde los años cincuenta —referidos con mayor detalle en el capítulo XII—; entre todos ellos, ocupan un lugar indispensable los colaboradores externos. En pocas palabras, se volvió a sentir el gusto por hacer bien los libros, por quererlos.

También fue preocupación de la Dirección General asentar claramente los principios rectores de la editorial. Por eso, el 21 de diciembre de 1978 se presentó a la Junta de Gobierno una síntesis acabada de las normas editoriales del FCE, regidas por el principio no utilitario mercantilmente y por la voluntad de difundir obras clásicas y fundamentales, por el afán de tolerancia amplia y liberal, y la estimación valorativa fundada en la objetividad de la calidad y universalidad de las obras y autores. Los términos de esas normas siguen vigentes y por eso se reproducen *in extenso*:

1. La selección de las obras se realiza con objetividad y con espíritu amplio, tolerante y liberal, sin prevenciones maliciosas personales o ideológicas ni concesiones interesadas o circunstanciales, atendiendo sólo a la calidad, al interés público de una obra y a su valor educativo. Para realizar esta selección, el Fondo cuenta con asesores especializados y atiende las sugestiones de instituciones académicas y escuelas universitarias.

2. Se da preferencia a las obras clásicas, a los tratados sistemáticos, a los libros de texto y de consulta y a las obras que signifiquen contribuciones importantes y originales en cada disciplina.

3. El propósito de las obras editadas por el Fondo de Cultura Económica es el de contribuir al mejor conocimiento de los temas elegidos y el de dar a conocer las creaciones literarias más significativas, de manera que se ofrezca a los lectores programas equilibrados y sugestivos del pensamiento, las doctrinas y la creación.

4. Se procura especialmente difundir las obras de autores nacio-

[7] David Huerta, "75 de Alí", *La Gaceta,* 273 (septiembre de 1993), 10-11. El número de la revista está dedicado a Alí Chumacero en su 75 aniversario.

nales o acerca de temas mexicanos, siempre que se ajusten a las normas de calidad y al propósito de universalidad establecido.

5. El Fondo de Cultura Económica mantiene, prosigue y reimprime las series y colecciones que han ido constituyendo su tradición editorial, mejorando su diseño de manera que sean más atractivas. La creación de nuevas series o colecciones procura ajustarse y enriquecer los propósitos y normas editoriales características de esta casa editorial.

6. En las ediciones del Fondo de Cultura Económica se conservan las normas internacionales de las ediciones de tipo académico, la corrección de los textos, la precisión de las traducciones, la calidad tipográfica y el decoro de la impresión y presentación, de acuerdo con el tipo de obra y la colección a que pertenece.

7. En la contratación de las obras nacionales o extranjeras el Fondo de Cultura Económica ejerce la necesaria capacidad de negociación, con elasticidad de procedimientos —dentro de sus propios márgenes de posibilidades—, para hacer frente a la creciente competencia en materia editorial y a la realidad de los mercados.

8. Los contratos para realizar coediciones se celebran exclusivamente con instituciones nacionales o internacionales afines, procurando la equidad y la salvaguardia de los intereses de la casa editorial. En todos los casos, el Fondo de Cultura Económica mantiene la libertad de aceptar o rechazar los textos propuestos, de manera que sean compatibles con sus propósitos y normas, y con sus intereses.

9. El Fondo de Cultura Económica cuida el cumplimiento estricto de los compromisos contraídos en cada uno de los contratos de ediciones, celebrados con los propios autores o con otras editoriales, y en especial paga regularmente las regalías o derechos de autor correspondientes.

10. En la fijación de los precios de venta de los libros que edita, el Fondo de Cultura Económica procura abatir los costos de producción y se limita a recuperar la inversión y los costos técnicos y de distribución, más un porcentaje mínimo de utilidad, de manera que los libros lleguen a los lectores al precio más bajo posible.

En forma simultánea, se estableció un programa editorial que se distinguía por los siguientes aspectos, casi todos marcados por la limitación de recursos económicos:

1) Para la selección de obra nueva se dio prioridad a aquellas que mostraran una consistencia cultural sólida y, por lo tanto, garantizaran una vigencia a mediano y largo plazos, o per-

manente, con lo que se podría asegurar cierto mercado; que abordaran asuntos y problemas de la hora presente dentro de una dimensión preferentemente universal e imparcial; que se encontraran dentro de una concepción cultural más tradicional, en el sentido de más ajustada a las disciplinas científicas que identifican a las colecciones de la editorial.

2) Para la selección de reimpresiones se procuró una sistemática recuperación y recirculación del Catálogo dentro de las siguientes normas: primacía a los libros que contaran con un mercado seguro por haberse convertido en textos escolares; revaloración de obras publicadas en años anteriores aún con vigencia; análisis sistemático del catálogo, del inventario en almacén y de las ventas por años y temporadas para determinar un cálculo más estricto y confiable tanto de las obras a reimprimir como de los tirajes. No obstante la carencia de recursos económicos, el promedio de producción no disminuyó en relación proporcional (respecto a personal y recursos disponibles) con los años precedentes, sino incluso mostró discretos incrementos.

En medio de los dos puntos referidos surgió una circunstancia impuesta por las limitaciones económicas: las obras que representaban un presupuesto particularmente alto eran doblemente ponderadas en función de su valor cultural y mercado potencial. Pese a ello, se procuró concluir con todas las obras que, precisamente debido a su complejidad editorial y costo de producción, se habían rezagado desde hacía algunos años, como *México en 1827* de Henry George Ward, la *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)* de Ibn Jaldún o *Los reyes y reinos de la Mixteca* de Alfonso Caso, por sólo citar tres libros con excepcional historia de producción editorial.

3) El perfil del programa editorial se consolidó cuando se hizo manifiesto el propósito de subrayar en algunas de las colecciones ya establecidas, como en la de Historia, por ejemplo, el interés por editar obras fundamentales para la historia social y política de México (fuentes documentales, reediciones de obras de siglos anteriores, básicas para nuestra historia literaria, como la creación en 1979 de la colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas, reeditadas facsimilarmente).

Dentro del perfil del programa editorial, también se sub-

rayó la voluntad de objetividad y de amplitud en el horizonte cultural para la editorial. Ejemplo de ello es la recuperación de los Comités Editoriales creados durante la administración anterior, los cuales no lograron desarrollar su potencial intelectual (y por ende habían desaparecido). A sugerencia de la Junta de Gobierno, Martínez consideró pertinente el apoyo de los Comités y, por lo tanto, procuró continuar con el de ciencias económicas y crear el de ciencias sociales y políticas; el primero integrado por Víctor L. Urquidi, Leopoldo Solís, Fernando Rosensweig y coordinados por Óscar Soberón; el otro constituido por José Luis Reyna y Rafael Segovia. Socorro Cano, en conversación con el redactor de estas páginas, acota:

> A mí me tocaba preparar todos los materiales que emplearían ellos cuatro, amén de organizar las reuniones del Comité, que eran cuatro al año y que solían desarrollarse con cierta formalidad. Su función era una, así de amplia: la de ofrecer a la subdirección una consultoría sobre la cual basar las decisiones editoriales. El Comité consideraba las diferentes áreas de especialización: clásicos, historia, textos pedagógicos, políticos o de administración (que pronto se dio de baja), etcétera. Sobre esta base, se estudiaban los catálogos: el de años anteriores, el vivo y el que estaba en proceso de producción; se consideraban opciones de nuevos títulos que se entregarían a los dictaminadores para que emitieran su opinión, y se establecía algo así como un programa editorial para un lapso de tiempo futuro más o menos restringido, todo esto dentro de la línea editorial que ha distinguido al Fondo, amplia, rigurosa científicamente y un poco ecléctica.

En un impulso similar por atender los grandes problemas nacionales, aunque ya no sólo desde una perspectiva histórica o económica, sino a través de una visión más amplia y heterogénea, se estableció un convenio de coedición con la Secretería de Educación Pública para crear (1980) la colección SEP/80, que prolongaba una tradición de libros económicos en edición de bolsillo.

Como complemento del perfil editorial del Fondo de Cultura Económica resulta indispensable referir la creación (1978) de una sección de diseño dentro de la Gerencia de Producción. Con esto se buscó unificar los criterios visuales que identifi-

caban al FCE en general y a las colecciones en particular. Era un hecho que con el paso de las décadas, y debido a las sucesivas reimpresiones de algunas obras, la imagen visual de la editorial se había multiplicado al punto de su desdibujamiento. Por lo tanto, hasta donde las ediciones, reediciones y reimpresiones lo permitieron, se ajustaron todos los nuevos libros y colecciones a un criterio visual único, mas no estático.

Por último, las actividades de la oficina de promoción y relaciones públicas fueron pocas y su resonancia estuvo amortiguada por la reducción del presupuesto. Las prioridades obligaban y la promoción y publicidad no estaban dentro de ellas. Se llegó al punto extremo de que, debido a la combinación de reducción del presupuesto anual y al aumento de la inflación entre 1979 y 1980 (poco más de 30%), la celebración del 45 aniversario planeada con ediciones especiales y eventos se restringió a una ceremonia decorosa y protocolaria.

IX. LA CRISIS: SUS LABERINTOS

1. Una danza de cifras

porcentuales identificó la década de los años ochenta.[1] La profunda y generalizada crisis económica que afectó a México y a la totalidad de los países de Hispanoamérica, provocó que el Fondo de Cultura Económica padeciera en ese tiempo dificultades para estructurar y dar continuidad a un programa editorial a mediano y largo plazos. Asimismo, los tropiezos para resolver las urgencias y necesidades inmediatas, junto con las consecuencias de una obligada restructuración administrativa y financiera, repercutieron sobre la organización y funcionamiento de la editorial.

Los primeros y severos efectos de la crisis comenzaron a manifestarse durante 1982: *1)* la escasez generalizada de papel llevó a una sensible baja en las reservas del almacén, lo que puso en peligro la producción y obligó a compras de emergencia en 1983, con la consecuente alza de precios; *2)* los países hispanoamericanos en donde se ubican las sucursales de la editorial padecieron efectos peores de una crisis similar a la mexicana y, por lo tanto, el déficit las colocó en el punto técnico de la quiebra financiera, no obstante —paradojas de los negocios— que sus ventas en conjunto aumentaron 59% res-

[1] Las fuentes informativas en las que basaré todo este capítulo son, esencialmente, las Actas de la Junta de Gobierno y del Consejo de Administración (a partir de que el FCE se convirtió en Sociedad Anónima) correspondientes al periodo comprendido, los catálogos editoriales, la colección completa de *La Gaceta* y conversaciones con: Víctor L. Urquidi, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Jorge Farías, María del Carmen Farías, Alicia Hammer, Socorro Cano, Manuel Soberón, Jesús Flores Tavares, Juan José Utrilla, Javier Pradera y Héctor Subirats. En su oportunidad se indicarán las referencias específicas. También consulté: *FCE, Medio siglo, 1934-1984. Discursos en la prensa internacional*, México: FCE, 1984. La totalidad de las cifras porcentuales que se emplean en todo el capítulo provienen tanto de las Actas como del trabajo de Armando Mújica Montoya, "Estudio para la restructuración del FCE", México, 1987 [inédito. Anexo 3 de las Actas de las Juntas del Consejo de Administración, abril de 1987], preparado expresamente para la editorial a solicitud del director.

pecto a 1981, pero debido al control de cambios ese dinero nunca pudo salir de sus países; *3)* las filiales industriales del FCE, Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia, no sólo continuaron arrastrando un importante pasivo financiero, sino que éste se incrementó con intereses moratorios cuya renegociación se dificultó por el cambio de administración gubernamental; *4)* el presupuesto calculado para 1982 fue doblemente deficitario debido a los gastos de austeridad impuestos por el gobierno federal; tal presupuesto fue 40% menos que el propuesto y, para colmo de males, el índice inflacionario en ese año se multiplicó por dos; y *5)* en 1982 se calculó un presupuesto para 1983 que, por circunstancias aún más acentuadas respecto a las referidas en el punto anterior, difícilmente alcanzó 16.7% de incremento, cuando la inflación rebasaba 30%.

A pesar de lo dramático de la situación, el 17 de diciembre de 1982 Jaime García Terrés sonreía en la sencilla ceremonia en la que el presidente de la Junta de Gobierno y secretario de Educación Pública, Jesús Reyes Heroles, anunciaba que el presidente de la República, Miguel de la Madrid, lo había designado director general del Fondo de Cultura Económica. Fue una decisión natural, ya que García Terrés formaba parte de la Casa desde 1971, primero como asesor editorial y luego como subdirector. Con su nuevo nombramiento se garantizaba la continuación y el fortalecimiento de la tradición editorial del FCE.

Además, por su larga experiencia dentro del medio editorial en general y del FCE en particular, ofrecía la importante garantía de conocer perfectamente el riesgo que significaba quedar a la zaga dentro del mercado editorial hispánico, pues sus consecuencias a mediano y largo plazos serían mucho más costosas en lo cultural que en lo material. Esto explica que García Terrés depositara en los aspectos cultural y editorial el más creativo y vigoroso de sus esfuerzos, como se observará en el séptimo apartado de este capítulo. Sin embargo, las apremiantes circunstancias confrontaban a la editorial con una realidad insospechada y peligrosamente inestable: las fluctuaciones porcentuales, siempre en ascenso dentro de una competencia violenta, sin normas ni metas finales.

2. Los porcentajes

registrados en las actas de la Junta de Gobierno muestran que las autoridades administrativas del gobierno federal y de la editorial se encontraban ante la disyuntiva de asegurar el equilibrio financiero o de sostener un programa de producción editorial. El dilema se acentuaba porque el programa de producción era (y sigue siendo) más estable, relativamente, pues suele prepararse con dos y tres años de antelación para obras nuevas, uno o dos para reediciones y uno o menos para reimpresiones; cuando se trata de casos especiales los tiempos son distintos. En cambio, durante los años ochenta los presupuestos globales que solían calcularse anualmente llegaron al extremo de regularse de manera trimestral; tal era la carrera de los precios y de la inflación, de la cual derivaron serios problemas financieros como los siguientes:

1) Como ya se ha indicado, el nivel óptimo de rentabilidad de las filiales Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia sólo se podría conseguir si se terminaba de liquidar el pasivo que arrastraba desde 1976 y se instalaban dentro de una sola nave industrial, con lo que se eliminarían "cuellos de botella", traslados y la multiplicación inútil de funciones. Para adquirir una nave industrial o un terreno de aproximados 10 000 metros cuadrados fue necesaria una larga búsqueda y una penosa negociación, en la que casi siempre iba de por medio la venta de una parte del terreno propiedad del FCE en las faldas del Ajusco, donde no se instalarían ambas, las subsidiarias y la editorial, según se acordó en 1979. Entre las posibilidades para instalar la nave industrial destacan: *a)* Corporación de Radio y Televisión Mexicana (Canal 13) ofrecía la compra de una parte del terreno del Ajusco y pagaba con dinero y con un terreno industrial en Tláhuac —donado por el Departamento del Distrito Federal—, pero el trámite era complejo y se descartó por improcedente; *b)* un particular ofreció en venta un doble local en la colonia Portales, pero el costo y condiciones rebasaba las posibilidades del FCE—además de que la zona no era la idónea para una planta industrial—; *c)* de la zona industrial Vallejo llegó un cuarto ofrecimiento (el primero surgió en 1980 en el barrio de Xoco, pero se desechó rápidamente): sus condiciones de compra y venta eran no sólo exigentes por las cláu-

sulas sino, además, el vendedor tenía muchos recelos para hacer tratos con instituciones gubernamentales; el colmo fue que, en el transcurso de los ocho meses de negociaciones, los vendedores aumentaron ¡175%! el valor original. En noviembre de 1987, tras seis meses de gestiones (fueron y vinieron avalúos y se encendieron y apagaron discusiones) y seis años de búsqueda, finalmente se firmó el contrato de compraventa de la nave industrial de avenida San Lorenzo Tezonco número 202, Iztapalapa; pocos meses después se adquirió un terreno colindante útil para ampliar el almacén de papel (y a lo largo de 10 meses se realizó el traslado).

2) La adquisición de papel ha sido desde siempre un serio problema para el FCE, más porque sin él, claro está, no existiría la editorial. Sin embargo, lo que durante los años setenta y anteriores fue relativamente fácil de resolver, en la década siguiente se complicó por la libre competencia del mercado internacional y del nacional, con lo que los precios resultaban imprevisibles. Por ejemplo: lo que en 1984 costó 100, en 1985: 259, en 1986: 276 y en 1987 pasó ligeramente de 300. En 1984 y casi como una lotería, se consiguió en Cuba papel 40% abajo del costo internacional, pero eso no se repitió. (O algo más delicado: el monopolio de la industria papelera privada dejó que sólo cuatro o cinco de sus grandes distribuidores controlaran las licitaciones públicas a que por ley está obligado el FCE, por lo que éste se vio atrapado.)

El asunto del papel es importante porque en él se gasta 30% del presupuesto del FCE. Según cálculos de 1987, el presupuesto de la editorial se destinaba a los siguientes renglones: *a)* incremento de almacén con obras nuevas, reediciones y reimpresiones; *b)* productos en proceso; *c)* papel; *d)* contratación y derechos de obras; *e)* inversión. En otras palabras, los gastos eran: administración 6.79%; publicidad 1.68%; contratación de obras 2.88%; producción 54.58%; papel 29.04%.

Quizá resulte interesante otra versión de los dos últimos aspectos. En 1987, debido a la enorme cantidad de ventas de *La biografía del poder* de Enrique Krauze, hubo necesidad de realizar varias reimpresiones de los ocho volúmenes; sumaban en total casi 500 000 ejemplares en un lapso de escasos cuatro meses. Para esto fueron indispensables ¡400! toneladas de papel

o, en otros términos, acaparaba 30% del total para 1987. Más aún, 65% del costo del libro correspondía al papel. Ahora otras cuentas ilustrativas: cuando en 1987 se calculó un tiraje total de 1 040 000 ejemplares de los 12 libros de texto para secundaria, se necesitaba un presupuesto de 2 270 000 pesos, de los cuales 77% se destinaba al pago de papel.

3) La venta y los precios eran un capítulo igualmente complejo durante los años que ahora se reseñan. Sobre todas las cosas, el FCE debía conservar el nivel más bajo en sus precios y la calidad más alta. Sin embargo, la realidad imponía condiciones insalvables, empezando por los costos de producción y papel. Las cuentas registradas semestralmente en las actas del Consejo de Administración muestran el índice inflacionario y las estrategias para tratar de contrarrestarlo en provecho del lector, para el que la editorial sacrificaba su margen de utilidad a cambio de un mejor precio (y obtener así un mayor volumen de ventas).

Según las cuentas de la Cámara Nacional de Comercio, entre 1985 y 1986 (los años más críticos de la década, cabe indicar) las ventas de libros disminuyeron 47%. Para 1986 se calculó una inflación de 145.7%. En este escenario, el FCE tuvo 57% de incremento en sus ventas y un decremento de 10% de unidades vendidas. Sin embargo, ese incremento, junto al índice de inflación, se convertía en pérdida; los precios estaban ajustados sobre costos reales, pero la inflación no.

Hubo un punto extremo que obligó a la editorial a aumentar sus precios en forma "realista", de acuerdo con la inflación: se encontró que los distribuidores de México y Centro y Sudamérica establecían los precios según la oferta y la demanda del mercado y no según los costos. Por lo tanto, un libro que el FCE entregaba a sus distribuidores para que lo ofrecieran a 2.00 (incluido el porcentaje de comisión al librero), éstos lo vendían entre 3.50 y 5.00. Así, el ahorro que la editorial ofrecía a los lectores se convertía en "utilidad" para los vendedores. Cabe señalar una cualidad: durante los años setenta el conjunto de las sucursales extranjeras del FCE suministraba 30% de los ingresos totales; durante los ochenta el porcentaje se incrementó hasta 40%, aunque entre 1986 y 1988 el control cambiario entorpeció y casi imposibilitó el flujo de dinero.

La situación se volvió tan difícil que las quiebras de librerías, talleres de impresión (700 en 1985) y editoriales en México se multiplicaron por cientos; Siglo XXI, Diana, Joaquín Mortiz, Porrúa, Era, Grijalbo y varias más redujeron su producción anual entre 60 y 80% promedio entre 1982 y 1987; los costos para adquirir los derechos de autor se incrementaron entre 100 y 150% a partir de 1982 y las condiciones de las agencias editoriales llegaron a extremos de contratación tan exigentes como solicitar tirajes de, he aquí un ejemplo excepcional, un millón de ejemplares en España para la primera edición de una novela de Gabriel García Márquez (cuando el mercado se saturaría con 300 000).

A todo esto se debe sumar el control cambiario. El 12 de septiembre de 1985 se publicó en el *Diario Oficial* una resolución de la Secretaría de Hacienda que regulaba la adquisición de divisas a precios controlados para el pago de regalías a empresas editoriales. En ella se autorizaba ¡10%! sobre el total de exportaciones de la empresa —cuando al FCE ni el 100% del total le hubiera alcanzado, sobre todo porque en Hispanoamérica el control cambiario era aún más severo que en México—. Un ejemplo dramático se dio en 1987, cuando la sucursal en Perú sólo pudo conseguir ¡3 500 dólares! para sus operaciones internacionales de todo el año.

Dentro de unas condiciones inflacionarias tan enrevesadas, los administradores de los recursos del FCE se encontraban con exigencias cuya complejidad agravaba todo: las aportaciones económicas provenientes del gobierno federal podían llegar recortadas entre 30 y 40% a lo propuesto debido a la repercusión de la crisis y, peor aún, las ministraciones eran entregadas periódicamente, en forma mensual o bimestral, por lo que la liquidez era prácticamente nula. Con tan escasa libertad de operación, a lo largo del año la administración del FCE debía negociar en las entidades federales incrementos, entregas e incluso adelantos de partidas especiales sobre el presupuesto aprobado. Por ello, más de una vez el FCE debió postergar sus compromisos, al punto de estar al borde de la suspensión de pagos a sus proveedores de papel, situación ciertamente incómoda y peligrosa.

Los recursos económicos del Fondo de Cultura Económica

impusieron con particular dramatismo un comportamiento específico para afrontar la realidad material de la crisis financiera nacional e internacional. En forma simultánea, aunque en sentido inverso, el director García Terrés y los administradores de la editorial procuraban hacer comprender a los representantes del Consejo de Administración que los problemas de la empresa debían atacarse desde los frentes económico y financiero, con su repercusión administrativa, y el editorial, con su dimensión política y cultural. Sin embargo, según consta en las actas, la dimensión económica y financiera, más su correlato administrativo, ocupaban un lugar preponderante. La realidad material, violenta e imprevisible, tendía a imponerse avasalladoramente.

3. El aparato y las metas

del Fondo de Cultura Económica encontraron respaldo en el Plan Nacional de Desarrollo (1983-1988). En éste se destacaba que "la educación y la cultura inducen al desarrollo, lo promueven y a la vez participan de él. El progreso educativo y cultural resulta así decisivo para avanzar hacia el bienestar económico y social". También señalaba que "las acciones que ha emprendido el Estado a fin de enriquecer y desarrollar la cultura requieren de una mayor vinculación a la política educativa". Y establecía tres propósitos fundamentales: *1)* "promover el desarrollo integral del individuo y de la sociedad"; *2)* "ampliar el acceso a todos los mexicanos a las oportunidades culturales y de recreación"; *3)* "mejorar la prestación de los servicios culturales".

Aunque no se refieren directamente al FCE, estos conceptos refrendan la decisión gubernamental de colocar a la editorial en un lugar central dentro de las tareas educativas y culturales de México. Sin embargo, como ya se ha indicado en los dos capítulos previos, la compleja figura jurídica del fideicomiso sobre la que se estructuraba la empresa se convertía en un obstáculo para facilitar su natural crecimiento y dinámica; algo similar ocurría con otras empresas gubernamentales. Por lo tanto, se formuló un decreto que ordenaba la cancelación de los fideicomisos y, en su lugar, crear sociedades anónimas de

participación estatal mayoritaria (*Diario Oficial,* 4 de octubre de 1982).

Luego de largos y sinuosos trámites, el 20 de diciembre de 1984 se constituyó la escritura pública de una sociedad anónima (entre cuyos accionistas sólo había dos personas que la integraban a título individual, Jesús Silva Herzog y Emigdio Martínez Adame) que, entre otras consecuencias, transformó a la Junta de Gobierno en un Consejo de Administración integrado por 10 miembros. En esa ocasión, el presidente del Consejo y secretario de Educación Pública, Miguel González Avelar, indicó que con el cambio se pretendía "mayor autonomía", "mayor precisión en el manejo de los programas" y "participación más entusiasta y resuelta de las entidades públicas que forman la Sociedad Anónima": las secretarías de Educación, de Hacienda y de Programación, la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México.

En el transcurso de los dos años comprendidos entre la toma de posesión de Jaime García Terrés y la firma de la escritura notarial referida, la Dirección tuvo que enfrentar una doble realidad, que el gerente general, Jorge Farías, en conversación con el redactor de estas páginas, explicó en estos términos:

> La repercusión de la crisis económica sobre la industria editorial mexicana e internacional recaía sobre la significativa disminución de las ventas de libros, de manera consecuente la producción editorial también disminuyó, al punto que la oferta editorial nacional bajó hasta en un 60%, e inclusive más. El mercado estaba deprimido. Era obvio que el deterioro de la lectura era profundo. Ante esta situación, el Gobierno mexicano apeló al Fondo para tratar de subsanar el déficit de la oferta editorial por medio de un muy significativo incremento en la producción de obras nuevas, de reimpresiones y de tirajes.

Por ende la Dirección debió emprender una afanosa búsqueda de recursos económicos indispensables para alcanzar tales metas. La más inmediata respuesta fue la cristalización de dos proyectos que se habían venido elaborando desde hacía dos años con el apoyo de la Secretaría de Educación Pública y con vías al 50 aniversario de la editorial en 1984. El proyecto de Jaime García Terrés, Jorge Farías y Felipe Garrido, princi-

palmente, consistía en tomar del Catálogo General una serie de 100 títulos con tema nacional para reeditarlos con nuevo formato y gran tiraje; 100 obras de la más alta calidad y valor que abordaran temas de historia, sociedad, política, literatura y arte mexicanos. Así, en 1983 comenzó a circular la serie Lecturas Mexicanas, cuyos tirajes originales fueron de 90 000 ejemplares y que, tras los 12 primeros títulos, se redujo a 50 000 en promedio. Las ventas rebasaron el cálculo estimado.[2]

Durante los años en que se realizaban estas tareas ocurrieron los decesos de dos personas estrechamente cercanas a la editorial, Jesús Silva Herzog y Jesús Reyes Heroles. El primero, cuya sombra tutelar sigue presente dentro de la Casa —tanto que la unidad de seminarios de la nueva casa matriz lleva su nombre—, fue el registro más implacable de la inconformidad y la beligerancia de la imaginación crítica, fue el apoyo más generoso al talento y fue el amigo más leal cuya irreprochable verticalidad sigue siendo ejemplar para México e Hispanoamérica. En cuanto al segundo, en palabras de Jaime García Terrés:

> Claro está que su obra (labrada en la teoría y en la praxis de la política, en la crítica historiográfica) deberá prevalecer en lo futuro como base más objetiva de cualquier ponderación. A mí me toca recordarlo, no sólo por sus libros (los que escribió y los que atesoraba), sino sobre todo por su presencia personal: la sonrisa pronta y el genio brusco, el comentario profundo y el sarcasmo imprevisto, la lucha contra la corriente, su fobia de la mediocridad, el gran peso —para bien o para mal, según el beneficiario o la víctima— de su palabra, el dominio de las situaciones menos manejables.[3]

El segundo proyecto también se concibió con el propósito de grandes tirajes, aunque con la diferencia radical de que se pensó en una colección editorial abierta en número y especializada en temas científicos, La Ciencia desde México. Para

[2] Cabe indicar que el éxito de la serie Lecturas Mexicanas fue tal que continuó con fondos editoriales de otras empresas e instituciones, al punto que en 1994 prosigue editándose, ahora en su tercera centena bajo la conducción de la Dirección General de Publicaciones del CNCA.

[3] Jaime García Terrés, "Un amigo" [sobre Jesús Reyes Heroles], *La Gaceta,* 173 (mayo de 1985), 15.

su arranque en 1986 se contó con el apoyo de la Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica de la SEP y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; poco después se contó con el apoyo material, moral y científico de diferentes institutos y centros de investigación del Instituto Politécnico Nacional y de la UNAM, entre otros más que hasta la fecha siguen cerca de la colección, originalmente creada y coordinada en los aspectos científicos por la doctora en física Alejandra Jaidar y en los editoriales por Jorge Farías y Felipe Garrido. Posteriormente, debido al prematuro deceso de Alejandra Jaidar, la colección ha continuado bajo la coordinación de Carmen Farías. Los resultados fueron imprevisiblemente alentadores: en pocos meses se agotaban tirajes de 10 000 ejemplares de libros con temas científicos tratados por especialistas con fines de difusión general.

Una tercera solución económica llegó diferida a todo lo largo de la administración de García Terrés y a través de contratos de coedición con instituciones copatrocinadoras dispuestas a aceptar las condiciones de calidad impuestas por el FCE. Paulatinamente, como indicó el secretario de Educación Pública, se contó con la "participación más entusiasta y resuelta de las entidades públicas que forman la Sociedad Anónima" e incluso de otras instituciones gubernamentales y educativas, como el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA), que patrocinaba la Biblioteca Joven; el Instituto Nacional de Salud Pública —dependiente de la Secretaría de Salud— de Biblioteca de la Salud; el Instituto Cultural Helénico de Clásicos de la Historia de México; la Universidad Nacional Autónoma de México de Entre la Guerra y la Paz; las secretarías de Agricultura y Recursos Hidráulicos de *Biografía del Poder*; la de Gobernación y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana de *75 años de revolución*; la de Energía, Minas e Industria Paraestatal de *La industria paraestatal en México*; y la de Programación y Presupuesto de *Antología de la Planeación*; el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CIESAS) y el Gobierno de Puebla de la Colección Puebla; se contó también con la participación de El Colegio de México, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Secretaría de Relaciones Exteriores, la Presidencia

de la República, el Banco de México, el Instituto Nacional de Administración Pública, el Instituto José María Luis Mora y varias instituciones más con las que se realizaron coediciones de obras específicas. El punto más alto fue en el año de 1987, con 153 obras publicadas en coedición.

Asimismo, se prosiguió con el apoyo al programa creado en 1972 con el nombre de Bibliotecas Presidenciales y que, a partir de 1976, pasó a la Dirección General de Bibliotecas de la SEP. En 1983, por razón de las circunstancias, se acordó entre el FCE y la SEP el aumento de 10 a 50% sobre la producción para la reserva y los compromisos de la editorial. Sin embargo, las limitaciones económicas en 1985 obligaron a una suspensión temporal del anualizado Programa Nacional de Bibliotecas, mas no desaparecieron adquisiciones de menor cuantía y regularidad.

Al lado de la generosidad de estos ingresos, como indicó el director en la Junta de Consejo el 11 de septiembre de 1987, el apoyo se convertía en "una arma de dos filos: nos impulsan y propician nuestro financiamiento al mismo tiempo que amenazan con desequilibrarnos". Una respuesta se encontró en el sostenimiento y fortalecimiento del "liderazgo en el campo editorial" nacional e internacional, pues mientras la industria editorial mexicana caía entre 40 y 60% a lo largo de la década, el FCE incrementaba su producción en proporción inversa a la crisis. Esto fue posible sólo al apoyo referido y al del gobierno federal, particularmente interesado en contrarrestar las repercusiones de la crisis sobre la oferta editorial. Una segunda respuesta, el otro filo de la navaja, se encontró en la serie de recovecos por los que tuvo que transitar la administración del FCE dentro de la administración del gobierno federal. En efecto, las instituciones antes referidas hacían aportaciones económicas para actividades editoriales, aunque los montos más significativos provenían, por razones naturales, de las secretarías de Educación Pública y de Programación y Presupuesto, las cuales, como ya se indicó, entregaban las ministraciones a plazos irregulares y en parte recortados.

Con las ministraciones también llegó el control administrativo, financiero, laboral, jurídico, etc. Como indicó García Terrés, tal control evidenció alguna "incapacidad" de la edito-

rial para adaptarse a "las disposiciones" gubernamentales. Por ejemplo, en lo administrativo, las permanentes auditorías, supervisiones y fiscalizaciones de toda índole podían llegar a extremos excepcionales como el de coincidir cuatro dentro de un mismo periodo y con propósitos diferentes; en lo financiero, la "espiral inflacionaria" aportaba un jugoso ingrediente que las distintas instancias sazonaban de manera prodigiosa; en lo laboral, las características del contrato colectivo del FCE tropezaron con unas normas generales de la administración central, el Servicio Civil, en las que se excluían características técnicas que colocaban al FCE en desventaja dentro del mercado y la competencia editorial; y en lo jurídico, el laberinto se volvió doblemente complejo, en la medida que las exigencias legales dentro de una empresa editorial son en sí mismas difíciles.

El asunto de la aplicación de la ley llegó a casos extremos, como aquel que García Terrés expuso en la reunión del Consejo de Administración del 19 de mayo de 1988 y que estaba motivado por el ejercicio de la Ley Federal de Responsabilidades de los Servidores Públicos, entre cuyas cláusulas una se dirige al combate contra el nepotismo y otras presiones de tipo familiar que identificaban a las oficinas gubernamentales. Pues bien, cuando dicha ley se puso en práctica dentro del FCE se llegó a situaciones severas que no dejaron de ser grotescas. Esto provocó una respetuosa, aunque incómoda interrogación:

> ¿Debemos abstenernos de publicar a un escritor determinado por el hecho de que tenga relaciones de parentesco con algún funcionario de esta editorial? ¿Si aquí trabajara (es una hipótesis) una sobrina de Octavio Paz o un primo de Carlos Fuentes, ello nos impediría imprimir los libros de esos escritores? ¿Sería delictivo repetir ahora casos indiscutibles en su tiempo, tales como la publicación de un libro de Laurette Séjourné siendo esposa del ex Director Arnaldo Orfila, o de las *Obras Completas* de Mariano Azuela, siendo Director de la editorial su hijo Salvador? En los presentes años, la Secretaría de Salud, que coedita con nosotros varias colecciones, nos envió para su publicación, y ya apareció en el mercado, un libro del doctor Ignacio Chávez, clásico de la materia, titulado *México en la cultura médica*. ¿Quiere esto decir que he incurrido en algún delito puesto que el doctor Chávez era padre de mi esposa? Además, ¿hemos de privarnos de la opinión de un antropólogo, de un historiador, o de un crítico literario de-

terminado, en relación con el proyecto editorial de su especialidad, sólo porque el propuesto dictaminador sea pariente en algún grado de uno de nuestros funcionarios administrativos?

Otro caso extremo surgió cuando el FCE debió someterse a restricciones concernientes a la contratación de personal, más al aumentar la editorial su producción anual de 2 952 000 ejemplares impresos en 1983 a 5 088 000 en 1988, y el tiraje promedio de cada libro de 3 000 en 1982 a 7 000 en 1987; la contribución estimada al mercado editorial en México pasó de 3.2% en 1982 a 4% en 1988. Mientras tanto, la plantilla de personal en la casa matriz pasó de 160 trabajadores en 1982 a 154 en 1984, a 186 en 1985, a 179 en 1987 y, debido a la imposibilidad para sostener el vertiginoso ritmo ascendente de producción basado en un exiguo número de trabajadores de planta y uno grande (en proporción) de colaboradores externos, en 1988 se alcanzó la cifra de 267 trabajadores (desde la intendencia hasta la Dirección). El secretario de Educación Pública y presidente del Consejo de Administración, Miguel González Avelar, dijo en 1984: "Requerimos del apoyo del Fondo de Cultura Económica, aunque sabemos que se corre el riesgo de sobrecalentar la máquina, y aun de desbielarla."

Para contrarrestar los riesgos aludidos y en concordancia con la recién creada (1986) Ley Federal de las Entidades Paraestatales y con la propuesta de Reconversión Industrial (1987) promovida por el gobierno federal, se tomaron varias medidas preventivas encaminadas a optimizar el control interno, a agilizar e incrementar las ventas y a contar con una mejor regulación de los mandos medios: *1)* se creó la Gerencia de Procesamiento de Datos (1986); *2)* se restructuró al punto de crear (1986) una Gerencia de Ventas, para la que fue difícil conseguir un directivo de verdad especializado (el sueldo autorizado por el Servicio Civil colocaba al FCE fuera del mercado, pues la competencia ofrecía el doble o más y aun comisiones); *3)* se crearon los almacenes de Monterrey (1986) y de Guadalajara (1987); *4)* se creó la Gerencia Internacional (1988) para que se ocupara de las ventas de las sucursales del FCE y de las distribuidoras extranjeras, y 5) se subdividió (1987) la Gerencia de Producción en Producción, para un mejor control, y Editorial, para una mejor definición en calidad y orientación.

Por último, queda la accidentada historia de Encuadernadora Progreso y Lito Ediciones Olimpia, cuyos antecedentes ya han sido reseñados, y que concluye así: *1)* la empresa alemana Ferrostal recibió el 18 de marzo de 1985 un cheque con el cual se liquidaba el crédito, el pasivo de las filiales industriales del FCE, aunque algunos intereses moratorios quedaron como un remanente que se pagó el 5 de julio de 1988, fecha en que se finiquitó el compromiso contraído en 1976; *2)* la propuesta de trasladarlas a una sola nave industrial se concretó en noviembre de 1987, cuando se adquirió el local en el que se harían las nuevas y adecuadas instalaciones, las cuales exigieron de 10 meses de trabajo y varios millones de inversión; *3)* en forma simultánea al traslado, se procedió a la fusión (diciembre de 1987) de ambas empresas en una sola sociedad anónima integrada por el Fondo de Cultura Económica (75%), el Instituto Nacional para la Educación de Adultos (5%), El Colegio de México (4%), el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (4%), el Instituto Nacional Indigenista (3%) y el Instituto José María Luis Mora (2%).

Finalmente, en el conjunto de estas líneas cabe recordar a Antonio Murrieta Carsi, en cuya persona se ofrece un mínimo homenaje y reconocimiento a las decenas de trabajadores que han colaborado en la buena marcha de la administración y de los servicios del Fondo de Cultura Económica. Don Antonio entró a trabajar a la editorial en 1966 y, tras 22 años de ocuparse en forma irreprochable de la Tesorería, en mayo de 1988, obligado por un accidente de trabajo, solicitó su retiro, cuando contaba 90 años de edad.

4. El peligro

de una cuantiosa producción editorial dentro de un mercado deprimido como el de los años ochenta era su almacenamiento; no obstante, pese a sus dañinas consecuencias económicas —acentuadas por las condiciones financieras hispanoamericanas del momento—, la editorial optó por ello, lo cual representaba un peligro menor ante otro de imponderables consecuencias sociales: sufrir el avasallamiento de la crisis.

Por tanto, el FCE enfrentó el doble reto de superar las dificultades y limitaciones financieras (para lo cual —no sobra repetirlo— el irrestricto apoyo del gobierno federal y las entidades que lo integran cumplieron una función determinante), y de reconocer con cruda objetividad los riesgos a los que se enfrentaba México si editorialmente se quedaba a la zaga, pues si bien las necesidades culturales y educativas ni entonces ni ahora se han expresado materialmente tangibles, sí en cambio a mediano y largo plazos se manifiesta la pobreza cultural como una inocultable verdad. Es decir, los obstáculos de la crisis ponían en duda una parte importante del porvenir intelectual de México.

Para obrar en consecuencia se procuró evitar las seductoras medidas alternativas —siempre eficientes en los plazos cortos de la "rentabilidad comercial", pero indeseables y nocivas a largo plazo—, como incrementar hasta la saturación las ventas (a través de promociones especiales, reducción ficticia de precios y la liquidación de saldos); reducir gastos de mantenimiento y operación (cuando el presupuesto era estrecho y la nómina reducida); reducir tirajes y aumentar precios de venta; posponer la aparición de una obra nueva (lo que favorecía a la competencia internacional —española—), y reducir al mínimo las existencias de papel en el almacén (cuyo riesgo es peligroso en todos los sentidos).

En cambio, una solución intermedia provino de la Restructuración Administrativa (1986) —que permitió la creación de las gerencias de Procesamiento de Datos y la de Ventas—, y de la Reconversión Industrial (1987) —que permitió la creación de una Gerencia Internacional—. Sin embargo, los resultados no fueron tan inmediatos ni eficientes como se deseaba; el mercado estaba deprimido y, por si fuera poco, en el lapso de dos años hubo necesidad de remplazar cuatro gerentes de ventas debido a que sus ingresos económicos, sujetos al Servicio Civil, resultaban poco estimulantes respecto a la competencia editorial (multiplicados por dos y completados con comisiones). Con las sucursales en Hispanoamérica el problema fue peor, ya que el control de cambios limitaba considerablemente el flujo de dinero, por lo tanto la casa matriz no podía asumir el alto riesgo ni absorber los costos que hubiera

significado el envío de libros a las sucursales (una manera indirecta de justificar ventas a mediano y largo plazos y una forma directa de capitalizar a las sucursales).

Junto a las limitaciones generadas por las exiguas ventas estaba el significativo recorte presupuestal padecido por el área de promoción y publicidad, que llegó a su punto más bajo en 1987. Por ello sobresale que la encargada del área desde 1983, Angélica de Icaza, no obstante los recursos mínimos y las condiciones adversas, inició (1986) la revista promocional *Galeras* con tiraje masivo y distribuido a través de un periódico de circulación nacional; creó (1987) un Salón de Usos Múltiples dentro de las instalaciones; participó (1987) en el programa "Con la frente en alto", coordinado interinstitucionalmente; y elaboró el *Libro Conmemorativo del Primer Medio Siglo* —catálogo histórico organizado cronológicamente— y el Catálogo General 1934-1989.

Dentro de las actividades promocionales, ocupa un lugar especial *La Gaceta*, que subió de categoría y se convirtió propiamente en una revista cuya calidad y consistencia merecieron la distinción del Premio Nacional de Periodismo en difusión cultural en 1986-1987. En esta mención injusto sería omitir a los principales colaboradores que ha tenido el director de la revista —Jaime García Terrés, entre 1970 y 1988— en la conducción de ella: David Huerta, Marcelo Uribe, Adolfo Castañón, Rafael Vargas, José Luis Rivas, Alejandro Katz, Cristopher Domínguez, Jaime Moreno Villarreal y Francisco Hinojosa.

En 1984, con motivo del 50 aniversario del Fondo de Cultura Económica, la comunidad intelectual hispanoamericana y española ofreció a la editorial un múltiple reconocimiento por la tarea cultural desempeñada en favor de la sociedad. Como homenaje de aniversario, el FCE ofreció, entre varias e importantes obras conmemorativas, los cinco volúmenes de la *Historia de la ciencia en México* preparados por Elías Trabulse. En sentido opuesto y sin nunca planearse con esa intención, en 1989 España otorgó al Fondo de Cultura Económica la honrosa distinción del Premio Príncipe de Asturias por su trayectoria editorial.

X. DE LA CASA A LA EMPRESA

1. Los diagnósticos

no se hicieron esperar:[1] en 1989 las contradictorias consecuencias de la inflación dejaron ver que el estado de salud financiera del Fondo de Cultura Económica era crítico, pues la contracción del mercado entre 1987 y 1988 mostraba que, si bien hubo un aumento significativo en las ventas (tanto en unidades como en dinero), también hubo un sensible déficit en las finanzas de la editorial. La explicación técnica es que desde siempre en la industria editorial los gastos se hacen en forma inmediata y la recuperación por vía de las ventas se logra en forma mediata —entre dos y tres años—, por lo tanto en el estado contable del financiamiento implícito en ese lapso se refleja en su real proporción de manera diferida. Consecuentemente, la gravedad del diagnóstico obligó a estudiar sus causas, imposibles de atribuir sólo a la inflación.

Entre las primeras soluciones para comenzar a aliviar la salud de la editorial destacaron —con igual orden de prioridad—: incrementar ventas; reducir inventario en almacén; disminuir tiempo de producción; moderar tirajes, y modificar la política administrativa y financiera con las sucursales en Sudamérica y España para revertir el proceso de descapitalización que re-

[1] Las fuentes informativas en las que basaré todo este capítulo son, esencialmente, las Actas del Consejo de Administración; los catálogos editoriales; la colección completa de *La Gaceta*, *Azteca* y *Galeras*; la investigación de Armando Mújica Montoya, "Estudio para la restructuración del FCE", México, 1987 [inédito. Anexo 3 de las Actas de las Juntas del Consejo de Administración, abril de 1987]; la propuesta de Angélica de Icaza, "Proyecto del Programa de Promoción Académica" (mimeo., 3 pp., 1992); el documento "Objetivos de la Gerencia Editorial" (mimeo., 53 pp., 1992); los artículos: S./.a., "FCE: hacia una modernización editorial"; Sally A. Taylor, "América Latina: un mercado que renace"; "México: una perspectiva más brillante" y Joaquín Díez-Canedo, "El libro: ¿especie en extinción?", en *La Gaceta*, 274 (octubre de 1993), y las conversaciones con: Enrique González Pedrero, Jorge Farías, Adolfo Castañón, Francisco Xavier Solé, Alfonso Ruelas, Socorro Cano, Daniel Goldin, Ernestina Loyo y Juan José Utrilla. En su oportunidad se indicará la procedencia de otras referencias.

percutía sobre la casa matriz. Durante el primer semestre de 1989 se realizaron tareas encaminadas a cumplir con estas propuestas y, simultáneamente, se hizo un examen de las condiciones administrativas, comerciales y editoriales del Fondo de Cultura Económica.

A solicitud del director general, Jaime García Terrés, en el despacho de Armando Mújica Montoya se efectuó un estudio general sobre la editorial y las empresas del ramo en México; durante el primer semestre de 1987 se analizaron sus características y, hasta donde las circunstancias lo permitieron, algunas de las recomendaciones se pusieron en práctica —como queda indicado en el capítulo precedente—. Poco más tarde, este estudio se complementó con uno nuevo realizado durante 1989. Ambos sirvieron de base para la propuesta "Tareas y Compromisos" presentada al Consejo de Administración en agosto de 1989 por Enrique González Pedrero, quien asumió el cargo de director general el 9 de diciembre de 1988.

Como se ha referido en capítulos anteriores, González Pedrero se formó como editor dentro del Fondo de Cultura Económica, en cuyo Departamento Técnico trabajó por cerca de 10 años —en 1955 se incorporó como editor responsable de *El Trimestre Económico*, editor en general y, junto con su esposa Julieta Campos, se le debe la traducción de una veintena de libros realizados entre 1958 y 1965—. Asimismo, como politólogo egresado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, fue participante de las actividades culturales más relevantes entre los mismos referidos años de 1955 y 1965; en este sentido, su presencia en la revista *El Espectador* es significativa, pues junto con sus compañeros de generación emprendió una tarea de revaloración y crítica de su tiempo.

Estas características explican, en parte, el origen del diagnóstico implícito en el documento "Tareas y Compromisos". Aquí se reconocía que el crecimiento en la producción editorial durante la anterior administración no estuvo acompañado de un dinamismo equivalente en organización administrativa, instrumentos productivos, aparato de comercialización y procedimientos de gestión. La propuesta, ceñida a la necesidad de conservar y aun fortalecer la continuidad editorial mantenida a lo largo de sus 55 años de actividades, subrayaba la conveniencia de resolver cuatro problemas generales:

contratación (Comités Editoriales poco integrados y criterios de selección poco precisos); producción (baja calidad y aumento en tiempos); comercialización (ventas bajas, mucho almacenamiento —siete millones—, promoción y publicidad reducida, y falta de una base de datos actualizados); y administración financiera (dificultades financieras, control de gestión, búsqueda de autonomía de gestión, y mayor dinamismo).

Entre sus argumentos, el director subrayaba el criterio cultural:

> Las pérdidas contables [en las sucursales de Sudamérica y España] deben juzgarse como una de las inversiones más importantes que haya efectuado el Estado mexicano en los últimos años —indicó González Pedrero ante el Consejo de Administración—. Luego del recorrido por Sudamérica, puedo asegurar que el prestigio del Fondo vale mucho más que la reserva financiera que propondremos ahora para respaldar las deudas que ha generado su operación. Lamentablemente, no hay unidades de medida homogéneas para comparar ambos criterios, pero la obra cultural realizada a lo largo de varias décadas por las sucursales de esta casa ha sido indudablemente satisfactoria: será difícil encontrar otra de igual trascendencia, realizada a un costo similar. No puede olvidarse, por lo demás, que el apoyo a las tareas culturales de México que se realizan en el exterior fortalece y dignifica la cultura mexicana no sólo fuera, sino [también] dentro del país.

En esencia, la propuesta de González Pedrero se basaba en el Plan Nacional de Desarrollo (1988-1994); más aún, era una respuesta a la iniciativa presidencial (publicada en el *Diario Oficial* el 19 y 20 de abril de 1989) que solicitaba a las entidades paraestatales un aprovechamiento integral y óptimo de sus recursos, infraestructura, equipos y bienes y, también, un aumento en la eficiencia y productividad. En otras palabras, el documento "Tareas y Compromisos" era consecuente con la iniciativa de modernización nacional emprendida por el gobierno de la República.

Sin embargo, tropezaba con una que "su nivel de abstracción no abarcaba todas las labores prácticas —se explicaba al Consejo de Administración el 23 de marzo de 1990—; existían ciertos tópicos pendientes en cuanto a tareas encomendadas

y no se identificaban o relacionaban cabalmente con objetivos correspondientes al Plan Nacional de Desarrollo". En otras palabras, los 55 "puntos neurálgicos" diagnosticados y las 65 acciones para solucionarlos (54% ubicadas en comercialización, editorial y producción y 30% en internacional) resultaban insuficientes en la medida en que carecían de metas específicas. Con esto, la propuesta se convirtió en un diagnóstico pertinente dentro de la perspectiva y prioridades de la política gubernamental.

El 15 de enero de 1990, en la residencia oficial de Los Pinos, el presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, dio posesión a Miguel de la Madrid Hurtado, ex presidente de México, como director general del Fondo de Cultura Económica. Durante la ceremonia se hizo hincapié en el concepto de modernidad, en el sentido de transformar las instituciones del Estado desde sus cimientos, fortalecer su tradición y acentuar su dinámica, todo dentro de una propia y natural perspectiva inscrita en la realidad mexicana y continental. Las palabras del director son ilustrativas de un propósito que cristalizaría meses más tarde:

> Destaco el compromiso de modernizar la estructura y la organización administrativa de nuestra editorial y continuar los esfuerzos para mejorar la eficacia en la venta y distribución de los libros que editemos. El Fondo debe seguir distinguiéndose por producir libros de calidad, sin descuidar también los aspectos comerciales y financieros. No deben estar reñidos, sino al contrario, los objetivos de calidad, diversidad de pensamiento y mayor autosuficiencia financiera.[2]

La propuesta de "Tareas y Compromisos" fue considerada como un valioso punto de partida, al que se le incorporaron los estudios del despacho de consultores externos McKinsey, de la Contraloría Mayor de Hacienda de la Cámara de Diputados, del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), de los auditores externos de la propia editorial, y de cuyo con-

[2] Los discursos pronunciados durante la ceremonia son: Carlos Salinas de Gortari, "La cultura como factor de progreso"; Miguel de la Madrid Hurtado, "Cultura y soberanía nacional"; Enrique González Pedrero, "Una honrosa convergencia" y Manuel Bartlett Díaz, "Bienvenida", y están recogidos en *La Gaceta,* 230 (febrero, de 1990), 57-59.

junto se desprendió el Programa Institucional de Modernización del Fondo de Cultura Económica (1991-1994) expuesto por Miguel de la Madrid al Consejo de Administración en noviembre de 1991.

El Programa Institucional de Modernización puede verse, en un aspecto, como una profunda incisión quirúrgica y, en otro, como algo más que una mudanza. Lo primero, porque en el Programa se precisan acciones y metas específicas concernientes a: *1)* contraloría interna; *2)* contratación de obras (mediante Comités Editoriales y la creación de un Comité Interno de Selección); *3)* creación del Comité Interno de Administración; *4)* sobreinventario (control de almacén, previo "descongestionamiento"); *5)* comercialización (restructuración de su gerencia); *6)* activación del proceso productivo (establecimiento de cuotas y tiempos), y *7)* expansión industrial (restructuración de la Gerencia Internacional y de las sucursales). El resultado conjunto de esta incisión se observa más claramente en el reordenamiento del organigrama administrativo de la editorial. El segundo de los cambios es notable: se construyó un nuevo edificio para alojar la casa matriz y se crearon nuevas instalaciones para los almacenes de libros, papel y negativos y para las sucursales nacionales (Guadalajara y Monterrey) e internacionales, entre otras varias transformaciones de la infraestructura material de la editorial.

El 4 de septiembre de 1992, el presidente de la República presidió la ceremonia de inauguración de las nuevas instalaciones del Fondo de Cultura Económica, situadas en Carretera Picacho-Ajusco número 227. El acto comenzó con la "Bienvenida" que ofreció el director, en la cual se precisan los conceptos básicos sobre los que se han realizado las reformas estructurales de la editorial:

> Durante estos últimos años la administración del Fondo de Cultura Económica se ha guiado fundamentalmente por dos propósitos: preservar y acrecentar el prestigio de nuestra editorial como un centro de difusión de las grandes obras clásicas y de actualidad de la cultura universal y proyectar el pensamiento y el arte de México y de Iberoamérica con un sentido, que es tanto nacionalista y de profunda vocación latinoamericana, como de recepción abierta, libre y plural a las más diversas corrientes del pensamiento.

> Compartimos en esta casa la idea de que para que la cultura se preserve y desarrolle es indispensable la libertad y el pluralismo, lo cual no está reñido con nuestra convicción de que la cultura es el ámbito más sólido de la soberanía nacional.
>
> Aunque el Fondo de Cultura Económica continúa ostentando con orgullo su carácter de empresa pública y ha recibido un generoso y continuo apoyo del gobierno federal, sigue siendo también una empresa cultural nacida de la sociedad y para la sociedad. Nuestra editorial es un ejemplo palpable del ambiente de pluralidad y libertad que el Estado mexicano no sólo respeta sino fomenta.
>
> Sobre estas bases conceptuales la administración del Fondo se ha preocupado también por modernizar y hacer más eficiente su estructura y su operación cuidando esmeradamente su situación financiera y los apoyos públicos que recibe.
>
> Alentado por tales propósitos, el Fondo cuenta ahora con un programa institucional de modernización que guía nuestros empeños y sirve de marco de referencia para cumplir y evaluar nuestros programas y acciones.[3]

En otra ocasión y ámbito, De la Madrid explicó: "El cambio de edificio debe representar algo más que nuevas instalaciones físicas para nuestra empresa, paralelamente tenemos que desarrollar nuestros sistemas de trabajo en todos los aspectos para lograr que el Fondo de Cultura Económica se vuelva una empresa moderna, competitiva, de avanzada para que pueda cumplir sus responsabilidades."[4]

Junto a lo indicado en el capítulo VI, "Con todo por delante", en 1954 el Fondo de Cultura Económica construyó su casa y, sobre todo, se fincó como Casa. Durante poco más de 55 años ésa fue su identidad, una casa editorial, a la usanza tradicional. En 1992, tras un detenido análisis de los diagnósticos realizados y una profunda reconsideración del FCE dentro de su trayectoria editorial, presencia en el mercado de lengua española e incidencia cultural, se concretó un cambio de concepto, que se había venido elaborando paulatinamente, aunque faltaba la decisión última: ceder la noción de *casa editorial* a cambio de asumir el de *empresa editorial* dentro de las normas de administración y operación, no así en los principios culturales que desde su fundación la han identificado.

[3] *La Gaceta,* 1993.

[4] S./f., "Modernización y fortalecimiento de las subsidiarias y representaciones del Fondo", *Azteca,* 3, 31 (enero de 1993), 1.

Sin embargo, este cambio de concepto estaba ligado a otro que lo contrarrestaba sustantivamente y, también, que era resultado del último de los diagnósticos hasta la fecha realizados dentro del cuerpo administrativo de la editorial. En el transcurso del segundo semestre de 1993, ante la XLIX sesión ordinaria, el FCE presentó a la Comisión Intersecretarial de Gasto-Financiamiento la propuesta para transformar a la editorial en organismo descentralizado, pues la cualidad de empresa de participación estatal mayoritaria le acarreaba una larga y permanente serie de pequeños obstáculos administrativos, financieros y contables —algunos referidos en capítulos anteriores—. Con ello se buscaba que la *empresa* editorial se consolidara como tal y, al mismo tiempo, continuara realizando con igual o mayor versatilidad las tareas de servicio institucional y las funciones sociales de apoyo, promoción y difusión cultural, sin que en todo ello aparecieran las exigencias naturales a las que se deben someter las empresas de participación estatal mayoritaria, cuyas normas de "rentabilidad" solicitadas resultan impertinentes ante una empresa de servicio como el Fondo de Cultura Económica.

El análisis de la propuesta tomó su tiempo. En el transcurso de junio de 1994 la SEP, en su carácter de coordinadora del sector de la Comisión Intersecretarial, dictaminó favorablemente la propuesta. Tras el trámite correspondiente, el 26 de julio de 1994 se publicó en el *Diario Oficial* el Decreto presidencial en el cual se indica la creación del Fondo de Cultura Económica como organismo descentralizado y se ordena la disolución y liquidación de la empresa de participación estatal mayoritaria. En esencia, la transformación se dirige en forma exclusiva a las características administrativas, financieras y contables de la institución; sus cualidades institucionales y sus funciones de servicio cultural seguirán siendo las mismas.

El cambio visible se encuentra en los artículos 4 y 5 del Decreto, en el que se obvia la desaparición de la Junta de Consejo y se indica la creación de una Junta Directiva, constituida por los secretarios de Educación Pública (como presidente), de Relaciones Exteriores y de Hacienda, el gobernador del Banco de México y el presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y los rectores de las universidades Nacional

de México y Autónoma Metropolitana y del Instituto Tecnológico Autónomo de México, el director del Instituto Politécnico Nacional y el presidente de El Colegio de México. Junto a ellos se invitará a participar en forma permanente a tres personas de reconocido prestigio intelectual.

2. Los resultados

del proceso de modernización son palpables por las acciones emprendidas para resolver los puntos conflictivos identificados por los diagnósticos. Entre las dirigidas hacia el mejoramiento de la dinámica, la expansión, la rentabilidad y el control interno destacan: *1)* la reorganización administrativa, *2)* la proyección internacional, *3)* la reconformación del aparato comercializador, y *4)* la regulación y control sistemáticos del conjunto de las gestiones internas, todo esto buscando la consolidación de la salud financiera y penetración internacional de la editorial.

El conjunto de estas actividades, más las que se reseñarán en el siguiente apartado, se realizaron dentro de la dinámica normal de trabajo (ningún día se interrumpieron las labores, pese a la complejidad de los varios cambios domiciliarios —de la casa matriz, algunas sucursales y el almacén—). Esto fue posible debido a que el establecimiento de las innovaciones organizativas y administrativas se hizo de manera paulatina, y las mudanzas obedecieron a un calendario predeterminado para cada una de las áreas.

Tal como se indica en el apartado anterior, estas actividades comenzaron a realizarse durante la administración de Enrique González Pedrero, en la que se hizo un primero y genérico apunte de la modernización institucional deseada y que, a partir de la administración de Miguel de la Madrid Hurtado, se retomó profunda y decididamente. En otras palabras, entre ambas hay una natural integración y continuidad porque corresponden al espíritu y la letra del Programa Nacional de Desarrollo (1988-1994) del gobierno de la República.

1) La reorganización administrativa comenzó a perfilarse con la revisión de las funciones de cada área, indispensable para la elaboración de un Manual de Organización, en el que se buscaba precisar procedimientos y ámbitos de responsabili-

dad; se delineaba un reacomodo de plazas y tareas. También se exigía un reajuste en la organización de los procesos contables. Sin embargo, éste fue sólo un primer acercamiento; era necesario ahondar más en él para desentrañar problemas surgidos sobre el inevitable anquilosamiento derivado de muchos años, lo que degeneró en obstáculos estructurales. Ante el cúmulo de éstos el director, en su informe trimestral al Consejo de Administración (30 de septiembre de 1991), hizo una enumeración meramente ilustrativa (los anexos descriptivos del documento ocupan poco más de 200 cuartillas) de los asuntos impostergables:

> Revisión del Contrato colectivo en lo correspondiente a montos salariales. Mejorar y ampliar los programas de capacitación. Gran rotación de personal, fundamentalmente en áreas de servicios editoriales. Restructurar y reasignar tareas en la mayoría de las áreas del FCE. Disminuir considerablemente el plazo para la presentación de los estados financieros auditados por 1990. Modernizar el sistema de contabilidad e integrarlo a otros sistemas. Restructurar el presupuesto para 1991 y elaborar el de mediano plazo 1991-1995. Realizar un censo del activo fijo y el de la biblioteca de servicios del FCE. Reducir cada vez más los plazos de la recuperación de cartera. Instalación del nuevo equipo de cómputo y la conversión de los programas vigentes hasta 1990 para 1991, trabajando con los dos sistemas. Implementación de nuevas aplicaciones y globalización de los sistemas operativos del FCE.
>
> Realizar un inventario de todos los catálogos de procedimientos de la empresa y realizar una evaluación de los mismos. Reducción del plazo para la elaboración de contratos y eliminar el rezago existente. Eliminar el rezago en el registro de los libros en la Dirección General de Derechos de Autor. Indicar la articulación operativa y desarrollo funcional hacia el interior de la editorial. Creación de información regular y sistematizada para la elaboración de datos estadísticos sobre los aspectos de la actividad del FCE. Por último, en cuanto a la filial Encuadernadora Progreso, S. A., se continuaron con los estudios para determinar su viabilidad.
>
> Toda esta problemática ha llevado durante el primer semestre [de 1991], a iniciar nuevos programas, a restructurar y fortalecer algunas gerencias, a promover nuevas políticas y a modificar el presupuesto del año.

Simultáneamente, la Gerencia General, cuyo titular era Jorge Farías, encabezaba otra serie de actividades. Se establecieron convenios con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y se restableció el Programa de Bibliotecas Presidenciales (interrumpido en 1985 y, en su nueva versión, administrado por un comité integrado por la SEP, Secretaría de la Contraloría, CNCA y FCE), ambos encaminados a una mejor distribución de libros —y a un alivio en el congestionado almacén—. Por recomendación de la Secretaría de la Contraloría de la Federación, se ajustó la administración de la editorial a una nueva estructura normativa para la elaboración de informes —cuya variedad alcanza la media centena y cuya frecuencia abarca desde diaria hasta anual—. Se continuó la construcción del edificio que albergaría a la nueva casa matriz, cuya propuesta, presentada y aprobada por el Consejo de Administración en 1989, se realizó entre 1990 y 1992, luego de introducir algunos cambios sobre el proyecto original —como la incorporación de la unidad de seminarios y el salón de usos múltiples—. Se construyó la doble bodega (para papel y libros y para negativos) anexa a la filial Encuadernadora e Impresora Progreso —con la que se dejaron de usar las bodegas arrendadas desde los años cincuenta en la terminal ferroviaria de Pantaco y desde los setenta en avenida Toluca—. Jurídicamente, se realizó la transformación de las sucursales internacionales en subsidiarias y, financieramente, se concretó su restructuración para capitalizar sus pasivos. También se efectuaron las negociaciones correspondientes para ajustar los tabuladores de salarios y de servicios —congelados en 1988— con el propósito de hacer coincidir a la editorial con la realidad o, en palabras del director ante el Consejo de Administración (el 23 de marzo de 1990):

> El Fondo tiene que adaptarse al mercado de lo que vale la gente; si no, no tendremos buen personal y no podremos ser eficientes; estamos sujetos a que se nos compare con tabuladores del Gobierno central —viejo defecto del Gobierno de la República, que a veces no distingue lo que es Gobierno y lo que es empresa— y, por otra parte, estamos sujetos al mercado de la industria editorial.

En noviembre de 1990, como ya se dijo, se hizo la presentación del Programa Institucional de Modernización del

Fondo de Cultura Económica (1991-1994), en el cual se abundaba en tareas administrativas, entre las que destacan, aparte de las antes referidas: la restructuración orgánica de la editorial (iniciada en 1989, con la ampliación de funciones de la Gerencia Internacional y de la Contraloría Interna y la creación de la Coordinación de Control de Gestión) y el establecimiento de programas y subprogramas específicos para cada área de la editorial en que se precisaban las metas por alcanzar dentro de lapsos determinados y de controles permanentes.

2) La proyección internacional comenzó a adquirir un nuevo perfil a partir de fines de 1987, cuando se creó la Gerencia Internacional, autónoma de la Gerencia de Administración y Finanzas (otrora encargada de todo lo relativo a la comercialización y administración internacional). Sin embargo, comenzó a operar formalmente hasta febrero de 1989, cuando su entonces titular, Mauricio Merino, emprendió una primera serie de estudios sobre las condiciones generales de las sucursales y del mercado hispanoamericano —lo que implicó la primera de las hasta ahora tres reuniones (1992 y 1993) de gerentes de las sucursales—. Una segunda etapa empezó en enero de 1990, cuando Héctor Murillo Cruz se hizo cargo de la Gerencia Internacional y, basado en los primeros diagnósticos, encabezó la transformación del sistema de sucursales en sistema de subsidiarias (entre septiembre de 1991 y marzo de 1992); la creación de las subsidiarias en São Paulo, Brasil, y San Diego, Estados Unidos; el establecimiento de representaciones exclusivas en países hispanoamericanos de población reducida, y la creación de instrumentos de promoción idóneos.

La modernización financiera se desprendió del conjunto de tareas referidas y se cifra en lo indicado por el director general:

> Pretendemos un equilibrio razonable entre la unidad de la política de la editorial dentro de toda su red de subsidiarias y representaciones, pero con la autonomía de gestión indispensable; no pretendemos someter a la red a autorizaciones previas casuísticas en administración rutinaria, sino sólo en las políticas fundamentales, en las que se cuidará con particular atención la política editorial para asegurar la calidad. En otras palabras: nos proponemos man-

tener los controles estratégicos básicos, pero sin irnos al control de detalle; respetaremos la autonomía de gestión.[5]

3) El aparato comercializador era uno de los principales problemas de la editorial identificados en el conjunto de los diagnósticos, y la única salida viable para enfrentar la severa contracción (para 1990 equivalía a 36.8%) del mercado editorial nacional e internacional era su pronta reconformación. Como queda indicado en el capítulo anterior, una de las primeras soluciones al anquilosamiento de la comercialización fue la creación (1986) de una Gerencia de Ventas. A la vuelta de dos años y tras el paso de cuatro gerentes, desde el ingreso (1989) de su titular hasta 1994, Ricardo Barraza, pudo darse coherencia y continuidad a un amplio y del todo nuevo programa comercializador.

Entre las medidas para eliminar el "estrangulamiento del almacén" destacaban la diferenciación entre los distintos fondos editoriales y tipos de mercado con objeto de alcanzar un mayor acercamiento al lector idóneo; el aceleramiento drástico en el movimiento del almacén mediante la elaboración de catálogos y una política de precios especiales; el fortalecimiento de un sistema de ventas a través de agentes y agencias con vías a la agilización de métodos, programas e intercambios tanto a nivel nacional como internacional; el establecimiento de nuevos contactos con países de Centro y Sudamérica y con los Estados Unidos, y la actualización de las modalidades de ventas.

Sin embargo, dichas medidas no eran suficientes ni todo lo deseado en su innovación como para marcar un cambio profundo, tal como exigían las circunstancias y subrayaban los diagnósticos. Por tanto, se realizó un ajuste drástico: se rehizo el organigrama, se incorporaron nuevas subáreas especializadas y se trazaron metas específicas dentro de plazos restringidos con objeto de ponderar resultados de inmediato. Más aún, con el apoyo de la Unidad de Mercadotecnia (creada en 1993), encargada de identificar las necesidades y preferencias editoriales de la población, se ampliaron las funciones de la Geren-

[5] Miguel de la Madrid Hurtado, diálogo con Sari Bermúdez, Canal 11 (video, diciembre de 1992).

cia de Ventas dentro de la editorial en la medida en que, en forma coordinada con otras gerencias y con la Unidad de Promoción Académica, participa de las tareas de decisión editorial y promoción internacional.

4) La regulación y control sistemáticos del conjunto de las gestiones internas son tareas que se comenzaron a través de la Contraloría Interna, a cargo de Pedro Maqueo Aguirre, responsable del establecimiento e implantación de los sistemas y procedimientos de control indispensables para asegurar el cumplimiento de los programas, los subprogramas y las metas, así como de las políticas, normas y procedimientos tanto internos como de carácter oficial; la Unidad de Planeación y Seguimiento, a cargo de Lucía Guzmán, responsable de implantar y operar un sistema de control integral de las ediciones, reimpresiones y coediciones en México y en el extranjero; y la Gerencia de Sistemas, a cargo de Víctor Salamanca, responsable del establecimiento de un sistema de análisis y desarrollo informático. En forma simultánea a las actividades que desempeñan estas tres áreas se realiza otra más a través del Comité Interno de Administración (creado en 1990 y que reúne regularmente a los responsables de las gerencias y a la Dirección), cuya función es llevar a cabo periódicamente un control autoevaluatorio de las tareas ejecutadas en las gerencias y precisar los lineamientos generales de administración.

El conjunto de todas estas modificaciones, más las que se reseñarán en el siguiente apartado, responden a una propuesta:

> Modernizar en términos empresariales con nuevos sistemas administrativos —indicó De la Madrid—. También: actualizar, estar al día en promoción y selección; buscar nuevos temas con buenos autores; buscar el equilibrio en las colecciones y elevar la calidad de traducción y producción. Simultáneamente, mejorar significativamente el sistema de comercialización e incrementar la presencia cultural del Fondo dentro de México y de los países de América Latina, incluido Brasil y la población hispanohablante de Estados Unidos.[6]

[6] Miguel de la Madrid Hurtado, diálogo con Sari Bermúdez, Canal 11 (video, diciembre de 1992).

3. Las dos metas

de reorganización del aparato productivo y la precisión del proyecto editorial remiten al propósito cultural de la editorial. Para puntualizarlas en su proporción e importancia resultaron fundamentales los diagnósticos ya referidos, que llevaron a decisiones drásticas y delicadas, como las que explicó el director al Consejo de Administración (18 de mayo de 1990):

> El gran problema del Fondo de Cultura Económica es su desajuste entre producción y ventas. Esto se refleja en dos datos evidentes: una bodega saturada y un ciclo productivo de tres años y medio promedio. Aquí es donde se observa una tremenda indigestión que repercute en una congestión en todas las áreas de la editorial.
>
> Según los datos que hemos podido integrar, la última estimación es que tenemos 1 200 obras en proceso. Esto no es manejable y, además, representa, dentro del promedio de la producción anual, los próximos 5 o 6 años de la editorial. Esto resulta inaceptable, pues el Fondo dejaría de tener actualidad, presencia, promoción o, en otro sentido, se congelaría 5 o 6 años para dedicarse a absorber sólo lo que está en proceso. Por lo tanto, será indispensable hacer un ajuste serio sobre esas 1 200 obras.
>
> Reconocemos que esto será doloroso, costoso y aun riesgoso; es un problema delicado debido a que hemos contraído compromisos con editoriales y con autores, que seguramente se enojarán, ya que hemos invertido dinero. Pero no podemos condenar a la editorial ni al estancamiento ni al frenesí de publicar para almacenar. Por lo tanto y pese a los riesgos y enojos, nuestra opción es ajustar el programa dentro de dimensiones reales, las que nos imponen el mercado y nuestra propia capacidad de producción y comercialización.

5) La reorganización del aparato productivo descansa en la Gerencia de Producción, a cargo de Alejandro Ramírez, y se centra, esquemáticamente, en cuatro aspectos: reducción del tiempo, moderación del monto de los tirajes, incremento de la calidad y establecimiento de un control de las obras dentro de las diferentes etapas del proceso de producción y de los costes. Asimismo, de manera excepcional —como se indicó antes—, se procedió a una evaluación del programa de producción en curso, en el que se encontraban obras que desde

la primera mitad de los años ochenta atravesaban por alguna etapa de realización. Fue la tarea más delicada, pues demandó un análisis de las aproximadas 1 200 obras referidas por el director. Tras el examen fue inevitable descartar cerca de 300 debido a la obsolescencia, la complejidad de la traducción (con la carencia de traductores especializados) o producción (ilustraciones, gráficas, etc.), lo restringido del mercado nacional e internacional y su dudosa aportación cultural, la pérdida de vigencia del contrato de derechos adquirido, entre otras razones similares.

A lo anterior se suman cuatro etapas, realizadas en forma simultánea entre sí, las cuales tienen como meta una programación y producción oportunas y un mantenimiento de inventarios en condiciones óptimas de seguridad, efectividad y eficiencia. En otras palabras, buscan reducir el tiempo mediante un proceso de autoedición o edición computarizada —que prácticamente eliminó la dependencia de talleres de composición externos y mejoró la calidad general de la producción, pues se puede ejercer un mejor control—; moderar el monto de los tirajes a través de una estrecha coordinación entre el Comité Interno de Administración, el almacén y el apego a un programa preestablecido según las necesidades a corto, mediano y largo plazos; incrementar la calidad mediante una permanente supervisión; y establecer un seguimiento permanente de las obras en producción y sus costes. En el conjunto de estas actividades también se encuentra el cuidado de la impresión y encuadernación realizada por la filial Impresora y Encuadernadora Progreso.

Sobre la Gerencia de Producción también descansa la responsabilidad de conservar la tradición tipográfica y de diseño del Fondo de Cultura Económica y de innovar sobre ella nuevas propuestas. Rafael López Castro, Carlos Haces, Nicolás Moreno, Argelia Ayala, Luis Valverde y Pablo Tadeo han encabezado el grupo de diseñadores ocupados de la paulatina y sutil actualización de las portadas, por ejemplo, sujetas al respeto de la imagen identificada con la editorial y, a la vez, han introducido ciertos cambios que colocan al FCE a la altura de su propio tiempo.

Estrechamente vinculado a la introducción de innovacio-

nes, cabe destacar la edición (1991 y 1994) del Catálogo General del Fondo de Cultura Económica en versión CD, realizada por la Universidad de Colima a solicitud expresa de la editorial y bajo la coordinación de la también nueva sección de Catálogos y Biblioteca, a cargo de Julia de la Fuente. Con esta versión, la actualización del Catálogo en forma permanente se hizo realidad.

6) La precisión del proyecto editorial sintetiza la tarea prioritaria del Fondo de Cultura Económica: la edición de libros, lo que repercute en la difusión de la cultura y promoción del hábito de la lectura y lo que implica una serie de decisiones intelectuales y realizaciones técnicas orientadas hacia el único fin de proporcionar a los lectores obras de calidad y, con ello, suministrar un respaldo editorial a las políticas culturales del Estado mexicano. La responsabilidad del proyecto recae en la Gerencia Editorial, cuyo titular es Adolfo Castañón, y sus alcances son: creación de la reserva editorial, promoción del hábito de lectura entre niños y jóvenes, coeditar con instituciones culturales, educativas y de investigación, y asegurar la calidad y publicación oportuna (en función de la vigencia de la obra y del contrato) de obras dentro de las especialidades que conforman las distintas colecciones.

Desde siempre, en el FCE la creación de la reserva editorial ha sido una de las tareas más complejas, delicadas y riesgosas porque se centra en la selección de obras, la cual, como ya se ha indicado a lo largo de esta reseña, se efectúa con base en múltiples criterios y siempre a partir de una variada y cuidadosa consulta. Ésa ha sido la historia medular del FCE y el director general la refrenda: "Soy partidario de que se escuche el consejo y orientación de quien sabe en su área de conocimiento."[7]

De los criterios para la selección destacan la calidad e importancia cultural de la obra y/o autor (para lo cual la función de los dictaminadores y de los Comités Editoriales es fundamental) y la viabilidad y oportunidad del mercado en lengua española (es indispensable no perder de vista que las subsidiarias colaboran con sus propios programas editoriales, supervisados por la casa matriz), para lo cual el análisis del

[7] Miguel de la Madrid Hurtado, diálogo con Sari Bermúdez, Canal 11 (video, diciembre de 1992).

Comité Interno de Selección de Obras es decisorio (debido a que está conformado por las gerencias Comercial, de Producción, Editorial, Internacional y General, la Contraloría, la Coordinación de Plan y Seguimiento y el director, y en la que los criterios de cada área se complementan).

En este renglón, conviene indicar que, subordinadas a la Gerencia Editorial, cuatro áreas operan de manera relativamente autónoma: la colección de Economía y Finanzas y *El Trimestre Económico*, bajo la dirección de Carlos Bazdresch; el Programa de Proyectos Especiales, bajo la coordinación de María del Carmen Farías; la línea editorial para niños y jóvenes, bajo la guía de Daniel Goldin, y la correspondiente a la coordinación de todo lo relacionado con la elaboración de los libros de texto de educación media básica. El conjunto está vinculado con la necesidad de asegurar la calidad y publicación oportuna de obras dentro de las especialidades que conforman las distintas colecciones de la editorial, en el sentido de ejercer un mayor control en el costo y características de la contratación, la traducción, la revisión y la cesión y pago de derechos de autor.

A su vez, cada una de ellas cuenta con metas específicas. La primera, debido a su historia dentro de la editorial y a su especialización, llegó a crear (marzo de 1990) un Fondo Patrimonial en Beneficio de *El Trimestre Económico* con objeto de allegarse recursos adicionales a los del propio Fondo de Cultura Económica y, de esta manera, actuar más independientemente (sobre todo, porque la revista arrastraba una crisis de financiamiento debido a su exiguo número de anunciantes, suscriptores y ventas). Asimismo, es la responsable de la colección fundadora de la editorial y de la colección de más reciente creación (1992): Nueva Cultura Económica, que nace como una propuesta paralela a la colección tradicional y en coedición con Nacional Financiera.

La siguiente área referida cumple la función de coordinar el programa de proyectos especiales y la colección La Ciencia desde México, incluido el concurso nacional Para Leer la Ciencia desde México (en cuya primera edición, 1991, hubo 2700 participantes, y en la segunda, 1992, poco más de 5 000). El programa es importante porque, como ya se detalló en el

capítulo anterior, representa una vinculación más estrecha entre la editorial y las instituciones académicas y gubernamentales y un estímulo a la difusión de la ciencia y tecnología dentro de uno de los segmentos más valiosos de la población, los jóvenes entre 12 y 22 años de edad (lapso que comprende el concurso citado).

Originalmente inscrito a esta área se encontraba el programa de coediciones (50% de la producción total en promedio anualizado en lo que va de la década y cuyas características esenciales ya fueron descritas en el capítulo anterior). Sin embargo, el programa se ha repartido entre varias gerencias y subgerencias porque las obras llegan a la editorial en su versión original —salvo excepciones— y, por lo tanto, entran directamente a alguna de las etapas de las gerencias Editorial o de Producción, sin necesidad de mediación alguna.

Por otra parte, debido a su complejidad, costo y trascendencia, tres proyectos editoriales en curso demandan una mención especial. El primero es la edición de una versión completamente distinta, nueva y actualizada (acorde con los programas de estudio de la SEP vigentes) de los libros de texto para educación media. Con éstos, sumados a los anteriores (apegados al programa escolar vigente hasta 1992) que se siguen reimprimiendo porque muchos alumnos y maestros los emplean como material de consulta, el FCE cumple una tarea de apoyo a las funciones pedagógicas del Estado en provecho de la sociedad.

El segundo es la serie de Códices. Por el momento se dispone de la edición facsimilar de 16 códices del México antiguo: *Vindobonensis, Nuttall, Borbónico, Borgia, Vaticano* —los dos con que cuenta la Biblioteca Apostólica—, *Laud, Féyérvary-Mayer, Cospi, Dresde, Tro-Cortesiano, Peresiano, Egerton o Sánchez Solís, de Moctezuma, Magliabechi* e *Ixtlilxóchitl*, todos acompañados de amplios libros explicativos. Con éstos, que se suman a los que en años anteriores se publicaron (Borgia, Dresde, Badiano y Azoyú), el FCE retoma la tarea de rescate y difusión de nuestro pasado más remoto. Así, con esta serie, la editorial pone al alcance del lector común los documentos más importantes sobre los orígenes de México que, hasta hace muy poco, sólo eran accesibles a unos cuantos especialistas que viajaban a Europa.

El tercero de los proyectos se realiza en forma conjunta con El Colegio de México a través del Fideicomiso Historia de las Américas (constituido con fondos proporcionados por la Presidencia de la República y otras instituciones). Consiste en la creación de cinco series: Ensayos y Estudios, Hacienda Pública (en cinco volúmenes), Historia de los estados federales de México, Para una historia de América Latina y Para una historia de México. La coordinación del proyecto está a cargo de la directora del área correspondiente de El Colegio de México, Alicia Hernández. Es importante subrayar que el proyecto Historia de las Américas encuentra resonancia y complemento en la serie de historias mínimas de cada uno de los países de Hispanoamérica y en las obras sobre la historia cultural y política de México solicitadas de manera expresa a investigadores mexicanos e hispanoamericanos.

La actividad más nueva dentro del Fondo de Cultura Económica consiste en la línea editorial para niños y jóvenes creada en 1989 y, por lo pronto, identificada con A la orilla del viento y Travesías, dos de las cinco colecciones hasta ahora diseñadas (todas ligadas a las ciencias sociales y humanísticas y a la literatura). Su concepción se basa en el previo estudio de la realidad mexicana, en cuanto a hábitos y recursos de lectura entre los jóvenes, cuyas revelaciones fueron tan desoladoras como estimulantes: para una población de 30 millones de niños y jóvenes se publican 42 000 ejemplares de libros, entre 200 y 300 títulos nuevos anuales, o un ejemplar para cada 60-70 niños y jóvenes (para colmo, la mayor parte de esos libros dominados por intereses económicos y, por tanto, casi carentes de calidad literaria y con un profundo menosprecio al lector). Una explicación:

> Los libros debían salvar a la niñez de los ponzoñosos tentáculos de la televisión; por eso la televisión y sus personajes estaban excluidos de sus páginas —escribe Daniel Goldin—. Los libros debían proteger a los niños de la violencia y de la drogadicción, y mantener su imaginación lejos del sexo; por eso en el interior de los libros no se encontraba mención alguna de todas esas cosas que rodean al infante cotidianamente y de las que escucha hablar en los noticieros, e incluso en las telenovelas. A esos minúsculos ejércitos de la bondad que son los libros infantiles también se les

había encomendado velar por la integridad de la patria. Ellos debían hacer que el niño amara, conociera y respetara a la patria y a sus héroes, pero la patria que retrataban los libros poco tenía que ver con su vida diaria.

Si analizamos con determinación todos esos "nobles" propósitos encomendados a los libros, no tardaremos en descubrir una desconfianza hacia el niño como un sujeto social con capacidad de razonamiento y diálogo, un menosprecio hacia el poder de su imaginación y de su intelecto. Pero lo más grave es que esos "nobles" propósitos tampoco favorecieron al amor por la lectura. Al igual que con los libros de texto, pero ahora de otro modo, el niño sentía que el libro era algo extraño, un relicario en donde se depositaban valores sublimes, tan sublimes que no tenían nada que ver con el mundo; que la literatura era, como diría Cortázar, pura literatura. Por lo demás, muchas zonas oscuras, que podían haber salido a la luz si el escritor hubiese entendido al niño en su debida complejidad, quedaban condenadas al silencio.

Hacen falta, y así lo han comprendido un creciente número de autores y editores, libros que puedan solicitar la complicidad de los niños, ahí donde los niños son más valiosos, en su frescura, en su curiosidad ilimitada, en su carencia de prejuicios, en su inventar aventuras, en su insaciable voracidad. Pero también en su sentimiento de incomprensión, en su marginación y sufrimiento, pues la infancia no es únicamente la edad de oro, y menos en nuestros países.[8]

También "es una verdad prácticamente aceptada por todos los especialistas que las posibilidades de éxito en la formación del hábito de leer es inversamente proporcional a la edad del público sobre el que se pretende incidir". Así pues, es sobre este amplio, semiabandonado y aun maltratado segmento de la población que se pretende incidir mediante un programa de fomento a la lectura, viejo propósito del Fondo de Cultura Económica, cifrado en la convicción de que si se forman lectores será posible vender libros.

Ha sido necesario instrumentar una amplia serie de actividades laterales indispensables para crear los promotores de la lectura idóneos —los padres de familia y los maestros—, y para estimular entre los niños y jóvenes el goce y la recreación

[8] Daniel Goldin, "Niños: los ejércitos de la bondad", *Azteca,* 6 (diciembre de 1990), 2.

que significa la lectura, indispensable para contrarrestar la sensación de pesada obligación estimulada en las escuelas. Para esto, las dos ediciones (1992 y 1993) del festival "A la orilla del viento" han ofrecido elocuentes resultados en favor del propósito deseado. Simultáneamente, aunque en dirección opuesta, también se ha buscado estimular a los autores de obras para niños y jóvenes. Con ese fin, se han realizado dos concursos cuyos resultados han sido alentadores: en 1992 se contó con la participación de 340 concursantes y en 1993 con poco más de 500, algunos de ellos provenientes de países tan distantes como Dinamarca y Holanda.

El proyecto de lecturas infantiles y juveniles se encuentra en las colecciones ya modeladas: *1)* A la orilla del viento (con fuerte contenido literario); *2)* Travesías (novelas históricas); *3)* Historia de la vida cotidiana en México; *4)* Culturas indígenas americanas; *5)* Ciencia y tecnología, y otras que aún se están delineando. El conjunto de ellas se realiza dentro de series con un número determinado de volúmenes con objeto de evitar la dispersión y fomentar lecturas completas; series que son realizadas, coordinadas y asesoradas por un amplio número de colaboradores, todos ellos especialistas en su área de conocimiento.

Dirigido hacia el mismo propósito de fomentar la lectura, aunque dentro de un ámbito distinto, destaca el proyecto de Periolibros, convenio establecido (1991) entre la UNESCO, el FCE, la empresa aérea Iberia y poco más de una veintena de periódicos repartidos en igual número de países hispanoparlantes para publicar 24 de las obras literarias recientes más importantes de nuestra lengua, ilustradas por los artistas plásticos de mayor calidad, y distribuidas mensual y gratuitamente entre los lectores de los periódicos. En otras palabras, hacer llegar poco más de cuatro millones de ejemplares de Periolibros a una población continental y española no sólo carente de recursos económicos sino, incluso, que "no tiene ninguna oportunidad de elegir o siquiera de obtener lo que les prescribe el programa escolar". En palabras de Adolfo Castañón:

> Esta iniciativa hace ver que los efectos de la fragmentación, la uniformidad y el aislamiento cultural que impone esta sociedad de la

comunicación global —global muchas veces en un solo sentido— pueden ser atenuados y que en nuestros países el libro puede seguir incidiendo en la vida de las sociedades si sabe transformarse y unir su destino al de la prensa. Tal vez por estas razones, la revista *Time Magazine* en su edición del 8 de marzo de este año (1993), saludó nuestro proyecto Periolibros como "un dique vital para retener la marea baja de la cultura pop representanda por la escoria flotante de Madonna y Sidney Sheldon".[9]

[9] Adolfo Castañón, "Presente y futuro del libro", *La Gaceta,* 274 (octubre de 1993), 54-55.

Cuarta Parte
UNA LÍNEA EN EL TIEMPO

XI. LA PICA EN FLANDES

1. La combinación

del sueño de Andrés Bello y el espíritu de José Enrique Rodó eran el gran cimiento sobre el que descansaba —en su origen abstracto y simbólico— el Fondo de Cultura Económica. En forma llana: el de la editorial era un proyecto utópico y, por lo mismo, con un horizonte ecuménico dentro de una línea de tiempo muy amplia. No obstante el inocultable ánimo romántico de su origen, también había un claro afán por poner los pies sobre la tierra para hacer realidad el sueño de Bello dentro del espíritu de Rodó: lograr la unidad cultural hispanoamericana y guardar una respetuosa distancia de los Estados Unidos.

Los primeros pasos —todavía románticos— se remontan a 1921, durante el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, en el cual la exaltación y entusiasmo pretendían "elevar las ambiciones a un plano universal y provocar la unidad de todos los pueblos del mundo". Para alcanzar esta meta, los jóvenes congresistas identificaban un camino, el del conocimiento, como único medio capaz de "abolir el concepto de relaciones internacionales" entonces vigente.

Como se desarrolló en el capítulo I, "Cimientos para la utopía", durante 15 años, ese sueño y ese espíritu estuvieron latiendo en algunos de aquellos jóvenes, que simultáneamente se fueron nutriendo con el conocimiento de las ciencias y de la realidad. Así, en forma paulatina, luego de atravesar el crítico umbral provocado por la crisis mundial de 1929, mediante *El Trimestre Económico* se buscó una primera vía de acceso y realización de lo abstractamente formulado en 1921. Éstos eran los segundos pasos, y el acercamiento fue lento, torpe, como si se estuviera tanteando una parte de la realidad; después, con las primeras actividades editoriales del FCE, se hizo un mejor acercamiento. A partir de que Daniel Cosío Villegas se encargó de la editorial el proceso fue más decidido.

Esta decisión comenzó a tomar forma en 1938, cuando Cosío trabó los primeros contactos entre la editorial y las librerías. El procedimiento fue el mismo que habían seguido para distribuir *El Trimestre Económico:* tratar en forma directa con cada uno de los distribuidores finales, los libreros. Por lo tanto y de manera expedita, en cosa de semanas el FCE contaba con 19 puntos de venta distribuidos en Buenos Aires, Bogotá, Caracas, Santo Domingo, Costa Rica, Guatemala, La Habana, Guayaquil, Lima, Montevideo, Tegucigalpa y Lisboa (sin sumar los 16 con que contaba en la provincia mexicana).[1]

Sin embargo, desde el punto de vista comercial el resultado fue negativo. Para colocar en abril de 1938 un total de 547 ejemplares a consignación fue necesaria una enorme operación administrativa a fin de escribir correspondencia, facturar, hacer envíos y preparar listados de obras y libros, y luego comenzar a padecer el drama de la cobranza. ¡Qué historia!, por sus vericuetos y frustraciones. Mas, a lo largo de dos años, no desfallecieron los ánimos, pues pese a lo raquítico de las ventas hubo en éstas un aumento significativo; no así la cobranza. En julio de 1940, Cosío dijo ante la Junta de Gobierno: "Creo que el Fondo requiere los servicios de un genio comercial." Era obvio: para tratar de forma individual con cada uno de los libreros se exigía de un aparato administrativo muy grande e incosteable.

Por lo tanto, se cambió la estrategia. Para México se contrataron vendedores que recorrían el país por zonas y para Hispanoamérica se otorgaron representaciones exclusivas. Con esto disminuyó el trabajo administrativo, se incrementó el volumen de ventas y se concentró en pocas personas el problema de la cobranza. Junto a ello, lo más importante fue que aumentó el prestigio de la editorial. De hecho, parte del costo de ese prestigio eran las pérdidas económicas de las consignaciones.

El establecimiento de las representaciones —entonces se denominaban "sucursales"— significó un proceso relativamente largo. Primero, a través de la correspondencia, Cosío

[1] Cf. Actas de la Junta de Gobierno correspondientes al periodo donde hay algunos pocos, dispersos pero ilustrativos, registros respecto a las actividades comerciales y de distribución.

formuló la respectiva propuesta a aquellos libreros que habían desempeñado su labor de ventas de manera más eficaz y habían cumplido mejor con los pagos —dentro de las enormes restricciones que significaban los mercados cambiarios con moneda controlada—. En algunos casos la respuesta fue positiva y se comenzaron a otorgar las representaciones.[2]

El segundo paso fue a través de un trato directo. Hacia mediados de 1941, el director hizo un viaje a lo largo del continente; visitó las capitales de Ecuador, Perú, Venezuela, Colombia, Chile, Argentina y Brasil (entonces era Río de Janeiro). El objetivo era buscar, proponer y contratar autores y obras que pudieran incorporarse a la todavía en proyecto colección Tierra Firme, preferentemente; en carta a Alfonso Reyes indicó que sentía haber conocido mucha bondad e inteligencia, y que su misión parecía encaminada por cauces nobles.[3] Cuando se anunció la colección en 1944 se subrayó: "El propósito que se pretende es despertar interés por las cosas nuestras, en un sentido continental; contribuir al movimiento de solidaridad latinoamericana, que consideramos indispensable para nuestro porvenir cultural, político y económico."[4]

Entre algunos de los resultados que Cosío obtuvo de estos viajes, a los que se suman los varios previos que hizo con motivos diplomáticos, destacan su penetrante conocimiento de la realidad continental, el cual queda demostrado en las conferencias que dio en algunas capitales sudamericanas —luego reunidas en su libro *Extremos de América*— y que destacan por subrayar los problemas genéricos del continente: "el despego, la lejanía en que el hombre vive respecto a sus semejantes"; el "claustro cerrado" en que habitan la mayoría de los hombres; las enormes dificultades, la carencia de medios y oportunidades para que los hombres de clases inferiores as-

[2] En las Actas y correspondencia disponible es francamente exigua la información sobre el asunto; por inferencias casi intuitivas se puede colegir lo señalado, pues la información sólo muestra datos muy dispersos, fragmentarios, francamente vagos. Sin embargo, según los contextos y la dinámica natural de la editorial mexicana, no es arriesgado hacer interpretaciones como la anotada.

[3] Cf. AHFCE: expedientes personales de Daniel Cosío Villegas, Arnaldo Orfila Reynal y Alfonso Reyes; AHCM: expedientes personales de Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes y del FCE.

[4] [Anuncio] *Letras de México,* VIII, IV, 14 (febrero de 1944), 2.

ciendan a clases o grupos superiores; la consecuente sensación y aun realidad de insularidad de los países, con todo lo que esto trae como consecuencia, entre otros. Las palabras de Daniel Cosío Villegas expuestas en "Rusia, Estados Unidos y América Latina" son la mejor síntesis de sus reflexiones.[5]

El otro propósito del viaje de 1941 (y los varios más que siguieron a lo largo de la década) fue meramente comercial: iba a establecer o fortalecer ligas comerciales con las representaciones y, por supuesto, a intentar cobrar deudas atrasadas. Poco a poco, a partir de 1942 el FCE comenzó a operar con sus primeros representantes, ubicados en Buenos Aires, Montevideo, Bogotá y Lima, desde donde eventualmente se llegaban a enviar libros a otros países de la región; el franqueo era más expedito y económico, pero la cobranza se volvía más complicada.

Ante el buen resultado económico de la representación en Argentina y ante el vencimiento del contrato de representación exclusiva firmado con la Editorial Losada, la Junta de Gobierno y el director acordaron la conveniencia de establecer en Buenos Aires una sucursal propia. Los recuerdos de Arnaldo Orfila, fundador y primer gerente de la sucursal argentina, son representativos y, en buena parte, recogen un espíritu similar al que animaba a Cosío Villegas. En la evocación registrada por el redactor de estas páginas se indica también la secuencia del establecimiento de las sucursales:

> El año de 1943 es muy significativo para mí: por un lado, cierro la empresa de laboratorios químicos que había creado en La Plata y me traslado a Buenos Aires, y a mediados de año recibo la invitación formal de Daniel Cosío Villegas para crear y ser gerente de la surcursal del Fondo en Argentina. Hasta donde sé, fue Pedro Henríquez Ureña quien propuso la idea de crear esa sucursal y, con don Alfonso Reyes, ambos sugirieron que fuera yo el gerente. En Argentina, Pedro sabía perfectamente mis inclinaciones y lo que

[5] Cf. Daniel Cosío Villegas, *Extremos de América*, México: FCE, 1949, y *Ensayos y notas*, vol. I, México: Hermes, 1966. En sus *Memorias*, Cosío Villegas también deja ver la importancia de estos viajes, que Krauze describe con puntualidad en la biografía que escribió sobre Cosío, ambos libros referidos repetidamente y que son indispensables para entender al protagonista y su circunstancia y para documentar estas páginas.

conocía del medio editorial e intelectual argentinos. Daniel aceptó la propuesta de inmediato y por medio de un cable me lo hizo saber: avisó que a la brevedad viajaría a Buenos Aires para precisar detalles. En agosto de 1943 lo pasé a recoger al aeropuerto.

Tengo presente la fecha: el 2 de enero de 1944 abrimos las puertas de la sucursal del Fondo en Argentina. Fue la primera de tres más que, pasado el tiempo, se abrieron en Santiago de Chile, Lima y Madrid. Hasta julio de 1948, mes y año en que viajé a México para ocuparme de la Dirección General del Fondo, me ocupé de la gerencia de la sucursal en Buenos Aires, la cual exclusivamente distribuía libros del Fondo.

La editorial mexicana prácticamente no tenía competencia: las editoriales argentinas se ocupaban de temas distintos. El Fondo tenía entonces pocas colecciones editoriales que contaban con muy buena acogida: Economía, Sociología, Historia, Filosofía, Política y Derecho, Biblioteca Americana, Tierra Firme, Tezontle y los libros de El Colegio de México. En cambio, las editoriales argentinas publicaban literatura, psicología, pedagogía y otros temas que no estaban en el catálogo del Fondo.

No obstante, hubo necesidad de fortalecer la sucursal. En esto, Pedro Henríquez Ureña desempeñó una función fundamental: debido a su prestigio intelectual y a sus muchas amistades, los vínculos de la sucursal crecieron y consolidaron. En estas tareas de fortalecimiento, también ocupan un lugar preponderante los intelectuales mexicanos que iban a Buenos Aires para dictar alguna conferencia y dialogar con los intelectuales argentinos; entre éstos, recuerdo a Jesús Silva Herzog, Agustín Yáñez, Leopoldo Zea y Jesús Reyes Heroles, quien como becario permaneció una temporada en Buenos Aires.

Si bien la función de la sucursal era la de vender libros del Fondo, lo cual se hacía de manera generosa, también cumplía otra función: ser el enlace entre el Fondo y los otros países de Sudamérica. A través de nosotros, Chile, Perú, Uruguay, Paraguay, Ecuador y eventualmente Brasil compraban libros a México —de aquí la conveniencia de más tarde establecer sucursales en las ciudades capitales— y, también a través de nosotros, el Fondo establecía contactos con los posibles autores que colaborarían en las colecciones Tierra Firme y Biblioteca Americana.

Ahora que evoco esto con usted, me percato de algo importante que está atrás de la sucursal del Fondo en Argentina: desde muchos años antes de su inauguración, la imagen de México en Argentina era de admiración y simpatía. A partir de la Revolución, México representaba un país de avanzada en América Latina;

esto lo identificábamos todos: estudiantes, obreros, intelectuales. Era común y generalizada esta imagen. Si a esto se suma la presencia de Amado Nervo, Enrique González Martínez y, sobre todo, Alfonso Reyes, quienes fueron a la Argentina en calidad de embajadores, podrá imaginarse la estima que sentíamos hacia México.

Si bien la Revolución y la política exterior mexicanas identificadas en Nervo, González Martínez y Reyes mostraban una clara coincidencia con el espíritu utópico y social del arielismo de José Enrique Rodó, entre otros de los espíritus hispanoamericanistas entonces en boga, también la imagen que teníamos de México coincidía con el espíritu de la social democracia de la II Internacional, es decir, lo identificábamos como un país que avanzaba hacia una línea de pensamiento social y democrático.

Refiero este antecedente con el solo propósito de indicar el ámbito en el que se ubica la sucursal del Fondo en Argentina. La librería y las oficinas eran pequeñas; éramos escasa media docena de trabajadores que actuábamos en un pequeño local situado en avenida Independencia, un poco en el sur de Buenos Aires. Dentro de esta librería ocupan un lugar especial María Elena Sasostegui, quien por ser una persona muy organizada y responsable, la supo poner en orden cuando yo estuve al frente y la supo sacar adelante cuando me vine a México; después de ella, la maestra Delia Echeverry se hizo cargo de la sucursal con resultados igualmente buenos.

La sucursal del Fondo pronto fue identificada como la Casa de la Cultura de México; así se le conocía. Pronto, también, se reconoce en la editorial una línea de pensamiento social y democrático que coincide con el espíritu de la izquierda intelectual argentina; pero, para evitar confusiones, era una izquierda intelectual como la que distinguía a la II Internacional, es decir, una social democracia. Recuerdo que entre quienes más frecuentaban la sucursal se encontraban Alfredo L. Palacios, José Luis Romero, Victoria Ocampo, Adolfo Homberg, Mario Bravo, Francisco Romero, Risieri Frondizi, Jorge Romero Brest, Luis Aznar, Jorge Luis Borges, José Bianco, María Rosa Oliver y muchos intelectuales de la provincia y de Uruguay.

Esta imagen permaneció por muchos años sin que fuera afectada por los conflictos políticos argentinos. Por ejemplo, cuando Perón toma el poder en 1945 yo en lo personal estaba ligado al Partido Socialista Argentino y muchos de los amigos de la sucursal estábamos plenamente identificados como anti-peronistas; pero esto no afectaba a las relaciones de la sucursal del Fondo con la política local, por varias razones: primero, en la sucursal

nos quedaba perfectamente claro que una era la militancia política de cualquier tendencia y otra la actividad cultural, comercial y editorial que correspondía al Fondo; segundo, la sucursal, aunque era conocida como la Casa de la Cultura de México, no tenía una liga formal de ninguna especie con el gobierno mexicano, por lo tanto estábamos un poco separados de la Embajada; tercero, la sucursal desempeñaba una función informal pero efectiva de intercambio intelectual de primer orden, como lo ilustran en 1945 la presencia en Buenos Aires de Chucho Reyes Heroles, quien llegó a través de un intercambio universitario que indirectamente nosotros habíamos establecido, y la reunión que organicé para Daniel Cosío Villegas con 32 intelectuales suramericanos, a quienes se les solicitaba su colaboración en la colección Tierra Firme; de aquí surgió una docena de títulos, con la que se inició la colección, que desde un principio fue difícil, dura.

Para sintetizar, la importancia de la sucursal del Fondo en Argentina se encuentra en la venta de libros, en la relación comercial entre ambos países y, muy especialmente, en el vínculo intelectual: a través de ella, la intelectualidad mexicana se logró insertar dentro de la vida intelectual argentina y de otros países de la región. En otras palabras, el prestigio de México, identificado con un movimiento de avanzada, encontró en la sucursal del Fondo una expresión renovadora del pensamiento social, político y económico; una expresión que, en las colecciones Biblioteca Americana y Tierra Firme, mostraba una vocación americana que no existía en ninguna otra empresa.[6]

2. Un ejemplo de cobranza

con todos sus vericuetos y frustraciones se encuentra oculto en la correspondencia cruzada en 1949 y en 1950 entre el director Orfila Reynal y el delegado fiduciario Cosío Villegas, quien por los días de noviembre y diciembre se encontraba en Sudamérica con objeto de gestionar los pagos atrasados de varias de las sucursales de la editorial.[7] Sin pretender la prolijidad del detalle, en esas cartas se identifican los siguientes problemas y tentativas soluciones:

[6] VDA, "Don Arnaldo Orfila Reynal: la huella indeleble", *La Gaceta,* 270 (junio de 1993), 40-44; la segunda parte de esta entrevista apareció con título similar en: *La Jornada Semanal,* 278 (9 de octubre de 1994), 18-27.

[7] La base documental de todo este apartado en: AHFCE: expediente Daniel

El atraso en los pagos de los representantes en Perú y Chile y de la sucursal en Argentina se debió al control de cambios impuesto por sus respectivos gobiernos. En el caso de Perú fue menor en cantidad, casi 11 000 dólares; en el segundo no, pues la de Argentina se había convertido en la sucursal que proveía a otros países de la región, como Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Ecuador, por lo que la deuda se había acumulado y ascendía a 300 000 dólares. Para ambos países, los respectivos gobiernos habían impuesto medidas restrictivas para las operaciones internacionales: cartas de crédito en dólares controlados (con lo que el cambio era muy bajo y, por supuesto, nunca había en existencia), cuando los comerciantes habían hecho sus contratos internacionales en dólares libres (con un tipo de cambio dos y hasta tres veces mayor que el controlado y también inexistentes en el mercado libre, pero sí en el negro, aunque más caros).

Al representante peruano —como a todos los importadores— le pillaron las manos con la puerta del control de cambios; sin pretenderlo directamente, se estaba haciendo lo mismo al Fondo. Ante la carencia de dólares libres y la imposibilidad de conseguir los controlados, se propusieron varias soluciones:

1) Devolver los libros al Fondo para reducir inventarios y disminuir la deuda (los gastos de embalaje, seguro y envío a cuenta del representante). Orfila opinaba:

> Estoy de acuerdo con vos en que tenemos que cerrar los ojos y aceptar la solución que nos proponés porque de lo contrario nuestra pérdida en lugar del 60% se convertiría en 100% [...]. Desde luego que ya me parece bien generosa la solución que vos proponés: Aceptar nos devuelva los libros que tiene para descontar su importe de la cuenta corriente y obligarlo a que nos pague el saldo en dólares sin importarnos el tipo a que él lo compre.

2) Devolver libros para reducir inventarios y conseguir el aval (los dólares controlados) del Banco Central y del Ministerio de Hacienda y Comercio peruanos, de modo que el re-

Cosío Villegas, que incluye las cartas de Orfila Reynal que se citarán más adelante.

presentante del FCE no quedara mal con el gobierno mexicano. Por lo tanto, se extendieron 32 documentos pagaderos mensualmente.

3) La última tentativa solución: los libros devueltos pasaron a un nuevo representante, con el que se establecieron distintos tipos de condiciones.

Para el caso de Chile la respuesta que se sugirió fue un poco más complicada, pues el control de cambios era más drástico, casi insalvable. Conclusión: entre las transacciones internacionales admitidas entonces por el gobierno chileno había una, el trueque, que conservaba los rubros de libros y materias blandas sin restricciones severas y con el aval gubernamental, ya que cuando el importador no cumplía, el Banco Central liquidaba la deuda internacional. Sin embargo, un problema mayor era que los libros ya habían entrado a Chile dentro de un tipo de operación distinta al trueque, por lo tanto había que "sacarlos para volverlos a meter" como trueque y, entonces sí, apelar al Banco Central para que liquidara la deuda.

Otro problema no menos importante era que este tipo de operación se debería realizar de manera tal que ni Argentina ni España se enteraran, pues apelarían al mismo tipo de solución para cobrar sus deudas. Esto era prácticamente imposible, pues la solución por decreto debía publicarse en el *Diario Oficial* chileno. Sin embargo, en México se analizaron las vías de comercio internacional: modificar decretos y crear otros, para lo que el Banco Nacional de Comercio Exterior, el Banco de México y las secretarías de Hacienda y de Relaciones hicieron los estudios pertinentes. Solución: como el dinero no pudo salir, el FCE lo invirtió en un bien inmueble, pero esto llevó varios años.

Con Argentina el asunto fue más complicado debido al monto de la deuda y a la importancia de la sucursal, pues era la que tenía el mayor número de ventas, al enviar desde ahí libros hacia otros países. Entre las soluciones que se propusieron estaban las siguientes: *1)* que Argentina vendiera libros a los países de la región con pagos en firme y en dólares, y no a consignación y en pesos argentinos, lo cual fue casi imposible, ya que los libros así comprados se vendían en Uruguay,

Bolivia o Ecuador a poco más del doble (y eventualmente en dólares), y revendían en el mercado negro; *2)* que Argentina no hiciera ningún esfuerzo ni gasto en los libros de venta fácil o garantizada, y buscara salir de los de mercado lento o difícil; *3)* que Argentina no cayera en la trampa de renegociar su deuda dividiéndola en dos: la vieja en un tipo de cambio y la nueva en otro, pues entonces las autoridades gubernamentales se desentenderían de ambas, con lo que se harían igualmente viejas; *4)* el Banco de México, con objeto de presionar y cobrar, propuso descontar 10 000 dólares mensuales a las importaciones de libros argentinos y con eso pagar al FCE, pero era una medida que violentaba innecesariamente tanto al gremio editorial como al gobierno argentinos. Solución general: como parte del dinero no pudo salir de Argentina, el Fondo de Cultura Económica invirtió en un bien inmueble.

Para intentar todas estas soluciones, las gestiones de Cosío en el lugar de los hechos fueron determinantes: se entrevistó con los directores de los bancos centrales, con los ministros de Hacienda y con los de Relaciones Exteriores; de hecho, los adeudos de la editorial se trataban como asuntos de Estado. En México, el director y la Junta de Gobierno hicieron las gestiones correspondientes ante el Banco de México y las secretarías de Hacienda y de Relaciones para presionar y buscar vías alternativas. Pero el asunto no era sencillo, pues si bien el FCE contaba con un amplio apoyo gubernamental y con la simpatía de muchos funcionarios del más alto rango, también era necesario convencer a éstos de las propuestas que negociaba Cosío —como en otro momento y durante muchos años después lo hizo Plácido García Reynoso—. Un ejemplo representativo se encuentra en una carta de Orfila dirigida a Cosío el 1º de diciembre de 1951:

> Usé todos los argumentos necesarios para explicarle [al licenciado Rodrigo Gómez, subdirector del Banco de México] que con la proposición que él formulaba de suprimir las exportaciones de libros mexicanos a Argentina no le producía ningún perjuicio ni castigo a los argentinos, sino a los editores y lectores mexicanos, porque éstos tendrían que pagar los libros a un costo más elevado, si nos veíamos obligados a disminuir los tirajes, como conse-

cuencia de la supresión de un mercado tan importante como Argentina. Le agregué que, por otra parte, los argentinos estarían encantados de verse librados de una competencia, al mismo tiempo que dispondrían a sus anchas de un mercado tan importante como México.

En el siguiente párrafo, Rodrigo Gómez analiza el problema en función de México y de empresas editoriales locales:

Reuní a parte de la Junta —prosigue Orfila— en el desayuno de ayer e invitamos a don Rodrigo. Estaba ya más calmado y en mejor disposición para considerar soluciones conciliatorias. Le di la copia del cable tuyo... y a la vista de él se conversó de distintos aspectos de la cuestión. Se le hizo ver que una deuda de 300 000 dólares que pudiera garantizar el Banco de México, para permitir el funcionamiento de un mercado de libros mexicanos en Argentina, era un excelente negocio para la difusión del buen nombre del país en el extranjero y la propaganda más barata que podría hacer, ya que estaba demostrado que el Fondo de Cultura Económica era quien hacía más por el prestigio de México en el extranjero. Desdobló el problema entre lo que podría ser el caso del Fondo de Cultura Económica y los demás exportadores que no siempre eran merecedores de tanto apoyo y dijo que el Banco podría ayudar al Fondo de alguna otra manera [...].

3. Para poner los pies en España

se necesitaron ¡20 años! de trabajo preparatorio, pues el gobierno del generalísimo Franco impidió el paso de todo aquello que tuviera algo que ver con la Segunda República, con la libertad de opinión y con los avances del conocimiento, entre otros de los muchos "problemas" que identifican al Fondo de Cultura Económica ante el franquismo. No obstante lo ilustrativo de la historia y la estrecha relación de la editorial con la República, aquí se describirá sin detalles.[8]

[8] La elaboración de todo este apartado no hubiera sido posible sin el apoyo de las largas conversaciones sostenidas por este redactor con Arnaldo Orfila Reynal, Javier Pradera, Javier Abasolo, Manuel Andújar, José María Vidal Mesul y Federico Álvarez, principalmente. Las Actas de la Junta de Gobierno permiten precisar ciertos detalles documentales.

El FCE comenzó formal y directamente a distribuir sus libros en España en 1944, a través de Francisco Pedro González de la Distribuidora Hispano-Argentina, empresa creada por el Fondo de Cultura Económica en Argentina para operar en Barcelona, pues la editorial no podía hacerlo en forma directa debido a que el franquismo lo impedía. Don Pedro se encargaba de llevar y distribuir entre los libreros españoles los libros mexicanos. Antes de ese año y de esos distribuidores y aun después y a pesar de ellos, los libros llegaban a España por vías indirectas: algunos distribuidores y libreros (ahora anónimos y casi siempre en forma individual) los compraban donde podían, los transportaban, introducían y vendían "bajo cuerda" —sin pasar los rigores de la censura franquista—, por lo que la condición del FCE era semiclandestina. Con esto, una de las distinciones de la editorial era el sambenito de la prohibición.

En cambio, Distribuidora Hispano-Argentina era una empresa que seguía las normas exigidas por el gobierno y que conocía el mercado, lectores, temas, autores, títulos; relaciones con los libreros, normas de comercialización y tiempos de entrega y de cobranza. Con ella, la distribución funcionaba relativamente bien, aunque la experiencia en Argentina había mostrado que podría mejorar y las ganancias incrementarse si el FCE la hacía directamente. Sin embargo, desde la Guerra Civil, México había roto relaciones diplomáticas y comerciales con España. Esto fue un obstáculo que tomó 20 años y algunas negociaciones para superarse, las cuales se pudieron cristalizar debido a que en 1962 la España franquista atravesaba por una profunda transición política motivada tanto por los movimientos huelguísticos (durante la primavera) y el reajuste ministerial (julio de 1962), como por la petición formulada al gobierno para que España se asociara con el Mercado Común Europeo, según se desprendió de la reunión de Munich (junio de 1962). Aquí, sin embargo, se hizo una solicitud expresa y contundente: "que no se aceptase a España como socio de la CEE en tanto que no se produjese una homogeneización de su régimen político con el de los países de la CEE" —escribe Ramón Tamames—. Todo esto fue un punto de partida hacia la institucionalización jurídica del régimen fran-

quista y hacia la relativa apertura en los ámbitos culturales, y de la prensa muy en particular, según analiza Elías Díaz.[9]

Luego de esos cambios españoles y de la aprobación de la solicitud para instalar una sucursal de la editorial, la gerente de la sucursal en Argentina, María Elena Sasostegui, se trasladó de Buenos Aires a Madrid para ocuparse de todo lo pertinente para establecerla. Originalmente el director había pensado en Manuel Andújar para la gerencia de la sucursal. Sin embargo, y por causa de sus antecedentes políticos, en 1962 el gobierno español no le otorgó el permiso para regresar a España (éste llegó cuatro años más tarde, y en 1966 volvió a su tierra para hacerse cargo de la gerencia de promoción y ventas de la entonces recién fundada Alianza Editorial).

María Elena Sasostegui propuso para la gerencia de la sucursal española al joven Javier Pradera, en quien el FCE encontró un promotor que desde el principio se enganchó con el proyecto cultural de la editorial e hizo todo lo que estaba a su alcance para: *1)* mejorar el mercado por medio de promoción directa en librerías, instituciones y ferias —Javier Abasolo se ocupó de esta latosa tarea—; *2)* reducir el número de libros prohibidos mediante una perseverante gestión de autorizaciones —para la que Pradera echó mano de una delicada y lenta labor de convencimiento—; *3)* incrementar la presencia del FCE en la prensa diaria y en la especializada y crear dentro de las librerías un ambiente propicio para el cultivo de la inteligencia y el conocimiento.

Poco después de la inauguración del local en Madrid y por sugerencia de José María Vidal Mesul (quien en México tuvo una librería pero decidió regresar a su patria), el 1º de junio de 1964 se inauguró en Barcelona una segunda sucursal,[10] luego de que el mismo Vidal Mesul estudiara la viabilidad del mercado en Cataluña. Con el tiempo, la de Barcelona tuvo su propia representación en Palma de Mallorca. Para ambas ca-

[9] Elías Díaz, "El horizonte intelectual de 1963", en Francisco Rico, *Historia y crítica de la literatura española*, vol. VIII, coordinado por Domingo Ynduráin, *La época contemporánea (1939-1980)*, Barcelona: Crítica, 1981, pp. 85-92.

[10] Las crónicas correspondientes en: José Antonio Novais, "Ventana de México en España" y s./f., "La apertura del FCE en Madrid" y "Nuestra sucursal en Barcelona", *La Gaceta,* X, 105 y 119 (mayo de 1963 y julio de 1964), 4-5 y 2, respectivamente.

sas, Javier Pradera en Madrid era el encargado de proveer los pedidos de Barcelona. Por lo tanto, a éste le tocaban los trámites de importación, autorización y distribución.

Durante sus primeros años, la sucursal española se enfrentó al problema de la censura, según el recuerdo de los protagonistas. El trámite era delicado y se debía abordar con tiento, más porque ante los franquistas el FCE estaba identificado con la República en el exilio; era aquí donde se apoyaba en España cierta parte de su leyenda. También el catálogo general violentaba a algunos franquistas, sobre todo los más retrógrados, quienes no sólo prohibían obras de ciencias sociales evidentemente progresistas, sino que, incluso, por considerarlas "subversivas", llegaron a censurar obras como *Pedro Páramo* o *La región más transparente*, por sólo recordar dos casos que parecían escandalosos.

Los extremos a los que se podía llegar eran la prohibición definitiva —entre 30 y 40% del Catálogo lo estuvo, y para anularla se tuvieron que realizar largas negociaciones— o la venta controlada, como en los casos de *El capital* y del volumen siete de la *Historia del pensamiento socialista* de Cole, para el que se asignaron cuotas de 50 ejemplares por cada tanto que se importaba y que sólo se podían vender previa identificación y registro de sus datos generales. Si no se cumplía con la disposición, se corría el riesgo de que las autoridades franquistas cerraran la sucursal o, por lo menos, de que surgieran nuevas dificultades. No se puede perder de vista que en la aduana se abrían los paquetes ante las autoridades correspondientes, las cuales contaban con documentación autorizada; esta revisión era imposible de burlar. Con el tiempo y en descargo del franquismo, esta última medida de control disminuyó bastante.

La censura también aparecía en otros aspectos, como el propiamente editorial. Queda presente el que padeció Javier Pradera cuando hizo los trámites para la edición de la *Antología* de Miguel de Unamuno, preparada y prologada por José Luis Aranguren. Era el primero —y fue el único— libro que se editó en España durante aquellos años sesenta. Cuando estuvieron listas las galeras del libro —la selección y prólogo—, se entregaron al Ministerio para su supervisión; corría 1964. A

los pocos días el director Robles Piquer mandó llamar al gerente:

> —Señor Pradera —dijo el Director—, ¿acaso usted quiere provocar un conflicto diplomático entre México y España?

Su argumento era que como el libro ya estaba en galeras, consideraba que eso significaba un gasto del FCE, es decir de México, que el gobierno español podía estar impidiendo si entorpecía el curso de la edición. Entonces Pradera explicó lo pertinente hasta despejar las dudas relacionadas con la supuesta inversión. Pasaron al *asunto* Unamuno: consideraba que la selección de Aranguren estaba basada en libros nunca permitidos por el Ministerio.

> —No, señor Robles —respondió Pradera—. Nos basamos en libros de circulación en curso; de los que se usan en las escuelas.
>
> —Bueno. Pero no me podrá negar que la selección la hicieron con mala fe.

Para abreviar, se autorizó la publicación de la *Antología* de Unamuno con la única condición de eliminar *una* línea del prólogo de Aranguren, a lo que él accedió.

También para abreviar, durante la gerencia de Javier Pradera en Madrid y —en menor escala— de José María Vidal Mesul en Barcelona, el FCE creó dentro de sus propias instalaciones una especie de extraterritorialidad, por permitir el espacio físico indispensable para el desarrollo intelectual, tan obstaculizado por las autoridades franquistas. Esto se debía no sólo a Pradera, sino también al ambiente cultural español de aquellos años, tan ayuno de espacios en los que se pudiera sentir, respirar una libertad cultural como la que ejemplificaba el Catálogo General de la editorial, exhibido en los estantes atiborrados de libros.[11] Javier Abasolo, en conversación con el redactor de estas páginas, recordó emocionado una anécdota:

> Una tarde llegó ante nuestro mostrador don José Antonio Elola, que era Secretario General de algo, creo que de una comisión de

[11] Sobre el ambiente intelectual y editorial español de aquellos años las memorias de Carlos Barral *Los años sin excusa* (Madrid: Alianza, 1982) y

> deportes; era un falangista connotado. Me pidió algunos libros de economía y ciencias sociales; sumaban como una docena y eran obras de las más progresistas. Creo que sospechó mi curiosidad y sin preguntarle nada me dijo: "Mire, mi hijo estudia el cuarto año de economía y en nuestras discusiones familiares ya van varias veces que me deja sin argumentos; siento que me revuelca. Entonces, como sé que él lee estos libros, quiero saber de qué tratan."

Esta anécdota permite ilustrar un hecho: la sucursal en España no estaba identificada con una militancia partidista, pese a que el gerente había pertenecido al Partido Comunista Español —cosa por lo demás común entre los hombres progresistas de aquellos años, y al que renunció en 1965—, ni, menos aún, se identificaba con sectarismos de ninguna especie. Por el contrario, así como el catálogo abarcaba de uno a otro extremo del pensamiento, igual era la sucursal, a la que tanto iban falangistas de probada y prestigiosa actividad gubernamental, como militantes del pensamiento progresista más radicalizado.

4. Todo tenía un buen principio

y todo apuntaba a un buen porvenir, no obstante los obstáculos que durante los cuarenta y parte de los cincuenta se presentaron para la cobranza en Hispanoamérica y España. Eran los riesgos, cuya pérdida económica siempre fue relativa, sobre todo si se mira a contraluz de la utilidad intelectual y cultural que todos, en particular los lectores, obtuvieron de los libros del FCE. Para España y para la "ganancia" hay una puntual descripción de José Luis Aranguren, expuesta el día de la inauguración de la sucursal:

> Para nosotros, los españoles que ahora en 1963 andamos entre los treinta y cuarenta años, los libros del Fondo han sido como balones de oxígeno en nuestros años estudiantiles, durante nues-

Cuando las horas veloces (Barcelona: Tusquets, 1988) son ilustrativas; en forma lateral, también se hace una referencia en Javier Pradera, "Apagones en la galaxia de Gutenberg", *Claves de Razón Práctica* (Madrid), 8 (diciembre de 1990), 75-80.

> tro paso por las aulas universitarias. La labor editorial española en aquellas épocas era pobre, mezquina. La censura, más cruel, torpe. Para nosotros, los que yo a veces llamo la generación del bache —los que no tuvimos edad para hacer la guerra, pero sí para que su recuerdo se nos grabara en nuestras mentes de niños— los libros del Fondo eran como globos-sondas que nos llevaban hacia desconocidos continentes del espíritu, del cual sólo sabíamos su existencia por nombre. ¡Y no era fácil encontrar los libros del Fondo! Su busca tenía toda la emoción del coleccionismo y el agridulce sabor de una semiclandestinidad, a decir verdad nada peligrosa.[12]

En igual dirección, Arnaldo Orfila escuchó en Lima la siguiente anécdota: se supo que un día de la semana llegarían los libros del FCE a la sucursal; los amigos de la Casa, ansiosos, desde temprano esperaban a que se abrieran las puertas para ser los primeros en tener acceso a las novedades. Se formó un pequeño tumulto al que poco faltó para sacarlo de sus casillas cuando, decepcionados, vieron que el embarque estaba surtido en variedad y desprovisto en cantidad. No alcanzaba para todos. Alguien, más sensato y con mejor humor, propuso que, por ejemplo, los tres ejemplares disponibles del *Leviatán* de Hobbes se sortearan entre los veintitantos que lo deseaban comprar, y así sucesivamente.

La mayoría de las anécdotas evocadas en conversaciones con el redactor de estas páginas o en artículos y conferencias remiten al mismo punto: los del FCE eran libros fundamentales para la formación intelectual de la sociedad. Y resultaban aún más apreciados porque la casi totalidad de la industria editorial en lengua española, tanto la de España como la de Hispanoamérica, no era competitiva, no rebasaba sus propias fronteras y carecía de proyecto cultural —por decir lo

[12] En los discursos de inauguración de la sucursal española destaca cómo Pedro Laín Entralgo ("Estamos con ellos ante la incierta perspectiva"), José Luis M. Sampedro ("Las coincidencias son manifestaciones de un orden profundo") y José Luis Aranguren ("Tradición y vanguardia en una obra cultural" —publicados en *La Gaceta,* 106 [junio de 1963], 4—) subrayan la importancia y trascendencia del FCE dentro de la formación intelectual española durante los años de cerrazón del franquismo. Véase también: s./f., "Nuestros 30 años de trabajo vistos desde Europa y América" y s./f., "Una tarea editorial para el mundo de hoy", *La Gaceta,* 121 y 122 (septiembre y octubre de 1964), 4-5 y 1 y 3.

menos— como sustento de una actividad editorial. Ante tal vacío, la responsabilidad del FCE era mayor, pues sus parámetros y referencias eran todo y eran nada; se tenían que crear sobre la base de la realidad social, económica, política, intelectual, cultural de los países de lengua española y lusitana.[13]

Daniel Cosío Villegas exploró, analizó y reconsideró con rigor y bondad el universo hispanoamericano; a lo largo de más de 10 años, con una perseverancia ciertamente encomiable, procuró llevar los libros del FCE a cada uno de los países del continente y, en sentido contrario, hizo todo lo posible por llevar al FCE (Tierra Firme y Biblioteca Americana, particularmente) a los autores y obras de cada uno de esos países. Era más, mucho más que un trueque intelectual o que una transacción comercial: era la cristalización del sueño de Bello, Bolívar, San Martín, Darío, Martí, Rodó; era romper el concepto de insularidad a cambio del de comunidad y el de relaciones (diplomáticas) internacionales vigente a cambio de una mejor comprensión del espíritu, la cultura, los ideales y, sobre todo, era romper con la idea de que Hispanoamérica sólo era consumidora de cultura occidental (europea y norteamericana) cuando era capaz de *producir* (concepto que desplazó a *crear*) su propia cultura.[14]

Este último punto fue fundamental, pero tardó en concretarse. De hecho, los tropiezos en la consecución de obras para Tierra Firme y Biblioteca Americana se debieron a la falta de

[13] No se debe perder de vista que el FCE fue la primera editorial que tradujo al español y proyectó a nivel continental la moderna literatura y reflexión económica y social brasileñas e, incluso, algunas obras hoy clásicas (p. e., Oneyda, *Música popular brasileña*; Cruz Costa, *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil*; Bandeira, *Panorama de la poesía brasileña*; Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*) aparecieron primero en el FCE y luego se tradujeron al portugués y publicaron en Brasil.

[14] El espíritu y la letra del Ateneo de la Juventud que subyacen en estos propósitos y en los que animaban a la naciente empresa editorial *Cuadernos Americanos*, Alfonso Reyes los puntualiza como todo un conjunto de premisas que identifican a aquellos años cuarenta: "...América tiene que desenvolver [la] obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono." En: "Para inaugurar 'Cuadernos Americanos'" [1941], *Vocación de América. Antología*. Pról. y selec. de VDA, México: FCE, 1989, p. 314.

experiencia: los escritores, investigadores, profesores, periodistas y hombres de letras en general no estaban acostumbrados a un trabajo profesionalizado de esa naturaleza; el implícito en la solicitud expresa de una obra intelectual sujeta a condiciones editoriales era algo inédito y sorprendía. Cosío tuvo muchos dolores de cabeza; los autores ofrecían todo —el prometer no empobrece—, pero muy pocos cumplían.[15] Con Orfila esa historia se repitió sin cesar —según relató al redactor de estas páginas—, aunque paulatinamente se obtuvieron mejores resultados, nunca los programados ni menos aún los deseados. No obstante, en la segunda época del *Noticiero Bibliográfico* y, sobre todo, durante los primeros 10 años de *La Gaceta* hay un rico muestrario de la efervescencia intelectual continental estimulada por la editorial.

En su oportunidad, Orfila tomó la estafeta de manos de Cosío y la impulsó por el mismo camino y hacia la misma meta. Sin embargo, las condiciones y los resultados fueron distintos. Por ejemplo, en cuanto a relaciones comerciales, la devaluación del peso mexicano en 1954 facilitó transacciones internacionales, aunque produjo ciertas pérdidas; las condiciones políticas y comerciales de Argentina permitieron reanudar relaciones (rotas entre 1950 y 1955), al punto de impulsar las ventas (1955), comprar un local para la sucursal (1957), normalizar formalmente relaciones (1959), otorgarle un apoyo económico para sanear sus finanzas (1960), comenzar a editar (1958) para la región y aun crear la colección Realidad Argentina en el Siglo XX (1961), hasta llegar a construir su propio edificio (1965). Una secuencia similar se siguió en Chile y Perú, al punto de llegar a gestionar la compra de una propiedad en Santiago (1965, pero se frustró con la remoción del director de la editorial) y de hacer una ampliación en la sucursal en Lima (1965).

Hay un punto aparentemente menor que ilustra el significativo cambio en las relaciones internacionales: la "piratería"

[15] En la correspondencia de Cosío con Orfila o Reyes, por ejemplo, la queja suena a letanía. Krauze, a su vez, hace una larga descripción y análisis de eso que él llama "vasconcelismo cultural" y en donde no se ocultan los frecuentes tropiezos de Cosío con sus autores. Cf. Krauze, *DCV: una biografía intelectual*, México: Joaquín Mortiz, 1980, pp. 112 ss.

editorial, cuestión que desde el segundo libro del FCE, *Karl Marx* (1935) de Laski, se hizo presente en la editorial. En los años treinta se hicieron en Chile los trámites jurídicos correspondientes sin llegar a resultados. En los cuarenta, la frecuencia del delito en Perú fue tan significativa que llevó al establecimiento, primero, de una representación y, luego, de una sucursal; mientras, en Argentina se ventilaba un pleito por la "piratería" de *El capital*, entre otros casos menos significativos.[16] En los cincuenta y los sesenta no sólo disminuyó la cantidad, sino que incluso los trámites y resultados se hicieron más expeditos. Respuesta conjunta: la creación de organismos como las Cámaras del Libro o equivalentes de cada país fueron paulatinamente más eficaces, sin que esto signifique la perfección, pues hoy, aunque en casos aislados, todavía es común la "piratería".

Sin embargo, todos los asuntos administrativos y financieros vienen a ser relativamente menores junto a los propiamente intelectuales, culturales, cuya cualidad se distinguía por el hecho un poco contradictorio de que la eficacia del FCE era mayor en cuanto hoy es menos demostrable. Para decirlo con una metáfora: el capitán Ahab gritaba enardecido, "a todo trapo", cuando en el horizonte creía otear al blanco leviatán; el personaje de Melville nunca alcanzó a la ballena, pero cada vez estuvo más cerca. En la novela el esfuerzo de la aproximación resulta más importante que la recompensa última. Igual ocurrió con Cosío y la Junta de Gobierno, quienes construyeron la nave y la hicieron a la mar; igual Orfila, que reclamaba más y más viento a sus colaboradores para impulsarla hacia una meta imposible, pero cada vez más cercana.

Ahora, sin literatura y con afán de apuntar una conclusión: Cosío estructuró la primera base comercial del FCE con Hispanoamérica y España; las condiciones de esos países no eran las óptimas y no fue posible crearlas como para incrementar el intercambio y la rentabilidad. Orfila se encontró también

[16] La información sobre los plagios está dispersa dentro de varios expedientes del AHFCE. Uno significativo y curioso es el que yace dentro del expediente de Wenceslao Roces, a quien desde Argentina le solicitan que interceda a favor de los "piratas" cuando el hurto ya había sido consumado. La demás información proviene de varias de las conversaciones sostenidas por este redactor.

con que las condiciones económicas y políticas no eran favorables en sí mismas, no obstante había posibilidad de crearlas o superarlas, lo cual permitió un segundo paso: mediante la empresa editorial fomentar una vinculación continental de la Inteligencia hispanoamericana, como ilustra la nunca prevista transformación de las librerías en "Casas de Cultura", las cada vez más frecuentes reuniones e intercambios de intelectuales (escritores, investigadores y profesores) de unos países con otros y, sobre todo, el significativo y discreto cambio connotativo de *vender* libros a la acepción de *promover* obras —para enriquecer la formación intelectual y fortalecer la crítica, en el sentido de criterio—, pues lo que se buscaba era la formación de lectores.[17]

5. Desde los años sesenta

se comienza a delinear un nuevo "escenario" mundial sobre el cual actuará el Fondo de Cultura Económica. Según Immanuel Wallerstein,[18] la década de los sesenta representa un drástico periodo de transición económica, política y cultural dentro de los entonces denominados países del Tercer Mundo, más cuando sobre éstos recaían las consecuencias de "una aguda competencia entre las potencias centrales en una situación de contracción". Durante su segunda mitad, en particular durante y a partir del año "axial" de 1968, "comenzó una revolución mundial que era una revolución contra el liberalismo como ideología dominante del sistema mundial".

En esa época, la inquietud social que se dio en todo el mundo parecía tener dos temas en común: "la oposición a la hegemonía de los Estados Unidos en el sistema mundial y a

[17] Otras fuentes consultadas para todo este apartado: s./f., "Nuestra actividad en Argentina", *La Gaceta,* V, 43 (marzo de 1958), 3; s./f., "El FCE inauguró su nueva sede en Buenos Aires", *La Gaceta,* V, 45 (mayo de 1958), 2; Tomás Mojarro, "El FCE y la cultura en Hispanoamérica [entrevista con Manuel Andújar]", *La Gaceta,* V, 58 (junio de 1959), 3; Emmanuel Carballo, "Argentina y la enseñanza ¿libertad o sectarismo? [entrevista con Risieri Frondizi]", *La Gaceta,* V, 55 (marzo de 1959), 2-3.

[18] Immanuel Wallerstein, "El sistema mundial después de la guerra fría", *La Jornada Semanal,* 240 (enero 16 de 1994), 18-22.

la colusión soviética, y la denuncia de la llamada vieja izquierda por su complicidad con las fuerzas dominantes". Las transformaciones que desde entonces hasta 1993 se han venido sucediendo muestran "la decadencia del poder relativo de Estados Unidos y la gran desilusión respecto al desarrollismo en el Tercer Mundo". Lo primero es una ocurrencia cíclica normal y lo segundo no, pues "marca el derrumbe del impulso liberal a las clases trabajadoras de la periferia" y muestra rasgos del "colapso del reformismo liberal".

No obstante la puntualidad de la interpretación de Wallerstein, para llegar a ella fueron indispensables la distancia temporal, la acumulación de evidencias y la visión conjunta de una realidad que, en su momento, era imposible aprehender. Hoy la conocemos, pero en aquellos años se padecían las consecuencias, se actuaba hacia la dirección que en su oportunidad se consideró conveniente y se aceptaba el riesgo de una presencia protagónica. En otras palabras, mientras estaban en el "escenario", los actores se ocupaban de la representación asumida con responsabilidad y no del "escenario" en sí mismo. El conocimiento conjunto de esto llegó después.

La actuación, mejor dicho, la discreta actuación del Fondo de Cultura Económica dentro del orbe hispanoparlante a lo largo de casi tres décadas (1965-1993) se encuentra enmarcada en el "escenario" dibujado. Sin embargo, cabe adelantar que los hechos y actos de la editorial, documentables con dificultad, permiten el trazo de un incompleto perfil de la historia global. Más aún, la información disponible alcanza para descripciones parciales y fragmentadas, aunque ciertamente representativas del conjunto.

6. Las dificultades

naturales de la dinámica comercial y la proyección cultural internacionales del Fondo de Cultura Económica, creadas durante la dirección de Daniel Cosío Villegas y consolidadas bajo la de Arnaldo Orfila —como ya quedó referido—, se hicieron evidentes en la administración de Salvador Azuela. Como se indicó, las sucursales en España, Argentina, Chile y Perú exigían una atención particular-

mente delicada en todos los órdenes, más porque tanto la distancia respecto a la casa matriz como las normas (comerciales, promocionales, legales, etc.) locales imponían condiciones de trato diferentes a las mexicanas.

Los ejemplos, si bien abundan como anécdotas dispersas dentro de los testimonios de viva voz, son exiguos entre los documentos.[19] Para las sucursales españolas —Madrid y Barcelona—, se cuenta con la siguiente información: desde octubre de 1965 (y hasta marzo de 1968) trabajó para el FCE Javier Abasolo. Su tarea se centraba en la promoción y ventas, con lo que descargó al gerente Javier Pradera (quien dejó el cargo hacia fines de 1966) de estas ocupaciones y proyectó el catálogo hacia ámbitos más amplios. Por ejemplo, se esforzó por dar a conocer los libros en la provincia; participó en ferias y exposiciones de libros —como la de Bilbao—; fomentó el establecimiento de una red de distribuidores en las principales ciudades de España; elaboró trípticos promocionales de las novedades del Catálogo que enviaba a los suscriptores o abonados —en España era y es costumbre que los compradores cuenten con un crédito que se abona periódicamente, lo que ha redituado muy bien—; y, junto con Pradera, procuró incrementar la presencia en la prensa diaria mediante reseñas y comentarios a los libros.

Durante la administración gerencial (1968-1972) de Ciriaco Tazón, se procuró seguir una política de promoción y ventas similar a la precedente. Sin embargo, los testimonios consideran que faltó empuje: no se incrementó el número de representantes distribuidos a lo largo del territorio español ni el de los vendedores; José Latorre, quien de manera reducida sustituyó a Javier Abasalo, recorría de pueblo en pueblo las librerías para tomar pedidos. Para fortalecer estas actividades, en agosto de 1968 se volvieron a solicitar los servicios de distribución a EDHASA —pero no los de importación, que los hacía personalmente Ciriaco Tazón, habilitado legalmente

[19] Todo el apartado está basado en la información proveniente de las muy fragmentadas y dispersas actas de la Junta de Gobierno correspondientes a la administración de Salvador Azuela, y en las conversaciones sostenidas con: José María Vidal Mesul, Javier Abasolo, Javier Pradera, Ezequiel Méndez, Félix González Mantecón, Miguel Ángel Otero, Arturo Azuela y Manuel Andújar.

como importador privado—. Pero a la vuelta de poco más de un año fue necesario suspender los servicios de EDHASA debido a su incumplimiento del contrato pactado.

Entre los testimonios destaca un ejemplo que ilustra una parte de las dificultades a las que se enfrentaba la sucursal española, pero no eran exclusivas de ella ni se erradicaron durante muchos años; la anécdota es casi idéntica a la evocada por Orfila para Lima. Hacia finales de los años sesenta llegó a Madrid la primera remesa de 35 ejemplares del libro *Lo crudo y lo cocido* de Claude Lévi-Strauss. En esos años el autor y el libro estaban en la cresta de la moda y eran altamente demandados por un público ávido de antropología estructural. Cuando se pusieron a la venta se agotaron en menos de 24 horas. La segunda remesa tardó meses en llegar y fue igualmente escasa. Esta situación permitió alimentar un mito del FCE en España. También alimentó la frustración del lector.

Para las sucursales en Sudamérica se cuentan anécdotas similares. No obstante, en los mismos testimonios se suele obviar la voluntad del Fondo de Cultura Económica por fortalecer el vínculo cultural entre los países de habla española y portuguesa. Sin ocultar su propio asombro, así lo expresó Salvador Azuela en agosto de 1968, poco después de un recorrido por las sucursales de la editorial en Hispanoamérica:

> Un recorrido como el que acabamos de hacer, en contraste con las diferencias geográficas, permite al mexicano situarse con más lucidez frente a sí mismo. Los problemas permanentes de las naciones de habla española y portuguesa y sus preocupaciones contingentes, se sienten como propias, en el dramático afán de integración de una comunidad de cultura con la que el instinto más profundo nos identifica […]. Representa una honda satisfacción para el mexicano que siente a su país como parte de una patria continental comprobar que el Fondo de Cultura Económica constituye uno de los mejores canales para el esclarecimiento, por la expresión de su sensibilidad, de la conciencia de nuestra América. El matiz indígena de alguna de las naciones del Continente, lejos de disminuirnos, nos permite definición y estilo que arrancan de una actitud de dignidad humana, por antidiscriminatoria.[20]

[20] Salvador Azuela, "Hacia una comunidad hispanoamericana", *La Gaceta,* XV, Tercera Época, 6 (agosto de 1968), 5.

También durante su recorrido por Sudamérica en 1968, Azuela presidió la ceremonia de inauguración de las nuevas instalaciones de la sucursal en Santiago de Chile, ubicadas en la esquina de Bulnes y Tarapacá y con superficie suficiente para alojar las oficinas, almacén, librería, salas de lectura y exposiciones y la sede del Instituto Chileno-Mexicano de Cultura dependiente de la embajada mexicana.

7. Como una punta de lanza

fue considerado el Fondo de Cultura Económica durante los años comprendidos entre 1972 y 1976, más cuando la doble dirección de Francisco Javier Alejo y Guillermo Ramírez subrayó la voluntad de restituir, fortalecer y aun incrementar, a través de la editorial, la presencia política de México dentro del franquismo español y el impulso beligerante y protagónico de México entre los países del Tercer Mundo. En las evocaciones testimoniales recogidas por el redactor de estas páginas[21] no se oculta el entusiasmo básico que alimentaba la tarea encomendada y realizada: recuperar para la editorial su prestigio cultural sin soslayar en él la cualidad esencialmente política.

A mediados de 1973, luego de que la Junta de Gobierno y el director Francisco Javier Alejo analizaron la situación editorial y las condiciones económicas de las sucursales en España, consideraron la conveniencia de un renovado impulso. Atrás había dos razones: primera, el FCE había emprendido una amplia serie de actividades comerciales —a través del FCE Internacional y Comercial FCE— y, segunda, ante el deterioro de la sucursal debido a una inercia comercial paulatinamente

[21] Fundamentales para este apartado fueron las conversaciones sostenidas con: Francisco Javier Alejo, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Alba Rojo, Alicia Hammer y, sobre todo, con los ex gerentes o trabajadores de la sucursal en España Federico Álvarez, Javier Abasolo, Javier Pradera, Ezequiel Méndez y José Leyva y Ricardo Navarro, a quien extiendo particular agradecimiento por su interés en detallar ciertos intríngulis de la administración y por proporcionarme una valiosa carpeta con documentos, sobre todo de la producción editorial del FCE en España. No menos importantes fueron los catálogos y boletines informativos y las listas de producción editorial anual (1973-1992) del FCE España principalmente y, en segundo término, de la casa matriz.

ineficiente —más porque el mercado editorial español se había fortalecido de manera acelerada—, el gobierno mexicano consideró que la sucursal podría servir —en forma indirecta y sutil y sin los atributos formales que ello implicaría— como instrumento preparatorio para el establecimiento de unas relaciones diplomáticas y/o comerciales entre México y España.

Esto era tanto como cristalizar la metáfora de José Luis Aranguren, quien en 1963 señaló que la sucursal era la mejor embajada. Pero faltaba el desenlace previsible, incluso deseado: la muerte del generalísimo Francisco Franco, que acaecería el 20 de noviembre de 1975. En otras palabras, entre 1973 y 1976 la sucursal del Fondo de Cultura Económica en Madrid vino a cumplir una función gubernamentalmente política, traslúcida a través de su natural actividad cultural y comercial. No obstante, conviene aclarar que esta función no sólo se la asignó el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, sino también el gobierno franquista, de lo contrario no se podría explicar que el Ministerio de Información —en particular Carlos Robles Pinquer, director general de la oficina de Orientación Bibliográfica— fuera tan cauteloso con la sucursal. Javier Pradera y Javier Abasolo —quienes tenían que realizar directamente los trámites de la censura o, eufemísticamente, de "autorización comercial"— lo comentaban con naturalidad: "Las autoridades franquistas veían en nuestra sucursal un primer y delgado hilo de comunicación entre ambos países."

Durante el transcurso del segundo semestre de 1973 se puso orden en la sucursal en España, sobre todo en el aspecto legal; se buscaba una nueva y más activa presencia dentro de la comunidad intelectual y del mercado editorial españoles, y para eso era indispensable legalizar la situación formal de una manera distinta. En consecuencia, la sucursal se transformó en una sociedad editorial, con facultades para distribuir (comercializar) y editar libros. Dentro de la sucursal, la autoridad quedó dividida en Dirección Comercial, a cargo de Antonio Pérez, y en Dirección Editorial, a cargo de Federico Álvarez, quien a su vez era el responsable de toda la sucursal.

El segundo paso consistió en la contratación de un nuevo local comercial, pues el de Menéndez Pelayo 7 se había deteriorado en forma sensible. Se deseaba un sitio cercano al pú-

blico natural de la editorial, los estudiantes, y qué mejor que Moncloa, colindante con la Universidad. Así, en la esquina de Fernando el Católico e Isabel Peral (a escasos metros de la estación del metro, la terminal de autobuses y la entrada principal de la Universidad) se contrató un local de 200 metros cuadrados, distribuidos en un mezanín (para las oficinas), una planta principal, para la Librería México —cuyo diseño e instalación prepararon los arquitectos Claudín—, y un sótano para la producción editorial. El antiguo local se conservó como almacén.

A principios de 1974 se dio el tercer paso, que ocuparía los siguientes ocho o 10 años: se puso en marcha la sucursal con rumbo a las metas propuestas. Para cristalizarlas hubo necesidad de contratar personal. Entre los primeros destaca Ezequiel Méndez, quien entre 1974 y 1978 se ocupó de la promoción y ventas, mientras Federico Álvarez era el responsable de toda la sucursal, y de 1978 a 1983 se encargó de la gerencia.

Entre las primeras tareas destaca el establecimiento de una red comercial; sólo se contaba con la sucursal de Barcelona y con los depósitos de Santiago de Compostela, Salamanca y Valencia. Poco tiempo después se llegó a contar con una red similar a la de las editoriales españolas. Para 1976 los libros se distribuían más rápidamente desde sus representaciones en Murcia (Alicante, Albacete, Almería, Zaragoza); Aragón; Gijón (Asturias); Las Palmas (Canarias); Santiago de Compostela (Galicia); Málaga (Málaga y Granada); Sevilla (Sevilla, Córdoba, Cádiz y Huelva); Valencia (Valencia y Castellón), y Valladolid (Valladolid y Palencia), en donde se contaba con depósitos surtidos desde Madrid o Barcelona. El establecimiento de esta red fue fundamental, tanto que todavía hoy se conserva, un poco incrementada en número: Pamplona (Navarra, La Rioja) y Baleares (Palma de Mallorca).[22]

Simultáneamente, era indispensable fortalecer y aumentar la presencia de la editorial en librerías y universidades. Esto exigía un tipo de promoción directa que no se había realizado en los años anteriores. Por tanto, se acudía a las universida-

[22] En los catálogos promocionales que expresamente se publicaban en España se hace un puntual registro de las representaciones españolas en las que se podían adquirir los libros.

des y otros centros estudiantiles; se hablaba con profesores, a quienes se entregaban los catálogos con objeto de subrayar las bondades de los libros.[23] Para fomentar la presencia en librerías fue inevitable enfrentar algunos obstáculos: las librerías tradicionales ya conocían al FCE y estaban acostumbradas a un trato preferencial que ya no podía seguirse otorgando; en sentido contrario, las librerías nuevas, administradas por jóvenes educados en una nueva sensibilidad y cultura, solicitaban especialmente novedades y no libros de texto universitario, lo cual provocaba que el arribo de las novedades procedentes de la casa matriz no fuera tan expedito como se hubiera deseado; y, por último, en las librerías de ventas masivas —novedad comercial de aquellos años—, que apilaban centenares de libros sobre mesas de novedades, el FCE no podía tener un lugar preponderante, pues ni sus títulos ni sus tirajes corresponden a ese sistema de ventas.[24]

La otra presencia que se procuró fomentar fue esencialmente intelectual, y en esto Federico Álvarez desempeñó una función fundamental. Por una parte, volvió a estrechar los lazos de la sucursal con los intelectuales, escritores y profesores más relevantes; por la otra, procuró acercarse a los medios de comunicación impresa y electrónica —hasta donde los recursos lo permitían, pues se contaba con muy pocos ejemplares para la tarea promocional, sobre todo en el caso de las novedades—. El gerente supo emplear la Librería México para realizar una gran actividad intelectual (y política, cabe decir entre paréntesis). Desde que se inauguró el 16 de junio de 1975 quedó claro que la función del FCE dentro del

[23] Es conveniente destacar que, a diferencia de México, en España la promoción se hacía con métodos más directos y con instrumentos concebidos con ese sólo propósito; los catálogos referidos eran pequeños en formato y número de páginas y eran temáticos, lo cual facilitaba su abundante distribución gratuita.

[24] Ezequiel Méndez, quien durante estos años se ocupó de la promoción y ventas, a este redactor describió en forma pormenorizada todo el proceso; con particular cuidado indicó que las ventas masivas y el arribo de novedades fueron los dos principales obstáculos a los que se enfrentó el FCE: tardaban mucho en llegar los libros nuevos y la producción local o la proveniente de México siempre resultaba insuficiente como para competir con empresas españolas cuyos tirajes rebasaban los 10 o 20 mil ejemplares, y casos como el de Planeta que llegó a inundar el mercado con tiros de 100 mil.

medio intelectual y cultural español iba a ser más activa; así era el tono gubernamental mexicano, del que la editorial no era ajena ni estaba excluida.

Durante la ceremonia de inauguración, el director adjunto, Guillermo Ramírez, anunció que las actividades hasta ese junio de 1975 habían sido sólo de distribución y reimpresión, pero que a partir de ese momento se ampliarían a la publicación de autores españoles. Con esto, Ramírez hacía hincapié en la voluntad mexicana para estrechar las relaciones culturales de México con España. En su turno dentro de la ceremonia, José Luis Aranguren dijo algo hoy memorable:

> La actitud del Gobierno mexicano frente al español puede calificarse como terca u obstinada. No obstante, es un ejemplo de firmeza en esta época en que contemplamos tantos cambios de posiciones políticas y tan frecuentes modificaciones de ideas mantenidas hasta la víspera. Estoy de acuerdo con esta actitud del Gobierno mexicano, aunque se puede no estar de acuerdo con otros aspectos de su política. Pero ésta, la diplomática, insisto, me parece ejemplar y la aplaudo.[25]

En su conclusión, el profesor Aranguren se hizo eco de su colega Luis Ángel Rojo y también celebró la propuesta de ampliar las actividades editoriales para publicar autores españoles —sus palabras son ilustrativas del clima de expectación política que se vivía en esos meses y cuyo desenlace ocurriría el 20 de noviembre de 1975—: "Confío que los cambios que empiezan a preverse en España puedan muy pronto facilitar el establecimiento de todo tipo de relaciones entre los pueblos y gobiernos de México y España." Federico Álvarez, en su conversación, recuerda que la inauguración fue premonitoria:

> En la Librería México se dio cita la *rojería* española más preponderante de aquellos años. Nosotros los convocamos. Ellos acudieron. A partir de entonces los falangistas nos identificaron como un centro beligerante. Pero ellos confundían nuestra actividad cultural con una labor de partido.

[25] Copia fotostática de un boletín de prensa preparado por la editorial. Ignoro si se publicó alguna reseña o crónica de la ceremonia. Agradezco a Ricardo Navarro la copia del documento.

Fue difícil contrarrestar una imagen progresista que exigía matices y ponderaciones. Los vínculos con y simpatías hacia la gente más avanzada marcaron a la sucursal. Y más determinante fue cuando el 4 de septiembre de 1975 el gobierno franquista hizo fusilar a cinco jóvenes. El clamor internacional fue inmediato. El gobierno mexicano, imposibilitado por su falta de relaciones con España para hacer una protesta formal, decidió suspender las operaciones de la sucursal y de la Compañía Mexicana de Aviación. "Ese día me llamó por teléfono nuestro director general —prosigue en su recuerdo Federico Álvarez—. Me dijo: 'Por instrucciones del presidente de la República cierre la Librería México y haga público el acto.'"

Al día siguiente todos los anaqueles estaban vacíos. El gerente mandó tomar fotografías que hizo circular en la prensa local. La comunidad intelectual española celebró el gesto de repudio. Después llegó a la Organización de las Naciones Unidas una carta del gobierno mexicano en la que demandaba la expulsión de España de ese organismo internacional. El hecho fue controvertido. Mientras tanto, las labores de producción y distribución continuaron, pero sin que hubiera ventas de mostrador. Así permaneció la sucursal durante casi tres meses, hasta el 20 de noviembre, día en que murió el Generalísimo. Veinticuatro horas después la Librería México volvió a abrir sus puertas.

Los tiempos que vinieron fueron muy agitados. El reacomodo de la cosa pública llevó a que varios grupos de todos los extremos expresaran sus apasionamientos. Nadie se ponía de acuerdo. Eran meses de agitación, de suspicacia, de atrevimientos, de incertidumbre y, sobre todo, de esperanza: se discutía *el* futuro, del que entonces todos se sentían dueños. Dentro de ese ambiente, México restableció relaciones diplomáticas con España. El hecho se celebró con entusiasmo, aunque hubo una decisión que la intelectualidad y periodistas españoles cuestionaron acremente: la designación de Gustavo Díaz Ordaz como embajador de México.

La sucursal fue víctima de los apasionamientos políticos. La primera vez ocurrió en la Feria del Libro. Entre los títulos expuestos se encontraban los dos volúmenes de *La revolución y la guerra de España* de P. Browe y E. Témime recién reedita-

do en España dentro de la Colección Popular (tras haber sido vetado por las autoridades franquistas). El libro en sí mismo era provocativo, pero la portada del segundo volumen lo era aún más: se ilustró con la pintura "El ángel de la paz" de Wolff, cuyo expresionismo era corrosivamente ácido y, por tanto, la imagen representada de la destrucción y la muerte fascistas sobre las ciudades era francamente violenta. Esto se acentuó cuando la portada se empleó para el cartel promocional. Hubo dos respuestas inmediatas: el libro se vendió mucho y algunos miembros de Fuerza Nueva —un grupo de jóvenes falangistas radicales y beligerantes— se detuvieron ante el *stand* de la Feria y repararon en el libro y cartel; hicieron algún comentario alusivo y se despidieron con estas palabras: "Ya os haremos una visita."[26]

Efectivamente la hicieron. Una mañana apareció un joven solicitando las obras de José Antonio, el líder intelectual de la falange.

> —No, no las tenemos. No trabajamos ese tipo de obras —respondió el encargado del mostrador.
> —¡Deberíais tenerlas! —replicó el joven solicitante, que subió su tono de voz y empezó a reclamar al empleado esto y lo otro.

Ante los gritos, Federico Álvarez salió de su oficina en el mezanín y supo de lo que se trataba. Inmediatamente llamó por teléfono a la policía y a Timermann, directivo del Instituto Nacional del Libro Español que mucho había ayudado a la sucursal. Ambos llegaron cuando en la librería todavía continuaban los acalorados reclamos. La policía no intervino. Timermann sí:

> —Comprenda joven que eso que usted está haciendo es un atentado contra nuestras relaciones diplomáticas con un país amigo. No pierda de vista que esta librería es propiedad del Gobierno mexicano...

[26] Federico Álvarez y José Leyva coinciden en su testimonio; los detalles son equivalentes. Una doble cualidad: a Leyva le tocó lo del *stand* en la feria y a Álvarez lo de la sucursal; ambos —junto con las otras personas que he referido antes— convivieron bajo el mismo techo de la oficina durante los meses de tensión derivada de la muerte de Franco y la transición del gobierno.

Amainaron los ánimos y el joven se retiró. En la sucursal consideraron que ahí había acabado todo. Sin embargo, a los pocos días estalló una bomba molotov frente a uno de los escaparates. Entonces, ante los hechos, se procedió legalmente: se formuló demanda y juicio contra el joven falangista. La defensa la llevó Montecinos y la del joven el abogado falangista Sánchez Cobisa. Más que un juicio, fue un duelo riesgoso para la sucursal. La defensa optó por la cautela: se retiraron los cargos, aunque fue evidente que la razón asistía a la sucursal.

Meses después, a mediados de septiembre de 1976, volvió a estallar una bomba molotov. En esta ocasión su origen fueron los escaparates: uno dedicado a las obras de Mao Tse-tung, quien había fallecido días antes; otro dedicado a las obras de Jorge Luis Borges, quien había recibido un premio en fecha reciente; y uno último dedicado al libro *Teoría de sistemas* de Bertalanffy, recién publicado por el FCE en México. Los vidrios se hicieron añicos. Muchos de los libros se los comió el fuego. Nadie, ningún grupo, reivindicó el atentado.[27]

Atrás de estos pasajes anecdóticos y obviamente políticos, es posible percibir que la librería se había convertido en un centro intelectual reconocido por las actividades que en ella se realizaban. Gran parte de los esfuerzos de Federico Álvarez estaban dedicados, como se ha reiterado, a la segunda de las metas: la presencia intelectual. Con ese propósito el gerente convocaba a reuniones, presentaciones de autores —las de libros no se usaban entonces—, conferencias, mesas redondas. Siempre encontraba un motivo para hacer que la gente acudiera a la librería. Más aún, si algún mexicano o latinoamericano —autor, traductor o editor— que tuviera algo que decir pasaba por Madrid, Álvarez buscaba la forma de llevarlo a la sucursal para ofrecerle un foro. Por esto, la presencia intelectual era reconocida.

La tercera de las metas está dividida en dos: por una parte se necesitaba establecer cuáles libros y en qué cantidad tendrían una venta garantizada dentro de los ciclos escolares y, por la otra, basados en esta información, planear la produc-

[27] Leyva me mostró uno de los libros semiconsumidos por las llamas y un recorte de prensa en donde se reseña el atentado y se publica una foto de los ventanales rotos.

ción editorial para entrar a tiempo al mercado. Con esta doble operación se reducirían costos netos, dado que entre 1974 y 1977 eran más bajos los costes de producción en España que en México, y tiempos de entrega al eliminar el traslado trasatlántico.

Entre los libros con mayor número de reediciones destacaban: *Historia económica y social* de Pirenne, *Historia de la pedagogía* de Abagnano, *Budismo Zen* de Suzuki y Fromm y de éste varios títulos de psicoanálisis, *Historia de la teoría política* de Sabine, *El yo dividido* de Laing, *Summerhill* de Neill, *Teoría microeconómica* de Ferguson, todas las obras de Carlos Castaneda, *La realidad y el deseo* de Cernuda, *Teoría y política macroeconómica* de Branson, *Los orígenes de la civilización* de Childe, *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Rulfo, y así hasta sumar poco menos de una treintena de títulos reimpresos anualmente, y aun hasta dos veces al año.

La cuarta y última meta la anunció el director adjunto, Guillermo Ramírez: se publicarían obras y autores españoles. Sin embargo, esta meta se frustró. Desde mediados de 1973, cuando se propuso la reactivación de la sucursal, quedó acentuada la conveniencia de realizar, respecto a la historia de 10 años en el mercado español, un ajuste en la proyección: que el FCE adquiriera un perfil español en su sucursal, sin que ello fuera en detrimento de su imagen universal, en la que el timbre hispanoamericanista ocupaba un lugar significativo. Esto se confirmó cuando se empezó a reeditar en España. Comercial e intelectualmente se podía competir dentro de una oferta editorial fortalecida y versátil y una demanda ávida. Pero no se podía dejar pasar el tiempo porque todo se había precipitado. La efervescencia fue súbita. Lamentablemente, se ocupó el tiempo en la tres primeras metas referidas, mientras que la cuarta tropezó con cambios de decisiones en la casa matriz.[28]

Entre lo que se pudo hacer original sobresalen las nuevas

[28] La queja de los testimonios coincide y las voces aisladas forman coro: con el cambio de administración en diciembre de 1976 todo se transformó sustantivamente: la beligerancia devino en neutralización y la presencia activa de la editorial devino en sobrevivencia rutinaria; el empuje de Alejo y Ramírez se convirtió en la excesiva ponderación de Martínez.

composiciones y los nuevos diseños de portadas de algunos libros preparados por Pepe Jiménez, *El pescadito,* para las colecciones de Economía y Psicología o las de Manolo Ruiz Ángeles para las de Historia y Popular. Entre éstas, destacan *Los orígenes de la civilización* de Childe, *El laberinto de la soledad* de Paz y varios más. En otro renglón: por indicaciones de Braudel, su *Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* se corrigió y aumentó sensiblemente, por lo que la edición española resultó distinta a la mexicana —después se uniformarían—; se concluyó la edición de los *Escritos de juventud* de Hegel, cuya compilación y traducción se había deformado por un sucesivo cambio de manos hasta que José María Ripalda, especialista español de la universidad de Tubinga, y Zoltan Szankay, traductor, rehicieron todo el volumen; se hizo la coedición, con Clinsic de París, de *El señor Presidente* (1978), *Viernes de Dolores* (1978), *Tres de cuatro soles* (entonces inédita, 1977) y *Hombres de maíz* (1981) de Miguel Ángel Asturias, acompañadas de nutridos y rigurosos aparatos críticos coordinados por Amós Segala, amigo y albacea del novelista guatemalteco y asiduo visitante de la sucursal; y, por último, se preparó la *Enciclopedia mundial de relaciones internacionales y Naciones Unidas* (1976) de Osmañczyk, cuya edición en español, francés, inglés y ruso y cuyas 1 230 páginas y varias decenas de gráficas exigió un trabajo muy cuidadoso, para lo cual la colaboración del escritor José Leyva fue de enorme utilidad.

Si bien el caso de la sucursal española es ciertamente excepcional, también puede considerarse ilustrativo del impulso que la casa matriz otorgaba a sus sucursales extranjeras. A través de la mediación de FCE Internacional y Comercial FCE, las sucursales ubicadas en Sudamérica recibieron una atención similar a la española, tanto que en 1974 se decidió crear dos más en Bogotá y en Caracas, aunque a ninguna del conjunto de todas ellas se otorgó una función tan preponderante y política como la referida. La atención se centró en el fortalecimiento del vínculo cultural y comercial entre los países de la región, sin que en ello se ocultara un fin político de horizonte amplio y larga duración. Las palabras de Francisco Javier Alejo fueron puntuales:

Ha sonado la hora de América Latina, la hora de hacer su propia historia como ente colectivo o de ver enajenado para siempre su destino.

Los organismos de cooperación económica regional en que hasta ahora participan los países latinoamericanos son de alcance parcial o contienen en su seno a países con intereses distintos a los de América Latina. Con un claro espíritu bolivariano, hace unos cuantos días el Presidente de México propuso a los países de América Latina la creación de un Organismo Latinoamericano de Cooperación Económica. El propósito del organismo sería servir de foro permanente de consulta e instrumento de cooperación de los países del área frente a los problemas comunes que les aquejan [...].

Simultáneamente, el gobierno mexicano está promoviendo la creación de empresas multinacionales especializadas en la comercialización de materias primas y alimentos que exporten dos o más países de América Latina para que, dentro del espíritu de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, podamos defender precios remuneradores para nuestros productos.[29]

8. El mercado y la recuperación

financiera fueron los ejes sobre los que durante los siguientes 10 años (1977-1988) el Fondo de Cultura Económica ciñó sus actividades en el extranjero.[30] Es decir, los directores José Luis Martínez y Jaime García Terrés y los miembros de la Junta de Gobierno o del Consejo de Administración creyeron conveniente sujetar la función de las sucursales a una dimensión comercial y, en forma derivada, una labor cultural —aunque sin asumir ni

[29] Francisco Javier Alejo, "Bolívar hoy", *La Gaceta,* 45 (septiembre de 1974), 3-4.

[30] Las fuentes informativas sobre las que baso el presente apartado no discrepan de las ya referidas. Las Actas de la Junta de Gobierno y del Consejo de Administración fueron particularmente significativas, tanto como las conversaciones sostenidas con José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Jorge Farías, Alicia Hammer y Socorro Cano (para México y para España:) Federico Álvarez, Ezequiel Méndez, Félix González Mantecón, José Leyva, Héctor Subirats, Miguel Ángel Otero y Ricardo Navarro (y para Sudamérica:) Silvia Cherry Delgado (Colombia), Julio Sau (Chile), Blanca Varela (Perú), Pedro Juan Tucat (Venezuela). Los catálogos fueron útiles.

pretender papeles protagónicos, como se había hecho en la administración anterior—. También se procuró un distanciamiento prudente respecto a las tareas propias del gobierno mexicano.

La administración de José Luis Martínez enfrentó varios problemas en el conjunto de las sucursales, todos provenientes de un solo origen: existía un pasivo que se remontaba hasta 1967 y que había aumentado considerablemente a lo largo de la administración anterior. Como se indicó en su oportunidad, la reorganización general del FCE emprendida en 1977 conllevaba la suspensión de las filiales creadas en función del "sistema corporativo" que entonces se pretendía. Sin embargo, la suspensión de FCE Internacional se pudo hacer hasta fines de 1980, luego de realizar complejos trámites legales en algunas de las sucursales.

La transformación más representativa fue la restructuración general de la sucursal española. A lo largo de 1978 se reformuló la condición jurídica del FCE España y se reorganizaron sus funciones, tanto que el aspecto de producción editorial de obras y autores españoles se canceló debido a que los costos de producción aumentaron al punto que se convertía en una irresponsabilidad intentarlo, más cuando el presupuesto disponible debía canalizarse hacia la solución de otros asuntos pendientes. En consecuencia, la sucursal española —y también la argentina, conviene precisar— centró sus actividades en la distribución y venta y, eventualmente, en la reimpresión de los libros con mercado local regular anual. Para esto, fue conveniente, primero, adquirir un área comercial en la que se concentraran las actividades (la nave industrial en Indubuilding-Goico se compró en 1978); después, cancelar la Librería México especializada en temas hispanoamericanos (1982); y, por último, vender el local ubicado en la calle de Menéndez Pelayo (1986).

La restructuración más significativa de las sucursales se encontró en los aspectos financieros. Los casos extremos fueron la sucursal de Bogotá, cuyo déficit rebasaba los de todas las otras, y la de Santiago de Chile que, ante el distanciamiento diplomático de México respecto al gobierno militar de Pinochet, obró en consecuencia; durante todos los años de la

dictadura, el FCE mantuvo su sucursal como una mera presencia simbólica. (Entre paréntesis, cabe referir una anécdota circunstancial superior a cualquier metáfora: cuando los gastos de la sucursal sobrepasaron los recursos de ingresos naturales y de subsidio —en 1980 hubo necesidad de cambiar gerente y en 1983 se llegó al punto más crítico—, se decidió dividir el local y arrendar una parte a un particular que instaló ¡una armería!) En otras palabras, entre 1979 y 1980 fue indispensable una profunda recomposición del capital de cada una de las sucursales con objeto de recuperar un relativo equilibrio entre ellas y la casa matriz.

Sobre las actividades comerciales del FCE en España y Sudamérica durante los años comprendidos entre 1979 y 1987 es necesario no perder de vista que las empresas editoriales españolas —Salvat, Planeta y Bruguera en particular— habían logrado un extraordinario repunte económico, establecido unas normas comerciales muy agresivas y, sobre todo, habían inundado el mercado con una sobreoferta apabullante. La industria española del libro se había convertido en un aluvión que caía sobre Hispanoamérica en forma violenta, tanto que hizo descender muy sensiblemente las ventas de las editoriales de la región, entre éstas las del FCE. Además, tampoco debe pasarse por alto que durante el periodo referido la crisis económica generalizada en toda Hispanoamérica repercutía furiosamente sobre la industria editorial, como ya se indicó en capítulos precedentes.

Peor aún: en algunos países de la región (Chile, Argentina y Perú) los problemas políticos locales afectaron drásticamente las relaciones comerciales internacionales. Por ejemplo, la obtención de permisos de importación, de cambio monetario preferencial y de tanto más inherente a la transacción internacional derivaron en una larga serie de obstáculos que hicieron peligrar el intercambio comercial, más cuando el mercado internacional de divisas, el cambio de moneda, era sensiblemente inestable y estaba sujeto a restricciones gubernamentales. Sobre el conjunto se sumaba un punto más que no deja de ser penoso: algunos regímenes militares (Argentina y Chile) impidieron el paso de ciertos libros en particular por considerarlos subversivos o, incluso, se giró orden expresa para

que ningún establecimiento escolar o universitario empleara libros del FCE. Así, la editorial desapareció de las bibliografías pedagógicas.

Hacia 1984 se detectó en toda Hispanoamérica un dramático fenómeno derivado de la crisis: el acelerado auge de las fotocopias. Ante tan grande y atomizado plagio, todas las editoriales estaban atadas de manos. El fenómeno tenía otra y funesta consecuencia: el hábito de la lectura de libros sufrió un violento golpe al reducirse a capítulos sueltos para uso inmediato y escolarizado. Por lo tanto, el gusto por el libro y su valor intrínseco como objeto cultural padecieron las consecuencias; las bibliotecas particulares, por humildes que fueran, cedieron su lugar a montones de fotocopias dispersas y sin valor.

Dentro de este complejo escenario, como directores generales del Fondo de Cultura Económica, José Luis Martínez y Jaime García Terrés estuvieron obligados a la discreción. Era imposible proceder de otra manera. De aquí que la "domiciliación" de la sucursal en Caracas (1984) dentro de un régimen jurídico de excepción y el cambio de régimen jurídico de las sucursales de Lima y Bogotá (1984) parecen asuntos menores. Sin embargo, con ello se logró para éstas una relación comercial más expedita y libre dentro del mercado local. Algo similar se intentó para las sucursales restantes, pero el trámite era complejo y dilatado. No obstante, se dio el primer paso, el cual era concordante con la transformación del FCE en Sociedad Anónima y con la asimilación final de la liquidada FCE Internacional.

En igual sentido y obligadas por la crisis económica, las sucursales de Colombia, Perú y Venezuela se vieron precisadas a reducir el número de personal y sus inventarios y, en dirección opuesta, la casa matriz también los redujo ante ellos; el control de cambios en México e Hispanoamérica obligó a reducir las exportaciones (1985). Sin embargo, hacia 1986 el peligro de perder el liderazgo editorial hispanoamericano (cualidad que permite la oferta de una importante cantidad de obras nuevas o el riesgo de cederlo a las empresas españolas) y la disminución de la presencia cultural mexicana se avisoraban demasiado cerca. Por tanto, era imperativa una decisión

que cambiara estructural y administrativamente la dinámica de las sucursales. Había otra y rotunda propuesta: liquidarlas; pero esta idea fue reprobada al instante.

No obstante la claridad de la decisión de conservar las sucursales, fue evidente que las innovaciones introducidas y las capitalizaciones financieras que se habían venido sucediendo resultaban insuficientes. Ante las preguntas faltaban respuestas, sobre todo aquellas que incidieran sobre la estructura orgánica del conjunto. Dentro de una dimensión simbólica, ocurrió un hecho que no deja de ser lamentable para el FCE: en noviembre de 1985 murió María Elena Sasostegui, quien durante 30 años trabajó estrechamente con la editorial. De esos años, ocupó 13 como gerente de la sucursal en Buenos Aires y 17 en tareas afines, como la instalación de las sucursales de España y Chile. Su entrega, ejemplar y generosa, marcó a las sucursales y a la casa matriz. Sobre ella el Fondo de Cultura Económica cifra un reconocimiento agradecido al gran número de colaboradores y trabajadores que han puesto gran parte de sí mismos en provecho de una empresa eminentemente cultural.

La muerte de María Elena Sasostegui coincidió con la cristalización de varias decisiones que se habían venido elaborando. Hacia fines de 1985 se autorizó para Chile un primero y reducido programa de ediciones y reimpresiones para consumo local y se inauguraron las nuevas instalaciones (en la Torre Polar) de la sucursal en Caracas. En el transcurso de 1986 se autorizó para España el inicio de un programa de ediciones con autores y obras españolas dentro de tres colecciones propias: Paideia, Sombras del Origen y Fin de Mundo. En 1987 se decidió en la casa matriz un incremento en el programa de exportaciones con objeto de reactivar su presencia en el extranjero y de aprovechar el respiro que comenzaban a tener Perú, Venezuela y Colombia debido a sus buenos, aunque siempre exiguos, ingresos. Y, por último, en 1988 las sucursales hispanoamericanas comenzaron a establecer convenios de distribución con empresas e instituciones mexicanas y a formar comités editoriales con objeto de ampliar las actividades de identificación y selección de obras locales susceptibles de incorporarse al catálogo general.

9. La creación de una gerencia

y la transformación estructural de las sucursales fue una necesidad natural de la realidad sobre la administración del Fondo de Cultura Económica. Como se ha indicado en líneas y capítulos precedentes, la serie de innovaciones introducidas tanto en las sucursales extranjeras como en la relación de éstas con la casa matriz satisfacían requerimientos inmediatos, que resultaban insuficientes dentro de plazos largos.[31] En consecuencia, las abundantes, pequeñas y arraigadas dificultades administrativas y financieras que se habían arrastrado por décadas exigían una solución rotunda orientada hacia la transformación integral de las sucursales en sí mismas y de la relación de éstas con la casa matriz. En otras palabras, para corresponder con la realidad del mercado editorial hispanoamericano era indispensable que el Fondo de Cultura Económica —casa matriz y sucursales— transformara su estructura y dinámica administrativas.

A solicitud de la editorial, a principios de 1987 se hizo un estudio sobre las condiciones del mercado del libro en Sudamérica y los Estados Unidos. En abril se entregó a la Dirección y entre sus recomendaciones se indicaba la conveniencia de un cambio profundo en los regímenes jurídicos de las sucursales, la posibilidad de que éstas tuvieran una mayor libertad de autogestión —administrativa, financiera y editorial—, las normas de comercialización y administración y en su relación con la casa matriz a través de una gerencia encargada exclusivamente de los asuntos internacionales.[32] Entre abril de 1987 y diciembre de 1988 se dieron algunos primeros pasos —ya referidos—: se creó un programa editorial en Chile y España, se sondearon los beneficios de las sucursales (hacia la casa matriz), se puso en marcha un programa de reimpre-

[31] Junto a las fuentes documentales ya referidas en los capítulos anteriores, entre los documentos empleados en la elaboración de éste resultaron particularmente útiles: Relatorías de la I, II y III reunión de gerentes y representantes del FCE, los Informes de Autoevaluación de la Gerencia Internacional (1992 y 1993) y las Actas del Consejo de Administración, todo inédito.

[32] En las Actas de la Junta de Gobierno correspondientes al mes y año se encuentra un extracto de ese estudio, el cual no pude localizar dentro del AHFCE.

siones en Colombia y Argentina y, finalmente, se creó una gerencia internacional. Sin embargo, otras exigencias más apremiantes obstaculizaron esos primeros pasos.

Durante mayo y junio de 1989, el director Enrique González Pedrero hizo un recorrido por todas y cada una de las sucursales; habló con los gerentes y trabajadores, quienes expusieron las condiciones de las sucursales. La suma de los problemas y dificultades con los aciertos condujeron a realizar durante septiembre de 1989 y en la casa matriz la primera reunión de gerentes de las sucursales para, todos en conjunto, analizar los siguientes tópicos: *1)* revisión de los problemas de cada una de las sucursales en lo individual; *2)* intercambio de información y experiencias; *3)* explicación de los proyectos de la casa matriz; *4)* definición de nuevos proyectos editoriales de las sucursales; y *5)* análisis de las actividades y resultados comerciales.[33]

La agenda resultó insuficiente. Los asuntos expuestos rebasaron todas las expectativas. El intercambio de experiencias llevó a conclusiones como la necesidad del fortalecimiento de la unidad y comunicación, el equilibrio financiero, la participación de las sucursales en la concepción y realización del catálogo general, y el incremento de las ventas. También se formularon acuerdos particulares en materia administrativa, comercial y editorial. Durante la dirección de Miguel de la Madrid se ha continuado la iniciativa con resultados provechosos: se efectuaron dos reuniones más (diciembre de 1992 y noviembre de 1993) cuyas agendas han permitido ampliar el conocimiento de las dificultades que se enfrentan y, especialmente, se han establecido pautas de solución convenientes para todo el conjunto.

En forma simultánea y basado en la información proporcionada por los diagnósticos referidos en otros capítulos, el actual director propuso para el Fondo de Cultura Económica la modernización de las sucursales en las áreas jurídica, financiera y operativa. La modernización jurídica ofrecía, entre otras, las siguientes ventajas: *1)* transformar las sucursales en subsidiarias y, con ello, crear entidades susceptibles de

[33] Cf. la propuesta "Tareas y compromisos" presentada al Consejo de Administración en agosto de 1989 por Enrique González Pedrero.

ser autosuficientes financiera y editorialmente (con lo que se cristaliza una vieja y anhelada realidad: producir y contar con programas editoriales locales propios); *2)* buscar la reducción de las tasas impositivas del impuesto sobre la renta; *3)* proporcionar a cada una de las subsidiarias la posibilidad de capitalizar sus pasivos históricos (según análisis de inventarios de cada uno de los casos); *4)* contar con una condición legal que permita simplificar y agilizar las operaciones de importación y exportación; *5)* estrechar el vínculo entre subsidiarias y casa matriz para permitir un cálculo más realista del impuesto activo, una mayor objetividad en la presentación de la información financiera y, con todo ello en conjunto, abrir la posibilidad de que las subsidiarias puedan asociarse con capitales locales.

La modernización se cifra en lo indicado por el director:

> Estamos tratando de fortalecer nuestras subsidiarias y hacerlas más competitivas en cada uno de sus países —explica De la Madrid al Consejo de Administración el 2 de agosto de 1991—; es lo mismo que nos hace cualquier trasnacional que opera en México. Aunque, en el caso del Fondo, no perseguimos propiamente finalidades financieras, sino presencia cultural. Por eso, en nuestros precios, damos trato preferencial a nuestras subsidiarias y representaciones, en el sentido de que sólo les cobramos los costos de producción, operación y fiscales. No pretendemos subsidiar precios; tampoco obtener ganancias económicas. Nuestra aspiración, repito, es cultural: es una cooperación internacional que hace nuestro Gobierno.

Para llegar a esto fue preciso restructurar financieramente las subsidiarias mediante la capitalización de sus pasivos. Esto significó una evaluación de los inventarios de cada una de ellas (se eliminaron los de lento movimiento y se cuantificaron económicamente los que se pudieran pagar a la casa matriz luego de su venta). Por lo tanto, la capitalización se hizo sobre la diferencia entre los dos tipos de inventarios. Así se subsanó una vieja y arraigada historia financiera que entorpecía las relaciones entre las antiguas sucursales y la casa matriz. Al mismo tiempo, se establecía un registro minucioso del estado financiero y de almacén, indispensable para el mejor conocimiento de todas las partes de la editorial. En idénti-

co sentido y con objeto de hacer más expeditas la administración y la comunicación, se dotó a cada subsidiaria del equipo electrónico indispensable.

En forma complementaria, el sistema de las seis subsidiarias originales (Argentina, España, Chile, Perú, Colombia y Venezuela) se enriqueció con dos nuevas, una en São Paulo, Brasil, y otra en San Diego, Estados Unidos. A su vez, el FCE fortaleció su red de comercialización internacional mediante el otorgamiento de 14 representaciones exclusivas situadas en las ciudades capitales de Bolivia, Canadá, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala (que en fecha próxima se convertirá en subsidiaria), Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Puerto Rico, República Dominicana y Uruguay.

Por último, es conveniente indicar que la modernización funcional se ha venido realizando dentro de los cauces de promoción, operativo y editorial. El promocional comprende, esencialmente, el empleo de los modernos recursos e instrumentos mercadotécnicos, entre los que destacan la creación (1990) y distribución mensual del boletín bibliográfico *Azteca* y de cápsulas radiofónicas y de video, más *spots* y catálogos. El operativo integra, en forma esquemática, todo el proceso de envío y recepción de información, importación y exportación de libros, así como la elaboración de manuales de procedimiento.

El cauce editorial es el más importante porque cristaliza el viejo anhelo de las antes sucursales y hoy subsidiarias: la posibilidad de contar con un programa editorial propio condicionado (mas no atado) a su situación financiera (de las subsidiarias y del país) propia y a su mercado y con un programa de reimpresiones sujeto (salvo en el caso de Colombia) a su mercado local. La subsidiaria en España ha marcado la pauta: ha fortalecido las colecciones editoriales locales creadas en 1977 y creado (1993) la Biblioteca Premio Cervantes, además de haber establecido convenios de coedición, entre los que destacan la serie de varias antologías de teatro español e hispanoamericano y las ediciones de los Clásicos de la Literatura Latinoamericana y del Caribe del Siglo XX dentro de la Colección Archivos (que se publica por convenio en ocho países). Además, ha continuado con su programa de reimpresiones.

En igual dirección ha avanzado la subsidiaria en Argentina, cuyas colecciones Claves (creada en 1990) y Breviarios de Ciencia (1992) han enriquecido el catálogo general del FCE con autores y obras argentinos —sin dejar fuera a autores y obras de otros países y lenguas— y han puesto en contacto a la editorial con instituciones académicas locales mediante convenios de coedición; asimismo, ha continuado con un nutrido programa de reimpresiones. A diferencia de las anteriores, la subsidiaria en Bogotá ha aprovechado las condiciones técnicas y económicas de Colombia para desarrollar un amplio programa de primeras ediciones y de reimpresiones con el cual alimentar a las subsidiarias y representaciones de la región e, incluso, para proveer a la casa matriz.

Las subsidiarias en Chile y Venezuela recuperaron la presencia intelectual y comercial mediante una cuidadosa tarea de promoción y hasta ahora incipiente actividad de edición y reimpresión. La subsidiaria en Lima se ha mantenido gracias a las reciedumbre y entusiasmo de Blanca Varela, quien tras 15 años de ocupar la gerencia comienza a ver realizado un viejo deseo: editar las obras universales del Perú, como los *Comentarios reales de los Incas* (1992) de Garcilaso de la Vega. Las subsidiarias en San Diego y en São Paulo han centrado su atención en una tarea por demás compleja: introducir libros en lengua española en territorios en donde ella no es la lengua principal.

Como una derivación de la Reunión Cumbre Iberoamericana (Guadalajara, 1991) y "con el propósito de democratizar la cultura, sobre todo en la población hispanoamericana recién alfabetizada que en un amplio porcentaje no tiene ocasión de acceder al libro", la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica establecieron el convenio con el cual se crearon los Periolibros, libros editados en formato tabloide y distribuidos mensual y gratuitamente a través de 24 empresas periodísticas de igual número de países. Con este novedoso y ágil género editorial se promoverán cuatro millones de ejemplares mensuales de las obras y autores de la literatura hispanoamericana más importantes del siglo XX dentro de los países de habla española y portuguesa (a la que se han sumado los Estados Unidos para su comunidad hispanoparlante. Co-

mo apostilla, es conveniente apuntar que países de otras lenguas, como los árabes y algunos de África y Asia, estudian el mismo modelo para desarrollarlo entre ellos).

En el marco de la segunda Reunión Cumbre Iberoamericana (Madrid, 1992), se presentó *Poemas humanos* de César Vallejo ilustrado por Oswaldo Gayasamanín, el primero de los 48 títulos que comprenderá la primera serie completa. A partir de entonces, paulatinamente se ha trabajado en función de un proyecto integral, educativo, cultural y de comunicación entre los países de América Latina (incluido Brasil), España, Portugal y los del Caribe. Es un hecho: el propósito no es comercial ni gubernamental —no obstante que las empresas periodísticas y la de aviación brindan su apoyo al igual que la totalidad de los gobiernos de cada uno de los países—, sino de integración hemisférica.

De esta manera, una vez más, el Fondo de Cultura Económica encabeza una propuesta estrictamente cultural que redundará en provecho de la comunidad de habla española y portuguesa. Así, en colaboración recíproca con la UNESCO y con el apoyo de sus subsidiarias y representaciones, la editorial mexicana refrenda su vocación de servicio y de integración. Su liderazgo lo dirige, como ha procurado desde 1934, hacia una meta: crear lectores y poner a su alcance las obras más importantes de la creación y el pensamiento humanos. Por lo tanto, el Fondo de Cultura Económica refrenda con hechos su vocación: poner al alcance de los hombres el instrumento del conocimiento humano más antiguo e indispensable para el intercambio de las ideas: el libro.

XII. OFICIO Y BENEFICIO[1]

1. Dentro de la historia

del Fondo de Cultura Económica hay un apartado particular e independiente: la historia de los traductores y la del Departamento Técnico (luego Gerencia de Producción), cuya importancia no puede pasarse por alto ni obviar. Tampoco se pueden dar por conocidas las características de una actividad profesional fundamental para la editorial e imprescindible para la historia de la cultura en México y en el resto de los países hispanoparlantes. Sin embargo y no obstante su importancia y aparente independencia, la historia de los traductores y traducciones y del Departamento Técnico (hoy Gerencia de Producción) forma parte del cuerpo unitario de la editorial, al que aquí se referirá de manera tangencial o incidental. En otras palabras, la relación de interdependencia entre los traductores y editores con el Fondo de Cultura Económica es demasiado compacta. No obstante su carencia de autonomía, esto se sugerirá en las siguientes páginas.

La historia de las traducciones y de los traductores atraviesa la historia del FCE, porque desde su concepción original había una necesidad por satisfacer: años antes a 1934, entre los estudiantes de economía (y de otras ramas del saber científico, se debe añadir) era generalizada la carencia del domi-

[1] A diferencia de los capítulos precedentes, la casi totalidad de éste se basa en una documentación informal: desde 1984, aproximadamente, he frecuentado a las Gerencias de Producción y Editorial, con cuyos miembros sostengo amistad. A partir de entonces he visto su trabajo, he conversado y he conocido en mis propios libros los beneficios de su experiencia. A modo de sencillo agradecimiento y con el riesgo de las omisiones, quiero reconocer a José C. Vázquez, Alí Chumacero, Gerardo Cabello, Pedro Torres Aguilar, Eduardo Mejía, Juan José Utrilla, Marco Antonio Pulido, Irene Casas, Nicolás Moreno, Argelia Ayala, Alejandro Ramírez y Alejandro Valles. Todos ellos mucho me han enseñado sobre sí mismos y su trabajo. Junto a este diálogo permanente, realicé otros específicos sobre la traducción y edición con Juan Almela (Gerardo Deniz), Francisco González Aramburo, Elsa Cecilia Frost y

nio de lenguas, por lo que el alumno común reducía su aprendizaje a los apuntes escolares —los profesores procuraban traducir los textos indispensables para los cursos— y a las muy escasas obras vertidas al español, ya para entonces superadas. O, en otro sentido, los estudiantes mexicanos (a los que se sumaban los de otros países hispanoparlantes) representaban un mercado potencial para los libros de texto de ciencias económicas (sociales y humanísticas poco más tarde) entonces en auge aunque inexistentes en lengua española.

Ante una realidad de esa naturaleza la visión empresarial de Daniel Cosío Villegas resultó provechosa en todos sentidos; su pretensión cultural no perdía de vista la necesidad material, compartida por los fundadores del Fondo de Cultura Económica. Así se manifestó cuando en 1933 Cosío viajó a España y propuso a Manuel Aguilar —propietario y director de Editorial Aguilar— la conveniencia de publicar una serie de 50 títulos. Entre sus argumentos esgrimió dos fundamentales: las obras propuestas representaban la expresión más novedosa y sólida de la ciencia económica y vendrían a satisfacer la creciente necesidad del mercado hispanoparlante entonces en ciernes.

La propuesta específica fracasó. No así el proyecto, que a la vuelta de muy pocos años comenzó a cristalizar con creces. Entre las tareas inmediatas orientadas hacia el fin deseado destacó la publicación de *El Trimestre Económico*, cuyos primeros números dibujaron, ya con claridad, el perfil con el que se concibió el Fondo de Cultura Económica: publicar las investigaciones y reflexiones de los economistas hispanoparlantes sobre asuntos particulares y, traducidas, las reflexiones preferentemente teóricas (antes que las dedicadas a problemas específicos y circunscritos a países de otras lenguas). Lo

Antonio Alatorre. Por último, con Adolfo Castañón tengo una gran deuda por su apoyo y confianza; sus libros *Cheque y carnaval* (México: UAM-I, 1984) y *El mito del editor y otros ensayos* (México: Miguel Ángel Porrúa, 1993) muestran un poco de lo mucho que sabe del medio e historia editoriales. Esta explicación no significa carencia de fuentes documentales impresas, pues si bien atrás de las conversaciones subyacen las fuentes citadas en los capítulos precedentes, también cabe destacar los tres Catálogos que me han sido fundamentales en la identificación de información específica: *Libro conmemorativo del primer medio siglo*, México: FCE, 1984; *Catálogo General 1934-1989*, México: FCE, 1989 y *Catálogo General 1934-1993*, México: FCE, 1993 (versión CD-ROM).

primero tardaría mucho en realizarse en virtud de la poca producción original de los investigadores del orbe hispánico; lo segundo fue una tarea que se realizó en forma inmediata. Junto a estos artículos y como "complemento" informativo, *El Trimestre Económico* contaba con una sección de reseñas de libros y, sobre todo, con una amplia sección de referencias cuyo repertorio era amplio y proveniente de lenguas extranjeras casi en su totalidad.

Es importante resaltar que el conjunto de traducciones y reseñas publicadas en *El Trimestre Económico* las realizaban los miembros de la redacción de la revista y algunos amigos cercanos. Entre todos ellos destaca preponderantemente Daniel Cosío Villegas sobre Antonio Espinosa de los Monteros, Eduardo Villaseñor, Eduardo Hornedo, Antonio Castro Leal, Ramón Fernández y Fernández y, a partir del arribo de los exiliados republicanos españoles a mediados de 1938, Javier Márquez y Manuel Sánchez Sarto como los más frecuentes —pues, conviene precisar, algunas traducciones no están firmadas; otras probablemente fueron realizadas por ayudantes anónimos supervisados por Cosío o alguien más, como refirió Ricardo Torres Gaitán, quien también tenía sus ayudantes y ejercía esa supervisión para sus actividades en la Escuela Nacional de Economía y en el Banco de México—. Como se puede ver, con excepción de Castro Leal, todos eran versados en asuntos económicos, trabajaban en actividades afines a su especialidad y, debido a su dominio de por lo menos una lengua extranjera, eventualmente se improvisaban como traductores de artículos y como reseñistas. (En descargo de tal improvisación, conviene acotar que lo hacían bien, tanto o mejor que muchos supuestos profesionales para entonces casi inexistentes en México.)

Como se indicó en los capítulos II y IV, el FCE atravesó por una crisis debida a los problemas técnicos con las imprentas y a la transformación derivada del arribo de los primeros exiliados republicanos españoles y de la instalación de las oficinas en Río Pánuco (1940). Durante este lapso y dentro de la editorial se empezó a conocer propiamente el oficio de traductor en su mejor expresión. Aunque sean verdades de Perogrullo, para su ejercicio resultaba (y sigue resultando) indis-

pensable el conocimiento de la lengua en la que estaba escrito el original y un dominio más que aceptable del español, el conocimiento de —y aun familiaridad con— los conceptos técnicos de la especialidad del libro, la disposición a realizar un oficio bajo la presión de tiempo y —verdad inocultable—, la resistencia a tolerar una remuneración y reconocimiento siempre insuficientes y regateados. Es decir, sobre el oficio del traductor no siempre redundaba el beneficio del editor ni el del lector.

No obstante, y esto también se comenzó a expresar entonces con toda su dimensión, el oficio de traductor (y el de editor en general) era en la mayoría de los casos transitorio; de hecho, pocos eran y son los que desde entonces y hasta la fecha se consideran profesionales —pero sobre esto se volverá más adelante—. Mientras tanto, se publicaban los primeros libros traducidos por Salvador Novo *(El dólar plata* de Shea en 1935 y *Pensamientos fundamentales en la economía* de Cassel en 1937), Antonio Castro Leal *(Karl Marx* de Laski en 1935, *Orígenes del capitalismo moderno* de Sée en 1937 e *Introducción a la economía* de Dobb en 1938), Alfonso Reyes *(La organización política* de Cole en 1937) y a los que se sumarán Daniel Cosío Villegas, Julio Ocádiz, José Antonio Rivera, Eduardo Villaseñor, Emma Salinas, Salvador Echavarría, Emigdio Martínez Adame, Manuel Martínez Báez, María Luisa Díez-Canedo y José Silva como traductores de los libros publicados entre 1938 y 1939.

En el conjunto de estas traducciones destaca una característica que se repetirá a lo largo de los años: muy pocos poseían el oficio de traductor propiamente dicho, pero no se dedicaban a él como una de sus actividades principales (Cosío, Castro y Reyes); otros lo ejercieron como complemento de sus tareas profesionales y por cercanía con el FCE (Villaseñor, Martínez Adame y Martínez Báez), y algunos más por la necesidad de un ingreso económico (probablemente Ocádiz, Rivera, Díez-Canedo, Silva y Echavarría). También hubo casos excepcionales (Novo y Emma Cosío) quienes por cercanía con la editorial colaboraron con una tarea que sabían hacer, pero que seguramente preferían evitar.

Los pocos ejemplos referidos muestran el primer perfil de

un oficio editorial entonces muy poco extendido en México —y en el resto de Hispanoamérica—. En algunos de los casos puede resultar arriesgado hablar de improvisación, pero con la excepción de Cosío, Castro y Reyes los restantes no volvieron a practicar la traducción en forma regular, y algunos incluso ni esporádica; la mayoría fueron traductores de uno o dos libros debido a las circunstancias (en muchos casos personales). Más aún, entonces y ahora y para cualquier editorial en el mundo, contar con traductores de la calidad de Cosío, Castro y Reyes, por ejemplo, resultaba un verdadero privilegio, pues no sólo poseían el oficio, sino incluso —y esta virtud se debe subrayar— eran dueños del dominio de las lenguas, de los conceptos especializados y de una cultura universal.[2]

En la suma y combinación de estas características comienza propiamente la historia de las traducciones y de los traductores dentro del Fondo de Cultura Económica. De aquí se desprende el oficio, aunque algunos de los que llegaban a la editorial ya contaban con él; pero otros lo adquirieron con la práctica —como se abundará más adelante—, y también el beneficio, pues es un hecho que éste se ramificaba hacia varios y simultáneos rumbos en muy diferentes tiempos: el ingreso material y el aprovechamiento intelectual del traductor, el fortalecimiento del catálogo de la editorial y el enriquecimiento de la comunidad de lectores a la que se facilitaba (y aún facilita) el acceso a obras que, en su lengua original, hubiera sido restringido. Salvo para el segundo punto —fortalecimiento del catálogo—, para ninguno de los restantes se cuenta con documentación, aunque sí con testimonios de viva voz, base de estas páginas —como quedó indicado al inicio del capítulo—.

Los años siguientes a toda la etapa de fundación referida son de formación y consolidación del cuerpo técnico editorial. Se pueden identificar dentro de cuatro periodos principales: *1)* entre el arribo de los exiliados republicanos españoles y la primera mudanza de la casa matriz —de mediados de 1938 a mediados de 1940—; *2)* entre la instalación de la casa

[2] Cf. Herón Pérez Martínez, "Alfonso Reyes y la traducción en México", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (El Colegio de Michoacán), núm. 50 (otoño de 1993), 27-74.

matriz en río Pánuco 63 y la licencia de Daniel Cosío Villegas para distanciarse de la Dirección —de mediados de 1940 a mediados de 1948—; *3)* durante la administración de Arnaldo Orfila Reynal —de mediados de 1948 a octubre de 1965—; y *4)* a partir de 1965 hasta nuestros días, periodo cuyas características técnicas muestran una consolidación de consistencia unitaria.

2. El primero de los lapsos

es ciertamente reducido, pero suficiente como para deslindar las normas técnicas editoriales que identificarían en lo futuro al Fondo de Cultura Económica —en parte indicadas en el capítulo IV—. Entre ellas ocupan un lugar especial las de la traducción, pues si bien la escasa decena de libros traducidos y publicados durante los años anteriores servían como pauta básica, también resultaba conveniente precisar las cualidades técnicas cifradas en el criterio de calidad propuesto, que no dejaba de ser ambiguo.

Entre los aspectos preponderantes para alcanzar la deseada calidad destacaban dos, cuya vigencia no ha variado hasta nuestros días: *a)* precisión en el traslado de los conceptos técnicos y de las categorías analíticas y *b)* corrección de la lengua española dentro de una norma universal. Para lo primero resultaba útil el conocimiento de la materia sobre la que versaba el libro, aunque paulatinamente fue necesario crear neologismos técnicos en español debido a la carencia del concepto; Víctor L. Urquidi, Elsa Cecilia Frost y Alí Chumacero recordaban cómo los miembros del Departamento Técnico (en particular Luis Alaminos, cuyos conocimientos léxicos y gramaticales a todos sorprendían, y José Gaos, Wenceslao Roces y Eugenio Ímaz, cuyas experiencias como traductores eran las más amplias dentro de obras muy complejas) discutían algunos conceptos ingleses, franceses o italianos para los que no existía un equivalente exacto en español. Con el tiempo, esos neologismos se fueron integrando en un listado o glosario de uso interno con objeto de emplearlos sistemáticamente.

Para el segundo aspecto resultaba imprescindible eliminar todos los préstamos involuntarios de la lengua (anglicismos,

galicismos, etc.) y todos los regionalismos; en este punto el dominio de varias lenguas y el origen y procedencia de los colaboradores y miembros del Departamento Técnico permitía una mayor precisión en ese afán de universalidad. A estas dos cualidades se añadía una tercera no menos importante: procurar que el estilo literario de la traducción se apegara al de la obra original, no obstante se tratara de libros de ciencias sociales y económicas y no de creación literaria. Sobre esto, en términos generales, se podría decir que el decoro de la lengua, la corrección estilística y la precisión conceptual eran suficientes.

Durante los dos años formativos, las más de las veces el traductor también cumplía las tareas de editor, aunque no siempre ni en todos los casos; revisaba originales, cotejaba versiones y corregía pruebas. Los nombres de Daniel Cosío Villegas y Javier Márquez destacan sobre los otros, pues además de traducir se hacían cargo de todas las tareas técnicas posteriores, hasta ordenar el "tírese" al maestro José C. Vázquez, encargado desde 1935 de la supervisión de los aspectos técnicos de la impresión.

Dentro de este breve lapso formativo, Manuel Sánchez Sarto merece mención especial por la excepcional calidad de su traducción del *Leviatán* de Hobbes, publicado en 1940; su caso permite ilustrar las características de un tipo de traductor relativamente común durante los años cuarenta y parte de los cincuenta, pero que paulatinamente se fue distanciando del FCE en particular y del medio editorial en general. Don Manuel —como con todo respeto y admiración se referían a él— llegó a México precedido por su prestigio de gran catedrático especialista en asuntos económicos y políticos; en algún momento de su vida había dirigido en su nativa España ciertas actividades académicas y editoriales, amén de otras de índole administrativo y diplomático. En otras palabras, don Manuel era, primero y sobre todo, un distinguido profesor y consejero y, después, pero nunca como algo secundario o marginal, un pulcro traductor que no se contentaba con el solo traslado intachable de una obra, sino que procuraba redactar algunas páginas introductorias con objeto de ayudar al lector a identificar las características más relevantes.

3. La mayor oferta

y diversidad editorial implícitas en las colecciones de Filosofía, Sociología, Política y Derecho, Tierra Firme y Biblioteca Americana llevaron a la creación del Departamento Técnico y al fortalecimiento del cuerpo de colaboradores externos del Fondo de Cultura Económica. Todo ocurrió dentro del reducido lapso de dos años. Así, de manera súbita, se pasó de la escasa decena de colaboradores externos encargados de las traducciones a dos docenas —que con el tiempo se incrementaron—, cuyas cualidades muestran ya, con nitidez, el perfil definitivo del tipo de traductores dentro de la editorial a lo largo de sus 60 años de vida, aunque convendrá ponderar las transformaciones por las que atravesará.

Durante el segundo de los periodos indicados, son pocos los colaboradores externos que, además en forma muy eventual, traducen algún libro; sus nombres difícilmente se repiten y esto es señal de, quizá, falta de experiencia (hay sospechas de que aceptaron la responsabilidad desconociendo el grado de dificultad implícito, el cual nunca se compensaba con la remuneración ni el reconocimiento obtenidos). Son traductores esporádicos, de uno o dos libros, que rara vez vuelven a un oficio por ellos realizado con decoro (aunque es imposible saber qué tanto hicieron el revisor y el corrector para mejorar la traducción). Entre éstos, llama la atención que la mayoría se ocupó de una obra de la colección de economía, prueba de fuego para cualquiera, y más si se carecía de experiencia como traductor; para el no versado ni interesado en la materia, los libros de economía se volvían un examen de resistencia, y quien lo pasaba podría considerarse apto para emprender casi cualquier otra tarea editorial o de traducción —el casi se refiere a algunos libros de filosofía—. No obstante su apresurado paso, sus nombres merecen mención: E. Jiménez Domínguez, M. Mesa, R. Gleason, M. Bravo, R. Martínez Ostos, V. Llorens, A. Peña, L. Guasch, M. Jiménez Cosío, A. S. Hoyos, J. van As (esporádico por excepción: tradujo del holandés), I. González, P. Hendrichs, P. Kirchhoff, G. Pérez, H. Laborde, E. Padilla, M. Villegas de Robles y algunos pocos más se acercaron al FCE y dejaron su huella impresa en letra de molde.

Junto a ellos hay otros de igual frecuencia cuya presencia fue más significativa debido a la calidad de la traducción, más cuando la dificultad de la obra exigía un trabajo particularmente cuidadoso —sin que esto signifique que la complejidad de la traducción de obras de economía sea menor o menos importante, como en el caso de los colaboradores antes referidos—; es decir, son traductores que cuentan con la habilidad y conocimientos, pero no ejercen el oficio de manera sistemática ni forman parte de una actividad académica o literaria —como sí será el caso de otros traductores ocasionales que se referirán páginas adelante—. Para muchos lectores de estas líneas quizá sus nombres no les digan nada (o los identifiquen por una actividad lateral), pero seguramente a más de uno sí comunique algo el título y autor de la obra por ellos traducida. Probemos: Ramón F. Rubín de la Borbolla: *Estudio del hombre* de Linton; Eduardo Hornedo: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes; Florencio Acosta: *Derecho y paz en las relaciones internacionales* de Kelsen; Jesús Prados Arrarte: *Teoría del desenvolvimiento económico* de Schumpeter; Vicente Caridad: *Maximiliano y Carlota* de Conti; Javier Romero: *Cultura y personalidad* de Linton; Elizabeth y Tadeo Campuzano: *La rama dorada* de Frazer; Diego Fernández Shaw: *Obras escogidas* de Marshall; Alfredo Barrera y Silvia Rendón: *El libro de los libros del Chilam Balam*, y algunos pocos traductores más con estas características.

El sensible incremento en la producción editorial provocó el natural aumento en el número de traductores. Asimismo, esto derivó en una cualidad que durante muchos años distinguió al Fondo de Cultura Económica: el perfil de su línea editorial se comenzó a identificar por la desproporción entre libros traducidos y libros escritos en español, lo cual, ciertamente, contradecía la concepción original de la editorial, creada con el propósito de dar cabida a la producción original de los países hispanoparlantes. Sin embargo, la cristalización de ese deseo tardaría varios años en cumplirse porque los resultados derivados de la investigación y la reflexión dentro de las ciencias sociales, económicas y humanísticas realizadas en lengua española eran exiguos y estaban acaparados por las entonces incipientes editoriales universitarias.

Dentro del sensible incremento en la edición de obras traducidas destaca que el número de traductores no era proporcional al de obras debido a que aquéllos comenzaron a realizar su oficio en forma regular. En otras palabras, la necesidad editorial del Fondo de Cultura Económica profesionalizó una actividad que se venía realizando en forma complementaria de otra. También se puede decir que en el México de aquellos años, debido a su producción anual, el FCE fue la empresa que dio el más decidido impulso a una tarea hasta entonces poco reconocida y valorada, no obstante la justificada fama de ser una actividad mal remunerada por todas las empresas editoriales en el mundo, incluido el Fondo de Cultura Económica.

Así, entre 1940 y 1948 no se percibe un aumento notable en el número de traductores, aunque sí en el número de obras traducidas. Esto significa que los traductores ya no eran eventuales, sino regulares; vertían al español entre uno y cuatro libros anualmente. Esta regularidad le ofrecía al traductor la seguridad de un ingreso por el desempeño de un oficio y a la editorial la continuidad de una calidad. En consecuencia, el lector resultaba doblemente beneficiado: leería obras trasladadas al español por alguien especializado en una materia y obtendría la seguridad de un promedio de calidad superior a la media. Por tanto, eran trabajadores que no sólo completaban sus ingresos materiales con una traducción, sino que esta labor se convirtió en un ingreso económico importante. Es decir, mientras que para algunos traducir era un oficio modesto, para otros se convertía en un trabajo valioso. La lista no es grande, pero sí significativa: Teodoro Ortiz, Florentino M. Torner, Ernestina de Champourcín, Rubén Landa, José Carner, Rodolfo Selke, Tomás Muñoz Molina, Adolfo Álvarez Buylla, Cristóbal Lara Beautell, Carlos Silva, Samuel Cosío Villegas y algunos pocos más.

Hay otro grupo cuya producción era similar, pero cuyo prestigio ha trascendido no precisamente por su labor como traductores, sino por sus cualidades como editores (u otra labor distinta de ambas). Además, a diferencia de los colaboradores externos, este grupo en su totalidad estuvo vinculado laboralmente al Departamento Técnico del FCE. Es decir, a sus funciones en el Departamento, sumaban el traducir fuera

de las horas de trabajo. Sus nombres ya han sido varias veces citados: Vicente Polo, Luis Alaminos, Joaquín Díez-Canedo y Francisco Giner de los Ríos (cuyas preferencias eran hacia obras humanísticas). Es indispensable referir también a Javier Márquez y a Vicente Herrero, quienes por el número y calidad de sus traducciones de ciencias económicas (el primero) y de ciencia política y derecho (el segundo) ocupan un lugar de distinción respecto a sus colegas.

Eugenio Ímaz merece un lugar aparte dentro del Departamento Técnico. Todos los testimonios subrayan su entrega al trabajo y su voluntad para compartir y transmitir lo que sabía hacer. Atento hasta la manía y entregado hasta la obsesión, sus conocimientos, inteligencia y creatividad fructificaron en la publicación de las obras de Dilthey y Cassirer, como las más prestigiadas, y otras no menores ni menos sencillas: *Homo Ludens* de Huizinga, *Historia de los papas* de Ranke, *Economía y sociedad* de Weber, *Del paganismo al cristianismo* de Burckhardt, *¿Qué es el hombre?* de Buber, *Lógica* de Dewey, y, junto con O. Villanueva, *Mimesis* de Auerbach, por sólo citar algunos.

Wenceslao Roces también cuenta con una distinción especial: como "colaborador externo" —fue hasta los años setenta y ochenta cuando pasó a formar parte formal del personal de la editorial— cuenta en su haber con la traducción de obras que se distinguen por su complejidad y extensión. Es por todos conocido su empeño por difundir en nuestra lengua la obra de Marx, Engels, Dilthey y Cassirer. Sin embargo, su empeño también lo depositó en algunas obras historiográficas fundamentales: *Escritos políticos* de Humboldt, *Reflexiones sobre la historia universal* de Burckhardt, *El mundo de los césares* de Mommsen, *Vida y cultura en la Edad Media* de Bühler, *Alejandro Magno* de Droysen, *El concepto de historia* de Huizinga, *La sociedad romana* de Friedländer, *Roma y Atenas en la Edad Media* de Gregorovius, *Pueblos y Estados en la historia moderna* de Ranke, *Psique* de Rodhe, *Sujeto y objeto* de Bloch y, junto con Joaquín Xirau, *Paideia* de Jaeger, por sólo citar algunas de las que hizo entre 1942 y 1948.

Los casos de Ímaz y Roces sorprenden todavía más cuando es sabido que, no obstante su enormísima tarea como edito-

res y traductores, contaban con energía y tiempo como para proseguir una tarea de reflexión propia —*El pensamiento de Dilthey* (1946) o *Luz en la caverna* (1953) de Ímaz— y una de formación académica (Roces, por sus conocimientos, talento, dedicación y entrega, llegó a ser nombrado Profesor Emérito en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México), por sólo referir lo menos y más conocido.

Dentro de una proporción ciertamente menor junto a los extremos representados por Ímaz y Roces, destaca un nutrido grupo de profesores y especialistas que colaboraba con el FCE, tanto en calidad de consultores (se hacían cargo de la dirección de alguna de las colecciones editoriales o estaban muy cerca de ellas), como en la de traductores, además de ser ellos mismos autores de varias obras propias. Entre ellos destacan José Gaos (tradujo *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo VIII* de Groethuysen, *Aristóteles* de Jaeger, *La experiencia y la naturaleza* de Dewey, *Ideas relativas a una fenomenología y una filosofía fenomenológica* de Husserl entre 1942 y 1948) y José Medina Echavarría (tradujo *Diagnóstico de nuestro tiempo* de Mannheim, *Durkheim* de Alpert y, junto con Tomás Muñoz y Julián Calvo, *Diccionario de sociología* de Fairchild entre 1942 y 1948).

Con menor cantidad en el número de traducciones, con una frecuencia escasa —casi tanto como esporádica—, pero con una calidad tan buena como la de los mejores, hay un segundo y compacto grupo de profesores y especialistas (ya entonces prestigiados o pronto lo serían) que aportaron al FCE una parte de su saber y dominio: José Carner *(Ensayo sobre el gobierno civil* de Locke, *Areopagítica* de Milton y *Cristianismo y cultura clásica* de Cochrane), Luis Recaséns-Siches *(Historia de la cultura* de Alfred Weber), Juan José Domenchina *(El hombre y lo sagrado* de Caillois e *Historia de Europa* de Pirenne), Manuel Sánchez Sarto *(Historia económica general* de Max Weber), Enrique Díez-Canedo *(La historia como hazaña de la libertad* de Croce), Víctor L. Urquidi *(Monopolio* de Robinson, *Genio y figura del norteamericano* de Brogan, *Ensayos sobre el ciclo económico* de Haberler), Edmundo O´Gorman *(El derecho divino de los reyes* de Figgis), Joaquín Xirau (pri-

mera parte de *Paideia* de Jaeger), Juan Comas *(Los tipos humanos* de Schreider), Ramón Iglesia *(El Duque de Wellington* de Aldington), Eduardo Nicol *(Demóstenes* de Jaeger), Adrián Recinos *(El arte primitivo* de Boas, *La civilización maya* de Morley y, sobre todo, su espléndida recreación del *Popol Vuh),* Samuel Ramos *(El arte como experiencia* de Dewey), Enrique Beltrán *(Herencia, raza y sociedad* de Dunn) y Alfonso Reyes *(Historia de la literatura griega* de Bowra y *Eurípides y su tiempo* de Murray), por sólo citar algunos de los más representativos dentro del periodo.

Es conveniente recordar que la casi totalidad de este sólido y prestigiado grupo de profesores y especialistas desempeñaban el oficio de la traducción de manera ocasional, con alto sentido de responsabilidad para con la obra, el autor y el lector y, sobre todo, como una actividad complementaria: su *modus vivendi* provenía de su labor académica y, por tanto, la traducción la realizaban como una labor ancilar del magisterio. Asimismo, y esto subraya lo anterior, publicaron artículos y notas en el *Noticiero Bibliográfico*, cuya finalidad era promover los libros del Fondo de Cultura Económica y los de La Casa de España o El Colegio de México. En algunos casos, esas "reseñas" se emplearon como notas introductorias o prólogos; otras veces, formaban parte de una discreta discusión entre amigos, como la habida entre José Medina Echavarría, Luis Recaséns-Siches, José Gaos y Eugenio Ímaz a propósito del pensamiento de Karl Mannheim o de Alfred Weber.

Finalmente, es necesario recordar que los traductores, especialmente aquellos que se distinguían por una labor académica e intelectual, aportaban su consejo a la Dirección y a la Junta de Gobierno de la editorial. Daniel Cosío Villegas escuchaba las sugerencias, que en su oportunidad eran comunicadas a la Junta o algunos de sus miembros recogían las propuestas en forma directa a partir de las frecuentes e informales conversaciones que todos sostenían dentro de las más variadas circunstancias. Tras el análisis y ponderación, se procedía, en su caso, a la consecución de los derechos de autor para proseguir con el trámite normal de edición. De esta manera, el diálogo fructificaba en obras que el Fondo de Cultura Económica incorporaba a su catálogo general.

4. Otorgar un mayor aliento

al proyecto editorial original fue necesario frente al nuevo mercado y a sus nuevas exigencias. El director Arnaldo Orfila percibió las necesidades e incluso se adelantó a ellas, de aquí que entre mediados de 1948 y octubre de 1965 se considere el periodo de expansión y proyección del Fondo de Cultura Económica. La cristalización del proyecto cobró cuerpo con la publicación de las colecciones Letras Mexicanas, Breviarios, Lengua y Estudios Literarios, Antropología, Vida y Pensamiento de México, Psicología y Psicoanálisis, y Popular, lo cual repercutió sensiblemente sobre el Departamento Técnico y el grupo de colaboradores externo; el aumento en la cantidad y variedad de la producción editorial conllevó una natural transformación.

El primer cambio cuenta con un antecedente ubicable entre 1945 y 1947, cuando Márquez, Giner de los Ríos y Herrera dejaron el FCE y en forma casi simultánea se incorporaron al Departamento Técnico Alaminos, De la Fuente y dos jóvenes mexicanos: Antonio Alatorre y Juan José Arreola —quienes permanecieron escasos dos años ligados formal y laboralmente a la editorial, y desde entonces y hasta la fecha han permanecido estrechamente vinculados a ella en calidad de autores, colaboradores y consultores—. Ante la salida de aquéllos y la publicación de los primeros títulos de los Breviarios fue conveniente incorporar personal nuevo al Departamento Técnico y fortalecer el grupo de colaboradores externos, en particular el de traductores.

Entre 1949 y 1954 se dibuja un primer lapso identificable porque los nuevos colaboradores del Departamento son esencialmente jóvenes mexicanos y centro y sudamericanos que cuentan con formación universitaria, cierto conocimiento de lenguas y que —con la sola excepción de Alí Chumacero, quien ya poseía amplia experiencia— sobre la marcha adquieren el oficio del trabajo editorial: revisión y marcaje de originales, corrección de pruebas, elaboración de índices y solapas, traducción, cotejo y supervisión de traducciones, y tanto más que sería prolijo describir. En los testimonios hay un doble denominador común: Joaquín Díez-Canedo y Luis Alaminos, principalmente, fueron quienes dentro del Departamento

Técnico se encargaron de formar al nuevo equipo: Alí Chumacero, Carlos Villegas, Jorge Hernández Campos, Elsa Cecilia Frost, Víctor Adib, Francisco González Aramburo, Joaquín Gutiérrez Heras, Lauro J. Zavala, Emma Susana Speratti y Jasmin Reuter entre otros, conformado a lo largo de cuatro años.

En septiembre de 1954 la casa matriz se mudó: dejó la casa arrendada en Río Pánuco 63 y se instaló en sus propias oficinas en avenida Universidad 975. En forma consecuente a la reinstalación, a su considerable incremento en la producción anual y a la pérdida de algunos miembros del Departamento Técnico (Alaminos y De la Fuente murieron y Calvo renunció, por ejemplo), entre 1955 y 1962 fue necesario incrementar el número de trabajadores y colaboradores externos, los cuales se sumaron al primer grupo de recambio ya referido: Augusto Monterroso, Enrique González Pedrero, Juan Almela, Martí Soler, María Teresa Silva, Roberto Reyes Mazzoni, Saúl Crispín Jiménez, Ernesto Mejía Sánchez, José Contreras Vázquez, Sonia Tancredi, Federico Galván y algunos pocos más ocupados en tareas editoriales y de traducción.

Ambos grupos del Departamento Técnico tomaron la estafeta y desde 1950 empezaron a publicar traducciones junto con un nuevo grupo de colaboradores externos (la mayoría entonces promediaba veintitantos años de edad) que también comenzaba a hacer sus armas en la traducción —y en otras actividades intelectuales y científicas—: José de la Colina, Margit Frenk, Jan Bazant, Eli de Gortari, Octavio G. Barreda, Horacio Flores de la Peña, Margarita Villegas, Pablo González Casanova, Juan M. Lope Blanch, Ernesto de la Peña, Manuel Durán, Francisco Cuevas Cancino, Alejandro Rossi, Luis Cardoza y Aragón, Tomás Segovia, Jorge López Páez, Carlos Ímaz, Álvaro Custodio, Rodolfo Stavenhagen, Óscar Soberón, Porfirio Martínez Peñaloza, Luis Villoro, Alaide Foppa, Ludwik Margules, Jesús Bal y Gay, Luisa Josefina Hernández, Agustín Fernández Guardiola, Armando Suárez, Alfonso Millán, Emilio Uranga, Sergio Fernández Bravo, Francisco López Cámara, Margo Glantz, Demetrio Aguilera Malta y otros más entre los poco menos de 50 colaboradores que hasta 1965 trasladaron al español entre uno y tres libros cada quien.

Este recambio resulta significativo por una razón: dentro

del Fondo de Cultura Económica es posible identificar el tipo de traslape generacional y precisar el momento en que ocurrió. La claridad es reveladora, amén, por supuesto, de mostrar que en el seno de instituciones como el FCE la entrega de estafetas ha ocurrido de manera paulatina. En otras palabras, a lo largo de todo el periodo de expansión y proyección (1948-1965), junto a colaboradores externos que permanecieron estrechamente ligados a la editorial como Manuel Sánchez Sarto (*Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general* de Cantillón y *Breve historia de la economía internacional* de Ashworth), José Gaos (*El ser y el tiempo* de Heidegger, *Teología de los primeros filósofos* de Jaeger, *La filosofía desde el punto de vista de la existencia* de Jaspers y los volúmenes de la *Ontología* de Hartmann), o Wenceslao Roces (quien prosiguió con la traducción de Cassier, Marx, Engels, Dilthey además de *El Renacimiento en Italia* de Symonds), por sólo referir a los tres más frecuentemente evocados en los testimonios, esos jóvenes se formaban con un criterio de rigor y profesionalismo similar al que observaban en sus cercanos y grandes ejemplos. Junto a estos profesores y traductores, Manuel Pedroso también ocupaba un lugar relevante, pues su inteligencia era pródiga tanto como generosa.

Además, sobre el Fondo de Cultura Económica repercutió un factor externo que acentúa todavía más las características del recambio generacional referido. A partir de la profunda transformación implícita en la mudanza e instalación de la Universidad Nacional Autónoma de México en sus nuevos edificios del Pedregal de San Ángel (1952-1954), la gran mayoría de los profesores y especialistas cercanos a la editorial encontraron el espacio (seminarios, laboratorios, bibliotecas, imprentas y tanto más) y el reconocimiento material idóneos para sus actividades intelectuales, a las que pronto se entregaron de *tiempo completo* —figura laboral dentro del ámbito académico hasta entonces inexistente—. Esta profesionalización los distanció personalmente del Fondo (empero solían asistir a los ágapes ofrecidos por la editorial), aunque en forma simultánea los vinculó de manera indirecta: fomentaron entre sus alumnos tanto el empleo de los libros de la editorial, como estimularon la realización de traducciones y otras ta-

reas editoriales más, por ellos consideradas indispensables para una formación intelectual completa. Es decir, desde esa relativa distancia y multiplicados a través de sus discípulos —enlace generacional y renovador de conocimientos—, los profesores y especialistas siguieron ligados al Fondo de Cultura Económica.

Este vínculo y transformación se vuelve más notorio cuando se observa a contraluz de la estrechísima relación entre el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México sostenida durante los años cuarenta. Sin embargo, el distanciamiento (a partir de 1952) de Daniel Cosío Villegas respecto a los miembros de la Junta de Gobierno y al director repercutió en la relación entre ambas instituciones. Si bien es cierto que los dos directores, Arnaldo Orfila y Alfonso Reyes, conservaban una estrecha amistad; que el profesor de El Colegio, Raymundo Lida, y Orfila mantenían una vieja relación, y que algunos jóvenes becarios de El Colegio continuaron o establecieron sus lazos como colaboradores del FCE (Alatorre, Frenk, Segovia, Durán, Speratti, Mejía Sánchez y algunos más), también es cierto que el *esprit de corps* determinante para la fundación (1938-1948) de ambas instituciones se dispersó por varias razones: algunos profesores de El Colegio y colaboradores del FCE buscaron nuevos horizontes para su realización profesional en Puerto Rico (Medina Echavarría), Venezuela (Ímaz y Millares Carlo) y Chile (Márquez, Giner de los Ríos, Herrero y Calvo), mientras que otros se incoporaron a instituciones académicas como la Universidad Nacional Autónoma de México (la lista es larga). Por último, hay un hecho que obvia este distanciamiento: la varias veces voluminosa *Historia moderna de México* realizada y coordinada por Daniel Cosío Villegas dentro de El Colegio de México la publicó (a partir de 1954) la editorial Hermes, cuando El Colegio publicaba sus libros en el FCE.

Los gestos de las transformaciones y, sobre todo, de la continuidad, son múltiples. Entre los más notorios destaca la cualidad de las convivencias vicaria —el hecho de compartir el mismo sello editorial resultaba un estímulo significativo, más para los jóvenes que empezaban— o directa —el encuentro en los pasillos y oficinas de la editorial era común— de

colaboradores eventuales como, por una parte, los de mayor edad o experiencia: Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Francisco A. Delpiane, Juan José Domenchina o Edmundo O'Gorman, quienes durante los cincuenta y sesenta continuaron entregando sus traducciones junto con algunos jóvenes (y futuros profesores y especialistas) tan eventuales como los enlistados párrafos atrás.

Simultáneamente, también dentro de la doble convivencia vicaria y directa, los especialistas que desde años anteriores colaboraban con la editorial lo siguieron haciendo de manera regular; se recuerda a personas como Wenceslao Roces, José Gaos, Cristóbal Lara Beautell, Marta Chávez, Mateo Hernández Barroso, Margarita Nelken, Ramón Fernández y Fernández, Raúl Velasco Torres, Víctor L. Urquidi, Rubén Landa o Manuel Sánchez Sarto. Junto a ellos se encontraban los jóvenes (en su mayoría) que comenzaban a adquirir el oficio de la traducción regular (y pronto destacarían como profesores y especialistas): Antonio Ramos Oliveira, Edmundo Flores, Eli de Gortari, Rubén C. Pimentel, Mariana Frenk, Mario Monteforte Toledo, Emma Susana Speratti, Alfredo N. Galletti, Horacio Flores Sánchez, Fernando Rosenzweig o Margarita Villegas, entre otros. Sobre ambos grupos de colaboradores regulares recayó poco menos de la mitad del promedio anual de la producción editorial de aquellos años. Además de su aporte cuantitativo, este doble grupo de traductores poseía inocultables méritos cualitativos que no se pueden omitir ni sobreentender: cuidaban que la obra trasladada a nuestra lengua conservara la precisión de los conceptos, la claridad de las ideas y la fluidez de la exposición; procuraban que el lector hispanoparlante pudiera tener acceso natural a una obra que, de suyo, pudiera ser compleja, como ilustran los traslados de los *Escritos económicos* de Bentham hecho por Francisco C. Pimentel o el *Diccionario de filosofía* de Abbagnano hecho por Alfredo N. Galletti.

Para concluir el apunte sobre el traslape generacional, es conveniente no perder de vista que en la sociedad mexicana de aquellos años de expansión y proyección la comunidad intelectual era reducida, aunque notorio su acelerado crecimiento demográfico. Mientras esto ocurría, el *esprit de corps* de índo-

le casi familiar que identificó al FCE durante los años treinta y cuarenta devino en un ámbito mayor desde el punto de vista cuantitativo. En forma paulatina (entre 1955 y 1965), el rasgo de familiaridad prácticamente desapareció. No obstante, la comunidad intelectual que convergía en el FCE y la comunidad en la que estaba sumergida la editorial seguían siendo reducidas; con mayor o menor medida, todos sus miembros se conocían. Por lo tanto, el recambio generacional que en el FCE se dibuja neto debido a su cualidad de ámbito restringido, ocurre en México con características similares: se conservaban referentes comunes, se contaba con una identidad de experiencias generacionales en esencia compartidas, el ámbito de convivencia se extendía dentro de un escenario urbano reducido y los horizontes de aspiración vital todavía contaban con metas compartidas por la mayoría. Más aún, y como base de todo: el concepto de generación conservaba su vigencia, aunque pronto (hacia 1964 en adelante) las consecuencias de la explosión demográfica diluirán su esencia, la idea de *vivencia* compartida, hasta hacerla desaparecer. Así, lo que Ortega y Gasset expuso en 1923 en *El tema de nuestro tiempo* mostraba su natural agotamiento.

No obstante, es necesario indicar que dentro del ámbito del trabajo editorial, en el sentido técnico, esa *convivencia* se convirtió en una formación personal y enseñanza profesional completas. Los testimonios así lo subrayan. La totalidad de los jóvenes que ingresaron al Departamento Técnico entre 1950 y 1962 reconocen que el trato diario con asuntos técnico-editoriales de obras y con colaboradores externos y, eventualmente, autores, permitieron la adquisición y dominio de un trabajo especializado dentro del más alto nivel de exigencia. "Después de siete años en el Departamento Técnico —indica Francisco González Aramburo a propósito de su propia experiencia, equivalente a la de varios más— uno era capaz de hacer de todo, como escribir la página que no estaba en el libro, además de las múltiples correcciones, índices y la redacción de solapas —donde Alí Chumacero era un verdadero prodigio por ser directo y conciso—." En otras palabras, el Fondo de Cultura Económica prohijó verdaderos profesionales de la edición y, también, de la traducción, en el sentido de hacer de

esta actividad un *modus vivendi*: "Trabajábamos a destajo, como las pantaloneras; trabajábamos para ganarnos la vida. Por eso, cuartilla que se traducía, cuartilla que se cobraba" —prosigue González Aramburo.

Los testimonios de Antonio Alatorre y Juan José Arreola coinciden con los de Elsa Cecilia Frost, Francisco González Aramburo, Juan Almela, Alí Chumacero, Carlos Villegas, Lauro J. Zavala y Martí Soler quienes, todos en conjunto, reconocen en el Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica de aquellos años un ámbito propicio para su desarrollo personal y su formación profesional. En lo que corresponde propiamente a la traducción, también coinciden; contaban con cierto dominio de otra(s) lengua(s) y, sobre la marcha del trabajo y bajo la supervisión —siempre con la disposición de ayudar con el consejo y nunca como tutela— de Ímaz, Alaminos, Roces y/o Díez-Canedo lograban corregir sus fallas y mejorar sus aciertos; en algunos casos, la fuerza del trabajo y la voluntad personal llevaban a la adquisición de una nueva lengua. En todos los casos, "a fuerza de corregir traducciones (buenas y malas, aunque éstas eran más ilustrativas) uno adquiría la habilidad y la jerga especializada", concluye González Aramburo.

La profesionalización del traductor surgió del crisol en que se convirtió el Fondo de Cultura Económica como la más destacada en México a lo largo de aquellos años. Durante los años cuarenta, los miembros del Departamento Técnico hicieron traducciones con cierta regularidad; sin embargo, ninguno se "profesionalizó", en el sentido de hacer de la traducción su *modus vivendi*, aunque Eugenio Ímaz estuvo cerca. Algunos colaboradores externos sí llegaron a vivir de la traducción o, por lo menos, se convirtió en un ingreso complementario considerable, para Wenceslao Roces, Ernestina de Champourcín y Florentino M. Torner. Sin embargo, durante las dos siguientes décadas (1950 y 1960), el oficio de traductor llegó a adquirir un lugar preponderante dentro de la industria editorial mexicana; por una parte se tenía verdadera necesidad de traductores, pues la producción original de libros en nuestra lengua era raquítica y especializada (se concentraba en dos o tres editoriales comerciales —Herrero y Porrúa para libros de

Derecho, por ejemplo— o en ediciones universitarias). Por otra parte, la emergencia de una población escolar media y universitaria necesitada de instrumentos bibliográficos para su formación y la simbólica incorporación cultural de México al resto del mundo. Consecuentemente, se urgían libros para satisfacer una demanda de mercado local (extensiva al mercado hispanoparlante), una demanda de cultura "universal" (traer a México lo mejor de la producción intelectual europea y norteamericana) y una demanda "universal" (europea y norteamericana) de la producción intelectual mexicana e hispanoamericana (el auge de la colección Letras Mexicanas coincide con esta cualidad del mercado internacional).

El traductor profesional surgió en México dentro de este escenario. El FCE, principalmente (aunque editoriales como UTEHA y Aguilar colaboraron en forma significativa), propició una actividad cuyas cualidades eran (y siguen siendo, aunque con ciertos matices nuevos): *1)* la editorial (cualquiera, cabe reconocer) siempre tenía prisa y urgía a sus colaboradores para que entregaran a la brevedad —aunque luego la traducción yacía en una gaveta—; *2)* correteado por la necesidad propia y de la editorial, el traductor no se podía detener a releer con calma su traducción para precisar y corregir detalles, más porque se ceñía a un criterio: el libro traducido se debe leer "bien", debe ser "claro" y debe cumplir con un mínimo de "decoro" con la lengua española, todo lo demás es "obra de arte" que al común de los editores no les interesa —ni, menos aún, está dispuesto a pagar; es decir, "la perfección no es rentable"—; *3)* debido al punto anterior, las editoriales debían contar con un(os) revisor(es) de traducciones para que cotejara(n) la correspondencia entre las dos versiones, la calidad de la nueva versión y para que unificaran características (conceptos, índices, notas al calce, etcétera) según las normas editoriales; *4)* el traductor industrial era (y sigue siendo) un destajista.

Sin llegar al extremo de la profesionalización, destacan dentro del FCE algunos de sus miembros del Departamento Técnico: Elsa Cecilia Frost, Emma Susana Speratti, Joaquín Gutiérrez Heras y Jorge Hernández Campos, quienes junto a las labores editoriales cumplían las de traductores e, incluso,

de coautores *sui generis*, como el caso de Frost, quien no sólo tradujo y corrigió el *Diccionario de religiones* de Pike, sino incluso incorporó voces nuevas por ella elaboradas. Próximos o francamente profesionales son Carlos Villegas, Francisco González Aramburo, Juan Almela, Roberto Reyes Mazzoni y Enrique González Pedrero, entre los miembros del Departamento que traducían entre uno y cuatro libros por año, y como colaboradores externos y con igual promedio de traducciones: Florentino M. Torner, Ernestina de Champourcín y Julieta Campos.

En sentido diametralmente opuesto a éste, el Fondo de Cultura Económica se enfrentaba al incumplimiento del contrato entre los colaboradores externos. Hasta el día de hoy, a solicitud expresa de la editorial la más de las veces, el colaborador se compromete a la realización de un trabajo específico (editor, corrector, traductor, autor, compilador, antologador, etc.) dentro de un lapso determinado. Sin embargo, su cumplimiento está sujeto a gran cantidad de imponderables, lo que repercute sobre la empresa en muchos aspectos.

Un ejemplo puede ser ilustrativo de estos problemas que conforman una historia menor y casi secreta de algunos libros (no siempre los más prestigiados ni extensos) del FCE: en 1952 la editorial contrató los derechos del *James Joyce* de Levin y solicitó a Antonio Castro Leal la traducción, a quien dio un anticipo del pago. En el contrato con la editorial norteamericana se habían estipulado plazos y Castro Leal, por éstas y aquéllas, fue postergando la entrega. El FCE, en consecuencia, fue solicitando prórrogas, hasta el punto de pagar multas por incuplimiento y poco faltó para que perdiera los derechos (y los dineros invertidos). Finalmente, luego de muchas cartas y llamadas telefónicas, en 1958 entregó la traducción de un Breviario de escasas 200 páginas.[3]

Entre 1948 y 1958 destacan, entre muchas otras, las siguientes obras traducidas, aparte de las ya referidas: *Diccionario de psicología* de Warren por Ímaz, Alatorre y Alaminos; *Las corrientes literarias en la América hispánica* de Henríquez Ureña por Joaquín Díez-Canedo; *Autoridad e individuo* de Rus-

[3] Cf. exp. "Antonio Castro Leal", AHFCE.

sell por Margarita Villegas de Robles; *El gusto literario* de Schücking por Margit Frenk; *La revolución industrial* de Ashton por Francisco Cuevas Cancino; *El estilo literario* de Murry por Jorge Hernández Campos; *El cine: su historia y su técnica* de Sadoul por Juan José Arreola; *La idea de la historia* de Collingwood por Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos; *Las grandes culturas de la humanidad* de Turner por Francisco A. Delpiane y Ramón Iglesia; *Ética y psicoanálisis* de Fromm por Humberto F. Mork; *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* de Braudel por Mario Monteforte Toledo y Wenceslao Roces; *Abstracción y naturaleza* de Worringer por Mariana Frenk; *El alma romántica y el sueño* de Beguin por Mario Monteforte Toledo, Antonio Alatorre y Margit Frenk; *Historia trágica de la literatura* de Muschg por Joaquín Gutiérrez Heras; *Estética e historia de las artes visuales* de Berenson por Luis Cardoza y Aragón; *Teoría de la dinámica económica* de Kalecki por Felipe Pazos y Víctor L. Urquidi; *La democracia en América* de Tocqueville por Luis R. Cuéllar; *Poética del espacio* de Bachelard y *La élite del poder* de Mills por Ernestina de Champourcín; *Los partidos políticos* de Duverger e *Historia del pensamiento económico en el siglo XX* de James por Julieta Campos y Enrique González Pedrero; *Arte y poesía* de Heidegger por Samuel Ramos; *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Smith por Gabriel Franco.

Entre los años 1959 y 1965 adquieren especial importancia las siguientes traducciones: *Historia del pensamiento socialista* de Cole por Rubén Landa (vols. I-III), Enrique González (IV-V) y Julieta Campos (VI-VII); *Teoría económica y regiones* de Myrdal por Ernesto Cuesta y Óscar Soberón; *Diagnóstico de nuestro tiempo* de Mannheim por José Medina Echavarría; *Grandeza y decadencia de los mayas* de Thompson por Lauro José Zavala; *Los reinos del ser* de Santayana y *El pensamiento salvaje* de Lévi-Strauss por Francisco González Aramburo; *Obras y correspondencia* (nueve vols.) de Ricardo por Juan Broc, Nelly Wolff, Julio Estrada, Florentino M. Torner, Carlos Villegas y Margarita Álvarez Franco y revisados por Manuel Sánchez Sarto; *Las antiguas culturas mexicanas* de Krickeberg por Sita Garst y Jas Reuter; *La formación del símbolo en*

el niño de Piaget por J. Gutiérrez; *La imaginación sociológica* de Wright Mills por Florentino M. Torner; *Escucha, yanqui* de Wright Mills por Julieta Campos y Enrique González Pedrero; *El desarrollo económico* de Barre y *Los condenados de la tierra* de Fanon por Julieta Campos; *Códice Borgia* y *Comentarios* (tres vols.) de Seler por Mariana Frenk; *Economía interindustrial; insumo producto y programación lineal* de Chenery y Clark por Rubén C. Pimentel; *Dialéctica del desarrollo* de Furtado por Benjamín Hopenhayn; *¿Qué es la historia?* de Kahler por Juan Almela; *Los hijos de Sánchez* y *Antropología de la pobreza* de Lewis por Emma Sánchez; *Fenomenología del espíritu* de Hegel por Wenceslao Roces y Ricardo Guerra.

Dentro del enorme conjunto de obras y traductores cabe destacar la colaboración de Agustín Millares Carlo, quien, entre algunas de sus muchas responsabilidades en el Fondo de Cultura Económica, se ocupó de la sección de obras latinas de la Biblioteca Americana, entre las que cobran especial importancia la *Historia de las Indias* y los *Tratados* de Bartolomé de las Casas preparadas por él y Lewis Hanke y *De las islas del mar océano* de Juan López de Palacios Rubio con introducción de Silvio Zavala. No menos importante fue su reelaboración de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de Joaquín García Icazbalceta. Sobre estas tareas se suman las de editor de las *Obras* (tres vols.) de Juan Ruiz de Alarcón y traductor de, entre otras, *Utopías del Renacimiento* preparada por Eugenio Ímaz, aparte de la elaboración de sus propias obras. En otras palabras, durante los años cuarenta y parte de los cincuenta Agustín Millares Carlo encarnó en la editorial al autor, editor y traductor cuyos dominio filológico e investigaciones eruditas dieron el ejemplo del rigor científico indispensables para el buen desempeño de una empresa como el Fondo de Cultura Económica.[4]

Junto al conjunto total de colaboradores de la editorial, resulta fundamental señalar y reconocer a aquellos que han resultado indispensables para el Fondo de Cultura Económica y cuya presencia, por lo común, pasa inadvertida por los lectores: los recopiladores y antologadores que se han hecho

[4] Cf. VDA, "Agustín Millares Carlo y su editor", *La Gaceta,* 258 (junio de 1992), 49-52.

cargo de integrar y presentar la obra de otros. Con una pasión humana y un rigor científico como el indicado para Millares Carlo, esos editores (y, eventualmente, traductores) son los que a lo largo de 60 años han dado vida a los libros de la Biblioteca Americana, algunos de historia y a la casi totalidad de la serie mayor de Letras Mexicanas, cuyo ejemplo más alto son las *Obras completas* de Alfonso Reyes —el proyecto editorial más complejo emprendido por el FCE en toda su historia—. El listado es grande, pero nunca suficiente: Edmundo O'Gorman, Ernestina de Champourcín, Julio J. Le Riverend Brusone, Adrián Recinos, Ramón Iglesia, Manuel Toussaint, Alfonso Méndez Plancarte, Silvia Rendón, Ernesto Mejía Sánchez, E. K. Mapes, Emma Susana Speratti, José Luis Martínez, Luis Nicolau D'Olwer, Antonio Alatorre, José Gaos, Eugenio Ímaz, José Miranda, José Durand, Enrique Anderson Imbert, Julio Caillet-Bois, Aurelio Espinosa Pólit, Tulio Halperín Donghi, Manuel González Ramírez, Antonio Magaña-Esquivel, Francisco Monterde, Tarsicio Herrera Zapién, Gabriel Zaid, Enrique Krauze, Alí Chumacero, Luis Mario Schneider, Serge I. Zaïtzeff, Rafael Castillo, José Pascual Buxó, Eduardo Mejía, Víctor Díaz Arciniega, Héctor Perea, Miguel Ángel Flores, Guillermo Sheridan, Daniel Goldin, Cristopher Domínguez Michel, Carlos Macías y algunos más.[5] En lugar aparte mas no secundario quedan los compiladores de la serie Lecturas de *El Trimestre Económico* (en el Catálogo General se indican sus nombres) y, sobre todo, los encargados editoriales de todas las publicaciones periódicas del FCE: *El Trimestre Económico*, *Noticiero Bibliográfico*, *La Gaceta*, *Galeras*, *Azteca*. Entre los editores de revistas y como un mínimo homenaje por su larga y fructífera labor cabe destacar a Óscar Soberón, ejemplar director de *El Trimestre Económico* y de la colección de Economía.

Por último, es conveniente indicar que, a diferencia de los años cuarenta, durante el periodo ahora considerado la ma-

[5] Tan ejemplar como el caso referido de Agustín Millares Carlo es el de Enrique Anderson Imbert, cuya colaboración con el FCE siempre fue expedita y responsable, tanto que en su expediente personal son frecuentes las observaciones elogiosas por parte del director Orfila. Cf. VDA, "Diálogo de la exigencia. Enrique Anderson Imbert", *La Gaceta,* 257 (mayo de 1992).

yoría de los traductores y editores (compiladores y antologadores) elegían las obras para traducir a partir de las propuestas del propio Fondo de Cultura Económica, encargada de la selección. No obstante, esto no significa que los colaboradores-traductores estuvieran vetados para proponer o sugerir a la Dirección algunas obras por ellos consideradas importantes. No, por el contrario. Según los testimonios, era común que algunos (pocos, es cierto) de los entonces jóvenes y nuevos colaboradores-traductores del FCE se acercaran al director para externar sus opiniones y sugerencias, aunque —se debe subrayar— ellas se hacían de manera informal, amistosa. En el conjunto de las evocaciones se indica que, no obstante la seriedad y aun gravedad de Arnaldo Orfila, era común que el director registrara las propuestas y, eventualmente, las solicitara a la editorial extranjera dueña de los derechos y las hiciera llegar a algún dictaminador.

5. La consolidación del proyecto

editorial y empresarial del Fondo de Cultura Económica se alcanzó tras la realización de varias actividades emprendidas desde mediados de los años sesenta hasta nuestros días. Durante ese lapso, la editorial ha procurado estar a la altura de —y corresponder a— las exigencias provocadas por, entre otros: el súbito auge y extenso desarrollo de la industria editorial española dentro del mercado hispanoamericano; el sólido arranque y firme consolidación de empresas editoriales mexicanas próximas a la línea cultural del FCE; el surgimiento de agentes literarios y de promotores editoriales debido al ingreso de la industria hispanoamericana al mercado internacional del libro; y, como resultado conjunto, el incremento de la competencia en todos los órdenes y sentidos (en el siguiente capítulo se reconsiderarán algunos de estos aspectos).

A lo largo de los últimos 30 años, la concurrencia de todos esos factores sobre el FCE han repercutido en su natural y consecuente transformación. Como se ha indicado en capítulos previos, los cambios en el orden administrativo y en la proyección político-cultural han seguido cauces paralelos a

los del gobierno federal. De manera equivalente, la transformación de las cualidades técnicas de la traducción y los traductores y de la producción editorial del FCE ha corrido también en forma paralela a las que identifican a toda la industria editorial mexicana, principalmente. Este doble vínculo ha otorgado al FCE, durante los últimos 30 años, un rasgo distintivo sobre el común de las empresas editoriales hispánicas: por un lado, ha cumplido con una labor de apoyo y servicio a las funciones del gobierno mexicano y, por el otro, ha competido dentro de un mercado profesional regido por normas de oferta y demanda.

Las reglas de la competencia del mercado editorial las comenzó a resentir el Fondo de Cultura Económica en forma directa hacia 1965, cuando sobre él repercutieron dos hechos: el cambio de director y la creación de Siglo XXI Editores, como los más directos, notables e impactantes. Ya se indicó en su oportunidad: el remplazo de Arnaldo Orfila por Salvador Azuela en la conducción del FCE conllevó la salida de una gran parte de los miembros del Departamento Técnico y el distanciamiento de la mayoría de los colaboradores externos regulares, todos los cuales o se dispersaron (los más) dentro del ya para entonces competido medio editorial mexicano, o se concentraron (los menos) en la recién creada Siglo XXI Editores, o se retiraron de los ámbitos editoriales (los colaboradores irregulares) para dedicarse a sus propias actividades profesionales.

Obligado por las circunstancias, Azuela procuró reconstruir al Departamento Técnico y al cuerpo de colaboradores externos. La tarea resultó compleja; la carencia de personal calificado dentro del medio editorial mexicano y la antipatía personal de Salvador Azuela se manifestaron sensiblemente y dejaron al descubierto una cualidad (sospechada en su momento, mas no distinguida ni —menos aún— reconocida en su real dimensión): sin nunca habérselo propuesto como meta, el Fondo de Cultura Económica había venido cumpliendo una labor formativa de cuadros técnicos altamente calificados. En otras palabras y según todos los testimonios recogidos, el Departamento Técnico y las tareas desempeñadas por colaboradores externos (corrección, revisión y traducción,

por ejemplo) significaron la mejor (y quizá la única) escuela práctica del oficio editorial entonces disponible en México.

Las consecuencias de la desbandada las intentaron amortiguar los miembros del Departamento que continuaron dentro del FCE: José C. Vázquez, Carlos Villegas, Lauro J. Zavala, Tomás Acosta, Víctor Adib, Saúl Jiménez Crispín y Juan Almela, entre otros pocos, junto con personal nuevo como Enrique Nieto, Gonzalo Ang, Daniel Jiménez, Cecilia Tercero, Huberto Batis y Raymundo Ramos, por sólo citar a aquellos que contaban con alguna experiencia editorial adquirida en otras empresas. Es decir, el mermado Departamento tuvo urgente necesidad de crear nuevos cuadros técnicos sobre la marcha de una dinámica de producción que mantuvo su promedio anual: todos los libros que estaban en curso de producción desde fechas anteriores a octubre de 1965 llegan a publicarse en el transcurso de los siguientes dos o tres años, junto con los contratados por la nueva Dirección. La aclaración no elimina de las evocaciones, aunque sí los matiza, aquellos gestos y palabras de incomodidad —por decir lo menos— ante la improvisación de algunos y el recargo de trabajo sobre otros. Fueron cinco años difíciles en los que, a pesar de los tropiezos, no se rompió la continuidad de la producción. Ante esto, resulta oportuno precisar que en el transcurso de los 60 años del Fondo nunca se ha roto ese continuo. Por el contrario: es natural que la producción editorial contratada en una administración muchas veces se concluya o se realice del todo dentro de la siguiente.[6]

Una desbandada similar a la referida para los editores ocurrió entre los traductores. No obstante el cambio de Dirección, algunos pocos traductores prosiguieron colaborando con el FCE —adquirieron sus compromisos durante la admi-

[6] No obstante la aseveración, es conveniente precisar una característica que, en apariencia, desmentiría lo indicado: a lo largo de las administraciones de Cosío y Orfila era común cancelar contratos establecidos con empresas editoriales o con autores, pues en la práctica comercial era frecuente observar que una obra contaba con una vigencia en el mercado muy reducida y, consecuentemente, no garantizaba la inversión. Según datos aproximados, Orfila descartaba entre 10 y 15 obras ya contratadas por año, cuando la producción promedio anual de primeras ediciones oscilaba entre las 60 y 80. El procedimiento prosiguió durante todas las siguientes administraciones; el

nistración de Orfila y los continuaron hasta concluir durante la de Azuela; pero muy pocos prosiguieron colaborando: su distanciamiento fue una expresión de inconformidad con el remplazo—. Fue un hecho inocultable y notorio: el grueso del equipo regular de colaboradores se dispersó y el de esporádicos devino en uno nuevo y distinto. Entre los primeros —con una sensible baja en su promedio anual— destacan Florentino M. Torner, Ernestina de Champourcín, Roberto Reyes Mazzoni y Juan Almela entre los frecuentes. Dentro del nuevo grupo de colaboradores sobresalen María y Porfirio Martínez Peñaloza, Esperanza Castillo Paredes, Nadia Piamonte, Pedro Gringoire, Tomás Martínez, Manuel de la Escalera, Nicolás Molina Flores, Alfonso Millán, Gustavo Martínez Cabañas y Alejandro Licona, junto con otros pocos más.

En lugar aparte, es indispensable referir que, dentro del recambio de traductores, a partir de la segunda mitad de los sesenta se comenzó a integrar un nuevo grupo de traductores profesionales cuya colaboración ha sido fundamental para el FCE hasta nuestros días. Juan José Utrilla y Eduardo L. Suárez sin duda ganarían cualquier competencia, pues en 30 años han realizado para el FCE la traducción de aproximadamente 180 libros el primero y 170 el segundo (a los que se deben sumar las que han realizado para otras casas editoriales). Por estos mismos años y ciertamente a la zaga numérica, se incorporó Carlos Gerhard, quien trasladó del alemán 18 obras en un lapso de escasos 15 años. Pasado el tiempo, se han venido incorporando nuevos traductores profesionales a los que nos referiremos más adelante.

Entre las obras publicadas durante los cinco años referidos destacan: *Introducción a la dinámica keynesiana* de Kurihara por Francisco Rostro; *Historia de la locura en la época clásica* de Foucault por Juan José Utrilla; *Imágenes del cielo* de Gauzit por Jorge Gómez Silva; *Mitológicas* de Lévi-Strauss por Juan Almela; *Planificación del desarrollo* de Waterson por Ángel F.

punto más alto —debido al promedio de producción de aquellos años de 1987-1989— ya se refirió en el apartado "Las dos metas" del capítulo X: en 1990 se procedió a analizar y ponderar la pertinencia cultural y comercial de las 1 200 primeras ediciones en proceso de producción; tras el balance —considerado a contraluz de una drástica disminución de la producción anual de primeras ediciones—, hubo necesidad de descartar cerca de 300.

Oruesagasti; *Antropología social* de Lienhardt por Demetrio Aguilera Malta; *Objetividad en la investigación social* de Myrdal por Remigio Jasso; *La revolución de la esperanza* de Fromm por Daniel Jiménez Castillejo; *Erasmo* de Halkin por María Martínez Peñaloza, y *Estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn por Agustín Contín.

Durante la década de 1970, los varios directores del Fondo de Cultura Económica buscaron reconstituir la imagen y presencia editorial dentro de la comunidad intelectual y editorial hispanoparlante. Esos esfuerzos estuvieron orientados hacia la proyección nacional e internacional y al fortalecimiento y recuperación del catálogo general, al cual se buscó incorporar un mayor número obras. En respuesta, las tareas propiamente técnicas exigieron un personal especializado, entonces escaso debido a la competencia del mercado. Por esos años, el Departamento Técnico se convirtió en Gerencia de Producción, integrada por José C. Vázquez —fundador en 1934—, Lauro J. Zavala, Tomás Acosta, Víctor Adib, Saúl Jiménez Crispín —desde los años cincuenta—, Gonzalo Ang, Enrique Nieto, Agustín Pineda, Antonio Ramírez, Antonio Graham —entre 1966 y 1978 aproximadamente—, Gerardo Cabello, Marco Antonio Pulido, Pedro Torres Aguilar, Purificación Jiménez, Juan José Utrilla, Francisco Muñoz Inclán y varios más —desde cerca de 1976 hasta nuestros días—, todos bajo la conducción de Carlos Villegas —entre 1967 y 1971—, Alí Chumacero —quien dejó el FCE en diciembre de 1965 y regresó en diciembre de 1972— y Felipe Garrido —de 1978 a 1984—.

Sobre la reconstrucción de la imagen y presencia editorial y de la recomposición del cuerpo técnico concurrió un hecho: la serie de conflictos políticos que afectaron a algunos países de Centro y Sudamérica provocaron una significativa corriente migratoria hacia México. Una parte de ella repercutió directamente sobre el Fondo de Cultura Económica: muchos editores externos y traductores provenientes de Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Colombia, Nicaragua y El Salvador —entre los más numerosos— encontraron en la editorial un apoyo laboral expedito. Una de las consecuencias inmediatas fue el

sensible acentuamiento del carácter cosmopolita e hispanoamericanista que ha distinguido al FCE.

La experiencia de la inmigración obligada por asuntos políticos de otros países, conocida dentro del FCE en los años cuarenta (con los refugiados españoles —en mayor cantidad— y venezolanos —en mucho menor—) y en los cincuenta (centroamericanos —algunos pocos—), fue importante y significativa, pero es conveniente recordar que el número conjunto había sido exiguo comparativamente al tumulto de los años setenta.[7] Además, la experiencia de esta última década subrayó que trabajar para una empresa editorial se prestaba (y todavía hoy sigue siendo igual) a lo provisional y transitorio. Las consecuencias son conocidas: para el colaborador externo (más si era, o es, inmigrante) ello resultaba útil porque podía contar con ingresos, simpre reducidos, es cierto, pero prácticamente inmediatos. Sin embargo, para una empresa como el FCE, a largo plazo el resultado era negativo, pues obligaba a un permanente cambio de colaboradores y, sobre todo —y esto se debe destacar—, entorpecía y aun impedía una continuidad en las normas técnicas sobre las que se apoyaba su identidad y calidad.

Lo anterior se percibe en los traductores que colaboraron con el FCE desde fines de los años sesenta hasta los primeros ochenta: comparativamente respecto al periodo de 1952-1965, el número de quienes sólo tradujeron entre uno y dos libros y no lo volvieron a hacer fue considerable. No obstante, durante el lapso de 1969 a 1982 el FCE siguió contando con el apoyo de profesores y especialistas que se desempeñaban también

[7] Según los testimonios recogidos, entre 1975 y 1976 se alcanzó el punto más alto: poco más de 400 trabajadores dentro de las insuficientes instalaciones de la casa matriz, tan insuficientes que hubo necesidad de arrendar dos edificios sobre la calle de Parroquia para en ellos albergar a los trabajadores de las filiales directamente ligadas a las tareas editoriales, pues las librerías, el almacén y los talleres de Progreso sumaban un número de trabajadores que, aproximadamente, oscilaba entre los 150 y los 300 —en este número los testimonios son muy ambiguos—. En donde todas la evocaciones coinciden es en una distinción: más de la mitad de los trabajadores que se incorporaron entre mediados de 1974 y mediados de 1976 provenían de Argentina y Chile, al extremo que la Casa de Chile en México contaba con una partida presupuestaria especial del gobierno federal que se ministraba a través del FCE. (Cf. exp. "Casa de Chile en México", AHFCE.)

como traductores (ocasionales: uno o dos libros): Walkiria Wey, Sergio Aguayo, Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco, Arturo Acuña, Alberto Blanco, Sonia Bock, Tatiana Bubnova, Fernando Fajnzylber, Antonio García de León, Emiliano González, Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Hernández Campos, Soledad Loaeza, Luis Medina, José Agustín, Jorge Ruedas de la Serna, Augusto Monterroso, Felipe Pardiñas, José María Pérez Gay y Marcelo Uribe entre otros.

Es conveniente indicar que, entre los aspectos generales de las traducciones realizadas para la editorial, se alcanza a percibir una diferencia sensible entre los dos periodos referidos: durante los años cincuenta y sesenta el énfasis que daban los colaboradores a la práctica de la traducción recaía en un complemento de su formación intelectual; en cambio durante los setenta las necesidades de ingresos económicos se sobreponen a las intelectuales. Son razones del tiempo, no de personas ni de instituciones. Esto revela las nuevas condiciones del colaborador externo, tanto editor como traductor, ya que la competencia dentro del mercado editorial mexicano mostraba que no había proporción entre el notorio crecimiento de la demanda de personal especializado por parte de las empresas editoriales frente a la insuficiente oferta de servicios calificados —la crudeza de los términos corresponde a la brutalidad del mercado; son sus normas y conceptos—. Por lo tanto, los pocos y verdaderos profesionales de la traducción y de la edición contaban con un mayor número de posibilidades para su trabajo; la del FCE era una fuente laboral más junto a la competencia editorial de las académicas como UNAM, SEP y Veracruzana, por ejemplo, y de las comerciales, como Era, Joaquín Mortiz, Grijalbo, Siglo XXI y algunas más de línea editorial técnica o de textos escolares.

Las consecuencias negativas de todo esto fueron las primeras en llegar. La deseada *profesionalización* del traductor comenzó a tomar un perfil poco recomendable para una empresa como el Fondo de Cultura Económica. Proliferó la improvisación técnica y el abaratamiento económico (y moral, cabe la acotación): cualquiera que supuestamente decía conocer una lengua extranjera (inglés, sobre todo, y francés, en segundo término) recorría el medio editorial ofreciendo sus servicios

como "traductor"; surgió una competencia desleal. Respuesta: se devaluó el trabajo del traductor en todo sentido. Se comenzó a pagar peor lo que antes se pagaba mal ("algunos dizque traducían a cambio de un kilo de tortillas duras"); se despreciaba el oficio dentro de las editoriales ("había verdaderos esquiroles dispuestos a resistir cualquier tipo de humillación"); se fomentó entre las editoriales un falso ahorro con el engaño de la reducción de los costos de la traducción, y se generalizó entre los editores el poco aprecio hacia la traducción y hacia el traductor, acota Juan José Utrilla.

No obstante lo difícil de las condiciones, en sentido contrario se fortaleció el "espejismo" de que todo el mundo se creía traductor. ¿Qué tipo de prestigio representaba para el común de esas personas el ser o convertirse en "traductor"? No se sabe la respuesta, pero hubo más de uno que se aprovechó del "espejismo" y de la necesidad. Surgieron "agencias de traductores". Era común que entre 1974 y 1985 deambularan dentro del medio editorial algunos individuos que ofrecían "servicios integrales": traducción de todas las lenguas conocidas (incluidas las de los países de Escandinavia, Europa del Este, Oriente y Medio Oriente), corrección de cualquier tipo de texto (desde filología clásica grecolatina hasta matemáticas avanzadas) e incluso "escritura" de libros o artículos. ¡Qué portentos! La explotación laboral y la malhechura técnica cundieron como plaga.

Aparejado a esta improvisación de "traductores" vino el incremento de "correctores" y "revisores" oficiosos. Sus gestos son varios. Juan José Utrilla cuenta una experiencia: le dieron a revisar y corregir una traducción. Estaba bien hecha y por tanto sólo tuvo necesidad de hacer pocas anotaciones en el original. Cuando fue a cobrar el encargado de la empresa hizo un reparo: "Como fue poco lo que tuvo que corregir, supongo estará dispuesto a que le paguemos menos de lo acordado." Falsa lección: las editoriales exigían que el "revisor" y el "corrector" demostraran su trabajo por la vía cuantitativa y no la cualitativa. Segundo gesto: a lo largo de varios artículos publicados en la revista *Biblioteca de México*, Gerardo Deniz (Juan Almela) hace el retrato paródico del maxmordón: el supereditor que corrige porque sí, porque ése es su oficio y debe

demostrarlo, aunque sus correcciones resulten las más de las veces innecesarias o impertinentes.[8] Por último: Francisco González Aramburo califica de "peor" a ese tipo de "correctores": se sienten como "el papá de los pollitos" y son capaces de enmendar la plana a cualquiera. La epidemia también cundió.

En descargo de estas críticas, los editores tienen otra versión de los hechos cuando de traducciones se trata. Según los editores, en muchos de los traductores, sobre todo los destajistas, noveles o improvisados, existe un sobrentendido: el revisor tendrá a bien corregir los errores de todo tipo de la traducción. "Para eso le pagan", argumentan los traductores. Sin embargo, la verdad es distinta: ante las traducciones mal hechas, hay poco que hacer, aparte de repetirlas —es mejor y más fácil hacer desde cero que corregir errores que de tan excepcionales se antojan invenciones—. Las dificultades son frecuentes cuando se llega a situaciones como éstas: si el revisor corrige, el traductor se queja porque lo corrigen; si el revisor no corrige, el traductor se queja porque no lo corrigen; se puede seguir así hasta el absurdo. No obstante, hay un hecho inobjetable: el traductor se lleva el crédito mientras que el revisor no; si hay aciertos se cargan al traductor, si hay errores se endosan a los editores.

Para contrarrestar ambos males el FCE se topó contra un dilema: cerrar la criba de la selección de colaboradores mediante un cada vez más difícil examen de contratación (por ejemplo: traducir algunas páginas de *The Army of the Caesars* de Michael Grant para observar cómo el examinado resuelve el manejo del lenguaje —desde el sentido de las ideas hasta la sintaxis— y de nombres propios), con el riesgo inmediato de perder el apoyo de personas talentosas, y estimular el trabajo de los colaboradores por medio del ofrecimiento de obras de calidad (por lo común más complejas) y mayor número de ellas en promedio anual (para garantizar la seguridad de un ingreso regular), con la imposibilidad de rebasar la cuota media del pago por cuartilla de traducción para evitar competencias desleales dentro del medio editorial (desde hace años el FCE y las editoriales universitarias han tratado de igualar sus tabu-

[8] Cf. Gerardo Deniz, "Mester de maxmordomía" (nueve entregas), *Biblioteca de México*, 2-16 (enero de 1991 en adelante).

ladores con objeto de evitar discrepancias profundas). En igual dirección, dentro de la Gerencia de Producción son frecuentes los talleres y cursillos de actualización y capacitación de editores (a los que suelen asistir personas interesadas de fuera de la editorial).

Los resultados han sido benéficos —mas no todo lo deseables—. La calidad de los traductores y de los editores se ha incrementado en el FCE. Aunque parezca verdad de Perogrullo: los traductores y los revisores son, finalmente, los responsables de la versión española de una obra trasladada de otra lengua y, como tales, admiten los riesgos implícitos en las eternas prisas: descuidos (imprecisión en los términos, mala sintaxis o interpretación, invención de conceptos, saltos de textos u omisiones, como los errores más comunes) y laxitud en las normas técnicas (la unificación de estilos formales del FCE —uso de abreviaturas, nombres propios, mayúsculas, etc.—) repercuten sobre la imagen conjunta de la editorial. Ellos así lo admiten y la opinión sobre su propio trabajo como traductor o editor es desigual; cualquiera de los colaboradores más regulares muestra y reconoce altas y bajas. No obstante, el promedio de calidad dentro del FCE rebasa la línea media del mercado editorial mexicano e hispanoamericano.

Del conjunto de estas características se desprende otro resultado. Las normas del mercado de la industria editorial (y hay que indicarlo así, con su propio y crudo lenguaje) inhiben la actividad formativa de nuevos cuadros técnicos. Sin embargo, el Fondo de Cultura Económica siempre ha hecho caso omiso de esa realidad. Como se ha reiterado, desde su fundación la editorial ha creado o fortalecido personal especializado. Por su cantidad, calidad, variedad y tipo de trabajo editorial, el antiguo Departamento Técnico y hoy gerencias de Producción y Editorial han sido y siguen siendo las mejores escuelas prácticas de la industria editorial mexicana. Dos testimonios sirven como ejemplo: Francisco González Aramburo, durante los años setenta, asistió a un cursillo para editores organizado para la UNESCO por editores españoles; cuando indicó que había trabajado ocho años en el FCE le dijeron admirados: "Lo que aquí vamos a exponer no es más ni mejor de lo que usted ya sabe." Ernestina Loyo, tras 10 años en una edi-

torial universitaria, ingresó en 1990 como editora a la colección de libros infantiles del FCE y comentó admirada: "En los seis meses que llevo aquí he aprendido más que en todos los años anteriores."

En el grupo de traductores profesionales que ha contribuido a la continuidad y fortalecimiento del perfil de la editorial destacan los regulares (uno a tres libros promedio al año desde 1975 aproximadamente hasta nuestros días —aunque algunos por lapsos de tres hasta seis años—): Juan José Utrilla, Eduardo L. Suárez, Francisco González Aramburo, Jorge Ferreiro Santana, Diana Luz Sánchez Flores, Roberto Reyes Mazzoni, José Esteban Calderón y Ortiz, Angélica Scherp, Stella Mastrangelo, Sergio René Madero Báez, Tomás Segovia, Mónica Manzour, Sergio Fernández Bravo, Jaime Retif del Moral, Juan Almela, Lorenzo Aldrate Bernal, Óscar Barahona y su esposa Uxoa Doyhambourne, Mercedes Córdoba y Magro, María Martínez Peñaloza, José Barrales Valladares, Antonio Garst, Aurelio Garzón del Camino, Carlos Gerhard, Eric Herrán Salvatti, Alfredo Herrera Patiño, Alfonso Montelongo, Cecilia Haydée Paschero, Federico Patán, José Pérez Caballero, Leonardo Rodríguez Ozán, Hero Rodríguez Toro, Milton Schinca (firma: Marcos Lara), Ida Vitale, Roberto Helier, Hugo Martínez Moctezuma, Ernestina Zenzes y algunos más.

Entre las obras traducidas publicadas por el FCE de 1972 a 1982 destacan (con la certeza de incurrir en graves omisiones): *Filosofía de las formas simbólicas* (tres vols.) de Cassirer por Armando Morones; *Mitológicas II* de Lévi-Strauss y *Orígenes de las lenguas neolatinas* de Tagliavini por Juan Almela; *Mineros y comerciantes en el México borbónico* de Brading por Roberto Gómez Ciriza; *Política y gobierno* y *Las naciones en crisis* de Deutsch por Eduardo L. Suárez; *Introducción a la historia universal* de Jaldún por Juan Feres; *Quetzalcóatl y Guadalupe* de Lafaye por Ida Vitale; *Ayer en México* de Dulles por Julio Zapata; *Psicología educacional* de Blair, Jones y Simpson y *Los procesos sociales contemporáneos* de Fougeyrollas por Juan José Utrilla; *Ofrendas para los dioses* de Vogt y *La conquista de los Incas* de Hemming por Stella Mastrangelo; *Hacia la sociedad no represiva* de Jaguaribe por Jorge Rue-

das de la Serna; *Después de Babel* de Steiner por Adolfo Castañón; *Horizontes del mundo* de Kostas y *La coronación del escritor* de Benichou por Aurelio Garzón del Camino; *El camino de Eleusis* de Wasson por Felipe Garrido; *La conciencia de las palabras* de Canetti por Juan José del Solar; *La sociedad cortesana* de Elias por Guillermo Hirata; *El universo de los aztecas* de Soustelle por José Luis Martínez y Juan José Utrilla, y *Lo inconsciente de lo político* de Kaufmann por Danubio Torres Fierro.

El incremento cuantitativo de la producción (1983-1989, lapso en el que se crearon nuevas colecciones editoriales y en que se alcanzaron los promedios de producción más altos en la historia del FCE) y el arribo de la tecnología electrónica de composición repercutieron directamente sobre la Gerencia de Producción: en 1989 se dividió en Gerencia Editorial y en Gerencia de Producción —como se indicó en el capítulo correspondiente—. Adolfo Castañón (entre 1984 y 1989) estuvo al frente de la gerencia que prosiguió con las tareas de producción y, en forma simultánea ante las necesidades, formuló las características tanto de la Gerencia Editorial como de la sección de composición electrónica. Desde 1988 Alejandro Ramírez ha estado al frente de la producción, cuyo cuerpo de colaboradores, encargado de la revisión, cotejo, marcaje y corrección lo forman Lauro J. Zavala (se jubiló en 1991 tras 35 años de servicios), Gerardo Cabello, Francisco Muñoz Inclán (Axel Retif, Marco Antonio Pulido y Pedro Torres Aguilar, asignados a otras secciones, siguen siendo parte de Producción), Alejandra García, Diana Luz Sánchez, Juan de Dios Barajas, Amador Guillén Peña, Manlio Fabio Fonseca, Ricardo Rubio, Jorge Sánchez y Mario Aranda. Junto a ellos y casi hasta el último día de sus vidas (1992, 1993 y 1994, respectivamente) estuvieron Víctor Adib, José C. Vázquez y Tomás Acosta, cuya entrega de 60 y 40 años al Fondo de Cultura Económica se conserva como memoria ejemplar.

En 1989 se comenzó la instalación, dentro de la Gerencia de Producción, del primer equipo (seis máquinas) de cómputo para la composición electrónica; Jorge Acosta encabezó por dos años el pequeño grupo de colaboradores que en su primer año de trabajo produjo 11 libros. A partir de 1991, con

Alejandro Valles al frente, se otorgó un decidido impulso al equipo humano y técnico con objeto de aumentar y acelerar la composición; en 1993 produjo 149 libros. Los colaboradores son Ernesto Ramírez, José Luis Acosta, Mario Daniel Medina, Javier Ávila, Juliana Avendaño, Guillermo Carmona, Yolanda Morales, Angelina Peña, Gabriela López y Juan Margarito Jiménez, entre otros.

El grupo que desde 1983 a nuestros días ha realizado algunas pocas (de uno a cuatro libros en total) traducciones de manera eventual o como complemento de sus actividades profesionales ocupan su propio lugar; entre los miembros de la editorial: David Huerta, Adolfo Castañón, Felipe Garrido, José Luis Rivas, Rafael Vargas, Francisco Cervantes, Alejandro Katz, Héctor Pérez Rincón, y entre los externos: Coral Bracho, Paloma Villegas, Fabio Morábito, Aurelio Major, Jorge Aguilar Mora, Juan Villoro, Miguel Ángel Flores, Humberto Martínez, Carlos Roces, Aurelio Asiáin, Danubio Torres Fierro, José Pascual Buxó, Nora Pasternac, María de Lourdes Quintanilla, Juan Rebolledo, Adriana Sandoval y algunos más. Dentro de este grupo se distinguen Tarsicio Herrera Zapién, quien se encargó de la edición, presentación y traducción de la *Retórica cristiana* de fray Diego de Valadez; José Fernández Santillán, quien fuera discípulo de Norberto Bobbio y cuya obra ha vertido al castellano acompañada de notas y estudios, y Juan Tovar, quien se ocupó del traslado de la obra de Carlos Castaneda.

Los dos grupos de traductores referidos (1970-1982 y 1983 en adelante) se han enriquecido con uno nuevo que se ha venido integrando a partir de 1988, aproximadamente: Isidro Rojas Alvarado, Julio Colón Gómez, Carlos Ovila Flores, Glenn Gallardo, Isabel Vericat Núñez y Catalina Domínguez Reyes, entre algunos pocos más.

Entre los años de 1983 y 1994 —y con el solo afán ilustrativo, pues las omisiones serán demasiadas; el listado resultaría muy extenso— destacan las siguientes traducciones: *Energía y estructura. Una teoría del poder social* de Adams y *Marx y la revolución francesa* de Furet por Eduardo L. Suárez; *El pensamiento renacentista en sus fuentes* de Kristeller por Federico Patán; *La presencia y la ausencia* de Lefebvre por Óscar Bara-

hona y Uxoa Doyhambourne; *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública* de Mandeville por José Ferrater Mora; *El nacimiento de la neuropsicología del lenguaje* de Hécaen y Dubois por Ida Vitale; *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (dos vols.) de Skinner y *Orbe indiano* de Brading por Juan José Utrilla; *Dimensiones de la conciencia histórica* de Aron por David Huerta y Paloma Villegas; *Arquitectura mexicana del siglo XVI* de Kubler por Roberto de la Torre; *La política* de Sartori y *La clase política* de Mosca por Marcos Lara; *Los zapotecos, príncipes, sacerdotes y campesinos* de Whitecotton por Stella Mastrangelo; *Reglas y representaciones* de Chomski por Stephen A. Bastien; *Rousseau* de Groethuysen por Aurelio Garzón del Camino; *La filosofía política de la escuela de Frankfurt* de Friedman por Carmen Candioti; *Vida y obra de Fernando Pessoa* de Simoes por Francisco Cervantes; *Geografía y desarrollo* de Hoy por Roberto Reyes Mazzoni; *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América* (dos vols.) de Friederici y *Ensayos sobre literatura* de Grass por Angélika Sherp; *México: del antiguo régimen a la Revolución* (dos vols.) de Guerra por Sergio Fernández Bravo; *Los niños con retardo mental* de Hutt y *Principios de psicología* de James por Agustín Bárcena; *El comportamiento criminal: un análisis psicológico* de Feldman por Javier Hernández Padilla; *La razón de Estado* de Settala por Carlos Arienti; *Historia del liberalismo político* de Jardin por Francisco González Aramburo; *Francia y la Revolución mexicana* de Py por Isabel y Mercedes Pizarro Suárez; *Desarrollo agrícola en el Tercer Mundo* de Eicher y Staatz por E. Jansenson, L. Eternod y S. Martín; *La verdad y otros enigmas* de Dummett por Alfredo Herrera Patiño; *De Kafka a Kafka* y *Lautréamont y Sade* de Blanchot por Jorge Ferreiro y Enrique Lumbera; *La responsabilidad como destino* de Havel por Janá Novotná y Violeta Urribe; *T. S. Eliot* de Ackroyd por Tedi López Mills; *De la angustia al éxtasis* (dos vols.) de Janet por Héctor Pérez Rincón; *Metahistoria* de White y *Guía crítica de la historia* (cinco vols.) de Saitta por Stella Mastrangelo; *Psicopatología general* de Jaspers por Roberto O. Saubidet y Diego A. Santillán; e *Historia de la filosofía política* de Strauss y Cropsey por Juan José Utrilla, Leticia García Urriza y Diana Luz Sánchez.

Es necesario indicar que la mayoría de los traductores —sobre todo los profesionales, aquellos que traducen como un *modus vivendi*— ha procurado trasladar las obras más próximas a sus intereses personales; sin pretender ser traductores especializados —aunque realmente sí lo son, pues no se puede pasar por alto que la mayoría de ellos cuenta con estudios universitarios y casi todos ejercen (o han ejercido) la docencia—, no se ocultan sus áreas de preferencia y procuran satisfacerlas dentro del espectro de posibilidades que ofrece el FCE. Esto ha redundado en provecho de los lectores, quienes se han beneficiado con traducciones realizadas con interés en —y conocimiento de— el tema, independientemente de la complejidad expositiva e, incluso, del ingreso pecuniario (sin rasgos heroicos, se debe indicar). Francisco González Aramburo y Juan Almela, por ejemplo, coinciden en un criterio: si el traducir es un oficio mal pagado y a veces ingrato, por lo menos queda el beneficio de traducir una obra de interés personal. En otras palabras, a pesar de todos los obstáculos materiales y prácticos, editar y traducir ha sido y sigue siendo un oficio que encierra necesariamente una pasión humana: el amor por el conocimiento.

Antonio Alatorre es el más alto ejemplo. Desde 1946 hasta nuestros días sus traducciones muestran esa pasión. En él se cifran las más altas cualidades: es el editor por antonomasia, tanto que al cuidar el *Aristóteles* de Jaeger traducido por José Gaos fue el primero que ganó para los miembros del Departamento Técnico —por justo reconocimiento de Joaquín Díez-Canedo ante Daniel Cosío Villegas— el crédito en el colofón para los responsables de la edición; antes de él el "cuidado de la edición" por oficio recaía en el director. Como traductor son muchos los ejemplos con los que se podría ilustrar una cualidad del gran y erudito filólogo que es Alatorre y que describe con toda puntualidad Marcel Bataillon en su *Erasmo y España:*

> El traductor ha cumplido su cometido con una escrupulosidad ejemplar. No quiso españolizar de su cosecha ni una sola cita española traducida por mí al francés. Entre él y yo, a costa de muchas horas de trabajo, hemos dado con los originales; y hasta

> hemos acudido, para las citas de obras de Erasmo traducidas al español, a las versiones castellanas del siglo XVI […]. Gracias, ante todo, a la paciencia de Antonio Alatorre se exime esta traducción de lacras que suelen deslucir empresas análogas.

Años más tarde, Bataillon refrendó y amplió su opinión:

> A quien se debe la segunda edición de este libro es al traductor. Antonio Alatorre no se ha contentado con contribuir valiosamente al acopio de datos destinados a poner las notas al día, con subir de punto la riqueza y precisión de la bibliografía, es decir con mejorar esta obra como instrumento de trabajo para el lector de 1965. Ha tenido el valor de someter su propia traducción —a pesar de los elogios que había merecido— a la más exigente autocrítica, haciéndola más fiel al pensamiento del original en bastantes pasajes, y obligando al autor a rectificar erratas o deslices de la primera edición francesa. Con sus escrúpulos de traductor ejemplar, con su amor a esta obra que le llevó a adentrarse en cada renglón de ella, Alatorre ha superado al propio autor en conocimiento de su libro y en deseo de que sea "el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pueda imaginarse" sobre la materia. Colaborador ya, más que traductor mío, se ha hecho acreedor de todo el cariño y agradecimiento, tanto de parte del autor como de sus lectores.

Una opinión similar la han externado o podrían suscribir los otros autores a los que él ha traducido: Highet (*La tradición clásica),* Curtius *(Literatura europea y Edad Media* —con Margit Frenk), Sarrailh *(España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII),* Gerbi *(La disputa del nuevo mundo* y *La naturaleza de las indias nuevas*), Chevalier *(La formación de los latifundios en México: tierra y sociedad en los siglos XVII y XVIII*) y Williams *(La Reforma radical)*. En todas esas obras Alatorre introdujo un rasgo distintivo y "raro" entre los traductores: mejoró el original, así, con esta discreción. George Huntston Williams indicó:

> Antonio Alatorre [...] no sólo ha mejorado el texto original y puesto al día ciertos *addenda et corrigenda* gracias a inteligentes preguntas y propuestas que me han obligado a procurar una mayor

> claridad de exposición, sino que también, gracias a sus verificaciones personales de citas procedentes de obras escritas en diversos idiomas, y a su afán de hacer plenamente coherentes y completas las notas de pie de página de la edición original y de las adiciones mecanografiadas, ha dado una mayor solidez al conjunto del libro, para beneficio de los lectores de habla española, lo mismo que de los investigadores de otros países. [Por lo tanto] la versión española que el lector tiene en las manos deja muy atrás la versión inglesa original, de manera que es, por ahora, la edición definitiva y autorizada.

Por último, Antonello Gerbi refrenda para Antonio Alatorre los reconocimientos ya indicados por los autores citados y añade una observación que todos ellos y muchos más (aquí no mencionados) suscribirían con satisfacción: "[...] y sobre todo por la elegancia y nitidez de la prosa castellana en que, con amorosa y pacientísima fatiga, ha sabido expresar en todos sus matices mi largo discurso".

Finalmente, conviene indicar que, en 1934, entre las razones para crear el Fondo de Cultura Económica estaba la de contar con un medio para publicar y difundir las investigaciones y reflexiones originales de un grupo de personas interesadas en asuntos económicos. Pasado muy poco tiempo, esos asuntos se multiplicaron en un amplio número de ciencias. Sin embargo, fue hasta los primeros años setenta —con más intensidad, frecuencia y cantidad— que la otra de las razones se comenzó a cristalizar: publicar los resultados de las investigaciones y reflexiones originales de autores hispanoparlantes. Hasta donde la competencia editorial lo ha permitido, desde esos años setenta a nuestros días el FCE ha procurado buscar un equilibro entre los libros que publica traducidos y los originalmente escritos en español; hacia fines de los ochenta y, sobre todo, en los años que corren, el punto medio está cada vez más próximo. Asimismo, lo que en su origen nació como la voluntad de un pequeño grupo de personas, pasados los años ese grupo se ha incrementado de manera considerable, tanto que hoy difícilmente se podría identificar como tal. No obstante y como en estas páginas se ha querido mostrar, es claro que el Fondo de Cultura Económica ha mantenido su

estructura básica y de continuidad sobre el reducido número de editores y traductores. Ellos son los responsables últimos de la calidad de los libros. Ellos son quienes, a partir de la práctica esmerada de un oficio, ponen al alcance del lector los beneficios de la cultura.

XIII. UNA LÍNEA EN EL ESPACIO

1. La identidad del Fondo

de Cultura Económica como editorial adquirió su base y proyección más sólidas durante los años en que Daniel Cosío Villegas fue director (1937-1948); en ese periodo se dibujaron dos horizontes: el primero ampliaba la perspectiva cultural del FCE hacia una dimensión ecuménica, con una actitud humanística y con un afán continental perfectamente definido; el segundo consolidaba la editorial con criterios de empresa rentable y no como institución dependiente de subsidios directos. Entre ambos se tejía una compacta red de cualidades estrechamente vinculadas a su tiempo, en la que cada uno de sus hilos estaba atado con los demás (de aquí la imposibilidad de mostrarlos de manera individual, a riesgo de caer en descripciones esquemáticas como las precedentes). De hecho, lo esencialmente distintivo de una empresa editorial como el Fondo de Cultura Económica radica en que dichos hilos han sido desde siempre políticos, sociales, pedagógicos, económicos, históricos y morales. En suma, es una urdimbre cultural, en el sentido lato del término.

Una urdimbre de esa naturaleza, consistencia y extensión, conduce la historia de la editorial hacia una dimensión en el tiempo que necesariamente rebasa los periodos de las diferentes administraciones y, sobre todo, que la une a los actores y productos del quehacer cultural mexicano e hispanoamericano. Por ejemplo, es estrecho el vínculo que se establece con la Biblioteca del Estudiante Universitario, creada (1937) y dirigida por Francisco Monterde durante los años que fungió como director (1937-1950) de la Imprenta Universitaria.[1] Monterde recuerda:

[1] Justo es referir el apoyo que Mario de la Cueva —como secretario general y como Rector de la UNAM (1938-1942)— otorgó a las tareas de difusión y extensión universitarias durante aquellos difíciles años de la puesta en marcha de la hoy benemérita BEU.

> Procuré darle un carácter muy mexicano y dividir la serie en etapas, de suerte que cada una de ellas estuviera contenida en los 10 títulos anuales. De este modo se publicó en la primera serie lo prehispánico, en la segunda los cronistas, en la tercera los humanistas y poetas del siglo XVII y XVIII y a partir de la quinta los autores del siglo XIX hasta nuestros días.

Sobre la Biblioteca, Carlos H. de la Peña considera que en ella se contiene toda una actividad silenciosa y benéfica de organizar y programar la publicación de las obras más importantes de las letras mexicanas y cuyo valor magisterial no tiene paralelo. Gracias a ese esfuerzo —prosigue De la Peña—, gran parte de los especialistas en determinado autor o periodo se vieron forzados a aclarar y a publicar sus conocimientos de un modo ordenado y certero, propicio para la enseñanza de todo estudiante universitario.[2] Un espíritu pedagógico similar permea y nutre al Fondo de Cultura Económica.

Hacer una lectura de la historia de la editorial con estas pretensiones es lo que se intentará presentar en las siguientes páginas, a sabiendas de tropezar con obstáculos significativos, como la identificación de las diferentes orientaciones que han distinguido individualmente a cada una de sus colecciones editoriales. No obstante su importancia, tal identificación será abordada en otra oportunidad. Por lo pronto el redactor de estas líneas procurará un somero apunte sobre los vínculos culturales referidos y la caracterización de las líneas generales del proyecto editorial que se desprende del catálogo y de las políticas administrativas.

2. No fue circunstancial

la publicación del libro *Hacia un nuevo humanismo* (1940) de Samuel Ramos, en el cual se formulaba una serie de ideas que subyacían en la concepción y conducta de la editorial. Ramos hacía no sólo una síntesis del pensamiento filosófico del primer tercio de nuestro siglo sino, sobre todo, la formulación de un punto excepcionalmente

[2] Cf. Carlos H. de la Peña, *Don Francisco Monterde*, México, UNAM (Instituto de Investigaciones Filológicas), 1979, pp. 80 y ss.

importante, central, en el que se afirmaba que "no puede desconocer la ontología de la existencia humana el hecho de que el hombre es un 'animal político', un ser que vive en la sociedad", y en el que se reconocía, "aludiendo a otra realidad importante de la existencia humana", que "el hombre es un ser moral, es decir, un ser que se encuentra ante exigencias y deberes de un carácter ideal. La conciencia humana no es sólo conciencia de ser, sino también de 'deber ser', que es como puente que lleva al hombre del mundo de la realidad al mundo de los valores". Por esto la obra de Ramos se insertaba en la antropología filosófica, y aun en la ontología de la existencia humana.

Es decir, en el "nuevo humanismo" propuesto por Ramos, su "dirección es de abajo hacia arriba", porque tienen que alcanzar de nuevo su sitio los valores humanos que la reacción materialista había hecho bajar de él, para "la síntesis de los impulsos enemigos" en el hombre y "el restablecimiento de la armonía, primero en su ser individual y luego en su existencia histórica". Y la convicción más profunda que animaba la propuesta de este nuevo humanismo y la pugna por él era la idea a la cual va vinculada la subsistencia o el suicidio de la filosofía: la "del poder de la razón, de las ideas, del espíritu; la convicción de su propio poder".[3]

Ese "nuevo humanismo" concordaba con otras circunstancias igualmente delimitadas por la segunda Guerra Mundial: la función del "intelectual" en la sociedad —como ilustran *Responsabilidad de la inteligencia* (1943) de Medina Echavarría y *El papel social del intelectual* (1944) de Znaniecki— y la conducción del Estado contemporáneo, el valor de las ideologías, el manejo de las economías y finanzas nacionales, y la función de los mercados internacionales, entre otros temas convergentes. Más aún, el "nuevo humanismo" formaba parte de un espíritu generacional, cuyos antecedentes directos estaban en los *Nuevos discursos a la Nación* de Antonio Caso[4] —tan cercano a Cosío como a Ramos—, que se manifestaba no sólo en el FCE, sino en otros medios intelectuales, como

[3] Samuel Ramos, *Hacia un nuevo humanismo*, México: FCE, 1940.
[4] Cf. Antonio Caso, *Obras completas*, vol. IX, México: UNAM, 1976.

ilustran la serie de discusiones y conferencias que sobre la segunda Guerra Mundial se dieron en El Colegio de México —recogidas en los volúmenes denominados *Jornadas*— o las reflexiones que en *Cuadernos Americanos* se publicaban sobre la función del intelectual hispanoamericano y el lugar de nuestro continente en el mundo, de ese mundo que se acomodaba en un "nuevo orden internacional". Para decirlo en forma breve, el carácter humanístico y ecuménico de las obras publicadas por el FCE trazaba la parte política de su perfil editorial; se asumía una posición frontal, sin llegar a ser propiamente beligerante ni proselitista de partidismo o bandería política, ante los hechos que se vivían —como ilustra la colección Tierra Firme— y, en forma simultánea, se apelaba a la tradición mediante obras de suyo clásicas —como ejemplifica la Biblioteca Americana—.

Este carácter cristalizaba en obras de incidencia cultural orientada hacia la formación intelectual y técnica de la sociedad —aunque, a decir verdad, no de la sociedad en general, sino de los futuros pequeños grupos que encabezarían la conducción social—. ¿Qué se publicó entre 1938 y 1948? A modo de ejemplo, en economía: Dobb, *Salarios* y *Economía política y capitalismo;* Kock, *Banca central;* Haberler, *Prosperidad y depresión;* Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*; Mill, *Principios de economía política;* Beveridge, *Las bases de la seguridad social;* Condliffe, *Agenda para la posguerra;* Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía;* Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico;* Hicks, *Valor y capital* y Sweeszy, *Teoría del desarrollo capitalista.* En sociología no fueron menos importantes la obras ni los autores: Mannheim, *Ideología y utopía* y *Diagnóstico de nuestro tiempo;* A. Weber, *Historia de la cultura;* M. Weber, *Economía y sociedad;* H. Barnes y Becker, *Historia del pensamiento social,* y una serie de pequeñas biografías sobre los economistas y sociólogos clásicos más relevantes. En las colecciones restantes (Historia, Política y Derecho, y Filosofía) aparecieron obras con un perfil esencialmente teórico-metodológico equivalente; por ejemplo: Kranenburg, *Teoría política;* Locke, *Ensayo sobre el gobierno civil;* Milton, *Areopagítica;* Pirenne, *Historia de Europa;* Heller, *Teoría del Estado;* Linton, *Estudio del hombre;* Jaeger, *Paideia;*

Kelsen, *Derecho y paz en las relaciones internacionales;* Weigert, *Geopolítica,* y los primeros volúmenes de la obra de Dilthey y Cassirer. Asimismo, se publicaban obras en las que se analizaba la hora presente, como: Butler, *Raíces ideológicas del nacional socialismo* o Bemis, *La diplomacia de los Estados Unidos en América Latina.*[5]

En el conjunto de obras, independientemente de las colecciones, destaca el criterio de *equilibrio* entre clásicos e innovadores, entre técnicas para especialistas y biografías para el recién llegado, y entre las obras perennes y las sujetas a la hora inmediata. Cuando se hacía la selección de una obra a publicar, Cosío, la Junta de Gobierno y los conductores y/o asesores de las colecciones siempre tenían presente al lector. Es decir, el catálogo se fue confeccionando bajo la norma de difundir libros útiles a un tipo de lector, el que contara con una educación media. Cada colección recogía un similar criterio de *equilibrio*, aunque dentro de su propia especialidad, por ejemplo —según el balance de Enrique Krauze—, en economía se consideraban varios ámbitos: la economía teórica y práctica; la historia económica; la (re)edición de clásicos y la publicación de novedades (incluidos autores muy poco conocidos entonces); las biografías de economistas ilustres y los manuales de administración. En cuanto a escuelas y corrientes también se procuraba un *equilibrio* —sin que ello significara eclecticismo, más bien voluntad de ampliar los horizontes del conocimiento—: convivían socialistas, clásicos, liberales, revolucionarios, marxistas, y tantos más como orientaciones vigentes existían.

El espíritu generacional se percibe con más nitidez en el hecho de que los individuos que compartían inquietudes intelectuales similares conformaban un grupo reducido, aún más por el número de habitantes en la ciudad de México en aquel entonces. Además, durante esa primera mitad de los años cuarenta, la presión moral que significaba la segunda Guerra Mundial y las consecuencias de la Guerra Civil española hacían que el grupo aludido se identificara con mayor precisión, y manifestara una permanente incertidumbre que corroía sus

[5] En todo este capítulo resultó de enorme importancia la colección de Catálogos del FCE; en forma permanente me apoyaré en ellos.

espíritus y una voluntad de acción que fructificaba en obras. En el FCE se dieron cita ambas expresiones porque en él, tarde o temprano, concurrían los hombres y mujeres ocupados en la construcción del edificio cultural de México. La ciudad era pequeña, los lugares de reunión para intelectuales eran pocos (Mascarones, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, el barrio universitario en el centro de la ciudad, y media docena de librerías, cafés y restaurantes distribuidos casi en línea recta entre la Plaza de la Constitución y Santa María la Rivera; escasos tres kilómetros de largo por uno de ancho), las casas editoriales "interesantes" se contaban con una mano (Séneca, Porrúa, Robredo, Botas, Nuevo Mundo, Universidad Nacional y algunas más) y las publicaciones periódicas contaban con una plantilla de colaboradores reducida que se intercambiaba con frecuencia *(Letras de México*, *Ruta*, *Tierra Nueva*, *Revista de Literatura Mexicana*, *Romance*, *Letras de México*, *Rueca*, *El Hijo Pródigo* y varias más).[6]

En forma simbólica, dentro de lo descrito en los capítulos precedentes hay dos hechos que se deben subrayar. El primero: el Departamento Técnico muy pronto se convirtió en una peña intelectual a la que asistían hombres de letras que representaban varias generaciones (desde Alfonso Reyes y Manuel Pedroso, los mayores de edad, hasta Joaquín Díez-Canedo y Juan José Arreola o Antonio Alatorre, los menores). Junto a esta convivencia estaba, de manera destacada, el acto de compartir *vivencialmente* (en términos de Ortega y Gasset) las inquietudes culturales de cada uno de los participantes habituales, cuya heterogeneidad de formaciones, especializaciones y orientaciones convergían en un solo punto, generoso y abstracto: la inteligencia, cuya expresión lúdica podría ilustrarse en los poemas de circunstancia que se elaboraban en el Departamento Técnico o, en su expresión profesional, en las discusiones de conceptos, obras y autores como las protagonizadas por Luis Alaminos o Eugenio Ímaz, entre los de casa, y Agustín Millares Carlo y José Moreno Villa de fuera de casa,

[6] VDA/Joaquín Díez-Canedo, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Antonio Alatorre; cf. José Luis Martínez, "El trato con escritores", en varios, *El trato con escritores*, México: INBA, 1961. También: colección de revistas referidas, casi todas reeditadas en forma facsimilar por el FCE.

por sólo citar a cuatro de los más reconocidos polemistas de esa "peña".[7]

El segundo hecho simbólico que identificaba al FCE también se desprendía de esa peña intelectual: la diferencia de orígenes, la variedad de lecturas, el dominio de lenguas y la convergencia de afanes individuales en preocupaciones colectivas cristalizaban en un concepto de modernidad en que desaparecían las nociones de aislamiento y de nacionalismo. Más aún, debido a que la propuesta central de la peña apuntaba hacia el desarrollo de la inteligencia, se concebía a ésta sólo dentro de la crítica. Justo es decir que para los habituales a la peña del "técnico" no había nada más alentador y mortificante que la crítica mordaz y picaresca entre ellos; quien no estaba dispuesto a ella evitaba asistir. Una parte de los resultados se conservan en los libros de la colección Tezontle y, principalmente, en las reseñas que los habituales escribían sobre libros de la editorial u otra casa cercana y publicaban en el *Noticiario Bibliográfico* o en alguna de las revistas ya referidas.[8]

En suma, no es aventurado indicar que durante la primera mitad de los años cuarenta se hizo evidente que la propuesta editorial que Daniel Cosío Villegas llevó a España en 1932 resultaba entonces demasiado avanzada, aun para los promotores de la Segunda República. Diez años más tarde el mismo Cosío cristalizaba con creces aquel proyecto cultural que miraba de frente hacia la república de la lengua española. Con esto, el concepto de modernización implícito demostraba la conveniencia impostergable de acabar con el aislamiento y combatir los nacionalismos estrechos, estériles, así como fomentar el pensamiento crítico mediante el conocimiento tanto de los clásicos modernos como de los modernos coyunturales (de algún modo se deben indicar las obras de y sobre la hora).

Por otro lado, el objetivo del FCE de consolidar la editorial como empresa en sí misma rentable, y no sólo dependiente del apoyo gubernamental, se logró en gran medida debido al énfasis que el director Cosío depositó en la promoción, distribución y venta de los libros; a las estrategias comerciales

[7] La totalidad de los testimonios de viva voz así lo indican.
[8] Cf. colección completa del *Noticiario Bibliográfico* (1939-1942).

para abaratar costos y reducir tiempos de producción e impresión, y a las favorables circunstancias de la segunda Guerra Mundial y del mercado editorial internacional, entonces casi sin competencia en la comercialización de derechos autorales, aunque con muchos problemas para localizar a ciertos autores —como fue el caso de Ernst Cassirer, sorprendido de que en México se interesaran por su obra cuando en Europa circulaba en forma casi accidental— o para el pago de regalías —como ilustra el dramático caso de Martin Heidegger, a quien se le pagó en especie (alimentos) debido a su situación—.[9]

A esto se debe sumar el apoyo gubernamental que a través de la Junta de Gobierno y del director —quienes entonces desempeñaban altos cargos de responsabilidad en instituciones públicas— llegaba en forma directa y expedita. Jesús Silva Herzog lo decía con una fórmula simple y lapidaria: "contábamos con poder e influencia" dentro de los más altos círculos de decisión política,[10] tal como se ilustra en las tareas de cobranza internacional reseñadas en el capítulo VII. Ese "poder e influencia" se traducía en capacidad de gestión y consecución de recursos, particularmente de la Secretaría de Hacienda, como recuerda Eduardo Suárez:

> Durante el tiempo que estuve en la Secretaría de Hacienda me empeñé, conservándole [al Fondo de Cultura Económica] el carácter de institución privada, en aumentar considerablemente sus recursos, muchas veces invitando amigos personales que ocupaban puestos importantes en la banca o en la industria mexicana, o directamente ordenando donativos directos de instituciones oficiales controladas por la Secretaría de Hacienda.[11]

Aparte de esos apoyos gubernamentales, significativos pero no indispensables para el desempeño de sus actividades, el FCE contaba con los recursos provenientes de las ventas directas de sus libros (sin perder de vista que la cobranza internacional provocó muchos tropiezos y pérdidas) y de las aporta-

[9] Véanse, por ejemplo, los expendientes de E. Cassirer, A. Weber, W. Roces o N. Hartmann en AHFCE.

[10] Cf. Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México: Siglo XXI, 1972.

[11] Eduardo Suárez, *Comentarios y recuerdos*, México: Porrúa, 1977.

ciones particulares acumuladas —las cuales prácticamente sólo se tocaron en casos especiales, como la adquisición del terreno y la construcción del edificio referidos en su oportunidad—, y permanecían en un fondo especial dentro de la institución fideicomisaria, primero el Banco Nacional Hipotecario y después de México.

Por último, hay una serie de consideraciones dispersas que se han abordado en páginas precedentes y que, en su conjunto, son significativas para la editorial. Entre éstas, cuatro sobresalen: *1)* las normas de producción editorial eran más artesanales que industriales, aunque, sin eludir la contradicción, se pretendía una proyección editorial correspondiente a la industrial, como la que Cosío admiraba en los modelos editoriales ingleses, franceses, estadunidenses, alemanes e italianos; *2)* Cosío atendió con particular generosidad y rigor la selección de obras pero, desafortunadamente, descuidó el trato humano con los trabajadores, colaboradores y autores, y poco a poco se distanció de la administración y las finanzas; *3)* el entusiasmo de las evocaciones testimoniales, que llegan a calificar de Época de Oro a los años cuarenta, descubren un trabajo rico y concentrado en el área de la producción, pero que en el área de la promoción careció de impulso y penetración mayores como para ampliar el radio de acción de la editorial; y estos tres puntos se pueden explicar y aun justificar por uno último: *4)* durante esos años cuarenta al FCE correspondió salir al paso de las violentas y adversas condiciones a las que se enfrentaba la industria editorial internacional provocadas por la Guerra Mundial, como de la recomposición económica, política, cultural y moral que tales condiciones arrastraron consigo.

3. La unidad de Hispanoamérica

fue uno de los temas que más se discutieron en el Congreso Internacional de Estudiantes de 1921. Para 1944 —año en que se inauguró la sucursal en Argentina— el tema seguía vigente, aunque con una nueva orientación y propósitos. El Fondo de Cultura Económica lo entendió de una manera menos utópica y más crítica que como se formuló originalmente:

El entendimiento de los pueblos hispanoamericanos se viene forjando hace muchos años, si bien sus más señalados progresos datan apenas de los últimos treinta o cincuenta —escribe Daniel Cosío Villegas en 1947—. Quizás en ningún campo sean mayores que en el de las relaciones intelectuales. Martí, Rodó o Darío, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes o Gabriela Mistral, han hecho por él lo que sólo hicieron en su época Bello, Bolívar o San Martín. Los libros y revistas de cada uno de los países circulan con una amplitud y una regularidad antes desusadas, y hay casas editoriales que ya acometen deliberadamente empresas en que el escritor hispanoamericano no sólo tiene un sitio importante, sino exclusivo. Los congresos o conferencias son hoy frecuentes y principian a ser periódicos, y en ellos nace y se confirma la amistad y la camaradería de hombres y mujeres.

Con todo lo diversa que ha sido la historia económica de cada país hispanoamericano, parece haberse impuesto ya en todos la norma de que mientras más hondo y más grave es un problema, más parecida es la situación de cada uno ante él, y mejor, por lo tanto, ensayar una solución común: el grado de afinidad en las ideas y en los objetivos que descubrieron tener los delegados hispanoamericanos en la Conferencia de Bretton Woods, por ejemplo, fue sorprendente y grato para todos.

Cierto que esa afinidad en el campo económico ha tenido hasta hoy un origen negativo y por ello no es tan fecunda: lo que viene acercando a los países hispanoamericanos es el temor a las grandes presiones del exterior, la sensación agobiadora de invalidez, la postergación que sufren los suyos ante los intereses real o ficticiamente más apremiantes de Europa y, por sobre todas las cosas, la impresión inequívoca de que tales países no caminan en el cauce central de la vida internacional, sino lateralmente y como a la deriva. Es también cierto que el descubrimiento de la afinidad de intereses ocurre en general tarde, conduciendo este hecho a la improvisación, a concentrar el esfuerzo común en cuestiones de una significación menor o engañosa. Y lo es también que a veces la unión que así surge se afloja o se rompe al aparecer un prejuicio nacionalista que suele resultar infundado y hasta impertinente. Lo más grave, sin embargo, es que el acercamiento logrado en una vez no se agrega al de la aproximación siguiente por esa incapacidad inexplicable de los latinoamericanos para almacenar y estudiar la experiencia ganada, para sostener un esfuerzo o para hilvanar el pasado con el presente, dejando una cuerda suelta para atar con ella la acción futura. Así, como que la tarea de

> unirse se inicia cada día en el punto cero, y no desde aquel al que se había llegado ayer [...].
>
> La falta de una acción político-gubernamental que encauce, vigorice y acelere la unión entre los pueblos hispanoamericanos sólo se remediará si puede despertarse en ellos una corriente de opinión pública que haga del logro de esa unión un objetivo indudable, necesario, permanente, de todos los gobiernos. Y en esta tarea, el intelectual puede tener un papel decisivo, y ciertamente la mayor de las responsabilidades: es profesor, periodista, a veces consejero o representante de los gobiernos, y, por sobre todas las cosas, es quien discurre y convence [...].[12]

Desde principios de los años cuarenta y junto con *Cuadernos Americanos* —más expedita, versátil y beligerante en los menesteres de la penetración cultural—, el Fondo de Cultura Económica buscó el vínculo hispanoamericano a través del ejercicio intelectual.[13] Como indica Cosío, el intelecto era indispensable para rescatar y fortalecer los cimientos y dar cuerpo al edificio de la cultura construida con una lengua común, y para superar los obstáculos aduanales, las reticencias gubernamentales y las limitaciones económicas de cada una de las naciones del continente. Más aún, mediante el vínculo intelectual se tendría acceso a una dimensión temporal y espacial tan distinta como necesaria para enfrentar a dos enemigos comunes a toda Hispanoamérica: el imperialismo de los Estados Unidos y el derrumbe europeo consecuente a la segunda Guerra Mundial.

La consecución de la meta se realizó por el rescate de la tradición común a través de las obras por publicar en la Biblioteca Americana y por la construcción de una reflexión analítica sobre los problemas contemporáneos de las naciones o regiones del continente publicables en Tierra Firme. La Biblioteca Americana, concebida en el Fondo de Cultura Económica y diseñada por Pedro Henríquez Ureña, pretendía reunir en un solo acervo a los "clásicos americanos de todos los tiempos, de todos los países, de todos los géneros y a los libros so-

[12] Daniel Cosío Villegas, "Rusia, Estados Unidos y América Latina", *Ensayos y notas*, vol. I, México: Hermes, 1966, pp. 156-158.

[13] Cf. colección de *Cuadernos Americanos*, particularmente los correspondientes a las décadas de 1940 y 1950.

bre nuestra América de autores extranjeros". El plan resultaba ambicioso, pero era la única manera de convocar sensibilidades e inteligencia dispersas en el continente con el fin de rescatar a los clásicos de cada país y difundirlos entre todos.

Los resultados de la Biblioteca Americana no fueron los esperados porque se tropezó con un obstáculo mayor: la preparación de cada obra propuesta exigía, por lo menos, un editor que se ocupara de las tareas filológicas y, eventualmente, de la traducción. En aquellos años y en nuestros países ese tipo de trabajo no era común, las instituciones de educación superior estaban desligadas de las editoriales y éstas no contaban con recursos suficientes para financiar investigaciones de suyo complejas y costosas. A esto se sumó un mercado exiguo, ya que los clásicos hispanoamericanos no interesaban a los nativos del continente (aunque sí a los estadunidenses y europeos). No obstante, se publicaron obras fundamentales: Acosta, *Historia natural y moral de las Indias* (a cargo de Edmundo O'Gorman); Casas, *Historia de las Indias* (a cargo de Agustín Millares Carlo y Lewis Hanke); Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón* (a cargo de Ramón Iglesia); Bello, *Filosofía del entendimiento* (a cargo de José Gaos); Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (a cargo de Julio Caillet-Bois), y Olmedo, *Poesías completas* (a cargo de Aurelio Espinosa Pólit).

En Tierra Firme los resultados fueron distintos, aunque también se quedaron lejos de las expectativas, cifradas en casi medio millar de títulos (30 por país aproximadamente) que integrarían lo equivalente a una enciclopedia, dividida en temas tan amplios como geografía, antropología, botánica, zoología, política, economía, artes (todas), ciencia y tecnología y así hasta comprender el más vasto repertorio de temas monográficos sobre Hispanoamérica hasta entonces nunca antes imaginado. Sin embargo, como en la colección anterior, también hubo obstáculos insalvables: los ofrecimientos nunca llegaron, quizás por desinterés personal o por falta de estímulos materiales, o tal vez porque el proyecto era demasiado ambicioso. No obstante, como indica Enrique Krauze:

> Algunos de los libros publicados por Tierra Firme resultaron clásicos; obras como la de Gilberto Freyre sobre Brasil; Germán Ar-

ciniegas sobre la América toda; Josué de Castro en torno a la alimentación en los trópicos; Alejo Carpentier acerca de la música cubana; *Las ideas políticas de Argentina* de José Luis Romero; *La filosofía política en la Conquista de América* de Silvio Zavala; la obra póstuma de Pedro Henríquez Ureña sobre la historia de la cultura en América hispánica, etc. Con todo, la impresión que resulta de hojear los títulos es, obviamente, la de la obra inacabada, inconexa. En apariencia, Cosío había pecado de optimismo: los colombianos, en efecto, seguían desinteresados en la historia política de México, y viceversa. El mercado cultural latinoamericano parecía contestar negativamente a la pregunta que sirvió de título al libro de Luis Alberto Sánchez, editado precisamente en Tierra Firme: *¿Existe América Latina?*[14]

Si el vínculo intelectual que se esperaba mediante las dos colecciones se frustró (los cuarenta no fueron propicios para este tipo de autorreconocimiento y de redescubrimiento), no ocurrió lo mismo con la circulación comercial del resto del catálogo. Según varios testimonios y documentos, los libros de economía, sociología, historia, derecho y política publicados por el FCE contaban con un mercado rentable en la sucursal de Buenos Aires, desde donde se redistribuían hacia otras plazas de la región. Su catálogo dedicado a las ciencias sociales no tenía competencia significativa; sus autores, esencialmente europeos y estadunidenses, contaban con prestigio; y los temas, clásicos y de actualidad, eran lo suficientemente atractivos para estimular en los lectores su acercamiento a la editorial. En efecto, los resultados obtenidos a través de la comercialización fueron favorables para la editorial y los lectores. Para el FCE, porque incrementó su mercado, proyectó a nivel continental una imagen cultural de México distinta a la que promovían medios como el cine, y consolidó el lazo —delgado y frágil, es cierto— entre un reducido y talentoso grupo de intelectuales preocupados por hacer una labor cultural conjunta. Para los lectores, porque tuvieron acceso a una serie de obras y autores que entonces no se publicaban en ninguna otra parte y, sobre todo —y esto se deberá subrayar—, porque tuvieron acceso a una noción de cultura universal en la que se

[14] Enrique Krauze, *DCV, una biografía intelectual*, México: Joaquín Mortiz, 1980, p. 131.

formulan problemas que atañen al hombre, independientemente de su historia y geografía. En otros términos, el Fondo de Cultura Económica rompió las barreras invisibles de las naciones, puso a prueba los prestigios municipales al confrontarlos con la dimensión continental y socavó la vigencia de los nacionalismos endogámicos.

Por último, en un lugar aparte, es imprescindible recordar que durante esos años cuarenta Alfonso Reyes estuvo permanentemente al lado de Daniel Cosío Villegas, a quien daba consejo y, durante los cincuenta, de Arnaldo Orfila, quien lo solía visitar en su Capilla —como antes lo había hecho en Buenos Aires, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, Francisco Romero y José Luis Romero—. En ambos casos, la conversación era abundante. El valor de esta evocación radica en que junto a todos los referidos y debido a su amplitud de miras culturales y generosidad, don Alfonso se convertía en la imagen tutelar; su ponderado concepto del saber ecuménico y del conocer humano subyacen en el principio que perseguía la editorial. Un detalle humano que conviene destacar es que en las visitas que solía hacer Orfila a Reyes era rutinario pasar a merendar: en la evocación de don Arnaldo, el chocolate espumoso preparado por doña Manuelita, la esposa de don Alfonso, todavía le sigue provocando cierta familiar nostalgia.[15]

4. Un nuevo aliento

fortaleció la vieja utopía, pues la designación de Arnaldo Orfila como director del FCE reavivó el fuego que le dio origen. Tanto Cosío como los miembros de la Junta de Gobierno sabían que Orfila era poseedor de una serie de ideas culturales del todo afines a las suyas; sabían que su desempeño profesional abarcaba, con igual rigor y entrega, los aspectos administrativos y contables, y los de proyección cultural; y, finalmente, sabían que la designación significaba la posibilidad de renovar el impulso original de la editorial dentro del curso trazado. No se equivocaron.

En su primer periodo de la licencia, Cosío cumplió la doble

[15] VDA/Arnaldo Orfila.

labor de asesoría y supervisión implacables que obligaban a Orfila a un desempeño de prudente cautela. Durante la segunda licencia, el director no sólo acreditó el examen de Cosío, sino que demostró con creces su creatividad empresarial, tanto en el manejo de los recursos materiales y humanos como en la proyección del plan cultural implícito en la actividad editorial. En otras palabras, ante la Junta, Orfila obtuvo el pleno reconocimiento, al punto de contar con el voto de confianza en las decisiones editoriales. Sin embargo, ante Cosío, sus actividades no encontraron todo el reconocimiento esperado, y sobrevino una situación de conflicto que Enrique Krauze refiere a partir de testimonios directos:

> Durante todo [el tiempo que se dedicó a la *Historia moderna de México*], de julio de 1948 en que el proyecto se inicia, a julio de 1957 cuando publicada buena parte de la obra concluye la ayuda de la Rockefeller, Cosío se involucra muy paulatinamente en su trabajo histórico. Entre 1948 y 1952 no escribe historia, sólo investiga. Por otra parte, sigue ligado al Fondo de Cultura Económica como miembro de la Junta de Gobierno y auxiliando al nuevo director, Arnaldo Orfila Reynal, en labores de cobranza en las plazas latinoamericanas. La llegada de Orfila había sido ideada por Cosío y se explica no sólo por la amistad que los unía desde el remoto Congreso Estudiantil de 1921, sino por el buen desempeño de Orfila al frente de la sucursal bonaerense.
>
> Cada dos años, coincidiendo con la renovación de su beca, Cosío acostumbraba pedir un nuevo permiso a la Junta de Gobierno del Fondo para ausentarse por un periodo idéntico y dedicarse a la historia. Orfila fungía, de hecho, como director interino. Cuando sentía —o imaginaba— la más mínima duda de la Junta para renovarle su licencia, Cosío tomaba la decisión frecuente de presentar su renuncia y así lo hizo algunas veces hasta que llegó la buena. A mediados de 1952, Cosío avisó a la Junta que volvería definitivamente a la dirección, pero los miembros de la Junta sabían que la beca sería renovada, por lo que trataron de inquirir si Cosío estaba en verdad dispuesto a dedicar el tiempo completo a la institución. Emigdio Martínez Adame fue el encargado de sondear el asunto y para su sorpresa Cosío lo mandó con cajas destempladas: "A mí, Millo, nadie me pone condiciones." Era, ciertamente, un conflicto de poderes. Cosío quería probar hasta qué grado seguía siendo el rey, y como los estatutos del Fondo lo colo-

caban por debajo de la Junta, ésta tenía el derecho de poner condiciones. Cosío respondió airado con su renuncia irrevocable y la Junta lo aceptó.

Asunto doloroso por varias razones. Cosío pensó siempre que el nuevo director y la Junta se había coludido para traicionarlo. Los miembros de la Junta pensaron siempre que él los había puesto entre la espada y la pared, y que dado el buen desempeño de Orfila en la dirección, no había motivos para separarlo. Las consecuencias fueron funestas: Cosío dejó de hablarle por varios años a todos los miembros de la Junta, incluso a Eduardo Villaseñor, su gran "gordo" de los veinte, y aun a su admirado amigo, el ingeniero Gonzalo Robles. Con Orfila no volvió a cruzar palabra.[16]

Aunque esto último repercutió sensible y desconcertantemente en la intimidad de los afectados, no fue el caso para la editorial. De hecho, desde su arribo a México, Arnaldo Orfila contó con la libertad otorgada por la Junta de Gobierno —a la que pertenecía y acudía Cosío— para realizar algo cifrable en la palabra ensanchar, acción que se hizo palpable en varias vías paralelas y, por lo tanto, virtualmente convergentes en la promoción editorial y la venta de libros o, en otras palabras, la promoción de la lectura y el fortalecimiento cultural de la sociedad.

Para la promoción, Orfila apeló a su experiencia argentina, pues durante muchos años hizo, colaboró y/o estuvo cerca de revistas, periódicos y suplementos culturales; mientras dirigió la sucursal del Fondo en Buenos Aires, conoció y practicó la mecánica promocional de los libros a través de la prensa y en forma directa con su más idóneo lector: las clases medias urbana e ilustrada, universitarias. En México, procedió de igual manera, salvo por un hecho: a diferencia de Argentina, donde la prensa mostraba un avance técnico y un tratamiento informativo y cultural moderno, hacia 1948 los periódicos diarios mexicanos eran arcaicos y su circulación reducida —tanto, que Salvador Novo llegó a decir que el periódico *El Nacional* era un diario... íntimo—; las revistas culturales o literarias tenían tirajes de 500 o 1 000 ejemplares (por ejemplo, *Taller* la

[16] Krauze (1980), *op. cit.*, pp. 158-159.

distribuía el FCE y por cientos se quedaba en la librería) y circulaban entre los pocos iniciados.[17]

La necesidad y el deseo coincidieron en una persona fundamental dentro de la historia del periodismo cultural mexicano: Fernando Benítez, quien evoca: "Desde esos días [de 1936] yo veía con admiración los grandes suplementos de *La Nación* y *La Prensa* de Buenos Aires, donde figuraban Unamuno, Victoria Ocampo y Alfonso Reyes, entre otros. Y me preguntaba: '¿Cuando podremos tener nosotros suplementos de este valor?'" Once años más tarde, Benítez comenzó a cristalizar su sueño, y creó el suplemento cultural *Revista Mexicana de la Cultura* —a cargo de Juan Rejano— dentro del periódico *El Nacional*, que dirigía Benítez y donde tropezó con dificultades que lo obligaron a renunciar.[18]

Su empeño y la buena fortuna no tardaron en cristalizar en una nueva tarea de difusión cultural. En 1949 don Fernando creó y durante 12 años dirigió el, hoy fundamental para la historia cultural mexicana, suplemento *México en la Cultura* dentro del periódico *Novedades*. Como él recuerda, contaba con dos cartas: el diseñador transterrado Miguel Prieto y Alfonso Reyes, a quien fue a visitar y dijo: "Me dirijo al autor de *Las mesas de plomo*. Usted hace tirajes muy cortos de sus libros, muchas veces pagados por su bolsillo. Yo le ofrezco a usted un público de cien mil lectores."

Si bien es cierto que Benítez encabezaba al grupo más nutrido y beligerante de una propuesta cultural artística, científica, política y humanística de muy amplio horizonte, también lo es que junto a los suplementos referidos había otras publicaciones periódicas en las que se daban cita grupos coetáneos distintos y no menos nutridos (la revista *América*, por ejemplo) y grupos de una nueva generación de intelectuales (*Medio Siglo, Revista Mexicana de Literatura, Revista de la Universidad de México, Estaciones, Política* y *El Espectador*). Con esto se quiere indicar que desde finales de los años cuarenta y

[17] En varios inventarios anuales e informes rendidos a la Junta de Gobierno se da cuenta de ello.

[18] Cf. Ramón Márquez C., "Pasajes de una larga vida. El Fernando [Benítez] de ayer, el de hoy, el de siempre", I y II partes, *Macrópolis*, 44 y 45 (7 y 14 de enero de 1993), pp. 30-39.

hasta principios de los sesenta los actores sociales aludidos (y otros muchos más) protagonizaron en México una efervescencia intelectual y política que se tradujo en una transformación radical, la cual abarcó de la mudanza de la Universidad Nacional Autónoma de México al Pedregal de San Ángel en 1952 hasta el movimiento de huelga de los gremios magisterial y ferrocarrilero en 1958 —por sólo referir dos hechos paradigmáticos—. Es decir, de la consolidación de un proyecto educativo a los primeros síntomas del agotamiento de un régimen de gobierno basado en organizaciones gremiales corporativas o, en otros términos, de la cristalización de un sector de la sociedad independiente y crítico a la fractura de un orden burocratizado ya obsoleto.

En función de la historia del Fondo de Cultura Económica y sin perder de vista el escenario referido, a lo largo de los años cincuenta la editorial encontró un correlato afín en el suplemento cultural dirigido por Fernando Benítez y en las revistas citadas, sobre todo en la *Revista de la Universidad de México*, entonces dirigida por Jaime García Terrés. Entre ambos medios se llegó a integrar una numerosa lista de colaboradores procedentes de todas las latitudes del orbe ocupada en una amplia variedad de temas. Pero lo cuantitativo viene a ser un asunto menor ante lo cualitativo; Benítez y García Terrés encabezaron una visión y conducta hacia el *ser cultural* fundamental: se comenzó a valorar como el sostén más sólido y el hilo conductor más flexible que podía y debía tener una sociedad, más si ésta pretendía ser civil y contemporánea a su propia hora y estar hermanada con el pensamiento de Occidente. Desde el suplemento y la *Revista de la Universidad* se propuso una valoración crítica —en el sentido de criterio— de México y el mundo, en sus aspectos sociales, políticos, científicos, artísticos y —para usar el concepto englobador— culturales, con lo que al concepto se le comenzó a despojar de la extendida y todavía entonces penosa distinción ornamental.[19]

Junto a esto hay otra circunstancia que no se puede pasar por alto, sobre todo porque no se reduce a una simple coinci-

[19] Cf. colecciones del suplemento *México en la Cultura*, del periódico *Novedades*, y de la *Revista de la Universidad de México* de los años cincuenta referidos.

dencia, sino a una cualidad de la hora mundial: hacia 1948 la resaca de la posguerra en Europa y los Estados Unidos no sólo llegaba a las costas hispanoamericanas, sino que entre las élites ilustradas pronto se incorporó y asimiló a la dinámica natural de nuestros países, más cuando para entonces muchos de ellos padecían regímenes militares que impedían el libre desarrollo de la inteligencia, la sensibilidad y la creatividad. Un ejemplo fue la presencia del ex presidente de Venezuela, el novelista Rómulo Gallegos, quien con otros venezolanos (a los que se sumaron algunos peruanos) durante su exilio en México estuvieron muy cerca del FCE. Los frecuentes y amistosos encuentros entre Orfila, los miembros de la Junta, el ex presidente venezolano y sus colaboradores y algunos amigos más fructificaron en el intercambio de opiniones y mejor conocimiento de los problemas del continente.[20]

El caso de México era distinto. La modernización nacional impulsada por el gobierno del presidente Miguel Alemán se convirtió en tierra fértil para el optimismo empresarial, las inversiones financieras se multiplicaban amplia y generosamente. El medio editorial era parte de ese optimismo; surgieron nuevas empresas como Robredo, algunas de las existentes como Porrúa emprendían novedosas colecciones o como Herrero se encaminaban hacia los libros de texto escolar, y otras como UTEHA buscaban nuevos mercados, por sólo citar cuatro ejemplos representativos. La primera hizo "México y lo Mexicano", la segunda "Sepan Cuántos...", la tercera se encasilló en la publicación de textos escolares y la cuarta proyectó sus libros esencialmente técnicos hacia mercados hispanoamericanos. Cuatro horizontes para un mismo país: uno con la mirada dirigida hacia la entraña, el otro vuelto hacia la universalidad, el tercero sujeto a un público cautivo y el último dedicado a la realidad pragmática de las utilidades. La primera vivió intensamente su momento y murió como colección, pero en su propuesta dejó una secuela de obras que hasta la fecha siguen vigentes, como *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, surgida dentro de esas inquietudes; la segunda colección en fecha reciente rebasó los 600 títulos, la tercera si-

[20] VDA/Arnaldo Orfila, Manuel Andújar y Joaquín Díez-Canedo.

gue atada a la noria escolar y la cuarta se percató de que el solo mercado es un horizonte estrecho y voluble.

El Fondo de Cultura Económica prosiguió con su proyecto, el cual amplió conforme aumentaban las demandas de los lectores. Surgieron colecciones concebidas y conformadas dentro del criterio de *equilibro* indicado en el apartado anterior. Breviarios, Lengua y Estudios Literarios, Psicología y Psicoanálisis, Antropología y Popular fueron las que recogieron las novedades editoriales del mundo para México y, en sentido opuesto, Letras Mexicanas y Vida y Pensamiento de México se crearon para satisfacer tanto la demanda de los lectores propios como de los lectores de otros países. Para el primer grupo de colecciones, el criterio de selección estaba establecido y se reprodujo con generosidad. Para el segundo grupo, sujeto a la noción de *equilibrio*, hubo necesidad de buscar un criterio de *calidad* que combinara el valor estético para la literaria y el rigor científico para la reflexiva, ambos dentro de horizontes universales.

Se podría decir que el FCE, de 1950 en adelante, impulsó una dimensión ecuménica para la creación literaria y la reflexión crítica mexicanas. Sin visiones estrechas ni rígidas, con igual entusiasmo dio cabida en Letras Mexicanas a Juan José Arreola, Juan Rulfo y Francisco Rojas González y en Vida y Pensamiento de México a Fernando Benítez y Mauricio Magdaleno. Lo que se buscaba era el fortalecimiento de una visión de la realidad mexicana nueva y, al mismo tiempo, continuadora de la tradición propia. Simultáneamente, la editorial estimulaba el rescate y difusión de un pasado inmediato donde los mexicanos se pudieran reconocer y autovalorar, como ilustra el arranque del complejo proyecto editorial de las *Obras completas* de Alfonso Reyes y las compilaciones y estudios de Isidro Fabela y Manuel González Ramírez. En otros términos, el FCE fomentaba una creación y reflexión críticas en el sentido de renovadoras de la tradición dentro de una dimensión universal.

Esto coincide con el momento en que Arnaldo Orfila se hizo cargo de la dirección del FCE (en 1948 como interino y en 1952 en forma definitiva). También coincide con un México que comenzaba a experimentar una fuerte transformación en-

caminada a la creación y fortalecimiento de la infraestructura industrial y la superestructura cultural. Sí, es cierto, los esquemáticos conceptos empleados provienen de la literatura marxista, que entonces y durante muchos años más fueron moneda corriente: el FCE fue la editorial que comenzó a hacer circular profusamente ésos y otros muchos conceptos de la literatura económica: Marshall, Smith, Keynes y tantos más.

Para concluir este apartado, quedan tres acontecimientos a los que no se debe escatimar su significado dentro del proyecto de expansión y proyección cultural deseados: *1)* ante las condiciones políticas y económicas en Chile y ante el mercado editorial, el FCE decidió abrir —enero de 1954— en Santiago su segunda sucursal hispanoamericana; *2)* en diciembre de 1948 se hace el anuncio de un plan de ventas a crédito, cosa del todo novedosa en México; *3)* en 1954 se establecieron las bases del primer convenio coeditorial entre el FCE y el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional de México, entonces dirigido por el doctor Eduardo García Máynez; un año después apareció el primer número de *Dianoia*, anuario de filosofía, que hasta la fecha sigue haciéndose en la Universidad e imprimiéndose en, y distribuyéndose por, el FCE, y una serie de libros de filosofía elaborados por investigadores del propio Centro, con lo que se estimulaba la reflexión y creación propias que el FCE se encargaba de hacer circular en un ámbito amplio.[21]

5. Crear lectores

fue la propuesta, prácticamente consigna, que el Departamento de Promoción y Publicidad impuso como meta para el Fondo desde su creación en 1954. Bajo la conducción del novelista español exiliado en México, Manuel Andújar, desde las primeras actividades que realizó dentro de la editorial hay una que los pinta —a él y al Departamento— de

[21] Hago público mi agradecimiento al doctor Eduardo García Máynez por su esfuerzo para atender a quien esto escribe, pues dentro de la gravedad de su salud me permitió confirmar de viva voz lo que había identificado en los expedientes del AHFCE y en conversaciones con Arnaldo Orfila, principalmente.

cuerpo entero: en 1954 se efectuaron promociones industriales y comerciales de productos mexicanos de toda índole a lo largo del país; a una de ellas se sumó el FCE, con lo que llegó al extremo norte, dentro de una exposición instalada en Tijuana:

> [...] y entonces nosotros —refirió Andújar a Elena Aub—, verdaderamente con una intrepidez digna de tal causa, fuimos allá. Cuando nos veían los mexicanos del otro lado nos miraban como si fuéramos marcianos, porque ¡pretendíamos venderles libros! Nos fue mal. Fue ridículo. Pero lo hicimos porque queríamos tener una presencia de cara a los mexicanos de allá.[22]

Atrás de esta evocación hay toda una historia de creencias y convicciones personales del jefe del Departamento de Promoción que conviene referir porque en más de un aspecto coincidía con la historia del director y con la de algunos de los miembros de la Junta de Gobierno. El punto central de esta historia es la decidida participación de Andújar dentro de la Juventud Radical Socialista entre 1930 y 1936; durante la guerra civil militó en "campañas de reconversión de mentalidades", entre otras muchas y partidarias tareas, tanto que reconoce: "Estaba enajenado políticamente." Más aún, y sus palabras registradas por Elena Aub siguen siendo elocuentes:

> 1931: la República: los jefes republicanos eran la cresta de la ola, y la ola éramos los jóvenes veinteañeros. Sabíamos, queríamos transformar España, reconstruirla. Teníamos esa gran ambición, esa gran ilusión, todo enmarcado en un movimiento de tipo educativo renovador en el que tuvo mucha participación la Institución Libre de Enseñanza.
>
> Sin embargo, la guerra civil fue una experiencia muy fuerte que me dejó marcado para siempre [...] y me curó de tres cosas: de pertenecer a una organización —iba en menoscabo de mi libertad crítica y de acción—, de alejarme de quienes están cercanos al poder —que es profundamente corrupto— y del dogmatismo [...].

[22] VDA/Manuel Andújar; Elena Aub y Enriqueta Tuñón/Manuel Andújar (Madrid, 1979, 1980 y 1981) en Archivo de la Palabra, DEH del INAH [inédita]. Estas conversaciones serán fundamentales para identificar y entender los rasgos de una personalidad que, paulatinamente, se mostrará en las siguientes líneas.

Cuando Andújar, a invitación expresa de Orfila —quien concibió el Departamento como un área fundamental dentro de las nuevas instalaciones de la editorial—, pasó a formar parte del FCE para encargarse de la promoción y publicidad, traía a cuestas varias novelas escritas y publicadas, 15 años de experiencia en la publicidad comercial y cinco como administrador de la Librería Juárez, donde con gran éxito hizo la promoción de autores, obras y editoriales mexicanos. Por lo tanto, y de aquí la larga descripción de antecedentes, el encuentro del jefe del Departamento con el director y la Junta fue más que una coincidencia: fue la confluencia de una convicción política que no buscaba cristalizarse en trabajos de partido sino en tareas más ambiciosas, las que condujeran a una "reconversión de mentalidades".

Para esto, Andújar, con el apoyo de Emmanuel Carballo —sobre todo en los programas radiofónicos, los de televisión y en la elaboración de *La Gaceta*—, creó o fortaleció varias vías para la promoción editorial, cultural: *1)* estimuló el programa "Gaceta Cultural del Aire", que ya se transmitía en la estación radiodifusora XEQ y que se sostuvo durante poco más de ocho años; en la radiodifusora XELA se hicieron concursos mensuales de crítica a los libros del FCE; *2)* en el canal 5 de la televisión (que cedía su tiempo pues no contaba con materiales para llenar su programación) creó el programa semanal "Invitación a la Cultura", en el que se debatían temas culturales y de actualidad, y el cual se sostuvo a lo largo de casi cuatro años; *3)* se creó el Club Mexicano de Lectores, con lo que a solicitud expresa y previo pago se enviaban libros por correo hasta los lugares más lejanos de México —su origen fueron los programas de radio y televisión, cuyo auditorio escribía para solicitar libros—; *4)* con el apoyo expreso de la Secretaría de Hacienda o del Banco de México, el Fondo otorgó becas para fomentar la creación literaria (por ejemplo, a Juan Rulfo y a Marco Antonio Montes de Oca entre 1958 y 1963), para estimular a estudiantes de ciencias sociales y humanidades (a Alejandro Toledo Ocampo, Leslie Zelaya Alger y Francisco Soto Angli), y para un concurso de tesis de licenciatura universitaria que fueran rescatables editorialmente, y con apoyo expreso de Nacional Financiera, el FCE hizo una donación al go-

bierno federal destinada a varias universidades mexicanas reunidas en el III Congreso de Universidades (octubre de 1960).[23]

Asimismo, se acentuaron los vínculos de amistad existentes entre Orfila y Díez-Canedo con los medios de comunicación impresos, en particular el suplemento cultural dirigido por Fernando Benítez y la *Revista de la Universidad de México* dirigida por Jaime García Terrés, órganos de difusión cultural estrechamente ligados a las propuestas culturales del Fondo de Cultura Económica durante aquellos años cincuenta y parte de los sesenta. Por esos conductos la editorial hacía una amplia promoción de las novedades editoriales, a las que se sumaban los anuncios y reseñas en las revistas literarias del momento y en los grandes rotativos.

No obstante, la promoción cultural de veras importante emprendida por el FCE se encontraba en otras áreas, de las cuales *La Gaceta* y las sucursales extranjeras (Chile, Perú, Venezuela, España —Madrid y Barcelona— y una representación en Brasil) eran lo único palpable. Sobre las sucursales en el extranjero se abundó en el capítulo XI, "La pica en Flandes", mientras que sobre *La Gaceta* conviene indicar que no era una continuación ampliada de su natural antecedente, el *Noticiero Bibliográfico* (un boletín informativo de novedades editoriales), sino una revista de información cultural, cuyo gran formato (cuatro y ocho páginas en tamaño tabloide) y calidad de presentación (el de circulación internacional impreso en papel biblia y el nacional en papel cultural y profusamente ilustrado) remitía a la revista *Romance* y al suplemento periodístico *México en la Cultura*.

En *La Gaceta* se perfiló neta la política editorial del FCE, sintetizable en un concepto: beligerancia. Dentro de ésta hay dos momentos muy claros: en el primero (con cuatro páginas de 1954 a 1959) se impuso el propósito de difusión; fragmentos de libros, notas sobre autores y obras, noticias culturales sobre países elaboradas expresamente, encuestas de opinión

[23] VDA/Emmanuel Carballo. También véanse: s./f., "Nuestros concursos a través de XELA", *La Gaceta*, I, 4 (diciembre de 1954), 2; s./f., "Cien programas de 'Invitación a la Cultura'", *La Gaceta*, suplemento bibliográfico, 1 (1957), 2; s./f., "El Fondo otorga becas", *La Gaceta*, X, 107 (julio de 1963), 3; s./f., "Destacados representantes de la cultura universitaria nacional y extranjera visitan el Fondo", *La Gaceta*, VI, 74 (octubre de 1960), 8.

y entrevistas, una sección de notas sueltas y, naturalmente, un listado de novedades, todo enfocado a proporcionar información. En el segundo momento (con ocho páginas de 1959 a 1965) se percibió un afán de propuesta crítica e intelectual más decidida y orientada a ser correspondiente con los movimientos libertarios de los países hispanoamericanos en vías de desarrollo y abundar en los problemas sociales, económicos y políticos, tanto que el FCE se hizo eco de la línea trazada y encabezada por Raúl Prebisch en la CEPAL, quien en la famosa reunión continental de Punta del Este (1964), Uruguay, llegó a mostrar su desacuerdo con la Alianza para el Progreso promovida por los Estados Unidos.

En igual sentido de análisis, pero con una perspectiva más ponderada y con una propuesta más universal, *El Trimestre Económico* también mostró su simpatía por Prebisch y la CEPAL. Por lo tanto, con las publicaciones periódicas y con algunos libros incorporados a la colección de Economía, el FCE mostraba una clara simpatía hacia una política económica hispanoamericana de desarrollo planificado.

La otra área de la promoción editorial era la sensibilización que realizaba el jefe del Departamento en sucursales y con representantes hispanoamericanos de la editorial. Como se refirió en el capítulo recién citado, en viajes de trabajo Arnaldo Orfila y Manuel Andújar solían visitar las librerías, las editoriales, los centros académicos e intelectuales de Hispanoamérica y Europa con el propósito de dar a conocer las obras del FCE, promover la venta de derechos de autores en lengua española, conseguir —por compra y/o encargo— nuevas obras para el catálogo y, sobre todo, impulsar el objetivo cultural de la editorial. El director Orfila Reynal lo explicó así:

> No queremos conquistar lectores a costa de una vulgarización de la cultura. Es muy fácil distribuir y vender millares de libros con crónicas policiacas, con literatura insignificante y vulgar. Queremos realizar a la vez una obra cultural, y que llegue al mayor número de personas.[24]

[24] S./f., "La labor editorial [entrevista con Arnaldo Orfila Reynal]", *México en la Cultura,* 616 (31 de diciembre de 1960), 2.

Esto último tenía en Andújar el rasgo inusual, al tiempo de mostrar la meta buscada, de promover una empresa cultural a través de una casa editorial. En otras palabras, el jefe del Departamento de Promoción y Ventas impartía cursos de capacitación a los vendedores; con varias series de charlas buscaba convencerlos —con miras a "crearles" la "convicción"— de que el FCE era una empresa "distinta y nueva", porque no perseguía fines lucrativos o beneficios materiales, sino porque —y lo subrayaba— desempeñaba un servicio cultural de interés colectivo; y explicaba machacona y enfáticamente que la obra del FCE consistía en cumplir con una tarea de cultura auténtica, de valoración, información y formación intelectuales encaminadas a proporcionar una visión humanística profunda y moderna. Por lo tanto, según esta pretensión, los vendedores se convertían en colaboradores de una cruzada hispanoamericana de difusión y elevación cultural.[25]

La buena nueva estaba cifrada en las nueve centenas de obras publicadas entre 1948 y 1965, de las que destaca la veintena de títulos con mayor número de reimpresiones y tiraje dentro del FCE hasta 1979: *Los de abajo* de Azuela, *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* de Rulfo, *Introducción a la psicología* de Wolff, *El diosero* de Rojas González, *El laberinto de la soledad* de Paz, *Popol Vuh*, *Breve historia de la Revolución mexicana* de Silva Herzog, *La muerte de Artemio Cruz* y *La región más transparente* de Fuentes, *Summerhill* de Neill, *Filosofía actual* de Bochenski, *Introducción a las doctrinas políticas-económicas* de Montenegro, *Juan Pérez Jolote* de Pozas, *Los condenados de la tierra* de Fanon, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* de Fromm, *El cuento hispanoamericano* de Menton, *Historia de la literatura hispanoamericana* de Anderson Imbert y *Escucha, yanqui* de Wright Mills.[26]

Desde un punto de vista cualitativo (y con un considerable número de reimpresiones), cobran especial importancia: *Estructura de la economía* de Hicks, *Antropología de la pobreza*

[25] Cf. Manuel Andújar, *Apuntes sobre el FCE y su producción editorial*, México: FCE, Departamento de Promoción y Publicidad, mimeografiado, fuera de circulación comercial, 1964.

[26] Cf. cuadros estadísticos, *Libro conmemorativo del 45 aniversario*, México: FCE, 1980

de Lewis, *Higiene mental* de Lemkau, *La élite del poder* y *La imaginación sociológica* de Wright Mills, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* de Braudel, *Erasmo y España* de Bataillon, *Lógica matemática* de Ferrater Mora y Leblanc, *El ser y el tiempo* de Heidegger, *Los partidos políticos* de Duverger, *La democracia en América* de Tocqueville, *El hombre y sus obras* de Herskovits, *Las antiguas culturas mexicanas* de Krickeberg, *La vida cotidiana de los aztecas* de Soustelle, *Psicología médica* de De la Fuente, *El arco y la lira* de Paz, *Mimesis* de Auerbach, *Obras completas* de sor Juana, *El ensayo mexicano* de Martínez, *Cultura y personalidad* de Linton y *¿Qué es el hombre?* de Buber. En el conjunto de todas estas obras (a las que se deben sumar *El capital* de Marx y la *Historia económica y social de la Edad Media* de Pirenne) sobresalen algunas características que no se pueden omitir: la gran divulgación de obras que se logró a través de la Colección Popular; la preferencia por autores mexicanos y por la literatura; el alcance masivo de obras especializadas de las colecciones de Economía, Psicología y Filosofía, y, por último, la pronta incorporación de las obras a las bibliografías escolares.

6. Las tareas laterales

que realizaba el FCE en provecho de la industria editorial mexicana e hispanoamericana, del libro y de los lectores correspondían, también, a los afanes que identificaban a la historia de la editorial durante los años cincuenta y parte de los sesenta. De hecho, la presencia de Carolina Amor de Fournier el día de la inauguración de la casa matriz no obedecía a una coincidencia azarosa, sino al estrecho y relativamente viejo vínculo del FCE con el Instituto Mexicano del Libro, con el que había emprendido tareas conjuntas en, por ejemplo, la distribución y cobranza de libros en plazas hispanoamericanas o el apoyo recíproco para proveer de libros a las bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública (1948 y 1953).

El trabajo conjunto continuó en el programa denominado "Por la Cultura y el Libro", en el cual Orfila precisó los conceptos culturales que animaban al FCE:

Debemos convecer a nuestra América de que la difusión de la alta cultura no es un lujo y, en todo caso, es un lujo que sí necesitan con urgencia nuestros pueblos pobres.

Lo que aquí se necesita es que se forme y extienda una conciencia sobre el valor y la significación del buen libro. No estoy conforme con los que creen que lo fundamental y excluyente es la lucha contra el analfabetismo básico y que por él debemos abandonar la preocupación por el desarrollo de las superestructuras culturales. O nos decidimos a consolidar esa cultura superior o nuestros países se quedarán a un bajo nivel en el cual deben naufragar todos los grandes procesos creadores en cualquier plano que se les considere. Y para ello, lo sabemos, es necesaria la difusión del libro y sobre todo de los grandes libros, de los libros fundamentales y orientadores.

El libro no ha entrado como problema en la conciencia de nuestras *élites* dirigentes. Pienso que esto es consecuencia de que nuestra América padece de un grave mal: el analfabetismo que más le pesa no es precisamente el de los que no saben escribir su nombre o deletrear un anuncio callejero: es otro tipo de analfabetismo que en bastante proporción puebla nuestras universidades, integra buena parte de las grandes masas de nuestros profesionistas, de donde salen los hombres que gobiernan, dictan leyes, manejan la economía y preparan a la juventud para el futuro. Es este analfabetismo al que podría combatirse con muchos métodos y muchos medios, pero el más accesible y el más efectivo es el libro. Un detalle que cabe señalar aquí como otro síntoma paralelo a éste: tanto en Buenos Aires como en Santiago de Chile, en Rio de Janeiro o en Lima, en Quito o en México, sus prestigiosas universidades admiten y estimulan la práctica que envuelve una evidente batalla contra el libro y contra la alfabetización de sus capas culturales más aptas: el uso de los "apuntes" utilizados para la formación profesional de nuestros jóvenes. Hace ya 37 años que en la Argentina se inició el movimiento de la Reforma Universitaria, que pronto se transformó en el primero y tal vez el único movimiento americano de este siglo [...]. En 1921, aquella lucha me trajo hasta México y en un Congreso Internacional de Estudiantes, inolvidable, marcamos las mismas normas dictadas por las mismas ambiciones. Luego elevamos esas ambiciones a un plano más universal y aquí mismo creamos la I Internacional de Estudiantes, destinada a provocar la unidad de todos los pueblos del mundo. Los apuntes siguen sustituyendo a los libros y el mundo sigue sin unirse, pero los 37 años de preocupación en una sola

> línea no han sido en vano. Los jóvenes mexicanos de 1921 llevaron a la práctica —13 años después— una empresa que tendía a satisfacer aquellos juveniles reclamos: ahora estamos celebrando el XXI aniversario de este Fondo de Cultura. Ésta fue una manera de concretar en una realización un anhelo continental y por ello es continental la trascendencia de la obra del Fondo y su significación, que seguramente no siempre es apreciada con exactitud desde su país de origen.[27]

En buena medida estos conceptos impulsaban a la industria editorial mexicana, aunque entonces sin la presencia ni proyección internacionales como la que ya para entonces contaba el FCE. Tan es así que las reuniones de las Asociaciones y Cámaras del Libro hispanoamericanas celebradas en Santiago de Chile en 1946 y en Buenos Aires en 1947 se debieron a la iniciativa y diligencia de Daniel Cosío Villegas; el FCE era en esos años el principal —por no decir que el único— de los editores interesado en una relación comercial continental. Esta historia se repetirá ¡17 años más tarde!, en mayo de 1964, cuando por iniciativa y diligencia del director del FCE y el apoyo y esfuerzo organizacional del Instituto Mexicano del Libro se realizó ¡el primer! Congreso Iberoamericano del Libro.

Los problemas más comunes que se exponían en esas reuniones internacionales se reducían a unos cuantos, pero complejos: *1)* dificultades para la distribución: censura gubernamental real o tácita; *2)* dificultades para la cobranza: control de cambios gubernamental o morosidad privada intencionada; *3)* violación de derechos: "piratería" editorial; *4)* obstáculos para la comercialización: los libreros no querían arriesgarse con las novedades, o buscaban condiciones de utilidad desleales, o bloqueaban el desarrollo de editoriales, o todo junto; *5)* dificultades para la transportación: aumento en los costos, tardanza y maltrato. Sobre todos estos temas quedaban dos más: la relación entre editoriales considerada como competencia de mercado y no como ensanche y creación de posibles lectores, y la distancia física tomada como justifica-

[27] S./f., "Por la cultura y el libro: el comienzo de un plan", *La Gaceta*, II, 13 (septiembre de 1955), 1.

ción del aislamiento, temas que hasta fecha reciente se han seguido escuchado como letanía.[28]

Otro asunto en el que el FCE ocupaba un lugar privilegiado en las negociaciones ante el gobierno lo describe Arnaldo Orfila:

> El problema de los costos de los libros y su mayor difusión es una preocupación constante para todo editor y, muy particularmente, para el Fondo, que no es una entidad de lucro sino un organismo de bien público. Los caminos que a cualquiera se le ocurren para lograr el abaratamiento del libro serían la obtención del papel en mejores condiciones de calidad y precio —habría que lograr que la industria papelera mexicana fabricara con menores costos mejores calidades, porque no hay razón para que aun con los impuestos de importación vigentes se puedan conseguir papeles extranjeros mejores en precio y calidad que los nacionales.
>
> El otro camino sería el estímulo por parte del Estado y de las empresas privadas para su mayor difusión. Las bibliotecas de nuestra América no forman parte de una preocupación fundamental. Si éstas se multiplicasen, si se pusiesen al alcance del pueblo, si se estimulara la buena lectura y el Estado y los particulares adquiriesen cantidades importantes de libros, los tirajes actualmente bajos se podrían aumentar y con ello abaratar el costo unitario de los libros [...].[29]

En forma simultánea a esas tareas de "sensibilización" gremial —por llamarlo de algún modo—, el director emprendió la otra no menos importante tarea de promover las obras hispanoamericanas cuyos derechos estaban en poder de la editorial y eran susceptibles de venta. De esta manera, el FCE fue la primera empresa hispanoamericana que ofreció al mercado editorial internacional (europeo y estadunidense en particular) las obras de sus autores. Con esto se adelantaba a la explosión comercial de mediados de los sesenta, el "*boom* latinoamericano", y lograba hincar la cuña de la literatura mexicana

[28] Cf. s./f., "El primer Congreso Iberoamericano del Libro", *La Gaceta*, XI, 118 (junio de 1964), 4-5. Ambos temas son reiterativos en las tres reuniones de representantes y distribuidores hispanoamericanos del FCE realizadas en los noventa.

[29] José de Alba, "FCE. Entrevista con Arnaldo Orfila Reynal", *Boletín Bibliográfico de Hacienda*, 150 (marzo de 1959), 3.

entre los lectores europeos y estadunidenses, ya no como obras y autores aislados, sino como expresión de suyo amplia, variada, con cohesión y calidad universales.

Esta "sensibilización" se debe sumar a otra en la que el FCE participaba activamente: los festejos familiares que se hacían en las oficinas de Pánuco se trocaron en la casa de avenida Universidad en reuniones intelectuales igualmente amistosas, pero con una dimensión internacional evidentemente política —*no* en el sentido de partido o bandería, sino en el de trabajo cultural—. Así, en la casa matriz se hacían convites para celebrar, por ejemplo, al Instituto Internacional de Educación, el primer Congreso Internacional de Filosofía, el Consejo Económico de las Naciones Unidas, el Congreso de la CEMLA, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, el periodo de sesiones de la CEPAL o actos estrictamente políticos como los celebratorios al ex presidente de Venezuela Rómulo Gallegos o al presidente cubano Osvaldo Dorticós.[30]

Es conveniente indicar que el FCE mantenía un estrecho vínculo de colaboración intelectual con directivos, profesores e investigadores de las facultades de Ciencias Políticas, de Economía y de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; como eran autores y colaboradores de la editorial, algunos de ellos sostenían una relación amistosa con el FCE, al punto que, eventual e indirectamente, cumplían una función de consulta. En situación similar respecto al FCE se encontraban algunos de los colaboradores de los suplementos de Fernando Benítez o de las actividades y publicaciones coordinadas por la Dirección de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, dirigida por Jaime García Terrés. Es decir, en México el FCE estaba identificado con un amplio (pese a lo reducido), inteligente, informado, beligerante y heterogéneo grupo de intelectuales que pugnaba por una cultura crítica. Por lo tanto, era común que algunas mal intencionadas personas colocaran a la editorial dentro del grupo calificado con el desafortunado nombre de la Mafia.[31]

[30] Cada uno de estos actos fueron reseñados en las páginas de *La Gaceta*.
[31] Cf. Huberto Batis, *Lo que "Cuadernos del Viento" nos dejó*, México: Diógenes, 1984 y Luis Guillermo Piazza, *La mafia*, México: Joaquín Mortiz, 1968.

Todo esto trae como consecuencia un par de aspectos fincados en el reconocido prestigio internacional del FCE: el primero es la posición beligerante de Orfila; en el mercado estadunidense es frecuente su disgusto ante el voluntario desconocimiento de las actividades y productos culturales hispanoamericanos; frente a un público de la Universidad de Texas se preguntó en 1956: "¿Se preocupa alguien en los Estados Unidos por la importación de libros escritos y editados en Latinoamérica? ¿Se interesa alguien por traducir las grandes obras de escritores hispanoamericanos? [...] No o muy de tarde en tarde. Escasamente. En contadas oportunidades."[32] El segundo aspecto es la posición de vanguardia que se reconocía al FCE dentro de todo el continente y en España, de tal grado que, por ejemplo, cuando en 1962 y consecuente a la promovida Alianza para el Progreso, una empresa editorial estadunidense buscó entrar al mercado hispanoamericano; sus promotores recorrieron algunas "plazas" del continente y se entrevistaron con los directivos de las editoriales de mayor presencia. Luego de su intercambio de opiniones con Orfila, éste publicó en *La Gaceta* una nota firmada con sus iniciales en la que desde su personal punto de vista advertía a colegas y lectores hispanoamericanos de una maniobra política enmascarada en una "operación libro". La respuesta no se hizo esperar. Los representantes de la aludida empresa abundaron en detalles explicativos y autojustificatorios que llevaron a una matizada reconsideración. Es decir, el director encaraba con el FCE un inconfesado proyecto político estadunidense de carácter continental.[33]

Sin embargo, para 1962 el FCE comenzaba a enfrentar en las relaciones internacionales el complejo y competido mercado de derechos. Más y peor aún, las tareas intelectuales y culturales implícitas en las actividades editoriales pasaban a planos secundarios. Orfila lo refirió con cierto dejo de malestar ante lo ocurrido en el Congreso de Editores efectuado en

[32] S./f., "El libro en las dos Américas", *La Gaceta*, III, 22 (junio de 1956), 2.

[33] Cf. A[rnaldo] O[rfila] R[eynal], "Las verdaderas proporciones de una 'operación libro'", *La Gaceta*, IX, 89 (enero de 1962), 3; RHS, "Los programas de actividad para el extranjero y el orgullo nacional", "La Franklin Publications contesta al FCE" y "Un diálogo fructífero entre los editores mexicanos y sus colegas de los Estados Unidos", *La Gaceta*, IX, 93 (mayo de 1962), 5.

Barcelona —y en el que se evidenció la nueva dinámica comercial—: "[...] estuvo ausente el propósito de considerar aspectos intelectuales de la labor editorial; la preocupación se centró particularmente en la atención de los aspectos técnicos y comerciales de la industria".[34]

Carlos Barral recordó el Congreso e hizo la descripción de unos colegas que muy pronto harían acto de presencia en el medio editorial continental. En la reunión —escribió en sus memorias— destacaron los "editores españoles acuñados en la autarquía y avocados principalmente a la prosperidad a toda costa y a la colonización librera de las Américas". Pocos meses después irrumpió el *boom* de la literatura hispanoamericana.[35]

Ante las exigencias y condiciones del mercado internacional, el FCE respondió en forma consecuente. Como ya se indicó en páginas anteriores, durante sus viajes por el extranjero, el director y el jefe del Departamento de Promoción llevaban consigo, entre otras tareas, la venta de los derechos de obras del catálogo originalmente escritas en español. Era la única manera de colocar a los autores y al FCE en una dimensión internacional. Los resultados acumulados hasta diciembre de 1962 fueron alentadores: 30 autores, 47 obras, 83 versiones (54 en Europa y 29 en los Estados Unidos). La lista completa de lenguas y editoriales está consignada en *La Gaceta*.

Por su importancia, a continuación se transcribirán los autores y obras (en orden alfabético): Anderson Imbert *(Historia de la literatura hispanoamericana),* Arreola *(Confabulario),* Aub *(Las buenas intenciones, No son cuentos, Campo cerrado, Campo abierto, Campo de sangre* y *Jusep Torres Campalans),* Benítez *(La ruta de Hernán Cortés* y *El rey viejo),* Borges *(Manual de zoología fantástica),* Caso *(El pueblo del Sol),* Castellanos *(Balún Canán),* Cernuda *(La realidad y el deseo),* Comas *(Antropología física),* Cosío *(Extremos de América),* Fuentes *(La región más transparente* y *Las buenas conciencias),* Frondizi

[34] A[rnaldo] O[rfila] R[eynal], "El Congreso Internacional de Editores reunió en Barcelona a 635 representantes de 27 países", *La Gaceta*, IX, 94 (junio de 1962), 3.

[35] Cf. Carlos Barral, *Cuando las horas veloces*, Barcelona: Tusquets, 1988, en especial los capítulos II y III.

(¿Qué son los valores?), Henríquez Ureña *(Historia de la cultura en la América hispánica),* León-Portilla *(Los antiguos mexicanos),* Martínez *(El ensayo mexicano moderno),* O'Gorman *(La invención de América),* Paz *(¿Águila o sol?, El laberinto de la soledad, Piedra de sol, La estación violenta* y *Libertad bajo palabra),* Picón-Salas *(De la Conquista a la Independencia* y *Regreso de tres mundos),* Poblete Troncoso *(El movimiento obrero),* Pozas *(Juan Pérez Jolote),* Anónimo *(Popol-Vuh),* Reyes *(La trayectoria de Goethe, La antigua retórica* y *La crítica de la edad ateniense),* Rojas González *(El diosero),* Romero *(Las ideas políticas en Argentina),* Rulfo *(El llano en llamas* y *Pedro Páramo),* Salazar *(La danza y el ballet),* Séjourné *(Pensamiento y religión en el México antiguo),* Spota *(Casi el paraíso, La sangre enemiga* y *El tiempo de la ira),* Usigli *(El gesticulador)* y Zea *(América en la historia).*[36]

7. La crisis de confianza

de algunos espíritus convencionales, más inclinados a la seguridad de una tradición probada —aunque avejentada— que a los riesgos de innovaciones desconocidas —aunque sugerentes—, comenzó a germinar a principios de los años sesenta. El catalizador fue la Revolución cubana. Las reacciones fueron inmediatas. Una próxima a la editorial fue la que padeció Fernando Benítez dentro del periódico *Novedades*, cuyo propietario consideró riesgosa —por decir lo menos— la posición beligerante y de simpatía hacia Cuba que paulatinamente tomaba el suplemento *México en la Cultura*. La incomprensión llegó al punto en que Benítez se vio obligado a presentar su renuncia. Como acto de solidaridad, el equipo de editores y el conjunto regular de colaboradores también dimitió. El suplemento cambió de piel y se volvió una caricatura de lo que fue durante 10 años.

A las pocas semanas, José Pagés Llergo refrendó su prestigiado profesionalismo periodístico mediante el generoso gesto de abrir las páginas centrales de su revista *Siempre!* a Fer-

[36] Cf. s./f., "Un nuevo hecho en el campo de la cultura: en meses recientes 83 libros del Fondo traducidos en tres continentes", *La Gaceta*, IX, 99-100 (noviembre y diciembre de 1962), 2.

nando Benítez. Pronto y con formato y diseño distintos volvió a circular el suplemento, cuyo nombre también fue diferente, *La Cultura en México*. Desde la nueva tribuna, la inobjetable independencia permitió a los colaboradores retomar la senda crítica. Los problemas sociales y políticos nacionales y extranjeros fueron sometidos a un severo escrutinio. El punto extremo en aquellos años de 1962 —recuerda don Fernando— ocurrió con el asesinato de Rubén Jaramillo, el cual fue reporteado y analizado por colaboradores del suplemento. Ante eso, el presidente Adolfo López Mateos habló con Benítez, quien le explicó su concepto de verdad y de periodismo. Aquél, pese a la severidad de la crítica, respetó el trabajo de éste.[37]

Dentro del ambiente político de entonces se podrían identificar otros ejemplos menos radicales. Las revistas *Política* y *El Espectador* —por sólo citar a las de mayor presencia e inteligencia dentro de una raquítica oposición crítica al régimen de gobierno— analizaban las condiciones de vida de la sociedad y la conducta de los gobernantes. En igual sentido, pero dentro del ámbito de las expresiones culturales y artísticas de la comunidad intelectual mexicana e internacional, conviene recordar la notable efervescencia de varios grupos de hombres y mujeres, todos representativos del amplio repertorio de inquietudes. Entre las editoriales, adquieren especial importancia las entonces recién creadas Joaquín Mortiz, Universidad Veracruzana y Era, que publican las obras literarias y estudios sociales más novedosos de la producción nacional y, entre las revistas que sintetizan la referida efervescencia, destacan: *Cuadernos de Bellas Artes, Cuadernos del Viento, La Palabra y el Hombre, Eco, El Rehilete, Pájaro de Cascabel, Cine Avance, El Gallo Ilustrado* (del recién creado periódico *El Día), El Corno Emplumado, s.nob, El Cuento, Diálogo* y *Mester,* todas publicadas entre 1960 y 1964 (algunas sobrevivieron pocos meses y otras varios años). A éstas se sumaron nuevos foros para las artes plásticas, el teatro y la cinematografía.[38]

También en el ámbito cultural se debe otorgar un lugar destacado a la Dirección de Difusión Cultural (con su *Revista*

[37] Cf. Ramón Márquez C., art. cit., y VDA/Fernando Benítez.

[38] Cf. Batis, *op. cit*., Piazza, *op. cit*. Georgina Naufal Tuena y VDA, "Recuento de nuestro siglo. Cronología cultural 1906-1986", en Varios, *México. 75*

de la Universidad y su Casa del Lago incluidas en un lugar preponderante), dirigida por Jaime García Terrés, y a las facultades de ciencias sociales, económicas y humanísticas (las más vinculadas al Fondo de Cultura Económica) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Aquí, en los recintos universitarios, se realizaba la discusión intelectual y artística más avanzada (por ejemplo, el seminario de ciencia y filosofía coordinados por Guillermo Haro y Eli de Gortari); los seminarios, conferencias, cursillos y publicaciones daban cabida a un enorme número de notables hombres y mujeres provenientes de los centros culturales más avanzados del orbe. La reflexión analítica y la experimentación artística conducían hacia una búsqueda cultural que resultaba vanguardista, más si se observa a contraluz de las manifestaciones culturales realizadas en la década anterior. El entonces director de la Casa del Lago, Juan Vicente Melo, recuerda que en ellos había el deseo de ser

> honradamente modernos, sin artificios, con todo el riesgo que implicaba. No creo que fuera una actitud gratuita ni mucho menos, ni el afán de deslumbrar, de ser, de parecer pedante o de estar, falsamente, al día, sino de asumir la responsabilidad frente al arte, que se tiene siempre, pues la responsabilidad era consigo mismo. Ese afán de modernidad yo lo tomaría como una actitud tan simple y tan necesaria y tan placentera, como el de saberse y sentirse vivo a cada instante. No vivir, por paradójico que parezca, en una remota edad antigua —creo que todas las edades remotas son antiguas, ¿verdad?—, llámese a ése el paraíso y el edén no subvertido o la infancia o el estado ideal de una inocencia placentera.[39]

Con el tiempo, a los protagonistas más destacados de esta transformación se les identificó, como ya se ha referido, con

años de Revolución. Educación, cultura y comunicación, vol. II, México: FCE, 1988, pp. 905-1000. Para el ambiente cultural de los sesenta véase también: Carlos Monsiváis, *Carlos Monsiváis*, pról. de Emmanuel Carballo, México: Empresas Editoriales, 1966; Vicente Leñero, "José Emilio Pacheco, cincuentón", *Los Universitarios*, 2, agosto de 1989; y Juan Vicente Melo, "Autobiografía" (1966), en *El agua cae en otra fuente*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985, pp. 19-42.

[39] José Homero, "Juan Vicente Melo: la literatura como posibilidad de ser feliz" (entrevista), *El Semanario* (suplemento de *Novedades*), 368, mayo de 1989.

el nombre de Mafia. Entre ellos se contaban Arnaldo Orfila y el Fondo de Cultura Económica. Era más que natural por muchas razones; por un lado, el vínculo entre el FCE y los profesores de las escuelas y facultades universitarias aludidas era estrecho —tanto que procuraban compartir actividades para fortalecer los lazos entre la editorial, la casa de estudios y la comunidad intelectual internacional (como, por ejemplo, el primer Congreso Internacional de Filosofía)— y, por el otro, entre los destacados protagonistas algunos eran autores del FCE. En forma simultánea, el Fondo era consecuente con una posición de beligerancia y modernización que lo había identificado desde siempre; sus libros, si bien de avanzada, también eran ponderados (no eran de partido o bandería, pero sí críticos). La serie Tiempo Presente dentro de la Colección Popular resulta representativa de esto, como ilustran los libros de Wright Mills *(Escucha, yanqui),* Nkrumah *(Kwame Nkrumah: un líder, un pueblo),* Sithole *(El reto de África),* Fanon *(Los condenados de la tierra),* Harrington *(La cultura de la pobreza en los Estados Unidos),* Gorz *(Historia y enajenación),* Myrdal *(El reto a la sociedad opulenta),* Riesman *(Abundancia ¿para qué?)* y Snow *(La China contemporánea),* publicados entre 1960 y 1965.

Sin embargo, lo que para algunos significaba renovación, para otros era anarquía. Las contradicciones no se hicieron esperar, aunque hasta diciembre de 1964 éstas se manifestaban discretamente, como pugnas intergrupales, las cuales redundaban en provecho de la transformación en sí misma al animarla con cuestionamientos. Esto coincidía con el proceso electoral de 1964, que de suyo natural conlleva una propuesta de cambio. A partir del primero de diciembre de 1964, día en que Gustavo Díaz Ordaz se hizo cargo de la presidencia de la República, el ambiente de pugna se acentuó. Aquí —como indica Carlos Monsiváis— la Mafia se convirtió "inexorablemente en el pararrayos de los resentidos" y se le "responsabilizó" "del fracaso literario de todos"; desde entonces, la Mafia "dejó de existir como una hipótesis e inició la penosa existencia de los mitos".[40]

[40] Cf. Carlos Monsiváis, "Notas en torno a la moral social en México" y "Notas sobre la cultura mexicana en la década de los setentas", *El Trimestre*

En medio de esta renovación y ambiente, el Fondo de Cultura Económica se convertía tanto en el símbolo representativo de la idea de modernidad, cambio y compromiso (porque la había encabezado desde los años cuarenta), como en una institución vulnerable debido a su estrecho lazo con el gobierno federal, a su prestigio internacional y a la procedencia de su director, Arnaldo Orfila. La actividad editorial y su opinión beligerante (como ilustran con claridad *La Gaceta* y algunos de los libros publicados —por ejemplo, los referidos de la serie Tiempo Presente—) colocaban al FCE en un sitio altamente visible y, por tanto, expuesto a la crítica, sobre todo a aquella contraria a la propuesta de renovación impulsada por los grupos más radicales (cuyos gestos y alardes de los que hacían ostentación resultaban "epatantes" a los espíritus apegados a las normas y tradiciones ya probadas, seguras, estables y ciertamente rígidas).

Consecuente a sus normas de rigor científico y de proponer perspectivas nuevas en el análisis de la realidad, a principios de 1965 el FCE publicó el estudio antropológico de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, en el que pronta y prejuiciadamente se buscó identificar un ataque a México. Carlos Monsiváis analiza:

> Para Lewis los Sánchez son los mexicanos paradigmáticos, los que se educan a sí mismos con tal de perseverar en la cultura de la pobreza. La tesis puede ser discutible, pero el libro es recibido con entusiasmo por los convencidos y por escépticos de la mexicanidad y, sin ser leído, es denostado por el sector del chovinismo recalcitrante, alentado vigorosamente por el nuevo presidente de la república Gustavo Díaz Ordaz, y que tiene como eje una certeza: la perfección del país. Todo lo que hay aquí, se dice y se proclama, es magnífico por ser nuestro, aunque tal vez podría ser mejor, pero ningún extranjero está autorizado para decírnoslo [...]. Los cazadores de "la mirada denigratoria" sitúan de inmediato a *Los hijos de Sánchez*. ¡He aquí un libro de extranjero que se solaza en exhibir miserias y dolencias!
>
> Según algunos, *Los hijos de Sánchez* es mero pretexto y lo que en verdad subleva a las huestes de Díaz Ordaz es la condición de

Político 1, 2 (octubre-diciembre de 1975), 59-77, y 2, 5 (julio-septiembre de 1976), 193-206 respectivamente.

"argentino subversivo" de Orfila. Puede ser, pero la campaña es genuina en su histeria aislacionista, y es infalsificable por extremoso el atraso de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de su presidente Luis Cataño Morlet. Para ellos, *Los hijos de Sánchez,* por su lenguaje "obsceno", su descripción impía de las costumbres de los pobres, y su visión "negativa" del país, difama a México, y publicarlo es acto de lesa patria. Se acusa por vía judicial a la editorial, al editor y a Oscar Lewis, y los periodistas controlados por el gobierno (en ese momento todos) le conceden artículos y columnas al vilipendio de Orfila. La demanda se desestima, pero la atmósfera persecutoria se acrecienta y, a los pocos meses se le exige la renuncia a Orfila. Éste se niega y, en consecuencia, se le despide.

La respuesta fue rápida y compacta. Fernando Benítez, Guillermo Haro, Jesús Silva Herzog, Pablo González Casanova, Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Elena Poniatowska y los redactores de *La Cultura en México*, entre muchos otros, organizan un acto de desagravio para Orfila. Lo que ocurre es inusitado: un desafío frontal al empecinamiento del régimen, y un rechazo argumentado al violento recelo antiintelectual de Díaz Ordaz. En el acto, que recuerdo polémico y emotivo, Benítez [según Orfila fue Guillermo Haro] propone crear una nueva editorial. Es amplia la solidaridad con Orfila y, muy fundamentalmente, con la causa de la libertad de expresión. Hay que demostrale al gobierno que no es dueño de todo el espacio nacional, y que ya no admiten así como así los caprichos autoritarios. Surge la editorial Siglo XXI, y quienes adquieren las acciones son escritores, economistas, sociólogos, politólogos, pintores, funcionarios de segundo nivel. El impulso, que hoy llamaríamos de la sociedad civil, es el primer intento en mucho tiempo de darle vida orgánica a la comunidad intelectual, hasta ese momento un conglomerado de prestigios, honores y apoyos incondicionales al régimen.[41]

En ese complejo y enardecido ambiente la designación presidencial de Salvador Azuela como director del Fondo de Cultura Económica fue mal recibida. La parte más beligerante y con mayor presencia de la comunidad intelectual mexicana e hispanoamericana le hizo el vacío a la editorial. La situación

[41] Carlos Monsiváis, "Arnaldo Orfila Reynal y la ampliación del lectorado", en Varios, *Arnaldo Orfila Reynal, op. cit.*, pp. 27-33.

se agravó porque, si Orfila representaba el símbolo de modernización, cambio y compromiso, Azuela ejemplificaba (por lo menos así se le quería ver entonces) la versión opuesta. Frenar esta corriente de opinión fue muy difícil y la editorial lo resintió, aunque sin llegar a puntos extremos ni peligrosos. Como ya se indicó en capítulos anteriores, la desbandada de trabajadores y colaboradores y el vacío que se hizo en torno al FCE se contrarrestó con la contratación de nuevo personal, la búsqueda de nuevos colaboradores y la difusión. En otras palabras, Azuela buscó vincular a la editorial con otros y distintos grupos de intelectuales, sin perder su compromiso con los lectores, razón de ser de la empresa.

No obstante la parquedad de resultados, es importante subrayar que el proyecto editorial y cultural del FCE no se fracturó. Por el contrario, prosiguió con el mismo ritmo de producción (e incluso se incrementó en el número de reimpresiones y tirajes), pese a que introdujo un sesgo notable por su desacierto. El ejemplo por antonomasia está en la colección Letras Mexicanas, en la cual se publicó como "novedad" a algunos autores cuyas propuestas intelectuales y estéticas estaban ampliamente rebasadas, como las obras de Ferretis, Maillefert, Fernández Ledesma, Godoy, Iduarte, Magdaleno, Córdoba o Solana. En ciencias sociales no se llegó a desaciertos equivalentes, aunque se procuró "neutralizar" la beligerancia y compromiso que venía distinguiendo al proyecto editorial del FCE. (Cabe una apostilla: los libros que se contrataron durante la dirección de Orfila se publicaron durante la de Azuela. En sentido contrario, *La Gaceta* tamaño tabloide y llena de curiosidades intelectuales de lo más avanzado del momento se desdibujó en todos los sentidos, al punto de convertirse en un cuadernillo pobre de contenido y de escasas 30 páginas en un octavo de pliego.)

El aspecto en que sí afectó severamente el cambio de director fue la proyección internacional. Para 1965, el Fondo de Cultura Económica estaba identificado como la editorial en lengua española más importante y, por tanto, era común colocarla junto a las empresas italianas, alemanas, inglesas, francesas y estadunidenses más sólidas; sus directores eran considerados *clercs de l'édition* y, consecuentemente, eran los

hacedores de un estilo, un código de conducta y de un mercado. En aquel entonces, todo estaba listo para la irrupción de una nueva noción de mercado editorial internacional a través del libro de bolsillo, las ventas masivas y el comercio de derechos de autor. Más aún, Hispanoamérica estaba en los primeros sitios de la lista de los intereses intelectuales de Europa y los Estados Unidos. En otras palabras, se estaba gestando el *boom* de la literatura hispanoamericana. Sin embargo, su repercusión sobre el FCE fue tangencial: Rulfo, Paz, Fuentes, Castellanos y algunos pocos más fueron atendidos por la crítica internacional, pero no con el espacio e intensidad con que Orfila lo había venido preparando, ni debido al apoyo expreso y decidido de la editorial, sino a la auténtica calidad intrínseca de las obras y autores.

8. La reconciliación

en todos los ámbitos de la editorial fue el primero, complejo, delicado paso que emprendieron Antonio Carrillo Flores y Francisco Javier Alejo, pues durante la administración precedente el FCE sufrió un drástico deterioro en lo siguiente: *1)* el desinterés hacia la comunidad intelectual nacional e hispanoamericana se hizo tan evidente que los autores, colaboradores (correctores, editores, traductores y lectores) y comentaristas bibliográficos en los medios impresos se distanciaron; *2)* las relaciones humanas y profesionales dentro de la editorial estaban teñidas de incómodas suspicacias; y *3)* el comportamiento financiero y contable había lastimado a algunos de sus proveedores de servicios y materias primas.

Don Antonio, apoyado en Hegewisch —en lo administrativo— y en García Terrés —en lo editorial—, buscó reconciliar al Fondo dentro de los tres aspectos referidos, principalmente. Para el vínculo con la comunidad intelectual, procedió con una estrategia que consideraba varios frentes simultáneos: *1)* de manera personal y selectiva, se acercó a los más altos representantes de los diferentes grupos culturales e instituciones académicas y les solicitó consejo para la editorial; *2)* revivió y dignificó con una Nueva Época a *La Gaceta* (que du-

rante poco más de cuatro años padeció una penosa agonía), a cuyo frente designó a García Terrés, y con ella emprendió una vinculación dinámica: solicitó colaboraciones, publicó adelantos de libros, reseñó novedades y, sobre todo, otorgó un lugar distintivo a la inteligencia y a la creación; *3)* vitalizó las colecciones editoriales tradicionales por medio de obras y autores de mayor empuje, consistencia y penetración, además de rediseñar (reacomodó obras de unas colecciones en otras) un amplio programa de reimpresiones.

La respuesta de la comunidad intelectual fue inmediata porque la antipatía que se había ganado Salvador Azuela era inversamente proporcional a la simpatía con que contaba Antonio Carrillo Flores; Jaime García Terrés y un compacto grupo al frente de las tareas propiamente editoriales significaba una garantía tanto para la amplitud e importancia de las obras intelectuales y de imaginación, como para la calidad y consistencia de la producción editorial, por lo que autores y colaboradores se acercaron con mayor seguridad y los reseñistas se volvieron a ocupar de los libros del FCE; la vigencia del proyecto cultural que dio origen y estructura al FCE permanecía activa, pues el director apeló a su amistad personal a fin de recuperar para la editorial a los antiguos y estrechos hombres de la Casa: Gonzalo Robles, Emigdio Martínez Adame, Eduardo Villaseñor, Antonio Martínez Báez e incluso al propio Daniel Cosío Villegas, quienes aportaron consejo y aun aceptaron incorporarse a la reconstituida Junta de Gobierno, como don Antonio y don Emigdio.

Otro aspecto por reconciliar, el deterioro de las relaciones humanas y profesionales entre directivos y trabajadores, se realizó mediante una restructuración organizativa y administrativa, una reclasificación y retabulación salarial de los empleados —que incluía la incorporación de nuevas prestaciones— y, sobre todo, un trato humano y profesional amistoso. Para realizar una parte de esto fue necesario un saneamiento financiero y contable, para lo cual se hizo una pronta solicitud (15 de enero de 1971) a la Secretaría de Hacienda de un subsidio especial de cuatro millones de pesos (cerca de 80% del presupuesto total de 1970) "destinado, casi en su integridad, a cubrir adeudos con el Banco Nacional de Comercio

Exterior, distintos de los que son normales y que derivan del descuento de cartera recuperable del FCE, en sus ventas al exterior y en el país o sus necesidades transitorias de caja en las compras de papel".[42]

Francisco Javier Alejo y Guillermo Ramírez prosiguieron de igual modo, ensancharon hacia un amplio horizonte y dinamizaron con mayores recursos las tareas emprendidas por Carrillo Flores. En otras palabras, si el arranque de don Antonio había sido enérgico y decidido para alcanzar la reconciliación referida en el menor de los tiempos, el ímpetu de Alejo y Ramírez imprimió al conjunto de actividades un entusiasmo del que todos se contagiaron. Guardando proporciones, se podría decir que, en buena medida, llegaron a recrear un *esprit de corps* equivalente al que en otros años animó a la editorial. Lo más notorio de todo esto fueron los siguientes aspectos:

1) Se buscó y logró reconstituir la proyección cultural de la editorial sobre los ámbitos nacional e hispanoamericano. De hecho, el FCE se convirtió en lo equivalente a una gran agencia promocional: conferencias y congresos; conciertos; exposiciones; representante de escritores; distribuidora y vendedora de libros, revistas, discos y otros objetos culturales; vínculo interinstitucional nacional e internacional para la realización de obra cultural, académica y comercial; y apoyo para el nacimiento de instituciones, como el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

2) Se buscó y logró ensanchar el catálogo editorial del FCE, al tiempo de acentuar el vínculo con su hora y de ampliar el horizonte de su público lector. El rasgo distintivo fue el ímpetu de beligerancia: se procuró publicar obras que, por ejemplo las series de economía —en particular las Lecturas de *El Trimestre Económico*—, expusieran las inquietudes del momento: teorías del desarrollo, dependencia, multilateralidad, industrialización, planificación del Estado como rector de la economía nacional y otros temas afines, sin que esto significara abandono de las obras clásicas o tradicionales. También

[42] Carta del director del FCE Antonio Carrillo Flores al secretario de Hacienda Hugo B. Margáin, 15 de enero de 1971, como documento anexo a las Actas de la Junta de Gobierno correspondiente a la fecha próxima referida.

se procuró abrir una línea editorial orientada hacia, por una parte, la publicación de obras preferentemente nacionales (por el tema o el autor), cuyo contenido conllevara un rescate y/o reactualización susceptibles de una difusión masiva, como la colección Archivo, y, por la otra, la edición de obras elaboradas expresamente con el propósito de ser introductorias a temas y autores, como la colección Testimonios.

3) Se buscó y logró el fortalecimiento del vínculo hispanoamericano, como parte de un acercamiento y apoyo a la política del gobierno federal y de una estrategia de difusión y distribución cultural propias.

4) Se buscó y logró, primero, la reconciliación del FCE con toda la comunidad intelectual mexicana e hispanoamericana, sin hacer distinciones entre orientaciones y filiaciones, aunque sí claramente opuesta a los regímenes militares sudamericanos y al franquismo, y, después, la vinculación de la editorial con los grupos culturales de mayor presencia en México, como los reunidos en torno a la revista *Plural*, cuyos colaboradores y directivos eran (y siguen siendo, ahora desde Editorial Vuelta) amigos de Jaime García Terrés (director de *La Gaceta*), y los reunidos en torno a *La Cultura en México*, entre cuyos colaboradores se contaba a David Huerta (jefe de redacción de *La Gaceta*). Para bien de la editorial, unos sugerían títulos que los otros dictaminaban, y viceversa. Simultáneamente, *La Gaceta* cumplió una labor de enlace y difusión fundamental, pues no sólo daba a conocer las novedades de la editorial, sino incluso ya se perfilaba como una revista que integraba las voces de la comunidad intelectual hispánica. Junto a esta revista, las otras publicaciones periódicas del FCE (*El Trimestre Económico* y *El Trimestre Político*, *Otrocine* y *Nueva Política*) contribuyeron al mismo propósito de vínculo con una comunidad intelectual distinta a la referida y de difusión de temas especializados.[43]

[43] El conjunto de esta información proviene, entre otras fuentes, de: Enrique Krauze, "Discurso", en *FCE, Medio Siglo. 1934-1984. Discursos y comentarios en la prensa internacional*, 1984; Francisco Javier Alejo, "Correspondencia" [carta al director del FCE Jaime García Terrés fechada el 13 de septiembre de 1984 y en la cual responde a las imputaciones hechas por Krauze en el discurso referido], *La Gaceta*, 166 (octubre de 1984), 20-21, y VDA/Francisco

9. La responsabilidad y el riesgo

han sido los dos conceptos que, dentro de la historia del Fondo de Cultura Económica, han sostenido e identificado al proyecto editorial encaminado al conocimiento clásico y al de su hora. También se podría decir que entre ambos conceptos se ha mantenido el siempre precario equilibrio entre la tradición y la innovación. Estas cualidades quedaron al descubierto cuando, entre 1965 y 1976, fueron puestas a prueba: México y el mundo atravesaron por una profunda serie de cambios sociales, políticos, económicos y culturales que confrontaron tradición y porvenir; cambios que pusieron en entredicho algunos valores de probada consistencia, pero de cuya vigencia se tenían sospechas, más cuando los valores del presente y futuro se mostraban sugerentes.

El examen al que indirectamente fue sometida la editorial fue tan extenso como intenso; las circunstancias la llevaron a guardar una prudente distancia ante los hechos inmediatos de su hora (1965-1970) y, también, a ocupar un lugar protagónico (1971-1976). Una vez más, como desde su origen, el FCE cumplió con la doble y contradictoria cualidad de asumir el riesgo ante la hora presente y apelar a la responsabilidad ante los valores tradicionales; volvió a ser testigo y protagonista, incluso en posición de vanguardia. Tan es así que la editorial se encontró justo en medio del significativo cambio cultural y político que vivieron México y el mundo durante los años sesenta; el Fondo de Cultura Económica desplegó un amplio espectro de conductas, desde la beligerante actividad cultural (en 1960-1965 y 1971-1976) marcada, inevitablemente, por ciertos matices políticos naturales de la vanguardia de la hora, cuyo sesgo general privilegió el riesgo de lo inmediato sobre la responsabilidad de lo perenne —según la opinión de algunos—, hasta el repliegue contrito sobre una noción estrecha de nacionalismo y una seudoneutralidad política (1966-1970).

Lo anterior fue más notorio porque México se encontraba bajo el umbral de una transformación política, social, econó-

Javier Alejo, Alí Chumacero, Jaime García Terrés, Juan Almela, Carlos Villegas, Lauro J. Zavala y Alicia Hammer.

mica y cultural impulsada por una sociedad emergente cuyas necesidades eran no sólo nuevas, sino distintas y aun contrarias a las que habían estado vigentes a lo largo de 40 años. Y en esto el FCE es indirectamente responsable, pues una parte de la cimentación intelectual y científica de tal sociedad emergente se encuentra en los libros de la editorial, que asumió los riesgos y responsabilidades de proporcionar los instrumentos que contribuyeran a la formación de una parte de la sociedad, la más crítica, informada y convencida de la necesidad de participar activamente en la vida pública de México.

En el ámbito simbólico —como indirectamente indicó Alfonso Caso en sus palabras referidas capítulos atrás—, México llegaba a su mayoría de edad con una gran ceremonia mundial: los Juegos Olímpicos de 1968. Sin embargo, como ocurre en los preparativos de las fiestas de trascendental celebración, las crisis de toda índole se vinieron suscitando hasta llegar a la violencia. Con ello, en la parte de la sociedad aludida se revelaba la entrada a la edad adulta no como un simple y natural proceso, sino como una compleja relación de ser consigo mismo, en la que se enfrentaba la aparente seguridad de un pasado (en cierta parte vigente y en otra caduco) y las sospechas ante un porvenir (apetecido pero difuso e inseguro).

Ante el conflicto, el FCE procuró una posición de prudente distancia. El riesgo era inminente. Por ejemplo, ante la transformación literaria representada por la Onda —"uno de los primeros desistimientos de una generación joven que se abstuvo o rechazó o no quiso acatar la concepción institucional del país"—[44] la editorial optó por una visión institucionalizada. Tan fue así que durante la administración de Salvador Azuela la editorial se replegó sobre una probada tradición cultural, no obstante que entonces sus valores eran sumamente cuestionados, más cuando mostraban rasgos de agotamiento. De aquí que su protagonismo no estuviera dentro del empuje crítico y transformador que la había identificado durante los años cincuenta y la primera mitad de los sesenta.

Simultáneamente, y esto es lo sustantivo de la transformación que se percibe en los años sesenta, con el auge de la cla-

[44] Cf. Carlos Monsiváis, "La crema de la crema" y "La naturaleza de la onda", en *Amor perdido*, México: Biblioteca Era, 1977.

se media y la ampliación de la vida social (no se debe perder de vista el incontrolado crecimiento demográfico), para algunos el concepto de Alta Cultura se convirtió en anacrónico e infuncional; ante el fortalecimiento de las especializaciones científicas, la formación humanística y clasicista privativa de los años anteriores, la Alta Cultura de súbito apareció agotada; peor aún, se tomó como un concepto superado que formaba parte de un colonialismo cultural genérica y nominalmente repudiado. Por lo tanto, la tradición de esa Alta Cultura (con la que de alguna manera hasta entonces estaba identificado el FCE) se puso en tela de juicio. La sociedad emergente reclamaba una cultura más heterogénea, especializada y circunscrita a lo temporal e inmediato; también se reclamaba un "compromiso".

El cuestionamiento cultural se agudizó ante el autoritarismo gubernamental; con Díaz Ordaz en la presidencia de la República, la Inteligencia sufrió fuertes descalabros y sangrientas represiones.[45] Aquí, frente a la intransigencia, no hubo negociación posible. No obstante, la búsqueda no cejó. Se hicieron evidentes la fractura de la aparente cohesión de grupos generacionales y, a partir de octubre de 1968, la radicalización de opciones culturales y políticas. Un ejemplo de esto aunque expresado en dirección contraria, se encuentra justo a la mitad de la historia del Fondo de Cultura Económica, cuando en noviembre de 1965 desde las altas esferas del poder político se ordenó la destitución al director Arnaldo Orfila. Con esto, la trayectoria de 60 años de labor editorial ininterrumpida queda dividida en dos. En su oportunidad, la destitución se ponderó como injustificada y arbitraria; pasados los años, el propio Orfila atenuó y matizó el episodio: el gobierno mexicano consideró que había llegado el momento de un cambio. Ponderado a distancia, el hecho no significó una ruptura sustantiva en la continuidad de un proyecto cultural, aunque sí conllevó una transformación adjetiva que permeó sensiblemente a la administración tanto como al programa editorial de la empresa.

Es indispensable no perder de vista que en la destitución

[45] Dos ejemplos conocidos: en 1966 se enderezó un conflicto político contra la UNAM que concluyó con la forzada renuncia del rector Ignacio Chávez y,

de Orfila se cifra una cualidad simbólica: cada una de las dos mitades de la historia del FCE sostiene una muy estrecha correspondencia con las concepciones y realizaciones culturales de ambos momentos. La historia cultural, social y política (y económica) mexicana e hispanoamericana por la que atraviesa la historia de la editorial no sólo corren paralelas sino, y esto conviene subrayarlo, entre ambas se estableció una relación de reciprocidad e interdependencia tal que resulta imposible analizar la del FCE de manera aislada respecto a la otra. Como se ha mostrado, el nutriente más rico y consistente de la historia del Fondo de Cultura Económica es la historia cultural, social y política (y económica) referida. Tan es así que el único punto donde ambas historias convergen hasta confundirse ocurre justo en el episodio indicado.

La cualidad simbólica referida se distingue a través de varias características. La más significativa e incluso escandalosa (y no es metáfora) se encuentra en la prolongada y aguerrida discusión pública suscitada por la publicación del estudio antropológico *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis; más de cuatrocientos artículos y notas en periódicos y revistas y varias mesas redondas en auditorios universitarios a lo largo de cinco meses son ahora muestra de una efervescencia representativa de la transformación cultural, política y social por la que entonces atravesaba México; transformación fácilmente extensiva a otros países del continente hispanoamericano y a España.

La polémica en sí misma se podría analizar como la típica de antiguos contra modernos. Sin embargo, resulta poco más que sospechoso que un libro científicamente amparado dirigido a un público de especialistas provocara una ámpula de las dimensiones aludidas. Si bien es cierto que la polémica estuvo alimentada por una natural confrontación entre las concepciones y realizaciones culturales de un extenso grupo de la sociedad emergente —en gran medida alimentada intelectualmente por 30 años de labor del FCE, junto con otras empresas editoriales y actividades académicas institucionales—, que antagonizaba con otro grupo más apegado a probadas,

en 1968, un asunto trivial entre estudiantes se alimentó hasta llevarlo a la masacre de Tlatelolco.

rutinizadas y agotadas "tradiciones nacionales". También lo es que el gobierno empleó uno de sus instrumentos públicos, la prensa, para alimentar una disputa que le permitiera exhibir sus concepciones y estrategias culturales.

Para nuestra historia, la polémica es fundamental porque en el centro de ella está la labor, proyección y programa editoriales del Fondo de Cultura Económica. En 1965, durante los primeros meses de la flamante administración gubernamental presidida por Gustavo Díaz Ordaz, la editorial mostraba una independencia económica, administrativa y, sobre todo, editorial que dejaba en claro una posición cultural y política matizadamente antagónica a la del gobierno mexicano en relación con los movimientos revolucionarios o de liberación. Más aún, para entonces el FCE integraba entre sus autores, colaboradores y amigos a uno de los grupos intelectuales más grande, mejor formado y más beligerante de México y del resto del continente americano, el cual mostraba sensibles discrepancias con la política gubernamental. Por tanto, no es impertinente indicar que en su origen la polémica se enderezaba contra la editorial y, por supuesto, su cabeza: su director.

La destitución de Orfila hoy revela que antes de noviembre de 1965, durante casi 30 años, el Fondo había operado como una *casa* editorial sujeta a normas administrativas independientes a las impuestas por el gobierno federal mexicano a sus empresas; asimismo, el programa editorial vigente a lo largo de esos primeros 30 años se concebía y realizaba según los criterios culturales de sus autoridades y directivos (Junta de Gobierno, director general y directores de las colecciones). En sentido opuesto, desde noviembre de 1965 en adelante el FCE ha venido funcionando cada vez más como una *empresa* editorial sujeta a las normas administrativas y financieras gubernamentales, lo que ha repercutido sobre el diseño, realización y proyección de su programa editorial.

De esta manera no es arbitrario indicar que, durante los 30 años de creación y conformación del Fondo de Cultura Económica, se construyó la cimentación y los primeros niveles de un edificio imaginario; fue entonces cuando se concibió la dimensión y alcance de una empresa (en el sentido humanístico —renacentista— del concepto) cultural. Asimismo, durante

esos años la historia cultural, social y política (y económica) mexicana e hispanoamericana atravesaba por un complejo, contradictorio y en ciertos casos (la Guerra Civil española) violento proceso de transformación que repercutía directamente sobre el FCE, más porque la editorial entonces procuraba responder a necesidades culturales inmediatas e, incluso, preventivamente pretendía adelantarse a ellas.

Desde la perspectiva de la historia intelectual queda un punto sin resolver derivado de la polémica y la destitución referidas: la obligada asunción de posiciones. Para la ilustración del problema las palabras de Rosario Castellanos siguen siendo elocuentes:

> En esa polémica [la periodística suscitada por *Los hijos de Sánchez* de Lewis] quedaron bien deslindados los dos campos en los que el intelectual puede situarse y actuar: el del nacionalismo que teme a la verdad y se ampara en la ilusión, el de una intransigencia que no admite ninguna voz que disuene de la suya ni otras opiniones sino las que ella misma enarbola y sanciona, el de la persecusión al pensamiento cuando no coincide con el prejuicio, el de la represalia y el uso de la violencia contra la palabra y el campo contrario de quienes afirmamos nuestra convicción de que el amor a la patria no ha de ser venda que nos ciegue sino lucidez que nos mantenga vigilantes, de que la tolerancia es una de las más grandes conquistas de la Humanidad y que los puntos de vista diferentes, y aun contradictorios, pueden ayudar a integrar una visión más amplia de las cosas. Pero, esencialmente, sostuvimos el derecho inalienable del hombre de estudio para investigar, para emplear sus métodos peculiares y para divulgar sus conclusiones sin que fuera lícito rebatirlas más que con argumentos. Por medio de esta declaración de principios continuamos la línea que ya trazaron nuestros antepasados, los liberales del siglo XIX, a los que no hay que traicionar, sino seguir.[46]

Dentro de esta polarización de cualidades intelectuales ocurrió la destitución y cambio de director general. Se insiste en la caracterización y se evoca el ambiente de tensión porque, sin duda alguna, permite observar a aquellos años de radica-

[46] Rosario Castellanos, "FCE. Significación y trascendencia", *Excélsior*, 13 de noviembre de 1965, p. 6.

lizaciones, intransigencias, precipitaciones y, por lo mismo, años en los que resultaba casi imposible la ponderación matizada. Rosario Castellanos tenía razón en lo que decía. Sin embargo, en sentido opuesto, también Luis Garrido —ex rector de la Universidad Nacional Autónoma de México— tenía razón cuando hizo al Fondo un reclamo que, en buena medida, compendiaba el común de los argumentos que entonces se escuchaban en contra de la editorial:

> El cambio en la dirección del Fondo puede dar como resultado superar sus logros, ya que todo es susceptible de mejoría, y a la prestigiada institución se le han señalado algunos errores. En el campo económico su predilección por los profesores ingleses; en lo político y social su afán de suministrar las ideas de los autores socialistas; sobre la historia económica de México, no aportan una bibliografía completa, y tratándose de nuestra literatura prohijar obras de éxito mercantil, a pesar de su discutida calidad artística, y en menor escala libros de verdadero mérito. También se ha dicho que había inclinación por determinados valores, postergándose a otros escritores representativos de nuestra patria.[47]

A Garrido sólo le faltó referir un aspecto que, con vergüenza, ahora se recuerda: cierta parte, la más retrógrada del nacionalismo, dejó al descubierto sus gestos de chovinismo y xenofobia. No era la primera vez que la editorial lo resentía sobre sí misma, pues durante los primeros años de los cuarenta los trabajadores, colaboradores y amigos de la editorial de origen español, aunque ya avencidados en México, sufrieron los embates de esa intransigencia. Sin embargo, en noviembre de 1965 ese rasgo particular subyacía, como agazapado y al acecho, ante la transformación y modernización cultural que se vivía en México, y que muchas personas y grupos se negaban a aceptar.

Junto a todo esto queda una pregunta: ¿Qué tradición cultural estaba en crisis? La respuesta tardaría en llegar. En forma cercana y transitoria aparecieron las propuestas de varias soluciones. Una de ellas repercutió directamente sobre el FCE. La industria editorial internacional rompió con su convencio-

[47] Luis Garrido, "Azuela en el FCE", *El Universal*, 19 de noviembre de 1965, p. 3.

nal ámbito comercial de las librerías para ingresar, dinámica y ampliamente, en el mercado de masas: tiendas de autoservicio, puestos de periódicos, ferias ambulantes, etc. Hacia fines de los sesenta y principios de los setenta, el *mercado del libro* —en el sentido más riguroso— ocupó un lugar preponderante dentro de las discusiones y reflexiones de los directivos editoriales, al punto que desplazó de su lugar de importancia a la idea de consolidar un catálogo (símbolo del proyecto cultural). Arnaldo Orfila, en el Congreso de Editores de Barcelona (1963), había llamado la atención sobre esta inversión de valores. Sin embargo, ya para entonces su voz de alarma se escuchó y reconoció como el eco de una tradición que había apelado a una utopía de Alta Cultura cuya vigencia llegaba a su fin. Entonces comenzaba el empuje de la cultura del libro de bolsillo y la del periodismo con pretensiones culturales. El mercado de masas se imponía sobre la idea de fortalecer la cultura de grupos representativos y con liderazgo.

Durante la primera mitad de los años setenta, todo esto se sumó y se hizo converger sobre la beligerante presencia política del gobierno de México al frente de los países del orbe hispánico. Tanto, que entonces México, dentro de la recomposición económica y política del mundo, ocupó un lugar de liderazgo, de vanguardia en Hispanoamérica (incluida España) y en el resto del denominado Tercer Mundo. No se puede ocultar que México realizó una extensa campaña de proselitismo en favor de los países en vías de desarrollo; su actuación dentro de la confrontación Norte-Sur fue fundamental.

En el ámbito nacional, el gobierno mexicano realizó acciones políticas similares, en las cuales la propuesta de "desarrollo" encontró varias vías de cristalización. Entre éstas, y vinculadas al FCE, destacaron el notorio impulso otorgado a la educación media y superior, ya fuera mediante la multiplicación de escuelas primarias y secundarias, la creación de instituciones como el Colegio de Bachilleres, los Centros Científicos y Tecnológicos o los Colegios de Ciencias y Humanidades, que buscaban satisfacer la multiplicada demanda de educación media; ya como la creación de la Universidad Autónoma Metropolitana, el Centro de Investigación y Docencia Económicas y de muchas universidades autónomas estatales, que

buscaban canalizar la demanda de estudios profesionales especializados; o ya mediante el fortalecimiento de instituciones de educación superior establecidas, como la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y el Instituto Politécnico Nacional, o la creación de organismos coordinadores como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. En éstas, según sus actividades particulares, recayó una especial atención sobre las tareas de extensión y difusión cultural, algunas de ellas coordinadas por el Instituto Nacional de Bellas Artes, en el que se depositó una amplia responsabilidad cultural.

Igual que a las instituciones referidas, al Fondo de Cultura Económica se le encomendó resolver la carencia de libros en México y fortalecer a la industria editorial (vía la comercialización y distribución), indispensable de y para la cultura. Además, en aquellos años las entidades de educación y las empresas culturales como las editoriales eran valoradas como *indicadores de desarrollo*. De aquí que el FCE participara activamente dentro de una extensa e intensa política cultural emprendida por el gobierno federal dentro y fuera de México y, consecuentemente, que sobre su estructura administrativa y económica interna repercutiera la voluntad de transformación generalizada dentro de todas las instituciones educativas y culturales de México, a las que gubernamentalmente se solicitó una multiplicación de sus funciones con objeto de ampliar su radio de acción e influencia.

Ante este conjunto de circunstancias, es necesario volver al ámbito de lo simbólico para ilustrar el cambio. Desde su concepción original y durante los casi 30 años de creación y proyección, el Fondo de Cultura Económica estuvo sujeto al antiguo y tradicional criterio de *casa* editorial, en el sentido de que un pequeño y familiarizado grupo de hombres se hacían cargo de todas las tareas editoriales. En los capítulos anteriores se ha reseñado la paulatina transformación, el paso de una producción anual de pocas decenas de títulos nuevos y reimpresos y de tirajes de pocos millares de ejemplares, a una que rebasa las centenas y se acerca a los millones. Esto es, se ha descrito el paso de la *casa* a la *empresa* editorial.

En igual sentido, los 30 años posteriores a noviembre de

1965, dentro del FCE han transcurrido como una serie de profundos ajustes en la administración y programación de la *empresa* editorial. Estos cambios también encuentran una íntima concurrencia con la historia cultural, social y política (y económica) mexicana e hispanoamericana, pues la presión de la competencia mercantil internacional (particularmente española y argentina en los años sesenta y setenta) y su vínculo de dependencia con el gobierno federal exigieron los ajustes que le permitieran a la editorial conservar su lugar en el mercado y ganarlo y consolidarlo como institución del gobierno. Consecuentemente, la programación editorial del FCE, es decir: el proyecto cultural implícito en la elección de obras que se incorporarán al catálogo de la empresa, también quedó tamizado por los momentos del mercado y por las administraciones gubernamentales. Por todo esto, la proyección cultural nacional e internacional del FCE durante los últimos 30 años cuenta con un signo de identidad derivado del interés del gobierno mexicano en las tareas asignadas al Fondo de Cultura Económica.

El proceso de transformación llevó su tiempo y su "punto de inflexión" —indican los expertos— se puede identificar a lo largo de la década comprendida entre 1965 y 1976, entre el agotamiento del concepto de *casa* editorial (en que los miembros de la "familia" fueron cada vez menos y el *esprit de corps* que la cohesionaba se agotó) y la propuesta de *empresa* editorial (en que la noción de "sistema corporativo" obnubiló el sentido de proporción de editorial y llevó al FCE a acceder a unos propósitos cuyas dimensiones la rebasaban, más cuando a la política cultural gubernamental en que se vio envuelta excedía su siempre precaria rentabilidad económica, pues desde su concepción original se pensó en una empresa cultural y no en una empresa generadora de utilidades mercantiles).

¿Cuál era el justo medio dentro de esta delicada y compleja transformación? Durante los 30 años de creación y proyección (1934-1965) del FCE, sus directivos tuvieron presente la noción de responsabilidad, en el sentido de apelar a un concepto de cultura en el que se privilegiaba la dimensión universal, clásica y humanística, sin relegar a lugares secundarios la formación técnica. El riesgo implícito en esa noción era esen-

cialmente político, como ilustra la censura, uno de los frecuentes obstáculos con que tropezaba en algunos países del orbe hispánico; censura que repercutía directamente sobre las casas editoriales de esos países amigos, cuyas dimensiones y competitividad eran reducidas allende su propias fronteras —salvo casos excepcionales—. Ante esa realidad, el FCE se encontraba prácticamente solo y con un mercado poco competido y urgido para satisfacer la carencia de libros de "verdadero valor cultural".

También durante esos primeros 30 años, las autoridades del FCE acudieron al gobierno federal en busca de apoyo político para enfrentar y resolver la gestión administrativa nacional e internacional ante asuntos institucionales o gubernamentales y financiera para los déficit de la Casa, aunque en esto se procuraba planear los trabajos editoriales dentro de lo más próximo al punto de equilibro entre ingresos y egresos propios. Sin embargo, el costo material de las actividades culturales no se puede ni debe medir dentro del siempre estrecho criterio de "rentabilidad" económica. La razón es simple: el "valor" de la cultura es de "uso" y no de "cambio", como se explica en uno de los libros más frecuentemente reimpresos por el FCE, *El capital*, o como explicó un miembro de la Junta de Gobierno, Pedro Aspe, en agosto de 1981: "Cualquier gasto que se realice en educación y cultura es un gasto de inversión y no uno corriente."

Pero tras el paso de la década de transición (1966-1976), el conjunto de las características vigentes durante los primeros 30 años del FCE se transformó en forma radical, tanto que José Luis Martínez, como director de la editorial, en 1979 y ante la Junta de Gobierno indicó que el mercado internacional de los derechos de autor era una reñida subasta en la que se pujaba a ciegas por un producto cuyo mercado era desconocido. Sus términos eran tan descarnados como la realidad. ¿En dónde quedó la utopía del conocimiento universal que perseguían los fundadores del FCE? Poco menos de 15 años bastaron para invertir el valor de una noción: el riesgo del mercado supeditaba la noción de responsabilidad cultural; el valor de "cambio" se imponía sobre el de "uso", y la independencia de criterios intelectuales se convertía en una cada vez

mayor dependencia gubernamental. Contrarrestar esa corriente de opinión y de conducta, ese conjunto de actividades más propiamente de políticas culturales gubernamentales que editoriales y esas normas de mercado fueron algunos de los problemas a los que se enfrentó el referido director.

10. El reacomodo

que, a partir de diciembre de 1976, reconvirtió al Fondo de Cultura Económica en sólo empresa editorial provino de un natural balance entre las actividades culturales atribuidas por el gobierno federal, sus recursos económicos, técnicos y humanos y los resultados que en todos los sentidos se obtenían. Las tareas emprendidas, la actividad desplegada y la proyección obtenida entre los años 1972 y 1976 habían cumplido más que satisfactoriamente con el propósito de reincorporar al FCE a la dinámica cultural mexicana e hispanoamericana con un lugar protagónico.

Sin embargo, el resultado de tal balance exigía una delicada toma de decisiones. Como se indicó en el capítulo VIII, "Vigencia de propósitos", el director José Luis Martínez reconocía que la recuperación del lugar protagónico de la editorial se había alcanzado, al punto de colocarla en el centro de una serie de actividades culturales de primer orden. Asimismo, se admitía —el problema era riesgoso, porque tácitamente la transformación implicaba en sí misma una crítica— que estas actividades eran fundamentales para México, pero no necesariamente correspondía al FCE su realización, sino a alguna entidad gubernamental idónea.[48]

No obstante, se corrió el riesgo. Para recuperar la estricta dimensión del FCE como editorial, eran indispensables severos ajustes en todos los aspectos. Los administrativos y legales se indicaron en el capítulo referido; los editoriales se perciben en ciertos matices que se reseñarán a continuación. El

[48] Para todo el apartado me baso, aparte de la hemerografía referida en el capítulo citado, en las conversaciones que sostuve con: José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Jorge Farías, Alicia Hammer, Socorro Cano, Manuel Soberón y en la colección completa de *La Gaceta* (1977-1988), *Libro conmemorativo del primer medio siglo 1934-1984* y *Catálogo General 1934-1989*.

más drástico de ellos fue la suspensión de las colecciones Archivo y Testimonios y de las publicaciones periódicas *El Trimestre Político, Otrocine* y *Nueva Política*; la razón fue que la primera duplicaba en buena medida el propósito que perseguían las colecciones Vida y Pensamiento de México y Letras Mexicanas; la segunda perseguía fines de divulgación meramente introductorios y, por tanto, alejados del proyecto original de la editorial y de un mercado del que se había procurado prudente distancia. Respecto a las revistas, el argumento fue que para su realización, administración, distribución y comercialización (anunciantes y suscriptores) era necesario contar con un equipo humano especializado inexistente dentro del personal de base en el FCE; su contratación resultaba costosa. En sentido opuesto, se prosiguió con igual empeño la colección Lecturas de *El Trimestre Económico,* debido a la nobleza del concepto editorial que la animaba (obras de recopilación monográfica en las que especialistas altamente calificados abordan los temas de la hora).

Se procuró también recuperar el *equilibrio* en la selección de obras para su publicación y, consecuentemente, el concepto de que el Fondo de Cultura Económica *es* debido sólo a la paulatina conformación de su catálogo general. Ante la cualidad de *equilibrio*, resulta conveniente destacar la feliz combinación que se estableció entre José Luis Martínez, Jaime García Terrés y Alí Chumacero, cuya amistad a lo largo de más de 25 años y profundo conocimiento de —y amor por— los libros y la cultura germinó en un generoso programa editorial. Entre sus rasgos distintivos destaca la voluntad de retomar y actualizar el criterio cultural propuesto por Cosío y Orfila, en una versión acorde con los años setenta y ochenta. La manifestación de esto se observa en:

1) La recuperación del catálogo general mediante la reimpresión de algunas obras por aquéllos publicadas y cuyo valor e importancia cultural seguía vigente.

2) La selección de obras nuevas con el criterio del justo medio entre el horizonte ecuménico y nacional y entre el horizonte de la historia y de la hora.

3) Intentar (hasta donde el mercado de los derechos autorales lo permiten) la contratación de la obra completa de un

solo autor para que el lector pueda observar la evolución de su pensamiento. La secuencia es larga y representativa del criterio de unidad y continuidad pretendidas por el FCE desde su fundación hasta nuestros días. A modo de ejemplo y sin distinguir periodos administrativos ni especialidades, destacan, entre los que escriben en otras lenguas: Dilthey, Cassirer, Hegel, Marx, Cole, Mannheim, Heidegger, Herskovitz, Jaeger, Krickeberg, Laski, Marshall, Nicol, Schumpeter, A. Smith, Fromm, Bobbio, Treveylan, D. Ricardo, Collingwood, Duvignaud, Hartmann, Wright Mills, Hicks, Hirschman, Horowitz, Kalecki, Kaplan, Lévi-Strauss, Maddison, Reszler, J. Robinson, H. D. Sims, Q. Skinner, Soustelle, Castaneda, Yates, Benichou, E. Wilson, Berlin, Bachelard, Dubos, Béguin, Jakobson, Forman, Furtado, K. B. Griffin, R. D. Laing, Lange, W. A. Lewis, Myrdal, P. W. Powell, Séjourné, W. Rautenstrauch y Tinbergen. Y entre los que escriben en español:[49] Reyes*, Azuela*, Paz*, Fuentes*, Borges, León-Portilla, Prebisch, García Ponce, Gómez Robledo, Gorostiza*, Gutiérrez Nájera*, sor Juana Inés*, Alarcón*, Rojas González*, Pellicer*, Rubín, Rulfo*, Segovia*, G. Tibón, Torri*, Villaurrutia*, Usigli*, R. Villarreal, Wionczek, Krauze, Aguirre Beltrán*, G. Amor, F. Benítez, R. Bonifaz Nuño*, De la Cabada*, Cabral del Hoyo*, Asturias*, Aub, Castellanos*, Cuevas Cancino, J. L. Martínez, Pacheco*, Novo, E. Hernández*, Gamboa*, García Máynez, González Ramírez*, Carballido, Cardoza y Aragón*, E. Flores, Montes de Oca*, Mojarro, Urquidi, Urquizo*, Zea, F. Zamora, Moreno Villa, A. Salazar, Silva Herzog, Recaséns, Medina Echavarría, García Cantú*, Gaos, V. T. Mendoza, J. L. Rivas* e Icaza*.

4) Buscar monografías que analicen la obra o pensamiento de algunos de los autores referidos o, en su caso, que estudien una corriente o escuela de pensamiento.

Sobre el *equilibrio* en el horizonte de la historia frente a la hora, destaca un ejemplo. Por una parte, la creación de la serie Obras Fundamentales de Marx y Engels, bajo la dirección de Wenceslao Roces —quien traducía las obras—, con la que deseaba "ofrecer al público de habla española la parte medu-

[49] Con asterisco se señalan los que se integran en obras completas —o amplia edición o recopilación—.

lar del pensamiento de estos filósofos". Por la otra, en la colección de Economía aparecían los autores clásicos modernos y los que entonces proponían novedosas aproximaciones a la realidad económica, como Hicks *(Capital y tiempo),* Hirschman *(Salida, voz y lealtad* y *Las pasiones y los intereses),* Block *(Los orígenes del desorden económico),* Cartelier *(Excedente y reproducción),* Prebisch *(Capitalismo periférico),* Robinson *(Aspectos del desarrollo y del subdesarrollo),* Vernon *(Tormenta sobre las multinacionales)* o Elías *(La sociedad cortesana).* Complemento de esto es la colección Lecturas de *El Trimestre Económico,* dirigida esencialmente a los temas de la hora. Algo similar se podría indicar para las otras colecciones.

Respecto al horizonte ecuménico y nacional, una sola obra sería suficiente para ilustrar la propuesta: *La retórica cristiana* de fray Diego de Valadez, traducida del latín y presentada por Tarsicio Herrera Zapién. Con ella, se quiere mostrar aquí un rasgo que distinguió aquel propósito: el esfuerzo por rescatar del pasado y difundir en el presente las obras fundamentales para la historia (cultural, política y social) de México —entre los planes propuestos y parcialmente realizados, existía la creación de toda una serie compuesta por obras similares en su valor a la citada—. Junto a esta obra, también destaca como ejemplo la colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas, cuyo objetivo era poner al alcance del lector contemporáneo una versión facsimilar de aquellas revistas en donde se encuentra casi la mitad de la historia literaria (y cultural, en el más amplio sentido) mexicana. En las otras colecciones se siguió un criterio equivalente: publicar las grandes obras clásicas del pensamiento universal junto con las obras de la hora.

Esto último es importante subrayarlo, pues el *equilibrio* sólo se alcanza conforme haya una proporción adecuada entre obras que recuperan el pasado propio y universal y obras que enfrentan el presente nacional y mundial. Este punto es fundamental, pues el justo medio existe de manera fugaz. El *equilibrio*, ya se ha dicho en otras páginas, es frágil. Las presiones del mercado llegan a ser violentas, incluso avasallantes. Durante la segunda mitad de los años setenta constituían todo un desafío. Para contrarrestar estas presiones, resultaba determinante la selección de obras que, por su calidad en sí

mismas y no por los falsos prestigios adheridos, se llegaran a imponer sobre el gusto de los lectores y/o la utilidad de los educadores (pues, conviene acotar, muchas de estas obras estaban —indirectamente— destinadas a satisfacer necesidades pedagógicas).

Con un sentido similar, aunque en un orden de actividades distinto, la otra parte del reacomodo del Fondo de Cultura Económica se puede identificar en sus quehaceres culturales y proyección. Dice el refrán: más vale paso que dure y no trote que canse. Esto se percibe en varios aspectos. La contracción de recursos (que conllevó la liquidación de las librerías, en las que se habían instalado y acreditado foros de toda índole) repercutió directamante sobre las actividades culturales que, en la primera mitad de los años setenta, se realizaron con generosidad. La concentración de tareas sola y estricamente editoriales frenó hasta casi hacer detener el impulso protagónico que se le había adjudicado al FCE, y el cual lo colocó dentro de una dimensión y dinámica de política cultural estrecha, dependientemente unida a la del gobierno federal.

Para lograr la recuperación del FCE era indispensable que se sujetara a sus propios recursos materiales (y, en lo posible, eliminara al mínimo la dependencia de los subsidios gubernamentales) y a su autonomía respecto al gobierno federal (el cual la descargó de tareas ancilares impertinentes). Esa recuperación y, al mismo tiempo, la idea de *equilibrio* para la selección de obras y la idea de conformación del catálogo general revitalizaban la esencia con que fue creado el Fondo de Cultura Económica: nació como una entidad estrictamente cultural, autónoma para elección y publicación de obras, autosuficiente en sus recursos y útil para el Estado mexicano —en la medida en que el producto de sus actividades redundaba en provecho tanto de la población hispanoparlante como de la proyección de una imagen rigurosamente cultural de México hacia el mundo—.

11. Para rebasar la estrechez

que imponía la crisis económica y financiera de los años ochenta resultaba indispensable

indagar en horizontes intelectuales de mayor amplitud y en jornadas culturales de mayor aliento. Como director, Jaime García Terrés sabía que en la historia (y la del FCE era el ejemplo inmediato) sólo cuando se pretende la utopía es posible acercarse a la realidad, más cuando ésta se encuentra acorralada dentro de un cerco económico y financiero, es decir, transitorio y ajeno. Era el círculo de fuego, diría el poeta, por el que se debía atravesar.[50]

Como se indicó en su oportunidad (capítulo IX, "La crisis: sus laberintos"), la crisis económica repercutió sobre la industria editorial mexicana en forma drástica. Sin embargo y no obstante las estrecheces generalizadas, en el FCE la crisis repercutió en sentido contrario debido a que el gobierno federal lo refrendó en un lugar central dentro de las tareas educativas y culturales para México, en cuanto a quehaceres editoriales se refiere; lo refrendó porque sabía que contaba con un apoyo de eficacia probada, cuya maquinaria podía resistir el "sobrecalentamiento" referido en el capítulo citado. Las respuestas están en el Catálogo General de 1988.

Previo a la reseña, es necesario recordar algunos factores internacionales que condicionaban el programa editorial del FCE. Durante la segunda mitad de los años ochenta la editorial se enfrentó al competidísimo y costoso mercado internacional de derechos de autor, que orillaba a disyuntivas de naturaleza como ésta: los derechos de un libro de uno de los fundadores de la Escuela de Franfort costaban tanto como los derechos de media docena de excelentes libros de historia de las ideas, o de filosofía, o de sociología, o.... aunque sin la rentable aura de prestigio con que contaban aquéllos. El FCE no tenía recursos para asistir a reñidas subastas en las que los editores españoles iban dispuestos a comprar todo a cualquier precio.

El consecuente encarecimiento debido a este proceder pronto llegó a su límite. Hacia 1988 la explosión bibliofílica de las editoriales españolas, muy principalmente, se revirtió sobre sí

[50] Como en el apartado anterior, la información básica sobre la que se apoya este apartado fue referida en el capítulo IX, "La crisis: sus laberintos", además de las conversaciones sostenidas con: María del Carmen Farías, Adolfo Castañón, Irene Pisanty, Juan José Utrilla, Alfonso Ruelas y Socorro Cano.

misma cuando se percataron de que la sobresaturación de la oferta editorial mostraba signos alarmantes: disminuyeron las ventas locales en una cuarta parte, la promoción y publicidad había rebasado el punto óptimo de eficacia para convertirse en un costoso e improductivo instrumento, y los reseñistas profesionales y publicaciones periódicas se habían rezagado ante la avalancha de libros. También la salida a través del mercado hispanoamericano fracasó; su capacidad adquisitiva se redujo en un aproximado 30%, sobre todo porque el costo del viaje trasatlántico encarecía todavía más los libros.

Una realidad material de esta naturaleza revelaba, una vez más, que el equilibrio entre la "rentabilidad comercial" y el "uso cultural" de un programa editorial es demasiado frágil. No obstante, ese punto de equilibrio ha sido la meta desde siempre perseguida. El director García Terrés lo intentó de la siguiente manera:

1) Las coediciones dentro del Fondo de Cultura Económica son una práctica documentable desde principios de los años cincuenta hasta mediados de los sesenta; se hacía en forma irregular y esporádica; casi siempre se reducía a que el coeditor adquiriera de contado y por anticipado entre 70 y 80% del tiraje. En los ochenta, paulatina y sistemáticamente se fueron estableciendo vínculos más regulares con instituciones gubernamentales y académicas, lo que derivó, práctica entonces incipiente, en un programa editorial. La mecánica de operación —para decirlo de algún modo— era relativamente simple; las instituciones coeditoras aportaban un porcentaje (entre 30 y 70% de los costos del libro en dinero o en especie: papel, tipografía, impresión, etc., más un porcentaje del tiraje para su comercialización), la obra a publicar (cuyos costos de investigación ella absorbía) y el FCE se encargaba del seguimiento del libro desde la revisión y marcaje del original hasta la distribución. Por lo tanto —y aunque sea una reiteración—, contar con copatrocinadores garantizaba un flujo de ingresos no sujeto a los riesgos y tiempos de una comercialización.

La importancia editorial y cultural de esta forma de proceder radicaba en que las normas editoriales del FCE —enlistadas en el capítulo VIII, "Vigencia de propósitos"— se respeta-

ban como principio básico de calidad intelectual, moral y cultural de la obra; las instituciones coeditoras encontraban la posibilidad de una distribución diferente y mayor a obras que, de otra manera, quizá estuvieran condenadas a una circulación restringida (por ejemplo: los veintitantos volúmenes de la *Antología de la planeación*); el FCE incorporaba a su catálogo obras que probablemente estarían destinadas a un público especializado, cuando por su calidad son muestra del patrimonio de una región mexicana con valor universal (por ejemplo, Colección Puebla); se fomentaba una relación de apoyo recíproco indispensable para abrir la comunidad científica hacia una público lector del que estaba desvinculado y unir a la editorial con un área del conocimiento que involuntariamente se había marginado (por ejemplo, La Ciencia desde México), así como fomentar actividades de rescate, revaloración y análisis de asuntos, autores e instituciones nacionales cuyos valores no sólo fueran de índole coyuntural, sino también de utilidad histórica (por ejemplo, Biblioteca de la Salud, las series Historia de la industria paraestatal o *México, 75 años de Revolución*); se estimulaba la lectura mediante la oferta de libros económicos, decorosamente editados y con temas y tratamientos de amplia variedad (por ejemplo, Lecturas Mexicanas).

Junto a estas actividades destacaban otras totalmente inéditas dentro del FCE: incursionar en la edición expresa de libros de texto para educación básica y universitaria. Mediante convenio con la Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica de la SEP, se hizo media docena de volúmenes para el programa "Lecciones Universitarias" destinadas a estudiantes de economía del Instituto Politécnico Nacional; el resultado no fue el esperado, aunque la experiencia resultó positiva. Con la SEP (entre 1986 y 1993) se hicieron nueve libros para los tres grados y diferentes asignaturas de secundaria, y se rebasó la expectativa pues la calidad de la investigación y el texto elaborados por especialistas universitarios fueron tan elevados que, según los parámetros de los preceptores normalistas, su uso debía restringirse a libro de consulta y apoyo, por lo tanto su circulación se hizo esencialmente dentro de las bibliotecas escolares.

2) La edición tradicional consistió en una estrategia de selección que enriqueció el programa conformado a través de las colecciones establecidas en la editorial: Economía, Sociología, Historia, Filosofía, Política y Derecho, Antropología, Psicología y Psicoanálisis, Lengua y Estudios Literarios, Biblioteca Americana, Tierra Firme, Vida y Pensamiento de México, Letras Mexicanas, Breviarios, Popular, Tezontle, Lecturas de *El Trimestre Económico,* Revistas Literarias Mexicanas Modernas y algunas de las coediciones formalizadas desde hacía décadas, como Publicaciones de Dianoia, con el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sobre el conjunto de estas colecciones se sumaban Cuadernos de La Gaceta (1983), Río de Luz (1985) y Entre la Guerra y la Paz (1987).

En todas ellas se imprimió un sello identificable de heterodoxia y contemporaneidad, lo cual en ningún aspecto estaba reñido con la calidad de los autores ni la importancia de los temas. Una anécdota de archivista es ilustrativa de esto y del cambio de los tiempos, de las preocupaciones y del pensamiento: hacia 1942 Daniel Cosío Villegas solicitó para la librería del FCE el libro *Karl Marx* (1939) de Isaiah Berlin, el cual no interesó ni a los lectores ni a los editores; el único ejemplar se hizo viejo y casi seguramente se vendió como saldo. En cambio, también por aquellos años cuarenta, el *Marx* (1935) de Harold Laski y otras obras del mismo autor eran muy solicitadas. ¿Qué ocurrió? Tan inglés y tan inteligente lo era el uno como el otro de los autores, sin embargo... Entre 1979 y 1984 el FCE publicó cuatro de los libros fundamentales de Berlin.

El ejemplo revela que durante los años de fundación y proyección se daba prioridad a la edición de los clásicos contemporáneos sobre los modernos que conllevaban cierto "riesgo" de mercado; a partir de los años setenta, esa prioridad se invirtió, al punto de asumir los "riesgos" a cambio de proponer una visión distinta y novedosa. Las obras de Frances Yates o Paul Benichu son ilustrativas de la propuesta, tanto como la entonces recién creada colección Río de Luz, cuya calidad innovadora dentro del ámbito editorial mexicano fue reconocida en 1986 con el Premio Internacional de Fotografía otor-

gado por The International Center of Photography de los Estados Unidos. También *La Gaceta* puede servir de ejemplo, en la medida en que, gradualmente, dejó de ser un órgano institucional de difusión, para convertirse en una revista cultural en el más amplio de los sentidos. En ella concurrían "los temas radicales y los libros excéntricos que decantan lo más brillante de la cultura crítica" de la hora. Por tanto, estuvo a la altura de las mejores revistas nacionales y extranjeras de su tipo, e incluso las superaba debido a que contaba con el apoyo de las novedades editoriales que, en forma permanente, daba a conocer. Por todo esto, en 1987, *La Gaceta* fue distinguida con el Premio Nacional de Periodismo otorgado por el gobierno mexicano.

En otras palabras, durante su dirección, Jaime García Terrés buscó continuar la estrategia editorial por él mismo emprendida a partir de su incorporación en 1970 y, simultáneamente, ofrecer obras que ampliaran, dentro del tradicional rigor de las disciplinas de las ciencias sociales, económicas y humanísticas, el horizonte de la propuesta cultural, ya en los temas tratados, las perspectivas de los análisis, la interpretación o en todo junto, sin que esto significara un abandono de, o desdén hacia, obras apegadas a los cánones tradicionales de la investigación científica. De hecho, en el FCE se buscaba una contemporización cultural, pues resultaban inocultables los cambios en la sensibilidad y en los tratamientos para abordar los temas en sí mismos naturales dentro de las ciencias sociales, económicas y humanísticas.

Detrás del conjunto de estas consideraciones se alcanza a percibir una más: desde que García Terrés ingresó al FCE en 1970, él procuró conformar un cuerpo regular de colaboradores; el más nítido se identifica en torno a *La Gaceta*, que dirigió hasta diciembre de 1988. Entre las actividades del equipo de redacción, algunas se extendían hacia la Gerencia de Producción, donde elaboraban dictámenes, traducciones, correcciones, selecciones antológicas, compilaciones y, eventualmente, llegaban a hacer propuestas de obras para su publicación. Hasta principios de 1984, David Huerta y Marcelo Uribe se hicieron cargo de la redacción de *La Gaceta*. Después de ellos, Adolfo Castañón, Rafael Vargas y José Luis Rivas, quienes co-

laboraban con la revista desde la segunda mitad de los setenta y principios de los ochenta, comenzaron a integrar el equipo que proyectaría la revista hacia ámbitos más amplios. Poco después se sumarían Jaime Moreno Villarreal, Daniel Goldin, Christopher Domínguez Michael y Francisco Hinojosa. Este último se ocupó de la jefatura de redacción entre 1989 y 1993.

Es conveniente indicar que ese cuerpo regular de colaboradores conformado por el director mantenía un vínculo estrecho con las revistas y suplementos culturales mexicanos, y en particular con *Vuelta*. Como ya se indicó, desde la primera mitad de los setenta, el FCE mantuvo una relación amistosa con el director y el consejo de redacción de *Plural*. Tras la transformación de la revista en 1976, esa relación prosiguió y se mantiene hasta la fecha, pues Octavio Paz, como director, y Gabriel Zaid, Tomás Segovia, Alejandro Rossi, Enrique Krauze, Salvador Elizondo, Guillermo Sheridan, Fabienne Bradu, Juan García Ponce, Álvaro Mutis, Jaime García Terrés, Adolfo Castañón, Christopher Domínguez, Jaime Moreno Villarreal, Danubio Torres Fierro y algunos más de sus miembros de los consejos de redacción y colaboradores son autores del FCE, estrechos amigos e incluso trabajadores de la editorial.

Con esto se quiere indicar que, dentro de la Gerencia de Producción y —a partir de su creación— de la Gerencia Editorial, se conformó un equipo de trabajo cohesionado por sus heterogéneas inquietudes culturales, esencialmente literarias. *La Gaceta* los muestra de cuerpo entero, como ya se indicó. Con la misma dirección, la colección Cuadernos de *La Gaceta* —con la que estaban más ligados— respondía directamente a la propuesta de heterodoxia y contemporización (en donde la revaloración de obras históricas se entiende como parte de la modernización). Esto es notorio cuando se analizan las obras y autores que concurren a la cita: Rousseau *(Ensayo sobre el origen de las lenguas)*, Michelet *(Juana de Arco)*, Béguin *(Léon Bloy, místico del dolor)*, Durkheim *(Las reglas del método sociológico)*, Le Clézio *(La conquista divina de Michoacán)*, Mazarino *(Breviario de los políticos)*, Nuño *(Los mitos filosóficos)*, Popa *(Poesía)*, Pessoa *(El primer Fausto)*, Ritsos *(Sueño de un mediodía de verano)*, Segovia *(Cuaderno inoportuno)*, Tocqueville *(Correspondencia)* o Trabulse *(La ciencia perdida)*.

Similar en su heterodoxia y contemporización fue la transformación de la colección Tierra Firme, que conllevaba la propuesta de una nueva lectura de Hispanoamérica a través de la incorporación de obras de creación, investigación y reflexión como: *La población negra de México* de Aguirre Beltrán, *Este mar narrativo* de Balza, *Siete noches* y *Ficcionario* de Borges, *El río* de Cardoza y Aragón, *Filosofía de la liberación latinoamericana* de Cerutti, *Entre la dicha y la tiniebla* de Diego, *El acomodador* de Ferré, *Cristóbal Nonato* y *Agua quemada* de Fuentes, *Modernismo* de Gutiérrez Girardot, *Los emisarios* y *La muerte del estratega* de Mutis, *La invención de América* de O'Gorman, *Huamán Poma* de Padilla Bendezú, *La máscara, la transparencia* de Sucre, *Canto villano* de Varela, *Filosofía de la conquista* de Zavala, *Filosofía de la historia americana* de Zea y muchos más.

De esta serie de innovaciones destaca la incorporación de una nueva generación de escritores jóvenes a la colección Letras Mexicanas. La propuesta explícita era la de otorgar una oportunidad a los nuevos valores de la narrativa y la poesía; entre éstos destacan: Aguilar Mora *(Esta tierra sin razón y poderosa),* Alatriste *(Tan pordiosero el cuerpo)*, Blanco, *(Giros de faros),* Pulido *(Raíz de sombras),* Huerta *(Versión)*, Deniz *(Gatuperio)*, Sicilia *(Presencia desierta),* Rivas *(Tierra nativa),* Samperio *(Gente de ciudad),* Morábito *(Lotes baldíos),* Montemayor *(Abril y otros poemas),* Mendiola *(Nubes),* Cross *(Canto malabar),* Gardea *(El sol que estás mirando)* y varios más. Junto a la arriesgada y plural selección, en la Serie Mayor de la misma colección se publicaron compilaciones completas o antologadas de las obras de autores ya consagrados: Estrada, Bonifaz Nuño, Segovia, Pacheco, Sandoval Zapata, Ponce, Torri, Urquizo y otros más. Un lugar especial ocupan los tres volúmenes *México en la obra de Octavio Paz.*

En forma simultánea, como ya se ha dicho, se buscaba la contemporización de la editorial con los grandes temas de la hora. El mejor ejemplo es Entre la Guerra y la Paz, colección concebida y dirigida por Miguel Wionczek, cuyos propósitos eran

> ofrecer al lector un conjunto de textos clásicos en la materia que le permitieran interpretar y asimilar los problemas actuales rela-

cionados con la guerra, y las perspectivas de la paz y la energía nuclear; también tenía por objeto crear entre los lectores de México e Hispanoamérica una conciencia clara de lo que se ha llamado la experiencia de la muerte colectiva, así como la reflexión sobre la por desgracia no imposible extinción de la humanidad por el mal uso de la energía nuclear.

Debido a la calidad y alcance de la colección, el Centro de Investigaciones para la Paz (España) se interesó en participar como coeditor. Sin embargo, lamentablemente, las leyes del mercado son volubles y veleidosas: frustraron el proyecto.

Por último, todavía circunscrito en el fortalecimiento del programa editorial tradicional, es conveniente destacar el particular cuidado que se otorgó a la recuperación e integración de dos capítulos fundamentales de la historia cultural mexicana de nuestro siglo, el Ateneo de la Juventud y los Contemporáneos. Como se indicó en su oportunidad, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes estuvieron estrechamente ligados al FCE desde 1938 hasta sus respectivas muertes; a través de ellos y sus obras, la editorial tomaba y proseguía la propuesta cultural hecha por el Ateneo. En los cuarenta se publicaron algunas obras de Henríquez Ureña; en 1955 se comenzó la edición de las *Obras completas* de Reyes —compuesta por XXVI volúmenes publicados hasta la fecha—, y en los sesenta apareció el esencial *Tres libros* de Torri. En los ochenta, con motivo de celebraciones centenarias del natalicio de algunos de los ateneístas, el FCE retomó el impulso y publicó el primer volumen de la *Correspondencia* de Reyes y Henríquez Ureña, las *Memorias* de Vasconcelos, las *Obras completas* de Gómez Robelo, Silva y Aceves, Torri y Guzmán, y la edición facsimilar de las revistas mexicanas en las que colaboraron entre 1906 y 1940.

En 1978 y con motivo del 50 aniversario de la publicación del primer número de la revista *Contemporáneos,* se llevó a cabo el Homenaje Nacional a Los Contemporáneos. Junto a instituciones académicas mexicanas y al Instituto Nacional de Bellas Artes, el Fondo de Cultura Económica participó en los actos de manera discreta. Sin embargo, atrás de esa discreción se esconde una verdad: desde su fundación, la editorial

había venido procurando para sí una conducta crítica y creativa equivalente a la emprendida por los Contemporáneos. Ellos lucharon "contra el muro de oídos sordos del nacionalismo vulgar y enajenante en boga". Heredero de los beneficios culturales por ellos conquistados, el FCE ha buscado hacerles un homenaje mediante la continuación de su ejemplo y la publicación de su obra. En el catálogo constan las obras de Gorostiza, Villaurrutia, Pellicer, Owen y parte de la de Torres Bodet; a éstas se integran estudios sobre su vida y obra (destacan los de Paz, Panabière y Sheridan), y todas las revistas en las que participaron con mayor frecuencia.

Aquí se evoca el acto —que como tal no dejaría de ser un episodio menor dentro de la historia de la editorial—, porque con él se desea hacer una última ilustración: cuando a principios de los años treinta se concibió al Fondo de Cultura Económica, el ambiente político, económico, intelectual y cultural mexicano e hispanoamericano estaba sujeto a las pasiones de la hora; las pugnas de banderías privaban sobre las visiones ponderadas. Hoy no es exagerado indicar que entonces las condiciones no eran propicias para emprender un compromiso cultural de índole ecuménico. Además, la limitación de los recursos se convertía en un cerco aparentemente infranqueable. La concepción estaba en buena parte sujeta a todo esto, aunque entre las salidas que se identificaban para la editorial se encontraba el sueño utópico. Correr el riesgo era una aventura más atractiva que el solo hecho de conversarlo. Cincuenta años más tarde, en 1984, dentro de la ceremonia del medio siglo de actividades del Fondo de Cultura Económica, se hizo un corte de caja que arrojó un saldo favorable: "lo que en un principio no tenía mejor aspecto que el de ser una idea generosa, paradójicamente oscilante entre la timidez y la audacia, ha venido cobrando las proporciones carnosas de una de las empresas editoriales más serias del continente".[51] Cinco años más tarde, en 1989, a la editorial le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias. La distinción española significa, qué duda cabe, el más valioso reconocimien-

[51] Jesús Reyes Heroles, "Discurso", en *Discursos. Comentarios en la prensa internacional*, México: FCE, 1984, pp. 9 ss. [Vol. dedicado al medio siglo del FCE, 1934-1984.]

to a su actividad cultural realizada a lo largo de 55 años en provecho de los países de habla española.

3) El programa de reimpresiones y reediciones se continuó basado en un criterio en el que se invertía la relación numérica: menor número de reimpresiones y reediciones y mayor tiraje, con objeto de prolongar la vida del libro en el almacén, garantizar su oferta y reducir costos de producción. Además, ante la crisis se fijó como norma que las reimpresiones y reediciones sólo se realizarían cuando los libros tuvieran un promedio mínimo de ventas de 500 ejemplares anuales. Los libros cuya venta estaba garantizada dentro de plazos más amplios se reconsideraban con tirajes reducidos.

Junto al programa editorial, la Restructuración Administrativa (1986) y la Reconversión Industrial (1987) propuestas por el gobierno federal repercutieron en el Fondo de Cultura Económica en varios aspectos. Uno de ellos fue la ampliación y fortalecimiento de los Comités Editoriales, cuya labor durante las dos administraciones anteriores había sido poco eficiente, salvo el Comité de Economía, que hasta 1983 prosiguió con sus mismos integrantes su labor de consulta y asesoría, al punto de formular a la editorial —a través de Víctor L. Urquidi— un cuestionamiento cultural fundamental: ¿El FCE deberá seguir reimprimiendo libros que científicamente han sido superados pero conservan un alto nivel de ventas anuales en México y en todas sus sucursales de Hispanoamérica y España? El director respondió:

> No corresponde a la editorial ese tipo de valoración y sí a los profesores de las instituciones de educación superior en donde se usan como libros de texto. Lo que sí nos corresponde es proponer otros libros alternativos que actualicen a aquéllos. Lo hemos hecho, sin mayores resultados. Esto nos muestra que romper la inercia es muy difícil y también nos explica que si el Fondo, por un prurito científico, dejara de reimprimir esos libros de texto científicamente superados, más pronto que tarde otras editoriales los pondrían en circulación. Por ende, el problema científico continuaría sin resolverse y el Fondo perdería esos libros.

Otra respuesta se percibe en el Catálogo General. En forma permanente, los programas editoriales de todas las adminis-

traciones han buscado el equilibrio entre el natural proceso de recuperación de las obras a través de su reimpresión y su descarte —provocado por la pérdida de vigencia de las obras—. Lo que no ha sido constante es el enfoque para atender el proceso mismo, pues cada administración ha procurado su propia política editorial. No obstante, resulta notable que la vigencia del Catálogo es alta, por lo tanto rentable en términos económicos. Los conceptos sonarán crudos, pero así es el lenguaje estadístico. Las secciones más nutridas del catálogo son (con datos de 1993): literatura (24.5%), economía (18.8%) e historia (13.8%); el total es 57%. Después sigue 41% distribuido entre filosofía, política, ciencia y tecnología, sociología, psicología y arte. El 2% restante lo ocupan obras de derecho, educación, salud y administración. A estos porcentajes se deben sumar otros: la caducidad promedio global es de 27.9% (19.6% en las tres primeras secciones).[52]

Los rasgos cualitativos que de aquí se desprenden apuntan hacia una característica explícita en la respuesta de García Terrés: los directores del FCE siempre han buscado las obras que eventualmente remplacen a otras del Catálogo cuyos signos de obsolescencia lo ameriten. Asimismo, han buscado aquellas que respondan y aun se adelanten a su hora, y aquellas que no estén necesariamente sujetas a una temporalidad. La selección es riesgosa. La verdad expresada por el director no deja de sorprender; la editorial propone alternativas de cambio, pero la mayoría de las veces la fuerza de la inercia pasa sobre ellas. Es aquí donde aparece el más complejo de los problemas culturales, cuya sola enunciación conlleva el propósito original y último de la editorial: el conocimiento es una entidad abstracta que cambia conforme lo hace el hombre; la transformación de ambos exige una actitud (auto)crítica. A esto se ha avocado el Fondo de Cultura Económica.

12. Los varios niveles

sobre los que se levanta el nuevo edificio de la casa matriz del Fondo de Cultura Económica

[52] Roberto Blancarte, "Evaluación general del catálogo del FCE", México: FCE y El Colegio Mexiquense, 1994 (3 vols., inédito).

corresponden, también, a los distintos niveles culturales y ámbitos de población sobre los que el gobierno ha venido realizando sus actividades editoriales. No podía ser de otra manera, sobre todo cuando en el Plan Nacional de Desarrollo (1988-1994) se indican varias tareas simultáneas orientadas a tal fin. Entre éstas, las del FCE ocupan un lugar importante, mas no —como en gobiernos anteriores— representan responsabilidades que lo rebasan.[53]

Por el contrario, la función del FCE corresponde a una entre las varias que desempeñan otras instituciones gubernamentales dedicadas a enfrentar los problemas culturales de México. Es decir, comparte responsabilidades con la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Nacional de Bellas Artes y la Dirección General de Publicaciones, dependiente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Entre todas ellas, cuyo centro es la Red Nacional de Bibliotecas en lo concerniente a la producción editorial, se publican varias colecciones editoriales que se suman y complementan y, sobre todo, se realizan actividades dedicadas tanto a la distribución de libros como al fomento del hábito de la lectura.

La medida interinstitucional fue una propuesta orientada a contrarrestar una realidad avasallante. En 1991 el tiraje promedio de cada libro era de 2 000 ejemplares. Esto, junto al crecimiento demográfico de México —equivalente al de los países hispanoparlantes del continente, pues el índice de Brasil es superior a la media—, revela que en proporción el número de personas que hoy día leen libros es el mismo de hace 30 años. Consecuentemente, hay un descenso brutal en el promedio con respecto a la gente con capacidad de lectura crítica. Es decir, la "capacidad de absorción" representada en la población media y universitaria ha resentido en su calidad de vida las consecuencias del deterioro material y la devaluación del concepto de cultura originado por las prolongadas crisis económicas del continente. Uno de los síntomas es la vuelta a los apuntes de clase y a las fotocopias para satisfacer las necesidades formativas o escolares, pues las otras, las recreativas

[53] En el capítulo X, "De la casa a la empresa", refiero la información básica sobre la que apoyo el presente apartado. Complementaria: Ulises Villegas, "México, 'país editor de primera línea en América Latina': Eugenia Meyer"

y de reflexión e investigación, están cada vez más alejadas de sus recursos materiales.

Con similar espíritu de integración y complementariedad institucional, las administraciones de Enrique González Pedrero y Miguel de la Madrid han procurado incorporar al Consejo de Administración del FCE a representantes de la comunidad intelectual (José Luis Martínez, Alejandro Rossi y Héctor Aguilar Camín) y ampliar el número de las representaciones institucionales, como la Dirección General de Publicaciones del CNCA, el Instituto Politécnico Nacional, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Pedagógica Nacional, el Instituto Tecnológico Autónomo de México y el Instituto José María Luis Mora, que se suman a El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México. Todas estas instituciones y personas aportan al FCE su consejo y, eventualmente, el producto de su trabajo individual o colegiado. Con esto, la editorial integra a su Catálogo el trabajo de instituciones académicas y éstas obtienen una proyección (distribución) de mayor alcance; ambas se fortalecen al sumar hacia un solo fin sus respectivas especialidades. El más de los beneficiados de esta suma de esfuerzos ha sido el lector, quien recibe como garantía obras avaladas por las mejores instituciones académicas de México.

Entre los resultados obtenidos destaca el programa editorial, cuya continuidad y renovación se puede identificar en la conducción de Adolfo Castañón, quien desde 1975 ha venido desempeñando diversas actividades dentro del FCE, y desde 1985 se ha ocupado de la Gerencia Editorial. El programa prosigue enriqueciendo sus colecciones establecidas, creando series completas dentro de éstas y fortaleciendo el programa de coediciones interinstitucionales. Sobre esto destaca la creación de la línea editorial para niños y jóvenes, entre cuyos propósitos es digno de mención el programa de iniciación a, y fomento de, la lectura.

El enriquecimiento de las colecciones se percibe, como se

(entrevista), *La Jornada* (14 de octubre de 1993), 30; Jaime Labastida, "El libro: orto y ocaso", *Este País* (septiembre de 1991), 45-47; Gustavo López Padilla, "FCE", *Excélsior* (25 de octubre de 1992); "FCE inaugura nuevas instalaciones", *La Jornada* (18 de septiembre de 1992).

indicó en el capítulo X, "De la casa a la empresa", en el riguroso escrutinio del programa de producción en curso; se descartaron 300 obras debido a razones como obsolescencia, dificultad técnica de traducción o producción, y otras más ya señaladas. El rigor obedecía, como dijo el director, a la conveniencia de evitar el estancamiento, detener el frenesí y ajustar la producción a la capacidad natural de la empresa. Simultáneamente, el escrutino llevaba consigo un análisis cultural y de mercado; en todos los casos y desde siempre se ha privilegiado lo primero sobre lo segundo. En el resultado final se observa, por un lado, la depuración del programa conformado en los últimos años de los ochenta, su continuación conservando sus rasgos sustantivos y su fortalecimiento con nuevas obras que lo ensanchen y prolonguen; por otro lado, el programa se constriñó a un número restringido en su producción (350 títulos nuevos y 400 de reimpresiones anuales), al cual se sumó el interés por alcanzar un equilibrio entre el número de obras traducidas y escritas en español.

A modo de ejemplo, las obras traducidas que ensanchan y prolongan las colecciones ya establecidas son, entre otras: *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII* de Young, *Modelos econométricos, técnicos y aplicaciones* de Intriligator, *Escritos sobre el Renacimiento* de Chabod, *La razón y el Estado* de Settala, *Tlaxcala en el siglo XVI* de Gibson, *La verdad y otros enigmas* de Dummett, *La filosofía política* de Ferry, *Vico y Marx* de Tagliacozzo, *Thomas Hobbes* de Bobbio, *Orbe indiano* de Brading, *La colonización de lo imaginario* de Gruzinski, *Breve tratado de la reforma monetaria* de Keynes, *La búsqueda de Perséfone* de Wasson, *Los problemas del desarrollo en América* de Montuschi y Singer, *La desregulación financiera global* de Swary y Topf, *Las Casas en México* de Parish y Wied, *Escritos pedagógicos* de Hegel y *La cultura del capitalismo* de Macfarlane. Entre los escritos en español: *El español en América* de Moreno de Alba, *Las raíces y las ramas* de Muñiz-Huberman, *Del templo de su cuerpo* de Bonifaz Nuño, *Nueva memoria del tigre* de Lizalde, *Idea de México* de García Cantú o *Pasado presente* de García Ponce. Un lugar particularmente destacado ocupa la publicación de las *Obras completas* de Octavio Paz, a quien se le otorgó el Premio Nobel de

literatura en 1990, y el cual se suma al Nobel de la Paz que en 1982 se le confirió a Alfonso García Robles, también autor del FCE: *338 días de Tlatelolco*.

En igual dirección de ensanche y prolongación, es conveniente destacar el particular interés por incorporar en el Catálogo del FCE obras de autores del Continente. En la preferencia se percibe un natural sesgo hacia los asuntos concernientes a la región y a la hora. A modo de ejemplo: *Monetarismo y liberalización. El experimento chileno* de Edwards y Cox Edwards, *La economía latinoamericana* de Cardoso y Helwege, *Los vientos del cambio* de Furtado y, en forma notable, la colección Tierra Firme: *El sol de Lima* de Loaysa, *La expresión americana* de Lezama Lima, *La Edad de Oro* de Martí, *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* de Cardoza y Aragón, *Pensar con los ojos* de Bayón, *El espejo enterrado* de Fuentes, *Itinerario* de Paz o *En canoa del Amazonas al Caribe* de Núñez Jiménez. Dentro de este ámbito, ocupan un lugar especial las series integradas a la colección de Historia y formadas por el Fideicomiso Historia de las Américas (hasta ahora seis títulos: Carmagnani, Zapata, Hernández Chávez, Miño Grijalva y Romano) y las historias de cada uno de los países del continente.

Para México en particular, el énfasis sobre asuntos locales ha sido notable. Esto destaca por dos razones: *1)* el apoyo institucional para elaborar coediciones (se indicarán con asterisco), lo que conlleva la obra elaborada a solicitud expresa del coeditor (por ejemplo: CNCA, El Colegio de México, UNAM, Contraloría General de la Federación, INI, universidades de Veracruz y Guadalajara, gobiernos estatales y otras instituciones gubernamentales como las más frecuentes) y *2)* el compromiso del Fondo de Cultura Económica para apoyar las actividades editoriales del gobierno federal. Dentro del programa tradicional posee un lugar preponderante la serie facsimilar de los 16 códices mesoamericanos: *Vindobonensis, Nuttal, Borbónico, Borgia, Vaticano* —los dos con que cuenta la Biblioteca Apostólica—, *Laud, Féyérvary-Mayer, Cospi, Dresde, Tro-Cortesiano, Peresiano, Egerton o Sánchez Solis, de Moctezuma, Magliabechi* e *Ixtlilxóchitl*, todos acompañados de amplios libros explicativos. Ellos se suman a los cuatro que en años anteriores se publicaron *(Borgia, Dresde, Badiano* y *Azoyú)* y a la

reciente edición de los *Anales de Tecamachalco, 1398-1590** preparados por Solís y Reyes García.

También preponderantes son las dos series (de 22 y 26 volúmenes respectivamente) coeditadas, una con la Suprema Corte de Justicia: *La constitución y su interpretación por el poder judicial de la federación* y, la otra, con la Presidencia de la República: *Una visión de la modernización de México*. Con apoyo de Nacional Financiera se comenzó la serie Nueva Cultura Económica, inscrita dentro de la colección de Economía. Con el apoyo de la Secretaría de Salud se prosiguió la Biblioteca de la Salud, con obras colectivas como *Fundamentos de la neuroendocrinología, Contribuciones mexicanas al conocimiento médico, Contaminación atmosférica y enfermedad respiratoria* o *Vericuetos en la investigación y desarrollo de vacunas*. Y con apoyo del Conacyt y la SEP se prosiguió la colección La Ciencia desde México, que en los últimos cuatro años ha publicado media centena de obras elaboradas por académicos especializados, y a solicitud expresa de la colección ha convocado a tres concursos nacionales, y los textos de enseñanza media básica, acordes con los programas educativos vigentes.

Junto a este conjunto de obras de tipo institucional dedicadas a temas específicos mexicanos, se pueden referir otras elaboradas en forma individual (aunque, eventualmente, provienen de un compromiso institucional):[54] *El camino mexicano de la transformación económica* de Aspe, *El pensamiento mexicano en el siglo XX* de Villegas, *Deuda externa pública mexicana** de varios, *México a fines de siglo** de Woldenberg y Blanco, *La contraloría y el control interno en México** de Lanz Cárdenas, *El patrimonio cultural de México** de Florescano, *La política exterior de México en el nuevo orden internacional** de varios, *Una aproximación a la historia del sistema jurídico mexicano** de Soberanes, *La catástrofe silenciosa** de Guevara Niebla, *La administración pública contemporánea en México** de varios, *El sistema penal mexicano* de García Ramírez, *Democracia política o dictadura de las democracias* de B. Lerner, a las que se suman algunas obras traducidas que reflexionan

[54] Los asteriscos indican aquellas obras realizadas a solicitud de la editorial y publicadas dentro de un programa de coedición.

sobre temas de la actualidad mexicana: *La privatización y el Estado benefactor* de Kamerman y Kahan, *Los mexicanos indocumentados en los Estados Unidos* de Heer o *Teoría liberal de la justicia* de Barry.

En su historia y como resulta natural, el Fondo de Cultura Económica ha incorporado a su programa editorial el rescate y la difusión de los asuntos históricos mexicanos contemporáneos. Un doble ejemplo de ayer son las recopilaciones de documentos de la Revolución mexicana preparadas por Fabela y González Ramírez. De ahora son las preparadas por José Luis Martínez para los documentos relacionados con Hernán Cortés o Carlos Macías para el epistolario y archivo de Plutarco Elías Calles. Asimismo, la continuidad del programa editorial se puede observar en otro de los intereses culturales del FCE: integrar síntesis representativas de las manifestaciones literarias. Las antologías publicadas desde 1955 hasta la fecha muestran esa secuencia: *La poesía moderna* de Castro Leal, *El ensayo moderno* de Martínez, *El teatro mexicano del siglo XX* de Magaña Esquivel, C. Gorostiza y Monterde, *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* de Skirius, *Todos los poetas son santos* de Cobo Borda, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* de Domínguez Michael, *Antología del poema en prosa en México* de Helguera y *Fuentes de la cultura latinoamericana* de Zea.

Con el mismo propósito de continuar y renovar el programa editorial, es conveniente destacar una actividad poco conocida y fundamental para la operación del Fondo de Cultura Económica: la actualización de contratos de derechos de autor. Las administraciones de González Pedrero y de De la Madrid depositaron un particular cuidado a este aspecto legal que, paulatina e involuntariamente, se fue rezagando. Las consecuencias podrían haber sido graves en muchos aspectos, pero sobre todo en la pérdida de los derechos por caducidad del contrato y/o la pérdida del autor por desatenderlo en el pago oportuno de sus regalías. La actualización del registro legal permitía una mayor versatilidad y seguridad para el ofrecimiento en el mercado internacional de los derechos de autores mexicanos e hispanoamericanos.

Esto último se debe subrayar, porque durante la segunda

mitad de los ochenta el FCE acudió a la Feria Internacional de Francfort como un expositor relativamente pasivo (su oferta en número y variedad a la referida páginas atrás no se incrementó sensiblemente) y como un comprador ciertamente ávido (hasta donde los costos lo permitían). En cambio, durante los años de la década que corre se ha procurado invertir la conducta. Con ello, se ha buscado aumentar la proyección internacional de la editorial y, sobre todo, contribuir a la mayor difusión de la inteligencia y sensibilidad mexicana e hispanoamericana. El resultado ha sido alentador, pese a lo competido del mercado de derechos nacional e internacional y a las modalidades cada vez más restrictivas.

Un ejemplo de esta actividad de promoción cultural se puede identificar en la participación del FCE dentro de la Feria Internacional del Libro, que se celebra anualmente en Guadalajara, Jalisco. Dentro de este contexto, la Universidad de Guadalajara, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Fondo de Cultura Económica decidieron crear en 1990 el Premio Internacional de Literatura "Juan Rulfo", dotado con una bolsa de 100 000 dólares, la mayor entre los premios de esta naturaleza dentro de Hispanoamérica. Hasta ahora, los galardonados han sido: el chileno Nicanor Parra (1991), el mexicano Juan José Arreola (1992), el cubano Eliseo Diego (1993), el peruano Julio Ramón Ribeyro (1994) y la brasileña Nélida Piñón (1995).

Los resultados (que se deben sumar a los indicados al final del apartado "Las tareas laterales", incrementados con nuevas traducciones y algunas pocas obras y autores más) son: Bianco *(Las ratas, La pérdida del reino* y *Sombras suele vestir)*, Calderón *(Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Asturias)*, Cardoza y Aragón *(Guatemala, las líneas de su mano)*, Castellanos *(Balún Canán* y *El eterno femenino)*, Gorostiza *(Poesía)*, Heller *(El Ejército como agente de cambio social)*, Orozco *(Henry Adams y la tragedia del poder norteamericano)*, Vanderwood *(Los rurales mexicanos)*, Paz y Fuentes (prácticamente todo), Ruz Lhullier *(Antología de los antiguos mayas)*, Zambrano *(Filosofía y poesía* y *El hombre y lo divino)*, Zavala *(Filosofía de la Conquista)*, Zea *(Filosofía de la historia americana* y *Discurso desde la marginación y la barbarie)*, Vi-

llaurrutia *(Nostalgia de la muerte)*, Scharer Nussberger *(Octavio Paz. Trayectoria y visiones)*, Azuela *(Andrés Pérez, maderista* y *La luciérnaga)*, Martínez *(El ensayo moderno mexicano)*, Urquizo *(Tropa vieja)*, Viqueira Albán *(¿Relajados o reprimidos?)*, Murguerza *(Elogio de la perplejidad)*, Hinojosa *(La peor señora del mundo)*, Las Casas *(Tratados)*, *Popol Vuh*, Olive *(Conocimiento, sociedad y realidad)*, Mutis *(Caravansary)*, Rojas *(Antología del aire)*, Alatorre *(Los 1001 años de la lengua española)*, Carpentier *(La música en Cuba)*, Cernuda *(La realidad y el deseo)*, y un número poco mayor como cesión de derechos parciales.

Por último, el actual programa editorial del Fondo de Cultura Económica se enriquece significativamente, como se ha dicho, con la creación de una línea para niños y jóvenes, hasta ahora identificada en los poco más de media centena de títulos de las colecciones A la orilla del viento y Travesías (a las que se sumarán tres más). Con ellas se pretende fomentar el hábito de la lectura y proseguir con el interés de la editorial por incorporar a su Catálogo a nuevos lectores. Más aún, entre las tareas laterales del FCE ésta resulta esencial, pues la creación de un público lector redunda en provecho, principalmente, de la sociedad. Es aquí donde reside la razón de ser de una empresa como el FCE. Sin embargo, el solo pensar en las tentativas soluciones a problemas de esa magnitud se antoja utópico, pues hoy día eso compete a varias instituciones. El Fondo de Cultura Económica, como se indicó al inicio del apartado, las ha convocado con ese fin. Desde siempre su creación ha reconocido que el libro ha sido y seguirá siendo por muchos años la forma más profunda del pensamiento; la que permite la reflexión, la concentración y el acceso del hombre consigo mismo y con el otro, y es el instrumento que induce al diálogo sereno y al entretenimiento creativo, imaginativo.

13. La metáfora

última que envuelve a la *Minerva* esculpida por Herbert Hofmann-Ysenbourg y que preside la entrada principal de la casa matriz se debe buscar en una anécdota

aparentemente trivial. Leticia Picazo, en un estudio sobre la obra escultórica de Hofmann, indica que la *Minerva* surgió en 1954, "después de dos años de trabajo en que retomó el significado de la deidad grecorromana con un estilo figurativo. Ofreció la imagen de la diosa en una visión personal alimentada por los orígenes prehispánicos en los que nutrió su arte. Además del figurativismo, la obra del artista estuvo influida por otras corrientes, como el constructivismo clásico y el expresionismo abstracto, que también se reflejan en la estatua."[55] En aquel 1954, la *Minerva* se colocó a manera de cariátide en la primera sede de la casa matriz del Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, respecto a la escultura hay un detalle sobre el que no se ha reparado y en el que se plasma una feliz metáfora. Hacia 1948, según los recuerdos de Arnaldo Orfila Reynal, el terreno que Daniel Cosío Villegas había adquirido en 1943 se encontraba muy alejado de lo que entonces era propiamente la ciudad de México; tan lejos que en 1948, cuando Orfila fue a conocerlo en compañía del maestro José C. Vázquez, se encontró con esta imagen: "En la esquina de Parroquia y Universidad, justo donde se levantó la escultura de la *Minerva,* me tocó ver un lavadero colectivo de poco más de cinco metros de largo, y enfrente había pastizales donde pastaban vacas y borregos, y de los lodazales ni hablar [...]."

Los lavaderos, en la tradición mexicana, son un símil del ágora clásica. Nada más público y vivo que ese lugar de encuentro, diálogo, trabajo e higiene; nada más popular y arraigado. Ahí, justo ahí, se colocó una cariátide que representaba a Minerva, la diosa grecorromana de la creación. Más aún, fue un artista austriaco avecindado en México el encargado de sintetizar estilos y expresiones. La traducción de la imagen es simple: la dirección del Fondo de Cultura Económica descansaba sobre el símbolo clásico de la creación que, a su vez, había sido recreado y asentado sobre los símbolos de la tradición mexicana.

Nada de esto es una casualidad, pero sí, sin duda, producto del inconsciente. Hoy, tras el paso del tiempo, la dimensión de los símbolos adquiere nuevos y distintos significados. La

[55] Cf. Leticia Picazo, *La Minerva de Hofmann*, México: FCE, 1993.

metáfora no sólo los permite, sino aun los propicia. Por lo tanto, la concurrencia de signos cristaliza en un rasgo distintivo de la editorial: para la celebración de sus 30 años de vida, en el FCE se buscó un ornamento que simbolizara su razón de ser. La respuesta se ha reseñado en los capítulos y apartados precedentes: rescatar y difundir lo propio dentro de una dimensión universal y viceversa; la cultura ha sido y es lo representado en la *Minerva* de Hofmann: fusión de técnicas y recreación de expresiones. Sobre esto se basaban en 1954 los principios del Fondo de Cultura Económica.

Esos símbolos se encuentran recreados y plasmados, 30 años más tarde, en una metáfora arquitectónica: la nueva casa matriz está enmarcada por las instalaciones de El Colegio de México y la Universidad Pedagógica Nacional, todas ellas proyectadas por el arquitecto Teodoro González de León, en cuyas concepciones arquitectónicas se distingue una recuperación modernizada de la arquitectura prehispánica mexicana, como son las plazas. La imagen conjunta es sencilla: las dos instituciones educativas se extienden sobre varios planos horizontales mientras que la editorial sobre uno solo vertical; aquéllas están en los extremos y ésta en el centro. En medio de este nuevo escenario, justo a la entrada de la editorial, se yergue la *Minerva* de Herbert Hofmann, guardiana de la imaginación y la inteligencia. La nueva metáfora también se ha reseñado en estas páginas: el Fondo de Cultura Económica está en el centro de la educación básica y media y de la formación profesional e investigación más especializada de México; las tres recrean en forma moderna la tradición arquitectónica mexicana y funden los dominios de la imaginación y la inteligencia.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS

En su oportunidad se refirieron los documentos empleados en forma directa. La base informativa fundamental proviene: de las varias decenas de volúmenes de las Actas de la Junta de Gobierno y de Administración,[1] las cuales se convirtieron en la columna vertebral de la investigación, en particular para la segunda y tercera partes (a fin de evitar repeticiones innecesarias, que conste que su referencia es permanente); del centenar de expedientes personales de autores, colaboradores y empleados (desde los directores hasta encargados de intendencia) que consulté en el Archivo Histórico del FCE; de la

[1] Es conveniente indicar que las Actas correspondientes a la administración de Daniel Cosío Villegas y a los años previos (1934-1936 y 1937-1948) son francamente exiguas: suman escasas 50 cuartillas; las correspondientes a la administración de Arnaldo Orfila Reynal (1948-1965) integran poco más de 20 volúmenes de 200 cuartillas a renglón seguido promedio cada uno y en ellos se recogen las minutas de las sesiones, los informes anuales, alguna correspondencia y notas varias; las correspondientes a la administración de Salvador Azuela (octubre de 1965 a diciembre de 1970) están dispersas en cinco volúmenes y suman difícilmente 100 cuartillas reunidas en forma caótica; las correspondientes a la administración de Antonio Carrillo Flores, Francisco Javier Alejo y Guillermo Ramírez (de diciembre de 1970 a diciembre de 1976) integran escasos seis volúmenes (es notable la dispersión) de 60 cuartillas promedio; las correspondientes a la administración de José Luis Martínez (diciembre de 1976 a diciembre de 1982) están reunidas en seis nutridos e impecablemente encuadernados y mecanografiados volúmenes de poco más de 400 cuartillas cada uno; las correspondientes a la administración de Jaime García Terrés (de diciembre de 1982 a diciembre de 1988) suman una decena de libros engargolados con 400 cuartillas promedio más media docena de volúmenes de informes especiales con 100 cuartillas promedio para cada uno; las correspondientes a las administraciones de Enrique González Pedrero y Miguel de la Madrid (enero de 1989 a septiembre de 1994, última que se consultó para esta investigación) se recogen en 10 volúmenes de 400 cuartillas promedio —con los anexos incluidos—. A estos documentos debo sumar los que me facilitó el licenciado Flores Tavares para analizar los aspectos legales del fideicomiso y la sociedad anónima, incluidas las copias de leyes publicadas en el *Diario Oficial* referidas en el cuerpo del texto. Sin exagerar, poco menos de 20 000 cuartillas en total.

media centena de informes y estudios sobre temas específicos solicitados de manera expresa por el FCE a particulares y que en su oportunidad referiré; de los Catálogos Generales (1943, 1945, 1955, 1965, 1975, 1984, 1989, 1993 —en versión CD-ROM— y los catálogos y folletería promocional de algunas sucursales), y de las colecciones completas del *Noticiero Bibliográfico*, *La Gaceta, Azteca, Galeras, El Trimestre Económico, El Trimestre Político* y *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología,* que se convirtieron en una guía fundamental para los capítulos XII y XIII.

ENTREVISTAS[2]

Entre junio de 1992 y noviembre de 1993 sostuve conversaciones formales sobre su trabajo en el FCE con las siguientes personas, en Madrid y Barcelona: José María Vidal Mesul, Javier Pradera, Javier Abasolo, Ezequiel Méndez, Héctor Subirats, Félix González, José Leyva, Ricardo Navarro, Miguel Ángel Otero, Manuel Andújar, Jesús Silva Herzog y Arturo Azuela. En México, D. F.: Francisco Javier Alejo, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Miguel de la Madrid, Joaquín Díez-Canedo, Juan Almela, Alicia Martínez de Hammer, Lauro J. Zavala, Plácido García Reynoso, Arturo Azuela, Cándido García, Roberto Kolb, Eligio Rodríguez, José C. Vázquez, Jorge Farías, Eduardo García Máynez, Roberto Cabral del Hoyo, Carlos Villegas, Antonio Martínez Báez, Elsa Cecilia Frost, Francisco González Aramburo, Alí Chumacero, Víctor L. Urquidi, Antonio Alatorre, Martí Soler, Federico Álvarez, Daniel Goldin, Huberto Batis, Emmanuel Carballo, Carmen Farías, Elías Trabulse, Manuel Soberón, Fernando Benítez, Felipe Garrido, Alba Rojo, Jesús Rodríguez y Rodríguez, Jesús Flores Tavares, Silvia Charry Lara, Julio Sau Aguayo, Rodolfo Pataky, Blanca Varela, Pedro Juan

[2] Como indiqué en su oportunidad, las entrevistas y conversaciones que sostuve resultaron la base sobre la que fundé muchas de las descripciones y análisis de esta historia. Sin embargo, la totalidad de ellas sólo las registré en mi cuaderno de notas, indispensables para la investigación; sólo algunas de ellas —registradas en la hemerografía— las trascribí, sometí a la consideración de los entrevistados, y las publiqué. Por tanto, todos estos testimonios obran en mi poder, salvo los publicados.

Tucat y sostuve conversaciones regulares con: Adolfo Castañón, Alfonso Ruelas, Socorro Cano, Juan José Utrilla, Alejandro Ramírez, Gerardo Cabello y Ernestina Loyo. En lugar especial dentro de estas entrevistas y conversaciones, quiero destacar la deferencia que me otorgó don Arnaldo Orfila Reynal, siempre atestiguada por Laurette Séjourné, quienes pacientemente respondieron a mis preguntas, leyeron un primer mecanuscrito de la primera mitad de la historia y me ayudaron a ponderar mis consideraciones. Con cualidades similares, José Luis Martínez tuvo la gentileza de escuchar mis comentarios, reponder a mis preguntas y leer mis cuartillas; su ponderación siempre resultó estimulante.

Junto a estas entrevistas, me resultaron de enorme utilidad las que entre 1979 y 1981 realizaron Elena Aub y Enriqueta Tuñón a Ignacio Mantecón, Julián Calvo, Francisco Giner de los Ríos, Ernestina de Chapourcín, Manuel Andújar y Vicente Polo Díez para el Archivo de la Palabra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH; y la que hizo Sari Bermúdez a Miguel de la Madrid en el canal 11 de televisión (9 de diciembre de 1992). Asimismo, agradezco las horas de charla con Dolores Pla, Sergio Pich, Joaquina Rodríguez Plaza y Héctor Perea, con quienes intercambié consideraciones sobre los refugiados de la Segunda República española y sus actividades en México; a Georgina Naufal Tuena, Francisco Javier Rodríguez Garza y Lino Gutiérrez H., con quienes conversé sobre la formación de los economistas en México durante los años veinte y treinta y, muy especialmente, a Eduardo Mejía, Víctor Ruiz Naufal, Francisco Xavier Solé, Manuel Miño Grijalva y a Alberto Paredes, cuya amistad me permitió pensar en voz alta algunos aspectos de esta historia. Por último, debo a Andrés Lira, Jorge Farías, Adolfo Castañón y Alí Chumacero sus comentarios a una primera versión de esta *Historia de la Casa*.

BIBLIOGRAFÍA[3]

Abellán, José Luis (comp.), *El exilio español de 1939*. VI vols., Madrid: Taurus, 1976-1984.

[3] En estas páginas sólo se consignarán en forma alfabética (y cronológica

(Andújar, Manuel), *Apuntes sobre el FCE y su producción editorial,* México: FCE (Mimeógrafo del Departamento de Promoción y Publicidad fuera de circulación comercial), 1964.
Azuela, Salvador, *Gente de letras,* Toluca: Fonapás, 1979.
Barral, Carlos, *Los años sin excusa,* Madrid: Alianza Tres, 1982.
———, *Cuando las hora veloces,* Barcelona: Tusquets, 1988.
Batis, Huberto, *Lo que "Cuadernos del Viento" nos dejó,* México: Diógenes, 1984.
Bergamín, José (pról. y selec.), *Cruz y raya. Antología,* Madrid: Turner, 1974.
Blancarte, Roberto, "Evaluación general del catálogo del FCE", México: FCE y El Colegio Mexiquense, 1994 (3 vols., mimeografiado, inédito).
Caso, Antonio, *Obras completas,* vol. IX, México: UNAM, 1976.
Castañón, Adolfo, *Cheque y carnaval.* México: UAM-Ixtapalapa (Col. Correspondencia), 1983.
———, *El mito del editor y otros ensayos sobre libros y libreros.* México: Miguel Ángel Porrúa, 1993.
Caudet, Francisco, *Romance (1940-1941). Una revista del exilio,* Madrid, José Porrúa Turanzas, 1975.
Cosío Villegas, Daniel, "Dos ensayos" (1942), *La Pajarita de Papel,* México: INBA, 1965.
———, *Memorias,* México: Joaquín Mortiz, 1976.
———, *Extremos de América,* México: FCE, 1949.
———, *Ensayos y notas,* vol. I, México: Hermes, 1966.
Díaz, Elías, "El horizonte intelectual de 1963", en Francisco Rico, *Historia y crítica de la literatura española.* Vol. VIII coordinado por Domingo Ynduráin, *La época contemporánea (1939-1980),* Barcelona: Crítica, 1981, pp. 85-92.
Díaz Arciniega, Víctor, *Querella por la cultura "revolucionaria" (1925).* México, FCE (Col. Vida y Pensamiento), 1989.
———, *Reyes y don Alfonso,* México: Consejo Nacional para la Cultura (en prensa).
Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925).* Trad. de María Palomar revisada por Javier Manríquez.

en los artículos periodísticos sin firma) las obras referidas en notas a lo largo de todo el trabajo. Es obvio que para la elaboración de los contextos este redactor acudió a muchas otras fuentes, pero con objeto de aligerar el aparato dejó fuera aquellos apoyos.

México: UNAM (Instituto de Investigaciones Históricas. Serie Historia Moderna y Contemporánea, núm. 21), 1989, 742 pp.

Frost, Elsa Cecilia, "Los filósofos de la UNAM", en José Luis Abellán y Antonio Monclús (coords.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América,* vol. II, *El pensamiento en el exilio.* Barcelona: Anthropos, 1989.

Giménez Siles, Rafael, *Retazos de vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor,* México: s. p. i, 1984.

Giner de los Ríos, Francisco, *Ensayos y cartas,* México: Tezontle, 1965.

———, *"Mis recuerdos mexicanos de Eugenio Ímaz",* en José Ángel Ascune (comp.), *Eugenio Ímaz: hombre, obra y pensamiento,* Madrid: FCE, 1990.

García Morales, Alfonso, *El Ateneo de la Juventud (1906-1914).* Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1992.

García Queipo de Llano, Genoveva, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera,* Madrid: Alianza Universidad, 1988.

Gómez, Marte R., *Vida política contemporánea. Cartas de Marte R. Gómez,* selec. de Emilio Alanís Patiño, México: FCE, 1978.

Henríquez Ureña, Pedro, *Obra crítica.* Ed., bibliog. e índice de Emma Susana Speratti Piñero. Pról. de Jorge Luis Borges. México-Buenos Aires: FCE (Col. Biblioteca Americana), 1960.

———, *La utopía de América.* Pról. de Rafael Gutiérrez Girardot. Comp. y cronol. de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

Krauze, Enrique, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual.* México: Joaquín Mortiz, 1980.

Landa, Rubén, *Sobre don Francisco Giner.* México: Cuadernos Americanos, 1966.

Lida, Clara E., y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México.* México: El Colegio de México, 1988.

Lida, Clara E., y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: Una hazaña cultural.* México: El Colegio de México, 1990.

Marco, José María, *La inteligencia republicana. Manuel Azaña 1897-1930.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1988.

Martínez, Carlos, *Crónica de una inmigración,* México: Libro-Mex, 1959.

Martínez, José Luis, *Ensayo mexicano moderno,* vol. 1, México: FCE (Col. Letras Mexicanas), 1991.

———, "El trato con escritores", en varios, *El trato con escritores,* México: INBA, 1961.

Melo, Juan Vicente, "Autobiografía" (1966), en *El agua cae en otra fuente,* Xalapa, Universidad de Veracruz, 1985, pp. 19-26.

Meyer, Lorenzo, "La encrucijada" y "El primer tramo del camino", en varios, *Historia General de México,* México: El Colegio de México, vol. IV, 1979.

Monsiváis, Carlos, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en varios, *Historia General de México,* México: El Colegio de México, vol. IV, 1979.

———, *Carlos Monsiváis.* Pról. de Emmanuel Carballo. México: Empresas Editoriales, 1966.

———, "La crema de la crema" y "La naturaleza de la onda", en *Amor perdido,* México: Biblioteca Era, 1977.

Moreno Villa, José, *Vida en claro. Autobiografía.* México: FCE, 1976.

Mújica Montoya, Armando, "Estudio para la restructuración del FCE", México, 1987. Inédito. Anexo 3 de las Actas de las Juntas del Consejo de Administración, abril de 1987.

Naufal Tuena, Georgina, *Jesús Silva Herzog. Años de formación.* México: UNAM (Instituto de Investigaciones Económicas) (En prensa).

———, y Víctor Díaz Arciniega, "Recuento de nuestro siglo. Cronología cultural 1906-1986", en varios, *México. 75 años de Revolución.* Educación, cultura y comunicación, vol. II, México: FCE, 1988, pp. 905-1 000.

Pacheco, Cristina, *Testimonios y conversaciones.* México: FCE (En el primer medio siglo), 1984. Incluye entrevistas con: Emigdio Martínez Adame, Emma Cosío Villegas, Arnaldo Orfila Reynal, Antonio Carrillo Flores, Joaquín Díez-Canedo, Elsa Cecilia Frost, Antonio Alatorre, José C. Vázquez, Augusto Monterroso, Enrique González Pedrero.

Palacios, Alfredo L., *Nuestra América y el Imperialismo.* Comp., pról. y notas por Gregorio Selser. Buenos Aires: Palestra (Col. Vertientes de la Libertad), 1961.

Peña, Carlos H. de la, *Don Francisco Monterde,* México, UNAM (Instituto de Investigaciones Filológicas), 1979.

Peña González, José, *Manuel Azaña. El hombre, el intelectual y el político*. Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 1991.

Perea, Héctor, *Nuestras naves. Imagen de México en España*. México: UAM, 1994.

———, "Las dos orillas del exilio hispanoamericano: anticipos y olvidos", en varios, *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*. El Escorial: Universidad Complutense, 1989.

Piazza, Luis Guillermo, *La mafia,* México: Joaquín Mortiz, 1968.

Picazo, Leticia, *La Minerva de Hofmann,* México: FCE, 1993.

Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina*. México: Siglo XXI, 1987.

Ramos, Samuel, *Hacia un nuevo humanismo,* México: FCE, 1940.

Rey Romay, Benito, y Georgina Naufal Tuena (comps.), *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar,* México: FCE, IIEc-UNAM, 1994.

Reyes, Alfonso, y Genaro Estrada, *Con leal franqueza*. III vols. Introd., ed. y notas de Sergei I. Zaïtzeff. México: El Colegio Nacional, 1993, 1994 y 1996.

———, "Para inaugurar 'Cuadernos Americanos'" (1941). Recogido en: Alfonso Reyes, *Vocación de América. Antología*. Pról. y selec. de Víctor Díaz Arciniega. México: FCE, 1989.

Rodríguez Garza, Javier, *La enseñanza de la economía en México durante el periodo de entreguerras* (Estudio en proceso de elaboración).

S./f., "Objetivos de la Gerencia Editorial" (FCE, mimeo., 53 pp., 1992).

Silva Herzog, Jesús, *Una vida en la vida de México*. México: Siglo XXI, 1972.

———, *Mis últimas andanzas,* México: Siglo XII, 1973.

———, *De su archivo espistolar,* México: Cuadernos Americanos, 1981.

Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México. Ed. facsimilar. Presentación y epílogo de Adolfo Sánchez Vázquez. México: UNAM, UAM, La Oca, Redacta, 1989.

Suárez, Eduardo, *Comentarios y recuerdos,* México: Porrúa, 1977.

Torchia Estrada, Juan Carlos, *Alejandro Korn. Profesión y vocación.* México: UNAM (Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. Serie Nuestra América, núm. 14), 1986.

Torres, Blanca, y Luis Medina, *Hacia la utopía industrial. Civilismo y modernización del autoritarismo* y *México en la segunda Guerra Mundial. Historia de la Revolución mexicana,* vols. 19-21, México: El Colegio de México, 1979.

Ugarte, Manuel, *El destino de un continente,* Madrid: Mundo Latino, 1923.

Varios, *Arnaldo Orfila Reynal. La pasión por los libros.* México: Universidad de Guadalajara, 1993. Incluye: "Presentación", de Raúl Padilla López; "Discurso al recibir el Águila Azteca", de Arnaldo Orfila Reynal; "Un hombre con vocación", de Martí Soler; "Los trabajos y los días", de Elena Poniatowska; "Arnaldo Orfila y la ampliación del lectorado", de Carlos Monsiváis; "Conversaciones con don Arnaldo Orfila Reynal", de Alejandro López López y una iconografía.

———, *La otra cara del exilio: la diáspora del 39.* El Escorial: Universidad Complutense, 1989.

———, *El exilio español en México, 1939-1982.* México: Salvat-FCE, 1982.

———, *El trato con escritores,* México: INBA, 1961.

———, *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica,* México: FCE, 1980.

———, *Medio siglo, 1934-1984. Discursos en la prensa internacional,* México: FCE, 1984.

———, *México. 75 años de Revolución.* Educación, cultura y comunicación, vol. II, México: FCE, 1988.

Villaseñor, Eduardo, *Memorias-Testimonio.* México: FCE, 1974.

HEMEROGRAFÍA

Arreola, Juan José, y Antonio Alatorre, "Un diálogo", *La Gaceta,* 242 (febrero de 1991), 19-24.

———, "Veinte años del Fondo. Crónica", *La Gaceta,* I, 2 (octubre de 1954), 1.

Alba, José de, "FCE. Entrevista con Arnaldo Orfila Reynal", *Boletín Bibliográfico de Hacienda,* 150 (marzo de 1959), 3.
———, "Bolívar hoy", *La Gaceta,* 45 (septiembre, 1974), 3-4.
———, "Correspondencia" [Carta al director del FCE Jaime García Terrés fechada el 13 de septiembre de 1984], *La Gaceta,* 166 (octubre de 1984), 20-21.
Alejo, Francisco Javier, "Propósito", *La Gaceta,* 24 (diciembre de 1972), 2.
Aub, Max, "Los españoles en el Fondo", *La Gaceta,* 6 (junio de 1971), reproducido en *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica,* México: FCE, 1980, pp. 189-195.
Azuela, Salvador, "Hacia una comunidad hispanoamericana", *La Gaceta,* XV, tercera época, 6 (agosto de 1968), 5.
Batis, Huberto, "La editorial Siglo XXI. Los planes del Dr. Orfila", *El Heraldo Cultural,* 21 (3 de abril de 1966), 14.
Bayona, Mary, "El FCE, una historia sin fin", *Azteca,* 32 (febrero de 1993), 19.
Carballo, Emmanuel, "Argentina y la enseñanza, ¿libertad o sectarismo? [entrevista con Risieri Frondizi]", *La Gaceta,* V, 55 (marzo de 1959), 2-3.
[Carrillo Flores, Antonio], "Palabras del Director", *La Gaceta,* 11 (noviembre de 1971), 23.
Castañón, Adolfo, "Presente y futuro del libro", *La Gaceta,* 274 (octubre de 1993), 54-55.
Castellanos, Rosario, "FCE. Significación y trascendencia", *Excélsior,* 13 de noviembre de 1965, p. 6.
Chávez, Morado, José, "El FCE", *El Universal,* 15 de noviembre de 1965.
Deniz, Gerardo, "Los refugiados funestos en las editoriales incautas", *El Semanario Cultural de Novedades* (20 de octubre de 1991), 2.
Díaz Arciniega, Víctor, "Agustín Millares Carlo y su editor", *La Gaceta,* 258 (junio de 1991), 49-52.
———, "Conversaciones con Elsa Cecilia Frost", *La Gaceta,* 260 (agosto de 1992), 51-55.
———, "Diálogo de la exigencia. Enrique Anderson Imbert", *La Gaceta,* 257 (mayo de 1992), 45-49.
———, "Don Arnaldo Orfila Reynal: la huella indeleble", *La*

Gaceta, 270 (junio de 1993), 40-44; la segunda parte de esta entrevista apareció con título similar en *La Jornada Semanal,* 278 (9 de octubre de 1994), 18-27.

———, "Don Jesús: su sombra bienhechora", en Benito Rey Romay y Georgina Naufal Tuena (comps.), *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar,* México: FCE, IIEc-UNAM, 1994, pp. 88-101.

——, "Don Joaquín en primera persona", *La Gaceta,* 270 (junio de 1993), 45-49.

Dromundo, Baltasar, "Azuela y el FCE", *El Heraldo de México,* 25 de noviembre de 1965.

García Terrés, Jaime, "Un amigo" [sobre Jesús Reyes Heroles], *La Gaceta,* 173 (mayo de 1985), 15.

Garrido, Luis, "Azuela en el FCE", *El Universal,* 19 de noviembre de 1965.

Goldin, Daniel, "Niños: los ejércitos de la bondad", *Azteca,* 6 (diciembre de 1990), 2.

Huerta, David [Entrevista a Arnaldo Orfila Reynal], *Proceso,* 388 (1984).

———, "75 de Alí", *La Gaceta,* 273 (septiembre de 1993), 10-11 [El número de la revista está dedicado a Alí Chumacero en su 75 aniversario].

Homero, José, "Juan Vicente Melo: la literatura como posibilidad de ser feliz" (entrevista), *El Semanario* (suplemento de *Novedades),* 368, mayo de 1989.

Labastida, Jaime, "El libro: orto y ocaso", *Este País* (septiembre de 1991), 45-47.

Leal, Luis, "La generación del Centenario", en Alfonso Rangel Guerra y José Ángel Rendón, *Páginas sobre Alfonso Reyes.* Monterrey: Universidad de Nuevo León, 2 vols., 1955 y 1957.

Leñero, Vicente, "José Emilio Pacheco, cincuentón", *Los Universitarios,* 2, agosto de 1989.

López Padilla, Gustavo, "FCE", *Excélsior* (25 de octubre de 1992).

Márquez C., Ramón, "Parajes de una luenga vida. El Fernando [Benítez] de ayer, el de hoy y el de siempre…", I y II partes, *Macrópolis,* 44 y 45 (7 y 14 de enero de 1993).

Martínez, José Luis, "En el centenario de Alfonso Reyes", *La Jornada Semanal,* 247 (11 de junio de 1989).

Martínez Adame, Emigdio [Discurso], *Libro conmemorativo*

del 45 aniversario, México: FCE (Fuera de colección), 1980.
Martínez Báez, Antonio, "Semblanza de dos padres fundadores", *La Gaceta,* 226 (octubre de 1989).
Morodo, Raúl, "La diabolización de Azaña", *La Jornada* (4 de noviembre de 1990).
Mojarro, Tomás, "El FCE y la cultura en Hispanoamérica [entrevista con Manuel Andújar]", *La Gaceta,* V, 58 (junio de 1959), 3.
Monsiváis, Carlos, "Notas en torno a la moral social en México", *El Trimestre Político* 1, 2 (octubre-diciembre de 1975), 59-77.
———, "Notas sobre la cultura mexicana en la década de los setentas", *El Trimestre Político,* 2 5 (julio-septiembre de 1976), 193-206.
Novais, José Antonio, "Ventana de México en España", *La Gaceta,* X, 105 (mayo de 1963), 4-5.
O[rfila] R[eynal], A[rnaldo], "Las verdaderas proporciones de una 'operación libro'", *La Gaceta,* IX, 89 (enero de 1962), 3.
———, "El Congreso Internacional de Editores reunió en Barcelona a 635 representantes de 27 países", *La Gaceta,* IX, 94 (junio de 1962), 3.
Pacheco, José Emilio, "Cinco puntos de partida para Alfonso Reyes", *La Jornada Semanal,* 247 (11 de junio de 1989).
Palacios, Alfredo L., "A la juventud universitaria de Iberoamérica", *La Antorcha,* 15 (9 de enero de 1925).
Palacios, Guillermo, "Calles y la idea oficial de la Revolución", *Historia Mexicana,* XXII, 3 (1973), 261-278.
Pérez Martínez, Herón, "Alfonso Reyes y la traducción en México", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (El Colegio de Michoacán), núm. 50 (otoño de 1993), 27-74.
Pla Brugart, Dolores, "El exilio español en México: una inmigración selectiva". Ponencia presentada en el coloquio *Águila o Sol. Historia de la inmigración en México. Siglos XIX y XX.* [En breve se publicará un número monográfico de la revista *Historias* que recogerá una selección de estas ponencias.]
Pradera, Javier [Entrevista a Arnaldo Orfila Reynal], *El País,* Madrid, 15 de octubre de 1978.
———, "Apagones en la galaxia de Gutemberg", *Claves de Razón Práctica* (Madrid), 8 (diciembre de 1990), 75-80.

Prats, Alfredo, "No habrá cambios en el FCE, dice Azuela", *Excélsior,* 12 de noviembre de 1965.

RHS, "Los programas de actividad para el extranjero y el orgullo nacional", "La Franklin Publications contesta al FCE" y "Un diálogo fructífero entre los editores mexicanos y sus colegas de los Estados Unidos", *La Gaceta,* IX, 93 (mayo de 1962), 5.

Sánchez Sarto, Manuel, "Permanente mensaje de las obras clásicas", *La Gaceta,* 54 (febrero de 1959), 2.

Silva Herzog, Jesús, "Presentación", *Revista Mexicana de Economía,* I, 1 (septiembre de 1928), 1-4.

S./f. [Anuncio], *Letras de México,* VIII, IV, 14 (febrero de 1944), 2.

———, "La distribución del libro", *El Hijo Pródigo,* 42 (15 de septiembre de 1946), 393-394.

———, "El FCE en el XV aniversario", *Noticiero Bibliográfico,* 6 (septiembre de 1949).

———, "Nuestros concursos a través de XELA", *La Gaceta,* I, 4 (diciembre de 1954), 2.

———, "Discursos" [de Antonio Carrillo Flores, Alfonso Caso y Alfonso Reyes], *La Gaceta,* I, 2 (octubre de 1954).

———, "Balcón", *La Gaceta,* II, 7 (marzo de 1955), 3.

———, "Alfonso Caso pronuncia su discurso", *La Gaceta,* 2 (octubre de 1955), 3.

———, "Por la cultura y el libro: el comienzo de un plan", *La Gaceta,* II, 13 (septiembre de 1955), 1.

———, "Problemas de la Patria", *La Gaceta,* II, 14 (octubre de 1955), 2.

———, "Balcón", *La Gaceta,* II, 16 (diciembre de 1955), 1-3.

———, "El libro en las dos Américas", *La Gaceta,* III, 22 (junio de 1956), 2.

———, "Una nueva colección. Vida y Pensamiento de México", *La Gaceta,* III, 27 (noviembre de 1956), 1.

———, "Bibliografía y tipografía. Entrevista con Alejandro A. M. Stols", *La Gaceta,* IV, 32 (abril de 1957), 1, 4.

———, [Anuncio], "Cien programas de 'Invitación a la Cultura'", *La Gaceta,* suplemento bibliográfico, 1 (1957), 2.

———, "Balcón", *La Gaceta,* IV, 39 (noviembre de 1957), 3; y "Balcón", *La Gaceta,* V, 44 (abril de 1958), 2.

———, "Nuestra actividad en Argentina", *La Gaceta,* V, 43 (marzo de 1958), 3.

S./f. [Anuncio], "El FCE inauguró su nueva sede en Buenos Aires", *La Gaceta,* V, 45 (mayo de 1958), 2.
———, "Destacados representantes de la cultura universitaria nacional y extranjera visitan el Fondo", *La Gaceta,* VI, 74 (octubre de 1960), 8.
———, "La labor editorial [entrevista con Arnaldo Orfila Reynal]", *México en la Cultura,* 616 (31 de diciembre de 1960), 2.
———, "Díez-Canedo deja el Fondo", *La Gaceta,* IX, 90 (febrero de 1962), 2.
———, "Un nuevo hecho en el campo de la cultura: en meses recientes 83 libros del Fondo traducciones en tres continentes", *La Gaceta,* IX, 99-100 (noviembre y diciembre de 1962), 2.
———, "El Fondo otorga becas", *La Gaceta,* X, 107 (julio de 1963), 3.
———, "El primer Congreso Iberoamericano del Libro", *La Gaceta,* XI, 118 (junio de 1964), 4-5.
———, "La apertura del FCE en Madrid" y "Nuestra sucursal en Barcelona", *La Gaceta,* X, 119 (julio de 1964), 2.
———, "Nuestros 30 años de trabajo vistos desde Europa y América", *La Gaceta,* 121 (septiembre de 1964), 4-5.
———, "Una tarea editorial para el mundo de hoy, *La Gaceta,* 122 (octubre de 1964), 1 y 3.
———, "Los que fundaron, trabajaron y trabajan en el FCE", *La Gaceta,* 122 (octubre de 1964), 6.
———, "Los que fundaron, trabajaron y trabajan en el FCE", *La Gaceta,* XI, 122 (octubre de 1964), 6.
———, "Ha muerto Alfredo L. Palacios, un gran americano", *La Gaceta,* 127 (abril de 1965), 2.
———, "Denuncia contra un libro, un autor y una editorial: Los escritores y el periodismo defienden el derecho a la libertad de expresión", *La Gaceta,* 127 (marzo de 1965), 4-5 y 7.
———, "Escribe el doctor Arnaldo Orfila Reynal al abandonar la Dirección del FCE", *La Gaceta,* 134 (octubre de 1965), 8.
———, "Sorprende al mundo intelectual el cambio de Orfila por Salvador Azuela", *Excélsior,* 10 de noviembre de 1965.
———, "Salvador Azuela, director del Fondo de Cultura", *Excélsior,* 9 de noviembre de 1965.
———, Editorial, *El Universal,* 12 de noviembre de 1965.

S./f. [Anuncio], "Palabras de Mario Ramón Beteta", *La Gaceta,* 18 (junio de 1972), 16-17.

———, "Modernización y fortalecimiento de las subsidiarias y representaciones del Fondo", *Azteca,* 3, 31 (enero, 1993), 1.

———, "FCE inaugura nuevas instalaciones", *La Jornada* (18 de septiembre de 1992).

Soberón, Óscar, "Volumen 50 de *El Trimestre Económico", El Trimestre Económico,* L, 197 (1984).

Varios, *Boletín editorial de El Colegio de México,* núms. 20 y 22, dedicados a los 50 años de La Casa de España en México (julio-agosto y noviembre-diciembre de 1988).

———, *La Gaceta,* 106 (junio de 1963), 4 [Recoge: Pedro Laín Entralgo ("Estamos con ellos ante la incierta perspectiva"), José Luis M. Sampedro ("Las coincidencias son manifestaciones de un orden profundo") y José Luis Aranguren ("Tradición y vanguardia en una obra cultural")].

———, *La Cultura en México* de la revista *Siempre!,* 198 (1º de diciembre de 1965). Número dedicado a Arnaldo Orfila Reynal. En él se publican: Elena Poniatowska, "Logró en 17 años una de las grandes creaciones de la inteligencia contemporánea"; Fernando Benítez, "Los libros que editó Orfila unificaron una América aislada e hicieron ver a millares que México no es un país de charros sino de hombres capaces de interesarse en las ideas"; Luis Cardoza y Aragón, "Hizo, para México, la editorial más importante de nuestro idioma"; Pablo González Casanova, "Carta abierta al hispanoamericano Orfila Reynal"; Benjamín Carrión, "El pensamiento y la sensibilidad mexicana se difundieron por todas partes"; Juan García Ponce, "Nacionalismo y otros extremos"; Francisco Romero, ["…dijo en 1947"]; Salvador Reyes Nevares, "Nunca una empresa mexicana había logrado llevar sus libros a todas las mesas de estudio", y Carlos Monsiváis, "De lo que nos salvó el Fondo".

Varios, *La Gaceta,* 274 (octubre de 1993). Número dedicado a las condiciones materiales de la industria editorial. "FCE: hacia una modernización editorial"; Sally A. Taylor, "América Latina: un mercado que renace"; "México: una perspectiva más brillante", y Joaquín Díez-Canedo, "El libro: ¿especie en extinción?"

Varios, *La Gaceta,* 230 (febrero, 1990), 57-59. Número en que se recogen los discursos del cambio de dirección: Carlos Salinas de Gortari, "La cultura como factor de progreso"; Miguel de la Madrid Hurtado, "Cultura y soberanía nacional"; Enrique González Pedrero, "Una honrosa convergencia", y Manuel Bartlett Díaz, "Bienvenida".

Villaseñor, Eduardo, "Apología del dilettante" [1924], en José Luis Martínez, *Ensayo mexicano moderno,* vol. 1, México: FCE (Col. Letras Mexicanas), 1991.

———, "Orígenes de *El Trimestre", El Trimestre Económico,* XX, 80 (1954).

Villegas, Ulises, "México, 'país editor de primera línea en América Latina': Eugenia Meyer" (entrevista), *La Jornada* (14 de octubre de 1993), 30.

Wallerstein, Immanuel, "El sistema mundial después de la guerra fría", *La Jornada Semanal,* 240 (enero 16 de 1994), 18-22.

Zavala, Lauro J., "Alexandre A. M. Stols", *Mirador. Revista de Información Bibliográfica,* V, 18 (abril de 1959), 19-20.

APÉNDICE

EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA EN CIFRAS

DURANTE sus 60 años de existencia, el Fondo de Cultura Económica ha impreso 5 206 títulos en primeras ediciones y 6 545 en reediciones y reimpresiones, que hacen un total de 11 751 títulos publicados. El tiraje de estas obras es de 33 763 000 ejemplares para primeras ediciones y 36 350 000 para reediciones y reimpresiones, lo que da un total de 70 113 000 ejemplares impresos, equivalente a 3 033 ejemplares diarios. A continuación se presentan los cuadros que detallan los conceptos anteriores.

Títulos 1934-1996

Años	*Primeras ediciones*	*Reediciones y reimpresiones*	*Totales*
1934	4	—	4
1935	6	—	6
1936	4	—	4
1937	6	—	6
1938	11	—	11
1939	52	1	53
1940	54	—	54
1941	81	1	82
1942	85	—	85
1943	37	—	37
1944	56	5	61
1945	60	11	71
1946	40	14	54
1947	48	9	57
1948	47	6	53
1949	53	7	60
1950	53	11	64
1951	68	22	90
1952	64	7	71
1953	61	22	83

Títulos 1934-1996 [continúa]

Años	*Primeras ediciones*	*Reediciones y reimpresiones*	*Totales*
1954	71	20	91
1955	66	24	90
1956	83	41	124
1957	87	25	112
1958	83	28	111
1959	77	41	118
1960	88	42	130
1961	75	45	120
1962	66	48	114
1963	64	61	125
1964	84	69	153
1965	73	109	182
1966	58	104	162
1967	62	68	130
1968	63	59	122
1969	61	85	146
1970	61	79	140
1971	75	88	163
1972	73	55	128
1973	78	169	247
1974	105	215	320
1975	166	217	383
1976	132	136	268
1977	107	78	185
1978	72	139	211
1979	82	201	283
1980	99	197	296
1981	153	247	400
1982	188	222	410
1983	186	194	380
1984	232	171	403
1985	222	139	361

Títulos 1934-1996 [continúa]

Años	*Primeras ediciones*	*Reediciones y reimpresiones*	*Totales*
1986	284	282	566
1987	247	221	468
1988	246	142	388
1989	277	109	386
1990	200	138	338
1991	181	177	358
1992	176	575	751
1993	208	431	639
1994	221	254	475
1995	160	668	858
1996*	174	270	444
TOTAL	5 176	6 545	11 751

* Cifras estimadas.

FUENTE: El periodo 1934-1983 se tomó de la obra *Libro conmemorativo del primer medio siglo,* y el de 1984-1996 de los registros de la Gerencia de Producción.

Tirajes 1934-1996
(Cifras en miles de ejemplares)

Años	*Primeras ediciones*	*Reediciones y reimpresiones*	*Totales*
1934	4	—	4
1935	8	—	8
1936	4	—	4
1937	8	—	8
1938	18	2	20
1939	86	1	88
1940	96	—	96
1941	184	5	189
1942	161	—	161
1943	84	—	84
1944	140	15	155
1945	169	30	199
1946	122	39	161
1947	150	24	174
1948	136	25	161
1949	229	27	256
1950	216	56	272
1951	260	116	376
1952	259	35	294
1953	294	132	426
1954	237	101	338
1955	388	169	557
1956	498	257	755
1957	487	200	687
1958	454	212	666
1959	388	243	631
1960	602	321	923
1961	675	483	1 158
1962	639	296	935
1963	518	355	873
1964	686	395	1 081
1965	634	887	1 521
1966	491	813	1 304

Tirajes 1934-1996 [concluye]

Años	*Primeras ediciones*	*Reediciones y reimpresiones*	*Totales*
1967	471	559	1 030
1968	509	415	924
1969	635	841	1 476
1970	577	722	1 299
1971	397	725	1 122
1972	397	565	962
1973	527	1 934	2 461
1974	1 077	1 829	2 906
1975	1 453	1 500	2 953
1976	852	1 124	1 976
1977	565	697	1 262
1978	384	672	1 056
1979	475	900	1 375
1980	531	1 136	1 667
1981	741	1 290	2 031
1982	928	1 148	2 076
1983	1 908	1 112	3 020
1984	3 852	1 292	5 144
1985	3 103	922	4 025
1986	1 774	1 620	3 394
1987	1 625	1 790	3 415
1988	916	422	1 337
1989	771	422	1 193
1990	558	690	1 248
1991	533	524	1 057
1992	583	1 745	2 328
1993	705	1 486	2 191
1994	932	1 570	2 502
1995	685	1 401	2 026
1996*	726	1 505	2 231
TOTAL	33 763	36 350	70 113

* Cifras estimadas.

FUENTE: El periodo 1934-1983 se tomó de la obra *Libro conmemorativo del primer medio siglo,* y el de 1984-1996 de los registros de la Gerencia de Producción.

Los 50 títulos más vendidos

Clave	*Título*	*Autor*	*Edición*	*Reimp.*	*Venta*
015013R	*Los de abajo*[1]	Azuela, Mariano	1960	34	1 459 958
015001R	*El Llano en llamas*[1]	Rulfo, Juan	1953	31	1 362 678
015058R	*Pedro Páramo*[1]	Rulfo, Juan	1955	30	1 019 570
015107R	*El laberinto de la soledad*[1]	Paz, Octavio	1959	22	794 570
015016R	*El diosero*	Rojas González, Francisco	1952	22	691 130
015011R	*Popol Vuh*[1]	Recinos, Adrián	1947	24	483 347
015034R	*La muerte de Artemio Cruz*[1]	Fuentes, Carlos	1962	16	341 252
015010R	*Las buenas conciencias*[1]	Fuentes, Carlos	1959	21	308 754
015004R	*Juan Pérez Jolote*[1]	Pozas, Ricardo	1952	19	286 666
015008R	*La muerte tiene permiso*[1]	Valadés, Edmundo	1955	19	280 730
015051R	*El cuento hispanoamericano*	Menton, Seymour	1964	18	235 970
015092R	*Balún Canán*[1]	Castellanos, Rosario	1953	19	229 723
014122R	*Int. a las doctrinas político-económicas*[2]	Montenegro, Walter	1956	23	228 349
015076R	*El corazón del hombre*[2]	Fromm, Erich	1966	16	208 179
015027R	*El agua envenenada*[1]	Benítez, Fernando	1961	14	198 622
015086R	*La región más transparente*	Fuentes, Carlos	1958	16	192 874
015017RA	*Breve historia de la Revolución mexicana,* I	Silva Herzog, Jesús	1960	12	182 760
015017RB	*Breve historia de la Revolución mexicana,* II	Silva Herzog, Jesús	1960	12	180 049
015126R	*Las enseñanzas de don Juan*	Castaneda, Carlos	1974	14	173 899
001235R	*Teoría microeconómica*	Ferguson, C. E., y J. P. Gould	1971	17	169 041
015019R	*La tierra pródiga*[1]	Yáñez, Agustín	1960	10	166 944
015104R	*El pueblo del Sol*[1]	Caso, Alfonso	1971	13	144 459
015088R	*Los antiguos mexicanos*[1]	León-Portilla, Miguel	1961	10	143 327
017170RD	*Francisco Villa, entre el ángel y el fierro*	Krauze, Enrique	1987	3	137 629
014074R	*Ética y psicoanálisis*	Fromm, Erich	1953	17	136 256
017170RC	*Emiliano Zapata, el amor a la tierra*	Krauze, Enrique	1987	3	135 903
015056R	*La ruta de Hernán Cortés*[1]	Benítez, Fernando	1964	9	133 327
017170RF	*Álvaro Obregón, el vértigo de la victoria*	Krauze, Enrique	1987	3	132 886

017170RG	*Plutarco E. Calles, reformar desde el origen*	Krauze, Enrique	1987	3	132 876
002062R	*La sociedad. Una introducción a la sociología*	Chinoy, Ely	1966	16	129 966
017170RB	*Francisco I. Madero, místico de la libertad*	Krauze, Enrique	1987	3	129 579
017170RE	*Venustiano Carranza, puente entre siglos*	Krauze, Enrique	1987	3	128 589
017170RA	*Porfirio Díaz, místico de la autoridad*	Krauze, Enrique	1987	3	125 012
017170RH	*Lázaro Cárdenas, general misionero*	Krauze, Enrique	1987	2	108 247
015042R	*El libro de los libros de Chilam Balam*[1]	Varios	1948	17	82 962
011105R	*Gringo viejo*	Fuentes, Carlos	1985	7	77 067
011613R	*Agua quemada*[2]	Fuentes, Carlos	1981	10	52 786
015143R	*Viaje a Ixtlán*	Castaneda, Carlos	1975	10	45 672
007071R	*¿Tener o ser?*	Fromm, Erich	1978	11	38 810
046001R	*Un universo en expansión*	Rodríguez, Luis F.	1986	4	38 168
015135R	*Una realidad aparte*	Castaneda, Carlos	1975	10	37 614
015154R	*Relatos de poder*	Castaneda, Carlos	1976	10	32 938
009031R	*Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*	Paz, Octavio	1982	7	26 686
014213R	*La estructura de las revoluciones científicas*	Kuhn, T. S.	1971	10	25 790
013799R	*Pequeña crónica de grandes días*	Paz, Octavio	1990	2	23 275
011634R	*El espejo enterrado*	Fuentes, Carlos	1992	1	22 809
015144R	*El eterno femenino*	Castellanos, Rosario	1975	10	22 213
015123R	*¿Águila o sol?*	Paz, Octavio	1973	8	21 668
046054R	*La superficie de la tierra*	Lugo Hubp, José	1988	5	18 376
011148R	*Constancia y otras novelas para vírgenes*	Fuentes, Carlos	1990	2	16 839
TOTAL					11 496 794

[1] Se incluye la edición en Lecturas Mexicanas.
[2] Se incluye la edición en Biblioteca Joven.

ÍNDICE

Prefacio 7

Primera Parte

BASES PARA UN PROYECTO

I. *Cimientos para la utopía* 15
1. Uno de los orígenes 15
2. Poco a poco. 19
3. Bajo el magisterio 24
4. Entre la vocación y la profesión 28

II. *Piedra de fundación* 35
1. Lejos de circunstancias 35
2. La especialización y el rigor 36
3. Las conversaciones germinaron 41
4. La solución editorial. 45
5. La organización jurídica 47
6. Por aquellos años treinta 52
7. Durante los primeros cinco años 58

III. *¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!* 62
1. Los tiempos en México 62
2. Los fundadores. 63
3. No obstante la abundancia 72
4. La semilla comenzaba a crecer. 82

Segunda Parte

PROXIMIDAD CON LA UTOPÍA

IV. *Los dos horizontes* 87
1. El perfil como casa editorial 87

2. El verdadero cuerpo 94
3. La Gráfica Panamericana 104
4. La distribución y venta 107

V. *Resaltar la línea* 110
1. Un nuevo rumbo 110
2. No hubo paréntesis 113
3. El Departamento Técnico 118
4. El contraste 121
5. Las actividades de Orfila 125

VI. *Con todo por delante* 128
1. La Casa construyó casa 128
2. Resultaba más que natural 131
3. Atrás de estas actividades 137
4. La reciprocidad 141

Tercera Parte

CONSOLIDACIÓN DE UN HORIZONTE

VII. *Ajustes en el horizonte* 147
1. Un episodio 147
2. El cambio de mando 155
3. Los obstáculos 158
4. Las tareas 160
5. El reacomodo 163
6. Lo editorial como centro 165
7. Un plan de trabajo 168
8. Crear un sistema corporativo 175

VIII. *Vigencia de propósitos* 178
1. Para recuperar la continuidad 178
2. La propuesta 181
3. La parte visible 190

IX. *La crisis: sus laberintos* 199
1. Una danza de cifras 199

2. Los porcentajes. 201
3. El aparato y las metas 205
4. El peligro 212

X. *De la Casa a la empresa* 215
1. Los diagnósticos 215
2. Los resultados 222
3. Las dos metas 228

Cuarta Parte

UNA LÍNEA EN EL TIEMPO

XI. *La pica en Flandes* 239
1. La combinación 239
2. Un ejemplo de cobranza 245
3. Para poner los pies en España 249
4. Todo tenía un buen principio 254
5. Desde los años sesenta 259
6. Las dificultades 260
7. Como una punta de lanza. 263
8. El mercado y la recuperación 273
9. La creación de una gerencia 278

XII. *Oficio y beneficio* 284
1. Dentro de la historia. 284
2. El primero de los lapsos 289
3. La mayor oferta 291
4. Otorgar un mayor aliento. 297
5. La consolidación del proyecto 309

XIII. *Una línea en el espacio* 327
1. La identidad del Fondo 327
2. No fue circunstancial 328
3. La unidad de Hispanoamérica 335
4. Un nuevo aliento. 340
5. Crear lectores. 347
6. Las tareas laterales 353

7. La crisis de confianza 360
8. La reconciliación 367
9. La responsabilidad y el riesgo 371
10. El reacomodo 382
11. Para rebasar la estrechez 386
12. Los varios niveles 397
13. La metáfora 405

Bibliografía 409
Apéndice. El Fondo de Cultura Económica en cifras 425

Historia de la Casa narra el acontecer del Fondo de Cultura Económica desde su fundación en 1934 hasta nuestros días. En ella Víctor Díaz Arciniega reseña al pormenor la evolución y rasgos definitivos de esta casa editorial. La obra reconstruye la historia de los intelectuales que la crearon y concibieron, la de los editores, autores y traductores que perfilaron su identidad, la de las colecciones que le han dado fama y realidad, la de las políticas que han normado su dinámica y proyección, en fin, la de los vínculos que ha establecido con la comunidad intelectual de habla hispana y con las innumerables instituciones y centros de educación superior de Europa y América.

Historia de la Casa es la crónica de un esfuerzo colectivo, de un haz compartido de propósitos y, sobre todo, de una obra crítica y plural, técnica e intelectual, cristalizada en el curso de 62 años de perseverante labor. En otras palabras, *Historia de la Casa* es la síntesis de un proyecto cultural mexicano, americano e hispánico, ceñido a la historia de la editorial.

Víctor Díaz Arciniega presenta el constante proceso de consolidación institucional y editorial —con sus aciertos, tropiezos y tanteos— de las ideas de un puñado de escritores e intelectuales convencidos del compromiso y responsabilidad de la inteligencia. Junto con la generación fundadora, forman ya cuatro las promociones consagradas a dar realidad a la vocación editorial del Fondo de Cultura Económica en beneficio de todos los lectores de lengua española.

Víctor Díaz Arciniega (México, 1952) ha publicado investigaciones como *Querella por la cultura revolucionaria* (1989) y preparado antologías y compilaciones como *Voces para un retrato* (1990), textos críticos sobre Alfonso Reyes; *Vocación de América,* antología de la obra del mismo, y *Repasos y defensas,* antología de la obra crítica de Antonio Castro Leal. También ha compilado en tres volúmenes la memoria y la obra de Alejandro Gómez Arias.